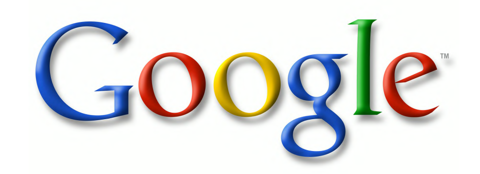


This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

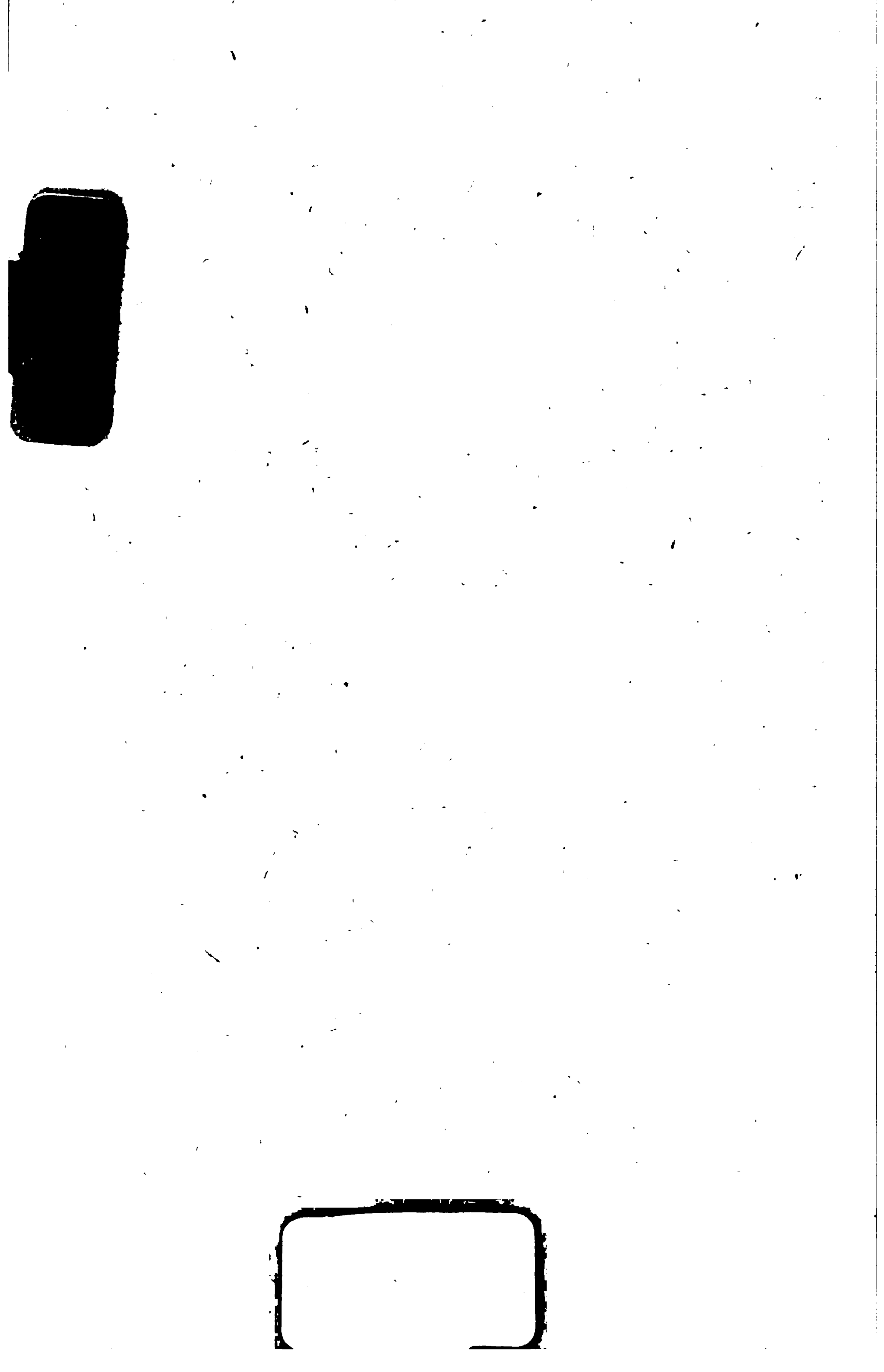
We also ask that you:

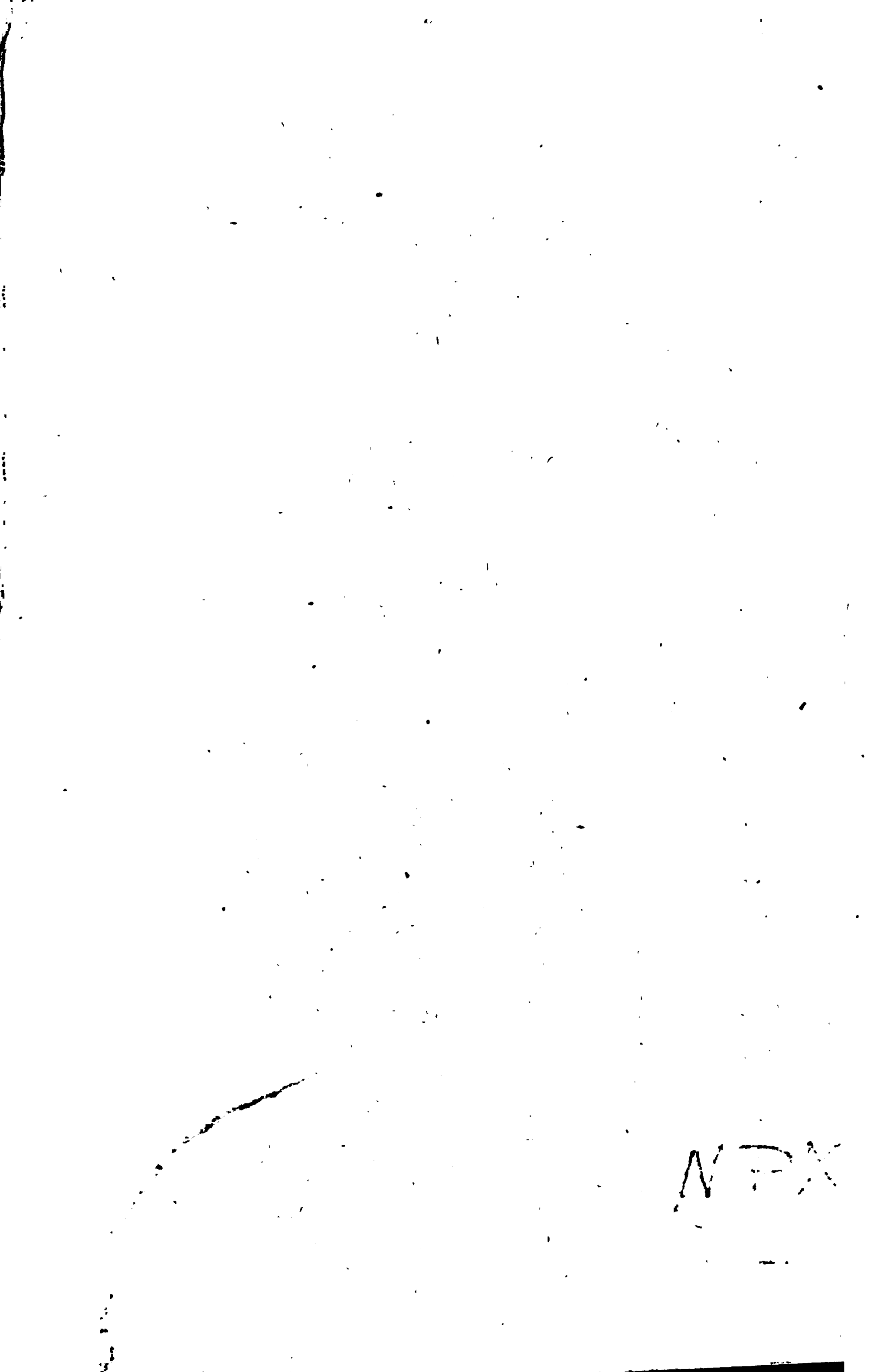
+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`


NYPL RESEARCH LIBRARIES
3 3433 08170213 0





LA INTERVENCIÓN Y EL IMPERIO

EPISODIOS NACIONALES MEXICANOS

(SEGUNDA SERIE)

LA INTERVENCIÓN Y EL IMPERIO

(1861-1867)

POR EL

Lic. D. Victoriano Salado Álvarez

C. de la Academia Mexicana de la Lengua

DIBUJOS DE D. A. UTRILLO

TOMO II

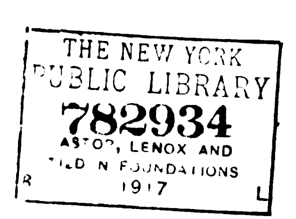
Intrigas de las cortes europeas.—La tripartita.—Las luchas intestinas.—La invasión.—La defensa nacional.—Puebla.—Maximiliano, Emperador.—La corte por dentro.—La Nación armada: Escobedo, Díaz, Corona, Régules.—Los triunviros de paso del Norte: Juárez, Lerdo, Iglesias.—Querétaro.—La Patria salvada

MÉXICO

Establecimiento editorial de J. Ballescá y C.ª, Sucesores

572, San Felipe de Jesús, 572

1904

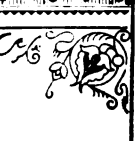


ES PROPIEDAD.

Queda hecho el depósito que previene la ley.

Imprenta y Litografía de Henrich y C.ª — Barcelona, Calle de Córcega, 348





LA CORTE DE MAXIMILIANO

NUEVAS CONFESIONES DE UNA AFRANCESADA

(1863-1867)

PRIMERA PARTE

CAPÍTULO PRIMERO

En Compiègne

DESPERTÉ cuando el sol cubría con un manto de oro toda la estancia. Mecida por el dulce sopor que todavía me embargaba, no me dí cuenta del lugar ni de la hora, y apenas contemplé con los ojos entrecerrados los vidrios rojos que parecían transparentar un incendio, el jarrón de Sevres de color como de fuego hacia el asa, que se teñía de rosa cerca de la ninfa desnuda que se balanceaba cogida del extremo de una rama de hiedra; el rostro de un beduíno, que lanzaba su mirada fosfórica á través del oro de un marco coruscante;

el reflejo que despedía un cristal herido por la luz y un resol que danzaba en el *plafond* pausada y suavemente, como si fuera la trama de una tela áurea que tejieran y destejieran dos mujeronas, una armada de casco y lanza, y la otra apoyada en un báculo, y que me miraban fijamente desde lo alto.

Me volví de costado y me arrebujé en las ropas con el placer con que me habría zambullido en un baño caliente y perfumado, y seguí un buen rato, no sé si despierta ó dormida, gozando de la beatitud de poder extenderme á mi sabor en un lecho blando y cómodo. No tardó en despertarme del todo, recordándome que pertenecía al mundo de los atareados, el ladrar insistente de un perrillo, que de seguro había quedado dentro de alguna estancia vecina. Apliqué el oído y subieron hasta mí, en los intervalos que dejaba el discorde latir del animalito, risas y voces que parecían empaparse en el chorro de una fuente que susurraba su canción monótona y cristalina; más lejos rompían el aire sones de corneta que desgarraban el tímpano, y después, opacándolo todo — ladridos, gritos, risas, correr de agua y sones de trompeta — el bramido de una locomotora que lanzó un lamento largo y hondo, luego un ronquido grave, después varios gritos como de queja, y al fin acezó lenta y uniformemente hasta que dejó de percibirse su nota igual y triste en lo más distante de una quiebra, que de seguro hacía el camino no lejos de allí.

Me incorporé de un golpe al oir que tocaban á mi puerta con gran prisa.

—Señora, señora... Señora Jecker... ¿Está usted lista?... ¿Puedo entrar?

Figurándome que quien me hablaba era mi dama de compañía, la vieja Madame Aguirreche, de procedencia vasco-francesa y que chapurra un español quizá peor que su francés, grité saltando de la cama en un periquete:

—Adelante, Rita, pase usted.

Dios mío, ¡qué bochorno! No era Rita quien me hablaba; era un viejecillo chiquitín, seco, avellanado, sin pelo de barba y con el sombrero de copa en la mano.

—Dámaso Hinard, secretario de cartas de S. M. la Emperatriz, me dijo moviendo la cabeza á toda prisa:

—¡Dios mío! grité metiéndome tras de un biombo.

—Perdone usted, declamó el vejete, que me haya tomado la libertad de entrar: me figuraba á usted completamente lista, pues pensaba había quedado citada por el chambelán de servicio: S. M. convida á usted al almuerzo, que es á las doce en punto, y apenas hay tiempo de que usted se prepare... Por mí no se aflija usted; soy incombustible... Como aquel personaje de una comedia española,

Me quemó tanto el fuego allá en mis días,
Que hoy puedo desafiarlo sin temores.

El viejo de la corbata blanca, del gran levitón y de la cartera bajo el brazo salió dando sombreradas y haciendo

reverencias al retirarse andando para atrás. Era Dámaso Hinard un hispanófilo que conocía poetas y prosistas españoles como conocía el cartapacio en que guardaba las solicitudes para la Emperatriz: esta habilidad le granjeó el nombramiento de Secretario de Su Majestad, y en ejercicio de tan alto ministerio se encargaba de retirar pretendientes molestos, de rechazar regalos interesados, de contestar solicitudes extravagantes y de conceder ó negar audiencias; era la cabeza de turco sobre quien caían las maldiciones y las responsabilidades; pero él echaba todo á buena parte, recordando versos de *La Moza de cántaro,* descubriendo manuscritos procedentes de los terroristas españoles ó estudiando los apellidos peninsulares. Tras aquel rostro sin expresión, tras aquel atavío de notario de pueblo, debajo de aquellos pelillos blancos y ralos, había un hombre entusiasta y honrado, quizás



un maniático, pero un maniático sincero, justo y bueno.

Me vestí más que de prisa, ayudada de mi dueña, y salí al balcón para despejarme un poco. Estaba mi cuarto al lado del gran pabellón central, sobre el parque de dos mil metros de largo que Napoleón mandó plantar para recordarle á María Luisa las alamedas de Schoenbrun; un polvillo de oro, como polen que de lo alto cayera sobre los árboles, semejaba un halo de gloria; los dioses y las diosas de mármol estaban en sus zócalos inmóviles y serenos, como contemplando aquella apoteosis del día... Más lejos se extendían las emparradas y los jardines floridos, verdegueantes, coronados de un musgo tan suave que parecía terciopelo de un manto real; y más lejos aún, en la lejanía, el bosque negruzco é imponente que trepaba á toda prisa del lado de Pierrefonds...

Me hallaba en Compiègne desde el día anterior, y había ocurrido por invitación directa de la señora. También estaban allí Hidalgo, Gutiérrez, Aguilar y los demás mexicanos que deseaban la intervención de Francia en los negocios de nuestra tierra...

Cuando llegué al lado de la soberana, vi á su lado á muchísimas gentes que representaban lo más grande, lo más bello y lo más agudo que tienen Francia y el mundo entero. La Emperatriz me acogió con una sonrisa encantadora y me preguntó, en ese su español anglicanizado, por el estado de las cosas de México...

—Juárez (es un encanto oirla pronunciar *Juárez*, recalcando la erre, señalando la zeda y mojando la jota levemente), Juárez, dijo, tras de oir mi narración, va camino de los Estados Unidos, á refugiarse al lado de los negros, sus amigos. No tardará México en poseer un régimen sabio y paternal que os dé todas las garantías imaginables... Vais á ser muy dichosos, pues el Emperador os proporcionará cuanto deseéis. Ha aprobado clara y ostensiblemente la candidatura del Archiduque, y ya veréis cómo á la llegada de Maximiliano todo se pacifica y muda de aspecto... En cuanto á vos, me dijo acercándoseme, confiad en la justicia de vuestra causa; ved al Duque y él os dará las seguridades que necesitáis de que todo marchará bien y prósperamente... Ved al Duque...

Penetrada de gratitud me senté al lado de mis amigos los de México. Hidalgo decía no sé qué á un viejecito que estaba confuso, cortado y triste, al grado de no poder pasar gota de saliva.

—M. de Sacy, no os quepa duda ninguna, decía Hidalguete con suficiencia; México encierra tesoros inmensos en arqueología; podéis estar seguro de que encontraréis allí materia para muchos artículos de *Les Débats*.

—Las mesas, las mesas parlantes, acerquémonos á las mesas, dijo la Emperatriz... Ahora hay mucho que preguntarles... Vamos á influir á este velador, que es un mueble ideal porque no tiene ni un clavo de hierro...



—Colocamos las manos conforme manda la regla...

THE NEW YORK
PUBLIC LIBRARY

ASTOR, LENOX
TILDEN FOUNDATIONS

En ese momento entró la princesa de Metternich, que recompensó mi saludo ceremonioso con un cordial apretón de mano.

—¡Fuera los incrédulos! gritó; aquí sólo entran las personas formales.

La Emperatriz, que se perecía por las respuestas de las mesitas, escogió al marqués de Cadore, al príncipe de Metternich, á Hidalgo, á la princesa de Metternich, á la marquesa de Cadore y á mí para que procuráramos magnetizar al mueblecillo. Colocamos las manos conforme manda la regla, pero no había respuesta á las preguntas que dirigíamos. La Emperatriz se impacientó, figurándose que la culpable del silencio de la mesa era la marquesita de Cadore, que no cesaba de picotear y de reir, por no sé qué bobería que Hidalgo relataba. La marquesa y Pepe comprendieron que habían disgustado á S. M. y se enseriaron dejando quietas las manos sobre el velador. Pero como si el diablo lo hiciera, á poco que las manos se sosegaron, empezó el mueble á dar saltitos y á moverse en todas direcciones.

—Ahora sí, dijo Hidalgo, la mesa está lista y sólo hay que interrogarla.

La Emperatriz, ya serena y satisfecha porque al fin la maga de madera respondía á nuestras instancias, exclamó con alborozo de chiquilla:

—Bien, bien; en honor de los mexicanos, nuestros

huéspedes, le preguntaremos cosas relativas al destino de aquel país... Ya lo saben; si la mesa se inclina á la derecha, es señal afirmativa; si á la izquierda, seña negativa... ¿Quién pregunta?

—Pregunte V. M., dijo Hidalgo; el destino, si es que habla mediante la mesa, tendrá que rendirse ante la gracia de V. M. y no podrá darle una respuesta adversa... Los movimientos de la mesa son rehenes que la suerte nos entrega para asegurar el destino feliz de nuestra patria...

—Bien, repuso la Emperatriz, sin hacer caso de los floreos del ingenioso Hidalgo; yo preguntaré: —¿Llegará á gobernar en México el emperador Maximiliano?

La mesa se inclinó á la derecha en señal de asentimiento.

—¿Tendrá un reinado largo y dichoso?

La mesa, como atacada de convulsión repentina, se meneó hacia la izquierda, tan fuerte y repetidamente, que estuvo á punto de caer al suelo.

—¿Cuántos años gobernará?

Tres golpes resonaron en el *parquet*, helando la sangre de todos.

—¿Vencerá á Juárez?

Movimiento de denegación.

—¿Juárez le vencerá?

La mesa se inclinó hacia la derecha para afirmar con tal fuerza, que lastimó á Hidalgo en una rodilla.

Todo el mundo guardaba silencio, como si hubiera sentido en el rostro el soplo del ala de lo desconocido; la Emperatriz se había quedado petrificada y la de Metternich miraba la mesa fatal como si en aquellas tablas pulidas y tersas estuviera la solución del problema del futuro. Hidalgo rompió el silencio y exclamó con tono de *esprit fort:*

—¡Bah! ¿Quién se cree de mesitas ni de embelecos? Lo futuro sólo Dios lo conoce... Si esta gran obra fracasara, no habría que tener confianza en nada humano... Quizás se haya equivocado el velador, y queriendo decir sí, dijo no, y queriendo sonar treinta golpes sólo sonó tres... Tonterías...

—No les llaméis tonterías, interrumpió temblorosa la Emperatriz hablando en español; una mesa me anunció en Argel la muerte de mi hermana de Alba, y otra mesa me ha comunicado cosas terribles y que quizás os revele algún día...

Pepe no tuvo tiempo de responder, pues cuando ponía la cara más dulce para decir alguna gansada cortesana, la Emperatriz exclamó:

—¡El Emperador!...

Era en efecto Napoleón III, que regresaba de visitar unas ruinas romanas, un viejo campamento de César, que acababa de aderezar para la real visita M. Viollet-le-Duc, buen arqueólogo, gran arquitecto y maravilloso contador de historias *gauloises*. Besó el Emperador á la Empera-

triz, repartió apretones de manos á los presentes, dió el brazo á la Señora y en seguida nos encaminamos al comedor.

Apenas había transcurrido el almuerzo cuando torné á mi cuarto á mirar el mismo divino paisaje que acababa de contemplar, y luego que llegó mi dueña me vestí á toda prisa para la tertulia de la noche.

Cuando entré á los salones, ya estában repletos de uniformes bordados y de espaldas desnudas. Se bailaba al son del famoso piano mecánico, é Hidalgo, que me había conducido desde mi estancia, empezó á danzar en mi compañía un delicado vals de Strauss que tartamudeaba el organillo. Todo habría marchado bien si el *Chevalier* no me hubiera destrozado la falda en una vuelta rápida que ensayó.

Tras la danza se me acercó la princesa de Metternich, que parecía distinguirme con su afecto. Era mujer superior, que sabía y hablaba de muchísimas materias con un tacto y una ciencia mundana que encantaban.

—Vais á ver al Archiduque, me dijo; hacéis bien, es un hombre culto y simpático que no dejará de agradaros... Tiene una gran imaginación, un talento muy claro, y como buen germano, ama el ensueño... Procurará haceros felices y quizás lo logre... si le dejan. La Archiduquesa es mujer bella y osada; tiene un gran corazón y ama mucho á su marido, por lo cual desea que ocupe el

lugar que le corresponde en el mundo... Mujer superior es, sin duda alguna...

El buen viejo Gutiérrez y el licenciado Aguilar, que nada sabían de los agüeros de la mañana, é Hidalgo, en cuya cabeza de chorlito no podía entrar nada que no tuviera relación con los gaudeamus y las fiestas, se nos unieron á poco y estuvieron departiendo un buen rato con nosotros.

—Encantados, señora, me susurró al oído el buen Gutiérrez... nos ha tratado con una franqueza y una amabilidad que no sabemos cómo agradecerle.

—Con estos grandes me enterrarán, exclamó Aguilar citando á Cervantes, y no con los hidalgos de mi tierra...

—Figure usted que S. M. nos mandó llamar con su chambelán para charlar con nosotros cordialmente, francamente, como amigos, si vale tamaña expresión. El Emperador estaba al lado de la chimenea, en que ardía un enorme fuego.

—¿Fumáis? nos dijo.

—Sí, Sire, respondió don Ignacio.

El Emperador escogió dos grandes puros de los muchos que estaban en una copa de cristal, él y Aguilar encendieron los tabacos, los tres nos sentamos en los sillones que nos señalaron al lado de la chimenea, y allí nos tiene usted charlando como buenos amigos y echando humo por boca y narices, pues yo al fin me había decidido por

un pitillo de excelente procedencia para no singularizarme en la compaña.

— La expedición de México avanza, nos dijo S. M. en



tono indolente; pero el partido clerical, mi querido Gutiérrez, me hace una guerra sorda y sin cuartel.

— Quizás, Sire, repuse, no sea el partido conservador quien os hostilice, sino el partido demagogo, que desea indisponeros con nosotros.

— Quizás, dijo S. M. al cabo de un momento; pero

tened entendido que, sean cuales fueren los obstáculos, nada me hará abandonar el pensamiento más grandioso de mi reinado... Ya lo comprendéis; yo no puedo consentir que el pabellón francés ampare una reacción ciega y brutal. Los bienes nacionalizados han sido y son allá la manzana de la discordia; pues bien, no deben volver á manos del clero para que los gaste en fines profanos.

Callados nos quedamos sin saber qué replicar ni cómo replicar, cuando Napoleón nos sacó de nuestra perplejidad.

—Pero en fin, mi querido Gutiérrez, no hemos de ser vos ni yo quienes arreglemos estas cosas; pronto irá el archiduque Maximiliano, y él, como Jefe de su imperio, verá lo que más convenga. Luego, dirigiéndose al licenciado Aguilar, le dijo lisonjero: «Permitidme que os felicite, licenciado, por el dictamen que habéis presentado á la Asamblea de Notables de vuestro país... Es un documento que haría honor á un estadista europeo...» A un estadista europeo, ¿oye usted? ¿Y quién dice ese piropo? Nada menos que el mayor estadista del mundo, el gobernante egregio y abnegado que no pudo ver sereno y sin conmoverse los males de nuestra desgraciada México. ¡Bendito sea él! Después de hablarnos del dictamen, Su Majestad quedó absorto en sus pensamientos, que no le dan punto de reposo. ¿Qué noble ensueño persigue? ¿Qué gran idea acaricia? ¿A qué poderoso trata de destruir? ¿A qué

pueblo esclavo ó muerto trata de volver la vida? ¿Acabará con Rusia? ¿Destruirá la Inglaterra? ¿Dará vida á la Polonia? ¿Afirmará los derechos del Padre Santo?

Veíamos el clavo ardiente del cigarro de S. M., distinguíamos sus manos blancas y pequeñas y sentíamos que la mirada del grande hombre vagaba por los espacios desde donde recibe las inspiraciones de su tío, del gran Federico, de Dios mismo... En eso se levantó del sillón, se acercó á la ventana, y mirando la noche serena y estrellada exclamó como para sí: — «¡Qué noche tan bella!» Y luego, dirigiéndose á nosotros, dijo dulce y gravemente: «Busquemos á la Emperatriz...»

Tras la entrevista con Gutiérrez tomé parte en el famoso baile de la Panadera, que encabezaban el Emperador y madame de Persigny, y á las once me metí en la cama rendida de cansancio y con la cabeza llena de imágenes bellas y gratas.

El día siguiente lo empleé en los preparativos para la charada de la noche. Era obra no sé si de Ponsard, de Gautier ó de Feuillet, pero ello es que resultaba bellísima. La palabra que había de adivinarse era *Merveille*. La primera parte (Mer) acontecía en una aldea española á orilla del mar. Pepe Hidalgo, heredero de las habilidades de su ínclito progenitor, cantaba al pie de una ventana — de mi ventana — unas soleares ó malagueñas de esas que acaban con un grito terrible que da idea del que lan-

zará un hombre á quien degüellen. Yo salía al balcón de la casa del alcalde, mi padre, y le contestaba en idéntico tono, con unas coplillas llenas de corazones atravesados, de *mares* doloridas y de ayes y lamentos que habrían causado horror á aquel ilustre senado si hubiera podido entenderlos... Venía luego una riña en que salían á relucir las facas y los estoques, y Pepillo quedaba muerto al pie de mi ventana, no sin lanzar antes de su fin otra media docena de alaridos á que yo respondía en debida forma.

Venía luego la segunda parte, *veille,* que era la velada del santo titular en una aldea bretona, y tenía como números salientes los bailes, la iluminación con farolillos y la aparición del patrono. El todo era una reunión de saltimbanquis que representaba las siete maravillas del mundo. Yo salía en calidad de niña prodigio, que adivinaba sueños é interpretaba visiones; Pepe Hidalgo era organillero italiano y se convertía sucesivamente en ladrón calabrés, en *lazzarone* y en ranchero mexicano. Fué aplaudido á rabiar. La propiedad no brillaba por cierto como atributo principal de los trajes. Con decir que Hidalgo sacó como distintivo del charro unas horribles rodilleras apretadas de campanillas y cascabeles, que sonaban apenas quería moverse el dueño, está dicho todo. Mas en cambio, ¡qué riqueza en los detalles! ¡qué primor en las joyas! ¡qué lujo en todo el decorado! Yo tenía la cabeza cubierta de diamantes, el pecho constelado de diamantes,

la falda sembrada de diamantes y llevaba al cuello un enorme collar de cuentas de oro que caía en tres hilos, brillando en combinación con las piedras como si hubiera sido un incendio que me destrozara con sus lenguas aceradas y sutiles. El collar era de la princesa Matilde; los diamantes, de la princesa de Bauffremont y de la condesa de Nieuwerkerke; pero si hubieran sido míos, poco hubiera tenido que pleitear contra los detentadores de mis bienes: representaban una riqueza.

Siguieron á estas fiestas una cacería en el bosque, una excursión á las ruinas romanas de Champlieu y otros muchos divertimientos; cuando nos preparábamos á tomar la venia de los Emperadores para retirarnos (pues los diplomáticos habían tratado ya con S. M. hasta los puntos más sutiles por arreglarse, dejando el nuevo Imperio mexicano sobre el papel de la cámara real, que era un encanto de armonía, de paz y de dulzura), cuando íbamos á ausentarnos, digo, llegó la buena de mi dueña con la cara angustiada y hablándome con más prisa de la que consentía su torpeza de lengua.

—La señora... Pregunta por la señora... un cierto hombre... es loco... parece loco ciertamente... no quiere quitar el cuarto... que si la señora está enfermada, él la atiende...

Como no podía comprender un guirigay tan terrible, tomé de las manos á Rita la cartulina que el supuesto loco

había puesto en sus manos, y leí con sorpresa mezclada de placer:

General José María González de Mendoza.

Y doblada la orejita que decía *affaire* en letras chiquitinas.

Hice entrar al buen Mendoza y me dí cuenta de por qué Rita le había declarado loco. Llevaba una levita que participaba de la bata masculina, de la chaqueta de campesino y de la hopa de ajusticiado; los pantalones eran anchos, bastos y mal fajados; las botas carecían de lustre y el sombrero parecía de astrakán, por estar peinado á re dropelo.

—Señora, vengo sólo á ponerme á los pies de usted (inclinación profunda de mi parte) y á hacerle saber que se encuentra preso en Tours su yerno, el capitán Miguel Caballero de los Olivos.

Es un joven leal y honrado que se ha rehusado á juramentarse conforme lo pide el gobierno del Emperador, y que naturalmente está amenazado de perder aun la mísera paga que se da á los prisioneros de guerra traídos de Puebla. Yo le he ayudado con los recursos de mi bolsillo; pero ni esos recursos son grandes, ni aunque lo fueran bastarían para auxiliar á los muchísimos compatriotas que se hallan en el caso de Olivos... ¿Quiere usted ocurrir en su socorro? Yo me restituyo mañana mismo á Tours, pues

vengo sólo á saludar á mi prima y á hacerle presente que el hecho de hallarme en bando opuesto al suyo no relaja, ni mucho menos destruye, los vínculos de parentesco... Siempre he amado mucho á mi prima, y no hay motivo para que ahora la aborrezca, pues lo cortés nada quita á lo valiente... ¿No opina usted así?

Estuve conforme en cuanto me preguntaba aquel esperpento, que continuó con volubilidad de maniático:

—Por la tierra no camina todo tan mal como sería de temerse... Juárez se escapó de México porque no tenía manera de continuar allí; la tropa, el pueblo y el dinero le faltaron, y tuvo que emprender la retirada en unión de una media docena de desesperados... Los capitulados de Puebla, que se fugaron faltando á todo lo que les mandaban el honor militar y los buenos principios, no lograrán, acuérdese usted de mí, ni un peso ni un hombre; su impotencia es absoluta... Por otra parte, el general Forey no se adhiere á los mochos, sino que acepta todos los principios de la Reforma; tendremos, pues, tolerancia de cultos, separación del Estado y la Iglesia, desamortización de bienes del clero y todo cuanto pedíamos los liberales... ¿Qué significa, pues, esa resistencia inmotivada? ¿A qué viene ese capricho de defender lo que nadie ataca, puesto que los franceses han ofrecido retirarse luego que dejen aquello medianamente organizado? Irá Maximiliano, se volverá tan mexicano como cualquiera de nosotros, planteará



—Por la tierra no camina todo tan mal como sería de temerse...

THE NEW YORK
PUBLIC LIBRARY

ASTOR, LENOX
TILDEN FOUNDATIONS

la paz y el orden en su imperio, extinguirá el germen de las revoluciones y dará á Europa la prueba de que no son tan ingobernables como se cree los pueblos de la América latina... Por supuesto que yo tendré noticia de estas cosas por lo que diga la gente, pues pienso, tras de besar los pies de mi prima, retirarme á la vida privada en cualquiera de estas deliciosas aldeas francesas que parecen hechas para mansión de un hombre serio y reflexivo... Bien puede ser que mi prima se empeñe en conservarme á su lado, que pretenda inducirme á volver á la patria; pero ¡á otro perro con ese hueso! No seré yo quien se meta en más libros de caballerías, aunque le den en cambio el imperio de Francia con el de México encima...

Tan de prisa hablaba el hombre que no me dejaba tiempo para preguntarle detalles sobre la prisión de mi yerno, ni siquiera para averiguar qué prima era esa tan sonada y que intervenía en tantas cosas.

—¿Sabe usted lo que va á ser famoso? continuó el General. La agarrada entre Ortega y Juárez. Conozco á los dos pollos y sé á qué atenerme; ¡quién sabe cuál sea más ambicioso de los dos! pero ello es que si el que gana ha de ser el más terco, vamos á tener para rato... Yo desde aquí lo veré todo, pues á pesar de cuanto mi prima pueda sugerirme, estoy decidido á retirarme á dispersos, á mudarme á cuarteles de invierno... No, señora Jecker, no aceptaré nada, nada, absolutamente nada, aunque se in-

terese mi prima, que es lo que yo respeto más en el mundo...

—¿Y no irá usted, señor General, á saludar á Maximiliano de Austria ni á presenciar su aceptación del trono?

—No, señora, no iré á ver al Archiduque ni á parte alguna que no sea el rincón en que me moriré de vejez y de tristeza... No se empeñe usted en catequizarme, porque nada conseguirá; no iré, no iré y no iré... ¿lo quiere usted más claro? No iré aunque me lo manden padres descalzos... ¿Que Maximiliano vale mucho y que su mujer vale más? ¿Que son excelentes príncipes y que van á hacer la felicidad de México? Pues que sean cuanto quieran y que hagan lo que les parezca; yo me limitaré á decirles desde mis *Oubliettes:* «Vuestras Majestades gocen del bien que merecen y sean tan dichosos como yo lo deseo; adquieran México, Guatemala y las demás tierras que conquisten; sean dueños de montes de oro y de diamantes, pero no cuenten con Mendoza, que como Escipión, está resuelto á no dejar siquiera sus huesos á la ingrata patria; no seré yo quien les ayude, no seré yo quien les acompañe en su gloriosa empresa... Ya dije á México el adiós eterno...» Así también se lo haré ver á mi prima...

Aquí llegaría de su plática el gran Mendoza cuando recibí un volantito de Gutiérrez, anunciándome que habían llegado al castillo el padre Miranda, Velázquez de León, Woll é Iglesias, y don Tomás Murphy y don Anto-

nio Escandón, que habían ido á recibirles hasta el Havre. «Hoy serán presentados á S. M., que se sirvió ya señalar hora para la audiencia; no falte usted», añadía el viejo patriarca.

Y sí falté, porque después de almorzar (la Emperatriz me advirtió que contaba diariamente conmigo á las horas del almuerzo y la comida) la Señora se levantó violentamente de la mesa, dió unos cuantos pasos por el jardín inglés, salió por la reja que comunica con el parque y echó á andar vertiginosamente; primero estuvimos todas á su lado; poco á poco el grupo fué desmembrándose; pronto sólo nos quedamos al lado de la Emperatriz tres damas, las duquesitas de Alba y yo; al fin también nos fatigamos y nos pusimos á reposar al lado de una fuente derruída, sin ver más de la Emperatriz que la cabeza erguida y majestuosa, la casaca que parecía de oro fundido y el bastón con que iba abriéndose paso en la espesura...

No tardó en extinguirse la luz del crepúsculo y en salir para alumbrar tenue y dulcemente un octante de luna que parecía la segur de plata de un segador celestial; al fin aparecieron las estrellas titilantes y húmedas, como ojos que parpadean soñolientos y tristes, mezclando su luz azulada á la amarillenta de Selene.

A poco oímos ruido y vimos salir de la espesura á la Emperatriz, como si hubiera sido la condensación de todos los recuerdos que en aquel sitio nos venían á la mente: la

Pompadour, la Dubarry, María Antonieta, María Luisa de España, María Luisa de Austria, la reina Amalia; pero excediéndolas y opacándolas aquella intrépida andarina que con su casaca dorada parecía más bella y más espiritual que todas las sombras pasadas.

La Emperatriz llegaba del brazo de un figurón que soplaba jadeante y sin aliento, mientras la Señora permanecía quieta y tranquila.

—Señores, nos dijo, os presento al general González de Mendoza, mi primo.

—¡Dios mío, pensé, conque ella, la Emperatriz, es su prima! ¿Y dónde la habrá acechado para reunírsele tan á tiempo?

Al llegar al castillo, que relucía con todas sus ventanas iluminadas, entramos al salón chino, que se abre á la derecha de las habitaciones imperiales; la Emperatriz llegó á poco vestida de blanco, tan linda y tan gallarda que apenas parecía tener veinte años; se sentó frente á una ventana, teniendo por fondo el jardín distante; y aquella verdura florida, aquella agua luminosa, aquella luna suave y tranquila, aquel salón extravagante y aquella Emperatriz linda y discreta, traían á la memoria fiestas regias, mujeres bellas, músicas, galanteos, entusiasmo y placer de amar.

Apenas me distinguieron los mexicanos de la comisión, vinieron á mí acompañados de Mendoza.

—Ya pasó todo; S. M. estuvo gentilísimo. Aunque ya sabía que el pueblo mexicano se remitía á su real benevolencia para el caso que no aceptara el Archiduque, se enterneció en gran manera y nos repitió la oferta de su ayuda incondicional. ¡Es bondadosísimo el Emperador! Mañana salimos para Miramar y contamos con que usted nos acompañará... Viene el señor general Mendoza...

—¡Cosas de mi prima! dijo Mendoza; se ha empeñado en que vaya sin carácter ninguno oficial á presenciar el ofrecimiento de la corona á Maximiliano, y yo obedezco... Cosas de mi prima...





CAPITULO II

De viaje

SALIMOS por la garita de Orleans, en el tren de las nueve de la noche, y aunque temíamos todo de las informalidades de Pepe Hidalgo, poco antes de la hora le vimos llegar acompañado de un criado que acababa de bajar de un simón muchísimas maletas, maletines, cofres, baúles, petacas, bolsas, portamantas, bastones y sombrereras.

Gutiérrez, Aguilar y yo estábamos en el compartimiento desde una hora antes, así es que cuando la máquina lanzó un silbido agudo, se desesperezó estirando y volviendo á dejar el convoy, y al fin partió respirando trabajosamente, pudimos comunicarnos nuestras mutuas impresiones y dar gracias á Dios que nos permitía empezar felizmente aquel viaje temerosísimo. A poco arreglamos las mantas, buscamos acomodo en aquellas durezas,

cerramos los ojos y nos echamos á dormir como unos benditos.

Ya era de día cuando nos despertamos; íbamos por unos campos sembrados de colza; el aire era frío y diáfano; á lo lejos se distinguían un campanario puntiagudo, muchos tejados rojizos y una llanura verde é interminable en que se destacaban nuevos campanarios, nuevos tejados y nuevos campos sembrados y acotados, hasta cansar la vista la sucesión de tantas cosas iguales.

— Parece este paisaje el de una de esas granjas de madera fabricadas en Nuremberg, que nos deleitaban cuando éramos niños, observó Aguilar.

— Pues no tardará usted en mirar cosas semejantes en nuestra tierra, dijo Gutiérrez.

— *Dubitat Augustinus,* exclamó pirrónico Pepe Hidalgo.

— No digo, mi querido Pepe, que sea mañana cuando veamos estas maravillas; pero con el tiempo...

— Yo no quiero quitarle á usted sus ilusiones, señor, repuso Pepe; pero que don Ignacio le cuente á usted algunas cosas que sabe acerca de lo último acontecido por allá y dejará usted de creer que me haya europeizado y que no ame al país.

— Cosas graciosas, nada más que cosas graciosas, don José; por ejemplo, en el baile que la oficialidad francesa ofreció á la Sociedad Mexicana y en que el nuevo monarca fué ungido con champaña, coronado con rosas y consa-

grado por labios seductores, según expresión del amigo Desbarrés...

—¿Cuál Desbarrés, el impío, el constitucionero, el bellaco director de *L'Estafette*, ó algún otro cristiano y caballero que haya ido en compañía de nuestros gloriosos aliados?

—El mismo, el mismo de *L'Estafette*, don José; simplemente que ahora ya no defiende sino que ataca á los liberales y constitucioneros... ¡Qué brioso artículo el que escribió con motivo de la proclamación del Imperio por la Asamblea de Notables!... «Eróstrato, dice, que incendió el templo de Efeso, entregó su nombre á la execración de la posteridad; el que ponga fuego á las republiquillas revoltosas é ingobernables que como hongos venenosos brotan anualmente desde el río Bravo hasta el cabo de Hornos, apenas habrá desmontado la tierra haciéndola servir para cosas más útiles... No denunciamos como incendiario al labrador que quema los abrojos y las hierbas parásitas de su heredad; á pesar de esa providencia, el paisaje no será menos bello ni menos limpia la cosecha que se recoja... ¿Acaso nos inspirarían lástima las orugas y los reptiles que se tuesten en el fuego purificador? Ningún pesar nos causa, pues, esta república que desaparece.»

—Muy bien, muy bien, gritó Gutiérrez aplaudiendo; ese hombre ha dicho la verdad; ¡bien haya él! El camino de Damasco; los designios del Señor son ocultos, pues

ahora Él hace que el primer loador de la salvadora monarquía lo sea un liberal... Debe el tal Desbarrés de tener un buen ingenio, y con él debe de haber considerado la verdad de todo... Pero cuente, cuente usted eso del baile, que estoy asustado por el anuncio que Pepe acaba de darnos...

— Pues señor, es cosa muy sencilla y que en todas partes acontece, según creo: el tocador de las señoras quedó barrido antes que hubiera llegado la hora del ambigú; zapatos, limpia-uñas, guantes, cepillos, agujas, hilo, cuanto se encontraba en el salón, se fué en los bolsillos de las convidadas que habían acudido á reparar el desorden de sus trajes... Una señora fué á la tercera contradanza á coser una rotura hecha en el vestido de su hija por un oficial que le había encajado las espuelas... Todo había desaparecido... Las franjas de oro de las cortinas de seda se arrancaron con cuchillo... Por supuesto que los liberalescos aseguran que fueron las imperialistas las que cometieron tales incorrecciones; pero la verdad es que no parece natural que entre nuestros amigos, que forman la parte más delicada y fina de la sociedad, pasen esas cosas... Eso tiene que ser obra de los liberales...

— Cabal, cabal, concluyó Gutiérrez; pero tenemos que confesar que sea obra de quien fuere, no nos honra... Habrá que ser muy mirado en la repartición de invitaciones para lo futuro...

— Miradísimo, contestó Hidalgo.

Cuando acabábamos estas lamentaciones, la locomotora silbó dolorosamente, y apareció á la vista una ciudad grande y bella, que después supimos era Estrasburgo.



Aguilar, que es un *badaud* perfecto, se entretuvo admirando la esbelta aguja de la catedral gótica, el reloj de sorpresa, la estatua de Gutenberg y otros primores que nos describió con su verba animada. Salimos para Viena después de una detención de tres horas, y al llegar, mientras Hidalgo y yo acompañábamos á Gutiérrez á dejar sus tarjetas en las casas del Embajador de Francia y del Nuncio del Papa, el infatigable Aguilar recorría la gran ciu-

dad reina del Danubio, para volver á poco haciéndose lenguas de la comodidad de las posadas, de la noble urbanidad de las gentes, de la hermosura del sitio, de la elegancia de las damas, de lo bien cuidado de los jardines del Belvedère, de la belleza y excelentes carnes de las bailarinas del teatro de la ópera, de la gracia y bello continente de las innumerables estatuas que pueblan jardines y paseos, y de la solemne majestad que se respira bajo las bóvedas de los Capuchinos, en que descansan los restos de los miembros de la casa de Austria.

Todo lo había visto y observado y conocido y admirado y descrito aquel viajero modelado por el tipo del inglés que apuntaba en su diario: «Pasamos á sesenta millas del archipiélago de la Reunión, cuyos habitantes nos parecieron muy hospitalarios.» Nosotros volvimos al ferrocarril tranquilos y satisfechos, mientras Aguilar llegaba despeado, enfermo y lleno de fatiga, pero eso sí, seguro de haber conocido mejor á Viena en treinta y seis horas que un vienés machucho en toda su vida.

Otras treinta y seis horas empleamos de Viena á Trieste, admirando aquel camino que parece tallado en sueños por mano de artífices locos.

Gutiérrez, que fumaba un pitillo de tabaco vienés, que le hacía llorar los ojos, empezó así:

«—Treinta y dos años no más tiene S. A.; de manera que si Dios por alguno de sus altos designios no acorta

el hilo de sus días (que los de Néstor sean) le veremos todavía muy entrado el siglo XX rigiendo en paz y concordia sus extensos Estados. Es el hijo segundo del archiduque Francisco Carlos y de la archiduquesa Sofía, y hermano del Emperador Francisco José, que actualmente ocupa el trono.

«Se le destinó desde su más tierna edad á la carrera de la marina, y por consecuencia, á los estudios de humanidades, filosofía é idiomas vivos, que forman el fondo de los conocimientos de los archiduques de Austria: él añadió los especiales de matemáticas, geografía y otras disciplinas que directamente se ligan con la profesión náutica. De los catorce á los diez y ocho años recorrió buena parte del mundo: Grecia, Italia, Portugal, España, Tánger, Argelia, Albania, la Dalmacia, las costas de Alemania, Rusia, Suecia, Sicilia, la Alemania septentrional, Bélgica y Holanda vieron sus huellas y publicó para describir las maravillas naturales y las instituciones políticas de esos países, dos tomos llenos de doctrina y observaciones atinadas.

«Nombrado gobernador del reino Lombardo-Veneto, tuvo la habilidad bastante para sofocar las aspiraciones y los deseos de independencia que bullían en el ánimo de aquellos turbulentos ciudadanos, que prefieren una peligrosa y detestable libertad al yugo suave y paternal de S. M. Apostólica. Pronto se hizo entre los lombardo-vene

cianos tan popular y tan querido como lo era en su misma patria: llenó de beneficios á los pueblos, promovió obras importantísimas, supo lisonjear el amor propio de los más empedernidos regnícolas y al poco tiempo estaba ya considerado como candidato posible al trono del Estado que se formaría en el cuadrilátero. Mas la suspicacia del regio hermano de S. A. no pudo ver aquello con calma y le relevó del gobierno enviándole de nuevo á las exploraciones marítimas que son su encanto. En esta vez recorrió la costa de Africa, las islas de Madera y el imperio del Brasil, volviendo después á su retiro de Miramar.»

Entretanto, íbamos recorriendo aquel camino prodigioso que trepa por montañas altísimas; pasa sobre viaductos hasta de tres órdenes de arcos; corre sobre puentes soberbios y se oculta en oquedades que asombran por lo obscuras y por lo profundas, y vuelve á la luz, siempre jadeante, siempre silbando y con su cimera de humo que parece el airón del casco de un gigante.

Al salir de un túnel, Pepe Hidalgo exclamó:

—Mas lo que no nos ha mencionado usted, tocayo querido, es el valor del príncipe. Una vez (dirigiéndose á mí) por el tiempo que se fraguó el atentado Orsini contra Napoleón, Maximiliano recibió por el conde Stromboli, noticia de que se trataba de asesinarle. Sin inmutarse salió del palacio con la Archiduquesa asida del brazo, y sin

acompañamiento ni escolta de ninguna especie se dirigió á la plaza de San Marcos, desconcertando así los planes de los conspiradores. Otra vez que le anunciaron un complot contra su vida, en el momento que salía para el teatro, dijo al portador de la noticia: «Si es cierta esa conspiración, hacedme el favor de que perezcamos juntos.»

—¡Es prodigioso! Figúrese usted que se levanta á las cinco de la madrugada.

—Y se acuesta á las nueve.

—Y trabaja enormemente, dirigiendo cartas á todo el mundo.

—Y como guapo, es guapo; gran frente...

—Indicio de inteligencia elevada.

—Ojos azules y vivos en que brillan la penetración, la bondad y la dulzura.

—La expresión de su semblante es leal y nunca se le puede olvidar.

Pero Gutiérrez é Hidalgo, que veían á Aguilar callado y sin lograr meter baza, le interrogaron con maña acerca del famoso dictamen presentado á la Junta de Notables de México.

—Es un gran trabajo, un trabajo lleno de ciencia, conciencia y experiencia.

—No vale la pena, dijo modestamente Aguilar; es una improvisacioncilla sin importancia.

—¡Improvisación! exclamó Gutiérrez. Pues no parece

sino que se ha comido muchos cabos de vela, como decía mi maestro don Pablo Morales.

— Es decir, las ideas, el fondo, la trama los tenía mascullados hace mucho tiempo; la forma, la exposición, lo material, en fin, fué obra de muy corto espacio. Los compañeros pusieron el asunto en mis manos, y como pude lo desarrollé en dos ó tres días.

— Es admirable.

— ¿Sabe usted lo que me encanta? susurró Pepe Hidalgo. Aquello de cómo va engranando don Ignacio los acontecimientos, desde la Revolución francesa y la del 48, hasta el golpe de estado de Napoleón y la guerra separatista americana, para venir á parar en la intervención francesa en México y en el imperio de Maximiliano.

— La organización que da vida al arador está enlazada por los infinitos eslabones de una cadena invisible, con el curso imperturbable de los astros, recitó Aguilar reverentemente. Bossuet...

— Muy bien está aquella tirada en que se declara usted contra la República en México.

— Mejor es aquello de «¡Ah! si alguna memoria grata como la de los placeres de la niñez, queda todavía para la nación mexicana, ciertamente que pertenece á los tiempos de la monarquía. Como involuntariamente, volvemos nuestros ojos llenos de lágrimas á esos siglos que nuestros tribunos llaman de oscurantismo y de opresión, de grillos y

cadenas, y exhalamos de nuestros pechos suspiros lastimosos tras el bien perdido de la paz, de la abundancia y de la seguridad que entonces disfrutaron nuestros predecesores.»

— Y aquello de llamar al régimen de la colonia: «civilización angelical.»

— Y la crítica tan aguda que hace de los gobiernos republicanos.

— Y las frases con que se burla de los Estados Unidos, que acaban de romper su famoso *E pluribus unum* para sumergirse en el abismo de la ruina y de la desgracia.

— Más me agrada la pintura de la civilización española en México y de los males que nos trajo la independencia.

— A mí la investigación de por qué no puede ser mexicano el gobernante que ponga en paz aquello, se me figura irrefutable.

— La apología de Maximiliano, es preciosa.

— La Asamblea hizo muy bien en votar por aclamación las proposiciones del dictamen.

— Y en enviarle á usted por acá.

— Muy merecidos tiene usted los elogios de Napoleón III.

— Como tendrá los de nuestro augusto soberano.

En eso la locomotora anunció una estación, y al sonar las diez de la noche el tren se paró en Trieste, término de

nuestro viaje. Ya esperaban á mis amigos sus compañeros de comisión, el famoso don Francisco de Arrangoiz (Gota de agua), el marqués de Corio y el conde de Bombelles,



estos últimos mandados por el Archiduque para atenderles y agasajarles.

Descansaron el día dos, y el tres, que fué el señalado para la recepción, salieron en coches del Archiduque hacia Miramar. El caballero Revolletta, noble de Trieste, me



Grupo de individuos de la Comisión que fué á Miramar.

THE NEW YORK
PUBLIC LIBRARY

ASTOR, LENOX
TILDEN FOUNDATIONS

había invitado para visitar su palacio, y en unión de Arrangoiz, que no estuvo presente en la ceremonia, pasé allá buena parte de la mañana. Al regresar á la municipalidad, donde nos alojaban á cuerpo de rey por cuenta de la futura majestad, me encontré con la levita holgada, los zapatones de gigante, las manos de simio, los ojos papujados y el andar desigual de González de Mendoza, que venía como quien dice, pisándonos los talones.

—Hoy llegué, pero nada más que á tomar lenguas... nada más que á informarme... Entre paréntesis, señora, el muchachuelo ridículo á quien usted tiene por yerno se rehusó á aceptar lo que con tan buena voluntad le enviaba... Dice que no quiere nada de una afrancesada, de una traidora... No se aflija usted ni se desespere, que yo encontraré manera de que tome esos francos; me bastará asegurarle que los recibí de tal ó cual comité carbonario ó anarquista y hallará la cosa muy justa y el pan que se coma no le quemará la boca, como dice que le pasará con el que le regale usted... Yo estoy de paso, nada más que de paso... Me restituyo en seguida á París, donde tengo que esperar á mi prima... Sólo por ella, sólo por ella he venido acá; ya usted conoce la firmeza de mis principios... de mis principios republicanos... Yo no transigiré con este régimen... yo no abdicaré de mis convicciones...

Poco más habría hablado Mendoza cuando llegaron los miembros de la comisión de vuelta de su viaje á Miramar.

No me he encontrado en mi vida gentes más satisfechas que lo estaban mis queridos paisanos.

—Estamos hechizados con tanta bondad, dijo Gutiérrez.

—Eso es hidalguía, apuntó Escandón.

—Estos son príncipes, añadió Murphy.

—Le aguardan á usted mañana, señor General.

—Quieren darle una muestra de su admiración.

—¡Qué día! exclamó Miranda; Miramar y el tres de Octubre quedarán indelebles en nuestra historia.

—Pero cuenten ustedes y cuéntenlo todo y con orden, porque de otra manera me quedo á media miel.

—Que se lo cuente á usted el padre, indicó Woll.

—No, que lo diga don Ignacio, replicó el aludido.

—Pues, señora, tiene usted para bien saber y yo para mal contarle, y dispénseme que comience mi relación como las de los niños, ya que lo que nos ha pasado parece cuento de hadas...

—Bien, muy bien dicho.

—Pues, señora, ha de saber usted que llegamos al palacio á la hora en punto...

—Como diez minutos antes, interrumpió un matemático, que debe de haber sido Velázquez.

—Eso es, diez minutos antes, confirmó el narrador. Ya nos esperaba á la puerta del castillo toda la servidumbre vestida de gran librea. Había marineros (y lo eran de

veras), había sujetos vestidos de negro con bordados de plata y espada al cinto, había otros con chupines blancos é insignias azules, y todos con calzón corto, media de seda y zapatos bajos de charol. Al cabo de la fila se veían los alabarderos, con sus grandes barbas rubias, sus sombreros al tres adornados con plumas blancas, quietos, inmóviles, empuñando su larga alabarda con el asta forrada de terciopelo y el regatón brillante como si fuera de plata...

—De plata es, dijo Hidalgo, de plata forjada á martillo.

—Bien; habrían pasado dos ó tres minutos cuando se abrió una puerta y apareció el Archiduque con todo el aire de un soberano... La verdad, á mí me ofuscó con su continente regio y con su bella presencia, y no supe darme cuenta ni de cómo estaba vestido S. A...

—De frac, hombre, de frac azul, advirtió Gutiérrez benévolamente, y llevando al pecho la cruz de San Esteban y el Toisón de Oro.

—Y haga usted notar que en la estancia había sendos retratos de SS. MM. el Emperador y la Emperatriz de los franceses...

—Y otro de S. M. I. A. el augusto hermano de nuestro Príncipe.

—Pues es el caso que á la hora que entró S. A. al salón donde le esperábamos, se retiró la servidumbre, se ce-

rraron las puertas, el señor Gutiérrez leyó su discurso, le contestó el señor Archiduque con voz reposada, fuerte y resuelta, y en español bastante aceptable...

—Entretanto S. A. nos veía con aquellos sus ojazos azules, límpidos, profundos, llenos de primor, y parecía decirme á solas cuando su mirada se posaba en mí: «Tú y todos vosotros seréis en adelante mis súbditos, mis hijos, mis criaturas, por quien dejaré lo más caro que tengo... Voy á desposarme con tu patria, voy á ser su amante fidelísimo, pues así como para los otros hombres se escribió aquello de «Dejarás á tu padre y á tu madre y seguirás con tu marido una sola carne», así para nosotros los príncipes se ha dicho: «Dejarás tu patria y tus comodidades y tu vivir holgado y fastuoso é irás á tierra extraña y en ella reinarás y encenderás tu hogar y te convertirás en mexicano.»

—Muy bien, muy bien, eso en efecto parecía decir Su Alteza al mirarnos.

—Luego S. A. pasó al interior y trajo á su mujer, la bellísima archiduquesa Carlota; que es la cifra y el compendio de todos los primores. La acompañaban la princesa de Auesperg, dama de honor, y la condesa de Lützon, gran aya del Archiduque y madre política de nuestro Gutiérrez.

—Y la dueña más cabal que huelle alfombras cortesanas y pasee por residencias reales.

—La Archiduquesa, continuó Aguilar, es muy bella, pero más que bella es buena y discreta. Luego que nos presentaron á ella, recorrió nuestro círculo para cumplimentarnos diciéndonos cuanto pudiera halagar nuestra vanidad, nuestros intereses ó simplemente nuestro amor propio nacional. Al acercárseme me habló de manera tan cordial y afectuosa, que no parecía sino que ella pertenecía á mi humilde alcurnia ó que yo había nacido también en las gradas del trono. — «Señor de Aguilar, me dijo, el dictamen que habéis presentado á la Asamblea de Notables, da á conocer en vos miras de político y de hombre de Estado eminente. Mucho podéis hacer en pro de vuestra patria y mucho debe de esperar ella de un hijo tan talentoso y tan sabio...» Esas cosas tan buenas, dichas en un español tan claro y tan correcto, me dejaron empequeñecido y asombrado.

—A mí me habló, dijo Velázquez de León, de los adelantos del Colegio de Minería, que dijo saber era uno de los primeros del mundo.

—A mí...

—A mí...

—A mí...

—Aún no concluyo, exclamó Aguilar dominando el tumulto. También me dijo: «Ya os conocíamos por los elogios que hacían de vuestra persona los señores Labastida y Munguía..: ¡Qué excelentes pastores, qué capacidades

tan grandes, qué espíritu evangélico tan alto y tan bien empleado!»

—¡Bendito sea Dios, exclamó Gutiérrez con los ojos rasos de lágrimas; bendito sea Dios que nos consiente oir tales palabras de boca de quienes van á gobernar nuestra sociedad...! ¡Bendito sea Dios!

—A mí, dijo Escandón, me alabó por la obra del ferrocarril de Veracruz á México. Parece mentira, pero no sólo tiene idea de las distancias, sino también de las dificultades del camino... «Sólo un hombre como vos, que sois por la perseverancia un segundo Lesseps, podía acometer una obra tan colosal... Con media docena como vos, se regeneraba México.»

—Pues lo que es á mí me puso por las nubes por las que bondadosamente llama mis hazañas en la guerra civil, apuntó Woll.

—Al fin paisana de usted...

—Tuvo la bondad de expresar que era yo una gloria belga.

—¡Qué amable!

—¡Qué fina!

—¡Qué generosa!

—¡Qué ángel tiene!

—Ella misma es un ángel.

—Nació para ceñir la diadema imperial.

—Pues á mí, dijo tímido Iglesias, me felicitó por el

parentesco con la señora doña Josefa Ortiz de Domínguez. «Ya sé que una abuela vuestra conspiró contra los españoles hasta lograr echarlos del territorio... Lo he leído en la historia de don Lucas Alamán... Debe tener una estatua la mujer que tales cosas hizo y vos debéis envaneceros de descender de ella.»

—Amigo, dijo Miranda; quizás será porque no he vivido entre príncipes ni estoy hecho á frecuentar palacios, pero ello es que me siento deslumbrado con esta visita; evidentemente que son personas de casta superior á la nuestra estos príncipes que tan generosamente nos reciben y se sacrifican por nosotros, dejando su alta posición en el mundo, las comodidades de que gozan y las probabilidades que tienen de suceder en la más alta ó por lo menos en una de las más bellas coronas que existen sobre la tierra, para irse á meter á aquella tierra de revolucionarios, de bandidos y de pobres.

—¡Qué buenos son!

—Sí, amiga mía, ¡qué buenos son! Es preciso conocerles, es preciso hablarles, es preciso descubrir los tesoros de virtud, de discreción, de magnanimidad, de delicadeza y de cuantas buenas cualidades se puedan desear para apreciar dignamente al príncipe y á la princesa—y una lágrima, probablemente una de las pocas que derramó en su vida, resbaló por las tostadas mejillas de Miranda.

—Bien, dije encontrando la oportunidad de meter baza; pero ¿aceptan ó no aceptan la corona?

—La respuesta de S. A. ha sido la que debía ser; se aguarda á que la nación confirme el voto de la Asamblea de Notables; pero si ese voto se confirma, podemos contar con la presencia del nieto de Carlos V en nuestra tierra.

—En fin, que la cuestión mexicana está resuelta.

—Que tenemos ya Emperador.

—Que los demagogos quedan con un palmo de narices.

—Y que no tardaremos en ver la regeneración de México.

—¡Bendito sea Dios! repetía Gutiérrez; ¡bendito sea Dios que tales cosas permite para nuestro bien!... *Digitus dei est hic...* Aquí está el dedo de Dios.

Esa noche comieron en Miramar los mexicanos y al día siguiente me aturdieron con las descripciones de cuanto habían visto y oído. Los trajes de la Archiduquesa, sus alhajas y su peinado; el servicio de la mesa, todo de plata y oro; la amabilidad y el buen gusto del Archiduque; la música, los criados, la biblioteca, todo les tenía hechizados y satisfechos. Eran, triste es decirlo, á manera de niños que hubieran ido por primera vez á una comedia de magia.

Y cuenta que los que más ofuscados estaban con el polvillo de oro que les habían echado á los ojos, no eran el provinciano Aguilar, ni el teócrata Miranda, ni el canijo

conde del Valle; tan deslumbrados como ellos estaban Escandón, Hidalgo, Arrangoiz (que ya escupía en rueda) y Velázquez. No hacían más que hablar de los diamantes de Carlota, de sus calabacillas, de sus amatistas y de sus esmeraldas; no mencionaban más que el servicio de Miramar, la comida de Mirámar, las reliquias de Miramar y las deliciosas vistas que desde Miramar se disfrutaban. Más grande fué su entusiasmo el día que el Archiduque les dió un espectáculo que la mayor parte de ellos nunca había visto. Salieron á dar un paseo por mar, se alejaron un poco de la costa, el Emperador hizo sonar un pito de contramaestre que llevaba guardado, é instantáneamente el castillo se iluminó con los colores verde, blanco y rojo. Lo dicho: la comedia de magia perfectamente calculada y clara.

—¡Qué *féerie*, señora Jecker! exclamaba Hidalgo el bueno, refiriéndomelo al día siguiente.

—¡Nuestro pabellón, nuestro sagrado pabellón tricolor, el que se tremoló en Iguala! gritaba Aguilar.

—Y lo más bello, decía Gutiérrez, lo más delicado de todo, fué que en lo alto del castillo apareció la imagen de la Virgen indita, de mi señora de Guadalupe, de la aparecida del Tepeyac; no puedo menos de llorar al recordarlo.

—Es una belleza.

—Es una gran muestra de patriotismo.

Y volvían de nuevo las bendiciones á S. A. y las acciones de gracias á Dios porque permitía aquello.

El cuatro partió la mayoría de los comisionados y quedó solo un cuerpo de áulicos formado de Aguilar, Gutiérrez, Hidalgo, Velázquez y Arrangoiz, que iba á instruir al príncipe en las cosas de México.



El cinco bajaron de Miramar los mexicanos é Hidalgo me dijo:

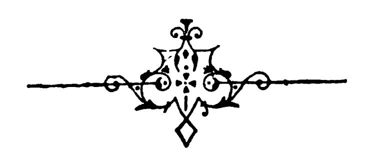
—SS. AA. desean ver á usted, señora, para preguntarle ciertas cosas tocantes á su negocio. Sírvase acompañarnos mañana. También el general Mendoza será de la partida.

El día siguiente, á las diez, cuando yo estaba lista y los demás aguardaban los coches de Miramar, un faquín puso en mis manos una carta:

«Señora, sírvase disculparme con los amigos; me marcho, porque de quedarme iría al fin á la casa de esos príncipes, y usted, que conoce mi republicanismo, compren-

derá que no es posible tal cosa mientras el loco Mendoza no se convierta en otra persona. Me marcho á París al lado de mi prima, y de allí le escribiré largamente. No me olvidé de su yerno y usted no se olvide de su respetuoso y adicto

J. M. González de Mendoza.»





CAPITULO III

Miramar

A las once en punto, después de tomar un insignificante refrigerio, subimos á los coches que ya nos aguardaban. El aire estaba cargado de emanaciones salinas; el cielo era diáfano y puro; el mar en calma, apenas remugaba al deshacerse en copos de espuma contra los ijares de las dos esfinges marmóreas que adornaban la roca negruzca que se extendía en un gran trecho de la playa; el sol brillaba en el cielo y calentaba los cuerpos un picorcillo que hacía en la epidermis el efecto que hacen en la mucosa del paladar las burbujas del champaña...

El carruaje empezó á ascender por una ligera rampa hecha en el granito blanco y duro, veteado á trechos de venas que parecían de plata y de diamantes; á poco bajamos del coche y empezamos á subir una escalera de már-

mol que, al principio, trepaba correctamente, pero que á poco, á manera de chiquillo que va á la escuela y cazando mariposas se mete por sendas y vericuetos, se torcía, se bifurcaba, se escondía, se separaba, se hundía, se destrenzaba, aparecía y volvía á perderse, mezclando las balaustradas coronadas de vasos de pórfido á la lujuriosa vegetación del camino. Arriba, en las terrazas, al abrigo de la espuma irisada y de las olas rugientes, se veían como edificio construído por genios invisibles, como mansión de hadas caprichosas y buenas, una serie de gentiles torreones, de risueños pórticos y de finas agujas que taladraban con sus veletas el azul del cielo, que allí parecía un manto real tendido para resguardar aquellas preciosidades que debían estar bajo fanal.

Las ventanas parecían ojos alegres que miraban hacia la lejanía, protegidos por las cejas severas de las arcadas; había torrecillas en los balcones, torrecillas en las esquinas, torrecillas en todas partes, y, dominándolas á todas, la gran torre del centro, que contempla á sus pies á Trieste, tiene á su alcance á Ragusa y busca á Venecia á través del aire luminoso y traspasando los bosquecillos de mirtos, naranjos y magnolias que mezclan sus perfumes á los ásperos olores de la marina.

No hice caso de la cháchara de Pepe Hidalgo, que se despepitaba refiriendo primores acerca de la fineza de SS. AA. y la necesidad de que bajaran á la tierra su man-

sión situada entre el cielo y el mar. «Un nido de águilas, un verdadero nido de águilas... de dos cabezas», decía Pepe acezando. Empecé á recordar que Maximiliano, arrojado por un naufragio á aquella roca antes inhospitalaria, había determinado edificar allí un castillo que eclipsara en belleza y magnificencia á cuanto existía en ese país, de maravillas naturales y artísticas que se llama Austria. Hubo que transportar desde enormes distancias la tierra vegetal, la arena de los senderos, las piedras y los mármoles para la construcción; hubo que desecar los pantanos en que la fiebre acechaba oculta bajo la esmeralda de la lama; hubo que plantar árboles, que abrir senderos, que cortar rocas, que luchar, en fin, contra la naturaleza rebelde; pero al cabo de poco tiempo ya se levantaba gallardo y elegante como una joya florentina, aquel castillo que estaba destinado á ser el teatro de tantas cosas alegres y bellas, y á presenciar el paso de tantas cosas pesadas y lúgubres...

Cuando llegamos á lo alto, descansaba ya el buen Gutiérrez, mientras los demás oían la conversación en francés trufado de alemán, de la condesa de Auesperg. No tardaron en abrirse las puertas y en aparecer un criado que nos llamó por nuestros nombres, invitándonos á pasar. En el centro de una grandiosa estancia estaba Maximiliano, grande y bello, oyendo las salutaciones de mis compañeros. Con exquisita gracia, se adelantó á recibirme

y contestó con una reverencia muy urbana á la profundísima que yo le hice, diciéndome en español muy bien construído, pero con pronunciadísimo acento alemán:

—Sea usted bien venida, señora, y Dios la guarde. Llega usted á su casa, porque es usted amiga de mis amigos; aquí no hay Archiduque, ni enviados políticos, ni futuro rey, ni futuros súbditos, sino el dueño de un castillo que recibe á sus huéspedes.

Luego abrazó á todos los amigos con el abrazo mexicano, y encendiendo un cigarro pestífero que sacó de una petaca, empezó á charlar de cosas indiferentes.

Maximiliano era alto, casi podía decirse que gigantesco; el rostro era blanquísimo, con una ligera palidez que le comunicaba mucha gracia; los ojos eran azules, con ese fondo claro que es propio de los niños y que constituye quizás la muestra de su candidez; la frente era amplia y bien modelada; la cabeza tenía poco pelo, y aunque el efecto que causaba el Príncipe era de una excesiva nimiedad en su peinado, se comprendía que aquel cuidado excesivo dependía de la necesidad de tapar las brechas de la calvicie. La barba era grande, rubia, tirando un poco á roja como el cabello; estaba partida en dos, y Maximiliano se la apartaba del rostro con una mano blanca, torneada y fina. La boca y los dientes era lo único que afeaba aquel semblante varonil y grave: éstos eran desiguales y llenos de manchas cafés y aquélla grande, an-

cha y con el labio inferior colgante, á estilo de la casa de Austria.

El Príncipe, que había reanudado con Aguilar alguna conversación interrumpida el día anterior, siguió hablando con brío; pero ora fuera efecto de su nerviosidad, ora su hábito de andar por los puentes de los navíos, se levantó, empezando á pasearse por la habitación febril y desatentadamente: entonces noté que usaba pantalones grises con trabillas, y que los pies, calzados con unos horribles chanclos de dibujo chillón y estrepitoso, eran grandes y echados hacia fuera, aunque no se notaban esas cosas porque las opacaban la gracia soberana y la elegancia innata del joven Archiduque. Por último, aunque Maximiliano tenía treinta y dos años cumplidos, representaba mucho menos.

—No me diréis, mi querido Aguilar, exclamó en una ocasión, que nosotros no debamos temer los avances de los Estados Unidos... Recordad que el nuevo imperio, nuestra patria, estará situado entre puros países de gobierno republicano y que éstos no han de ver con buenos ojos el establecimiento de una monarquía en México... Mas ¿qué importa? Sabed una vez por todas que, mientras yo viva ó esté al frente de los destinos de México un sucesor mío, no consentiremos en que la nación se menoscabe un ápice.

Hidalgo había estado picoteando con el condesito de Bombelles, y como uno de ellos lanzara una carcajada,

Maximiliano se volvió de aquella parte con el semblante risueño y animado.

—¿Qué decíais, Bombelles, qué contabais, mi querido Hidalgo?

Hidalgo refirió entonces el caso de una dama de la corte de Napoleón III, la condesa de Gortschakoff, que había inventado un banquillo para poder ir en coche sin que se la ajara el traje, ni se le descompusiera la crinolina. «Y es lo peor, continuó Hidalgo, que el criado que acompaña á la princesa, tiene obligación de acomodar y retirar el banco, que ocupa el lugar de los otros asientos del coche...»

Rió Maximiliano con risa sana y sencilla, y luego, como si el cuentecillo no le hubiera distraído, continuó su conversación con Aguilar.

—Hay que fortificarnos, hay que prevenirnos, hay que ser astutos; ya lo sabéis: *prudentes sicut serpentes*... Tenemos que continuar nuestra propaganda monarquista, tenemos que convertir á mucha gente á los buenos principios. Si es cierto lo que nos decís, tras de México seguirán Colombia y Venezuela, Guatemala de seguro se nos adherirá y no tardaremos en saber que otras repúblicas del Sur piden también ingresar á la federación de Estados que se formarán bajo la égida del nieto de Carlos V, que va á procurar que las cosas de los viejos dominios de sus antepasados, vuelvan á su cauce...

Por extraño que se crea, tales frases, lejos de parecerme objeto de risa, se me figuraban lo más natural del mundo; aquel príncipe joven, gallardo, bello y descendiente del gran Emperador; aquella estancia transformada en cámara de buque de guerra, de modo que no faltaban en ella ni el cordaje, ni los instrumentos, ni los cañones, cuyas bocas estaban simuladas con las ventanas que daban al mar; el escenario, todo, en fin, hacían aparecer las palabras del Príncipe como lo más sencillo y natural que se podría imaginar.

—Nosotros vamos á trabajar, señores, dijo el Archiduque cogiendo del brazo á Aguilar y á Gutiérrez; entreteneos mientras tanto viendo lo que el castillo contenga de mejor. Vos acompañaréis á la señora Jecker, mi querido Hidalgo.

Pepe, gran conocedor de todos los rincones de Miramar, me mostró cuanto había que ver desde la cueva hasta el desván, lo mismo el gran salón que el comedor con su chimenea, en la que podía asarse un par de bueyes, que la biblioteca en que se encontraban al lado de las ediciones más bellas de los clásicos latinos, las ediciones de las obras de Alamán, Munguía y Cuevas hechas por Lara. Al llegar á un gran cierre de cristales, Pepe me dijo:

—Pasemos de prisa, que aquí se queda por las mañanas la señora Archiduquesa para entregarse á sus trabajos de pintura y escultura: es una gran artista.

Trepando á la gran torre del centro que se mojaba los pies en el mar, mientras en la cima se envolvía en las nubes; permanecí largo espacio contemplando aquella extensión azulada, aquel mar en bonanza, aquellas colinas cuya vista parecería monótona á causa de la enorme cantidad de verdura que las tapiza, si no estuvieran atravesadas por obscuras gargantas que parecen cicatrices de las heridas hechas por la espada de un Roldán moribundo.

Habría durado allí horas y más horas si Pepe, sacando la muestra, no me hubiera insinuado suavemente:

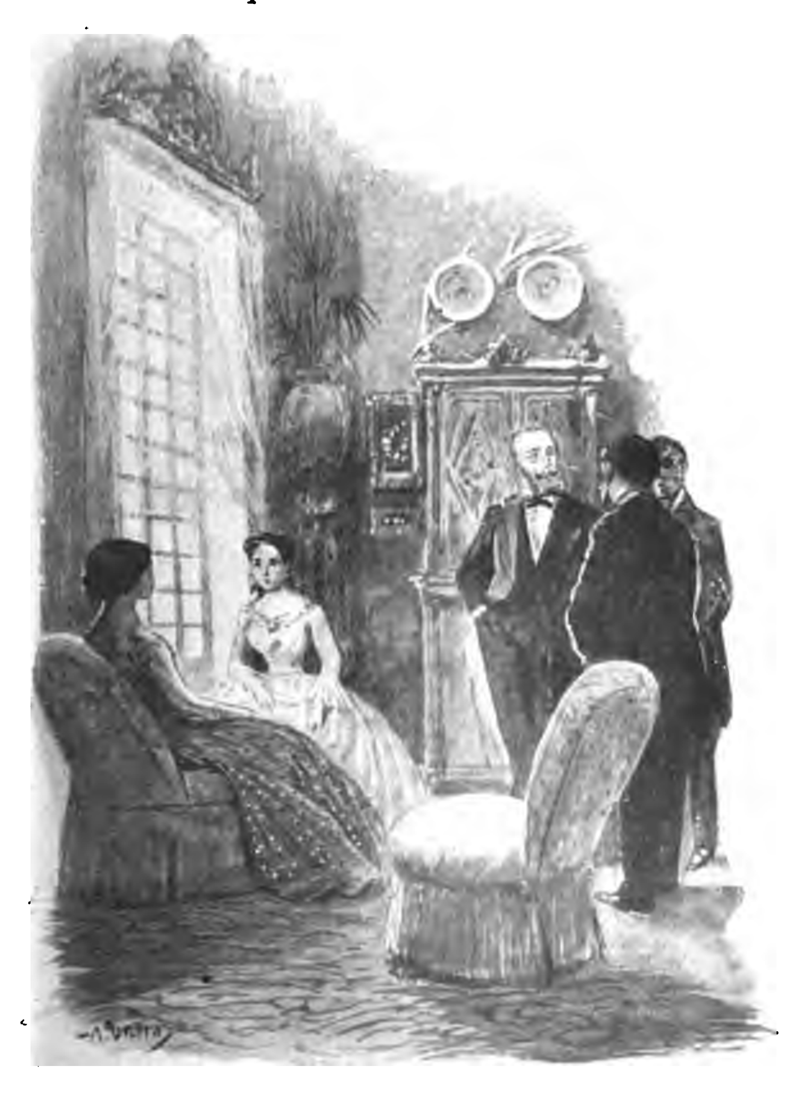
— Las doce, señora; es la hora del almuerzo de SS. AA.

Las doce eran, en efecto, y al bajar nos encontramos á los hombres de Estado entretenidos en alegre charla. Aguilar y Gutiérrez refutaban las opiniones que de México y de los mexicanos tenía el Archiduque, quien, según parece, las había sacado de los numerosos libros que sobre el país han escrito extranjeros superficiales ó malintencionados (así lo afirmaban Gutiérrez y Aguilar, pues yo ninguno de esos librotes he leído, por favor de Dios).

— ¿Es cierto, mi caro Gutiérrez, que las mexicanas tienen el pie muy pequeño?

— Cierto es, pues quizás por la mezcla de las razas ó quizás por haberse conservado allá el genuino tipo andaluz, no existen en el mundo, según creo, mujeres de pie más breve que mis paisanas.

—Y bien debéis de saberlo vos, que tenéis cara de haber sido un conquistador furibundo.



—¡Señor, por Dios! reflexione V. A. que á mis años...

—No, no á vuestros años de ahora, sino á los veinti-

cinco ó á los treinta, creo que debéis de haber sido un don Juan...

— Psé, señor, cualquier cosa...

— ¿O pretendéis hacernos creer que os habéis pasado los años preparando y escribiendo cartas á los presidentes de la República...? Mas me olvidaba, perdonadme: ¿es verdad que las mexicanas tienen el pie muy pequeño, pero que tienen más pequeños los zapatos que se ponen?

— Señor...

— Eso lo ha leído V. A., interrumpía Aguilar, en el libraco de la señora Calderón de la Barca.

— En efecto, allí lo vi; pero ¿qué, no es bueno ese libro?

— ¡Detestable, señor, vitando, infame!

— Allí leí también que se promovió cierta vez una terrible cuestión de gabinete á causa de que la mujer del ministro español pretendía ir á un baile vestida de china poblana...

— En efecto, lo quiso, señor; pero á tiempo quedó convencido su marido, el señor Ministro...

— Me parece mucha mojigatería; si llego á ir por allá, podéis estar seguro de que usaré traje de charro y de que la señora Archiduquesa se vestirá de china... ¿No son esos trajes los populares? ¿No lisonjearíamos grandemente al pueblo vistiendo como él? En sus viajes por Hungría, Croacia, Dalmacia, Iliria y las demás provincias del im-

perio, la Emperatriz, mi cuñada, se endosa los vestidos pintorescos de las campesinas y de las burguesas, y la Archiduquesa seguirá ese ejemplo, que es muy bello y muy oportuno.

—No hagáis jamás tal cosa, señor, que el traje de china lo llevan... ¿cómo lo diré?... gentes... gentes... incorrectas...

—Cuando lo lleve la Archiduquesa será el más honrado y el más bello... ¿Y es cierto que en una ocasión unos caminantes cogieron á un capitán de ladrones, lo entregaron, á falta de fuerza pública, al convento inmediato, y que resultó que el facineroso era nada menos que el guardián del convento?

—¡Jesús, María y José! ¡Qué horrores han contado á V. A!

—No, no me lo contaron; lo leí en Lowernstein...

—Aléjese V. A. de esas lecturas...

—Sí, ya comprendía que ese luterano no había de tener razón; quien sí debe estar en lo justo es un reverendo fraile franciscano que dice que los monjes de Nueva España llevaban telas riquísimas y encajes de precio, bajo los hábitos de estameña burda.

—¡Señor, por Dios!...

—... Y que para dejar intacto el voto de no tocar dinero acuñado, habían inventado unas palas con que echaban el oro y la plata sobre el hábito...

— Esas son consejas de herejes...

— Esas son atrocidades propaladas por enemigos nuestros.

— Eso no es verdad.

— Y ¿cómo se llama ese fraile boquiflojo?

— Tomás Gage, irlandés de nación.

— Sírvase V. A. ser muy mirado en aceptar las novedades de esos viajeros, que en su interés de hacer creer que México no es como el resto del mundo, inventan tonterías capaces de volver loco á cualquiera... Me permito enseñar á V. A. un sabio proverbio español: «De luengas tierras, luengas mentiras...»

— Yo pensaba que sólo las decían du Fossey, Chevalier, Berthier...

— Todos, señor, todos las dicen. Para conocer el país, gentes de allá; consulte V. A. al elevado Alamán, al discreto Munguía, al concienzudo Cuevas, al elegante Couto, al sabio Arrillaga, al poético Pesado; pero evite siempre á esos viajeros de pega que en tres ó cuatro semanas y hasta en menos, tratan de formular juicios, de generalizar y hasta de hacer vaticinios.

— Ya, ya conozco el género, repuso risueño Maximiliano; estáis haciendo mi retrato y la caricatura de mis viajes...

— Señor, no llegue á creer V. A...

— Me reconozco.

—V. A. no es de esos viajeros.

—No he leído aún los escritos de V. A., que han de ser tan elegantes, eruditos y bien pensados como todo cuanto sale de esa sapientísima pluma.

Reía Maximiliano con muy buena sombra, cuando un ujier anunció que S. A. estaba servido.

Entró el Príncipe á una habitación inmediata y á poco regresó conduciendo consigo á la señora Archiduquesa con sencillo traje escotado y sin más adorno de joyas que una *aigrette* de brillantes en el peinado.

Me apretó las manos la Señora, y después de hablar unas cuantas palabras, tomó el brazo de su marido, yo acepté el de Gutiérrez y nos sentamos en los asientos que nos designó el maestresala, yo al lado del señor Archiduque, éste frente á la Archiduquesa, Gutiérrez é Hidalgo cerca de la Señora y Aguilar al otro lado del Príncipe.

Carlota estaba muy distante de ser una belleza, y mucho más distante de poseer la elegancia fina y la soberana gracia de su marido. Era alta, delgada, bien hecha, de bellos y expresivos ojos, de tez blanca y de cabello negro; mas quizás el rostro haya sido demasiado rojizo, quizás haya tenido una ligera simetría facial, quizás sus bellos ojos hayan tenido una sombra de tristeza que los hacía á veces duros, á veces tiernos, nunca tal como son los de las mujeres dichosas.

¿Hablo acaso por mi impresión *a posteriori*, después de haber tratado de cerca á la Princesa y conocido sus terribles y secretas penas, ó fué así como la juzgué desde el primer momento? Creo que esto fué lo que pensé al conocerla y al cambiar con ella esa mirada con que las mujeres sabemos adivinar si una de nuestro sexo es feliz ó desgraciada.

La Archiduquesa hablaba poco pero siempre bien; Maximiliano se despepitaba largamente riendo con risa de colegial en vacaciones y celebrando todo cuanto se decía en la mesa.

A la una nos levantamos de ella, y mientras el consejo de ministros, como decía Maximiliano, se retiraba en unión del Archiduque á hablar del gobierno del mundo y sus monarquías, la Archiduquesa me llevó á su lado para enseñarme encajes, abanicos, trajes, cuadros, estatuas, porcelanas y mayólicas. El primer momento fué de pena para mí, pues me había parecido notar que á la hora que S. A. invitaba á sus amigos para hablar de negocios, hacía á la Princesa una seña para que saliera, y que ella se retiraba disgustada; á poco me fuí habituando á aquella naturaleza suave y dulce que había de llegar á dominarme del todo.

No sé qué, ni por cuánto tiempo hablarían los políticos con el Archiduque; mas cuando se reunieron con la Princesa y conmigo, en un lindo gabinete en que estába-

mos hacía tiempo, todos salieron encantados y haciendo calendarios sobre los acontecimientos próximos.

—Habrá que trabajar cerca de S. M. el Emperador de los franceses, decía Aguilar, á fin de que se declare la nulidad de las ventas de bienes eclesiásticos. No hay mexicano que los posea, sino que todos se encuentran en poder de franceses y alemanes... y como ellos son gentes de aldabas, no faltará manera de que obtengan de Napoleón cualquier acuerdo que lesione los intereses de la Iglesia en México...

—Sí, hay que trabajar; pero S. M. debe de tener dadas á Bazaine sus instrucciones acerca de estas cosas, reponía Hidalgo.

—Habrá que restituir á sus casas á todos los frailes y monjas.

—Habrá que arreglar con Roma que se nos conceda la lectura de libros prohibidos, pues los tales libritos no volverán á entrar por aquellos dominios.

—Y que conseguir que se fulmine excomunión contra los que se empeñen en conservar bienes de la Iglesia.

—Y pensar en la manera de restaurar la orden de Guadalupe.

—Sí, sí, exclamaba Maximiliano lleno de ardor; sí, hay que restaurar esa orden; pero hay que reformar casi todos los decretos de Santa Anna y de Iturbide acerca del asunto. En vez del ridículo armatoste de collar y de la

cruz falta de gracia que inventó el dictador, se debe preceptuar una cruz de cuatro brazos, esmaltados con los tres colores de la bandera nacional, teniendo una elipse esmaltada de verde y en el centro de ésta la imagen de Nuestra Señora de Guadalupe sobre campo blanco; encima del brazo superior de la cruz una águila sobre el nopal con la corona imperial, saliendo por un lado una palma y por el otro una oliva y alrededor el lema: «Religión, Independencia, Unión», con la leyenda: «Al mérito y á las virtudes»... ¿Cómo lo encontráis?

—Admirable, señor, admirable; si V. A. no tuviera ya dadas tantas muestras de su habilidad y de su talento, ésta bastaría para acreditarle ante el mundo entero como mandatario insigne.

—Aguardad, continuó Maximiliano; el collar será de oro, formado de una doble cadena de treinta milímetros y las cifras A. I. iniciales de su ilustre fundador... ¿Qué pensáis de la reforma, Arrangoiz?

—Que es excelente, señor; bien habéis hecho en no tomar en cuenta el nombre del infame Santa Anna.

—Y no sabéis lo que medito además de esto; estableceré sendas órdenes para recompensar el mérito militar, la lealtad femenina, la constancia en los servicios y el valor más elevado... Ya veréis qué cosas hago, ya veréis; ¿decís que la ciudad de México sufre por causa de las inundaciones periódicas? Llevaré ingenieros europeos que

hagan el desagüe, sanifiquen el suelo, mejoren el aspecto del lugar y cambien casi todo lo existente... Aquí (cogiendo el plano de la capital) abriré una gran arteria central que no tardará en poblarse de casas bellas y cómodas... Aquí se levantará un monumento á Iturbide; allí una columna á la Independencia; acá, ved qué hermosa explanada: parece mandada hacer para levantar un gran edificio destinado á Ministerio de Marina... Al poniente de la población veo un gran terreno ocupado por bosques: allí será el *Bois de Boulogne* mexicano; calzadas, avenidas, juegos de agua, lagos artificiales, grutas recatadas y pintorescas, jaulas para animales raros y feroces, invernaderos para plantas exóticas, pajareras en que luzcan sus plumas pintadas aves de las costas... Figuraos mis placeres cuando viva en México: dejaré la cama tan temprano como en Miramar, antes de que el alba asome; tomaré mi baño frío, me vestiré ligeramente, saludaré á la Princesa y saldré á recorrer el bosque; allí encontraré á mi pueblo, al artesano, al mendigo, á la viuda, al soldado inválido; á uno le galardonaré con un empleo, á la otra le otorgaré una pensión, al de más allá le daré la conserjería de una de las dependencias imperiales, ó una cantidad de mi bolsillo particular ó una recomendación para cualquiera de los ministros... Así concibo el gobernar; haciendo el bien rodeándome de cosas bellas y buenas, trabajando sin descanso y labrándose uno

mismo la estatua que ha de perpetuar su nombre.

Bebió Maximiliano una gran copa de vino del Rhin y continuó:

—Pero mi munificencia no se limitará á la capital; también se extenderá al pobre país, destrozado por tantas guerras horribles, por tantas gentes perniciosas é infa-



mes... En el istmo de Tehuantepec dispondré se formen las tres ciudades de Humboldt, Colón é Iturbide que el decreto de Comonfort ordenó se levantaran; sanearé los puertos azotados por la fiebre amarilla; estableceré bancos; fundaré asilos de beneficencia y de instrucción; protegeré el arte nacional; llenaré la tierra de ferrocarriles cómodos y baratos; acabaré con el bandidaje y la discordia...

Figuraos á Scherezada refiriendo sus fantasías en presencia del último de los esclavos negros, pensad en el asombro de éste y tendréis idea de la devoción y del entusiasmo con que oían las maravillas que contaba Maximiliano los pobres desterrados que ya estaban bastante embobados con encontrarse al lado de los príncipes y en aquel lugar de maravillas. Gutiérrez Estrada lloraba á moco y baba; Aguilar guiñaba sus ojillos maliciosos; Arrangoiz, por un movimiento nervioso, se partía las barbas en el mismo sentido que el Príncipe; hasta Pepe Hidalgo parecía darse cuenta de lo que aquello significaba, y veía sin cesar al Príncipe como para pedirle el secretó de la manera de hablar tanto y tan bien.

—¡Bendito sea el Señor, decía Gutiérrez, que nos concede la dicha de oir hablar así! Los dolores, las tristezas, los desencantos de nuestro destierro, se tornan ya en placeres, en bienes y en satisfacciones; ¡bendito sea el Señor y bendito sea S. A. I.!

—En nuestro país, siguió Maximiliano, tenemos muchos monumentos históricos que es necesario explorar. Dicen que los mexicanos poseen un gran instinto de imitación; ¿por qué no había de brotar un gran arte nacional del estudio de esos monumentos y de la aplicación de los naturales á conocerles?... Yo amo á los indios y creo que son capaces de cosas tan grandes como los pueblos mayores de la tierra; hace siglos llegó á aquel país un

sabio de luenga y rubia barba que enseñó todas las artes de la paz; Quetzalcoatl desapareció cuando menos se pensaba, y es tradición que ofreció volver á aquella tierra en día lejano; ¿por qué no he de ser yo el Quetzalcoatl de la leyenda, y por qué no he de tornar á hacer la dicha de aquel viejo imperio?... No sabéis, no sabéis vosotros cómo mi sangre, mis entrañas, mi ser todo me piden inmortalidad, supervivencia, perpetuidad; quiero que cuando este tiempo se apellide antiguo, como diría el poeta, se diga de mí lo que de muchos de mis antepasados; quiero blandir la gloriosa espada de los Hapsburgos; quiero recibir lo que la humanidad otorga á cambio del sacrificio por ella: la admiración y el amor...

—Y los tendréis en México, señor.

—Pero ¿si hay gentes que no me entiendan, que no me amen, que no sean capaces de conocer cuán grande es mi deseo de derramar bienes?... Psé, eso no se cuenta; eso es del resorte de la casualidad; si mi destino es morir ahorcado de un árbol del Monte de las Cruces, no podrá impedirlo Napoleón con todo su ejército; pero si mi destino es crecer y prosperar y ser famoso, tampoco podrá impedirlo Juárez con toda su pertinacia... Ya veremos...

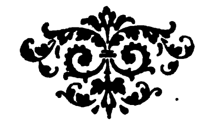
Luego, levantando una hermosa copa de cristal que tenía por pie una ninfa robada por un sátiro, bebió el vino que servía el maestresala y brindó por su destino en México.

—Es lo único, es lo cierto, es lo grande: lo desconocido, lo oculto, lo que los hombres no pueden sondear aunque lo pretendan...

Fué aquella vez la última que la comisión estuvo en Miramar; Gutiérrez, Hidalgo y Arrangoiz pidieron al Archiduque la venia para retirarse; yo también la pedí, queriendo no pasar por importuna; pero Maximiliano me dijo:

—No os marchéis; hacen tanta falta los mexicanos por aquí, que no me resuelvo á dejaros partir á todos; quedaos, serviréis de compañía á la Archiduquesa, y á mí de maestro para perfeccionarme en el español... Quedaos.

Y me quedé sin plazo fijado y sólo alentada por la buena voluntad de S. A.





CAPITULO IV

Esperando

MAJESTAD le llamábamos anticipando un poco los sucesos; por Majestad le escribían desde México y Majestad empezábamos á nombrar también á la Archiduquesa; y como ellos, lejos de marcarnos el alto ó de enojarse, lo tomaban por buen lado y hasta lo creían debido, no pasaban día ni hora en que no les diéramos el tratamiento. Sólo Aguilar, jurisconsulto romanista y amante de las fórmulas, se obstinaba en dar á los príncipes el título de Alteza Imperial, pues decía que mientras no aceptaran la corona, tomaran posesión de ella y recibieran nuestro juramento de fidelidad, Altezas y sólo Altezas serían. «De la boca á la copa se cae la sopa, exclamaba el moreliano y no faltan indicios de que este gran negocio de nuestra salvación se eche á perder y dé en borra... ¡Qué diablo! el infortunio acaba por volver escépticos á los más creyentes.»

Aquello, que hubiera parecido á cualquiera una precaución muy natural, al Archiduque le enojó, y un día que estaba de conversación en el gabinete de Carlota me dijo negligentemente:

— Vuestros paisanos son excelentes sujetos; pero no faltan entre ellos los maldicientes... Aguilar es hombre muy listo; mas ¡qué lengua la suya! no perdona á nadie; con la reputación de cada uno de sus compañeros de comisión ha levantado un pedestal en que se ha colocado lo más alto que ha sabido.



D. Juan N. Almonte

— Vuestra Majestad no ha hecho caso sin duda de tales murmuraciones... V. M. es suficientemente ilustrado y generoso para dar oído á calumnias, quizás á consejas sin fundamento...

— ¡Ah, no! ni una palabra llegué á aceptar; no creí nada... Pero tiene Aguilar una gracia para desollar al prójimo... Como le preguntara por las gentes y las cosas



—Vuestros paisanos son excelentes sujetos; pero no faltan entre ellos los maldicientes.

THE NEW YORK
PUBLIC LIBRARY

ASTOR, LENOX
TILDEN FOUNDATIONS

de México, hizo las caricaturas más saladas y que más me han hecho reir... Aquel don Juan N. Almonte, que se ha vuelto currutaco y *muscadin;* aquel Salas desdentado y politiquero, que no vive más que hablando de sus hazañas guerreras; aquel Ormaechea, ceremonioso y fatuo, que no falta de decirle á su hermano el general para cederle la acera: «Pase la banda», mientras el otro le responde también sin falta: «No, pase la mitra...» Dice Aguilar, que al nacer los que hoy son General y Obispo, pusieron á la madre á las puertas de la muerte: ambos vinieron al mundo en un solo parto, y por estarse haciendo cumplidos para salir «Pasa tú...» «No, pasa tú, hermano», prolongaron el trance muchas horas. El comadrón decidió el conflicto mediante el fórceps...

Me reí del cuento y de la buena memoria del Emperador, y él prosiguió:

—Pero ¿qué criterio ha presidido al nombramiento de esta comisión? El buen Gutiérrez, que como dice la Archiduquesa, no es el padre, sino el abuelo del imperio, era inevitable; mas no me explico la presencia de otros como Woll y Murphy. ¿Qué vienen á hacer aquí esos extranjeros sin antecedentes y sin moralidad? ¿Por qué la comisión no tuvo, á falta de otros, el mérito de estar compuesta de mexicanos por nacimiento? Y luego, ¿por qué no se nombró á don Faustino Galicia Chimalpopoca? Un descendiente de los reyes de Anáhuac debe estar entre los que

disponen de la corona de sus antecesores... En cuanto á los otros no sé qué deciros; el pobre Hidalgo es un muñeco guapo; bueno está para los salones de Compiègne; pero para consejero de un fundador de imperios... «¿Cuántos kilómetros cuadrados tiene Yucatán?» «No sé, Sire...» «Qué número de tropas puede levantarse en México?» «No sé, Sire...» «¿Qué extensión tiene la frontera con los Estados Unidos?» «Lo ignoro, Sire...» Nada sabe, todo lo ignora, todo lo desconoce ese pobre politicastro...

—El señor Velázquez...

—Velázquez es un Juan de buena alma. Me contó Aguilar su vida y milagros; el negocio del piano, el de los dos mil pesos y otros muchos me hicieron reir; mas no como la frase de Tornel: «No he logrado, á pesar de todos mis esfuerzos, formar siquiera un hombre con los dos hermanos Velázquez de León, á pesar de que los he reunido y amasado á todo mi sabor...» Hombre de innegable talento, Miranda; pero es tan *cangrejo*... No puede ceder á las sugestiones de la civilización moderna, no hay quien le saque de la defensa de los caducos derechos del clero mexicano... Pero vale, vale mucho más que Labastida y Munguía unidos... En cuanto á los otros, no hay que hablar, pues nunca han brillado por sus capacidades políticas ni por su desinterés...

En ese momento el ujier anunció á la diputación mexicana, que venía á pedir la venia del Emperador para retirarse.

Penetraron al salón Hidalgo, Gutiérrez, Velázquez de León y Arrangoiz; y Maximiliano no hizo más que oir el aviso para salir á recibirles:

—Mi querido Gutiérrez, sed bienvenido. Habéis hecho bien en traer á don Francisco, pero hacéis mal en despediros tan pronto... Chevalier Hidalgo, que tengáis muy buen viaje y que seáis muy dichoso... No dejéis de encomendarme á la buena voluntad y al afecto de la incomparable Emperatriz de los franceses... Vos, señor Velázquez, que sois tan discreto, podéis decir á todos los buenos mexicanos que sólo espero que se reunan las actas de adhesión que todavía faltan, para emprender el viaje á mi nueva y adorada patria... Vos, Licenciado, que sabéis tanto acerca de México, no dejéis de impartirnos vuestras luces: ya conocéis cuánto os apreciamos...

Cada uno de aquellos cumplidos, hechos con el aspecto de sinceridad más grande, eran contestados con protestas de adhesión y con muestras de enternecimiento; pero el más extremado en sus manifestaciones era el buen Gutiérrez.

—¿Sabéis, dijo el Emperador con languidez, qué me duele al salir de Europa? El no volver á España, el país del sol, de las mujeres hermosas y de las grandes pasiones... En aquellas catedrales, en aquellos palacios, en aquellas ciudades sentía latir el alma de toda mi raza. Mi abuelo el primer Felipe; el gran Carlos V, debelador de pontífices y

vencedor de reyes; don Felipe II, el sombrío monje del Escorial, todos mis deudos, en fin, me hablaban allá para pedirme que tomara la espada de los Austrias, que ahora está caída por el suelo porque no hay quien logre alzarla y moverla: yo seré quien la empuñe y consiga lo que otros no han podido... España, España (exclamó en arranque lírico), país de mi elección, país de mis recuerdos, país de mi cariño: ¡bendito seas!... ¿Y sabéis qué adoro más de España? Las corridas de toros, esa lucha del hombre contra la fiera, del mozo vestido de seda joyante contra la bestia armada de cuernos enormes y agudos... Ese espectáculo de sol es mi espectáculo favorito...

Siguió en esa *tessitura* un buen rato y luego llamó á Gutiérrez so pretexto de hablarle de un asunto urgente. A poco volvió el pobre viejo anegado en lágrimas:

— ¡Qué piadoso, qué noble, qué bueno es el Emperador! En su recámara, en un altarito lleno de primores, rodeada de hachas de cera y de ex-votos, guarda una imagen de la Virgen de Guadalupe, y por cierto que es obra de un buen pincel... ¡Bendita sea la Divina Providencia que nos permite ver esto!... La Virgen, la Virgen de Guadalupe, la patrona de los mexicanos, le ha de hacer tan dichoso como él merece... ¡Gloria al Emperador y gloria á nuestra Madre Santísima!

Pasado un rato, se despidieron los diplomáticos, y Maximiliano me dijo:

—Al fin libres de estas mulas rezonas: al fin solos y sin la compañía de estos beatos...

Los días siguientes fueron de calma y placidez. Maximiliano había recibido los planos del Palacio Nacional y del de Chapultepec, y pasó una semana derribando tabiques, abriendo puertas, extendiendo galerías, señalando residencias, alfombrando, esterando, alumbrando, reduciendo y aumentando aquel viejo palacio de los virreyes, compuesto de superfetaciones absurdas y de pesados armatostes. Chapultepec debía quedar inconocible: en aquel peñón en que apenas se levantaba la casona que el virrey Gálvez mandó construir y que había sido dedicada á colegio, á cuartel, á observatorio, á todo menos á residencia de placer, debía alzarse un alcázar bellísimo y que con el tiempo quedaría lleno de obras de arte. Como yo era la única persona que por esos días estaba en posición de dar noticias de México, no dejaban de consultarme ni un momento.

—Señora Ubiarco (permitidme que os mencione por ese hermoso apellido español y no por el horrible de Jecker); ¿no os parece que de la escalera de honor debe seguir la Galería de Iturbide? ¿No creéis que la Galería de pinturas debe quedar al lado de la Sala de Carlos V y delante de la Sala de Audiencias?

—Señora Ubiarco, ¿qué os parecería destinar este espacio á Galería de la Guardia palatina?

— Señora Ubiarco, ¿qué diríais si se llamaba á este salón Sala de Yucatán?

— Ya veréis, señora Ubiarco, la hermosa Galería de los Leones; os va á encantar.

Y de este modo, remecidos en dulces fantasías, pasaban la vida aquellos jóvenes príncipes y me obligaban á pasarla á mí, que, si he de deciros la verdad, también me pirro por cuanto significa boato y ostentación.

Una tarde, tras de hablar por largo tiempo de esas deliciosas tonterías, la Emperatriz me preguntó al descuido:

— ¿Conocéis, señora Ubiarco, á don Jesús Terán y á don Juan Antonio de la Fuente?

— No les conozco, Señora, contesté; pero sé que son republicanos á macha y martillo, las almas condenadas de Juárez. ¿Queréis saber algo más de ellos? Puedo informarme con mis amigos liberales.

— No, nada; deseaba sólo saber si les conocíais.

Dos ó tres días se retardaron el almuerzo y la comida; la condesa de Lützon acudía con la Emperatriz, le hablaba en alemán y ambas permanecían calladas; al fin veíamos salir á un encapotado que subía á un coche del castillo mientras el Emperador le despedía desde la terraza.

Maximiliano estaba de un humor detestable; aquella su verba, aquella su buena sombra habían desaparecido como por encanto. El último día, sacando un gran mon-

tón de papeles, dijo á la Emperatriz en tono displicente:

—Malísimas noticias de *allá abajo:* la regencia y el arzobispo están á matar; ya me lo figuraba; el tal Labastida siempre me pareció un intrigante, un mal sujeto, un bellaco: ya se lo diré de misas á Su Señoría Ilustrísima... El y Munguía han faltado á cuanto me prometieron. Pretenden que se declare la nulidad de las ventas de bienes eclesiásticos; pretenden que se desconozcan los pagarés; pretenden ponerse sobre la autoridad civil; pretenden, en fin, hacer que el mundo se detenga ó se vuelva para atrás; vano empeño, vana pretensión...

Otro día sus quejas fueron más explícitas:

—¡Oh, los franceses están acabando con el país! Se han gastado cien mil duros en recibir á Forey, otros cien mil en arreglarle casa y no sé cuánto en mantenerla: hay de todo; desde jarrones de treinta mil francos, hasta botas para los criados y pago de lavandera... No se imaginaba el señor comandante general, senador y mariscal de Francia que le fuera á pagar el erario de nuestra patria los gorros de los marmitones que le aderezan la comida... Afortunadamente mi grande y bondadoso amigo el Emperador de los franceses puso ya término á ese despilfarro y ordenó que Forey entregara el mando al general Bazaine... Mas, creedme, los franceses tienen demasiada mano en las cosas de México: acaban de condecorar á un tal Facio por los méritos de haber sido cobarde y ladrón; ahora le proce-

san los mismos que le condecoraron por la pequeña infracción de haber tomado doscientos mil francos de las cajas del ejército... Verdad es que en los actuales momentos resulta necesaria y digna de encomio la conducta de los franceses; el arzobispo acaba de excomulgar á los tenedores de bienes eclesiásticos; ha catequizado á los jueces y magistrados obligándoles á no pasar por la subsistencia de las Leyes de Reforma y escribe, predica, vocifera, maldice y bendice á su sabor á quien se le antoja... Que no se olvide el arzobispo de que tengo en las venas sangre de los Hohenstauffen, de que desciendo de los duques de Borgoña y de Carlos V y de que soy nieto de José II... ¡Un clérigo revoltoso, un indigno ministro del altar, un arzobispo más ó menos, nada les importaron á los míos y nada me importarán á mí, vive Dios...!

Mas aquella racha que había soplado en el almuerzo se aplacó á la hora de la comida. Regresó Maximiliano de acompañar al personaje encubierto y se sentó en el gabinete azul á aguardar la llegada del maestresala:

—Juárez, según parece, tiene muchos partidarios; le sigue la mayoría de la nación, y los monarquistas no son sino unos cuantos rezagados y ambiciosos, sin popularidad y sin prestigio...

Pasamos al comedor y allí continuó el Emperador hablando en español para no ser entendido de los criados. A la dificultad que le costaba el idioma, se unía la dificul-

tad que le producía decir las cosas que se le venían á las mientes; por fin, con un suspiro salido de lo hondo del alma, dijo claramente:

—Habrá que renunciar á la empresa de México...

La Emperatriz, sin alterarse, le dijo con afecto:

—Dejad esas cosas, Max, y meditad despacio las respuestas que habéis de dar á la comisión mexicana: con corona y sin corona seremos siempre dichosos, y yo para mí nada deseo... nada. Pero para vos, Max, para esa frente pensativa y hermosa, para esa frente en que irradia el genio, yo deseo una diadema que por lo menos brille tanto como la de vuestro hermano... Vos la ambicionáis y hacéis bien, porque sois acreedor á ella, y yo también la ambiciono para vos, para que podáis lucir todas las excelsas dotes que os dió el Creador.

—Mi buena Carlota... exclamó Maximiliano con ternura, apretando la mano de su mujer.

—Que la empresa de México tiene dificultades, ¿quién lo duda? mas por eso precisamente es digna de vos: un Hapsburgo no acomete cosas llanas y que estén al alcance de todos; hace aquello que está no más en el poder de los fuertes y de los altos: *per angusta res augusta*... ¿Quiere decir eso que habéis de triunfar forzosamente? Nó; quiere decir sólo que habéis de luchar y que tenéis probabilidades de vencer. Supongamos, amigo mío, que no triunfe Mr. de Lesseps en su empresa de abrir el canal de Suez;

supongamos que el Sultán se le enoja, que le dejan de la mano los accionistas, que hay entre los océanos la diferencia que dicen los escépticos ó que pasa cualquier cosa mala de las muchas con que hay que contar en esa empresa, ¿acaso sería menos grande Mr. de Lesseps? ¿Acaso merecería censura por su hazaña?

Maximiliano quedó callado y triste; á poco se levantó de la mesa y se retiró á su cuarto sin hablar palabra.

En los días siguientes la conversación fué de viajes y de arte, como que el Archiduque era de un entusiasmo y de una buena fe encantadores. Todo lo alababa: la hermosura de las venecianas, la majestad de las romañolas, la osadía de las albanesas, el fuego de las andaluzas y hasta el trapío y buen aire de las negritas brasileñas. La Alhambra le había dejado suspenso, el Stromboli le había hecho prorrumpir en gritos de admiración, la Torre del Oro, el palacio de San Telmo todo le había producido impresión imborrable; pero lo que más le hechizaba era la selva virgen, el desierto, la libertad, la vida sin trabas.

Un día, Kuhahewich, administrador del dominio de Miramar, me dijo con alborozo mal comprimido:

— El Emperador no irá á México, irá á Grecia, porque la reina Victoria le ha hecho proponer aquella corona.

Pero ni de Grecia ni de México se volvió á hablar en muchos días; los planos de Chapultepec y del palacio de México estaban enrollados en la biblioteca y sin empleo

ninguno, y el plan, si lo había, de llevar al Príncipe á gobernar á los griegos, no llegó á conocerse por las conversaciones de sobremesa. Apenas un día, entusiasmado ante una puesta de sol, exclamó en un arranque involuntario:

—Venid, Carlota, venid á ver el espectáculo que desde esta terraza se disfruta. El sol, el sol; yo le sigo siempre y le miro como mi deidad protectora... Soy una cigarra ateniense que no sabe más que cantar entre las tostadas hojas de los olivos; soy un pastor que viviría por su gusto apacentando ovejas en la cima del Himeto... ¡Qué bello mandar en un país que fué de dioses y que hoy es de héroes!...



Pero Carlota le salió al paso:

—Sois el mismo, Max, el mismo poeta tierno y melancólico... Debéis refrenar esa imaginación si no queréis ser juguete de ella. Reflexionad que Grecia es un país tan

pobre, que no podrá nunca satisfacer nuestra lista civil... México es tierra rica y grande, y bien administrada, como sin duda lo estaría bajo vuestro gobierno, tendríais oportunidad de satisfacer en ella todos vuestros caprichos de artista y de hombre culto.

—México, dijo Maximiliano, sería una etapa, nada más que una etapa de un destino mejor... ¡Quién sabe!... La suerte tiene tantos misterios, que quizás yendo á México se llegara á... Mas no, no lo creáis; querer redimir á un país que ha vivido en guerra cincuenta años, no es empresa para un hombre solo...

Después de un largo silencio, volvió Maximiliano á su eterno tema: la libertad, la vida sin trabas, la selva virgen.

—¡Oh, no sabéis lo que es la selva! se siente algo grande y misterioso al acercarse á ella: es un sentimiento de asombro, de veneración y de esperanza, como el que sobrecoge el ánimo dentro de las catedrales góticas, en las catacumbas de Roma ó bajo la bóveda de las pirámides... Al mirar el recinto del bosque virgen hay que pasmarse de la enormidad de la naturaleza y del vigor del suelo que produce esas masas impenetrables de verdura. Bajo aquellas bóvedas todo germina, todo florece, todo fructifica; hay criaturas aladas y de variados plumajes que cantan y gorjean; hay gigantescas mariposas que revolotean sobre flores enormes; hay serpientes y lagartos

que se deslizan bajo la hierba... Desde el sexto día de la creación todo es allí perfumes, movimiento y canciones, mas el enigma queda siempre vivo... Y luego, la vegetación es inmensa: en el suelo las frescas azoideas, los helechos, las musáceas de enormes hojas y las escitamíneas de flores encendidas; más arriba las bromeliáceas, y en la cúspide los enormes árboles que tocan los cielos con su copa... El bosque es la imagen del mundo: primero, las plantas rastreras, que son la imagen del adulador de los fuertes; luego, las que crecen en sitios recatados, que se asemejan á las almas generosas que ocultan su mérito; después los filodendrones, que como su nombre lo indica, viven siempre al arrimo del poderoso; á continuación, las bromeliáceas, que se contentan con una obscura medianía, y al fin los árboles enormes, que cuentan miles de años y que tras siglos de trabajo logran asomar su copa pujante en el bosque ubérrimo. Esos árboles son los reyes, los fundadores de dinastías, los héroes y los hombres superiores... ¡Feliz quien como esos árboles recibe primero el beso del sol en su copa y capta primero con sus raíces las corrientes de aguas vivas que circulan bajo tierra! ¡Feliz quien logra el privilegio de atraer el rayo si es árbol y la calumnia si es hombre, porque ellos sabrán resistirlos sin sentirse hendidos ni rotos!

Se detuvo el Emperador tras de esta tirada lírica, y luego, elevando aquellos ojos bellísimos, hechos de azul

de los cielos, de los lagos, de las turquesas y de los rompientes de gloria de los cuadros místicos, habló así:

— Y en vuestra patria, señora, debe de haber muchos bosques así, ¿no es verdad?

— Sin duda, Sire.

— ¿Y abundan en ellos esas raíces, esas hojas, esas sabandijas con que los indios curan sus dolencias?

— Seguramente, Sire; mas yo no he entrado nunca á ellos.

— Ya entraréis; cuando haya logrado alejar todo apoyo extranjero; cuando los mexicanos me obedezcan como un solo hombre; cuando podamos dejar el embrollo y la confusión del palacio de México, saldremos á buscar uno de esos asilos ignorados y viviremos en él por algunos meses.

— Mas, Sire, abundan las plantas perjudiciales y las alimañas ponzoñosas...

— No han de ser tan perjudiciales las plantas ni tan venenosas las alimañas como las que se crían en esos pudrideros que se llaman cortes...

— Hay raíces que matan pasado un año cabal del día en que se las cortó; hay frutos cuya secreción lechosa produce convulsiones tetánicas; hay hojas que inflaman el cuerpo; hay tubérculos que enloquecen; hay árboles cuya sombra ciega; hay animales cuya picadura no se siente y que matan al que les pisa, produciéndole una risa inacabable...

—Sois muy medrosa, señora; conozco ya el bosque virgen y nada de eso me ha pasado. Creédmelo; hay veces que sueño en ese oasis, y despierto lloro al pensar que en vez de cúpulas de verdura tengo sobre mí artesones de piedra y de madera...

—Quizás tengáis razón, Sire; soy muy medrosa y no tengo en cuenta que al mismo tiempo que esas cosas horribles, se hallan también plantas benéficas, plantas que curan viejas dolencias y que casi hacen milagros. Un amigo mío sabe de una hierba que repara las fuerzas y vuelve el vigor perdido á los organismos más debilitados; mediante ella los hombres se conservan eternamente jóvenes, y las mujeres son eternamente fecundas... Hay hombres destruídos por las enfermedades y por los excesos que recobran la fuerza de los veinte años; hay mujeres que conciben y dan á luz á los setenta años sin esfuerzo alguno...

El lánguido azul de los ojos del Emperador se tornó animado y sonriente.

—¿Y en qué lugar de México crece esa planta maravillosa? ¿Cómo se llama? preguntó Maximiliano bebiendo su vaso lleno de vino blanco.

—No sé, Sire, pero me parece que nace en la Huasteca veracruzana... Se llama... se llama... Me parece que se llama Cuachechilahua... No estoy segura.

—Pues escribid mañana mismo á vuestro amigo diciéndole os envíe una buena cantidad de esa hierba mara-

villosa... Ya sabéis que soy dado á la botánica, y me convendría analizarla y estudiarla... Dios mío, ¡qué maravilla! Recobrar la fuerza perdida es reconquistar al mundo, es revivir, es ser otro hombre... Ese descubrimiento sería más notable que el de la dirección de los globos, que el del movimiento continuo... Ser eternamente jóvenes los hombres, ser eternamente bellas las mujeres, ¡qué ensueño más hermoso!

Pasamos la Emperatriz y yo al gabinete contiguo á su dormitorio, y vimos al Emperador que se paseaba en el fumadero. La impaciencia que le devoraba se le conocía en que arrojaba uno tras otro los cigarros después de encenderlos. Luego abrió la ventana y se quedó mirando la noche estrellada y tranquila; después llamó á su fiel criado Judas y se retiró á su dormitorio.

La Emperatriz no despegó los labios; siguió al Emperador en toda su tarea, se levantó del asiento, dió un paseo por el salón y salió sin darme las buenas noches. Apenas la oí exclamar con voz mojada en lágrimas:

—¡Pobre Max!

La vida aquella tuvo pronto un paréntesis: empezaron á llegar las actas de adhesión procedentes de México y fué menester ponerse á examinarlas: el Emperador aprendió entonces los nombres más enrevesados de poblaciones y personas, y tenía á gala el decirlos y repetirlos:

—Ya lo veis; los vecinos de Huauilpa, Pachivía, Te-



—Pasamos la Emperatriz y yo al gabinete contiguo...

THE NEW YORK
PUBLIC LIBRARY

ASTOR, LENOX
TILDEN FOUNDATIONS

nanguillo, Acapotlahuaya, Cacahuatlán y otros muchos del departamento de Cuernavaca, me llaman á toda prisa.

—Fijaos qué bien hablan y cómo deploran errores pasados los Cacamas de Tepetlapa; los Martínez de San Mateo Nejapam; los Mellados de Ahuehuetitlán, y los Pérez de Tlalechichilco... Todos desean salir de esta anarquía, todos quieren que reine el orden y todos me llaman con voces sinceras...

No se necesita ser morfologista para comprender cómo pronunciaría el Emperador aquellos nombres en su lengua hispano-tudesca; mas un día pude convencerme de que tenía una disposición maravillosa para el azteca sin necesidad de que el prehistórico Chimalpopoca le diera una sola lección: le escribió Almonte á principios de Enero, y le decía entre otras cosas: «Por aquí todo marcha bien; la familia de Juárez salió de San Luis para el Saltillo y no tardará en seguirla su jefe; Mejía se conserva en Querétaro y Márquez en Morelia; Bazaine entró á Guadalajara sin disparar un tiro; Vidaurri, conforme lo dije á Vuestra Majestad, es todo nuestro, y aunque Juárez cree contar con él, sé que tal esperanza saldrá fallida. La cuestión eclesiástica espera para resolverse la presencia del Emperador y el concordato que de seguro ajustará con Roma V. M. procurando dejar á salvo los intereses de la Iglesia y los de los poseedores de buena fe. Por este correo sale un bulto conteniendo actas de adhesión al imperio,

procedentes de trescientos veintiséis pueblos cuya lista remito al señor barón de Pont. Sírvase fijarse V. M. en las actas que señalo especialmente, que contienen conceptos que quizá le causen agrado por más que sean muy merecidos. Mi familia, que ya está aquí desde fines del pasado, besa las manos de V. M. y de la Emperatriz y se encomienda á su benevolencia. Tengo el honor, Sire, etcétera... J. N. Almonte.»

Maximiliano pasó intranquilo todo aquel día; pero al siguiente su impaciencia no tuvo límite: envió recados á Trieste, telegrafió á Viena y á Cherbourg, preguntó con urgencia á París; pero nadie supo darle cuenta de aquel cajón que parecía encantado.

—No es posible que eso se pierda, exclamaba Maximiliano. Y pensar que allí se encontraban las adhesiones de lugares tan importantes como Teloloapam, Zilacatlán, Chichacachapa, Coatepec, Tonalapa, Huaquitlapa, Ahuacatitlán, Chapa, Zacatlancillo, Alahuixtlán, etc... Y así seguía ensartando nombres como si estuviera afásico y necesitara hacer ejercicios de lengua.

A los dos días, cuando ya sabía de memoria los nombres de los trescientos veintiséis pueblos con todas sus congregaciones y rancherías, llegó una carta que le puso de buen humor: la caja se había extraviado en una posada de Bellevue y se había hallado bajo una cama; el posadero había confundido el bulto con otro de mantequillas, y

cuando se encontró que en vez de mantequillas iban papeles mojados, remitió el bulto á su destino adonde llegó sin novedad á los pocos días. Cuando he leído que al Emperador le forzaron la mano obligándole á aceptar un imperio que le repugnaba, me he acordado de la pérdida de



las actas de las importantísimas ciudades que se llaman Teleoloapam, Teposonalquillo, etc., y me he convencido de que si los imperialistas tenían muchos deseos de que Maximiliano les hiciera felices, más deseos tenía Maximiliano de labrar la dicha de México.

A principios de Febrero, Sus Majestades Imperiales sa-

lieron para Viena, Londres, Bruselas y París; yo me marché á Tours y á Bayona á ver á mi yerno y á llevarle algunos auxilios. Llegué á París y me encontré con algunos paisanos que habían ido á saludar al Emperador; pero ninguna visita de las que me hicieron me satisfizo como la del general Mendoza: ya era imperialista, pero tan tremendo como había sido antes tremendo santanista y tremebundo juarista.

—Estoy aquí, señora, aguardando á Sus Majestades, que han ido á Londres á saludar á la familia de la Emperatriz y que no tardarán en venir... Napoleón bajó á recibir á nuestra Emperatriz hasta el sexto peldaño de la escalera, y mi prima la abrazó muy cordialmente. Tres *soirées* hubo en las Tullerías y á todas fuimos invitados los mexicanos. Además, S. M. ha recibido dos noches en la embajada de Austria: la primera á los ya presentados, ó como él dice, á los *amigos viejos;* la segunda á todos los mexicanos que quisieron mostrarle sus respetos... Esa noche fuí yo, y no tiene usted idea, señora mía, de la acogida bondadosa, cordial, llena de afecto, verdaderamente *princière* que me hicieron el Emperador y la Emperatriz... Son excelentes personas... SS. MM. mexicanas han andado de la ceca á la meca; paseos, teatros, tertulias, museos, todo lo han visto y lo han calificado con su sabiduría y su admirable ojo de artistas; la caza, ese ejercicio propio de príncipes, les entretuvo dos tardes, y en ellas el Empera-

dor mató por su propia mano á varios ciervos... En las Tullerías todo es discutir sobre negocios de México: no se lee allí sino á Chevalier y á Fossey, y ayer, que fué recibido Jecker á comer en la mesa de mi prima, deslumbró á todo el mundo contando maravillas de las minas de diamantes de Guerrero, de las de oro de Sonora, de las de plata de Guanajuato y Zacatecas, y de los yacimientos de carbón de Coahuila. Ya usted sabe, señora, que no hablo bien el francés; pero créame que me sentía envidioso de su cuñado al oirle hablar de bosques de maderas preciosas, de pájaros de maravilloso plumaje, de indios mansos y buenos y de una multitud de cosas que yo ¡oh vergüenza! ignoraba á pesar de ser mexicano. Al escuchar aquellas prodigiosas relaciones, Napoleón III no pudo menos de exclamar, dando un abrazo al emperador Maximiliano:

—Os he tallado un imperio en una mina de oro...



CAPITULO V

¡Dios salve al Emperador!

PERDÓNESEME la comparación; pero los honorables miembros de la Comisión mexicana andábamos (y digo andábamos, porque también *pars minima* fuí en la distribución de los ciento y tantos mil pesos con que nos dimos pisto en Europa) como don Quijote y Sancho Panza cuando buscaban en el Toboso los reales palacios de Dulcinea, hechos unos verdaderos bausanes.

El veinticinco de Marzo, si no me engaña mi diario, llegamos á Viena; Gutiérrez escribió una carta á Francisco José solicitando se le recibiera, y ordenó á los miembros de la diputación que estuvieran hechos unos veinticuatros al día siguiente á las once, hora en que de seguro podrían besar las manos de Su Majestad Imperial Apostólica: el secretario de S. M. I. A. escribió el mismo día á

782934

Gutiérrez avisándole que no podía recibirle el Emperador por causa de urgentes ocupaciones y el mismo resultado tuvo una segunda petición.

Ya se retiraban tristes y alicaídos los portadores de la corona, cuando supieron inopinadamente que Maximiliano estaba en Viena: allí se encontraba en efecto S. M.; pero al ocurrir Gutiérrez, con la confianza de siempre, á avisarle que había llegado allí con su tropa y llevando consigo muchas más actas de adhesión, recibió un recado que S. M. le mandó por medio de Hersfeld, á saber, que sin demora pasáramos á Miramar para donde salían el mismo día Maximiliano y Carlota. Fuimos á aguardarles á la estación, pero sólo nos encontramos en ella á Zychy, á Hersfeld y á los demás miembros de la casa de los Emperadores; SS. MM. no se presentaron, pero después supimos que habían alcanzado el tren en una estación del camino á donde llegaron en un carruaje de la corte.

Arrangoiz, que era la lengua más mala de ambos hemisferios, andaba torvo y malhumorado mientras acontecían estas cosas.

— A mí no me la da el príncipe; aquí hay gato encerrado; conque conferencias con el Emperador de Austria; conque rehusarse á vernos; conque salir no de incógnito, sino de estampía... Esto digo que no es natural, que no es natural y que no es natural...

— ¡Pancho, por Dios! decía Gutiérrez casi lloroso; no

sea usted mal pensado... Esa imaginación volcánica, esa imaginación le pierde á usted... ¿Por qué se figura usted esas cosas tan funestas, tan alarmantes, tan terribles? ¿Qué sabemos usted y yo, pobres mortales, de lo que pasa entre los príncipes?...

—Cada cual sabe lo que sabe, señor don José María, replicaba *Gota de agua;* y yo sé de manera de no poder dudarlo, algo que no le gustaría á usted conocer, algo que es grave, muy grave... vamos, lo diré de una vez: sé qué pasa entre los príncipes, sé que andan á matar, sé que tienen graves disgustos, sé que se han dado cada agarrada que ha temblado el palacio de Viena.

—Hombre, hombre, exclamó Gutiérrez ufano; ¡qué fantasía tiene usted! ¡cómo se conoce que está usted empapado en los novelones de Dumas y otros de su calaña!... Valido de que habla una miajita de alemán, nos va á contar que ha tratado el asunto con el conde de Rechberg... Adiós, Metternich.

—Me dispensa usted, murmuró Arrangoiz rojo como un pavo, que me retire de aquí: temería faltar al respeto á usted y á nuestro futuro soberano si soltara algo que yo me sé.

—Jí, jí, jí, jí... ¡Qué mosca lleva, qué enojado va! Es un excelente sujeto, pero, caramba, tiene un genio de pólvora... Nada sabe, nada le han contado, se lo figura todo; pero lo dice con un aplomo... Apenas puede caber en men-

te humana que puedan disgustarse dos hermanos que son el espejo de la concordia, la personificación del cariño mutuo... A este Arrangoiz le falta un tornillo, tiene que faltarle...

Llegamos á Trieste el Viernes Santo, y Aguilar, que recorrió las iglesias con un enorme libro bajo el brazo, no cesaba de exclamar:

—*Malum signum, malum signum;* venir á ofrecer una corona el día en que Su Divina Majestad padeció y murió ¿no será señal de que le traemos al Emperador una corona de espinas?

—No sea usted vulgar, don Ignacio, no diga tonterías, exclamaba Gutiérrez enfadado: la corona está ya ofrecida y ahora sólo venimos á ver si se acepta; y luego, si viniéramos á ofrecerla, no sería hoy cuando nos presentáramos, pues dejaríamos de seguro pasar la semana mayor.

—No sé, no sé; pero á mí no me gusta.

El mismo viernes fuí á Miramar, y lejos de encontrarme el espectáculo plácido y regocijador que me aguardaba, pues se decía que el domingo de Pascua de Resurrección sería la ceremonia de aceptar la corona, me hallé sólo caras espantadas, ojos húmedos por el lloro, desorden y confusión.

El Emperador estaba metido en su cuarto, la Emperatriz se movía llena de agitación, los familiares se comunicaban entre sí tristes presentimientos.

A poco llegaron Gutiérrez, Hidalgo y Velázquez de León. Pronto les introdujeron al departamento en que la Emperatriz estaba en mi compañía; en seguida llegaron Schertzenllechner, Hertzfeld y el barón de Pont, y al fin Maximiliano pálido, con la barba en desorden, los ojos ex-



traviados y el aspecto de quien acaba de sufrir ó está sufriendo una revolución moral espantosa.

—Señora... Mi querido Gutiérrez... Salud, carísimo Hidalgo... Felicidades, señor de Velázquez... Os agradezco, señores, que hayáis venido tan pronto obsequiando mi llamado... Hay novedades... grandes novedades... No iré á México...

Y se sentó de golpe en un sillón. Describir las caras de

susto de los pobres diplomáticos, sería imposible; eran las caras de los convidados de Machbet ante el espectro de Banquo.

—¡Sire, por Dios! se atrevió á articular Gutiérrez.

—No voy á México porque se trata de deshonrarme, de hundirme, de acabar conmigo... Vosotros no podéis querer un emperador sin honra, ni yo me atrevo, manchado como estoy, á aceptar la corona que me ofrecéis... Todo acabó, señores; todo acabó...

—Pero nosotros, Sire... balbuceó el presidente de la diputación.

—No, vosotros no sois los culpables; lo son la envidia, el encono, la infamia, la ruindad... ¡Quién había de pensar en esa cosa horrible, en esa traición sin ejemplo, en esa infamia sin precedente! Es una puñalada, una puñalada por la espalda... ¡Y qué mano me la da!... la mano del ser que quiero más en el mundo después de esta santa mujer, la de mi soberano, la del jefe de mi casa!...

—¿Su Majestad el Emperador de Austria? preguntó Velázquez.

—Sí, Frantz, mi adorado Frantz, el compañero de mi infancia, mi padre, mi jefe, mi amigo... Mete el puñal hasta el pomo, lo remueve en la herida, me destroza el corazón, exclamó Maximiliano recreándose en aquella truculenta metáfora... Quiere que para ser Emperador de Méxi-

co renuncie á mi calidad de Hapsburgo, á mi calidad de austriaco, á mi calidad de hombre... Tiene celos de mí, tiene celos de mi popularidad, del cariño que me tienen las gentes... ¡Cuán caros trata de hacerme pagar los gritos de «Viva el Archiduque Max, muera el Emperador Frantz!» con que me han saludado en las calles de Viena... ¡Pero no será, vive Dios; no será y no será!...

A todo esto los miembros de la comisión estaban hechos unos infelices, pues no sabían á qué santo encomendarse, porque no se llegaban á percatar qué significaban tantas interjecciones, tanto levantarse de la silla, tanto mesarse las barbas y tanto golpear los muebles con las manos crispadas. Un momento en que S. M. quedó con la cara entre las manos, la Emperatriz tomó la palabra.

— Se trata, dijo, de la renuncia que, antes de que acepte la corona de México, exige de Max su Emperador.

— Creí, interrumpió el bobalicón de Pepe Hidalgo, que todo estaba arreglado y que S. M. había renunciado ya á sus derechos eventuales á la corona de Austria.

— No, no renunciaba aún...

— Eventuales... susurró con furia Maximiliano levantando la cabeza y lanzando una mirada de odio al archi-ingenioso Hidalgo.

— Los derechos de S. M. no son eventuales, rugió Carlota, no son eventuales, sino muy ciertos y seguros; es el primer agnado de la casa de Austria, y en caso de muer-

te ó imposibilidad del príncipe Rodolfo, tiene derechos indiscutibles al trono.

Maximiliano estaba de pie cerca del vano de una puerta, tenía cogido el cortinaje con ambas manos, y ordenó á Herzfeld:

— Leed.

El capitán de navío leyó en francés una larga renuncia de todos los derechos al trono de Austria. Luego, tomando la palabra, explicó:

— En realidad hay aquí dos renuncias: á los derechos que S. M. tiene al trono de Austria, y á los que posee al patrimonio archiducal creado por la emperatriz María Teresa. Alega Su Majestad Imperial y Apostólica que Su Majestad de México debe renunciar á sus derechos para no dejar vacilante á la monarquía austriaca y para no dejar acéfala á la monarquía mexicana. El caso es nuevo y S. M. no ha hecho en el acta que acabo de leer más que reproducir los documentos que se conservan en el archivo de la cancillería austriaca para el caso de matrimonio de las archiduquesas; pero evidentemente que no es ese el caso tratándose de un archiduque que acepta una corona extranjera. Por otra parte, el acta propuesta contiene frases incompatibles con la honra y el decoro de S. M. Al ir S. M. á México...

Maximiliano había ocultado el rostro en la tapicería, viéndose al cortinaje moverse á intervalos iguales, como

si lo sacudieran los sollozos de quien se tapaba con él. Cuando oyó la última frase de Herzfeld: «Al ir S. M. á México», Maximiliano levantó la cabeza, y con los ojos inundados de lágrimas, dijo en tono de niño testarudo:

—Pero si no voy...

Entonces se vió una cosa tierna y dulce, que todavía me conmueve cuando la recuerdo: Gutiérrez Estrada se hincó de rodillas, abrazó las del Emperador, y con voz empapada en lágrimas, sumisa y doliente, empezó á decir á Maximiliano:

—No se aflija V. M. que al fin los derechos al trono de Austria de nada le podían aprovechar siendo Emperador de México... ¿Para qué quiere V. M. trono en Austria, si cuenta con el que le alzaremos todos los mexicanos en nuestros corazones? A vuelta de algunos años V. M. será el jefe de un gran imperio que nada tendrá que envidiar en florecimiento á éste ni á ningún país... No nos abandone V. M.; mire que en V. M. tenemos puesta toda nuestra esperanza...

Maximiliano no pudo resistir más; se escapó del cuarto en que estábamos todos, volviendo á poco más sereno y más tranquilo.

—No, no digo definitivamente que no iré; sólo digo que por ahora aplazo la aceptación... Mañana saldré en la *Novara,* iré á Civitta Vecchia, pasaré á Roma y allí expondré mi cuita al Padre Santo. Pío IX no puede ver con

ánimo sereno esta enorme injusticia; él me ayudará, me tranquilizará y evitará la horrible felonía con que se me amenaza...

— Sí, sí, exclamó Gutiérrez; nadie mejor que Pío IX para zanjar esta disputa entre hermanos...

— Si ustedes me permitieran... si no tomaran á mal esta proposición mía... En fin, si no conviene, se desecha...

— Que hable el Chevalier Hidalgo, ordenó Maximiliano.

— Pues mi parecer consiste en que vuelva este negocio á su origen... ¿No acepta la corona S. M. porque se la ofrece Napoleón III? ¿No es Napoleón III el garante de la validez y de la existencia de este contrato? Pues á él, á S. M. el Emperador de los franceses, recurramos para que salve esta dificultad. Que hable á su amigazo Metternich; que Metternich telegrafíe á S. M. austriaca, que se entiendan de soberano á soberano y todo quedará listo... Autoríceme V. M. á enviar un telegrama á París, concédame un plazo de veinticuatro horas, y yo le respondo de que tendremos una respuesta que nos reconforte y quizá nos salve.

Carlota, Herzfeld, Schertzenllechner y yo apoyamos calurosamente el parecer de Pepe, y se le otorgaron á éste amplísimas facultades para entenderse con Badinguet. Debe de haber sido favorable la respuesta, porque todo siguió tranquilo, ó al menos, muy alejado de la alta *tessitura*

en que le habíamos visto los días anteriores. El cambio en la situación se manifestó por la llegada á Miramar de muchísimos personajes de charreteras, cordones y espadas, enviados ora por el Emperador Frantz, ora por su colega de París.

Uno de esos días, la Emperatriz me previno me alistara para acompañarla, y por la tarde, en unión de la inevitable señora de Lützon, salimos para Viena. El pretexto era dar el pésame á la Emperatriz de Austria por la muerte de la archiduquesa Hildegarda; la realidad, discutir con el Emperador los gravísimos negocios pendientes.

La vieja aya y yo veíamos regresar diariamente á nuestra Emperatriz con la cara enrojecida, la voz mudada, los ojos unas veces alegres y otras llorosos, y el aspecto de quien acaba de librar una batalla y espera tener que combatir en otras. Yo me quedaba en babia, pues ni podía comunicar mis impresiones á la vieja condesa, porque no hablaba más idioma que el alemán, del que yo no entendía palotada, y aunque lo hablara no avanzaría cosa, pues ella era más callada que la más callada de las tumbas.

Pasados seis días regresamos á Miramar y ya nos encontramos todo cambiado. Hidalguete me recibió ufano:

—¡Triunfo en toda la línea, señora, triunfo completo!... Acepta, renuncia á todo cuanto tiene por aquí y se nos consagra por completo... Y ¿á qué no sabe usted quién es el causante de esa feliz resolución? Pues lo es nada menos

que aquel caballero que se divierte en echar chinitas al mar desde la veranda.

—¿Aquel viejo, lampiño, cabezón, con aspecto de comerciante retirado de los negocios?

—El mismo, el mismísimo Mr. Hope.

—¿Hope? ¿Pero ese caballero es archiduque, legista, consejero áulico ó general francés?

—Ninguna de esas cosas; pura y simplemente trajo al Emperador un regalillo que consiste en diez y siete barrilitos y un montón de papeles...

—¿Y qué contienen esos barrilitos? ¿Dulces, conservas?...

—Nada de eso...

—¿Acaso guardarán alhajas?

—¡Que se quema usted! Tienen nada menos que tres millones de francos en oro, y los papeles son libramientos contra la caja del ejército francés en México.

—¿Y eso?

—Los ocho millones que se destinan á los gastos personalísimos del Emperador son la vanguardia de otros cuarenta y dos que irán á regenerar á México y á ponerlo en el lugar que le toca... Lo arregló todo Mr. Fould, el ministro de Hacienda francés, y aunque estuvo á punto de fracasar la combinación por causa de las vacilaciones de S. M., arreglado el empréstito cesaron las vacilaciones...

Al día siguiente hubo gran alboroto en el castillo. Lle-

gó un gentío inmenso que hacía grande acatamiento á un caballero de buen porte y muy parecido á Maximiliano. Al llegar á lo alto de Miramar, la comitiva se detuvo; el Emperador bajó la escalera de mármol, besó en ambas mejillas al sujeto que se le asemejaba, éste le echó los brazos y juntos continuaron su camino. El visitante y el Emperador permanecieron reunidos no sé si dos ó tres horas, y al cabo de ellas ambos salieron nuevamente cogidos del brazo, y subieron en los coches que les condujeron al camino de hierro.

Dicen que cuando Maximiliano vió partir el tren que se llevaba á su hermano (que no era otro el visitante), se echó á llorar desconsolado, y que ni aún sabía responder á la despedida del Emperador.

—Claro, comentaba Arrangoiz; como que juntamente con el humo de la locomotora veía disiparse la esperanza de llegar á Viena.

El día siguiente, que fué domingo, lo recuerdo como si fuera ayer. El cielo se veía como nunca, límpido y claro; el aire era suave y acariciador; todo estaba tan pulido y tan terso como las rampas de mármol y las arquerías de granito que desde muy temprano habían fregoteado los mozos del castillo: parecía que la naturaleza también estaba acicalada y endomingada para contribuir á la solemnidad.

A las once en punto, tras el batidor con la librea del

Archiduque, llegaron al palacio los mexicanos que tenían rango de ministros, ocupando un coche de media gala tirado por cuatro caballos.

El primero que bajó fué Gutiérrez, erguido, casi guapo, con la beatitud pintada en el semblante, y cuidando como á las niñas de sus ojos la encomienda de Carlos III que coruscaba en su pecho; Velázquez marchaba como agobiado bajo el manto y la casaca de gran oficial de Guadalupe; Aguilar estaba más ceremonioso que nunca y ostentaba también el traje de colorines de comendador de la orden santanista; Woll relucía con lentejuelas, cruces, collares, medallas, galones, entorchados, charreteras, cordones y plumas. Era la imagen del general americano que sueñan en Europa.

En el otro coche, que venía á la distancia conveniente, estaban Pepe Hidalgo con el uniforme diplomático que había inventado, y con las insignias de Isabel la Católica, de Pío IX, de Jerusalén, de Guadalupe, de San Silvestre y de San Gregorio, y el último de todos, Hurtado, con una modesta crucecilla de no sé qué santo, que se había agenciado frescamente y á toda prisa.

Luego, y por orden de categorías, venían veinte ó treinta mexicanos más, cerrando la comitiva dos capitulados de Puebla nombrados oficiales de órdenes del Emperador, don Joaquín Manuel Rodríguez y don Pedro Ontiveros.



Maximiliano estaba intensamente pálido...

THE NEW YORK
PUBLIC LIBRARY

ASTOR, LENOX
TILDEN FOUNDATIONS

El salón que se improvisó para el acto de la entrega fué el dormitorio de la princesa Carlota. Introducida la diputación ya estaba de pie S. M., apoyando la mano derecha en una mesa con tapiz rojo y teniendo á su izquierda á la Emperatriz. Maximiliano estaba intensamente pálido y se apartaba la barba con movimiento nervioso; la Emperatriz se hallaba serena y tranquila. En el otro ángulo del salón estábamos las condesas de Zychy, la de Colonitz y yo, que figuraba en la nueva corte con el nombre de *Madame veuve Jecker, condesa de Miravalles*... También se encontraban allí otros personajes, tales como diplomáticos y amigos de los príncipes.

La Diputación se colocó con su presidente en el centro, rodeándole Murphy, Facio, Negrete, don Isidro Díaz y las personas de la casa del Emperador.

Gutiérrez Estrada empezó á hablar con voz clara, pero poco á poco se le fué apagando hasta volverse ininteligible en ciertos pasajes. Apenas llegaban á nuestros oídos frases como «Conquistando el amor de los pueblos habéis aprendido, Señor, el arte difícil de gobernarlos... Una princesa que no menos que por sus gracias, es ya reina por sus virtudes y por su elevada inteligencia, sabrá sin duda atraer todos los ánimos á la más perfecta unión para el culto común de la patria... Estos dos grandes principios, católico y monárquico que introdujo en México el pueblo noble y caballeresco que hizo su descubrimiento...

Las dificultades de hoy serán mañana vuestra gloria... Vuestra Alteza verá á México venturoso y respetado... El suelo volcánico de los Moctezumas...»

Cuando dijo la última frase: *Justitia regnorum fundamentum*, Gutiérrez lloraba como un chiquillo y estaba á punto de sufrir un síncope...

Maximiliano, por el contrario, se había reanimado; como si le hubieran inyectado un torrente de sangre fuerte y nueva, su languidez se había trocado en brío y en nerviosidad. Su español tudesco estaba casi exento de resabios y apenas si se le conocía el extranjerismo en su manera de pronunciar las ces, las equis y las erres. Decía *mecsicanos, guecular, asecujando, gande* y otras, pero en general había hecho portentosos adelantos en el español.

Esforzó grandemente la voz al llegar á los pasajes «Nosotros probaremos, así lo espero, que una libertad bien entendida se concilia perfectamente con el imperio del orden: yo sabré respetar la primera y hacer respetar el segundo... No desplegaré menos vigor en mantener siempre elevado el estandarte de la independencia, ese símbolo de futura grandeza y de prosperidad... Concluiré, señores, asegurando de nuevo que nunca olvidará mi gobierno el reconocimiento que debe al monarca ilustre cuyo amistoso auxilio ha hecho posible la regeneración de nuestro hermoso país...»

Replicó Gutiérrez agradeciendo con toda su alma aquel dulce y solemne *sí*, y en seguida entraron un eclesiástico gordo, mofletudo, de anteojos con armadura de oro, y unos cuantos pelos en el colodrillo; un fraile francisco de aspecto marcadamente español y un sacerdote joven, guapo y con cara de muy listo. El viejo, que iba de mitra y báculo, hizo seña al padrecito mozo, y éste abrió el libro de los Evangelios, sobre el cual Maximiliano pronunció la fórmula del juramento:



«Yo, Maximiliano I, Emperador de México, juro á Dios, por los Santos Evangelios, procurar por todos los medios que estén á mi alcance el bienestar y prosperidad de la nación, defender su independencia y conservar la integridad del territorio.»

Gutiérrez avanzó entonces hacia el centro de la sala, y alzando al cielo los ojos y empuñando el pabellón mexicano, gritó:

—¡Amigos... saludemos á nuestro glorioso Señor...! ¡Viva el Emperador!... ¡Viva la Emperatriz!

—¡Que vivaaaan!

—¡Viva el Emperador!... ¡Viva la Emperatriz!

—¡Vivaaaan!

—¡Viva el Emperador!... ¡Viva la Emperatriz!

—¡Que vivaaaan!

Oímos el *Te Deum* que cantó el abad mitrado y en seguida presenciamos el juramento de Velázquez y de Woll, nombrados el uno ministro sin cartera y depositario del sello imperial, y el otro ayudante de campo de S. M. El almuerzo no tuvo más incidente que un brindis que Woll nos infirió.

Salíamos del comedor, cuando vimos pasar apresuradas á las gentes de servicio.

— Se muere, decían.

—Es mortal, no hay duda ninguna... ¡Qué horrible herida!...

—En la tetilla izquierda.

—Que no lo sepa el Emperador.

—Que no lo sepa la Emperatriz.

—Padre, dele usted la absolución.

—¡Qué espantosa puñalada!

Pasó Maximiliano bello y sonriente, aguardando nuevas aclamaciones, cuando le sorprendió aquel movimiento.

Hubo dos ó tres hurras, dos ó tres vivas, mas como na-

die podía apartar los ojos de un rincón en que la gente se aglomeraba, hurras y vivas quedaron á medio salir de las gargantas.

—¿Qué pasa? preguntó S. M.

—Sire, respondió demudado el marqués de Corio, que mientras V. M. pronunciaba el juramento, el intendente, el jefe de la servidumbre de Miramar... se clavó un puñal en el pecho.

Maximiliano palideció hasta ponerse como la cera, luego trató de serenarse y al fin dijo sonriente:

—No es un buen augurio...

En la noche debía haber comida en honor de la diputación, y ninguno de los mexicanos se alejó ya del castillo. Pero S. M. no parecía por ninguna parte.

—Está trabajando; está ya poniendo mano en las cosas del imperio: es de una laboriosidad incansable, decía Gutiérrez.

—Está enfermo, aseguraba Arrangoiz.

—Está preparándose para las ceremonias de la noche, refería Aguilar.

—Digo que está enfermo, repetía Arrangoiz.

—Es natural, la emoción...

Una señora se acercó á Gutiérrez y le habló aparte algo que le hizo retroceder espantado.

—No es posible, decía; estaba casi buena.

Se alejó violentamente don Pepe, y á poco pudimos en-

terarnos de lo que acontecía por el ir y venir de criados de librea y de médicos más ó menos asistentes y de cámara: la condesa de Lützon, suegra de Gutiérrez, se moría á gran prisa.

La Emperatriz llegó cuando hacíamos comentarios, y llamándome aparte, me dijo:

— Prevéngale usted, porque de otro modo llevaría una gran sorpresa... Confío más en el tacto de usted que en la destreza de mis damas de honor... Es tan impresionable, que sufrió un inmenso trastorno sólo con saber que se había matado ese tunante de Tutak, escogiendo cabalmente la única hora en que no debía haber pensado en esas cosas... Prevéngale usted... Yo no puedo porque mi lugar está en otra parte; tengo que cumplimentar á la comisión y no hay á quién pueda abandonarle la tarea.

El criado me anunció con el Emperador diciendo que pretendía comunicarle cosas urgentes. Mientras volvían con la respuesta, me senté en un sillón á aguardar la resolución de S. M. Cuando iba á entrar al aposento de Maximiliano, oí que un criado le decía á otro: «Acabó.»

El Príncipe estaba echado en una silla larga, cubierto con una bata de terciopelo rameado y con un aspecto tal de tristeza, de abatimiento, de pena, de mortificación, que parecía otro hombre distinto del que acabábamos de ver sonriente y feliz, saliendo de la capilla.

—Sire, quería avisar á V. M. que... tenemos enfermo en el castillo... un enfermo de cierta gravedad.

—La Emperatriz...

—¡Por Dios, Sire! la Emperatriz está sana y buena, á Dios gracias.

—Ella es; ella es sin duda...

—No, Sire; la enferma es una señora que por su edad, por sus achaques...

—Sé quién es: mi aya, mi vieja aya, el espíritu más alto y más recto que he conocido... ¡Pobre condesa de Lützon, pobre maestra mía!... Cuando la recuerdo, vienen á mi memoria los tiempos aquellos en que recorríamos juntos las inmensas alamedas, los campos soleados, las grutas tapadas con mirto y retama, los montes verdes y espesos... Ella me enseñó á amar lo bello, que ha sido siempre mi amor más grande; á buscar lo verdadero, que es el alimento de mi vida, y á ejecutar lo bueno, que es la razón de ser de mi alma... ¡Pobre condesa!... Gutiérrez la sentirá mucho, la ama como á una madre... ¿Ya murió?

—No, Sire; pero quizás muera pronto.

—¡Ojalá que si está dispuesto que muera, la muerte sea siquiera mañana! ¡ojalá que no me amarguen este día sensaciones fúnebres!... ¡La muerte! ¡Qué cosa tan horrible es la muerte! Contemplarla frente á frente no es nada; sentir que nos rodea, que nos llena, que nos cerca, que nos sitia, que nos hostiga, que nos reta, es horrible... En el

mar, á la hora de una tempestad, he sentido mi pulso quieto y firme; cuando veo que caen á mi derredor los míos, cuando contemplo que hay probabilidades de que me quede solo, me siento morir... A veces despierto por las noches con el pensamiento de la muerte, y me estremezco de horror al pensar que pueda herirme traidoramente, en la cama y sin defensa ninguna... Y luego, ¡cómo me atormentan los presagios! Ese hombre que se mata, esa mujer que se muere, este día obscurecido por el horrible duelo, por la sombra maldita de la muerte... Me ocupaba ya en trabajar, en disponer lo necesario para hacer la felicidad de México, de esa tierra que cree puedo ser su redentor... Ved cómo no os engaño...

Dirigí los ojos á la mesa de trabajo del Emperador y ví grandes cartones que tenían pintados muñecos con uniformes: casacas azules, casacas rojas, casacas naranjadas, medias blancas y negras, sombreros al tres, sombreros de medio queso, quepis, espadines, chinelas, toda la indumentaria de una corte... También había muestras de botones, de plumas, de listones, de placas y de medallas.

— Gran tarea, dijo, es la que he echado sobre mis hombros; mas ¡qué remedio!... Como México sepa comprenderme... mas no sabrá; todos los pueblos son ingratos y tienen gusto en acabar con sus redentores... Dios dirá.

Se hacía tarde y por el vitral del cuarto entraba una luz tenue é indecisa, como tamizada, como triste, como

muerta. Entonces noté que el Emperador traía un gran pañuelo de seda roja que le daba varias vueltas al cuello, descendiendo las puntas hacia el pecho.

—Los pueblos son ingratos; los pueblos no saben reconocer lo que se hace por ellos... Aquí, en mi retiro, nada me faltaba: la sumisión de mis súbditos, el amor de mi mujer, la gloria de la ciencia, los halagos del arte, todo era para mí... ¿Por qué he aceptado ir á regenerar á un pueblo extraño, á un pueblo distante, á un pueblo que no conozco ni me conoce? ¡Maldita sea la ambición, maldito sea el deseo de poder, la más horrible y la más insensata de todas las furias!... Ayer todavía era tiempo de volverse atrás; hoy es imposible... La suerte está echada, y es la mala suerte...

—Majestad, le dije con cariño.

Alzó la cabeza y ví, *ví* claramente que aquella hermosa cabeza estaba cortada á cercén y que el busto estaba manchado de sangre que corría de la herida del cuello. En ese instante penetró un criado que llevaba unos candelabros y ya pude ver al Emperador pálido y enfermizo, pero íntegro.

—¿Sabéis en qué me entretenía? En hacer versos. Ved los que compuse en mi rato de encierro:

¡Preciso es separarme por siempre de mi patria,
del cielo de mis dulces primeras alegrías;
preciso es que abandone con mi dorada cuna,
ya rotas, las que á ella me unen santas ligas!

La tierra en que los años rieron de mi infancia,
y del amor primero sentí el ansia infinita,
voy á dejar á impulsos de la nación, que, gracias
á vuestro anhelo, el fondo del corazón abriga.
Queréis con el señuelo de un trono seducirme
mostrándome las locas quimeras que fascinan.
¿Debo escuchar el dulce cantar de las sirenas?
¡Triste del que en el canto de las sirenas fía!
Me habláis de cetros áureos, de alcázares, potencia;
la senda que á mis ojos abrís nada limita.
Preciso me es seguiros allende el Oceano,
de un mundo que yo ignoro á la lejana orilla!
Queréis tejer con hilos de oro y con diamantes
la urdimbre ya tan frágil de mi callada vida.
Pero ¿podéis, en cambio, darme la paz del alma,
ó son, para vosotros, oro y poder la dicha?
Dejadme ir descuidado por mi sendero obscuro;
en paz, entre los mirtos, dejad que alegre siga:
la ciencia me es más dulce y el culto de las Musas
que el esplendor del oro que en la diadema brilla.



El ujier anunció á la Emperatriz, que penetró en la estancia cuando Maximiliano concluía la lectura.

—¿Y la condesa? preguntó alarmado.

—Hace dos horas que murió.

—¡Oh, Dios mío! ¡En esta noche! ¡Qué horrible cosa es la muerte!

Y se echó á llorar silenciosamente.

La música tocaba mientras tanto el himno *Dios salve al Emperador,* que Murphy, músico en sus ratos perdidos, había compuesto para aquel día.

Al concluir el himno subió desde el Adriático una voz varonil y bella que cantó:

Massimiliano,
Non ti fidare;
Torna al castello
De Miramare.
Quel trono fracido
Di Montezuma
E nappo gallico
Colmo di spuma.
Il Timeo Danaos
Chi non ricorda?
Sotto la clamide
Trova la corda.

Todos quedamos suspensos; cuando concluyó la canción, Maximiliano se quedó con la frente entre las manos, mientras nosotras, la Emperatriz y yo, salíamos de puntillas y á toda prisa.





CAPITULO VI

Para México

CATORCE de Abril del sesenta y cuatro: ¡qué recuerdos traes á mi mente! Aire diáfano, sol claro, mar en calma, cerros distantes, multitud entusiasta, todo lo recuerda mi memoria, présbita como mis ojos, que ven maravillosamente lo que queda lejos y apenas perciben lo que está cerca.

Los ciudadanos de Trieste habían estado á despedirse del Emperador; las diputaciones de Milán, Istria y Dalmacia le habían obsequiado con álbums y votos de gracias y todo el mundo daba muestras de pesar por la partida del príncipe, de gozo porque había salido de aquellas tierras un monarca destinado á dar la paz á gentes distantes...

Muy temprano empezó á disponerse todo lo necesario para el viaje, y como á las diez salió Carlota á presidir el

desayuno, que debía efectuarse poco antes de la partida de la *Novara*. Maximiliano no se presentó porque seguía enfermo.

Triste fué la colación, que no se interrumpió siquiera por una voz de contento ó por una muestra de gozo. Asistíamos á aquella postrera comida como si hubiéramos estado tomando fuerzas para llevar á la tumba á una persona querida. De cuando en cuando se oían una orden en alemán ó el sonar de una música que tocaba un aire marino. En aquella corte mexicana no se veía ni se escuchaba nada que trascendiera á México, exceptuando los dos trofeos colgados á la pared con la figura del repugnante Huichilobos, y el murmujear de la conversación que sostenían Woll y Velázquez.

Cuando concluyó el almuerzo, la Emperatriz se levantó yendo en derechura á la alcoba de Maximiliano. A la una en punto salieron ambos, él con traje de general mexicano, llevando al pecho las insignias de la orden de Guadalupe; ella con una bellísima creación de Worth, hecha especialmente para el viaje. Maximiliano estaba pálido, abatido, triste, con muestras tales de depresión y aplanamiento, que delataban de manera indudable la terrible lucha que había venido sufriendo; Carlota estaba serena y grave, pero con absoluto dominio de sí misma.

Ibamos tras los Emperadores, el archiduque Luis Víctor, hermano de Su Majestad, que debía acompañarle has-

ta Roma; Velázquez de León, que gemía bajo el peso de un horrible uniforme que le habían endosado; la condesa de Zichy, alta, blanca, vestida de negro, con su altivo perfil de vienesa distinguida y su hermosa cabellera rubia que parecía un brillante casco de oro que le cubriera cabeza, hombros y cuello; la condesa de Kollonitz, de estatura elevada, gruesa, de movimientos majestuosos, de cuello ebúrneo y de aspecto real; Kuhahewich, el intendente de Miramar, con la melena cayéndole por encima del cuello, la piocha y el bigote napoleónicos; el conde de Zichy, con las patillas crecidas, el cabello rizoso y la fisonomía franca y leal; el consejero Scherzenlechner, calvo, con barba cortada á la Lincoln, espejuelos de arillo de oro y aspecto tristón; el marqués de Corio, cara de noble italiano, cabello abundante y ojos azules transparentes y sin malicia; el barón de Pont, carirredondo, narigudo, boca chica y ojos de ave de rapiña; por último, Ontiveros, alto, guapo, de grandes bigotes y aire conquistador. Yo iba entre las damas.

Al aparecer Maximiliano en la terraza del castillo, le saludó un gruñido, un gruñido de bestia bondadosa y complaciente que conoce la miman y la satisfacen. El Emperador dirigió una mirada al espectáculo que se le ofrecía, y una oleada de sangre, de sangre vigorizadora y joven, le tiñó el rostro de un vivo rosicler y le hizo alzar la cabeza, erguir el busto, brillar la mirada y apresurar el paso: el

artista se sentía halagado por aquel espectáculo magnífico, y el príncipe oía en su interior una llamada imperiosa á su dignidad y á su costumbre de mostrarse en público.

Figuraos aquella inmensa rada de Trieste, amplia de manera que podría caber en ella holgadamente toda la escuadra inglesa; figuraos las terrazas de los edificios, los tejados de las construcciones, las torres de las iglesias, las copas de los árboles, los cantiles de las rocas, los huecos, las sinuosidades, todo lleno de espectadores que gritaban, que aplaudían, que movían manos y sombreros, que hacían detonar en las retinas faldas rojas, sombreros blancos y sombrillas de todos colores; figuraos á esa multitud aplaudiendo, gritando é hinchiendo de voces y de aclamaciones la atmósfera nítida y clara. Figuraos abajo cien barcos empavesados con todos los colores, las banderas de todas las naciones extendiéndose por el aire, y á lo lejos, manchando el azul cobalto del cielo, muchas locomotoras que arrojaban un humo negro que parecía lana de una manada de ovejas negras que corriera por el aire.

Maximiliano contestó al saludo que le hacía el pueblo y oyó en seguida el himno del advenimiento, que lanzaban al unísono las bandas tendidas desde el puerto hasta lo alto del castillo. Bajó en seguida la escalera de mármol y puso el pie en la lancha con dosel de oro y púrpura que debía llevarle á la *Novara*. En este instante todas las embarcaciones surtas en el puerto hicieron señales con sus



... y puso el pie en la lancha con dosel de oro y púrpura, que debía llevarle á la «Novara»

THE NEW YORK
PUBLIC LIBRARY

ASTOR, LENOX
TILDEN FOUNDATIONS

pabellones, las tripulaciones lanzaron hurras, los botes levantaron sus remos, y se confundieron en un solo ruido las aclamaciones de cincuenta mil pechos, las notas de las músicas, el golpear de las hélices, el silbar de las sirenas y el ruido de los cañones que saludaban al creador de imperios, al hombre providencial, al salvador de un pueblo que casi todos los espectadores oían mentar por vez primera.

Maximiliano llegó á la *Novara,* é inmediatamente se arrió en ella la bandera austriaca, izándose en su lugar el pabellón mexicano. Un instante después partimos seguidos de la *Thémis,* fragata francesa que nos escoltó hasta Veracruz, y de seis vaporcitos del Lloyd, que habían formado valla al paso de Sus Majestades.

Maximiliano había estado en la cubierta saludando á la multitud, recibiendo sus aplausos y sus gritos de despedida. Repentinamente se retiró á su cámara, y cuando todo era alegría, entusiasmo y ternura; cuando se oían todavía gritos de gozo y hurras de los marinos trepados en las vergas; cuando las baterías de la costa tronaban casi sin interrupción saludando aquel día feliz, un hombre lloraba como niño en el interior de la cámara regia: era Maximiliano, que se alejaba de los mirtos de Miramar, de la compañía de sus amigos, de los halagos de su patria y que iba... ¿á la muerte? ¿á la gloria? Nadie lo sabía entonces.

Cuatro días de feliz navegación y llegamos á Civitta Vecchia, el puerto pontificio. Nos recibieron también los vivas, las aclamaciones, los generales uniformados, las músicas y los cañonazos. Llegamos á la estación y subimos al tren especial que se nos tenía preparado, regocijándonos al llegar á Roma con las ricas y fantásticas libreas de los carruajes; con el brillo de los uniformes de los soldados; con la variedad de los trajes de los individuos de las órdenes religiosas y con el aspecto monumental de la metrópoli del catolicismo, único en el mundo y por ninguna otra ciudad superado ni aun igualado.

El diez y nueve visitaron los Emperadores al Pontífice: estuvieron discurriendo en su compañía acerca de negocios eclesiásticos, y el veinte fuimos á la misa que dijo Su Santidad en sus aposentos privados. A las siete, que había concluído la misa del Pontífice, siguió otra que todos oímos: en ella recibieron la comunión Maximiliano y Carlota de manos de Pío IX y todos permanecimos confundidos oyendo la palabra angelical del jefe de la cristiandad. Aquel anciano de cabellos de plata, aquella víctima sobre quien habían rugido todas las iras y todas las tempestades de la tierra, aquel santo que no había temido ni la persecución, ni el destierro, ni la muerte, aquel, en fin, que «por amar la justicia y aborrecer la iniquidad» había sufrido la pérdida de su patrimonio y estaba á punto de acabar con sus bienes, se transfiguró, se metamorfoseó, y de viejo,

débil y triste se convirtió en intérprete de Dios, en cabeza de la Iglesia, en *sacerdos magnus,* armado de toda la potestad y de toda la fuerza.

«He aquí, dijo Pío IX, el cordero de Dios que borra los pecados del mundo. Por Él reinan y gobiernan los reyes; por Él los reyes hacen cabal justicia; Él permite que los reyes sean escarmentados duramente cuando ejercen mal el poder que les confía.



Pío IX

»Os recomiendo el bienestar del pueblo católico que vais á tener á vuestro cargo. Grandes son los derechos de los pueblos, y necesario es satisfacerlos; pero mayores y más sagrados son los derechos de la Iglesia, Esposa inmaculada de Jesucristo, que os redimió al precio de Su sangre —sangre preciosa que enrojecerá vuestros labios dentro de un instante.

»Respetad los derechos de los pueblos, pero respetad más los derechos de la Iglesia; procurad al mismo tiempo la

salud espiritual y la temporal de aquellos pueblos cristianos; y quiera Nuestro Señor Jesucristo, cuya comunión vais á recibir de manos de Su Vicario, concederos su gracia y la abundancia de sus dones. *Missereatur vestri omnipotens Deus, et dimissis peccatis vestris perducat vos ad vitam æternam*».

Maximiliano y Carlota recibieron inclinados la sagrada Forma, y todos sentimos que bajaba el Espíritu de Dios sobre aquella joven pareja que recibía reverentemente el Pan de los Angeles, y sobre aquel anciano que invocaba el nombre del Altísimo y solicitaba su bendición para una de las mayores empresas que entonces se podían acometer.

Concluída la misa del Pontífice se sirvió un exquisito desayuno. Alguien ha dicho que si se llegaran á perder las buenas formas y el arte exquisito de tratar á las gentes, que la diplomacia juzga de su exclusiva competencia, esas formas y ese arte se hallarían de seguro en el Vaticano. En efecto, ¡qué corrección, qué elegancia, qué mesura en actitudes, gestos y palabras los que reinaron en aquella mañana memorable!

A la mesa de Su Santidad se sentaron solamente el Emperador, la Emperatriz y el cardenal Antonelli; los demás estábamos distribuídos en mesitas colocadas cerca de la del Pontífice y las personas reales, y tomábamos dulces, pasteles y helados que nos servían los camareros del Papa.



A la mesa de Su Santidad...

THE NEW YORK
PUBLIC LIBRARY

ASTOR, LENOX
TILDEN FOUNDATIONS

Á éste le servía sólo y de rodillas Monseñor de Merodio; los Emperadores eran atendidos por un obispo; á nosotros nos cumplimentaban varios cardenales que nos daban conversación y servían de intermediarios entre las mesas.

En aquel salón, lleno de las más lindas pinturas, poblado de libros vestidos de ricas encuadernaciones, alumbrado por una discreta luz blanca que volvía más majestuosas las canas del Padre de la Cristiandad, más vivo el rojo de los trajes cardenalicios y más brillantes los bordados de los uniformes, comprendí lo que era una corte, una corte de verdad (no como las de similor que yo había visto en las Tullerías y en Miramar) y me formé idea de lo que era un soberano absoluto y seguro de su derecho, y no un soberano de mentirijillas elevado á la dignidad por un pueblo voluble y tornadizo.

Concluído el almuerzo dejamos al Emperador conversando con el cardenal Antonelli (¡vaya si tenían que conversar!) y en unión de la Emperatriz y de Monseñor de Merodio, que no se separó de nosotros un punto, fuimos á recorrer aquellas inmensas galerías, aquellas *loggias* maravillosas, aquellos salones en que la piedad de los fieles y el amor de los pontífices por el arte han aglomerado las cosas más bellas que ha producido el ingenio humano.

El Padre Santo debía pagar su visita al Emperador, y á las doce del día el correr de la muchedumbre, el sonar de clarines y tambores, el repicar de las campanas de las

iglesias inmediatas y los acordes de las músicas delataban la próxima llegada del Pontífice de la Inmaculada al Palacio Marescotti.

El patio se llena de gente; bajan los Emperadores á toda prisa; el castellano de aquel castillo, Gutiérrez Estrada el bueno, llega abotonándose el uniforme; Aguilar se coloca en la delgada nariz los lentes de oro; los chambelanes, los ujieres, los maestresalas, todo el mundo se arrodilla; golpean los suizos el mármol del pavimento con su alabarda plateada; baten marcha los tambores; resuenan frenéticos y devotos, mojando en lágrimas los ojos, los *Evviva il Papa re...* y atravesando por entre aquella multitud prosternada, por entre aquel mar alborotado, como de seguro atravesará en su día la navecilla de Pedro sobre las olas del encono y de la indiferencia, avanza una carroza dorada por la que asoma la cabeza blanca de Pío IX; éste bendice á la multitud y luego baja del carruaje (cuya portezuela abre Aguilar) apoyándose en el brazo del Emperador; sube poco á poco la escalera y se encierra un buen rato á solas con Maximiliano.

—Al fin, dice Gutiérrez, tendremos en México lo que desean los buenos: paz para las conciencias, bienestar para la religión, culto decoroso y bien atendido, respeto á los ministros del santuario, y sobre todo, abolición de esas inicuas leyes llamadas de Reforma... Aquí está, aquí está el viejo loco, el visionario, el ignorante, dando lecciones

á los sabios y á los discretos, á los liberales y á los demagogos... Veintitrés años de trabajos me ha costado; pero los doy de barato por la satisfacción que me causa este momento que por nada cambiaría... Ver al soberano de mi país, á ese joven hermoso y distinguido, conversando mano á mano con el Vicario de Cristo, es el cumplimiento de todos mis ensueños. De allí va á salir la redención de México, de allí va á salir el arreglo de la cuestión eclesiástica... Figúrese usted si esos dos excelsos entendimientos, si esas dos firmes voluntades no aprovecharán la ocasión para arreglar todo lo que se encuentra pendiente en nuestra patria... Pío IX algo concederá; Maximiliano concederá mucho, y cediendo el uno y consintiendo el otro y obteniendo los dos, todo quedará perfectamente... Oigalo usted; tengo tanta seguridad de que este paso nuestro equivale á la regeneración de México, que si por un tumbo de dado no resultara como lo deseamos, yo no resistiría el golpe... De fijo me moría y me moría desesperado... ¡Dios quiera evitarme ese mal paso!

— No diga usted eso, don Pepe; no sea usted funesto ni mal pensado, exclamó Aguilar retractándose de sus antiguos prejuicios. Créame á mí. México se ha salvado; México se ha salvado, y este es el único pensamiento que derrama el consuelo en mi corazón abatido, en medio del repentino aislamiento en que me veo, lejos de mi patria y de mi familia. Esa patria, á pesar de sus infortunios, es la hija

predilecta de la Divina Providencia, que en efecto *ha hecho con nosotros lo que con ninguna otra nación.* Ahora los padecimientos pasados son timbres de gloria; nuestros antiguos desaciertos la feliz culpa que ha motivado nuestra redención, y los odios rastreros y las fementidas pasiones de partido, locuras y debilidades propias de una situación anómala como la que produce el abuso de bebidas embriagantes. Concordia, perdón mutuo de nuestros errores, y un olvido absoluto del pasado; he aquí lo que exige de nosotros el verdadero patriotismo. La gratitud nos impone otros deberes: amor perdurable á los heroicos príncipes que todo lo han sacrificado por salvarnos, y reconocimiento eterno al ínclito Emperador de los franceses y á ese pueblo magnánimo que ha derramado su sangre y prodigado sus tesoros por nuestra salud.

—Sí, repuso Gutiérrez, ¡benditos sean, pero más bendita sea la patria que de tan buen grado nos ha seguido!... Créanmelo, si no fuera esta la hora que es, y si no tuviera los huéspedes que tengo, lanzaría un ¡viva México! que se oiría hasta allá...

—Pues láncelo usted, que al fin nadie se lo ha de tener á mal... Vamos á ver...

Abrióse en esto la puerta y todos los presentes, tanto los que conocíamos ya á Su Santidad como los que le saludaban por primera vez, fuimos admitidos á besar el anillo del Pescador. Luego se despidió el Padre Santo con el cere-

monial con que había llegado, y nos sentamos á la mesa recibiendo la orden de presentarnos á las cuatro en traje de camino.

Llegamos á la estación y vimos á Maximiliano lleno de alegría: le habían reanimado y enardecido los *E viva il imperatore dil Messico* con que le había saludado la plebe á su paso, y más le encantaban y satisfacían el aparato militar, la pompa cortesana y el aspecto señorial de la parada del camino de hierro. Estuvo risueño, hablando en italiano purísimo con el cardenal de Merodio, nuestro *cavalier servente,* y burlándose grandemente de las viejas carrozas y de los más viejos quitasoles de los cardenales. Luego, dirigiéndose á Aguilar y á mí, nos dijo risueño:

—¿Sabéis quién de seguro nos envidia más en este momento?

—No, Sire.

—Hidalgo, hombre, Pepe Hidalgo, que desearía estar echando un ratito de conversación con estos *principones,* los Torlonias, los Dorias, los Colonnas y toda la aristocracia romana que él conoce y ama tanto...

Hubo mucho apretón de manos, mucho de «Me recomiendo á la benevolencia de V. M.», «No olvide V. M. mi negocillo», mucho agitar de pañuelos, sonar de músicas y batir de tambores, y al fin salió la locomotora triunfante y silbadora, llevando las esperanzas de los mexicanos y el núcleo del nuevo imperio.

¿Para qué he de entreteneros con el recuerdo de lo que nos aconteció en aquellos cuarenta larguísimos días de navegación en que apenas hubo cosa digna de notarse, si se exceptúan las salvas y los vítores que nos recibían en todas partes, y que por ser de clavo pasado no nos llamaban ya la atención?

En la *Novara* no íbamos más mexicanos que Velázquez, Woll y yo; Velázquez era un pobre hombre que no sabía decir más que sí á cuanto le preguntaban; Woll era un soldadote fanfarrón, necio y sin mérito. No hablaba más que de las batallas en que había vencido, de los héroes á quien había encadenado á su carro, de lo valiente, de lo noble y de lo grande que le había hecho Dios Nuestro Señor. Se le había desarrollado un amor tan grande por Maximiliano, que no hacía más que hablar de su lealtad, de su afecto, de su admiración, de su respeto y de todos los sentimientos que abrigaba por el soberano.

Un día nos hizo reir á todos de la mejor gana:

—No saben ustedes lo contrariado que estoy de que tengamos este tiempo ratonero que no vale para echar á pique una barca pescadora.

—¿Pues qué tiempo quería usted, General?

—¿Qué tiempo? ¿qué tiempo? Pues claro está; un buen tiempo así, fuerte, con la mar picadita; un huracán de cuenta, un vendaval de cierta categoría, una tempestad ó un ciclón de buena marca están faltando, faltando mucho;

créanmelo ustedes... Si fueran mis épocas, cuando era yo mozo... Aquellos eran ciclones, aquellas eran tempestades... Ahora se ha vuelto chocho el señor de Neptuno; ya no sirve para nada.

—¿Pero está usted loco, General?

—¡Qué loco voy á estar! Cuerdo y muy cuerdo.

—Pues no sé cómo concilie usted su cordura con semejantes deseos.

—Les diré á ustedes; no es que yo quiera verlos en aprietos, ni que quiera morirme: al contrario, mi deseo es que todos sigamos viviendo y que caminen las cosas como sobre rieles; lo que me contraría, aflige y descorazona es ver que tarda mucho la oportunidad que deseo de darle á S. M. una prueba de mi adhesión á su persona.

—¿Y por eso quiere usted acabar con el Emperador?

—No, no quiero tal cosa: ¡Dios me libre! Lo que quiero es que S. M. se vea en un riesgo muy grave para lograr salvarle la vida, para exponer la mía y sacarle sano y salvo diciéndole: Vea V. M. que no ha fijado sin razón los ojos en mí para que le sirva de ayudante de campo... ¡De perro de presa le serviría y era poco!

—¡Jesús, qué amor!

—Pues bien, figúrese usted una tempestad de órdago, de esas en que hay rayos y viento y en que el buque mejor siente que sube hasta las nubes y que en seguida baja hasta el abismo; en que los más serenos pierden la cabeza y

llaman á gritos á la muerte... En esos momentos cogería al Emperador, y quisiéralo ó no, le llevaría cogido hasta depositarle en tierra.



—¿Salvar así á un almirante? gruñó la de Collonitz enojada. El Emperador sería quien le salvara á usted.

—Ya vería usted, señora, refunfuñó Woll atusándose los bigotes y mirando al sesgo.

Pero el Emperador no pensaba en que le salvaran ni en salvar á nadie. Permanecía metido en su cámara hablando con Velázquez, y ya nos figurábamos que de aquellas juntas saldrían no sé qué primores que nos dejarían boquiabiertos. Una mañana supe con so-

bresalto que el Emperador me llamaba. ¿Qué podría querer de mí S. M. que no fuera hacerme algún extrañamiento por cualquier chisme que le hubieran contado, por ejemplo, que platicaba y hacía locuras diariamente de la *Novara* á la *Themis,* en que iba el guapo Kuhahewich?

Mas no era eso lo que el Emperador deseaba; me recibió con amabilidad, me hizo sentarme á su lado en uno de los asientos de la toldilla, y luego me dijo misteriosamente:

—La llamé á usted, señora, porque la necesito para un asunto muy grave en que sólo usted puede asesorarme.

—Dios mío, pensé, ¿qué será eso que sé yo mejor que nadie? Ni los estadistas criollos, ni los importados, ni los europeos, ni los americanos le sirven, y me llama á mí que ne sé palotada de nada.

—Para que vea usted cuán á lo serio tomo la labor de mi nuevo imperio, la aviso que me estoy ocupando en algo que no dejará de llamarle la atención: es el proyecto, el bosquejo, el esbozo del ceremonial de la corte. Si se tratara de Europa, poco tendría que consultar; en México sí tengo necesidad de enterarme de algunos pormenores que dependen del clima y de las costumbres. ¿Qué opina usted de esto que prevengo para las damas de honor? Para las recepciones en Palacio, grandes fiestas nacionales, *Te Deum* extraordinarios, entrega de birreta á los cardenales

y domingo de Pascua, vestido escotado, banda de la orden femenina que estableceré (que de seguro llevará el nombre de la Emperatriz), condecoraciones y alhajas. Las damas llevarán la cifra de Su Majestad... Para el Jueves Santo indico vestido alto de seda ó terciopelo negro, y mantilla, banda y condecoraciones. Las damas llevarán la cifra de S. M... Para el servicio en tierra caliente, señalo vestido alto de seda y cifra de la Emperatriz.

—Si Vuestra Majestad me lo permite, le haré notar que el vestido alto de seda para la estancia en el campo, se me figura demasiado embarazoso. Quizás se pudiera relajar un poco la etiqueta como pasa en Compiègne, Saint-Cloud y Fontainebleau...

Reflexionó un poco Maximiliano y luego dijo:

—Quizás tenga usted razón, señora; el clima de la tierra caliente... Bien que no pueda alegarse nunca como jurisprudencia lo que acontece en la corte de las Tullerías, donde se desprecian cosas importantísimas... Grande hombre es mi glorioso aliado Napoleón III, pero en esta materia claudica del todo... Pondremos nada más vestido alto, y la Emperatriz señalará las telas... En cuanto á los hombres, no puede haber consideración: levita y corbata blanca en tierra caliente y en los sitios imperiales...

Siguió explanándome largamente sus ideas en la materia: había que desterrar abusos, que imponer prácticas saludables, que mover y cambiar todo... Los trajes debían

ser de tal manera; los botones eran mejor de este modo que del otro; la servidumbre debía estar formada por gente de tal ó cual estatura. En la misma corte de Austria se habían olvidado pragmáticas muy necesarias; él las pondría en vigor, pues cabalmente guardaba en su poder un ceremonial de Aranjuez en la época de Felipe IV.

El sábado veintiocho de Mayo, después de la arribada forzosa á la Martinica, avistamos el puerto de Veracruz á las cinco de la mañana. Los imperialistas de la siempre heroica se quedaron como quien ve visiones, pues no aguardaban que llegaran todavía los esperados huéspedes; mas tan pronto como la *Themis* disparó la andanada con que hizo saber nuestra presencia, empezaron las priesas, los *agigolones*, las bullas y otras dificultades. A éste le faltaban aún diez varas de follaje; á ésta le sobraban no sé cuántas de tela tricolor que no hallaba dónde colocar. El otro se sentía destanteado porque no había concluído con el arco pendiente; la otra ignoraba la manera de hacer la cortesía. Al de más allá no le llevaban aún la casaca; la de acullá sentía deseos de *asomarse* para verlo todo, pero no de agasajar á los Emperadores; y todos, lo mismo el que había de pagar á los chicos los vivas que saludaran á los soberanos, que el que batallaba con un consonante para *Austria* ó para *indio* (palabras que figurarían en los papelillos que se habían de echar desde los balcones), que el que contaba con quejarse á Sus Majestades de los detes-

predilecta de la Divina Providencia, que en efecto *ha hecho con nosotros lo que con ninguna otra nación*. Ahora los padecimientos pasados son timbres de gloria; nuestros antiguos desaciertos la feliz culpa que ha motivado nuestra redención, y los odios rastreros y las fementidas pasiones de partido, locuras y debilidades propias de una situación anómala como la que produce el abuso de bebidas embriagantes. Concordia, perdón mutuo de nuestros errores, y un olvido absoluto del pasado; he aquí lo que exige de nosotros el verdadero patriotismo. La gratitud nos impone otros deberes: amor perdurable á los heroicos príncipes que todo lo han sacrificado por salvarnos, y reconocimiento eterno al ínclito Emperador de los franceses y á ese pueblo magnánimo que ha derramado su sangre y prodigado sus tesoros por nuestra salud.

— Sí, repuso Gutiérrez, ¡benditos sean, pero más bendita sea la patria que de tan buen grado nos ha seguido!... Créanmelo, si no fuera esta la hora que es, y si no tuviera los huéspedes que tengo, lanzaría un ¡viva México! que se oiría hasta allá...

— Pues láncelo usted, que al fin nadie se lo ha de tener á mal... Vamos á ver...

Abrióse en esto la puerta y todos los presentes, tanto los que conocíamos ya á Su Santidad como los que le saludaban por primera vez, fuimos admitidos á besar el anillo del Pescador. Luego se despidió el Padre Santo con el cere-

monial con que había llegado, y nos sentamos á la mesa recibiendo la orden de presentarnos á las cuatro en traje de camino.

Llegamos á la estación y vimos á Maximiliano lleno de alegría: le habían reanimado y enardecido los *E viva il imperatore dil Messico* con que le había saludado la plebe á su paso, y más le encantaban y satisfacían el aparato militar, la pompa cortesana y el aspecto señorial de la parada del camino de hierro. Estuvo risueño, hablando en italiano purísimo con el cardenal de Merodio, nuestro *cavalier servente,* y burlándose grandemente de las viejas carrozas y de los más viejos quitasoles de los cardenales. Luego, dirigiéndose á Aguilar y á mí, nos dijo risueño:

—¿Sabéis quién de seguro nos envidia más en este momento?

—No, Sire.

—Hidalgo, hombre, Pepe Hidalgo, que desearía estar echando un ratito de conversación con estos *principones,* los Torlonias, los Dorias, los Colonnas y toda la aristocracia romana que él conoce y ama tanto...

Hubo mucho apretón de manos, mucho de «Me recomiendo á la benevolencia de V. M.», «No olvide V. M. mi negocillo», mucho agitar de pañuelos, sonar de músicas y batir de tambores, y al fin salió la locomotora triunfante y silbadora, llevando las esperanzas de los mexicanos y el núcleo del nuevo imperio.

co de la tarde. Conferenció el mancer con el Emperador, y á poco subieron al salón del segundo puente todos los cagatintas que aguardaban en los botes. Casi todos iban de frac, pero ¡qué fracs, qué pantalones y qué sombreros! todos del año tantos, de la época del almirante Baudin, de Scott y á veces de Lorencillo, y tan mal llevados, tan pobres, tan tristes, tan infelices, que se sentían deseos de tirar de este faldón, de enderezar aquella camisa, de voltear una corbata y de coger de los hombros al interesado para darle una buena sacudida que le pusiera cara de persona y no de espantapájaros.

Un tal Bureau, que llevó la palabra á nombre de todos los *ronds de cuir,* no dijo nada en regla: primero quiso hablar de *casquis;* pero no tardó en enredarse.

«Verdaderamente, mem... mem.. mem... memorable... será el día en que usted... digo Vuecencia... digo... Su Majestad... digo Vuestra Majestad entra á México, más bien dicho... á la República mexicana... es decir, al imperio mexicano, ó sea á Veracruz...»

Al llegar aquí el pobre Bureau tenía rojos hasta los pelos del bigote; pero como pudo salió del primer período, en que aseguraba con toda verdad que veía la mano de la adorable Providencia en el hecho de que consintiera quedaran los destinos de la patria bajo el ilustrado y benigno cetro de Maximiliano.

El segundo período iba saliendo bien; pero no sé cómo

Bureau se enfangó en un entrecomado que le quitó la memoria de lo que seguía; entonces se vió obligado á sacar el papel, á requerir unos anteojos de vista cansada, á limpiarse cara y manos con un paliacate más colorado que las creencias de Juárez, y á seguir... con más tropiezos que había tenido hablando de memoria.

La Emperatriz fué más afortunada que el Emperador, pues Bureau no cometió más que treinta y seis equivocaciones en las doce líneas que contenía el manuscrito leído.

A las cinco y media de la mañana siguiente desembarcamos en el puerto. ¡Qué triste estaba! Los arcos á medio hacer dejaban á la vista la manta blanca, las tablas sin cepillar, el cordaje lleno de nudos. Las inscripciones estaban apenas empezadas: «Viv... y Carl Emper... Mex...» «Sois al venir al mexicano suelo, El nuncio de salud que calma...» «Para vos son las...» «Que en Anáhuac sembró la primavera...» «El trono á que os encumbra la...» «Está hecho con almas de leales...» Y luego, ¡cómo caían las telas impregnadas de la humedad de la mañana! ¡qué alfombra tan rota la que estaba tendida en el suelo! ¡qué cortinajes tan marchitos los que flotaban en dos ó tres ventanas! ¡qué aspecto de trasnochados tenían los pobres que hacían la recepción! ¡qué viejos y qué chafados estaban sus trajes!

La que los periódicos llamaron entrada triunfal á Ve-

racruz me pareció la burla más grande de la dignidad real y del indecente que la inventó. Figuraos una columna de sesenta á ochenta personajillos negruzcos, otra de muchachos comentando el caso y riéndose á mandíbula batiente, y una murga desentonada haciéndose rajas tras de nosotros, y tendréis idea de aquel cortejo que fluctuaba entre convite de toros y recepción de jefe político. ¿Señoras? Ni para remedio las había; todas se excusaron de presentarse ó ni siquiera dieron excusas.

—¿Así reciben en vuestra tierra á los Emperadores? No han de gastar mucho dinero ni mucho entusiasmo en ello...

—Señora, es que tan temprano...

—Tarde hubiera sido peor...

Y como notara temblorosa la voz de la Emperatriz, volví el rostro para fijarme en el suyo y ví que se mordía los labios mientras me miraba con sus hermosos ojos inundados de lágrimas.

Poco después llegábamos á Puerta Merced, donde tomamos los trenes del ferrocarril.

Nos desayunamos en la Soledad y seguimos en el tren hasta Loma Alta, donde terminaba el mayor camino de fierro que se conocía en la República.

La primera desilusión en el país la sufrió Maximiliano al ver tendidos á uno y otro lado de la vía destacamentos armados hasta los dientes: pasarían de seis mil

hombres los que estaban escalonados en ese corto trayecto.

—¿Qué significa, dijo S. M. á Almonte, esa cantidad tan grande de tropas?

—Sire, son las destinadas á hacer los honores debidos á Vuestra Majestad.

—Bien está; pero no había para qué vinieran tantas gentes...

—Oid cuán entusiastas gritan esos charros de chaqueta de gamuza: «¡Viva el Emperador!..» Es la natural correspondencia del «Vive l'Empereur!..» que nos recibirá en aquella tienda de campaña en que vemos unos cuantos uniformes rojos...

—Mas están extendidas estas tropas de manera que corresponda un soldado á cada centímetro del camino.

—¡Oh, sire, no exageréis! sólo en los lugares peligrosos hay tropa...

—Lo que quiere decir que hay peligro... Lo que quiere decir que el peligro está por lo menos á cada media milla... ¿No me hablabais de la destrucción de las bandas? ¿No me decíais que no quedaban en el país más que amigos del imperio?

—¡Oh, Sire!...

—¿No me asegurabais que mi tránsito por el territorio sería una continuada ovación?

—V. M. se convencerá más adelante...

Quien oyó estas cosas me refiere que Pamuceno se mos-

tró afligido, mientras que Maximiliano se puso á reflexionar en lo que veía.



El general Woll

A interrumpirlos llegó Velázquez que llevaba un papel en la mano:

—¡Victoria... victoria!... ¡México por S. M. don Maximiliano I! Leed el telegrama que me envía Arango y Escandón. «Son las diez de la noche y toda la gente de orden recorre las calles vitoreando el feliz arribo de Sus Majestades el Emperador y la Emperatriz; y desde aquí saluda con todo el entusiasmo que cabe en pechos agradecidos á los augustos soberanos con que la Providencia divina acaba de dotar á esta nación, antes tan infortuna-

da, pero que en este momento olvida todas sus penas y promete á los Emperadores aquello sin lo cual no pueden existir los imperios, su fidelidad y su amor inalterables.»

—Bien parlado, exclamó Woll.

—Y exacto, dijo Almonte.

Al llegar á Loma Alta, mientras se despedían las autoridades de Veracruz, y presentaban con el Emperador al Licenciado Chimalpopoca, Almonte me llamó aparte y antes de subir á los coches me dijo:

—Saludo á la nueva dama de honor, y celebro el que me toca de ser quien le entregue su nombramiento.

—¡Cuán buena es S. M. la Emperatriz, repuse, con acordarse de mí! Me honra tanto ese nombramiento, que no puedo menos de sentirme confundida...

—Y más lo agradecerá usted cuando sepa quiénes son sus colegas: mi esposa; Lupe Cervantes de Morán, marquesa de Vivanco; Tula Enríquez, condesa del Valle, y Pepa Aguirre, la mujer de Nacho Aguilar, nuestro ministro cerca de la Santa Sede, acompañarán á usted en la dulce tarea de servir á la más graciosa de las soberanas.

—Y por supuesto, General, que el Emperador se habrá acordado de los distinguidos servicios de usted...

—S. M. ha sido tan bueno, que desde ayer, antes de desembarcar, se sirvió nombrarme gran Mariscal del Imperio y Ministro de la Casa Imperial.

—Hermosos títulos en verdad; pero temo que vayan

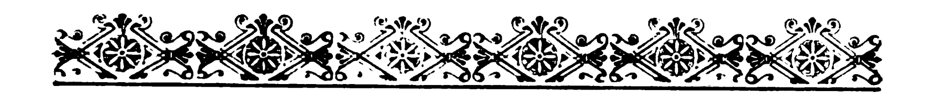
á alejarle de la política del imperio, que tan bien conoce usted.

Sin traicionar su emoción más que en la voz, Almonte me dijo:

—En efecto, la conozco un poco; pero más conoce S. M. mis pobres aptitudes y sin duda cree que le puedo servir mejor en esto que en otra cosa... Yo estoy bien donde S. M. me coloque... Pero vamos á lo que quería comunicarle: deseo, y de ello está advertida S. M. la Emperatriz, que marche usted á México para vigilar los preparativos de recepción... Ya ve usted lo que aquí nos acaba de pasar; sería de temer que otro tanto aconteciera allá... Necesitamos, pues, una persona inteligente y activa que arregle y distribuya todo... En este pliego van las instrucciones para usted y carta blanca para los gastos...

Ese mismo día, en una de las rojas diligencias de Casimiro del Collado, que pasó á poco, marché para México, adonde llegué después de tres días.





SEGUNDA PARTE

CAPITULO PRIMERO

Preparativos de recepción

No estaba de incógnito; pero tampoco tenía por qué pregonar mi presencia. Tenía sus peligros ir á un hotel (que de seguro frecuentaban oficiales franceses), ocurrir á uno de mis parientes (que aunque me verían llegar como un don del cielo tan pronto como comprobara mi calidad de dama de honor de la Emperatriz, también me llenarían de compromisos) ó alquilar una habitación aislada, pues no tardarían las gentes en formar catálogos sobre si hice ó no hice, con lo cual perdería toda libertad y quizás me malquistaría con los Emperadores. Me pareció que lo más cuerdo sería buscar una vivienda chica, modesta y barata, que me sirviera

para morar en ella, si había necesidad, y que tuviera el carácter de posada ó apeadero, si la Señora me llevaba á vivir al palacio. Acordéme en seguida de mi casa de la calle de Vergara, grandona, sombría, casi oculta y con habitaciones aceptables, y allá me dirigí segura de que la portera, doña Matiana Alvear de Pulido, haría los imposibles por conseguirme cuarto, pues estaba segura de que de veras me tenía ley.

—No hay, señorita, no hay; no hay ni dónde poner un pie. La vivienda alta, que era la de los Hernández, está ocupada ahora por la familia Pérez Brincos, que se trasladó desde San Miguel de Allende hace unos dos años. El pobre Hernández murió, y sus hijas, las dos güeritas de chongo y castaña que usted conoció, están ahora en ese teatro que le llamábamos de Iturbide y que los franceses le dicen de *l'armée*... La habitación de los Gómez está sin techos, porque se cayeron dos cuartos y hubo necesidad de derribar todo el envigado; ahora ni quién piense en reponer lo que falta, pues no se consiguen albañiles ni por un ojo de la cara... Las piezas que usted ocupaba las tiene ahora el padrecito italiano; las que alquilaba el licenciado Caballero de los Olivos están en poder de los oficiales franceses, pues el maldito viejo cascarrabias prefirió dejar la vivienda más bien que soportar las pocas molestias que dan los alojados... Hizo mal, pues con poner en el cuarto de cada uno cama, ropa limpia, palangana de cristal, es

pejo, peines, cepillo y toallas; con proporcionarles caballeriza para los caballos y habitación para los asistentes; con darles de comer casi todos los días y de cenar todas las noches; con prestarles cortas cantidades, que han menester si se atrasan las pagas; con poner á su disposición un criado ó criada que les abra el zaguán por si vienen á media noche y con prestarles de cuando en cuando algunos otros servicios pequeños, todo queda arreglado... Cierto que á veces los alojados maltratan á la servidumbre, rompen los muebles ó la vajilla y hasta se llevan prendas de ropa; pero los criados son tan torpes y suelen valer tan poco las cosas que cogen ó destruyen los franceses... En cambio, hija, ¡qué buen humor tienen! ¡cómo cantan, cómo gritan, cómo se alegran, sobre todo, después de comer y cenar!... Y hay de todo; nada menos el señor vizconde, que vive allí enfrente, es un encanto... No me trata más que de *ma concierge,* y con *concierge* por aquí, *concierge* por allá, vivimos ampliamente y yo llena de buenas propinas...

Pero la charla de la dichosa *concierge* me estaba haciendo perder un tiempo precioso y tenía que buscar algo si acaso no era fácil arreglarlo por allí.

—No coma ansias, niña, que si no es aquí, no habrá dónde se meta... Con perdón de usted, hasta el pico de una estaca se le ha de dificultar; créame á mí... Usted déjeme aquí sus baúles, vaya á arreglar sus negocios, que ya me

figuro lo atareada que ha de andar; véngase á la noche y habrá casa, se lo aseguro, habrá casa... Hoy á las doce se cumple el plazo que convinimos un hacendado del interior y yo para el arrendamiento de la vivienda alta que da á la calle; él mandó ya un carro cargado con maíz, frijol, papas, garbanzo y hasta carbón y leña; pero donde no venga á las doce, todo se malogra, y las dos onzas que dejó de arras se pierden sin remedio. Fiada en la palabra de doña Matiana, salí á la calle á averiguar algo que me importaba mucho, y era la residencia de los socios ó apoderados de Jecker, ó del mismo banquero si acaso estaba en México. En efecto, mi cuñado vivía en la ciudad, pues quería que su negocio quedara despachado entre los primeros que el Emperador conociera. Como él decía:

—Su Majestad está al tanto de todas las pilladas que me han hecho; conoce como nadie el origen y las circunstancias del crédito; mi expediente está como un cabello; no hay, pues, más que resolverlo. Una semana para que el Emperador reciba á las diputaciones y delegaciones de todas partes; dos días para que llegue á su mesa el mamotreto; dos días para que lo revise; dos para que dé su acuerdo al Ministro de Hacienda; uno para que me comuniquen lo resuelto y una semana para que me entreguen los monises. Como quiera, á fines de Junio tengo en mi bolsillo las letras ó el dinero que me den... Los primeros días de Julio para pagar lo que te debo, satisfacer algu-



— Hoy á las doce se cumple el plazo que convinimos...

THE NEW YORK
PUBLIC LIBRARY

ASTOR, LENOX
TILDEN FOUNDATIONS

nos picos, entregar el importe de las comisioncillas que he prometido, y el cuatro puedo tomar la diligencia de Veracruz y el diez el vapor que va á Europa... Supongo que verías al duque... ¿Te dijo algo?

— No más me aseguró de que todo estaba á punto y de



que luego que llegara Maximiliano recibiríamos esos cuartos.

— Bien, pues salgamos por aquí, que quiero presentarte con la escogida concurrencia que llena ahora mi despacho.

El despacho era la gran sala de la casona más churrigueresca que había entonces en la calle de Capuchinas, y

estaban allí un eclesiástico de anteojos obscuros, un viejo gordo con respetable barba blanca, dos insignificantes vestidos de negro y un oficial francés como de sesenta años.

—Mi cuñada, la señora viuda de Jecker, dama de la Emperatriz... El señor regidor don José Frauenfeld, el señor Doctor, Deán don Manuel Moreno y Jove... el señor don José Rafael Castro, periodista muy distinguido... el señor don Fernando de Mangino y Larrea... El señor coronel Villard...

Si hubiera dicho Jecker que yo era un ángel, un demonio, un muerto ó un santo que habían dejado los otros mundos para venir á charlar de negocios á aquella casa, no habría causado tanto asombro mi presencia allí.

—¿Conque dama de la Emperatriz? Que sea por muchos años, señora... Ya sabíamos que usted estaba en Miramar al lado de las augustas personas; pero ignorábamos que hubiese venido con ellas.

—Tendrá usted noticia de las recepciones en todos los pueblos del tránsito.

—Nada sé, nada sé; precisamente deseaba informarme...

—Pues en todas partes, dijo el deán, entusiasmo, animación, placer, gloria y encanto... Sus Majestades mezclándose con el pueblo, el pueblo aclamando á sus soberanos, los demagogos llenos de vergüenza y la regeneración del país caminando á gran prisa.

—No hubo más que un incidente penoso: la volcadura del carruaje cerca de Córdova, observó Frauenfeld.

—Y la pierna rota del coronel Brincourt.

—Y el chaparrón que sufrieron Sus Majestades.

—Eso no importa: las inclemencias del tiempo las soportan los soberanos con la sonrisa en los labios; nada les aflige, nada les molesta, por todo hacen buena cara, exclamó Mangino.

—Son unos ángeles, dijo Castro, con fruición.

—Y aquí ¿están listos los preparativos?

—Todo arreglado, todo perfecto... S. A. el Regente nombró desde principios de Abril las comisiones que eran menester para que todo marchara como un reloj: comisiones de compostura de calles y paseos; de orquesta y músicas militares; de adorno de la catedral; de arreglo de la tribuna para los jefes, ministros y empleados del ejército francés; de tribuna de señoras; de colocación de autoridades, de fuegos artificiales, de función de teatro, de arreglo del baile, de poesías, de iluminación, de disposición de la hacienda de la Teja, de la mesa de palacio y de señoras para levantar un arco de flores...

—Oigo hablar de un número en la hacienda de la Teja y creo que se quedará sin realización... Azcárate sabe bien que las órdenes son ahora diversas y creo, por consecuencia, que mucho se pospondrá para época mejor.

—¿Acaso hay variación de itinerario? preguntó Castro pedantescamente.

—Sus Majestades entran por Guadalupe, descansan allí y salen en seguida para México.

—¡Dios mío, qué desgracia! Los arcos casi levantados, la dificultad de mudar de sitio los grandes armatostes, y el pueblo, que ya conoce el programa y está confiado en él...

—Con las lluvias diarias no vamos á disponer de tiempo para nada.

—Se le quita á la fiesta las tres cuartas partes de su importancia.

—Se desluce todo.

—No sé quién aconsejaría esa medida tan descabellada.

—¡Alto ahí! gritó Moreno y Jove, interviniendo. Ni se desluce nada, porque sobra tiempo para que se hagan nuevos arreglos, ni aunque se desluciera valdría la pena de preocuparse de ello, pues á nuestros amados Reyes nada les disgusta tanto como el fausto... Y luego, qué, ¿no comprenden la causa de esa aparente desviación? El objeto es saludar á la Patrona de los mexicanos, poner á sus pies la corona imperial, darle gracias por la feliz llegada y rogarle que les siga impartiendo su ayuda... Por esa consideración ¿no valía la pena de retardar, trastornar, deslucir y perder una fiesta?

No hubo quien no se manifestara conforme con el señor deán, conviniendo en que valía la pena echar á perder cualesquiera preparativos, á condición de que Sus Majestades empezaran por rendir acatamiento al santuario insigne en que se guarda la imagen de la patrona de México.

— Pues crea usted que no lo habíamos pensado.

— Con toda franqueza; no se nos había ocurrido.

— Es una gran idea.

— Pues qué, ¿se imaginaban acaso que Fernando y Carlota eran algunos *pepenacohetes*, de esos liberalescos que por tanto tiempo han dado la ley? Ellos saben bien que el pueblo adora á la Virgen indita, saben que nada cuadra tanto á la real majestad como el amor al Dios de las alturas, y saben, por último, que nunca es el hombre más grande que cuando inclina la cabeza para acatar al soberano Autor de todas las cosas.

Así habló el señor capitular; pero Jecker, que no entendía mucho de teologías, encontró manera de sacar á los circunstantes de la suspensión y el arrobamiento en que se encontraban, refiriendo lo que atañía á la parte financiera de la fiesta.

— Figúrese usted, señor canónigo, que se han gastado diez y seis mil pesos en el adorno de un solo arco... La compostura de la catedral ha importado siete mil; cinco el arreglo de la casa en que Sus Majestades descansarán dos ó tres horas en la villa; cincuenta sacos de pesos el de-

jar listo el Palacio, y más de cien mil duros todos los preparativos de la entrada.

— Con razón la República se ha despoblado, afirmó Castro.

— El imperio dirá usted, señor periodista, recalcó Mangino.

— ¡Ya lo creo! exclamó el deán; como que no hay plazuela, recodo, callejón con salida á alguna calle de las de la carrera, ni pasadizo algo capaz, que no estén llenos de tablados.

— En las azoteas se han formado palcos.

— Los balcones situados en las calles del tránsito de la comitiva, valen cincuenta y cien pesos.

— Dos onzas he visto ofrecer por uno en la calle del Puente de la Mariscala.

— Y yo presencié ayer cómo se alquiló una ventana baja, enrejada, en ochenta del águila.

— Una puerta de la calle de San Francisco vale ahora mil á dos mil duros.

— Familias ha habido que saquen el importe del arrendamiento de su casa en un año, sólo con alquilar sus balcones.

— Lo que va á estar lucido es el paseo de carruajes.

— Y la cabalgata de charros.

— Y la iluminación.

— Y los vítores.

— Todo, todo será de chuparse los dedos.

Se despidieron los tertulianos con las ceremonias del tiempo.

— ¿Usted es servido de ir á tomar la sopa?

— La tomaremos arriba, que está más cerca.

— Gracias.

— De veritas.

— Otro día; hoy me esperan por casa.

— Pues que se le vuelva á usted enjundia.

— Que aproveche.

— Hasta la tarde.

— Mis respetos á la señora.

— Padre, hoy le daré una zurra...

— ¡Qué me va á dar usted, hombre; si no he visto tresillista más chambón!

— Ya verá usted.

— Adiós, señor Jecker...

— *Au revoir, mon colonel.*

— A los pies de usted, señora.

Había quedado Villard en el despacho; pero Juan Bautista le pidió permiso para hablarme aparte y me dijo en secreto:

— He pensado en ti para que seas quien presente á Sus Majestades una exposición de las señoras mexicanas... Una exposición en que le piden á la Emperatriz que proteja la religión católica.

— Yo no presento eso.

— Lo presentas ó te ves en la precisión de afrontar un disgusto... Es una inocentada, una tontería sin importancia... Eso sí, un español que albea: es obra de don Alejandro Arango.

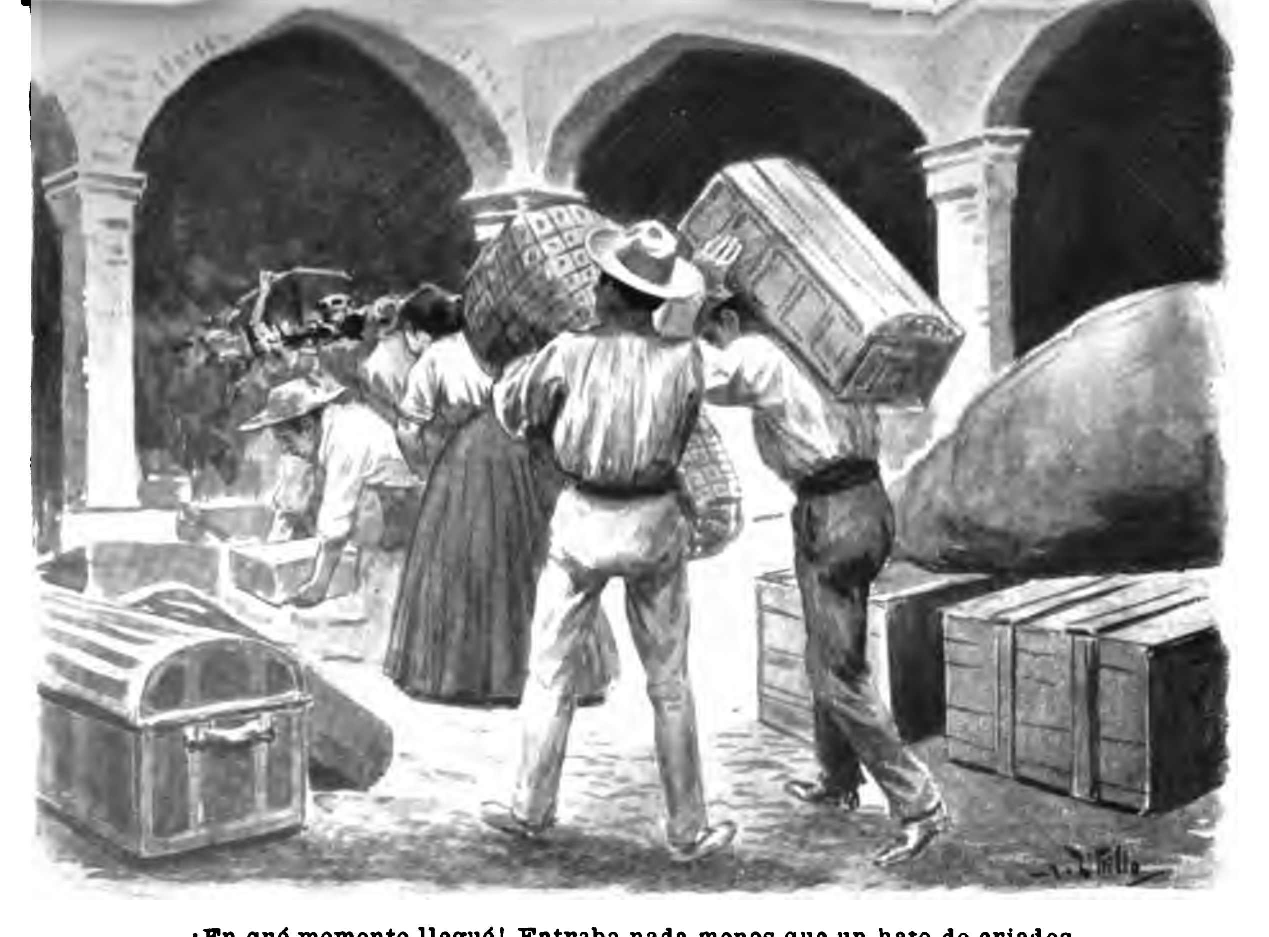
— Lo que entenderá la Emperatriz de perfiles de estilo... Me parece que lo va á tomar por donde debe tomarlo: figurándose que les quieren forzar para que acepten muchísimas cosas que maldito lo que les gustan.

— Así será, pero tú no des tu brazo á torcer... Al fin que tú ya eres conocida de los Emperadores y no han de creer que has hecho ni aconsejado esa tontería.

— Pues si crees que no se siga daño á la casa y que no lo tomen á mal los Emperadores...

— Te respondo de todo.

Almorcé en compañía de Juan Bautista — gran mesa, gran servicio, gran cocina — y á las cinco volví á Vergara á saber cómo caminaba el negocio importantísimo de mi alojamiento. ¡En qué momento llegué! Entraba nada menos que un hato de criados, caballerangos, mozos de espuela, chichiguas, galopinas, cocineras, pinches, pilmamas, cocheros y carreros que descargaban el equipaje del viejo don Alonso Colmenares, propietario de una hacienda del Bajío, entre León y Silao. *Mme. Pulidó,* apenas pudo hacerme caso; pero cuando dejaron de meter sillas de



—¡En qué momento llegué! Entraba nada menos que un hato de criados ..

THE NEW YORK
PUBLIC LIBRARY

ASTOR, LENOX
TILDEN FOUNDATIONS

montar, baúles, petacas, almofrejes, colchones y maletas, se me acercó para decirme:

—No tenga cuidado, que aunque la familia llegó á tiempo, ¡qué tanteada! ya tengo en dónde ponerla... No me pregunte nada, que nada le puedo decir todavía... Todo depende de usted.

Al fin se desocupó la atareadísima dueña y entró á darme conversación al aposento cercano á su portería, aposento que con su cama de rodapié de gancho, su ropero de madera fina, su sofá de cerda y su imagen del santo niño de Atocha, iluminada por una lamparilla de mariposa, no parecía tan pobre ni tan humilde como habría convenido á una portera.

—Siéntese, mi alma, que no pueden tardar; á las siete en punto comen y cuente con que entran aquí á tomar sus llaves... Ya verá qué gentes tan principales.

No sabía quiénes fueran las tales gentes; pero como si la portera lo hubiera dispuesto, acabando de decirlo, tocaron á la puerta y aparecieron dos sujetos, dos sacerdotes que se me figuraron los más curiosos personajes que hubiera visto en mi vida. Era el uno alto y de buen porte, lo que se llama en todo el mundo un hombre guapo. La procedencia italiana se le conocía á legua, pues solamente esa raza escogida podía producir un ejemplar que resultara bello y altanero, á pesar de la cara rapada y de las ropas negras. El otro era un viejecillo moreno, arrugado, con

los ojos dolientes de quien pide misericordia, y la ropa desgarrada de quien pide limosna.

Zanetti, así se llamaba el mozo, se inclinó ante mí con la sonrisa meliflua de un *abbatino* italiano criado en lo más exquisito de la corte pontificia; Robles, como se apellidaba el viejo, me vió con cara entre llorosa y compungida.



—¿El señor vizconde?

—No ha venido todavía, padrecito.

—Le esperamos... le esperamos... Siéntese usted, señor Robles... Vuestro bello idioma, me dijo, tiene la dificultad de las cosas fáciles: se parece tanto á mi caro italiano, que á menudo confundo uno y otro y hago con los dos unas horribles ensaladas... ¿Y es mexicana la señora?

—Sí, padre, mexicana soy, aunque faltaba del país hacía algún tiempo.

—Ya lo decía, *¡sangue de la Madonna!* ya lo decía... Tiene usted el aspecto de francesa, de española, de no sé

qué, pero no de mexicana... Tanta hermosura no es de esta tierra... Se parece usted grandemente á Su Majestad la Emperatriz de los franceses...

— Ya había oído decir lo mismo á algunos amigos...

— ¡Pero si es notable la semejanza!... la cara, los ojos, el perfil, la frente; sobre todo, el perfil...

Robles se había quedado extático. ¿Sería cierto que un sacerdote decía florecillas á las damas? ¿Sería cierto que él oía aquello sin escandalizarse ni protestar? ¿Qué le pasaba, qué era lo que le pasaba que no se ponía á vociferar espantado?—Pero las ganas de armar escándalo se le han de haber pasado pronto, pues sólo se limitó á vernos con ojos de espanto y de reproche, con ojos de quien oye decir las más horribles blasfemias.

— Somos dos pretendientes, señora, y estamos aquí de paso... Yo quise, ¡qué diablo! conocer el nuevo mundo, saber cómo era la América, y me vine á los Estados Unidos... Me pasé dos años entre los mineros de la California, cinco con los pieles rojas, uno con los sioux y tres con los apaches... Lo demás del tiempo estuve en New-York, en Washington!... ¡Qué país aquél, señora! eso es libertad, riqueza, trabajo y bienestar... Pude haber traído mucho dinero; pero preferí llegar sólo con un montón de papeles... Me los compraba el Instituto Smithsoniano; me hacía proposiciones el *Herald;* pero yo preferí... *per Dío,* ofrecerlos á México por si Su Majestad quería adquirirlos... La sangre tira,

y más bien que dejar allá estos documentos que contienen cosas necesarias para México, prefiero traerlos aquí donde serán apreciados... Diez ó doce mil duros de diferencia entre lo que paguen México y los Estados Unidos, no dirá nada para mi propósito .. En cuanto á este señor, el reverendo padre Robles, es un franciscano exclaustrado que ha descubierto nada menos que la manera de leer los jeroglíficos mexicanos... La disertación apologética que ha escrito es un primor, un verdadero primor... Figúrese usted que sostiene que todos cuantos han estudiado asuntos de México, son unos grandísimos babiecas, que han creído hallar en los tales jeroglíficos alusiones á la historia doméstica de las tribus mexicanas: el Padre prueba que no hay tal y que en las pinturas indias está toda, todita la historia sagrada, desde la caída de Adán hasta la caída de Pío IX...

El padrito rió de buena gana y me dijo todo encogido:

—No le crea usted á Zanetti; es de lo más cuajante.

—¡Cuajante! gritó el otro enardecido con la réplica: ¿de manera que no es usted quien dice que el pecado de nuestros primeros padres, el paraíso terrenal con la serpiente, el diluvio universal y su paloma, Abraham y su evocación, Lot y sus hijas, están representados en ese mamarracho que según usted se llama lienzo de Tlaxcala ó no sé cómo?

— ¡Cállese usted, hombre, y no disparate!

— ¡Qué me voy á callar! si la señora tiene que saber quién es usted y los proyectos que acaricia: mi amigo Robles, señora (y se lo digo á usted para que lo comunique á los Emperadores, ya que tiene ó va á tener tanto metimiento en la casa imperial), mi amigo Robles, amén de ser un arqueólogo que deja tamañitos á Ramírez, á Orozco, á Chimalpopoca y á cuantos aficionados hay ahora; y á Boturini, Clavijero, Veytia y demás doctores que antes hubo, es un político y un cosmógrafo *di primissimo cartello*, que tiene entre manos varias empresas que no por ser llanas dejan de darle mucho que hacer: trata de arruinar el sistema de Copérnico y de hacer ver que el señor de Tolomeo fué quien dió en el clavo en estas cosas del gobierno de nuestro planeta; procura destruir los ferrocarriles y alcanzar que las locomotoras se sustituyan por burritos; quiere acabar con las máquinas de hilar y tejer y con los artefactos de hierro, madera, plata ú oro que vengan del extranjero y que no sean fabricados con materiales del país; y se propone, en fin, echar á los bárbaros que vienen de fuera porque está convencido de que para bárbaros basta con los que hay aquí y que los de extranjis no traen sino atraso, vergüenza y desmoralización.

El Padre permanecía callado, como sin escuchar lo que decía el verboso Zanetti, que ó no tenía tal dificultad en hablar el español ó se inspiraba en las cosas que refería.

—Pero, manifesté tímidamente, ¿cómo hará el Padre para conseguir que no vengan cosas de fuera? Porque mire usted que llevar por todo traje un taparrabo de hojas de plátano, y por único tocado un montón de plumas de guacamaya, es cosa que no sé cómo podría conseguirse... y más ahora que tenemos corte.

—Eso mismo, respondió Zanetti con una seriedad que de puro cómica daba más risa, eso mismo le he dicho; pero el Padre no se da á partido: contesta que cortes tuvieron Netzahualcoyotl, Moctezuma y aun Huitzilihuitl, y sin embargo, para nada necesitaron de franceses ni de americanos; lo más á que se allana mi amigo es á que se siga hablando en español mientras se extiende el náhuatl, y á que tengamos algo de la civilización española, por ejemplo, la que había el treinta y uno de Diciembre de mil setecientos, pues de entonces acá cuanto ha resultado en la misma España es picardía, ateísmo é inmoralidad... En fin, el Padre trata de conseguir dos cosas que traerán el triunfo de su sistema: que se acaben, arruinen y destruyan los Estados Unidos, y que se amengüe, y si es posible se extinga, el protestantismo en todo el mundo.

—Pues no hay duda, expuse, que todo eso conseguirá publicando las obras que está escribiendo y que le darán tanta fama como dinero...

—Ni fama ni dinero, dijo el fraile dejando de sobar



Algo más dijo Zanetti, cuando en eso entró...

THE NEW YORK
PUBLIC LIBRARY

ASTOR, LENOX
TILDEN FOUNDATIONS

las cuentas de su chamándula... Fuchi con esas inmundicias...

Entonces pude contemplar á mi sabor al padre Robles. Era bajito, trigueño, humilde y pobre; vestía una capa verde, remendada, con flequillos en los vuelos. y una sotana vieja, raída y sin botones; el alzacuello era mugroso y estaba arrugado por el frotamiento continuo de una barba de quince días. No habló más, nada más dijo y se limitó á pasar con mayor prisa las cuentas de su rosario.



Doña Matiana entró en eso con un candelero de azófar con su correspondiente velón de sebo que á cada rato formaba un moco negro y apestoso que se amputaba con unas despabiladeras yacentes en una charola de metal amarillo. Algo más dijo Zanetti, cuando en eso entró á la portería un hombre, el más galán y apuesto que yo hubiera visto nunca. Figuraos lo que sería para el príncipe Rodolfo topar con *Flor de María* en el más horrible de los cuchitriles de París, y tendréis idea de lo que yo sentí en

aquel rato inolvidable. La falta de saliva en la boca, el sudor frío, el desmazalamiento de todos los miembros y, sobre todo, el tintineo de oídos que equivalía al sonar de muchísimas campanitas que me anunciaran la proximidad del amado, cosas que había sentido otras veces, aunque nunca tan intensas como en ésta, me acometieron de manera de no poder contestar al saludo ceremonioso que hizo el recién llegado. Mientras no se sentó le ví rodeado de una como aureola que partiéndole de la cabeza le cubría todo el cuerpo á manera de crin inmensa, vaporosa y rubia.

Se sentó el sujeto extraordinario en una silla de paja de las del recibimiento, y cuando oí un tintineo de cadenillas alcé el rostro para ver el de mi interlocutor. Era blanco y rubio, con una graciosa barbilla que tapaba el collarín del uniforme, que parecía de húsar francés.

— La señora, señor vizconde, es Mme. Jecker, condesa de Miravalles... el señor es el vizconde de Lapierre, compañero mío de hospedaje y de trabajos.

Tras esta presentación, el vizconde me habló con galantería exquisita, con galantería de hombre á un tiempo corrido y discreto, superior, y que sabía bajarse al nivel de los demás; sabedor de mi vida y de la de todos y dueño de una *mundología* tan completa y tan fina que no había más que pedir.

— Sí, señora, la conocía á usted, la conocía de fama y

de nombre. ¿Quién que haya estado en México, aunque sea poco tiempo, ignora que la bella Josefina Ubiarco ha sido una de las *lionas* de la moda, la heredera más linda y más rica y la dama más discreta y más desgraciada de México?

Tomé aquello como una galantería, pero á poco continuó Lapierre en el mismo tono:

— Mucho tiene que agradecerle á usted la causa de la intervención; usted fué quien marchó á Europa al arreglo de las dificultades pendientes; usted quien mediante pláticas con el Emperador y su esposa consiguió atraerles á sus ideas; usted, en fin, quien conquistó el ánimo del duque de Morny.

Asombrada me quedé de que alguien conociera tan bien esos asuntos, y Lapierre siguió refiriéndome pormenores de mi vida que sólo yo me imaginaba conocer.

— ¿Pero cómo sabe usted todo eso? ¿Es brujo, es zahorí, es adivino, tiene pacto con el diablo?

— Como se sabe todo cuando se tienen muchos amigos y mediana memoria...

— Pero con eso no basta; usted me refiere cosas que... vamos, no las sabe ninguna amiga mía.

— Me quitaré el disfraz de hechicero; aparte de mis buenas relaciones y de mi buena memoria, hay otro factor muy importante y que me ha ayudado para cuanto he querido y no he querido saber de usted: pertenecí al Esta-

do Mayor del general Prim, y entonces la ví en compañía de la condesa; tomé informes acerca de quién era la bellísima mujer que acompañaba á la generala, y supe la historia y las desgracias de usted... Usted no me recuerda, como no recuerda la estrella al gusanillo que ha permanecido noches y más noches extasiado viendo brillar al ser celestial, delicia de los mundos...

Me reí porque no encontré otra manera de ocultar mi emoción, y dije tartamudeando:

—¡Qué lisonjero... y qué... bien hablado!...

—¡Lisonjero! Como si pudiera dirigir lisonjas la piedrecilla caída al pie del Mont Blanc, al gigante inmenso que no sabrá nunca que existe ese insignificante admirador de su grandeza...

—Viene usted con humor de hipérboles, dije temblorosa.

La vela de sebo iba en menguante y los Padres habían salido sin que les sintiéramos; la habitación estaba casi á obscuras.

—¡Hipérboles, Dios mío! ¿qué hipérboles son menester para alabar ese talle, y esa tez, y esos ojos, y ese pelo, y esa boca, y ese cuerpo, y esos pies, y toda usted?

Sentí que estaba pálida, pálida como una muerta; y apenas pude exclamar, buscando nuevo giro á la conversación:

—¡He padecido tanto!



—Debo de haberle visto con expresión de éxtasis...

THE NEW YORK
PUBLIC LIBRARY

ASTOR, LENOX
TILDEN FOUNDATIONS

— Ha padecido usted porque nunca ha sido amada... Quien se siente querido, siempre es dichoso... La felicidad consiste en amar y en que nos amen...

Como si hubiera dicho Lapierre cosas arcanas y que jamás hubiera llegado á saber, le ví asombrada y llena de gozo; mas no quería mostrar mi verdadero sentir y exclamé como desengañada:

— Amar... ya es tarde... Para amar se necesita haber sufrido menos desengaños de los que he sufrido yo... Busco no más un amigo, un amigo leal, abnegado y discreto que me quiera pura y noblemente, con afecto desinteresado y tranquilo... Siento que rebosa en mi alma el cariño; pero no para quien me mienta afecto, sino para quien busque en mí... un alma... gemela... un alma... hermana, dije recurriendo á un figurón cursi y rebuscado de que me había reído siempre.

El vizconde permaneció callado un poco y luego, poniéndose en pie, me dijo con brío:

— ¿Y no será excesiva presunción de mi parte, querer ser esa alma gemela de la suya, querer ser ese... ese doble de su personalidad?

Debo de haberle visto con expresión de éxtasis, porque él me cogió una mano y me la cubrió de besos.

En ese instante entró la portera que gritó jacarandosa:

—Por fin, ¿qué han arreglado?

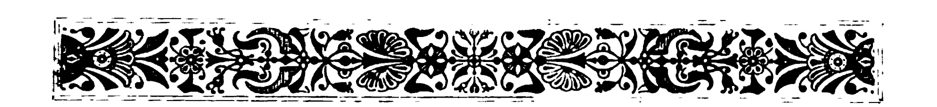
— Que le dejo á la señora mis habitaciones.

— ¿Y usted?

— Me marcho con Zanetti, con el ordenanza, con cualquiera.

Y esa noche dormí en el cuarto que había habitado mi pobrecita Eugenia, para levantarme al día siguiente á ver alcaldes y regidores, señoras y floristas, poetas y generales, y para activarlo todo de manera que los del cortejo se lo encontraran ya listo y arreglado.





CAPÍTULO II

La entrada

LLEGUÉ á Guadalupe á las nueve en punto, y poco después de mí se presentaron los tres obispos, Labastida, Munguía y Covarrubias; iban en un coche que por lo charolado y elegante denunciaba que apenas había salido de la fábrica. Poco después fueron llegando muchísimas gentes luciendo trajes charros. Allá desaparecieron entre nubes de polvo los alamares de las chaquetas, las botonaduras de los pantalones, el oro de los sombreros y los colores de las tilmas. Una sección de artillería mexicana se colocó á la izquierda de la iglesia; seis compañías de zuavos entraron al templo y permanecieron toda la mañana en posición de descansar las armas...

Al fin desembocaron dos coches en la plaza de la Villa;

uno era de Escandón y otro de Lizardi; iban tirados por ocho caballos cada uno y llevaban cocheros y lacayos de librea; dentro estaban doña Carlota Escandón, doña Paz Elguero, doña Ignacia Morán y doña Leocadia Molinos de Arango.

Saludé á las señoras, y tras de sentarme en el primer coche partimos para los llanos de Aragón. Ya estaban allí como doscientos carruajes, casi todos flamantes, casi todos tirados por lindos caballos y casi todos ocupados por bellísimas criaturas. Claro es que no faltaban ni las carracas que arrojaban hierros, madera y polilla á cada movimiento, ni las viejas finchadas que, á pesar de tener una pata en la sepultura, pretendían echársela de pollas, ni los jamelgos tristes y llenos de lacras que tiraran de los coches con todo dolor de sus huesos; pero en general, carruajes, caballos y mujeres valían la pena y no hacían mala figura.

No sé quién dijo, pero me parece que fué un viajero francés, que mientras en todas partes las gentes gradúan sus necesidades, y después de comer bien determinan vestirse como figurines; luego mandan amueblar la casa; después compran habitación; y sólo cuando el dinero sobra adquieren coche, aquí pasa todo lo contrario: primero se compra coche; luego se adquieren muebles finos para que las visitas se pasmen de la importancia del dueño de la casa; después se sacan á crédito trajes y sombreros y al

fin, si el dinero sobra, se gasta en viandas para comer y en camas y colchones para dormir.

Ese día me convencí de cuánta razón tuvo el que tal dijo: gentes que vivían en cuartuchos de vecindad; familias de empleadillos de á ochenta pesos; sujetos que en la mesa no pasaban de los consabidos sota, caballo y rey, ese día andaban suponiendo y dándose un pisto que ni el gran Mariscal de la Corte.



Mas ¡qué riqueza en los trajes, qué distinción en los tocados, qué gracia tan soberana con la que manejaban el abanico y se cubrían con la sombrilla aquellas mexicanas, tan distintas de las ayancadas de ahora, como el agua del aceite!

Buen rato teníamos de haber llegado cuando vimos una polvareda que avanzaba por el rumbo del Peñón, y á poco notamos los negros barboquejos, los gorros de piel, los

cordones de oro, los sables relucientes y los caballos sudosos de los húsares franceses.

— ¡Ya vienen, ya vienen!...

— Ahora sí son...

Pero no eran; la polvareda se calmó y como á la media hora desembocó un tropel de charros con los sombreros á lo maldito, echando caballazos y metiéndose entre la gente que les cercaba. Venían cubiertos de polvo, sonrientes y satisfechos por ser nuncios de la llegada de los esperadísimos monarcas. Permanecieron como en expectación en una pequeña eminencia situada hacia el lado de Guadalupe, y cuando apareció algo que á la cuenta estaban aguardando, vimos á don Joaquín García Icazbalceta (tres veces famoso por su vida inmaculada, por sus obras históricas y por sus obras de caridad), le vimos — parece que es este momento aquel memorable — bajar el recuesto de la loma, clavar las espuelas á su grullo, soltarle la rienda, alzarse con la mano derecha la falda del sombrero, pararse en los estribos, y al llegar cerca de los coches, gritar con entusiasmo:

— ¡Viva el Emperador!

Como si no se esperara más que aquella señal, las señoras que ocupaban los carruajes se bajaron á toda prisa y corrieron á encontrar á Sus Majestades, que avanzaban entre la polvareda dorada que levantaban las seis mulas rosillas de su carruaje. Las precauciones de Almonte y los



... corrieron á encontrar á Sus Majestades...

THE NEW YORK
PUBLIC LIBRARY

ASTOR, LENOX
TILDEN FOUNDATIONS

estudios de Mangino y de Pereda quedaron como si no hubieran sido: la fila de coches se desordenó; las damas que debían esperar de pie en lo alto de sus forlones, bajaron á toda prisa; los charros corrieron á cercar la carroza del Emperador, y durante un buen rato todo fué alboroto, bulla y confusión; no se oía sino:

—¡Viva Maximiliano!

—¡Viva Carlota!

—¡Vivan Sus Majestades!

—¡Viva nuestro Emperador!

—¡Viva Leopoldo I!

—¡Viva Francia!

—¡Viva el general Bazaine!

Yo vi, yo vi á las Vázquez, á las Domínguez, á las Frauenfeld, á las Vegas, á la Pepa Salas, á doña Anita O'Gorman, á las Villares, á Julia Campillo, á Victoria Tornel, á Concha Adalid, á Loreto Paredes y á tantas otras olvidadas hoy, pero dueñas en aquel tiempo de los cetros de la moda y de la elegancia y del linaje, con lágrimas en los ojos, con el cabello suelto, ajados los trajes, y disuelto y extendido por el rostro el colorete de las que lo usaban, gritar á voz en cuello:

—¡Viva, viva nuestro Emperador!

—¡Mírele usted qué lindo!

—¡Ay, qué güero tan primoroso!

—¡Bendito sea Dios que te trajo!

Recuerdo los nombres, pero no los diré aquí, de dos se-ñoras, una vieja y desdentada, otra guapísima y llamad[a] después á tristes destinos, que sufrieron síncopes al mira[r] al Emperador dirigir saludos á derecha é izquierda con s[u] sombrero de copa gris perla, encantado de la acogid[a] franca y cariñosa que le hacían.

Don Hilario Elguero movía las manos, gritaba, se po-nía de todos colores pidiendo silencio; mas no cesaban la[s] aclamaciones ni un solo momento. Al fin se calmó un poc[o] el estrépito, y don Luis Cuevas, con su cara de enferm[o] crónico y su mechoncillo *coup de vent,* estilo restauración empezó á leer un discurso del que no se oía ni una palabra porque á lo débil de la voz del orador se juntaban el ruid[o] de la gente y la conmoción sincera y justa de don Luis.

El Emperador, sereno pero satisfecho, empezó á habla[r] con voz muy clara: «*Mecsicanos:* la amistosa y sin igua[l] *acoquida* con que me *osequiáis...*»

En ese instante las señoras se acercaron á la carroz[a] real, y los jinetes *rasparon* sus pencos y se abrieron pas[o] entre el gentío. Don Juan Vértiz, don Antonio Echeverría Barron y Escandón, que se encontraban en primera fila desaparecieron inmediatamente y fueron sustituídos po[r] un mocito de tilma verde, por un general mexicano lleni-to de condecoraciones sacadas de su caletre y por un sa-cerdote franciscano caballero en una mula de color isabe-lino; quedaron á la vista muchos oficiales franceses, y

entre la orgía de uniformes, de cordones, de quepis y de medallas ví unos ojos que me miraban dulce, suave y amorosamente, pero al mismo tiempo con imperio, con brío y con fuerza que no les conocía. Quedéme mirándoles y conocí que me habían vencido, que eran dueños de mi albedrío por toda la vida, y lo que era más, que habían los tales ojos penetrádose del imperio que ejercían sobre mí: eran los ojos de Lapierre, que no tardaron en ocultarse entre el tropel de fisonomías indiferentes.

Cuando estaba sofocada por aquella emoción, doña Leocadia Molinos se me acercó y me dijo al oído:

—Ahora es la nuestra; á ver si nos dejan, pues tenemos que abrirnos paso. ¿Dónde estarán las demás? Allí las veo y por cierto que están sin aliento... Es claro; tanto gritar había de hacerles daño... Usted será quien entregue el escrito...

—¿Yo, señora?.. Pero si no... pero si no puedo... Figúrese usted qué iré á decir...

—Hija, ¿pero quién lo había de creer de usted? Dizque teniendo las despachaderas que le atribuye la gente, sufra usted de esos romanticismos... Claro, sí, todos tenemos que impresionarnos por la llegada de Sus Majestades; pero no tanto... Está usted como un papel, como un pan de cera... ¡Y eso que ya les conocía!

A poco volvió diciéndome:

—Carlotita será quien entregue el voto de gracias...

Puse en manos de Carlotita Escandón la carpeta de ca
rey con incrustaciones de plata y me acerqué á la cales
imperial acompañada de las otras damas. La Emperatr
me dió la mano, escuchó lo que le dijeron, y al leer el ma
nuscrito, hecho con fina letra de Palomares, nos vió d
través, frunció el ceño, se mordió los labios y exclamó e
voz alta:

—¡Cuán amables sois en traernos estas cosas!... Aq
están señalados nuestros deberes para con la religión...
podéis estar seguros de que los cumpliremos siempre qu
podamos...

Subimos de nuevo á las carretelas, y por suerte me to
la compañía de una viejecita sorda y casi ciega que hab
sido dama de honor nada menos que de la bella Anit
como llamaba á la romántica esposa de Agustín I. Cuan
los ojos se fatigaban contemplando aquel desfile de carru
jes dorados, de negros penachos, de gorrillos á la *bavol*
de sombreros charros, de machetes relucientes y de som
brillas variopintas, que parecían gigantescas flores crec
das en búcaros movedizos, sentí que *algo* se acercaba á m
coche, como siente la oveja la llegada del león que la va
devorar. No tardó Aquiles en enfilar mi carruaje, refr
nando no sin dificultad la furia del alazán dorado, inqui
to hacía buen rato por los gritos, las aclamaciones y
repiqueteo de las armas.

—Josefina, buenos días, me dijo alegremente.

— ¿Por qué me llama, pensé, por mi nombre de pila, cuando es la segunda vez que me habla en toda su vida? Le he de marcar el alto. Pero en vez de lo que pensaba le dije: «Hola, vizconde; ¡qué fortuna de verle!... No sabía que estuviera por aquí.»



— Tampoco yo sabía que hubiera venido usted, contestó mintiendo con igual descaro... Pero ¿por qué me llama usted vizconde? ¿Acaso es para reprenderme porque no la doy el tratamiento? Pues bien, señora condesa y hermosa amiga...

—No diga usted tonterías.

—Pues entonces llámeme Aquiles, que es mi nombr de pila.

—Pero...

—Si á usted no le place, señora condesa...

—Sí que me place... Aquiles...—y subrayé el nombr del griego de pies veloces con una sonrisa y con una mi rada que le hicieron decirme con tono de ditirambo:

—¡Dios mío, qué bella es usted!... ¡Feliz el hombre quien ame!

Me reí sin saber de qué, y él continuó:

—Si viera que desde aquella noche no hago más qu pensar en usted...

Debo de haberle alentado sin quererlo con alguna mi rada romántica cuando me dijo:

—Por sentirme amado de usted...

Y en ese momento nos separó una ola de gente.

Llegamos á la Villa y luego se me acercó Negrete lle vando abierto un papelón impreso:

—Las damas, gritó, esperan en el salón mientras lleg la hora de servir á Su Majestad...

Lapierre se separó á toda prisa mientras yo penetrab á la Sala de audiencias. No sé si transcurrió un mes, u minuto ó un día; lo que sé es que me sentía sin respiració y sin aliento. Pisaba como sobre lanas, no respondía cos concertada, la lengua se me pegaba al paladar y no lo

graba darme cuenta de lo que sucedía, aunque me pellizcara los brazos y me pusiera sobre uno y otro pie para convencerme de que estaba bien despierta. ¡Cuán cierto es que importa sufrir cuando niño las enfermedades infantiles, y que viejo á quien pescan el coqueluche ó el sarampión, sin remedio lía el petate, ó por lo menos ve muy de cerca la cara horrible de la muerte!

— Ya pasó el *Te-Deum,* dijo no sé quién; ahora están en el *Domine, salvum fac Imperatorem...*

— ¡Qué devotos son!...

— ¡Y qué guapa es ella!...

— Besaron la cruz y la mano del señor Arzobispo.

— La Emperatriz dijo al ver á la Virgen: «¡Qué hermosa imagen: me ha conmovido profundamente!...»

— ¡Bendita sea ella!

— ¡Y tan gentes!... Uno de los señores que traen banderitas en los bastones, dijo á unos indios que se aglomeraban: «Cuidado, señores, que molestan á nuestros monarcas»; y la Emperatriz, que lo oyó, dijo con gracia: «No nos molestan, sino que nos agradan.»

A poco aparecieron Sus Majestades y los Obispos á la entrada del salón; Labastida dijo obsequioso:

—Esta es la casa que se ha dispuesto á V. M.

—Es magnífica, respondió con galantería Maximiliano.

Entraron los empleados, congregaciones, cuerpos colegiados y particulares, Villar y Bocanegra leyó un discur-

so que empezaba diciendo: «Señor: Al pie del portentos
cerro del Tepeyac y dividiéndonos una pared del templ
en que se venera á la protectora y madre de los mexica
nos, la Virgen Guadalupana, se presentan el prefecto pc
lítico del primer departamento del imperio...»

Aquí llegaría el buen Bocanegra cuando distinguí l
figura procerosa del padre Zanetti, que por cierto lucí
una placa de brillantes de la orden de San Silvestre. Baj
los ojos y al alzarlos vi á Aquiles metido entre un fraile d
hábito pardo y un general de grandes bigotes canos. N
tardó él en mirarme, y como si mi vida hubiera estad
pendiente de sus ojos, ya no supe ni oí nada de cuant
pasó. Según parece, concluyeron los discursos, porque lo
Emperadores salieron al balcón á escuchar las aclamacio
nes del gentío. En el desorden que se produjo, Aquiles s
me acercó diciéndome en secreto:

—¡Qué feliz soy! Me parece que me ama usted...

Y yo, como si me lo dictara una voz interior, obligán
dome á decir lo que no quería, repuse inconsciente:

—Sí, te amo; te amo y te he amado toda mi vida.
soy tuya y tuya seré siempre...

Pero no sé si llegó á oirlo, porque en ese momento in
pidió escuchar todo ruido una inmensa aclamación qu
subió por el aire:

—¡Vivaaaaa el Emperaaaadooooooor!...

—¡Vivaaaaa la Emperatriiiiiiz!...



El Emperador Maximiliano
(Reproducción de un cuadro que se conserva en México)

THE NEW YORK
PUBLIC LIBRARY

ASTOR, LENOX
TILDEN FOUNDATIONS

El domingo fué la llegada á México. Si quisiera valerme de alguna de las innumerables narraciones que se han escrito acerca de la entrada, podría llenaros con detalles muchos pliegos de papel; pero como no es eso lo que buscáis, sino mi impresión personal y privadísima, dejadme que recapacite un poco, aunque sea á riesgo de omitir muchas cosas.

La mañana era clara y hermosa, de esas que nos da en el tiempo de aguas este clima incomparable. Bajamos del carro que se arregló para Sus Majestades (que por cierto estaba adornado con el gusto más deplorable) y nos encontramos en la plazuela de Villamil, en medio de un gentío asombrado é impaciente. Me tocó ocupar un carruaje en unión de las condesas de Zichy y de Collonitz, y vi cuando Sus Majestades subieron á la carroza que les tenían dispuesta. Maximiliano vestía uniforme de general de división mexicano, y Carlota un traje azul á listas blancas, y un gorro (como aquí decían) que había hecho Mme. Virot, de París, en unión de muchos otros muy lindos.

Pero el mismo pueblo que el día anterior había gritado hasta enronquecerse, que había hecho mil manifestaciones de cariño y de alegría, vió pasar indiferente á los Emperadores, y más indiferente aún escuchó los vivas de los generales de división y de brigada que recibieron á Maximiliano á la puerta de la estación.

¿Fué, como hicieron creer los liberales, que los viva
del día anterior hubieran sido obra de los indios tochos
inciviles que acudieron á presenciar la entrada, y previa
mente dispuestos por los covachuelistas de las oficina
que hacían de *méneurs*? ¿Fué, como aseguraron los impe
rialistas, que los soldados franceses hubieran golpeado
los mexicanos que trataban de romper la valla de infante
ría y caballería que les impedía acercarse á los príncipes
¡Quién sabe! Mas es el caso que el tránsito de aquel cortejo
en que no se oía una sola voz, un solo grito, una sola ma
nifestación de alegría, se asemejaba al tránsito de un co
tejo fúnebre.

Mas á pesar de este silencio, ¡qué espectáculo tan ric
y tan variado el que se presentaba á la vista! El colorid
de él no consistía en los bordados, en las cruces, en la
mitras, en los sombreros al tres, ni en los carruajes recié
charolados, sino en el pueblo, en el pueblo un poco árab
un poco español, un poco indio, pero por todas estas cosa
fastuoso y abigarrado como ningún otro. Los anchos som
breros, las chaquetas cargadas de alamares; las botonadu
ras de plata y oro; los zarapes rojos y verdes; los caballo
enjaezados á la usanza morisca; las mujeres vestidas co
zagalejos rojos y azules; las bandas de burato; los zapato
de gros verde; las medias de seda calada; los sombrero
apretados de oro y aljófar; y en el fondo del cuadro, co
su sonrisa triste y paciente, los indios cargando su huaca

y en la cabeza el *yahualli* adornado con grecas... Figuraos ahora esta multitud en movimiento; á los Emperadores saludando de una parte y otra; á los franceses mirándolo todo con aire de conquistadores; y cerrando la procesión, como si fuera el número con que debían acabarse los espectáculos del día, á los guardias del Emperador, vestidos de rojo, con los penachos rojos, con las monturas rojas y desplegados al aire los banderines rojos que indicaban su procedencia y su origen. Parecía una ola de sangre que invadiera uniformes franceses, castores lentejuelados, calzoneras plateadas, toquillas llenas de oro y charreteras coruscantes...

La comitiva atravesó en silencio desde las Rejas de la Concepción hasta Vergara, sin que se derramara á su paso un pomo de esencia, sin que se arrojara una flor, sin que se gritara un viva. Ante el silencio del pueblo, que sofocaba los contados gritos que habían partido de entre los acompañantes del príncipe, nadie se había atrevido á decir ni á hacer nada, bien por cortedad, bien por temor de que no le siguieran... Al llegar á la segunda calle de San Francisco, el silencio se había hecho más hosco y más terrible que en todo el trayecto; sólo lo interrumpían las campanas repicando como locas y los cañones tronando á intervalos.

Maximiliano y Carlota, rojos de ira ó de despecho ó de vergüenza, saludaban á diestra y siniestra; todo el mundo les respondía, todo el mundo se quitaba el sombrero y

nada más. Pasó el Ayuntamiento, pasamos las dam
pasó el gran Mangino y pasaron Almonte y Lola Quesa
Cuando desembocó el Estado Mayor de los príncipes y
vieron las gentes que ocupaban un balcón de la casa de
esquina de San Francisco y Vergara, una voz de muj
de mujer bella y conmovida (estas cosas se le conocier
en su grito), lanzó un «¡Viva el Emperador!»

El pueblo, como si sólo hubiera esperado esta seña
rompió también á gritar unánime, calurosa y ruidosame
te; canastillos de flores se vaciaron en un instante, los p
pelillos de oro y de colores, los otros que llevaban impr
sas poesías de los más celebrados ingenios, las palomas
los ramos llenaron el aire precipitándose sobre el coc
imperial. El rostro de Maximiliano volvió á su color
siempre, el de Carlota se puso más rojo, y á los dos tie
po les faltaba para contestar á los saludos, voces cariñ
sas, agasajos y demostraciones de todo género. Como dec
después el Emperador, había habido hielo; pero al rompe
se había brotado la primavera más pujante y briosa q
nunca, coronada de flores y dejando perfumes á su paso

Desde allí empezaron las demostraciones de entusia
mo: primero el club alemán saludó á los soberanos; de
pués una niña les ofreció un ramo de oliva, otra les di
unos versos y una del pueblo les presentó unas paloma

Avanzaron más y los michoacanos pusieron en sus m
nos ejemplares de un himno con letra del famoso Tirso R

fael Córdova, y al caminar otro poco, una niña hija del Doctor Vértiz les entregó no sé si un pañuelo bordado ó si unos ramos de flores.

En la gran plaza, la multitud se arremolinaba alrededor de la carroza imperial. Aquí y allá rompían las olas

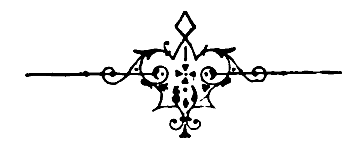


sombreros anchos y de rebozos de bolita, unos cuantos rros de mujer y otros pocos sombreros de copa... Aparen Sus Majestades y las aclamaciones se repiten; todos ieren ver á Maximiliano, y la valla de soldados frances es impotente para resistir á la ola poderosa que se acer: la columna se reduce, se quiebra, se rompe y deja petrar por los intersticios á los léperos que corren voci-

ferando: «¡Viva el Emperador!» «¡Viva la Emperatriz!

Al ver aquello se desprende un escuadrón de gendarmes franceses con el sable desenvainado, y cuando está cerca de la gente atrabiliaria y se dispone á macerar cabezas, troncos y remos, Maximiliano se pone en pie dentro de la carretela, dice algo al general Mejía, que marcha á su vera y se permite acercarse á aquella gente, que más que á la persona del soberano estima lo que significa una orden que detenga á los desapoderados jinetes franceses.

La comitiva penetró á la catedral en medio de una ovación delirante. Nosotros á la puerta aguardamos á la Emperatriz, y mientras en el interior nos recibían los obispos, fuera se alejaban, como una nota sangrienta, la guardia imperial, los picadores, los pajes y los cocheros, todos vestidos de rojo vivo...





CAPITULO III

Versos y otras demasías

No creáis todo lo que os digan los periódicos y las gentes de aquel tiempo acerca de las magnificencias de la recepción imperial: cuanto se hizo no valió tres pitoches, y aunque los príncipes que-aron satisfechos, la cosa no era para tanto; mas para los onservadores que habían organizado aquello y que en su iocencia creían que México era la primera ciudad del uevo Mundo, que era lo más rico y lo más grande que xistía y que de aquí tomaban lecciones de lujo y de ele-ancia los imperios más remotos de la tierra, aquello era acabóse del primor y del buen gusto.

Para los fuereños, que en rebaños de cien y doscientas ersonas habían ocurrido á la corte para presenciar las estas imperiales, no tuvo comparación aquel espectácu-, y sólo algunos viejos que habían conocido á Pedraza y

habládole de tú á Barragán, echaban de menos la entra
da del ejército trigarante.

De esos fuereños inocentes, generosos y fáciles de con
tentar, era don Alonso Colmenares, mi vecino, el más hon
rado, simpático, servicial y atento de los payos que hu
bieran comido pan á manteles. Él, que había sido criad
en la adoración del *Deseado,* y cuya madre creía, des
pués de muchos años de haber muerto Nariguetas, qu
S. M. hircana seguía viviendo y gobernando, encontra
ba muy debido que se acogiera con cariño y cortes
á don Maximiliano I, tronco indudable de una raza d
reyes.

Los días siguientes á los de la entrada, en compañía d
don Alonso, de mi señora doña Martina y de su hija
bella Nieves, recorrimos todos los arcos, vimos la ilumina
ción y el adorno y, como decía el fuereño, dimos fe de tod
sin faltarnos cosa. A fuer de *cicerone* andaba con mis ami
gos mostrándoles cuanto había que ver ó que á mí me
parecía.

—Esta es la casa de Escandón; vean qué farolitos ta
cucos; esos soldados franceses que sostienen el trono so
de muy buena ejecución...

—Yo nada sé de ejecución, malajo, prorrumpió do
Alonso; pero eso de que me pongan el trono sostenido p
las bayonetas de los de calzones colorados, me parece, co
perdón de usted, una soberana indecencia. Pues qué, ¿n

omos nada nosotros? Pues qué, ¿Márquez y Mejía y Cas-illo y Robles, están pintados en la pared?

— Aquí tienen ustedes la casa de Barron.

— ¡Chula, chula! Habrá bien tres ó cuatros sacos de esos empleados en este adorno. ¿Y qué quieren decir esos etreros hechos con vasos de colores?



— Quieren decir: «Dios salve al Emperador». «Sed ien venidos».

— Pues que Dios le salve, porque donde caiga en manos e los galabardos que hay por esos caminos, quién sabe ómo le vaya.

— Aquí vive Lizardi.

— El hombre no echó la casa por la ventana: los pe-

sos que ha ganado haciéndose y deshaciéndose gachupí
para conseguir llevarse los dineritos de México...

—Papá, mire usted qué palacio tan lindo.

—Es el Teatro Imperial, dije, y la casa que le sigue
la de Mr. Montholon... Aquí viven las Moranes.

—No está del todo feo; pero podían haber hecho ma
esas noblotas.

Y de este modo, motejando aquí, aplaudiendo allá, rid
culizando en esotra parte y abriendo boca de á palmo ca
en todas, vimos mi manada y yo las casas de don Greg
rio Mier, del Marqués de Vivanco, de la condesa viuda d
Valle, de don Ignacio Cortina, de Amor, de Almonte, d
Gorozpe, de Casa-Flores y otras que dejaron muy satisf
chos á mis amigos.

Pero don Alonso era incansable: como él decía, par
trabajar y pasar mala vida, el rancho; para gastar y dar
charol y vivir contento, la capital. Por eso había andad
en compañía de los que iban á felicitar á Sus Majestade
de los que habían sacado vítores, de los que habían ido
visitar el Hospicio, la capilla de los Dolores y cuanto h
bían visto Maximiliano y Carlota. Sus comentarios habí
sido de lo más chistoso.

—¡Ay, señora! ¡cuántas *curras,* qué catrinería la qu
fué á saludarles!.. Pasamos por una calle, nos detenemo
y ahí tiene usted que sale al balcón un padrecito ya m
yor, pero indito él y que dizque es obispo... No sé qué

gritaron y entonces él se soltó echando vivas á todo el mundo... Me acuerdo que acabó diciendo: «¡Que vivan y mil años vivan S. M. Maximiliano I, Emperador de México, y su augusta esposa Carlota Amalia!...» «¡Que vivan Napoleón III, la emperatriz Eugenia, el general Bazaine y no sé qué otros extranjeros!...» Para México, ni una palabra... que le muerda un perro... ¿Ramírez dice usted que se llama ese indito? Pues no me gusta... Para más fué el señor Labastida, que después de vitorear á todo el mundo, le echó, así como de pilón, un viva á México... Fuimos luego con los Emperadores, y los pobres se deshacían en gracias á nosotros. Luego anduvimos por todas partes y donde quiera no se oía sino vivas y más vivas al Emperador; á la patria, ni esto... Los Emperadores son buenos muchachos; tan humildes, tan caritativos, tan bondadosos... Figúrese usted, hace dos días que quisieron conocer Chapultepec, les cogió allá la noche, se acostaron á dormir en el suelo, en unos colchones que tiraron allí los criados y que se consiguieron á última hora... Les han regalado á los menesterosos más de cinco mil pesos de su caja particular... ¡Pobrecitos! Ahora enséñale tú (dirigiéndose á su hija) los versos que te traje para que la madama sepa lo que es cajeta... Ya verá qué de primores... No sé de dónde diablos han sacado tantas cosas estos mexicanos; ello es que han llenado más papel en unos cuantos días que el que en Guanajuato se ha manchado desde que hay imprenta...

¿Quiere usted leer ó prefiere que le lea esta muchacha? N lo hace tan mal; en la escuela siempre, siempre, sin falt ninguna, leía el discurso el día del certamen...

— Que lea Nieves, dije condescendiente.

Sin hacerse de rogar, la muchacha empezó con los ve sos de un tal Arnaldo:

Salud á vosotros, los dignos monarcas,
Que en pos de la dicha de un pueblo venís,
Y honrando sus pobres incultas comarcas
Por senda de espinas bondosos seguís...

— Pero usted sea tan *bondosa* que no siga, exclamé i terrumpiendo á la muchacha, que leía con excelente ent nación y hasta con entusiasmo. Ese *bondosos* es de la e cuelilla de Meléndez y de Cienfuegos y ya está mandad retirar desde hace tiempo. Vamos á otro.

— Esta es la décima que dijo un caballero en el vít de la otra noche:

Con tan digno Emperador
Y tan digna Emperatriz,
México se halla en un *triz*
De recobrar su esplendor;
Religión, patria y honor
Nos afianza el soberano.
Que viva Maximiliano
Y su consorte festiva,
Y viva y mil veces viva
El imperio mexicano.

Me reí de buena gana, y don Alonso advirtió:

— No me parece mal lo del tris: quiere decir que con

uede, que sí puede, que no se realice la cosa; lo que no me xplico es eso de que la Emperatriz sea festiva. ¿Qué chasrrillos le habrá oído ese señor? ¿Cuándo la habrá visto rcerse de risa ó tirar bolitas de pan á su marido á la ra del almuerzo? Pero sigue, hija, y no hagas caso de is tonterías.

¡La patria se salvó! Maximiliano
Al empuñar en su valiente diestra
El pabellón que tremoló en Iguala
Senda de gloria y salvación nos muestra.
¡Loado sea Dios! Del turbio Bravo...

—Pare usted, criatura, exclamé; si los dos mil versos la oda de don Mariano Bejarano son como ese último, e quedo con el deseo de saber cómo insulta el buen seor á los Estados Unidos... Pero haga usted favor de er esos rengloncitos impresos en letras doradas, que se tán delatando hace buen rato, deseosos de que usted nga en ellos sus lindos ojos.

¿Qué se ha hecho Homero con su lira de oro
Que al Anáhuac no vuela presuroso?
Aquí tiene hoy asunto asaz grandioso
Que dé á su plectro acento más sonoro.
No es de un Aquiles el sentido lloro
Con que á Patroclo honraba cariñoso,
Ni es de su enojo el grito pavoroso
Que resonara en el celeste coro...
¡Es nuevo Ulises en edad temprana!
¡Es un Licurgo, es un Solón cristiano!...

—No continúe usted, no continúe, porque después se de comparar á Maximiliano con Jehovah...

— Pues oiga usted éstos y note cómo empiezan:

Como Jehovah con su potente mano
Separó las tinieblas y la luz,
Así el Emperador Maximiliano...

— ¿Lo ve usted? Vamos á esa composición en pape rosa claro. ¿Es para alguna novia de vecindad?

— No, señora; es para la Emperatriz. Vea qué lindo versos: ya los sé de memoria y creo que son de lo mejor



Del Adriático lago
Al valle ameno,
Vienes como la aurora

Del día sereno:
Día de ventura
Que no tendrá ni rayos
Ni noche obscura.

— Lea usted otro poco, que realmente los versillos lo valen.

Nieves leyó:

Del Rhin y del Danubio
Del Pó y del Sena.
Se oye como un suspiro
Que el aire llena:
Y su corriente
Parece que murmura:
«Carlota ausente.»
. . . .
Los montes que al Anáhuac
Altos dominan,
Por saludar tu entrada
La frente inclinan;
Y su aura pura
Envían á la que es prenda
De paz futura...

— Eso, dije sin vacilar, es obra de Pepe Zorrilla; es el mismo tono de sus famosas serenatas á las mexicanas y á la Emperatriz de los franceses.

Iba á continuar la muchacha leyendo un papelote tricolor, cuando la interrumpí haciéndole una seña:

— Antes de despachar ese centón que ha de entretenernos varias horas, hagamos á un lado á la gente menuda: ¿Qué dicen esas cintitas impresas? ¿Son medidas de la Virgen de Guadalupe...?

— No, señora, son dísticos muy lindos.

— Pues lea usted algunos, hija.

A Eugenia, Emperatriz de los franceses

Tú eres la grande amiga y la primera
Que fué del nuevo imperio mensajera.

— Verdad es... y aun verso.

Nieves siguió leyendo:

Gobernando en Venecia por su hermano,
Probó que sabe ser buen soberano.

Mantendrá nuestra cara independencia
Y harálo por amor y por conciencia.

Es guerrero y es sabio juntamente
Y respetable aún más como prudente.

El altar es apoyo del imperio;
Hará no gima ya en el cautiverio.

De Dios viene el poder, viene la ciencia;
Nuestro rey sabe bien esta sentencia.

— No siga usted, no siga, que el rimero de cintitas est aún del mismo tamaño... Ya se nota la tendencia de Zama cois, que no es otro el autor de esas aleluyas: forzarle l mano al Emperador para que nos ponga de moda el ca lismo más espantoso. ¡Qué distantes están los pobres ca grejos de lo que se les espera! Mas no hay tiempo que pe der; acabe usted con todas esas odas, canciones, epitala mios, epinicios y demás primores, pues de otra maner acabaremos á la noche.

—«A Maximiliano I por su exaltación al trono del imperio mexicano.» Oda... La firma Luis G. Cuevas...

—Déjela usted, que al buen don Luis le ha pasado lo que á Camoens: *la lira tenhe cansada e la vos enronquecida*... A los noventa años no hay quién dé pie con bola en materia de poesía.

—Siguen versos de L. G. Pastor, A. Pardo Mangino, . Villaseñor, Niceto de Zamacois, L. G. Arnaldo, M. M. lvarez, J. M. Díaz y Vargas, Victoriano de la Quintana, . Argumedo Victoria y Manuel Pérez Salazar.

—A todos esos poetas de ocasión no hay que tocarles: a usted sabe que con la poesía pasa lo que con los vinos: ólo se deben aceptar las marcas conocidas...

—Tenemos en este grupo las obras de las señoritas: sabel Pesado y de la Llave, Soledad Manero, María del armen Cortés y Santana, *Una Mexicana, Una Jalapeña*... Las leo?

—Deje usted en paz á las señoritas, que al fin no heos de hallar entre ellas ninguna Safo, y pasemos á los imnos, motetes, cantatas, baladas y demás música con ue han obsequiado al Emperador en estos días.

Bendición, mexicanos, al día
En que un rayo de paz y consuelo
Refulgente desciende del cielo:
Vuestras frentes con júbilo alzad.

—A otro, á otro, que ese es el mismo cuento.

— Esta es bellísima:

Mil himnos sonorosos
En este nuevo día
De insólita alegría
Cantemos al Señor.

— Pero, hija, ya está usted cansada y empieza á tro
car los frenos: lo que me recita es el himno del *Pensador*
la Divina Providencia.

— No, señora, es una canción de don José Sebastiá
Segura al Emperador.

— Vamos á otra cosa, que eso no vale nada.

— Oiga usted las firmas: Tirso Rafael Córdova, F. S. d
Tagle, Los Guanajuatenses, Los Michoacanos...

— No lea usted ninguno, que estamos de prisa.

— Leeré entonces estas inscripciones en latín:

Maximiliano I
Mexici Imperatori...

— ¡Qué horror, también latín! ¡que Dios nos ayude!.

— Hay otras en mexicano y las firma un señor Ch
mal... Chimalpopoca: Oiga usted la primera: *Yehuecot
Azteca, Yepalli, in ti huci Maximiliano, mitzmo chielitica.*

— Muy bello, muy sonoro, muy expresivo; pero no
entiendo y le ruego lo ponga en romance.

— Aquí está la traducción: «El antiguo trono de l
aztecas, oh gran Maximiliano, os está esperando...»

—Con ese me basta para alabar... bajo la palabra
Chimalpopoca, la rotundidad y riqueza del idioma de l

borígenes. Las otras veintidós inscripciones resérvelas sted á nuestro amigo el padrecito Robles... Ya acabamos, en todo cuanto vimos no había nada sincero, ni alto, ni oético. ¡Ojalá que sea más verdadero que estos papasales l amor que se profesa á Maximiliano!

—No, señora, se equivoca usted, que todavía no conluimos: aquí queda una «Oda á SS. MM. I. I. Maximiano y Carlota.»

—Empiece usted á leerla y no me diga la firma, que acaso es la de uno de esos poetastros chirles que tanto e han aburrido, le pararé el resuello á poco andar.

—Dice así:

¡Que dado no me sea
De paz y unión para cantar el día
Bajo el cetro del Príncipe bizarro
A quien su porvenir México fía,
El acento de Schiller cuando evoca
A Rodolfo de Hapsburgo atando al carro
De su fortuna, en su valor sentada,
La de Alemania insólita anarquía
Y haciendo ante la ley rendir la espada!

¡O el entusiasmo ardiente
Con que, del sol de Iguala al rayo puro
Que de Iturbide iluminó la frente,
Tagle, del jefe impávido en presencia,
A la nación cautiva roto el muro,
Cantó nuestra gloriosa independencia!

—Ese sí es un poeta: es *candida rosa nata dura spina*... Éste sí lo entiende; éste sí tiene brío, entonación, gracia, rte, vigor y forma... ¡Y pensar que íbamos á dejar esa

perla entre la paja!... ¿Cómo se llama el autor de esa oda

— José María Roa Bárcena.

— Con razón habla así, si es el único poeta conserv dor que existe en estos tiempos. Siga usted recitando obra entera, que estoy cierta no desdice lo que resta de que va leído.

Leyó la muchacha y al concluir aplaudió la hermosa valentísima oda. Yo me levanté á buscar á los padres Nieves, que desde que había empezado aquel grande y d noso escrutinio, se habían alejado del cuarto por temor la poética cellisca.





CAPITULO IV

De servicio

DON Antonio Diego de la Luz Suárez de Peredo, Velasco, Hurtado de Mendoza, Paredes Rochel, Beaumont y Leri, Caballero de los Olivos y Arrillaga, conde del Valle de Orizaba, señor de Tecamachalco y vizconde de San Miguel, Caballero de la orden mperial de Guadalupe y de la Real y distinguida orden le Carlos III de España, me envió la divisa de la Emperariz, que me correspondía desde que me habían hecho lama de honor.

Suele decirse del cacoquimio, flacucho y enfermizo, que o puede ni con la fe de su bautismo. Si esto es verdad, adie menos capaz de levantar ese documento que el conde lon Antonio, que no sólo estaba próximo, según todas las eñas, al trance de la pala y el azadón, sino que también oportaba tal cantidad de nombres, títulos y dictados, que

habría que suponer que no pudiera levantarlos si se lo pr
pusiera.

¡Pobre conde! Jamás he visto persona que pusiera m
yor empeño en ganar el sueldo que se le daba; hay q
confesar en honor suyo que los trescientos treinta y tr



pesos treinta y tres centavos que re
bía mensualmente, estaban devengad
con exceso, pues de la mañana á la n
che no hacía sino pensar en la mane
de conseguir que en Palacio quedara
satisfechos de sus servicios.

Eran las seis de la tarde cuando ll
gué al palacio, esa hora en que tod
vía no se enciende la luz artificial y
que la del sol acaba de retirarse c
todos los honores, dejando en el ponie
te unos cuantos jirones de púrpur
Quizás la hora, quizás el sitio, quiz
la decoración verde obscuro de la sa
quizás todas estas cosas reunidas,
hicieron ver á don Antonio con aspecto particularísim
Estaba de pie, recargado contra el muro, y llevaba en
mano un papel que se me figuró el cañuto que sin fal
ninguna llevan las figuras de los retratos viejos. Y lue
su tez de color amarillento, el mechón de cabellos que
caía sobre el rostro, los ojos tristones y profundos, las m

os flacas y finas, la enorme nariz aguileña, la voz cansa-
a y el conjunto todo, me daban idea de un ser del otro
undo.

Yo conocía las aventurillas de don Antonio, ¡vaya si
s conocía! desde su estancia en París, cuando recorrió en
razos de mujeres en cueros no sé qué baile público, hasta
ı matrimonio en Viena, que por cierto ignoro si se realizó
cómo; lo que sé es que aquí no vimos á la señora condesa

Me hizo una seña el conde y me senté en un sillón fo-
rado de cuero que estaba á mi alcance.

—Ya sabrá usted, puesto que se lo debe de haber co-
ıunicado el Gran Mariscal, que ha sido nombrada dama
e honor de la Emperatriz. Aunque la Dama Mayor debió
ntregarle el nombramiento y la insignia, como aún no se
ıbe si servirá el cargo Mme. Kuhahewich ó la condesa
Kollonitz, yo estoy encargado de poner en sus manos esos
apeles por orden de la Señora.

Y me dió el cañuto que portaba en la mano derecha,
ı cual no había meneado un instante.

—Necesito explicar á usted sus nuevas atribuciones,
orque cabalmente acaban de entregarme la parte relati-
a del ceremonial... Está usted á las órdenes de la Dama
Mayor; su lugar en la Corte es después de las damas de
Palacio. Se relevan las damas de servicio cada domingo,
lespués de la misa, á la que tienen que asistir la dama en-
rante y la dama saliente. La que esté de servicio no de-

berá salir de la residencia de la Emperatriz sin su pe miso. Estará siempre á disposición de la Emperatriz par ir á misa ó acompañarla en coche, á caballo ó á pie y par leerle cuando lo desee. Deberá usted vivir en Palacio; te drá asiento en la mesa del Gran Mariscal y un carruaje d la Corte á su disposición. Cuando la Corte esté de jornad en algún sitio imperial, podrá prolongarse el servicio d las damas de honor. La Emperatriz designará las dama que deban acompañarla en sus viajes. Tienen las dama obligación de concurrir á las grandes fiestas nacionales de Corte cuando la Emperatriz concurra á ellas. En el de empeño de sus funciones no podrán hablar á la Empera triz de ningún asunto extraño al servicio. Sólo podrán v á la Emperatriz cuando las llame ó cuando hayan solic tado y obtenido una audiencia por conducto de la Dam Mayor. Sólo por escrito podrán comunicarse con la Emp ratriz...

Don Antonio había en parte relatado y en parte leíd pero desde antes que acabara su tarea noté que se echal para atrás en la silla, que pujaba, que hacía gestos, y p fin, oí el ruido característico del momento en que se sal un botón: el señor conde andaba mal de digestiones y ac baba de aflojarse el pantalón para estar á su gusto y ma tener el tubo intestinal sin obstáculos.

— Mañana empieza usted su semana; tráigase, pue su equipaje, que su cuarto ya está listo.

En un vuelo llegué á mi casa, afligida con toda mi alma omo si me hubieran dado la peor noticia. Esa noche reibí dos visitas: la de mi cuñado Jecker, que fué á hablarie de negocios, y la de mi padrastro, que frunció el ceño l ver que no me encontraba sola.

—¡Hija, por Dios, qué cara te vendes! me dijo el viejo; esde que andas, comes y vives en compañía de príncipes emperadores, ya no es posible echarte la vista encima... omo si porque llegues á grandes alturas dejaras de ser arienta, y parienta cercana, de este pobre y desvalido iejo.

Miréle entonces, y me convencí de que, en efecto, estaa más viejo y arruinado que nunca. Convencido seguraiente de que la pintura de nada le servía, habíase dejado n afeite el cabello abundante y lacio, que ahora parecía na de esas colas de ixtle que usan los indios en sus *mitos;* la dentadura, á pesar de ser vieja en su poder, le proucía las mismas molestias que en los primeros tiempos, e manera que no había palabra que no pronunciara apreındo los dientes y expeliéndola con acompañamiento de ire y saliva.

—Ya Antonio, mi pariente, como lo sabes bien, me ha icho todo lo que te quiere la Emperatriz; ya me explicó ue te dieron habitación con vista al zócalo, y que te están lerezando en Chapultepec un cuartito muy mono... Yo lo lebro, porque al fin eres de mi sangre; pero no estoy con-

forme con que me muestres ese desdén, como si no me c
nocieras... El otro día, el de la entrada, te ví en la puer
de Minería; quise saludarte, te hice una caravana y tú v
teaste el rostro fingiendo que no habías reparado en mí
Eso no está bien, hija, no está bien por más que seas
quien lo haga.



No pude resistir el d
gusto que me causaba
necedad y le contesté:

—No le ví; pero si á p
sar de haberle visto hub
ra apartado la cara habr
hecho bien; no quiero q
vuelva á echarme los p
rros como la vez anterio

—¿Perros? ¿De qué p
rros hablas? Esta siemp
de broma, le dijo á Jeck
sonriendo. ¡Vaya una cos
Conque perros...

—Sí, los perros, la policía, los juaristas...

Mudó de color el viejo y exclamó balbuceando:

—¿Y por qué te había de echar la policía? ¿Qué burr
te habías cogido? Tienes unas invenciones...

—No sé; pero como entonces alardeaba usted de rep
blicano celoso, tuvo el buen deseo de salvar á la patr

ogiéndome para que me pusieran en cepo dizque por onspiradora en favor de la intervención: á ver si en esta ez halla motivo para delatarme acusándome de que consiro contra el imperio.

—¡Ah, qué Josefina!...

—Y como tiene usted grandes influencias, no es remoto ue logre que me envíen á Cayena ó á la Martinica.

—Me voy, me voy porque decididamente estás de broa. Tú tienes que tratar negocios con el amigo Juan Bausta, y has imaginado deshacerte de este posma importuno nventándole bromitas que le hagan reir... ¿Y Eugenia?.. 'o sé que por allí anda tan buena, en compañía de sus uegros, sin acordarse de ti para maldita de Dios la cosa... ueno, basta ya; abur, amigo Jecker; adiós, hija... Adiós, ama de... honor...

Temblando salí á acompañarle, temerosa de que me anzara otra cuchufleta en presencia de Juan Bautista, y n la puerta, con el sombrero calado, me dijo todavía:

—¡Bonita noche; chulísima para dejar á una madre orando!... Pues volviendo á lo de Génie, la encontré cuano se marchaba con su suegro... No sé adónde iban, ello es ue era lejos... Está chula como un peso... Mejor que tú si e ha de decir la verdad... ¡Vaya una hija que te rayaste y aya una mujer que se llevó ese buen señor á quien se la iste!...

Estaba suspensa oyendo cosas que pensaba averiguar

muy pronto, tan pronto como tuviera tiempo, y por deci
algo, para que Suárez no creyera que yo tenía entraña
pedernalinas, le dije como satisfecha:

— Tengo noticias más frescas que las de usted; de alg
me sirven esas aldabas que usted dice; he puesto en movi
miento á la policía francesa y no tardaré en saber santo
seña sobre Génie, ni ella puede dilatar mucho en esta
aquí á mi lado.

— Lo dudo, lo dudo, dijo el taimado viejo.

— Ya verá usted.

— Sí, ya veremos, dijo un ciego, y nunca vió...

Se quedó parado con el sombrero en la mano, y luego
como al descuido, me arrojó la flecha del partho:

— Conque la unión de Francia y México es un hecho..
un hecho consumado...

Me quedé callada figurándome adónde iba el condena
do rucio, y le contesté por contestarle algo:

— ¿Sí?

— Sí, y tú lo sabes mejor que nadie; parece que el va
liente ejército de Napoleón no se limita á guerrear contr
los juaristas y á vencerles, sino que también combate con
tra las mexicanas y hace mayores estragos entre ellas.
Bien pensado, bien pensado; es la verdadera conquist
pacífica.

Me quedé como un granizo, sin saber si había de se
guir ante el desdentado ó si había de retirarme, y él, in

placable, me molestó el oído con otras impertinencias.

—Ya se sabe todo; es un guapo mozo, muy galán y muy cumplido... pero yo preferiría no tener en mi familia nuevos adictos... Y luego, que tú no sabes en lo que te has metido... Pero, en fin, allá tú; eso es cuenta de tu rosario...

—¿Y qué tiene usted que hablar de él, mamarracho! ba á decirle con saña; pero me detuve pensando que era darle al vejete mucha mano ponerme á la disputa con él. Me limité á contestarle con la posible serenidad:

—Usted es quien está ahora de broma.

—Tú sabes bien que no lo estoy, y tu voz lo dice mejor que toda tu persona: te tiembla como si estuvieras emocionada grandemente... Y lo estás, ¡vaya si lo estás! se conoce en todo; á pesar de que has llegado á ser tan consumada cortesana, no puedes impedir el sentirte conmovida cuando se te toca en lo vivo...

—¿Está usted loco? grité con enojo.

—¿Loco? ¿Loco? Más discreto que nunca, y la prueba que me he resuelto á proponerte que seamos amigos...

—Yo no quiero ser amiga de usted, don Juan Manuel.

—Una cosa de esas se dice muy fácilmente, pero se cumple con alguna dificultad... ¿Para qué hemos de ser enemigos, si á ninguno de los dos nos conviene? Ya tú sabes que cuento con una policía que da la hora; nada harás, pues, que yo no sepa... ¿Que no haces nada prohibido?

Pues, hija, mejor, mucho mejor; pero si te deslizas un po quito, nada más que un poquito, me las pagas todas jun tas... Ya tú lo sabes; soy hablador, pero no embustero. Cuando digo que la burra es parda, es porque tengo lo pelos en la mano... ¿Conque te conviene?

— Según lo que pida usted en cambio, gruñí más qu hablé.

— ¿En cambio? Casi nada; las sobras de tu mesa, l que el otro abandone; ya tú sabes, lo que se da á los pe rros... No soy exigente.

Comprendí la idea del viejo bribón, y en un arranqu le grité enojada:

— ¡Antes que á usted, á los perros les daría mi amo don Juan Manuel!

— Pues esperaré mi turno... después de los canes. Vale que dicen que el perro es el animal más noble.

Noté que Juan Bautista se paseaba impaciente en recibimiento y le dije á mi padrastro:

— ¿Es cuanto tenía usted que decirme? ¿Sólo pensab insultarme?

— ¿Insultarte? Tómalo como quieras, hija, que yo n he tenido ese objeto...

— Bien, pues, adiós.

— Adiós, Josefina, adiós, hija, y no te quejes si al malo te sobreviene.

— Ya me cuidaré...

—Cúidate bien.

—Y sobre todo, procuraré vengarme... ¡Ay de sus costillas de usted!

—¡Pero qué tremendo anda el tiempo! dijo mirándome con sorna y tendiéndome la mano.

Retiré la mía y entré al cuarto en que me esperaba mi cuñado.

—¡Qué sobón es tu padrastro! me dijo ya encolerizado. Pero por fortuna se marchó ya... Quiero que acordemos la manera de salir adelante en nuestros negocios, y tú puedes ayudar á la causa más de lo que parece. Yo he luchado como un negro y muchas cosas he conseguido; pero ya empieza á faltarme el aliento... Me he metido á político por necesidad; pero no tengo vocación para esas cosas: soy un buey, un buey de trabajo que sigue su surco con resolución de no abandonarlo; pero nada más. Tú sí, tú sí tienes condiciones para la intriga y para el enredo y has de llegar muy alto... ¡Si hubieras sido hombre! Mi pobre hermano murió sin saber que tenía á su lado al genio de la economía, de la previsión y de la perseverancia; á una mujer intrépida, sagaz, única...

—Dios mío, me pregunté, ¿qué querrá este maldito? ¿Querrá hacerme soltar el queso, embarcándome en algún esquife que le inspire temores, ó que habiendo naufragado con él tenga que zozobrar conmigo?

—Tú serás la salvación de la casa, la autora de nues-

tra felicidad... Puedes estar segura de que no me daré por bien servido; además de la parte que te toca, me propongo darte otra igual á aquella para recompensar así tu constancia, tu talento, tu rara fidelidad y tu adhesión á nuestros intereses... Pero para que salgamos adelante importa que trabajes bien y firme. Ya es el último peldaño; ya estamos arriba; ya falta sólo que tomemos posesión del castillo; mas para eso importa que te muevas, que trabajes que luches como yo he luchado cuatro años seguidos... Ya estoy rendido, ya estoy muerto: sube por mí el escalón que falta, y luego me aúpas para que no me desvanezca al verme arriba.

Viendo tan poético á mi cuñado, pensé que debía ser la cosa muy grave y que valía la pena de preguntarle qué había de hacerse.

— Lo que tú quieras; eres mucho más discreta que yo y á tu ingenio travieso y fecundo pueden ocurrírsele expedientes mucho mejores que á mí, que ya estoy cansado y sin bríos... Su Majestad es un sensible, un cariñoso, un expresivo, ¿por qué no le pides que no te deje en la miseria que no te condene á la desgracia eterna? No lo sé de cierto, pero me figuro que no ha faltado algún infame que me ha malquistado con él... ¿Por qué tú no tomas la cosa por tu cuenta y lo arreglas todo? Échate á los pies de Maximiliano, ruega, solicita, llora si es menester... ¡Es tan fácil llorar para una mujer bonita, y le sienta tan bien!...

—Bien, le dije, pero si el cuartel general se opone, si Bazaine repugna lo más mínimo á un arreglo entre ti y el Gobierno, estamos perdidos... Más vale que tú lo adereces todo y después me comisiones á mí...

—A Dios rogando y con el mazo dando; conquista al Emperador y yo me encargo de Bazaine. No pases cuidado.

—No tienes que recomendarme, le dije; yo agitaré todo para que no encuentres dificultad á la hora de concluir los arreglos.

—Hazlo así y no te arrepentirás.

Se despidió en la puerta y luego se volvió de la escalera.

—¡Pero qué torpe soy! se me olvidaba decirte lo principal... Tu nombramiento te trae dificultades y compromisos que no es posible puedas afrontar así como así... Tienes que comprar trajes, alhajas y muebles; tienes que pagar modista; tienes que dar propinas; tienes que hacer, en fin, vida de corte. ¿Cuánto necesitarías para tus gastos?

—Algo me queda de lo que me entregó la Regencia, y si la Emperatriz me da cualquier sueldito, puedes estar seguro de que viviré tan ricamente.

—No, no hay que contar con eso; si quieres vivir bien y hacer el papel que te corresponde, no lo pases atenida á lo que te hayan de regalar en la corte; tienes que triunfar,

que darte gusto, que suscitar envidias y malas voluntades de otra manera te tendrán lástima, y el que inspira lástima está perdido... Toma esta carta de crédito; es para qu te entreguen los trajes y las joyas que desees en las tienda de la corte; mañana te mandaré cinco mil pesos para qu



tengas dinero á tu disposición y puedas moverte libremen te: alguna vez se necesita corromper á un criado, desliza una onza en la mano de un ujier, gratificar á un escr biente, hacer un viaje... Hasta mañana, ¿eh?... Adiós adiós, y trabajar mucho... Ya verás qué vida te vas á da cuando tengas dinero hasta cansarte.

Aquiles aguardaba que salieran las visitas para entrar á hablarme. Jamás he visto rostro más afligido que el suyo cuando supo que me llevaban á Palacio. En un momento se le ocurrieron cincuenta mil arbitrios: que yo renunciara el cargo de dama; que él me robara; que los dos nos fuéramos á vivir á lugares distantes, donde no nos persiguieran honores, ni compromisos, ni dificultades... Amarnos, amarnos en tierra lejana, sin testigos, sin que nadie nos importunara ni nos distrajera; buscar una selva virgen, un pueblo remoto, una casita aislada en el campo, y vivir allá teniendo por todo estímulo nuestros besos, que nos conservarían eternamente jóvenes y eternamente bellos...

Y tras mucho cavilar, Aquiles imaginó un medio: ¿No entraba yo en el palacio para servir á la Emperatriz? Pues él buscaría otro empleo que le permitiera servir al Emperador, y viéndome todo el día, consagrándoseme en cuerpo y alma, evitar cualquier motivo de celo ó de disgusto...

Me pareció de perlas aquel arbitrio, y por la mañana, cuando ya los pajarillos saludaban á la aurora con sus arpadas lenguas y los pregoneros de jaletinas saludaban á los trasnochadores con sus lenguas estropajosas por el chinguirito que acababan de beber, nos separamos con un beso largo, largo, que no podía ni quería terminar ninguno de los dos...

CAPITULO V

En la corte

Maximiliano, Emperador de México, etc.

»En atención á sus méritos y circunstancias y teniendo en consideración la propuesta de sus jefes respectivos, he venido en conceder la Cruz de la Orden Imperial de Guadalupe á los individuos siguientes en las clases que se expresan:

Comendadores...

Oficiales:

Sor Agustina Inza, hermana de la Caridad.

Doña María Josefina Fernández de Ubiarco, viuda de Becker, condesa de Miravalles...»

Ya aguardaba el nombramiento, mas no puedo negar que la prueba de que el Emperador no me olvidaba, adquiría una importancia especial en aquellos instantes y que no podía menos de regocijarme. Ya tenía pretexto

para solicitar una audiencia, ya gozaba en la corte c
cierta aura política que no podía menos de llevar á bue
puerto la barquilla de mi esperanza.

Leí ansiosa el periódico, pues sentí curiosidad de sab



D. Miguel María Azcárate

quién había sido designado en mi compañía para gozar
ambicionada crucecilla. Había nombres de sujetos disti
guidos, de oficiales franceses, de empleados y de funcion
rios. Seguían después las designaciones de las damas
Palacio: — Concha Lizardi y Faustina Gutiérrez Estra
— y de tres chambelanes, don Antonino Morán, marq
de Vivanco, Felipe del Barrio y Pedro Elguero. Un co

el que yo no había oído mencionar nunca (un tal Ramón léndez) y que á creer lo que decía el periódico oficial staba lleno de méritos, porque había subido desde simple ldado hasta los grados superiores, era designado para yudante de campo de S. M. Terminaba el decreto nomrando al obispo de Tamaulipas, don Francisco Ramírez, ıra Limosnero Mayor de la Casa Imperial, y á Azcárate, iguel María, para Prefecto político de México.

Esto de Azcárate, Miguel María, era cosa de intríngus, pues el prefecto se firmaba así, al contrario de lo que ıcen las demás gentes del mundo, por la potísima é destructible razón de que primero había sido Azcárate ue Miguel María, pues en la vida intrauterina ya llevaba pellido y los nombres se los puso después el cura, al darle *salis sapientiæ...*

También se registraban decretos concediendo amnistía los detenidos, á los presos y á los sentenciados por delits políticos, «á fin de dar una muestra de interés que le ıspiraba al Emperador la desgracia de los que existen en s prisiones del imperio», y destinando «cinco mil pesos la caja particular del Emperador á sacar de las casas empeño y á devolver á los pobres las prendas que éstos abían tenido necesidad de empeñar para atender á sus rimeras y más urgentes necesidades».

Ya estaba hecha á ver todos los días cosas semejantes, ero aquél había algo distinto en lo que se hallaba á la

vista, y fijándome en los últimos decretos vi que movía l
imperial munificencia y el no menos imperial perdón
caso memorable de ser á poco el cumpleaños de S. M.

El día seis, desde antes del alba, ya estaba en pi
tenía que vestirme, que desayunarme y que estar presen
en el tocador de la Emperatriz, que asistiría al *Te Deu*
en la Catedral. Hice mis abluciones, y al sacar de mi a
mario la mantilla y la divisa, que debía llevar conmig
me sorprendí encontrando entre los estuches de mis alhaj
uno desconocido y que tenía mi monograma en la tapa.

Me acerqué á la ventana, oprimí el resortito y me e
contré dentro del estuche una cruz de oficial de Guadalu
con su roseta de brillantes, una cinta violeta y azul, u
banda tricolor y un collar de oro confeccionado con arr
glo á los cánones de la orden. Dentro no había pap
carta ó tarjeta que indicaran el origen del regalo,
huella de persona que hubiera puesto aquello en mi secr
ter; pero no se necesitaba ser adivino para figurarse
dónde provenía todo; mi adorado Aquiles había sido
autor de aquella delicadeza que delataba su galanter
pero que significaba un enorme quebranto para su escu
lido bolsillo. Las alhajas debían de valer tres ó cuatro m
pesos, y el pobre teniente coronel, atenido á su soldad
no podía haber sacado aquello de parte alguna sin ende
darse por toda su vida. ¡Pobrecillo Aquiles!

Luego que saqué el collar apretado de diamantes, q

nas veces á la par y otras alternadamente lanzaban sus eflejos irisados; cuando me hube puesto al cuello la roseta dornada con un brillante de gran tamaño, y contempla-o la Guadalupana de esmalte finísimo, el águila coronada la inscripción «Al mérito y virtudes», besé todo con ansporte que me salió del corazón, lo guardé en su sitio seguí vistiéndome.

Cuando pude abrir el balcón, los pájaros piaban toda-ía en lo alto de los árboles; las casas de la Diputación y ercaderes estaban guapas y coquetas por haberles lavado rostro el aguacero que primero desapoderadamente, des-ués en gotitas discretas y tenues, había caído sin parar esde las diez de la noche; los pregoneros y los carros em-ezaban á pasar por el empedrado áspero y maltrecho; las ampanas de la Catedral y de los conventos llamaban á isa como dialogando y enviándose noticias: «Ea, no os olestéis más, que vienen aquí todas las beatas de la ciu-ad».—«Ya va á empezar la misa y nosotros os llevaremos delantera». — «Cuidaos de guardar vuestra clientela, ue la misa que aquí se dice es la más corta». — «La nues-a es más larga, pero se puede durante ella descabezar un ieñecico».—«¡Calla, chismosa!»—«¡Ten la lengua, enre-adora!» — «¡Hereje!» — «¡Canalla!» —Y cuando la confu-ón entre el tintineo agudo de uno de los bronces y el compasado del otro se enredaba cabalgando una nota so-re su contraria, predominando ésta sobre aquélla, opa-

cando las dos á las campanitas más distantes y rompiend
el tímpano en competencia, sonó por la esquina un ruid
que no dejó oir más la disputa de los bronces: el de un
música militar estruendosa y alegre que apenas consint
escuchar el grito del clarín que mandaba una evolució
Era un cuerpo de zuavos que venía desde Porta Cœli, bri
so, lucido, elegante y noble.

Pasaron primero los músicos barbudos, de grand
ojos, aplicando todo su esfuerzo á soplar ya en las cañ
zuelas de los flautines y los clarinetes, ya en los tubos e
redados de los trombones, ya en los caños redondos de l
fagots, en que era menester meter medio cuerpo pa
alcanzar la embocadura gorda y sonora. Venían luego
coronel viejo, manco y de aspecto feroz, lleno de condec
raciones y seguido de oficialillos barbiponientes: poco m
allá apareció la bandera, desgarrada, con el águila hec
pedazos y el asta deslucida y rota. En seguida caminab
los zuavos, alegres, guapos, llenos de bríos y de tranq
lidad.

Pasaron batallones y batallones, regimientos y re
mientos, y al último apareció, galán y hermoso como
sol que salía en aquel instante, el imán de mi alma,
Aquiles de mi corazón, caballero sobre un caballo neg
que marchaba caracoleando y que alzó la cabeza podero
é inteligente cuando el teniente coronel me saludó con
espada.

Me entretenía en ver pasar los coches que conducían
l gobierno y á las autoridades, cuando oí que tocaban á
ni puerta suavemente. Al ordenar que pasara el que toca-
a, vi abrir la puerta á un fraile con hábito de color de
afé, de edad como de cincuenta años, bajito, brava testa,



uenos ojos y andar determinado: era fray Tomás Gómez,
l primer maestro de español de Sus Majestades.

—Extrañará, señora, me dijo, esta irrupción matinal
n su cuarto; pero como sé que tiene que cumplir deberes
l lado de la Emperatriz, que estar en el besamanos y en
l ambigú y que asistir á la comida... en fin, quehacer
ara todo el día... determiné venir á hablarle de un asunto

que me interesa mucho, porque mucho interesa á un he mano mío en religión... ¿Qué idea tiene usted del padı fray Rafael Robles, de la orden seráfica?

— Me pone en aprietos el señor capellán, pues en re lidad no tengo idea ninguna acerca del padre Robles... I he visto una ó dos veces, le he oído hablar media docer de palabras, le creo un buen hombre y nada más... Dice que es arqueólogo; lo será, pero como yo no cultivo e ciencia interesantísima, nada tengo que hablar en favor en contra del hermano de Vuestra Reverencia.

— Parece que Robles ha escrito ó está escribiendo libro en que expone el sistema de explicación de jeroglí cos que ha inventado y que es una maravilla... No sé, pe tengo la idea de que juntamente la historia sagrada y profana, la Biblia y la Mitología, lo pasado y lo actual, contienen en esos maravillosos papeles que usted ve c tanto desprecio...

— Bien puede ser, Padre, pero yo nada sé.

Iba á levantarse fray Tomás, pero de seguro tenía g nas de charla, pues continuó con unción:

— ¡Los altos juicios de Dios! ¿Quién habría creído, se lo hubieran contado, que Tomás Gómez vendría á da México como capellán de Sus Majestades, nada menos q treinta años después de haber salido de su patria? Yo s alicantino y entré al noviciado en un monasterio de la gla de N. P. S. Francisco, en un lugarejo del reino de V

encia. Profesé allí, y tenía apenas veinte años cuando se
esencadenó la horrible tempestad que hizo salir de sus
onventos á los religiosos que por casualidad pudieron sal-
ar la vida... Pero la vocación me tiraba, y no queriendo
ecularizarme ni esperar el restablecimiento de la orden
ráfica, salí para Italia en un buquecillo que hacía el trá-
co de Levante; de limosna llegué hasta Roma, besé la
ndalia de Su Santidad, y llevando en el bolsillo cartas
ie me entregó el cardenal secretario de Estado, toqué á
puerta de un convento de franciscanos en Florencia.

Llevaba allí buen tiempo, había conquistado fama y
édito, me contaban entre los Padres graves de la provin-
a de Toscana, cuando recibí invitación para pasar al
stillo de S. M. á enseñarle la lengua española. No puedo
nderarle los rápidos progresos que hicieron los Archidu-
ies en unos cuantos meses; bástame decirle que cuando
ialesquiera otras gentes hubieran estado balbuceando la
ngua, ellos ya la hablaban con soltura y primor... Pedí
cencia para tornar á mi celda, pero Sus Altezas (que
ida más eran entonces), lejos de darme la venia me pro-
isieron continuar como maestro de toda la servidumbre
ie pensaba traer acá. Acepté y cátate al fraile hecho pe-
quito, es decir, enseñando á toda la gente de Miramar:
ista á autor me metí, pues queriendo ahorrarle trabajo
mi lucida clientela, redacté una gramática española é
aliana que dió buenos resultados... Me retiré por fin, á

mi casa; pero S. M., que me quiere de veras, me h
proposiciones por medio de mi prelado para venir á co
tinuar mi magisterio en estas remotas regiones — y ac
estoy para servir á usted y á Dios... — Y vea usted có
yo, echado de mi tierra por la revolución, vengo á
país antes agitado por revoluciones y al lado del q
trae la paz. ¡Designios impenetrables de Su Divina M
jestad!

Se levantó de su asiento fray Tomás después de cons
tar la saboneta que traía pendiente del cuello y me dijo
salir:

— Ya la conocía de nombre porque había oído hab
mucho de usted... No nos conocimos porque cuando us
llegó á Miramar, ya estaba yo en mi pobre y apartado
gurio toscano... Que todo sea para bien; que usted se
vierta...

Al levantarme debe de haber brillado la alhaja q
acababa de ponerme al cuello, porque el Padre excla
con prisa:

— ¡Jesús, qué joya tan linda! ¡No la traiga tan sin p
cauciones, que la puede perder!.. No sé, pero parece
hay ladrones aquí, en el Palacio, en la casa del Empe
dor: le han robado á mi señora doña Pepa Cardeña q
todas sus alhajas, que las tenía riquísimas... Lo reco
porque cabalmente iba entre esas cosas una medalla ric
sima de la orden de Guadalupe... Nunca es bastante el c



La Emperatriz Carlota

THE NEW YORK
PUBLIC LIBRARY

ASTOR, LENOX
TILDEN FOUNDATIONS

e se tenga con las joyas ricas, porque hay cada
. Yo, se lo diré á usted bajo secreto, gusto mucho
osas bonitas, y sobre todo de las alhajas: me parece
en el interior de cada piedrezuela de esas se halla-
o un ser chiquirritito, pero brillante y movedizo,
mirara con sus ojuelos penetrantes y finísimos...
ja es preciosa; que la deseche con una de terciopelo

ó el frailecito y yo pasé al aposento de S. M.,
tardó en llamarnos á fin de arreglarse para la

ndíamos á S. M. Concha Plowes y yo. Carlota era
lla, bien hecha, pero desmañada y sin gracia como
pocas gentes. Eso que en la tierra se dice, de que
que la ropa está como colgada de una percha en el
de las mujeres desgarbadas, con nadie tenía mejor
ión que con la Emperatriz. No sentía el traje, igno-
manera de darle aire, de animarle, de hacerle po-
idad y vida propias; y por consecuencia, aparecían
ísimas prendas que usaba como si fueran presta-
mo si provinieran de algún remate al martillo ó de
rreglo momentáneo en que no se hubieran podido
r imperfecciones, deshacer arrugas y domeñar plie-
beldes.

embargo, Carlota, que era amante de la etiqueta
nto como su marido, se metamorfoseaba al ponerse

el atavío de soberana. Le vestimos primero un rico tr blanco bordado de oro con aplicaciones de lindísimos g nates y sujeto por broches de esmeraldas. Le ceñimos pecho la banda de la orden de Malta; le pusimos al cue una *rivière* de diamantes; después dejamos colgando un llar de tres hilos de brillantes y esmeraldas; le colocan en el peinado una maravillosa corona de diamantes, rub y esmeraldas, que con sus colores recordaban los de nu tro pabellón, y acabamos por echarle á la espalda manto de terciopelo rojo que ocultaba todas las imperf ciones del corpiño y la falda y que caía en los bellos ho bros de Carlota como si fuera su único y necesario comp mento.

— Pregunte usted, me dispuso la Emperatriz, luego el arreglo quedó listo, pregunte usted si el cortejo pu ponerse en marcha.

Salí á la sala de Carlos V y me encontré á Pedro Cel tino Negrete organizando el Gran Séquito y más atarea que si tuviera que levantar en peso las torres de la Ca dral. Las personas de la primera y la segunda categor entraban por la escalera de la Emperatriz, la Sala de catán y la Galería de Pinturas, y se trasladaban á la s de audiencias del Emperador. El Gran Séquito se junt en la Galería de Pinturas. La entrada á los salones se ha por la escalera del Emperador, la Galería de la Guar Palatina y la de Iturbide.

dió el recado á Pancho Mora (¡cómo me acuer-
pantorrillas de tildío del famoso Pancho Mora!);
o transmitió á Almonte y yo torné al salón de Car-
omunicar á la señora que sus órdenes quedaban
s. Allí estaban ya la condesa del Valle, la mujer
ar, la marquesa de Vivanco, Pepa Cardeña y Con-
e, mujer de Adalid. Con el sombrero al tres bajo
la casaca bordada hasta en las entretelas, el pe-
de cruces y la sonrisa más cortesana que pudo
ante el espejo, llegó Pamuceno á anunciar á la
riz que todo estaba dispuesto.

os hasta la sala de audiencias del Emperador, pa-
a Galería de Pinturas, cogimos la Plowes y yo
nos del manto, atravesamos las Galerías de Itur-
la Guardia Palatina y bajamos por la escalera
rador para tomar la puerta central del Palacio y
s á la Catedral.

gar á la puerta oímos el himno nacional tocado
úsicas, la marcha entonada por las bandas y la
cañonazos rompiendo el aire rítmicamente. Ya
mos á caminar por la alfombra que habían ten-
le el Palacio, cuando escuchamos las voces de
Iora y de Pedro Celestino Negrete llamando á las
les y corporaciones, que se habían trasconejado
lemente por no sé qué disposición de última

Las músicas francesas cantaban á mi oído:

Mas si osare un extraño enemigo
Profanar con su planta tu suelo,
Piensa, ¡oh patria querida!, que el cielo
Un soldado en cada hijo te dió...

La voz de Mora gritaba sin cesar:

— Secretarios de ceremonias...

— Oficiales de órdenes...

— Capellanes honorarios...

— Caballeros honorarios...

— Médicos consultantes...

— Médicos de la corte...

Y el cañón, como si hubiera querido subrayar aquel voces, decía á cada llamado: pum... pum... pum...

Todavía oímos:

— Empleados superiores...

— Primer médico del Emperador...

— Ayudantes de campo...

— Caballerizos...

— Chambelanes...

— Generales de división...

— Grandes Cruces de Guadalupe...

— Consejeros honorarios...

— Consejeros de Estado...

— Ministros...

— Presidente del Supremo Tribunal...

— Presidente del Consejo de Estado...

sidente del Tribunal de Cuentas...
endente general de la lista civil...
aallerizo Mayor...
iosnero Mayor...
.n Chambelán...
.n Maestro de ceremonias...
na Mayor...
nas de Palacio...
ano repetía su frase rimbombante; clarines y seguían batiendo marcha, y tras lo de:

> Patria, patria, tus hijos te juran
> Exhalar en tus aras su aliento,
> Si el clarín con su bélico acento
> Les convoca á lidiar con valor,

cía á aquella hora y en aquel lugar una ironía :a, fueron llamados los destacamentos de la Guar-:ina, los mozos de espuela, los caballerizos, los ;, los lacayos, los ujieres y los ayudas de cámara, el cañón repetía acompasadamente: pum...pum...

ecibieron, digo, recibieron á Carlota á la puerta edral, el Cabildo y el Arzobispo, que después de gua bendita á la Emperatriz, se incorporaron al uito, tomando lugar entre el Limosnero Mayor y Mariscal de la Corte.

Labastida que se estrenaba de Arzobispo, como

Carlota se estrenaba de Emperatriz. Entonces vi de ce
al famoso é inquieto prelado. Había engordado un p
estaba más lucio, más *embarnecido,* más aseñorado que
París; pero sus ojos eran los mismos ojos candorosos,
prendidos é infantiles; su voz era tan meliflua como a
y sus actitudes tan decorosas y discretas como siempr
habían sido.



D. Pelagio Antonio de Labastida y Dávalos

—¡Ah! pensé, ¿
que eres tú el bata
dor, el belicoso
irreducible? ¿con
luchas contra Ju
y contra los franc
y estás dispuesto
char contra Max
liano? ¿Conque te
tas de que puedes le
tar al país medi
una palabra? ¿S
un canalla ó serás
hombre honrado? ¿Serás un apóstol ó un bellac

Pero maldito el caso que hacía Labastida de mis
guntas: seguía cantando el himno ambrosiano con voz
ra y un poco italianizada, exagerando un tanto las fin
de palabra y recalcando ciertos pasajes.

Volvimos al palacio conforme habíamos venido; las

yo pasamos á instalar á la Emperatriz y luego me
con la corte en la Galería de Pinturas.
a Cardeña, la mujer del general Salas, me conocía po-
o; pero al verme llegar se me dirigió resueltamente:
Por Dios, señora Jecker, que no me ha dejado usted
a con devoción!... ¡Qué alhaja más linda la que trae
lo! ¿Puedo saber dónde la adquirió?
no me la habían regalado, podía muy bien decir de
procedía; pero no era cosa de revelar intimidades
ero que llegara, que podía muy bien hacer plaza
noticia, dando un buen día á todos los desocupados
orte. Por eso en vez de decir: «me la ha regalado
nte», respondí sin inmutarme:
Es un viejo recuerdo de familia; perteneció no sé si
dre ó á mi abuelo, que fueron caballeros de Gua-
en tiempo de Iturbide... No he tenido más trabajo
ormar lo que dispone el nuevo decreto.
sí me lo figuraba, pues sólo en joyas antiguas se
as cinceladuras... Yo lo sé tanto más cuanto que un
mío, igual á éste como una gota de agua á otra, des-
ó de mi alhajero sin saber cómo ni cómo no... Era
un recuerdo de familia; perteneció al padre de mi
y es probable que haya sido fabricado por el pla-
e hizo el de usted.
Y no será el mismo, señora Salas? pregunté con re-
haciendo ademán de desprender el broche.

—¡Por Dios, señora Jecker! exclamó apenada la Salas; me aflija usted ni interprete mal una conversación inocen

— Ni usted crea que le dí importancia á lo que no tiene. Voy á enseñarle á usted el mecanismo con que se jeta el collar, á ver si es idéntico al del que usted perd

— No haga usted eso, me suplicó, deteniéndome las m nos: nos faltaría tiempo para pasar al salón del trono: nos llaman y no convendría que fuera usted sin sus signias.

En efecto, ya el Gran Mariscal me hacía señas pa entrar; ya la Emperatriz estaba en el trono, y luego nos colocaron en el sitio que nos habían destinado, em zaron las felicitaciones de los cuerpos del Estado, Maris Jefe del Ejército francés, colonia alemana y demás agru ciones. Aquello se prolongó enormemente, pues los feli tantes, sobre todo si eran del país, lanzaban discursos equivalían á uno ó varios volúmenes. El último de los f citantes fué don Luis Cuevas, que cuando todos aguar ban que hablara á nombre del Tribunal de Cuentas ó no sé qué Tribunal á que pertenecía, empezó á leer... oda de dos mil quinientos versos con este tema fecund mo: «Chapultepec convertido en mansión imperial».

Por no cometer una falta al protocolo, Carlota agua aquella tenia versificada, que bien habría llegado al ca llo en proyecto, subido hasta el pararrayos, vuelto á xico y restado un buen trozo con que ahorcar al autor.



— ¿Cómo, señora? — Echándose por la cabeza los faldones...

THE NEW YORK
PUBLIC LIBRARY

ASTOR, LENOX
TILDEN FOUNDATIONS

mperatriz pálida de ira y de cansancio, mas tuvo necesaria para responder á las felicitaciones en francés, inglés y alemán, en el idioma que le ha- dirigidas.

stado escrito que no habían de terminar las de- le S. M. con la lectura del esperpento de Cue- la tarde había dispuesto un gran banquete, y á onvenida Pancho Mora avisó á Almonte que todo to; Pamuceno lo comunicó á los Emperadores, que n en la Sala de Carlos V y que se dirigieron á la ncias, pasando por la Galería de Pinturas, dete- en la de Iturbide, donde estaba dispuesto que á los convidados.

pañaba á la Emperatriz una dama que iba á pre- á los invitados que no pertenecían á la corte, y al or Felipe Barrio, que acababa de engalanarse ítulos de conde de Alcaraz y vizconde de Casa Empezó Carlota por el extremo de la fila que ocu- a... pero no, no diré su nombre, porque no quiero e sus últimos y cansados días. La dama hizo la ción, y cuando Carlota se inclinaba, la dama pre- espondió con un:

ué hace, Carlotita? ¿Cómo le ha ido, mi alma? — trataba de darle el abrazo mexicano.

nperatriz se sintió de seguro con ímpetus de cas- iendres á la importuna, pero supo dominarse y

pasó á la señora siguiente, que estaba un poco más duc
en negocios de corte.

La comida, ¡Jesús, no quiero recordarla! Si en ese
no se convencieron los monarcas de que no habían de
cer letra con los mexicanos, deben de haber tenido la n
jor correa del mundo.

¡Qué servicio! Entre plato y plato pasaban muchos
nutos; el vino era malo y estaba torcido; los criados p
cedían quizás del peor de los figones, pues lo que llevab
lo llevaban tarde, mal y de mala gana. ¡Y aquello hal
costado seis mil pesos y estaba á cargo del cocinero may
de S. M.! El marqués de Rivas Cacho, que estaba á mi lac
pidió un tenedor á uno de aquellos modorros sirvientes;
chico fué á traer el instrumento; pero como viera al pas
por un espejo que su peinado no tenía la cantidad de ba
dolina que había menester, se peinó con el tenedor y
llevó al marqués.

Nos reíamos del incidente Mora Villamil y yo, cuan
me fijé en dos ó tres desconocidos que me habían llama
la atención por sus caras patibularias.

—Son caballeros muy distinguidos: aquí se les llama
señor General, el señor Coronel, el señor Consejero de
tado, el señor... lo que usted quiera. En los caminos se
llama *compadritos, mañosos,* conservadores y liberales
Ese que nos mira tan foscamente, de grandes barbas,
frac que parece hecho en el cuerpo y de cuello taurino,

Cantimplora, guerrillero que entró á saco en diez
ıblos, violó diez doncellas en un solo día y mató
ios y por su propia mano á ciento cincuenta ene-
Ahora es el señor Consejero de Estado, Gran Cruz
lupe, etc., etc... El que está á la derecha de Do-
ıezada, es otro que tal: le llamaban *El Gallo Pita-*
como le hubieran sacado de la cárcel para sus-
la justicia francesa, él habló con el Emperador y
ıe le reconocieran el grado de general que se ha-
á sí mismo... Sigue á la izquierda de Faustinita
un mozo de buenos ojos, cabellera rizada, nariz
y modales encogidos... ¿Sabe usted quién es?...
mote de *Pájaro azul*, y voy á explicarle á usted
de pájaro es: roba, estupra, mata, secuestra,
o es claro... pero tiene la especialidad en su
e infligir tormentos, pues ha inventado muchos
ı la pena por la novedad y la gracia que revis-

ı seguido el buen marqués diciendo nuevas gra-
ájaro cuando me distrajo un ruido especial y vi-
ɔjeto que rodaba hasta encontrar el plato de la
iz: mi señora doña... una aristócrata de vieja
ue aseguraba haberse codeado con todos los re-
be, había tratado de romper un huevo emplean-
ıquinilla que entonces estaba muy en boga; pero
ıto marró ó la vieja dama no supo hacerlo funcio-

nar, y el huevo fué á rodar por la mesa dejando rastro clara y yema en el mantel. Cuando todos nos veíamos pantados, la autora del sucedido exclamó en voz alta:

— ¡Maldito *blanquillo;* si estaba duro como piedra!. luego ¿quién entiende estas *estramancias?...*

Siguió el servicio, que por cierto era unos delicioso *llotines de cailles en cerise*, cuando sentí que me tiraba vestido una señora que llevo mencionada varias vece estas páginas. El general Berthier, que estaba entre dos, se inclinó un poco para que ella pudiera hablarm debe de haber oído lo que me indicó creyendo darme buen consejo:

— No coma ese animal, que va á hacerle daño... corrompido...

— No, señora, exclamó Berthier; está delicioso; p belo usted; ha sido el único plato bien servido.

Hizo mi amiga grandes impulsos por enterrar el di en la carne sabrosísima del ave, pero se le resistía; pre dió comer la gelatina, pero se le figuraba que habían p to allí por broma aquella cosa movediza, desabrida, i lora, mechada con pedacitos de algo que parecía ca vegetal.

A poco empezó á oirse, primero discreto y apag después claro y distinto, el golpear de tenedores y cu llos contra la mesa: eran los nuevos consejeros, gene y coroneles que habían cogido de las fuentes nueces

y avellanas y las cascaban á su sabor buscando
dísimo empeño hasta los últimos pedacitos comi-
ınos que no encontraban suficientemente capaces
de los cuchillos, cascaban la nuez ó la avellana
ientes, y sacándoselas de la boca comían la fruta
.

cómo conseguiría Pedro Negrete que hubiera un
ilencio en la asamblea, pues cuando sonó el primer
del champaña ya había cesado la tarea de los
y Almonte estaba en pie, con la copa en la mano,
un brindis conceptuosillo y fastidioso, «que para
ento aprendió de memoria», como el elefante de
.

ıs acabó su discurso el Gran Mariscal y empeza-
:enderse fósforos, á salir cigarros y puros y á que-
las llamas de las velas ó en las de las cerillas que
istas; eso sí, con el ceremonial vigente entre los
ıs: «Encienda usté...» «No, después...» «Está en
ıno...» «De estos chiquitos...» «No, gracias, soy
ıllo...»

ta estaba como unas granas y habría confundido
lo confundir á aquellos bellacos si no hubiera vis-
marido apencaba con los violadores de la etique-
oso quizás de que los muy maulas se pasaran á la
a. Pero cuando no se pudo reprimir fué al ver que
ra que estaba inmediata á ella encendía en la bu-

jía el *macuchito,* lo encorvaba, lo doblaba, le daba chupetes, y tendiendo la cajetilla á la Emperatriz, le d en voz alta:

—¿No chupa V. M.? Son legítimos del Monzón...

—Gracias, señora, me lo prohibe mi médico, dijo lota levantándose enojada y resuelta á no convidar á n sin haberlo sujetado á examen de urbanidad y buenas neras. Mas iba tan excitada, que cuando vió que Faus Gutiérrez se tapaba el escote del corpiño con la cola traje para no recibir el aire y la lluvia que entraban una ventana abierta, le dijo á Almonte en voz claram perceptible:

—¿Y usted, general, no se preserva de la lluvia?

—¿Cómo, señora?

—Echándose por la cabeza los faldones del frac: n le ajen ó se le manchen los bordados con esa lluvia im tuna; es menester que seamos económicos.

Rió Almonte como si hubiera oído la cosa más grac de su vida, rieron todos los que se hallaban cercano hasta la misma interesada, que se disculpó con sus enfer dades, rió con risa de conejo. Por eso no escucharon la versación que sostenían tres ó cuatro de los nuevos G des Cruces, Oficiales y Caballeros de Guadalupe qu habían segregado del Pequeño Séquito para continuar mando sus tagarninas.

—Amigo, si con estos *chupiturcos* anda uno como e

luego las malditas colas... ¡Qué diera yo porque
n así en Pungarabato!...

apedreaban los muchachos, don Rafael.

me traje aquí á mi compadre Fabián.

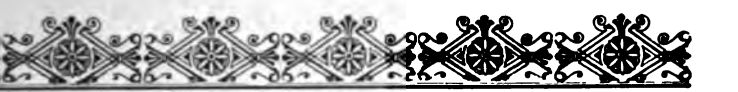
, compadre, francamente, ni quería venir...

no quería venir no más porque no le habían con-

e parece poco?

yo le dije: «Vamos, compadre, á comer con el
or...» —«Pero, compadre, si no tengo *leva* ni estoy
...» —«Lo de la *leva* no le hace; se la manda ha-
na mesmo; lo del convite, menos: un convidado
á cien...» —Y me lo traje, porque como la invita-
a: «Señor coronel don Rafa. l Trejo y señora», yo
le señora á mi compadre Fabián.





CAPITULO VI

Haroum-al-Raschild

siete de Julio, al día siguiente de la recepción pa-
aciega, entró como teniente de la Guardia Pala-
ina mi adorado Aquiles: aquel fué para mí un
ran día, un día de los que se marcan con piedra
Después de la comida se improvisó un bailecillo,
ó á dar unas vueltas y cuando nos sentamos te-
rreglado ya todo lo tocante á la forma de vernos.
ra lo más mono: había alquilado una casa sola,
etirada é incapaz de ser descubierta por el más
había amueblado y la ponía á mi disposición
celebráramos en ella nuestras entrevistas.

pobre y pequeña; pero sea como sea, se volverá
o á la hora que la ocupes.

é la mano á Aquiles y le miré con toda la ternu-
alma. No puedo negar que estuve chiflada por

Aquiles, que me había cogido de la nuca y me zarand
como á una chiquilla. Nada, nada veía, sabía, oía, n
tendía, que no fuera por los ojos, el entendimiento
orejas de mi bien amado. ¡Ah, poetas necios, que ha
del primer amor, de ese fruto verde y sin substan
como de lo más bello y sabroso que existe! El amor,
sificadores hueros, llega cuando llega; no al primero,
segundo, ni al quincuagésimo afecto. Yo le había esp
do siempre como si me hubiera dado cita para un l
que ni él ni yo sabíamos; pero estaba segura de que
dría; y llegó al fin como rey y señor de mi alma, a
brándolo todo, alegrándolo todo, transformándolo to

El domingo, que terminó mi servicio en Palacio,
ve nerviosa, violenta, disgustada, alegre, furiosa, tr
llena de los sentimientos más contradictorios... A las n
de la mañana llegaba en calesa de punto á una casa
calle de Necatitlán, de cuyo número no quiero acorda

—¡Qué rumbo tan singular ha escogido Aquiles! ¡C
tos ensabanados; cuánta gente sucia y pobremente
tida; cuántos chiquillos desnudos; cuántas zanjas de
biertas; cuántos establos de vacas tuberculosas; cu
pobreza y cuánto descuido!...

Pero al pensar que me iba á reunir con él, enco
los montones de basura ricos de color, ricos de olor
belleza ricos; los guijarros de una plazuela por dond
coche pasó dando horribles tumbos se me figuraron e

rillantes y rubíes que lanzaban sus mejores rayos
que me acercaba á mi amado; y hasta vi á los chi-
odearon el coche, á las mujeronas que se detuvie-
·me bajar y á la vieja á quien pregunté por la
ón, como las gentes más finas y bien criadas que
en el mundo.

la derecha, primera puerta, número veintidós, me
ortera.

como mi optimismo no pudiera impedir que la
ie pareciera la más triste, incómoda y fea que
visto, mi imaginación acudió en mi auxilio:
una vieja novela en que el amante lleva á su
á un horrible edificio lleno de moho y podre-
ella se desconsuela, y cuando se abren las puertas
·io ve un palacio, un gran palacio lleno de cosas
; y caras.

oco me duró mi placer: la habitación era de la
as otras que había visto al pasar: una cama de
ıeva y limpia, eso sí; una cómoda, un diván, un
roperillo de mala muerte y dos sillas componían
je; sin que alegraran aquellas paredes desconcha-
ellas puertas vacilantes, aquellos vidrios tristes y
i un cuadro, ni un tiesto de flores, ni una chuche-
s que las mujeres buscamos, porque solemos darle
r al adorno que al vestido.

rdó en llegar Aquiles y no tardé yo en olvidar

todas mis sorpresas y todas mis desazones. El dúo de a
empezó lleno de ternezas y de entusiasmos y acabó ll
de recriminaciones y de escenas de celos.

— Tú, le dije, has conservado tu cuarto en la cas
eso no me gusta.

— Es el cuarto de Zanetti; el mío tú sabes bien q
lo habita... Necesito guardar mis cachivaches en alg
parte.

— Pero tienes habitación en Palacio.

— Y en ella viviré; pero no conviene desalojar aqu
definitivamente... Un cambio de posición me haría pe
ese excelente cuarto, que nada me cuesta y que me s
de mucho.

— ¿Y no irás allá por ver á la hija de don Alonso?

— ¿Qué Alonso? ¿El viejo fuereño que te acompañ
ver la iluminación?

— No hay otro en la casa.

— Es muy sosita; tiene tan poca gracia...

— Pero es muy rica. .

— Muy... Quítale el muy; tendrá tres ó cuatro m
de duros con lo que sobra para que aquí le vean á
como un rico que apenas Fúcar puede descalzarle.

— Tiene más de medio millón.

— Pues ni con medio, ni con un millón, ni con t
los millones del mundo, puede igualarse esa criatura á
nena disputadora y furiosa.

›e veras, Aquiles de mi alma?
: veras, vida mía.
lamos aquella reconciliación con el beso más ar-
e nuestra vida.
ahora no pensemos, declaró él, en celos ni en ton-
amos á hablar de cosas gratas... Ibas muy linda
l cumpleaños del Emperador.
a así porque llevaba encima una alhaja que había
de besos, y que me había mandado la persona
quiero en este mundo.
'e gustó?
'a lo creo que me gustó! pero más me gustó la for-
ada con que la pusiste en mi armario... ¿Cómo te
iste al Palacio, duendecillo? ¿Quién te dejó entrar
abitaciones, malhechor?
mi secreto, como dicen en las novelas.
ıes sorpréndanme así no tus regalos, sino tus vi-

ro basta ya de agradecimientos por una cosa que
e. Dime qué hay de nuevo por el Palacio.
ferí con la mayor gracia que pude todo lo que ha-
do en la comida, y él que lo sabía de antemano,
contento:
sí, ya lo sabía; pero para que veas que soy más
que tú, no te recrimino ni te hago escenas por
con que te obsequió el viejo Rivascacho.

— ¡Qué flores, ni qué niño muerto!... Me dijo cosas que se dice á cualquier vecina que no es un monstruo

— Algo más, algo más; pero ya ves como tengo fianza en ti; ni una palabra te reprocho.

— Es que sabes que me tienes cogidita del corazó que no he de conseguir soltarme de tu poder ni á tirones.

— ¿Y qué hace la Emperatriz?

— Casi nada; la buena señora habla tan poco, tien humor tan variable, es tan orgullosa...

— En cambio el Emperador es un encanto. Piens más si no tiene chiste lo que te voy á referir. El día entré á la Guardia Palatina recibí orden de pasar á á S. M. Ya me esperaba Maximiliano envuelto en una capa negra, tocado con sombrero ancho y vestido con je de charro.

— Hola, vizconde, me dijo, preparaos porque tene que salir de aventura.

Me chocó lo de aventura, porque sabía que S. M. e persona más formal del mundo y que se acostaba di mente á la hora de las gallinas.

— Sire, le pregunté, ¿qué preparativos debo hacer correr la aventura á que se refiere V. M.?

— Envolveos como yo en una capa, cubríos con u estos sombreros mexicanos que tan bien tapan el rost venid en seguida á buscarme, que ya os estaré espera

ıse en la traza que Maximiliano exigía, y llegué su presencia; él ya estaba listo y daba vueltas en or ocultando bajo la capa algo que de seguro de-evar á la expedición.

os del Palacio por una puerta excusada, atrave-



les hediondas, tristes y obscuras en que apenas gún sereno dormilón, alguna pareja de léperos mbaleaba, unos novios que se decían ternezas ó ue huía espantado al mirarnos. En algunas acce- oía roncar; en otras se percibían rumores de ; de algunas salían quejidos de guitarra, lamen-ición, voces apagadas que á veces parecían risas

y á veces lloro. Seguimos adelante hasta llegar á la c
del Arco y nos paramos en una puerta que dejaba s
hacia el umbral un reguero de luz. Dentro se oían v
de *¡ahó! ¡ahó! ¡ahó!* y hería las narices un olorcillo g
y suave que no tardaba en confundirse con los desagr
bles que salían de las atarjeas.

— Tocad, me dijo el Emperador.

Con la empuñadura de mi sable toqué la puerta, p
el mismo acompasado *¡ahó! ¡ahó!* siguió percibiéndose
rante un gran rato. Volví á tocar y entonces oímos
voz no aguardentosa, sino la que si hablara usarí
chinguirito en persona, que decía á gritos:

— ¿Quién?

— Decid que me abran, ordenó Maximiliano.

— Abrid al Emperador.

— ¿Qué dice?

— Que abran la puerta para que pase S. M. el Em
rador.

Dentro se oyó un coro de silbidos, carcajadas, grit
golpes en las artesas contra las tablas.

— ¡Fuera!

— Son unos franchutes borrachos.

— ¡Mueran los zuavos!

— ¡Muera Napoleón!

— ¡Fuera!...

— ¡Muera Marsimiliano!

luera el tudesco!

lueran los gabachos!

luera el austriaco!

í á tocar y la gritería subió de punto.

í á tocar y subió de punto la algarada.

ıyanse á su cuartel, gritó por el ojo de la llave cascada; aquí estamos trabajando y no tenemos broma.

brid, os digo, ó llamamos á la policía!

ámenla y verán cómo paran en la cárcel... Borra-svelados, *sinvergüenzas*... Con media palabra que ıl señor Azcárate, se van á dar á la Martinica.

o siguió un coro de imprecaciones, de gritos y , el sonar de hojas de lata y el patear el entari-

ué buena se la han puesto, hermanos franceses! o adelgazando la voz.

amen al gris.

, tú, nos come el gris.

reno, sereno... Aquí no quieren abrirnos para que nuestras *copetonas*.

cantina es á la vuelta.

een que tenemos *chinguere* y por eso nos tocan.

'uera!...

luera Francia!

ıño escándalo tenía que atraer al sereno, que llegó

poco á poco, con su chuzo, su linterna, su capotón y su sombrero aplastado.

— A ver si dejan de hacer ruido... *No hay orden* de escandalizar en la noche... Cuelen por su camino... Militronches estos más faltosos... No se da uno abasto con sus broncas... Cuelen...

Maximiliano se desembozó, sacó de entre los pliegues de la capa una linterna sorda, y acercándosela al rostro dijo al sereno estupefacto:

— ¿Me conocéis?

— ¡El Emperador! balbuceó el nocturno, muerto de miedo.

— El Emperador soy, en efecto, y el señor es teniente de mis guardias... Tocad para que nos abran, que tenemos que entrar.

El sereno empezó á golpear la puerta y no tardó en conseguir que abrieran un poco las hojas pesadísimas.

— Pero, vecino, que nos moleste usted por el gusto de unos borrachos.

El vecino empujó la puerta, el Emperador penetró á la estancia iluminada de trecho en trecho por unos candiles de aceite, y preguntó con decisión:

— ¿Cuántos hombres hay aquí?

Entre el polvo, las artesas, las tablas forradas de zinc, las hojas de lata llenas de pedazos de harina modelados conforme á yo no sé qué reglas y el montón de masa en



ron hasta treinta hombres flacos, con los cabellos
y la barba hirsutos...

THE NEW YORK
PUBLIC LIBRARY

ASTOR, LENOX
TILDEN FOUNDATIONS

vía flotaban las yemas de huevo y los trozos de
, salieron hasta treinta hombres flacos, con los
y la barba hirsutos, en cueros de medio cuerpo
iinchados desde las pantorrillas hasta los muslos,
specto de miseria, de idiotismo y de tristeza que
horror. Todos se quedaron contemplándonos, no
nbrados ó contentos; sólo uno siguió sacando del
jas de lata con el pan colocado en filas.

icolás! gritó el de la voz de aguardiente; deja eso,
está Su Majestá...

la *presa* ¿*quién* me la paga si se echa á perder?
ombrachón aquel, que estaba iluminado por el res-
del horno, mientras sacaba hojas y más hojas con
edonda, aplanada y de mango larguísimo.

anaderos se asustaron al oir aquel desacato, pues
ban al Emperador un caballero de poquísimas pul-
tomaría venganza de lo que habían dicho contra él
r lo menos dispondría el fusilamiento de Nicolás.

nperador avanzó hasta ponerse cerca del hornero,
untó con cariño:

'enéis que pagar acaso el pan que se eche á

Sacarreal Majestá, con perdón de Su Sacarreal
no nomás pago el pan que se eche á perder, sino
el quemao, el que tiene sobra de color y el que
ta de color...

—Es inicuo; eso debería quedar á cargo del dueñ
la casa... Y quizás pagaréis también el pan que se rom

—No, Majestá, dijo un muchacho; el pan que se
pe, lo mismo que el que sale pegado, lo lastamos los
ros y los *atajadores*... Cuando una *presa* sale sin sal, la
el *mayordomo*...

—¿Cuántas horas trabajáis diariamente?

—Diez y ocho, patrón, contestó un viejo que ga
jeaba sin cesar, poniéndose negro á cada acceso de tos.
tres *presas* de pan de *virote*, cuatro de pan *español* y cu
de *pambazo*... Cada *presa* dura hora y tres cuartos.

—Naiden llega á los cincuenta años en este oficio
tengo cuarenta y dos y ya me ve Su Sacarreal Maj
parece que tengo setenta, explicó el vejestorio que esc
sin parar... Se nos hinchan las piernas, nos salen llag
Otros nos enfermamos del pecho...

—¿Y á qué hora salís?

—A ninguna hora, usía, interrumpió un cern
aquí dormimos y aquí nos traen la comida...

—¿Y á qué hora estáis con vuestras mujeres? ¿A
hora acariciáis á vuestros hijos?

—Si no semos casados, Majestá... Con perdón de
Su Majestá, estamos... pos así... juntos nomás con nue
señoras... Mujeres, no las tenemos... En otras casas les
miten á los panaderos que lleven á sus gentes; pero
tienen que encerrarlas por las cosas de los otros... q

; les gustan las pocas muchachonas que llegan

uánto ganáis diariamente?

ıbajando al *sopa*, cada *maistro* saca real ó real y por arroba de harina y tiene que pagar de allí á jadores...

cuándo salís á la calle?

ando nos atirantamos ó cuando estamos de muer-o modo no hay salida.

ntonces nos obligan á que nos fíen los compañe-icó otro; y si el que tiene la licencia se muere ó se ros pagan su *libro*...

ué libro es ese? pregunté, ya interesado.

libro, señor, dijo un muchacho atrevidillo y sim-onde costa lo que uno debe: «¿Se muere tu pa-to pa que le entierres». «¿Estás enfermo? Tanto cures.» «¿Echaste á perder una hornada? Tanto pagues»... Y de ese modo, cuando usté voltea la icuentra con que ya debe un dineral... Yo, debo pesos; este otro *chamaco*, docientos cincuenta; ín, el *sobresaliente*, quinientos; cuatrocientos el docientos el *aguador*... Cuando se pasa á otra pa-ienen que dar por uno lo que debe en dinero: así ıan los *panistas*...

sto no es la esclavitud, me dijo el Emperador... (dirigiéndose á los panaderos), de hoy más no

existirá para vosotros sino el trabajo libre. Nada de prisiones, nada de encierro. Si queréis seguir este oficio lo seguiréis, pero podéis venir cuando lo tengáis á bien... Las deudas las pagaréis poco á poco ó no las pagaréis; pero no se os encarcelará, ni se os maltratará, ni se os obligará á responder por otros. Trabajo libre, eso debéis buscar, y si el dueño os molesta ú os persigue, será duramente castigado.



Las caras de aquellos infelices transparentaron escepticismo, esperanza, temor, gozo, y después de un buen rato rompieron en un estruendoso:

—¡Viva el Emperador!

Salimos seguidos de las bendiciones de todos los panaderos... de todos no, que el *hornero* siguió sacando pan rítmica, devota y mecánicamente.

¡um! rezongó... Como si Su Sacarreal Majestá juera más que el patrón Pedregal, que es tan riquí-

os después á las panaderías de Sordo, de Zuleta, uet y de las *Delicias*, y en todas pasaron escenas es. En la de San Juan de Letrán hubo una varia- s echaron unos perrazos de presa que infundían lo de verles.

mos al Palacio á eso de las cinco de la mañana, perador me dijo suavemente, al entrar á su apo-

mos trasnochado como unos calaveras, pero he- ho algo bueno... ¿Qué dirán ahora en Europa, seguran que el archiduque Maximiliano no em- osa que valga la pena?

es fumó un cigarro, tomó aliento y prosiguió con

eno es lo que te llevo contado, pero no tiene com- con lo que pasó anoche.

a impaciente porque mi amante me dijera chico- hazañas del Emperador, pues éstas al fin vendría s, y si no las sabía, nada perdía con ello.

oche, continuó Aquiles, nos encaminamos direc- á la Acordada... Tú no sabes lo que es una cárcel, os te figuras lo que es una cárcel mexicana... Nos puerta el primer truhán que nos encontramos á la

mano y pronto estuvimos en el patio de la prisión. ¡
ruido y qué escandalo había allí! Tirados por el suelo á
nera de ovejas moribundas, estaban los pobres presidia
ora desnudos, ora tapados con *garras* de zarape, ora ag
pados calentándose los unos con las carnes de los otro
Una rueda de cincuenta ó cien pelados jugaba naipes
luz de una vela de sebo; y, detalle característico, cerca
montero que recogía los roñosos tlacos de los jugado
había un cuchillo para traspasar la mano del que quis
levantar muertos, ó sea recoger apuestas ajenas... Pasea
nuestras miradas por aquella agrupación, sin que n
nos hiciera caso, y así pudimos ver las paredes mugrie
á causa del humor de las chinches, que tapizaban tec
paredes y suelo y de los cuales bichos se defendían los
sos matándoles sin piedad; una diosa Themis sin bra
pies ni cabeza, imagen de la justicia que se imparte a
y una serie de antros de que se desprendía el olor fé
que sale de los lugares donde duermen aglomeradas
chas gentes sucias.

Habríamos continuado allí no sé cuánto tiempo, s
hubiera promovido ligera agitación en el grupo una
que empezaron dos jugadores, el uno armado de cha
y el otro de filoso puñal. Gritaron los presidiarios, i
vinieron los *presidentes*, se formó grupo compacto al
dor de los peleantes, y cuando llegó el jefe de la pri
no tuvo más que hacer se trasladara al hospital al

ra las tripas, y que se incomunicara en un *separo* abía triunfado.

mperador se dirigió al recién venido, y con ade- petuoso pidió licencia para permanecer en la

icencia? Vuestra Majestá puede estarse cuanto que yo y todos los presentes estamos á sus órde- lamó zalamero el alcaide, que de fijo conocía al lor.

miliano empezó entonces á examinar la prisión y tar las quejas que tuvieran los reos contra el Go- sus empleados. Casi todos los presos desfilaban M. sin decir palabra, asustados, medrosos, quizás temor por si encerraba aquello una celada que isiera tender para hacerles confesar sus faltas. Por ojo de aspecto desvergonzado, el cabello sobre el a boca de oreja á oreja, dijo en voz alta:

re-Dios, que al fin no me han de hacer una *ile-* s, señor, aquí hay la *costelación* de quitarle á uno s siempre que llega, diciendo qu'es pa la función ra Señora de los Dolores... El presidente mayor es coge el dinerito.

ientes y eres un hablador! gritó un vozarrón de ja- pareció en seguida un palo de encino, tras el palo o peluda y tras la mano un brazo con chaqueta cán.

— Encierren á ese bandido, ordenó tranquilamente Emperador.

Se llevaron al insolente, que no tardó en compren el horrible desacato que había cometido, y tras el cojo f ron pasando uno que se quejaba de no tener abrigo, c que deploraba la dureza de los frijoles, un tercero que q ría se aboliera la *culebra* (como se llama á los golpes los presidiarios dan á obscuras á los novicios), y un cua y un quinto y un sexto solicitando cosas justísimas.

Maximiliano fué disponiendo lo que creyó pertine y en seguida empezó á preguntar por el estado de los p cesos. Uno, estaba en la cárcel hacía ocho meses, sin nadie se hubiera incomodado en darle cuenta de cuál la causa de su prisión; otro, había cumplido su cond «había hecho un año en las últimas pixcas»; otro, est preso por llamarse como un famoso criminal que se ha evadido cuando le tocaba salir al preso actualmente, alcaide había conservado á éste hasta que capturaran tocayo. En fin, era tal el número de iniquidades, de güenzas, de infamias y de picardías, que duramos hast amanecer apuntando todo en un libro muy gordo qu Emperador llevaba dispuesto. En seguida repartió S. cuanto dinero tenía en los bolsillos, que no era mucho pidió el que yo llevaba, y salimos contentos y satisfe para continuar nuestro trabajo del día siguiente.

Aquiles fumó un cigarrillo, guardó silencio un b

ego quedó perplejo, como quien pretende resolver
sultando con el techo ó con las paredes.

í alguna cosa que se me figuraba interesante y
continuó callado; dije cosas lisonjeras, cosas tier-
s dulces, y él continuaba más ensimismado.

tienes algo, le dije; tú me ocultas algo.

da tengo, te juro que nada tengo.

e sí...

e no...

no te quiero, conozco bien que algo te aflige; como
quieres, no me haces partícipe de tus penas...

e no te quiero... Penas... ¡Qué tontería!

penas; bien dicho... Niégame ahora que algo te
...

sas del servicio.

r cosas del servicio no se pone esa cara, ni menos
e está en buena compañía.

ué quieres? Yo soy así...

í es como no eres: descastado y falto de atención
migo.

tú te empeñas...

es que me empeñe; es que... como tú no me
.

digas eso, tonta; no lo digas ni en chanza; te
n toda mi alma.

es entonces, ¿á qué viene esa reserva?...

— Es que lo que me aflige vale tan poco la pena... sas de dinero.

— ¿Necesitabas dinero y no me lo decías?

— ¿Y qué ganaba con decírtelo?

— Que yo remediara tu situación.

— No me ofendas diciendo esas cosas...

— ¿Ofenderte? ¿Por qué? ¿Acaso lo tuyo no es r Pues ¿por qué lo mío no ha de ser tuyo? Te he entreg mi alma, mi albedrío, mis sentidos, mis potencias, mi razón y todo mi ser, ¿y no te había de entregar unos c tos tejos de metal amarillo?

— Sí, sí, muy ingenioso; pero no por eso dejaría d una infamia recibir los tales tejos...

— ¿Infamia?... ¿Por qué había de ser infamia? cuenta que ya nos casamos y que te doy mi haber p que dispongas de él á tu antojo...

— Sería caso distinto, apuntó Aquiles haciendo mueca.

— No veo yo la distinción...

— Yo sí la veo... En fin, que no puedo, que no pue

Quedamos un buen rato de morros, y entonces me rrió un arbitrio:

— Y si yo pudiera no regalarte, sino prestarte eso has menester...

— Eso sí me convendría. Al fin...

— Bien, pues dime cuánto necesitas.

s mil seiscientos pesos, dijo Lapierre... Pero los condición de que tomes un documento mío en que ue á pagarte en cierto plazo...

con réditos?

n réditos, está claro.

es he aquí lo que menos esperaba, exclamé rién-rme convertida en un Matatías.

otra manera no aceptaré...

en, bien, pues dame todos esos documentos que que yo los guardaré cuidadosamente, y llegado el pretaré los tornillos y te daré mil disgustos y te hasta el pellejo... Tú no me conoces cuando quiero e Shyllock: los pedazos de tu piel me han de pagar as barreduras de cobre que me salgas debiendo.

n papel que por casualidad se encontraba allí, es-rmé una orden para que Jecker entregara el di-os despedimos encantados.

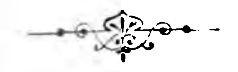
liós, usurera.

liós, rico.

ca tú, y monísima.

sta el jueves.

sta el jueves.



CAPITULO VII

El Emperador

. aviso decía: «Gabinete del Emperador. — Se hace saber al público que las pet es para audiencia, deberán hacerse los ..ies y sábados, personalmente y no por escrito. Se avisa igualmente peticiones de socorros deberán hacerse por escrito, ndolas en el gabinete, y no necesitan para ello, nas que las soliciten, audiencia de Su Majestad. del Gabinete, Félix Eloin.»

resenté, pues, en el gabinete, obtuve mi número ero de la serie) y subiendo por la escalera del Em- y pasando por las Galerías de la Guardia Palati- Iturbide, aguardé el instante de ser introducida á presencia. A las cinco en punto sonó el timbre que ba la llegada del soberano, pasó el chambelán de y un instante después el empleado de la Secretaría

particular, que estaba cerca de la puerta del balu
abrió la mampara de raso capitonado que comuni
con la Galería de Pinturas y gritó con acento alemán



—Númego uno... Siñoga Çontesa de Migavalle.

Penetré al salón imperial y me encontré á Maximi
en pie, fumando un cigarrillo apestoso que me hizo
un corto rato, y rodeado de tres ó cuatro perros g

ían de aquí para allá. El Emperador vestía levita, y zapatos grises en que se veían enredadas las ísimas trabillas; no llevaba chaleco, y á la luz del ente que penetraba por la ventana, parecía más y más enfermizo de lo que se me había figurado nar.

querida señora Ubiarco, dijo adelantándose á co- s manos y sin hacer caso de la reverencia que le racias á Dios que veo un rostro amigo... ¿Por qué abíais venido á ver? ¿Por qué os limitabais á la la mesa, en que estamos cohibidos por la eti-

re, temí molestaros porque teníais unos cuantos haber tomado posesión del mando... Y como los os de un gobierno deben de ser siempre dificilísi- a para naturalezas como la vuestra, de estadista y co...

miliano hizo una señal en que asentía á cuanto yo ba y al mismo tiempo me cortaba el discurso con ergía:

llad, señora, callad, que cabalmente estáis tocan- más sensible de la llaga... Este es un país nuevo pero más en lo que se refiere á la práctica de la tración... No hay de quién echar mano: todos los son ineptos, todos son traidores y todos son ladro- enéis á mis amigos los *cangrejos:* no podéis imagi-

naros torpeza más grande ni desconocimiento mayor
que es un gobierno: Felipe II, la inquisición, el abso
mo más horrible, no les asustan ni les afligen; el gob
en nombre de Dios, el anatema á la libertad y á cu
tiene relación con ella, las vejeces más desacreditad
más pasadas de moda se les figuran dogmas que no
den tocarse sin atraer el castigo del cielo... ¿De qué
que me acusan? De no haber adoptado el nombre de
nando, que es más español que el de Maximiliano;
poner la cruz sobre el escudo del imperio; de no llam
Emperador por la gracia de Dios; de haber dicho en
alta que no volverán los frailes y que se establecerá
bertad de cultos... ¿Cómo querían que introdujera
país una reacción ciega y brutal que me hubiera at
aquí la rechifla de las gentes y en el exterior el descr
y la burla?... Pensad qué se diría de mí en Europa si
teara como principio de gobierno una constitución qu
recería retrógrada al mismo Torquemada... Se equiv
los *pelucas viejas* si creen que soy ó me figuro ser el
nuador de la obra de los virreyes españoles: yo soy
tengo mis planes y mis proyectos, mejores ó peores q
de los otros, pero míos... Los liberales son menos ign
tes, menos incapaces; pero tan presumidos... Quiero g
nar con ellos para probarles que no sirven para na
Todo el mundo aguarda lo que ha de salir de aquí;
creen que Maximiliano I se dejará influir por éstos

Maximiliano I tiene su manera de opinar, y ya
mo no se parece á la de Santa Anna, ni á la de
, ni á la de Juárez... Ya me figuro el negocio que
uereis esperaros un poco á fin de que despache á
ísimos importunos que me aguardan? Ya veréis
os entretengo gran cosa...
e, me honráis demasiado...
el timbre y apareció el chambelán, que anunció
ta á Mr. Custome, riquísimo inglés que venía con
de establecer ferrocarriles en el imperio.
eguntó Maximiliano el objeto de su visita, y el
ue no era corto de lengua, empezó á hablar tra-
hacer patentes las ventajas de su proyecto.
, sí! le interrumpió el Emperador... Ya conozco
deseos; me los hace presentes S. A. el príncipe de
la carta que ponéis en mis manos; mas es el caso
o completamente de vuestra opinión: á este país
vienen los ferrocarriles de vapor... Las rápidas
es, las montañas escarpadas, las planicies cortas
nsiciones bruscas, indican claramente que lo que
nester es establecer líneas de ferrocarril de trac-
nal... Hay que hacer primero los caminos y luego
herrarlos, y no estamos ciertamente para esos pri-

e, articuló el inglesote.
el timbre Maximiliano, dió por terminada la en-

trevista, el inglés se levantó y entró en seguida un
de patillas blancas, limpio, bien criado y con aspec
hombre rico.

—¡Ah, Mr. Desbordes; cuánto me alegro de ve
Sentaos, sentaos...

—Sire...

—Referidme cosas nuevas de París...

—El Emperador...

—No, no os pregunto por él; tengo noticias fres
mi ilustre aliado y quizás las vuestras no lo sean ta
¿Es verdad que en el último Salón hubo injusticias
que jóvenes muy aprovechados tuvieron que emigra
cando un aura de libertad? La corrección académica
que ceder, no lo dudéis, ante las ideas de los nuevos
los hay de muchísimo talento...

—En verdad, Sire...

—Y contadme, contadme del último escándalo..

—No os figuráis, Sire, el horror que causó la n
de la pobre Mad. Bazaine: muerta envenenada, el a
moribundo, París excitado y el marido empezando a
á darse cuenta de la catástrofe y de la afrenta que
él ha caído.

—¡Pobre General!... Ya se consolará... Ya tra
consolarse... ¿Y sigue en boga *L'ami des femmes*?

—Tan en boga, Sire, que casi no se represent
comedia en los teatros.

llo ingenio el de Dumas... Pero, soy un tonto:
nte todo preguntaros por Mr. de Germiny...
r. de Germiny se recomienda á la benevolencia de
Majestad y me encarga ponga en sus manos...
ha de ser de seguro una docena de las truchas
rían en el vivero de Trébuchy, su riquísima pose-
pestre... Buenas truchas, ¿eh?
mejorables, Sire... Mr. de Germiny me encomendó
ra muy detenidamente del proyecto de banco im-
exicano...
h, sí, tenéis razón!...
e ha sometido á la aprobación de V. M.
aro, sí, estáis en lo justo: ya me encuentro al cabo
. ¿Y no sabéis quién haya construído esa soberbia
le Trébuchy? Pocas cosas he visto tan bellas como
s noches de luna, el Loire que parece de plata, las
s distantes, el caserío, el mugir de los bueyes...
icia!
ertamente, Sire. Mr. de Germiny, que me aprecia,
eo de que yo fuera quien...
ro, ¿no sabéis quién sea el autor de esa lindísima
?
figuro que lo sea Garnier, que restauró todo el
. V. M. verá en los datos que tengo el honor de
rle...
sabéis cómo deseo una obra semejante para Cha-

pultepec. ¿No habéis disfrutado de la vista del valle de México desde el alcázar de Chapultepec? Es deliciosa; no le cede á lo mejor que haya en el mundo: esta ciudad sucia y fea, los pintorescos alrededores, las lagunas, las praderas, los bosques, parecen paisajes de abanico chino... Ya veréis mi intento de restauración de Chapultepec: tengo interés en que los extranjeros ilustrados admiren ese proyecto, grandioso en verdad... aunque un poco caro.

— Tendré mucha honra en ello, Sire...

— Venid por aquí frecuentemente.

— Sí, vendré; con tanta mayor razón cuanto que deseo explanar á V. M. mi proyecto de banco...

— ¡Ah, sí, vuestro banco, el banco de Germiny! ¿no es eso?

— Sí, Majestad.

— Hablad con Eloin; él discutirá con vos y me pasará lo principal de vuestros planes y lo que hayáis acordado.

— Así lo haré, Sire.

— Sí, sí, hablad con Eloin...

— Escribiré á Mr. de Germiny haciéndole presente vuestra bondadosa acogida.

— Sí, saludadle... y saludad á las truchas de Trébuchy...

A poco apareció un hombrachón alto, colorado, de ojillos azules, de grandes pies y de voz ronca: mascaba tabaco y se parecía como una gota de agua á otra al Jo-



pareció un hombrachón alto, colorado, de ojillos azules...

THE NEW YORK
PUBLIC LIBRARY

ASTOR, LENOX
TILDEN FOUNDATIONS

le las caricaturas. Expuso un amplio sistema de
ción que consistía en traer veinticinco mil fami-
ricanas, de los separatistas, con sus esclavos, bes-
eros de labranza, para que se establecieran en el
que mediaba entre los Estados Unidos y México.
ero si me informa Eloin que no tenemos en el
a pulgada de terreno que dar, observó Maximi-

tal caso, Sire, dijo el otro sin hacer caso del ce-
, podemos ir á Veracruz, á Nuevo León, á cual-
o Estado que nos designéis.
d á Eloin...
e, ver á Mr. Eloin es lo mismo que abandonar ó
en contra lo que pretendemos: nos quiere mal
ía que vuestra gracia no llegara á asistirnos

d á Eloin... Le juzgáis mal... Mal juzgáis al po-
oin.
e...
os os guarde, general...
veces llamó Maximiliano y hasta la segunda apa-
la puerta un viejecillo á quien no pude reconocer
ya era tarde, y á quien después de haber visto á
los candelabros con velas de esperma que intro-
los lacayos, me asombró por su aspecto y por su
a el padre Robles vestido de limpio, guapo, bien

criado y sin la cargazón de espaldas que tan trist
pecto le daba.

—Señor de Robles, dijo Maximiliano con bondad,
víos sentaros; ya os aguardaba porque nuestro amig
padre Gómez me había hablado de vos y de vuestros
ritos... Ya tendréis noticias de que mi placer mayo
atender á las gentes que poseen algún saber ó que ne
tan de mi auxilio... Servíos exponerme vuestras teo
Sé que, tanto acerca de cosmografía, como de econ
social y de historia mexicana, habéis hecho grandes
cubrimientos. Decidme lo principal, que tengo sum
riosidad de oiros.

—Temería quitaros el tiempo, Sire.

—No tengáis semejante idea. No se pierde,
que se gana el tiempo cuando se invierte en oir á l
bios.

—Sire...

—Podéis empezar.

—Mi sistema astronómico estriba en la invalida
diría mejor, en la derogación del sistema de Copérni
en la rehabilitación del de Tolomeo.

Abrió tamaños ojos Maximiliano y dijo con
bro:

—Bien está; debéis de apoyaros en cálculos irr
bles; pero yo quisiera conocer alguna razón toral qu
viera de fundamento filosófico á vuestra doctrina.

fundamento consiste precisamente en la ignoa que nos encontramos acerca de la realidad del lel mundo...

mentir de las estrellas...

í es que lo único que podemos asegurar es que esı la tierra y que desde ella observamos cuanto : la tierra es, pues, nuestro centro de observaomo si de ella tiramos líneas para arriba, para para cualquiera de los lados, la tierra viene á ser de esas líneas, deduzco rectamente que la tierra tro del universo.

Iaximiliano de muy buena gana y prontamente

ro, Padre, os hago observar que lo que prueba do, nada prueba... Si tiramos líneas de la punta riz para arriba, para abajo y para cualquiera de , la punta de mi nariz vendrá á ser el centro del .

scóse el curita y quiso replicar; Maximiliano comque había ido en la chunga más allá de lo justo, ndo compensarle al inventor el mal trato, le dijo so:

ás me han hablado, padre Robles, de vuestro sisarqueología... Decidme algo, que quiero oiros ción.

i sistema, dijo el Padre, radica sólo en una cosa,

el conocimiento de la clave de que se sirvieron los me
nos para sus jeroglíficos.

—¿Y conocéis esa clave?

—La conozco tan bien, Majestad, que puedo leer
el jeroglífico más intrincado como si fuera el libro p
en el más puro y correcto español.

—¡Es maravilloso!...

—Es providencial: sólo por el favor de Dios he
do á comprender esos que parecían arcanos cerrado
comprensión humana y que habían permanecido ine
tables para s que valían muchísimo más que l
yo, pobre ig te, valgo y puedo saber jamás.

—¿Y cuál es la base de vuestra clave?

—La base es múltiple, ó más bien dicho, las base
varias, Majestad, exclamó Robles abriendo los ojos d
en par y meneando la cabeza con ademán de epilé
Estriba la clave en los números, en los alfabetos, e
veinte signos del mes jeroglífico, en la respectiva filo
de los idiomas y aun en los doce signos del zodíaco.

—Exponedme algo, que ardo en deseos de conoc
resultado de vuestros estudios.

—Son el punto de partida en el calendario de p
azteca los cuatro puntos cardinales: este, norte, oc
sur... Al contemplar Adán el sol por primera vez e
mó: *¡est! allí está Dios*... El símbolo de la divinidad
astro rey era oportuno, ya que el sol fecunda y viv

es eso sólo, sino que aquí entran los números
s al alfabeto en aquella palabra. Porque de la S
la L final hay diez y nueve letras, y el 19 es
tl, Minerva, la Sabiduría creadora... Cogió luego
l y escribió:

v. x. y. z. a. b. c. d. e. f. g. h. i. j. k. l.
4. 5. 6. 7. 8. 9. 10. 11. 12. 13. 14. 15. 16. 17. 18. 19.

ego hacemos el análisis de letra á letra, tendremos
a S á la O corren veinticuatro si[illegible]os, y en conse-
el día natural de veinticuatro [illegible]s alumbrando
ro hemisferio; y como la O, qu[illegible]s la letra 17 y
Ollin movimiento, el sol, la luna y las estrellas en-
umbrar la tierra, la cosa se explica perfectamente.
miliano estaba asombrado; el hombre de ciencia
lugar al soñador, y él, que no había visto en los
cos mexicanos más que muñecos estrambóticos ci-
culto abominable, empezó á mirarles como la re-
de muchísimas ciencias tan ignotas como nuevas.
ntinuad, Padre, continuad.
es, ya sereno y tranquilo, siguió así:
virtud de los números es inenarrable: todo lo su-
s á número, peso y medida; y la importancia de
umentos que nos han dejado los siglos como una
interrogación, es tan enorme, que Isaías excla-

mó sentenciosamente *Attende ad petram unde excisistis* número inicial, uno, se dice en el idioma de los aborí *Cipactli*, que en nuestra lengua castellana vale tanto el que mora en las alturas... El número tres es el del y por eso simboliza á Eva ó sea *Técpatl*... El cuatro fica la contradicción: entre la razón y la fe, entre el y la sabiduría, entre Dios y el diablo, entre Orzm Ahrimanes... Al cuarto día de la creación apareció e al cuarto año del pecado de Adán fué engendrado que está diciendo con su nombre clara y concretam *Caín los pecadores en la cólera de Dios*...

Así siguió Robles ensartando tal cantidad de desa acerca de los otros números, sacando para demostra necedades textos de las historias sagrada, profana, a y cochinchina, que el Emperador acabó por marears

—Quizás haya en la explanación de vuestra tesis de exagerado ó de preconcebido, pero el fondo debe rigurosamente verdadero... Ved á Ramírez... No, veáis; es arqueólogo y quizás por rivalidades de vaya á encontrar defectuoso ese trabajo que debe de ros costado algunos años de estudio.

—Quince, Sire.

—Pues bien, ved á Kuhahewich y presentadle es pel... ¿Cómo se llama vuestro libro?

—«Clave universal, certera interpretación y ci revelada. Los jeroglíficos mexicanos mostrados á la l

estudiados con arte y ciencia por Rafael de Ro-
iguo sacerdote de la observancia de N. P. S. Fran-
iien la dedica á S. M. Maximiliano I, Emperador
:o.»

ieno, bueno; con *Clave universal* basta... ¿Cuánto
is para la edición?...

:e, me bastan con mil pesos.

con Kuhahewich y presentadle este papel: es una
ra que os suministre ese dinero.

vantó el Padre y dió las gracias á Maximi-

vale la pena; no merece las gracias; yo soy quien
roslas por la honra que me hacéis dedicándome
ibro, y por la honra que reflejáis sobre México
tros meritísimos estudios... Adiós, Padre.

Robles y entró en seguida un sujeto que por lo
o y miserable fluctuaba entre *convidador* de gari-
diosero de los que asaltan á los transeuntes á las
a noche. Iba á proponerle á S. M. la busca de los
e Cuauhtemoc y *Motecouzoma*, que estaban guar-
la laguna de Texcoco, en la de Zumpango ó en
il de ellas. También tenía noticias exactas acerca
estaban los dineros de los monjes y frailes recién
los de los conventos é iba á solicitar el apoyo ofi-
emprender las obras consiguientes. Maximiliano
tos, oyó opiniones, miró planos en pergamino y

documentos escritos en papeles ratonados y aplazó al de
las *relaciones* para dentro de ocho días.

Al retirarse el sujeto mugroso y mal trajeado, escuch
todavía:



—¿Y habéis hecho el cálculo acerca de cuántos millo
nes importe lo oculto?

—Sire, solamente el sol de oro...

Un buen rato siguieron hablando en voz baja, y al fi

rador despidió al arbitrista, no sin ponerle en la
go que sonó como dinero en oro.

aron después uno que proponía el establecimien-
s fábricas de hilados; otro que quería se le enco-
la dirección de las obras que iba á empren-
. en los sitios reales; una vieja que se quejaba de
s por parte de la guarnición francesa de Tlalpu-
cinco ó seis señoras viudas ó huérfanas de milita-
pedían socorro para poder subsistir. A todos les
Maximiliano con buenas palabras, aplazando á
sfaciendo á otro, dando dinero á ésta y prome-
á aquélla. Se entretuvo largamente con un inven-
iseguraba tener sendos secretos para que los ca-
sbocados se pararan en mitad de la carrera; para
eventaran los tubos de cristal de las lámparas y
parar charol, cuero de Córdoba y telas incombus-
ambién había descubierto un tintero inagotable,
más resistente que el pergamino, un cañón auto-
un aparato para producir el movimiento conti-
ras muchas cosas.

niliano le oyó con bondad, y al preguntarle por
explotaba ninguna de aquellas maravillas, que
aisladamente le producirían muchos millones, el
entor empezó á gemir su desventura: aquí no ha-
cción para la gente industriosa: el pícaro medra-
nriquecía, pero el hombre serio y estudioso, que

se pasaba las horas muertas desvelándose por el b
tar de sus semejantes, á ese que le mordiera un p
Y todavía, si el inventor era extranjero, menos
pero para el mexicano estaban todas las puertas
das, todos los caminos tapiados, no había que pen
eso.

—No tengáis cuidado; yo me encargo de vuestro
to. Ved á Eloin y exponedle cuanto me acabáis de d
En mi gobierno no se verá que el mexicano amerita
fra desprecios ni menos que se le posponga al extr
sin valer. Ved á Eloin y podéis estar seguro de
vuestros inventos son de importancia, se os protege
Estado os comprará alguno ó algunos: por ejempl
explosivos que tan aplicables serían contra los disid
esas lámparas tan económicas que darían buen res
para alumbrar las poblaciones, ó ese cañón auto
que llamáis *cañón Maximiliano*.

Al fin cesó la entrada de pretendientes, y el Emp
me dijo como aliviado de un peso:

—Ya se marchó el último... ¡Qué fastidio, Dios
Creí que me acababa esta nube de pedigüeños... Aho
todo vuestro y podéis disponer del tiempo que
para hablarme de vuestro negocio.

Quedóse un rato como pensativo y luego exclam

—No puede negarse que es genial la idea de Ro
Tiene talento el Padre... Ya sé lo que os trae y os

en el rostro os lo conocí... Queréis un ascenso para
vizconde Lapierre...

ire...

a sé que os interesáis por él y podéis contar con el
. Le he dado la cruz de Guadalupe, le daré la del
militar y veré de mejorarle mientras pueda: es
ue vale.

ire, os agradezco la buena voluntad que demostráis
eniente coronel Lapierre, y más os agradezco que
nfluído para concederle las gracias que le tenéis
das el recuerdo de la amistad que le tengo... Pero
ese el asunto de que pretendía hablaros...

Ah! pues decid lo que queráis, quedo y por concedi-
nto solicitéis... Me acaban de traer el plano del soto
pultepec y os le voy á mostrar: éste es el lugar des-
á los ciervos; éste es el que pertenece á los coyotes
; aquí dejamos un espacio libre para las aves de ra-
¿Verdad que es hermoso? Vais á ver ahora la serie
oras que pienso emprender en el alcázar virreinal...
cierto que no le conocerán los que le han visto vie-
o, abandonado, sin cultivo y sin belleza? Los pri-
tiempos de un régimen nuevo son laboriosísimos:
onde no existen precedentes, usos ni costumbres, es
rio formarlo todo: acabo de nombrar una comisión
forman parte Almonte, Mangino y Pereda, y que
sido: se trata de reglamentar el ceremonial palati-

no. Ya veréis, cuando todos acaten lo que les man
ley, cómo se hacen casi automáticamente los servici
la corte... En este palacio, caserón destartalado y si
cia, pienso hacer grandes cosas: en la parte Sur con
una gigantesca pajarera en que pondré todos los vol
de nuestros bosques... Figuraos qué bello será, cuan
aurora me sorprenda trabajando, escuchar la voz e
rada del sinsonte, la dulce del jilguero, la alegre del
pared y la triste de la tórtola, y en seguida los recl
los gritos, los graznidos, los cloqueos, los zureos y la
voces de las aves que madrugan... Luego iré á conte
mi república alada y me deleitaré observando los en
que para volar emprenden los pequeños, los celos y l
vidias de los más grandes, sus costumbres, su mane
empollar, de procurarse la comida y de avenirse á la
doméstica... Naturalmente, gozaré lo indecible con
cosas; pero ya os podéis figurar el deleite que me pr
cionará el ver aquel batallón volante encaramado e
ramas de los árboles; trepando en las alcándaras c
hallarán de trecho en trecho y que les harán parece
males heráldicos; cogidos de las rejas; guarnecien
vidrieras; surcando el espacio y en todas partes mezc
sus colores, reuniendo sus matices, alegrándolo tod
todo dándole vida... En cambio, este espacio (seña
el plano) merece que se le dé otro destino... ¿Sabéi
es? Es el espacio en que se representó en México la

mentaria; es el salón de la Cámara de diputados. .
representará otra comedia, pero más alta y más
la comedia culta y elegante en que hablarán la
el odio, el rencor y la venganza por boca de los
ndes ingenios del orbe: Calderón, Shakespeare,
Schiller nos aterrorizarán con sus inmensas con-
s; Tirso, Goldoni, Moratín y Bretón nos harán
sus sales inimitables; y todos, todos los poetas ha-
tra delicia...

taba impaciente, pues el péndulo de ébano que se
sin cesar me asustaba acercándose á las nueve,
que el soberano se retiraba á su aposento. Y como
a querido burlarse de la garrulería del Empera-
guja larga y flexible apuntaba en la inscripción
ue decía: «La vida se compone de horas; nunca
una.»

[as cuál era vuestro negocio? Decídmelo, que ya
no.

e, ya sabéis, porque desde Miramar os lo expliqué,
seo el arreglo del negocio Jecker para poder recon-
ni fortuna odiosamente robada por los republicanos.
necesitaba ser gran psicólogo para conocer que
iano había tomado á mal la petición; el rostro
ro, la voz apacible, los ojos brillantes se obscure-
on una sombra de tristeza.

h, Dios mío! exclamó; ¡la reclamación Jecker me

sigue como la sombra al cuerpo!... No puedo dar un sin que me hablen de Jecker, lo mismo el cuartel ge francés que mi gabinete particular, que la correspon cia de Napoleón III... Y lo cierto es que hay en eso u rrible fraude, una concusión espantosa, la estafa grande que ha visto el mundo... Y claro que no lo por vos, que no tuvisteis en el asunto arte ni parte, reclamáis con justicia lo que os pertenece y que sumergido en esa inmensa vorágine; lo digo por vu cuñado, el ambicioso, el feroz Jecker, que tiene una mia de dinero que le ha de llevar muy lejos... ¡Quién recordar que, tras vuestro abolengo español, había e no de alianza con esa rama perversa y miserable Jecker!... ¡Cómo difieren las cosas modernas de las guas! Grecia y Troya se batían por una mujer México y Francia pelean por los papeles sucios de un rero ladrón...

Me quedé desconcertada ante aquella serie de de tos y apenas pude decir, por decir algo:

— Yo, Sire...

— Vos, en verdad, no tenéis la culpa de estas co Vuestra deuda es sagrada, y yo creo conocer su mo Esperad, que aquí tengo el expediente.

Empezó á buscar en el escritorio, pero nada hal

— Aquí está, me dijo: no; es el expediente relativ formación de la Guardia Palatina.

ió buscando entre una inmensa aglomeración de y me gritó desde el fondo de entre ellos:

sto es lo relativo á la orden del Aguila Mexicana... rá esto? «Cuenta del carbón que se gastó en Julio en la cocina imperial»... Este, este mamotreto de iarillo sin duda que sí es el buscado... ¡Ah, no! la dice: «Auxilios prestados á la condesa Paula Ko-... ¿Qué sigue aquí? «Proyecto presentado á S. M. 'undación de la orden imperial de San Carlos»... No si éste... Creo que sí... ¿Cómo dice? «Ley de pre-ias de funcionarios»... Este cuaderno gordo, ¿qué h, sí! «Código de marina del imperio mexicano.» ntó desconsolado y entonces me dijo:

tiene que parecer! Ya veréis cómo parece el expe-. No puede haberse perdido.

ó más en los papelotes aquellos y encontró un re-Almonte; dos cartas del Mariscal noticiándole fu-tos de disidentes; una cuenta del sastre; muchos s pidiendo auxilios; un calepino lleno de notas; un sobre el árbol de las manitas; un retrato de la triz; dos tomos del memorial de Santa Elena; un r de la colección de poesías que le arrojaron el día trada; una pipa de obrero y un gorro de señora y *bavolet*.

ed lo que me encuentro, dijo reventando de risa; rero de señora... ¿Quién habrá puesto aquí ese

sombrero? Será tal vez de la Emperatriz... En fin, que el expediente del negocio no parece...

Dió una vuelta por la habitación y luego, golpeándose la frente, exclamó con prisa:

—Ya me lo explico... ¡si aquí nada tengo; si está en poder de Bonnefonds!... Pero no os apuréis; vos contáis con mi buena voluntad y con tal que le hagáis al Señor aquellas preces que rezan en la misa: *Ab homine iniquo et doloso erue me, et discerne causam meam de gente non sancta...* ¿No entiende usted el latín? Quiere decir: «Líbrame de los Jecker y separa mi causa de la causa de los pícaros...»

Comprendí lo que S. M. me aconsejaba y le dije sonriendo:

—No llevo más interés, Sire, que recuperar lo que justamente se me debe... Con Juan Bautista no me liga más lazo que el del parentesco.

—¡Triste lazo en verdad!

—Y el de los servicios que me ha prestado.

—Porque os cree fuerte y capaz de ayudarle.

—Quizás, Sire.

—No lo dudéis... Bien, bien, ved á Eloin y exponedle todo; es menester que él tome vuestra defensa.

—Así lo haré, Sire.

—Y á propósito, ¿qué pasa con vuestra gran reclamación, la de las haciendas que se os usurparon?

—Sire, está pendiente del hallazgo de unos documen

primo Moncalián, el descubridor de los papeles, España, y como no cuenta con dineros, se limita irme suplicándome influya cerca de V. M. para preste su poderosa ayuda.



a lo creo que os la prestaré! Y contando con vuesniso, escribiré á los jueces de los departamentos dándoles vuestra justísima pretensión.

uestra Majestad es muy bueno.

a eso sí podéis triunfar. Contad con ello... Es pleilo... ¿A cuánto asciende vuestro crédito?

— Sire, no se puede calcular; son muchos millone

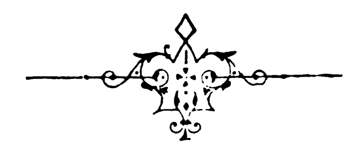
— Consagraos á eso de toda preferencia y dejad e gocio *vereux* del bribón de Jecker.

— Sire, se trata de mi legítima paterna.

— Como gustéis. Yo os lo decía...

En ese instante el reloj dió las nueve; el Emperad levantó apresurado, yo me despedí á toda prisa aguja larga y negra señaló el renglón latino:

«De horas se compone la vida; jamás pierdas una.»





CAPÍTULO VIII

Dime con quién andas...

SEIS días tuve que esperar para que me recibiera el consejero Eloin. En mi vida he visto sujeto más finchado que Su Excelencia. Todo lo sabía, todo lo conocía, de todo estaba penetrado, lo
ıaba todo. Era belga, paisano de la Emperatriz, de
nsignificante, ojos chiquitos y negros, color encen-
gran bigote rubio y cabellos largos. Maximiliano,
nía el afán de conocer todas las cosas del imperio y
olverlas personalmente, había sujetado lo divino y
ıano á la inspección de su gabinete y había puesto
inete bajo la dirección de Eloin.
ro ¿quién era Eloin? ¿qué había hecho? ¿qué obras
ítica había escrito? ¿qué tratados de paz había ajus-
¿qué pruebas había dado de la ciencia, la experien-

cia y la conciencia que habrían sido menester para gober-
nar á México en aquella época calamitosa?

Eloin había hecho casi todos los estudios de ingenier
de minas, pero no había llegado á recibir el título: era
pues, un estudiante *destripado*, como aquí decimos. Eloi
era de capacidad menos que mediana; Eloin era uno de lo
hombres más ignorantes que había en cosas de Méxic
Eloin tenía un orgullo y una vanidad insuperables; Eloi
poseía despachaderas tremendas y con ellas lograba sacu
dirse de encima á cualquiera. Eloin, en cambio, era au
daz, discutidor, agresivo, duro y capaz de... cantar un
tras otra todas las cancioncillas picantes que estaban e
moda en el barrio de Montmartre. Ese talento, que fué
único que se le conoció, y que estaba destinado á abrirl
las puertas de un café cantante, mas no las del Palaci
nacional de México, le atrajo la amistad del rey Leopold
quien recomendó al ingenierillo frustrado con el Empera
dor de México. Y como alguien reprochara al Néstor d
los monarcas el envío de semejante zote á los nuevos sob
ranos, Leopoldo contestó:

—No os aflijáis; tonto es Eloin, pero tiene algo qu
suple al entendimiento, y es su grandísima y desapode
rada ambición.

Eloin, al revés de lo que hacía su amo, recibía ma
á todo el mundo, en pie, con aire despótico y escuchan
do de la peor gana las cosas que se le querían deci



...os ha hostigado, nos ha abrumado, nos ha fastidiado...

THE NEW YORK
PUBLIC LIBRARY

ASTOR, LENOX
TILDEN FOUNDATIONS

me trató con amabilidad, dignándose oirme con
ón.

¡Por Dios, señora, que traéis una mala causa!, me
ecker nos ha hostigado, nos ha abrumado, nos ha
ado con sus desplantes: nada podemos hacer por
l Emperador nada sabe acerca de este asunto y
mucho que lo ignore siempre: vive cerca de las
...

Señor Consejero, insinué abriéndome un poco de
señor Consejero, creo que se juzga mal al pobre
, que no es como á V. E. se le han pintado.

Quizá sea peor, ¿no es cierto?

No, señor Eloin: hombre más honrado que Jecker,
ié, sintiendo que la lengua se me enrollaba como
o dejar salir aquella mentira, no existe en el mundo.
tiene á documentos bien claros é indudables, á con-
nes en su concepto sagradas por justas y por so-
... Quizás exagere un poco, quizás tome demasiado
tra el instrumento constituído á su favor; pero indu-
nente que le asiste completa justicia.

Bien se conoce que sois su pariente, señora.

Sí que lo soy, pero no me dejo guiar por sus ideas...
isiera, señor Consejero, que hablarais un poco con
Bautista: veríais qué gran inteligencia, qué habi-
qué inmenso fondo de honradez posee...

No, señora, no; prefiero hablar sólo con vos; me

convencen más las mujeres hermosas que los hon
hábiles y honrados.

— ¡Ah, señor Consejero! sabemos nosotras tan po
negocios...

— Precisamente por eso: me agrada instruirlas
cerles conocer muchísimas cosas ocultas que tiene
negocios, y adiestrarlas en toda forma.

— Pues conmigo no haríais fortuna... Si me lo p
tierais os nombraría mi abogado, mi consejero, mi g
así contaría con un triunfo seguro.

— No me parecería mal; pero soy un poco caro...

— Si no cobrarais más que lo que el negocio vale.

— Lo que pretendo vale más que el negocio todo;
tendo vuestro afecto, vuestra estimación... y si fuer
sible, un poquito, nada más que un poquito... de ese
que dais tan á manos llenas á quien no lo merece.

— ¡Señor Consejero!...

— Señora...

— Hablemos seriamente.

— No deseo otra cosa: seriamente os propongo el
bio: *facio ut des...*

— Y yo os propongo, también seriamente, llevar
parte en el negocio si queréis acceder á ayudarme
toda vuestra influencia.

Tras un instante de perplejidad, me dijo con a
cómicamente compungido:

ısí es... que me consideráis capaz apenas... para dinero... no para inspirar afectos.

eñor Consejero...

ue estimáis mi influencia en... vamos, en tanto anto; pero que no me juzgáis acreedor á ocupar un en vuestro corazón.

a lo ocupáis, señor Consejero, dije con coque-

Y qué, tan grande es el sitio, señora?

o os lo puedo decir... porque todavía no os miro

ien pequeño debe de ser.

o os dé cuidado: ¿no sabéis el caso de los jesuitas, gún cuentan, se contentaban con que se les dejara un clavito en un muro, para colgar la imagen de ıacio, y que á poco eran dueños de la casa y habían o de ella al dueño?... Pero hablemos formalmente: s servirme?

Que si quiero?... No deseo otra cosa.

ues decidme qué condiciones pondríais para ayu-

ara mí nada quiero.

ero, señor Eloin...

ada quiero para mí más que la satisfacción de s.

ero habrá gentes á quien sobornar, gastos que

emprender, propinas que repartir... En fin, que no p aceptar mi representación con riesgo de que os cues dinero.

— En efecto, algo habrá...

— Y como no tengo cantidad que daros de conta

— Tendríais que señalarme una parte de las dades.

— Cabalmente.

— ¿Qué os parecería señalarme medio millón de para esos... gastos?

— No sé qué diría Jecker; pero ha preferido sie señalar un tant ciento del producto líquido.

— En cambio jo con arrogancia, yo necesit cantidad fija.

— Pues la tendréis, estad seguro que la tendréis.

— Y estad segura de que yo ayudaré con toda fuerzas.

— Trato hecho, dije tendiéndole la mano.

— Trato hecho, dijo él besándomela y haciend gesto de quien ha saboreado una cosa exquisita.

En ese momento crítico sonó la puerta, golpeada cretamente desde fuera por los nudillos de una ma merosa, y luego la misma mano abrió empujando s mente.

— ¿Se puede, querido colega? preguntó la voz lante de don Angel Iglesias.

n se levantó rápidamente, y poniéndose detrás de ón, gritó con la cara congestionada de rabia:

Cuándo lograré que en este país se obedezca una ıa? He ordenado que nadie me moleste á la hora encia, y lo primero que pasa es que todo el mundo duce á decirme tonterías...

Pe... Pe... Pero... señor Eloin!...

Pero, señor secretario!... ¿acaso ha de tener el jefe inete del Emperador menos libertad que el último ente de vuestra oficina?

Es que el Emperador me autorizó para hablaros de ocio urgente, la persecución de... de Romero...

Bien, bien, exclamó Eloin... ...s y aguardad á ıcluya.

levanté para despedirme, y el consejero, que me ıñó hasta la pieza inmediata, me dijo de prisa:

Nada podemos hacer si no contamos con dos hom-amírez y Campos... Tratad de conquistarles... Y ese tunante de Jecker que... que puede venir á para que convengamos en las condiciones de nues-eglo.

buen Campos era el tipo del insignificante por , presencia y potencia: se sabía que era hombre había nacido varón, y que era caballero de la le Guadalupe porque tenía el diploma; lo que igno-odo el mundo, empezando por él mismo, era por

qué le habían hecho ministro. Tenía todos los def
flojo, ignorante, necio y discutidor: sólo pícaro no
que fuera. Se hallaba en el ministerio como podía ha
en la *sedia gestatoria* ó en el trono de Constantinopl
sabía por qué, ni cómo, ni de orden de quién.

—¡Ah, Jecker, Jecker, Jecker! me dijo; ¡créame
que me siento con carne de gallina cuando oigo h
de ese caballero!... Mire usted que calza sus punto
Juan Bautista... Aquí, *inter nos*, es una gran picar
que quiere hacer el bueno del suizo... De que me ac
de él... ¡Si parece que le veo con aquellos manguil
lustrina que gastaba cuando era cajero de casa de Po
y Bressan! .. Yo estaba en casa de Martín Darán,
cierto que llevábamos algunas relaciones... «¿Cóm
Jecker? —¿Cómo va, Campitos? —¿Y la salud? —
—¿Qué tal por su casa? — Mejor. — Vaya. — Adi
Adiós.» — era lo que hablábamos todos los días...
él fué rico y famoso y se metió en este lío... Si me hu
consultado, no habría entrado á tratar con Miramón

— Bien, señor ministro; pero usted sabe que en
asunto no depende de nosotros quitar ni poner
Como me dijo el señor Eloin: «no se fatigue usted, q
fin todo está ya previsto, y queriéndolo nosotros
queriéndolo, la cosa se arreglará...»

—¿Eso dijo el... señor Eloin?... ¿De manera
señor Eloin está de acuerdo...? Vaya, pues me ale

ed, porque... lo que quiere el señor Eloin, lo
el Emperador... Y tiene su geniecillo el señor
Conmigo se bromea muchísimo: me llama bestia
mejor... Cuando necesita dinero, el hombre se
a parra, si acaso se le niega... Pero como yo le
eñor Eloin, ¿para qué se incomoda usted si no ha
r un solo real?...» Mas él se pone como ener-
y me insulta... La verdad es que á mí me aflige
to, que ya procuro dejar el ministerio... Aquí está
o, que dicen lo hará mejor que yo...
ampillo, será Campos chico.
o sé; él dice que se las tendrá firmes con Eloin.
ero, en fin, señor ministro, ¿qué resuelve usted?
esolver... no, no resuelvo nada; resuelvo que todo
no está, á no ser que el señor Eloin quiera que
otro modo...
al simpático señor Campos en el limbo, de donde
emente no llegó á salir, y me dirigí á saludar á
, que era el coco del ministerio: los conservadores
ban como un tremendo radical muy abonado para
vender las pocas iglesias que quedaban y rea-
s alhajas que estaban ocultas; los liberales le
or un traidor que merecía la horca, y los fran-
r un enemigo jurado que influía á toda hora para
al Emperador las medidas más atroces contra el
que trataban de establecer. Entre todos esos

odios y esas malas voluntades, atravesaba don Fer
abroquelado con el escudo de la predilección de S. M
Don Fernando era durangueño, de vieja y famo
milia, *de casa y solar conocido y de escudo poner y*
Antes de venir acá había ejercido la abogacía en
rra, y por ciert
había dado mu
de un rarísimo t
jurídico. En arq
gía había hech
cubrimientos in
tantísimos. Habí
el alma de la adm
tración de Aris
había hecho el a
más detestable
conocía de la fa
convención espa



D. FERNANDO RAMÍREZ

Don Fernand
aquella su cara
sible, sus anteojos obscuros y su levitón gris, pasó fr
mí á eso de las diez de la mañana. El edecán, que le a
daba al pie de la escalera del Emperador, tomó de m
del dependiente de Ramírez la gran cartera de pa
subió éste la escalera y pasó á su ministerio haciér
aire con el sombrero gris de reviradas y anchas alas

del sombrero y la levita grises tiene su impor-
cuando Maximiliano llegó á la Villa de Guada-
evaba por todo atavío un *vestón* claro y un som-
lanco de anchas alas con el que saludaba á roso y
con ademán simiesco. A poco se vió que en todos
s de la vida civil predominaban el sombrero de
anco, alto, de anchas alas, en forma de tubo de
ea, y el levitón gris acompañado de los pantalones
billas. ¡Cuántas intendencias, comisarías impe-
lazas de consejero y hasta de ministro se debieron
ás que al levitón y al sombrero blanco, como
habían alcanzado plazas iguales ó parecidas po-
e canelones, charreteras, cordones y borlas de oro
cabeza hasta los pies! Luego que los muchachos,
ervan cuanto pasa mejor que los grandes, se ente-
e lo mucho que significaba el color gris en los ne-
olíticos, empezaban á gritar sin falta: «¡Un cham-
n chambelán!» apenas veían á lo lejos la librea
laro que hubo muchos que se dejaron crecer las
(que á veces parecían vaquerillos de silla guarda-
ios años en bodega), creyendo de buena fe que eran
retrato del gallardísimo Emperador; y hasta hace
cortaron por canas y desmayadas las últimas
á lo Maximiliano.

o es que los moderados, á cuyas opiniones venía
illo al dedo aquel matiz indeciso que ora tiraba á

blanco, ora á negro, fueron los primeros en acept
famoso color gris, y don Fernando Ramírez, c
visible del partido, vistió con particular delect
aquel uniforme simbólico y como hecho para él.

Parecía mentira que fuera tan sabio un hombre d
buena salud: el contento, la tranquilidad, la abund
y el goce se transparentaban en aquella cara redond
aquellas manos regordetas, en aquel vientre ele
en aquella satisfacción con que saludaba, se reía, s
taba las manos y accionaba. Me oyó atento, sin ped
plicaciones ni darlas, sin aprobar ni desaprobar.

—He quedado entendido, señora, de cuanto n
expuesto y le ofrezco á usted estudiar de nuevo
gocio Jecker para dar mi parecer con entera jus
ción.

—Bien, señor ministro, repliqué; pero como uste
noce ya el asunto, puesto que sólo tiene que volver á
diarlo, bien podrá decirme desde ahora su opinión.

—Mi parecer, señora, es todavía susceptibl
cambio ó de rectificación y no valdría la pena de
externara desde ahora.

—Sin embargo, señor, á reserva de que ese cam
esa rectificación vinieran á su tiempo, quisiera co
la impresión actual de usted.

—Imposible, señora; sólo le puedo asegurar q
tengo antipatía al negocio Jecker porque nos ha

anda intervención francesa... Pero, en fin, si se pagará.

iré asustada y él prosiguió:

xtraña usted que sienta horror por la inter-, y piensa quizás que si no hubiera habido inter-Maximiliano no reinaría en México ni yo sería de Maximiliano; pero vale Dios que ni procuré la de los franceses, ni el establecimiento del im-i mi entrada al servicio de S. M.

ada he dicho, señor.

ien, bien; yo le prometo á usted estudiar el ne-on absoluta buena fe, y si de ese estudio aparece ker sea acreedor del Estado por la suma que re-por otra mayor, Jecker quedará pagado.

á dar tristísimas noticias á Juan Bautista; pero él, dría razones para pensar de otra manera, me des-n gesto optimista:

o tengas cuidado, que todo marchará bien. Con nemos, y si él claudica, allí está Bazaine... Aun-erdad es que el maldito cobra fuerte.





CAPÍTULO IX

De regreso

---

os meses y medio estuve sola: Aquiles andaba en compañía de S. M., que salió á recorrer su imperio á manera del señor de Barba Azul. El veinticuatro de Octubre salimos de México Lola y yo en unión de la Emperatriz, que iba á re- su marido hasta Toluca. Nunca podré olvidar jornada deliciosa en que Carlota atravesó serena, e y llena de animación el Monte de las Cruces, el e San Lázaro y Lerma hasta llegar á la antigua del Estado de México. La señora, encantada de la sa acogida de las poblaciones, de la belleza del y de lo pintoresco de los uniformes franceses, una animadísima relación de que se imprimi- cinco ó seis ejemplares: el que me tocó lo guardo

como oro en paño y no me desharé de él por ni
precio.

Escoltaban al Emperador un escuadrón de cabal
francesa y un escuadrón del primer regimiento de c
llería de su guardia mexicana, y seis carruajes y
caballos componían el equipaje. En esta ocasión vi
primera vez al Emperador vistiendo el traje ch
chaqueta corta de color rojo, pantaloneras abiertas l
las corvas y cerradas por arriba con escuditos de
sombrero ancho con toquillas de galón, silla plat
soga y machete en sus sitios.

¡Pobre Maximiliano! él, que tan guapo era, que
bien sabía llevar toda la ropa, que con su eleganci
tural daba tan poco que hacer á su sastre, vistien
traje nacional se miraba tan desgarbado, tan triste
falto de aire y de gracia, que el gallardo atav
nuestros rancheros le venía como un sambenito. C
tenía las piernas tan largas, las acciones eran la
simas; como no estaba acostumbrado á la silla mexi
apenas tocaba los estribos con los pies y se sentaba
yándose en la teja; como tenía el busto tan grande, l
corvaba sumiendo la cabeza, de manera que parecí
el sombrero estaba puesto sobre los hombros.

Maximiliano caminaba generalmente en uno d
coches; pero para entrar en las poblaciones se acomo
el trajecillo que tenía dispuesto, y que aunque le que

un Crucifijo un par de pistolas, se le figuraba
le producir muy buen efecto.
ialmente se había determinado que no hubiera en
demostración ninguna; mas de ocultis y para que
pareciera espontánea, se había pagado á gentes
aran las calles de flores, levantaran arcos de ver-
aclamaran á Sus Majestades. Así entraron de
Maximiliano y Carlota á la dichosa capital de su
).

ardaba con impaciencia el jueves inmediato para
ne con Aquiles. Hubo quejas mutuas, recrimina-
terribles y mucho de «¿Por qué no me escribiste?»
rque tú no me escribías.» — «No sabía dónde an-
— «Podías haber utilizado el correo de gabi-
— y otras sandeces que concluyeron, como
e, con una reconciliación en que los besos eran
e habían sido los mordiscos. Al fin llegamos al tó-
ie prefería mi hombre: la política. Le pedí nuevas
je y me las dió desconsoladoras.

. M... S. M. no está bueno, no rige bien de la ca-
e falta un tornillo... Cuatro meses lleva en el go-
y nada ha hecho que valga la pena... Dios ponga
en sus manos, porque de otra manera vamos á ver
arajuste del siglo.

Pero, Aquiles mío, ¿qué, no te acuerdas de que el
ador ha vivido tantos años en la Lombardía? Pues

allí aprendió aquello de que *chi va piano va sano lontano.*

— Temo que él no resulte tan sano como debiera: les dió de mano á los conservadores y se metió con los liberales... ¡Dios le coja confesado! Ramírez, Cortés Esparza y casi todo su ministerio, son los califas, los adorados, los *alter magots* de Juárez... En el camino pasó cosas chuscas: en Querétaro supo que había más de cuenta mil indios serranos que no habían recibido el bautismo; averiguó que el Obispo, un tal Gárate, andaba fuera de su diócesis y le telegrafió para que se restituyera á ella; el Obispo contestó que no podía ir porque el palacio episcopal estaba en compostura y le parecía indecoroso meter á una casa particular con *su familia*... y sus libros. Maximiliano dispuso que salieran para la sierra algunos curas á administrar los sacramentos, y al día siguiente regresaron diciendo que ya habían terminado su tarea. S. M. decía que de seguro habían bautizado con bombas de incendios.

— Pues eso no demuestra sandez sino buen sentido de parte de S. M.

— Mas en cambio, ¡qué rasgos tan curiosos hay que *fêlure* descubren en la cabeza de S. M.!... En Querétaro tuvo deseos de adoptar un niño indio, criollo de la sierra, para granjearse el amor de la gente aquella. Le llevaron al primer indio que vino á la mano, que por cierto ni siq

de la sierra. Ya estaba bautizado, pero á fin de mperador fuera su padrino, se le bautizó nuevao que abunda no daña... El nene, que era un ajoioreno y feúcho como nadie, recibió en la pila al los nombres de Maximiliano, Carlos, Francisco, en memoria de su padrino, de la Emperatriz, del lor de Austria y de la santa en cuyo día había na-l infante quedó encomendado á un tal Licea, mé-lugar, y todavía á la hora de nuestra salida vimos pe Maximiliano Carlos chupando el seno de una a que le pusieron como nodriza... Allí estuvo el Alteza Imperial, que estaba hecho á la leche delin jugo de la india que le había echado al mundo, la otra gruesa y abundante en principios vita-ó una indigestión, le vino una diarrea verde y á lías se recibía en Irapuato la pregunta de cuál el ceremonial con que se enterrara al príncipe: enó contestar que se le sepultara como á cualquier ecino... Licea (esto lo supimos á poco), creyendo ataba en realidad del heredero de la corona, levanafalco valiéndose de cajas que habían servido para vinos y de una mesa paticoja destinada á planchar lio; cubrió todo con terciopelo negro del barato, n papel plateado las armas de Austria y las de simuló con los recortes lágrimas que constelaban llá la negrura del paño, mandó encender cirios

de arroba y se puso á llorar tristemente en unión de su f
milia y criados... Entretanto llegó la orden para que
tratara al cadáver del príncipe Maximiliano, Carlos, Fra
cisco, Librado con el ceremonial con que se trata al indi
más incivil, y aquí fué la decepción de Licea: apagó l
cirios, desgarró los paños fúnebres, arrancó con mano a
rada las lágrimas de papel y las sendas águilas de una
dos cabezas y echó al suelo el ataúd del muertecito decl
rando que apestaba: ya hedía, en efecto, y por la tard
en hombros de un chicuelo que quiso encargarse de
cosa, fué transportado al hoyo que le tenían dispuesto
pobre indezuelo víctima de las vicisitudes del mund
cuando apenas tenía tres meses de edad... El cabildo qu
retano, el clero catedral, el Vicario que estaba al fren
de la diócesis, la oficialidad francesa y la mexicana,
quedaron con sus uniformes, sus sables, sus trompetas, s
capas pluviales, sus acetres, sus músicas á la sordina, s
cañonazos, sus responsos y sus vigilias, preparados y s
empleo, pues el pobre príncipe fué enterrado de incógni
y privado de ceremonial.

Me reí un buen rato, y Aquiles bebió una copa de co
nac que saboreó lentamente, con fruición de docto en
conocimiento de los caldos.

—En León, continuó el vizconde, tuvimos gran rece
ción, baile y festejos de todas clases: allí recibió el Emp
rador á Uraga, Vidaurri y Quiroga, generales republica



uso á llorar tristemente en unión de su familia...

THE NEW YORK
PUBLIC LIBRARY

ASTOR, LENOX
TILDEN FOUNDATIONS

se acababan de adherir al imperio, y para demos-
mala voluntad á los conservadores, mandó tocar
ión de los *Cangrejos* durante la comida que ofrecía
berales... En Morelia rechazó el *Te Deum* y las fies-
giosas que le ofrecía el cabildo: con un vestidillo
á pie y sin guardia, llegó á la catedral, llamó á un
, le encargó que dijera una misa rezada, la oyó, la
y no volvió á ocuparse más que en atraerse á los
es.

Y qué discurso fué ese que pronunció en Do-

Lo más impolítico y lo más necio: á los pobres can-
les puso como ropa de pascua, y á los liberales no
quistó, pues consideraron un sacrilegio la presen-
Maximiliano en la casa donde se proclamó la inde-
cia de México. ¡Y qué literatura! Habla de una
palabra que resonó del pecho de un humilde an-
palabra que retumbó como un trueno y que brilló
n relámpago despertando á las gentes del letargo
yacían... Estando de viaje recibimos la noticia de
ación de Bazaine al grado de Mariscal, y el Empe-
e escribió para felicitarle por el ascenso: dice que
ira como deplorable el hecho de que el Mariscal
que salir del país.

¿Eso dice? interrumpí; pues en cambio, en el pala-
se trata más que de los males que hace, de las expo-

liaciones que comete y de las infamias y abominaci
con que cada día se mancha el Mariscal.

—¡Oh, cuán ingrato es el Emperador!

—Parece que no hay duda ninguna de que Baz
se enriquece á costa del país; roba, mata, engaña y
cuestra á las gentes; destroza y aniquila las comarc
explota al mismo ejército francés, todo con el fin de ju
dinero.

—No lo creo; vivo separado del Mariscal; pero le
nozco un poco y pienso que se le calumnia.

—¿Calumniársele? Si hay pruebas...

—¿Y qué pruebas son esas?

—Se tiene nota de las cantidades que se lucra Baz
en el abastecimiento del ejército; se sabe en qué pro
ción están abultadas las cuentas de las expediciones
ha emprendido... Pero ya se lo dirá de misas Napoleó
señor de Bazaine: cabalmente va á salir persona qu
fiera á S. M. francesa las picardías de su enviado.

—¿Y cómo sabes tú esas cosas?

—Te diré: la otra noche descansaba en mi cuarto
poco fuí llamada por S. M.: «Señora Jecker, me dijo, h
el favor de atender este escrito fijándoos en el que v
leeros». El escrito empezaba así: «Instrucciones par
señor general Woll». Luego, en el cuerpo de las tales
trucciones, venía una inmensa cantidad de signos que
die entendía: guarismos, letras, interrogaciones, adm

llaves musicales, ¡qué sé yo!... Me sentía soñolien-
troncada, sin fuerzas, y atendía mal á aquella in-
serie de cosas sin sentido. De cuando en cuando se
palabra cristiana ó Su Majestad la pronunciaba al
tar lo que leía ó
tificaciones que
o. Así vine á en-
de que se tra-
e malversación
os, de faltas al
y á la dignidad,
ión y de picar-
nterpreté mal,
o, alguna cifra,
Emperatriz me
a atención. —
habéis dicho?
— «Sí, señora.»
parece que es-
ivocada.» Bus-
libro y entre



BAZAINE

murmuró casi imperceptiblemente: «1418... 1418...
Aquí está... es (dijo para sí) Almonte... Bazaine
. Poned 7478 en vez de 1418, que no nos ha dado
lguna.» Así me enteré de qué se trataba; pero la Em-
z, queriendo desorientarme, dijo negligentemente:

«¡Ved qué horas de escribir á mi padre!... Le hablo de asu
tos de familia, de mi legítima materna; pero como pod
llegar á conocimiento de las gentes alguna proposic
que le hago, he querido escribirle en clave... Más bien
clave es para Woll, que sale en estos días...»

Aquiles me había escuchado en silencio, pero con la
siedad pintada en el rostro.

—Bien puede ser que lo que dicen del Mariscal te
algún fundamento; por si lo tuviere, vale la pena de
te enteres de lo que de él se diga.

—¿Y qué ganas con ello?

—Es... te hablaré con verdad... es que el Marisca
está enamorado...

—¿De la *Esmeralda?*

—¿Quién hace caso de esas cosas?

—Pues la moza es guapa.

—Que digas eso tú que de veras lo eres, resulta un
propósito: es una gachupina morena, de hermoso cue
de buen palmito; mas, hija, ¡qué falta de chiste, qué n
dad, que insubstancialidad!...

—Pero el Mariscal mantiene para ella una casa
vale dinero.

—Sí, pero es un capricho de tantos. ¿No sabes la
toria de la Mariscala?

—Sí, murió porque una noche cogió un resfriado e
quinta que el Mariscal tiene á la orilla del Sena.

Resfriado? No hay tal: Mme. Bazaine era una crio-
Argel, á quien el General conoció muy niña; quedó
res, sola y desamparada, y Bazaine la recogió po-
la á su costa en un convento para que se educara é
era. Creció la niña en cuerpo y en belleza, el gene-
orendó de ella y se casaron en paz y en gracia de
Parece que veo á Mme. Bazaine con sus grandes
gros, su tez morena, su estatura altísima y su porte
eramente real... La señora se enamoriscó de un
e que no era su marido, pero que sí era un canalla
al sujeto: la explotó, la robó y concluyó por ame-
a con entregar á Bazaine las cartas de amor que le
escrito; la señora tomó un veneno para substraerse
orrible vergüenza que la amenazaba... Yo iba en
ñía del General el día que supo la tremenda desgra-
correo llegó cuando nos encontrábamos cerca de
calientes, en una hacienda llamada Ledesma. Ba-
abrió los pliegos en que se le comunicaba el caso
enuaciones y con distingos, refiriendo todo lo que tú
s de decirme acerca de la fluxión de pecho de la se-
Yo no he visto dolor como el del pobre General:
ó ensillar á toda prisa su caballo, — un negro árabe,
ún conserva y que se llama *Belcebú*,—echó á correr á
e y luego se encerró en su tienda por espacio de tres
cuando recibió las condolencias de la oficialidad sólo
contestar entre sollozos estas palabras tristísimas:

«¡No hay consuelo para mí!... Amigos, no me den el p
me porque mi carrera acabó aquí... Ya no soy nada...
poco supo la tremenda verdad (tengo entendido que el
perador mismo se la comunicó) y por despecho, por tr
za, por rabia, no sé
qué, se enamoricó
pindonga esa, que c
sabes, vino de me
chifle, con un cajon
de ropa que estab
la esquina del Refu
la cual tienda, po
marse *La Esmerald*
el nombre á la bril
que ahora se pasea
las calles de Mé
insultando con su l
las gentes honrada



La Esmeralda

—¡Jesús! excl
entre risas; ¡pero
moral anda el tien
¿Estás yendo á las misiones del abate Testory?

—No las dice; pero...

—Pero si no las dice, puedes decirlas tú.

—Ello es que el Mariscal no tardará en separars
la tal Esmeralda.

— Para buscar otra.

— Para buscar una mujer honrada y buena á quien rse.

— ¿Y tiene novia?

— La tiene.

— ¿Es bella?

— Como un ángel.

— ¿Lista?

— Como un pajarillo.

— ¿Graciosa?

— Es la más graciosa de la ciudad.

— ¿Es mexicana?

— Y enlazada con las mejores familias del imperio.

— ¿Es joven?

— Diez y seis años y tres meses.

— ¿La conozco?

— De seguro que sí; pero no te digo quién es por ver iertas.

— No me pongo á ese trabajo porque no me gusta ca- arme la cabeza.

— Es... la señorita doña Josefa de la Peña y Azcá- .

— ¿Pepita? ¡Pobre criatura! ¡Enlazar sus floridos diez is años con la madurez del Mariscal!... Podría ser su lo... Le llevará cuarenta años.

— Cuarenta y dos.

—La sacrifican, la hunden, la entregan atada d
y manos á la lascivia de un viejo sexagenario.

— Pues es el caso que ella no demuestra ningún
por ello: la satisface de seguro ser una de las pri
señoras de Francia cuando allá vaya y la prime
México mientras pasa el charco, y quizás por e
decide á todo... Por otra parte, el Mariscal no es u
perpento, ni un viejo antipático y repulsivo: lleva
bien sus cincuenta y ocho inviernos y... luego, sa
esa posición humillante en que yace la pobre P
viviendo casi á expensas de su tía la señora Pedraz
cluída en un entresuelo de la casa que queda cer
Teatro Principal, sin independencia, sin posibilid
moverse, sin expectativa de progresar, es duro par
niña llena de fundadísimas aspiraciones y satisfec
su valer... Aquí no encontraba novio formal: el chi
que le pasea la calle, Agustín Robalo, no da trazas
menester coger á la ocasión por su único y vac
cabello.

Me quedé callada un rato, y luego, recelo
pregunté:

— Pero ¿qué tiene que ver eso con la carta p
Emperador de los franceses? ¿Acaso porque se ma
no había de haber matrimonio?

— Es que..., respondió Aquiles; como yo llevo a
con la señora..., y si fuera cierto que hay tales

, el Mariscal perdería su posición... pues valdría la . digo... de que conociera la verdad.

¿La verdad? Creo que tú eres quien no la dice.

miré á los ojos, y aunque no hurtó mi inspección, idea de que allá en el interior danzaba una lucerurlona y trémula que pretendía ocultárseme: era la sca luz de la mentira, que brillaba con un fulgor o, como de fuego fatuo.

Eso no es cierto, le dije.

Tan cierto es, que se lo voy á comunicar á la suegra ariscal.

Tú no puedes hacer eso sin comprometerme.

Confía en mí que sé hacer las cosas mejor de lo que ginas.

esperar más me dijo violentamente:

Estoy desolado por no haberte traído aquello.

¿Qué es aquello?

El dinero.

Tiempo hay, que al fin el logro corre sin inteón.

Y es lo peor que ahora necesito mil más.

Los tendrás con tal que no me engañes.

Eres un encanto.

Y tú un grandísimo farsante que me estás jugando qué malísima partida.

¡Calla, mona!... A propósito, mi familia me ha en-

viado algunas alhajas que desea se vendan por acá; como no tengo dónde guardarlas, quisiera te encarg de ellas.

—¿Como prenda...?

—Josefina...

—Dámelas, que en pocos lugares pueden estar ta guras como en el cuarto de una dama de honor.

Y sacó de un bolsillo de su capote militar una lagrosa *rivière* de brillantes, un prendedor de perlas bíes, dos cintillos de brillantes y una *aigrette* de zafi diamantes que valían una riqueza.

—¡Qué bello! exclamé cruzando las manos.

—¿Has visto algo más delicado?

—Sí; don Isidoro de la Torre guarda en una caji plata muchos broches de esmeraldas, diez ó doce ve de la Inquisición, unas maravillosas cajas de rapé pertenecieron á personajes históricos, una colecció relojes del siglo pasado y, sobre todo, un aderezo de llantes que vale una fortuna... Ciega ver tamaña riq no quiere creer nadie que el tal aderezo sea obra h na, y no un trozo de sol...

—¡Qué lírica eres! dijo riendo el vizconde. ¿Y se p ver eso? Don Isidoro ha de guardarlo como oro en p

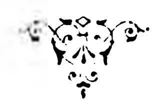
—No sé si lo enseña; lo que sé es que lo tiene g dado en un vargueño antiguo que no presenta segu ninguna.

— He de pedirle que me enseñe esas cosas.

— También tienen alhajas primorosas los Escan-
s.

— Pero ¿quién ha de solicitar que muestren algo?

— Cualquiera; tienen el joyero á la vista, y por cierto
todo es lindísimo; pero nada como lo que guardan en
cajita de porcelana que lleva esculpido en la tapa el
ate de centauros y lapitas... Hay unas calabacillas
uas que creo no tienen igual en el mundo. Así seguí
erando lo que guardaban los Icazas, los Andrades,
dalides y no sé cuántas familias más; y Aquiles, que
ran conocedor, me pedía detalles de las montaduras,
s piedras, del tamaño y forma de las joyas y de las
dades que hubiera para mirar aquello, pues deseaba
tarse con la vista de cosas tan bellas.





CAPÍTULO X

Vida de corte

FIESTAS, leyes, conspiraciones de los conservadores y derrotas de los liberales; á esto se redujo el imperio durante su corta existencia. Pero el caso era que no había pecunia para los festejos, que eyes no se cumplían, que las conspiraciones no cua-n y que los republicanos, derrotados todos los días, echos y puestos en fuga por el ejército francés, re-gían más y más briosos al día siguiente de cada ota, como si los marrazos extranjeros podaran y no ran las innúmeras ramas de aquel arbustillo que nazaba convertirse en árbol frondosísimo y capaz de stir el hacha mejor afilada.

Teníamos comidas semanarias y á ellas se invitaba á personajes prominentes, á los militares franceses, á extranjeros que se hallaban de paso en México y á los

liberales que deseaba atraerse el Gobierno. Maximili
acometido de esa terrible graforrea que le acompañó
rante su vida, anotaba las listas de convidados con
mentarios más ó menos picantes; y todavía andan
ahí los documentos de la época con cosas como é
«Iturbe, una de las personas más ricas de Mé
Santiago Blanco, agente público de Santa Anna; s
Vaquero, encargado de los asuntos de Gutiérrez Estr
Sánchez Navarro, propietario muy rico; Fran
Somera, miembro de los ayuntamientos anteriore
tiempo de Juárez; Sartorius, alemán establecido e
país desde hace treinta años; Goríbar, propietario
rico y muy egoísta; doctor Arrillaga, jesuíta y
grejo...»

Casi nadie dejaba de ocurrir á la mesa del Empera
una buena comida nunca se desecha, y las oportunid
de oir música, de contemplar espaldas hermosas, de
versar agradablemente y de ver cómo empinan el
los grandes de la tierra, no abundan ciertamente. T
bién los rojos se daban sus escapadas á los gaude
imperiales, y formaron la excepción algunos que, c
don Vicente García Torres, se excusaron cortésment
asistir á la comida; otros, como Ezequiel Montes,
nada respondieron, y otros, como don Higinio Núñez,
dirigieron una simple carta al *señor don Maximilian*
Hapsburgo, en el palacio nacional, y hablaron burguesm

l al descendiente de Carlos V y de María Teresa...
. los fines del sesenta y cuatro estaba ya con-
el código de la etiqueta, elaborado por los cui-
desvelos y afanes de la excelsa comisión nom-
ara reglamentar todos los pasos de la corte. Con
á ese ceremonial hubo algunas fiestas que yo pre-
y otras en que no tomé parte; pero en que siempre
aron el grande ó el pequeño séquito y hubo asis-
le damas, dignatarios y chambelanes.
a una muestra de lo que era la vida de corte en
:

esenta y cuatro, esto fué lo principal:

o, cuatro. Recepción del marqués de Montholon,
o plenipotenciario de S. M. el Emperador de los
es.

o, cinco. Juramento de Ministro del Excelentísimo
on Fernando Ramírez en la capilla de Palacio.

sto, seis. Casamiento del general graduado don Do-
Herrán con la señorita Almonte en la capilla de
.

tiembre, diez y seis. Fiesta nacional. Gran comi-
toda etiqueta.

iembre, cinco. Casamiento del capitán Garcín con
rita Montholon.

iembre, siete. Juramento de los señores don Juan
s Peza, don Luis Robles y don Pedro Escudero y

Echanove, de ministros de Guerra, Fomento y Jus

Diciembre, diez. Recepción de Monseñor Meglia, n de Su Santidad.

Diciembre, once. Recepción de M. Weltensted nistro de S. M. el Rey de Suecia.

Diciembre, doce. Ceremonial de Nuestra Seño Guadalupe. Se dispusieron en la casa de cabildo Villa un salón de recepción, dos cuartos de tocador Sus Majestades; otro cuarto de tocador para las da un salón para comedor. Concurrió el gran séquito.

Diciembre, veinticinco. Recepción del señor con Thun, ministro plenipotenciario de S. M. el Empe de Austria.

Y así siguen muchísimas recepciones diplomátic bendición de la capilla de palacio, el juramento d grandes dignidades de la corte, el casamiento de Baz el bautismo de la hija de Herrán, el cumpleaños del perador, la instalación de la Academia de Cienc Literatura, varios bailes, un coleadero, muchas func dramáticas, y otras cosillas así que consumían pe más pesos.

Que por cierto empezaban á escasear, pues con millón larguito de talle que se invirtió en Chapult doscientos mil pesos que se gastaron en el arregl palacio; lo que costó subvencionar compañías dr ticas, comprar carruajes, vinos y cuadros, y hacer

de mero lujo y regalo, los milloncejos que trajo el·
rador se disminuyeron grandemente, si no se
ron del todo.

s leyes venían diariamente, con una prodigalidad
idicaba que había trabajado á altísima tensión una
ina que despachaba al minuto decretos, bandos, re-
ntos, pragmáticas y disposiciones de todo género.
eglaron las precedencias, se expidió el ceremonial,
puso, en fin, que los mexicanos habían de ser justos
es, quisiéranlo ó no y sujetándose á los modelos que
en cartera el vice-emperador, como llamaban á
(ó el super emperador, como era en la realidad),
tzenlechruz, Semeleder, Corio, Bombelles, Détroyat,
fonds, Langlais y cien mil belgas, austriacos, hún-
franceses, polacos y hasta rusos que habían to-
á pechos la tarea de europeizar á estos pobres
dejados de la mano de Dios. Uno quería caminos de
; otro enseñar la botánica por medios incógnitos y
practicados; un tercero establecer fábricas de
e Sajonia; un cuarto libertar á los peones de las ha-
s y un quinto y un sexto y un séptimo bajar es-
con la mano, adivinar el porvenir, criar sapos con
climatar ranas con pelos y otras cosas así de llanas
importancia. Y era que ninguno de ellos conocía
da de las costumbres, ni de la historia, ni de los
lentes, ni de la situación de México, y querían or-

ganizarlo á golpe de reglamento como si hubiera un país ideal, una utopia, un Falansterio ó una Ciu del Sol.

Los fines de Diciembre del sesenta y cuatro estuvie



preñados de peripecias en que, quise que no, desemp papel importante. Un día vino á verme Jecker.

— Todo está en vías de arreglarse: recibiremos tre cuatro millones de pesos como transacción definitiva; necesitamos imprescindiblemente de la presencia de hija...

¡De mi hija! repetí como atontada.

Sí, de tu hija, de Eugenia...

¡De Génie!...

Sí, de Génie, que siendo como es heredera de su pa-
ene que intervenir en cualquier arreglo en que se
bienes suyos.

Comprendo, sí; pero Génie es menor de edad y yo
representarla.

Como casada, no tiene más representante legal que
rido.

Pero es que... no sé dónde estará á la fecha.

Lo sabías hace poco.

Ni una palabra he llegado á averiguar.

¿Y lo has procurado?

Sí, claro que sí... pero no he tenido noticias.

Pero ¿nada has llegado á saber?

Nunca.

Pues entonces ¿cómo le aseguraste á tu padrastro,
uan Manuel, que habías puesto en movimiento á la
a francesa?

¿Lo oíste?

Claro que sí; lo mismo que lo demás que entonces
ieron ustedes; mas como no me importaba... Lo
ebes hacer es tomar lenguas del paradero de la mu-
a, y luego que lo averigües, ponerte al habla con

—No encuentro forma de hacer eso.

—A ti nada se te dificulta, y aunque se te difi
enormemente, debes tener en cuenta que de tu maña
pende salgamos adelante en este asunto, que corre ri
de naufragar si no arrimamos enérgicamente el asc
la sardina.

Nadie se asombrará si cuento que pasé una noche
menda: sentía que la cabeza se me rompía en pedazos
fría náuseas, veía en la misma obscuridad en que
había recluído ráfagas amarillas, verdes y azules
me hacían daño en lo más hondo del cerebro. Me ba
cabeza con agua sedativa, me apliqué á las narice
pomo de sales, cerré vidrios y maderas de la habitaci
me eché en la cama decidida á no pensar en nada.
apenas cerraba los ojos del cuerpo y trataba de aisla
un poco cerrando los del espíritu para impedir la ent
á las visiones tristes, alegres, gloriosas, pero sobre
de tormento y mortificación, que me acosaban, una p
tecita se abría como por arte de magia, y una voz en
ga, burladora ó severa, según el caso, me llamaba á c
tas diciéndome con voces clarísimas é inteligibles: «
haces, en qué piensas, tú, vanidosa y necia, que no
hecho caso de tu hija? Te contentaste con ver en Fra
á tu yerno y con obligarle á aceptar unas cuantas m
das que él tomó porque se lo imponía la miseria; tor
acá, supiste que tu hija vivía al lado de sus suegros

or satisfecha... Quizás mientras tú gastas miles de en compañía de tu amante, ella vive sola y triste, le miseria y sin apoyo ninguno... Viejos eran ya don n y doña Lorenza, ¿por qué no han de morir el día pensado? ¿por qué no han de haber muerto ya? Y ¿dónde buscas á tu hija, ya que no para protegerla larla, como sería tu deber, siquiera para constreñirle te dé su firma para que recojas esos santísimos s que tanto necesitas para seguir dándote lustre y uar aparentando riqueza y bienestar?»

le respondía á la tal voz:

laro que no soy impecable; en un tribunal no me erían; pero ¿quién tuvo la culpa? Ella, que sin disiento, sin tomarme ni pedirme parecer, se marchó amante como si fuera realenga, como si fuera Pebre ó Juan de la Calle... Había faltado á lo más elel, al decoro, á las buenas formas, y nada más justo mper con ella.»

l muñeco que hablaba desde dentro replicaba:

.jí, jí (y al reirse parecía que me apretaba hasta romno sé qué tornillos de mi cabeza), jí, jí, jí; hablas oro tú que padeces del mal de amor, tú que te rindes nero que llega armado de unos ojuelos flechadores, n sablecillo brillante, ó de unos pantalones rojos, ó sombrero á lo Maximiliano... No te burles de ti misu hija es buena, es mucho mejor que tú, mucho me-

jor que tus amigas, mucho mejor que cuanto tú cono
pero mala, vitanda que fuera, no tendrías tú el dere
de censurarla... porque se parecería á ti.

— Yo me censuro duramente.

— Tú no haces sino alabarte.

— Cállate.

— Sé buena.

— Déjame dormir.

— Busca á tu hija.

A las tres de la madrugada me dormí soñando en nie, en su estancia en Puebla, en el niño que le había cido y en cien mil cosas larguísimas de contar.

Muy temprano escribí un volantito para que Aqu pasara á verme. Llegó Lapierre cuidadoso de que malo pudiera acontecerme, y tan pronto como le expli el caso supo consolarme con su labia admirable.

— Todo se arreglará; no tengas cuidado que tod arreglará... Soy amigo del jefe de la policía, y te aseg que antes de una semana tendremos datos indudables a ca del paradero de tu hija... Si el viejo Olivos salió México, fácil será dar con él... y traerle á la fuerza.

— No, con él no quiero nada.

— Lo siento, porque desearía hacerle pagar las ron con que se despidió de mí al dejar la casa.

— El buen don Germán... suspiré pensativa.

— Sí, puedes contar con ello... Y luego que haya c



No sabe usted, señora Jecker, me dijo la señora Plowes...

THE NEW YORK
PUBLIC LIBRARY

el negocio, nos pondremos en paz, me casaré con-
viviremos tranquilos.

¿De veras, Aquiles mío?

De veras, Nena.

uello me confortó y me alegró hasta ponerme como
naja. Olvidé penas, remordimientos, sustos y con-
me dediqué á pensar sólo en ser dichosa al lado de
omparable amante.

los los días recibía noticias acerca del paradero de
: los Olivos habían marchado con Juárez; estaban
dalajara; habían salido para Mazatlán, vivían en
; se habían radicado en Monterrey; había muerto
rmán; quien había muerto era doña Lorenza; era
que seguían viviendo en México; el viejo se había
do al imperio; no se había adherido al imperio; ve-
en un poblacho ejerciendo la abogacía...

re todas aquellas contradicciones no era posible re-
nada. Aquiles se interesaba en el asunto, pero no
s dichoso que yo. Vivía tan abstraída, tan pensa-
n fuera de mí, que no supe darme cuenta de la agi-
que reinaba en Palacio por un doble motivo: la
n eclesiástica y la de los robos de alhajas.

¿No sabe usted, señora Jecker, me dijo la señora
, que estamos á punto de romper con Roma?

¿Con Roma?

Sí, con el Padre Santo.

—¿Y por qué vamos á reñir?

—Porque S. M., que aguardaba que el Nuncio vi provisto de instrucciones para arreglar la cuestión siástica, dice ahora que no tiene tales instrucciones.

—Pues... es gracioso.

—¿Gracioso encuentra usted un asunto que pued tar el trono á nuestros amados soberanos?

—¡Pse!...

—Y traer la ruina de México...

—¡Bah!...

—El Nuncio debió haber traído instrucciones y cedido desde luego á firmar el concordato.

—No habría estado mal.

—Tan bueno habría sido, que todos nos hubiér alegrado... Ó ¿qué dice usted?

—Que se lo cuente usted al Nuncio...

—Pero no hallará usted tan sin importancia los de alhajas.

—¿A quién le han robado alhajas?

—A todo el mundo... Don Isidoro de la Torre fu tima de uno de esos robos: le sacaron un cajoncito e guardaba multitud de joyas.

—No le hacen falta.

—A las Icazas, á las Andrades, á las Escandor les han dejado casi nada que ponerse.

—Comprarán otras.

— Veo que se resigna usted muy fácilmente con el mal
no... Si se tratara de esa hermosa joya que llevó el día
cumpleaños del Emperador, no mostraría tanta con-
midad.

— Ni de esa ni de otras alhajillas que guardo quisiera
se tratara; pero usted ya lo sabe: los ladrones, más si
hábiles, como los que han aparecido, no buscan á los
res.

— Por eso vivo descuidada.

— Y yo.

— Pues no tiene razón.

— Sé á qué atenerme... Y á propósito, ¿qué alhajas fue-
esas que robaron?

— A don Isidoro de la Torre le sacaron de un vargue-
ntiguo una cajita de plata en que guardaba tabaque-
le oro con bellísimos esmaltes, veneras de la Inquisi-
y sobre todo, un preciosísimo aderezo que sólo tiene
etidor en la *rivière* que le habían cogido días hace á
ha Tagle...

- ¿También habían robado á la Tagle?

- Sí, le habían llevado una *rivière*, un prendedor, una
te... ¡qué sé yo!

¿Y qué les robaron á las Escandones?

Las famosas calabacillas que tenían guardadas en
ajero de porcelana.

¿Y á las Icazas?

—Aquel collar viejo de esmeraldas que tanto lla atención en Palacio.

—Pues, en verdad, hay que tener cuidado... Hac me habían enseñado esas cosas y de veras siento hayan perdido... ¿Y la policía? ¿Qué hace la polic no averigua y pone como un cabello esos escánda ¿No dicen que S. M. ha traído, ó va á procurar que s gan, unos famosos agentes que son capaces de los res que dice la oración del Justo Juez? Que se luzca demuestren que son capaces de ganar los tres mil, lo tro mil ó no sé cuántos pesos que les dan... Y lo q siento más es que un amigo, el vizconde de Lapierr quería ver esos primores, no consiga su objeto aun ñándose...

—Aguarde usted, su vizconde ¿no es un extranje jito, de buena cara y de barbilla rubia, capitán, c dante ó no sé qué de la guardia palatina?

—Sí, sí, el mismo; pues vió todo, tanto que don ro, apoyándose en el testimonio del comandante, s que las joyas estaban en su sitio el día anterior robo.

—Pero don Isidoro tenía otras joyas, tenía su c pleta de onzas, tenía preciosidades de todas clases pasó con todo ello?

—Todo está en el mismo lugar, todo está sin va ninguna.

Es maravilloso!

En casa de las Escandones hicieron á un lado joyas
o valor y sólo cargaron con la consabida caja de
na, la que tenía en un relieve el combate de cen-
y lapitas.

Todavía más: sacaron alhajas de poco valor y se lle-
olamente las calabacillas que dicen valer una for-
Pero no lo crea usted, esos bribones por audaces
n, tendrán su merecido... Ya la policía está en au-
según parece, hay sabuesos que se pierden de vis-
enen, como quien dice, el nudo, el núcleo del asun-
n sombrero charro que, acompañado de una cha-
pareció en la recámara de las Icazas: por ese hilo
e sacar el ovillo, no lo dude usted.

Me parecería extraño, porque mire usted que un pe-
ciendo esas picardías tan ingeniosas, tan... vamos,
ilizadas... no cabe en lo posible. Aquí el pelado
ero de manera salvaje y primitiva: arrebatando el
á la india que pasa, metiéndose á la vivienda y lle-
e la manta ó la jaula mal colocadas; los crímenes
son propios de gentes cultas.

Lo mismo creo; pero no sé por qué había de enga-
echarse á perder aquí el olfato de la policía fran-

Claro, ni por qué habíamos de dar nosotras leccio-
os maestros.

El asunto de los robos duró en el tapete lo meno
ce días. Aquiles, que me veía con más frecuenci
acostumbrada, me dijo un día que le reprochaba
danza:

—Pero ¿no lo sabes? Me he pasado la mañan
juzgado de lo criminal, declarando ante un señ
que no sabe lo que se pesca. Figúrate que tiene p
diez ó doce indios y que no es posible hacerle sali
convicción de que esos pobres han sido capa
meterse en las casas de Escandón, de Torre y
demás robados. «Señor Juez, le insinué con resp
tiene Su Señoría que molestar á esos desgraciados:
está en otra parte, en esfera superior de la socied
en un pelagatos que poco sabe de eso... Como
Nelson en Trafalgar: «¡á los cascos! ¡á los cascos!
digo yo: á los personajes encumbrados, á los señ
hambrientos, á los oficiales austriacos, franceses,
mexicanos ó de cualquier otra nacionalidad que
querida, que se sepa contraen deudas de juego, que
ó se dan buena vida; lo demás es perder el tiem
qué crees que me ha contestado el tal Juez, u
gordo, negro, antipático y sucio?... «Señor viz
vuecencia sabrá mucho de mandar soldados, de
cortesías á Sus Majestades y de otras cosas seme
pero lo que es conocer y distinguir criminales..
sabe y yo soy un lince... Figúrese nomás que s

en estas cosas desde el tiempo de Bustamante, es
hace veinticuatro años, y que he tenido á mi cargo
ocesos más famosos que se han ventilado en esta
poli... Y además, soy hijo de buen padre; figúrese
nomás qué tanta será mi ciencia: soy descendiente
del descubridor de la conjura del padre Arenas.»
riendo discutir más con aquella lumbrera jurídica,
er á don Isidoro de la Torre, le ofrecí mis servicios
l caso de que quisiera utilizarlos, y lo mismo hice
s Escandones, las Icazas, las Adalides y demás per-
das. Me lo agradecieron mucho, pero me despa-
á paseo con toda finura, indicándome que no me
la mortificación de hacer averiguaciones, pues hay
de que lo que aquí se pierde, se pierde sin remedio
vale más no molestar á los ladrones, que son
y pueden hacer mucho daño á quien se meta con
Eso me indignó, y á don Isidoro le dije lleno de
«Señor don Isidoro, es verdaderamente triste que
la desmoralización hasta corromper y minar lo
ranado que tiene este país... Usted, que es un caba-
ivilizado y discreto, debía encabezar una cruzada
le descubrir á esos pillos, que tanto desacreditan
an tanto perjuicio...» La respuesta del ricachón
ta: «Le agradezco, amigo vizconde, el interés que
í se toma, pero no me hallo dispuesto á encabezar
nte cruzada... ¿Se perdieron esas cosas? Más se

perdió cuando el diluvio y menos se ha recupera
no tengo voluntad de asumir el carácter de red
que así no tardaré en ser crucificado... Es ma
actitud pasiva que mucho se parece á una compli
pero peor es sufrir daños en la persona ó nuevos
en los intereses... Y por lo que á usted toca, no s
á perseguir á nadie, que puede volvérsele la o
por pasiva... Acuérdese que no hace muchos
todavía, en las antesalas de la presidencia se tra
los robos y las asonadas; acuérdese del coronel
que fué llevado al palo por asesino... y el tal c
era nada menos que ayudante del general preside
Todavía insistí ofreciéndome á capitanear á la p
pero el maldito no me hizo caso: «Es usted muy
y está muy recién venido á la tierra; dentro de do
hábleme del asunto.»

Siguió mi novio hablando largamente de la nec
de no dejar impune esa serie de picardías, y ya par
cluir me entregó unos riquísimos relojes que acaba
recibir.

—Mal anda todo por casa, me dijo; figúrate q
padre, viejo gentilhombre que sirvió á Napoleón,
visto obligado á deshacerse de sus tierras, y que m
dre, para volverle menos penosa la situación, ha de
nado vender sus alhajas... ¡Pobres viejos! si no fuer
mi hermana María, que es dama de la Emperatriz

que está casada con el conde de Beaumetz, que con-
ılgunas de sus posesiones de Bretaña, todo estaría
o... Pronto realizaré estas cosas; pero entretanto,



ımelas, que bien necesito de tu buena voluntad para
me confundas con un prendero...

despidió el vizconde y á poco recibí una cartita
n que me anunciaba que había noticias frescas de

Está en Zitácuaro, me contó cuando le vi; el viejo

Olivos es comisario ó no sé qué en el cuerpo de ejé
que los chinacos llaman del centro, y es facilísimo da
ella. Escríbele y yo me llevo la carta.

—No tomaría resolución ninguna, le respondí
consultar con sus suegros, y el viejo Olivos te debe
ner una inmensa aversión desde lo del alojamiento
alguien la convence, soy yo; cuento todavía con algú
cendiente sobre ella.

—¿Y te expones tú al camino?

—¿Por qué no? ¿No viajan solas tantas señoras?

Discutimos largamente si había en efecto necesid
que yo fuera, y al fin quedó acordado que haría el
pues Génie tenía dadas tales muestras de testarudez
no valía la pena de ponerla sobre aviso mandan
mensajero ó escribiéndole una carta: mis súplicas
lágrimas debían hacer toda la obra, pues era segur
si el viejo maniático del Licenciado sabía que se tr
de recibir dinero del gobierno por causa del que él ll
ba sin ambajes *el inmundo negocio Jecker,* todo se lo
ría la trampa. Había, pues, que emprender el viaje
heroica Zitácuaro.

Aquiles, que estaba en todo, me hizo ver la nece
de que dejara un apoderado constituído para tratar d
negocios en mi ausencia, y como en nadie tenía más
fianza que en mi novio adorado, á su favor y ante e
tario Pérez de Lara, otorgué el famoso poder, pues I

nía intención no sólo de apretarle las clavijas á r, sino también de gestionar la reivindicación de mis ios á la herencia de mi tatarabuelo.

de saberse, que examinados los papeles por un fa- jurisconsulto, había resultado que estaban en regla debía emprenderse sin tardanza la reclamación. Por parte, Moncalian desde España y Saligny desde ia, seguían urgiéndome para que hiciera el negocio mandara su parte.

ltaba sólo arreglar la licencia de la Emperatriz para iarme, cuando recibí una mañana la visita del padre s, que llevaba un asunto importante.

Señora, me dijo, novedad tenemos. Con lo de la car- S. M. al ministro Escudero, los conservadores están que soliviantados, furiosos y pretenden hacer una ridad.

¿Los conservadores? ¿Los mismos que han traído al rador? Eso no es posible.

Tan posible, que todo está dispuesto para asesinar rimiliano.

Usted ve visiones, padre Robles.

¡Ojalá que fueran visiones!... Los conservadores se en, los conservadores trabajan, los conservadores lo imposible por echar abajo al bondadosísimo prín- que ha tomado sobre sí la ingrata tarea de hacer fe- esta desgraciada nación... Dicen que estaban mejor

en tiempo de Juárez, que era hereje, que en tiemp
este emperador católico y escogido por ellos.

—¡Qué horror!

—Eso de que el Príncipe anuncie la tolerancia de
tos, el mantenimiento de las Leyes de Reforma, y la
sas todas que dice ó deja entender la carta, les pone f
ticos y escandalizados; no lo pueden pasar.

—¿Y quién es el jefe del complot?

—El jefe... pues tal vez lo sea el Arzobispo; pe
que quieren empezar la danza son Vicario y Taboada
generales ultrarreaccionarios que ahora están de o
en México.

—Pues habrá que ponerles á buen recaudo.

—Así lo creo yo, y lo digo para evitar efusión de
gre, pues nunca me consolaría si supiera que po
causa se había muerto á un hombre.

—Y habrá que poner á la sombra al Arzobispo.

—¿Al Arzobispo mi señor? Eso no; si se come
atentado semejante, yo retiraría mi denuncia y que
descubra lo que pueda.

—Pues lo descubrirá todo.

—Así sea; pero que no cuente con mi ayuda.

—¿Y para cuándo es el complot?

—Para esta tarde. Sí, se sabe que el Emperador
la iglesia de la Soledad de Santa Cruz, y se tiene pe
cogerle en el camino vivo ó muerto. Si vivo, se le o

ue derogue esas leyes, que se piensa han sido dicta-
r el mismo espíritu de las tinieblas y promulgadas
ca de los infames radicales que se han adueñado del
si muerto, para que sirva el caso de saludable lec-
los que quieran jugar en lo sucesivo con la buena fe
conservadores.

Es mucha gente esta!

nuniqué las noticias de Robles á S. M. la Empera-
la señora se llenó de alarma.

Hay que decirlo á S. M., me dijo.

oco rato el chambelán de servicio nos introdujo al
to de S. M. El Emperador se hallaba cerca de la
a, en el cuarto llamado del baluarte, y se entrete-
hojear un álbum de estampas.

Conozco ya, nos dijo tras de oirnos con toda calma,
nejos de los señores de las *pelucas viejas* y del vene-
lero.

Aquí nada hay venerable y mucho menos lo es
, dijo Carlota, repitiendo la frase que había pro-
hacía días con motivo de la organización de un
.

Sé quiénes son los revoltosos y les he de castigar
erte mano... Ved lo que me dice mi policía especial
de estas cosas: «El licenciado don Antonio Morán,
. Alvear y el licenciado don Antonio Fernández
rdín, fueron ayer al palacio episcopal...» Claro se

ve que estos excelentes cangrejos han ido á tratar co
bastida la manera de levantar á México contra mí.
general Mora y Villamil vive en la calle de Mesone
mero ocho. Todos los días á las seis de la tarde sale
casa un coche vacío, y vuelve á las siete llevando un
bre muy bien vestido. El salón, que tiene vistas á la
se ilumina todas las noches cerca de las ocho. Ayer,
siete y ocho, cuatro individuos bien vestidos entraro
casa. A las nueve y tres cuartos el coche del genera
conduciendo al señor Arroyo, antiguo oficial may
ministerio de Relaciones Exteriores, que vive en la
de los Bajos de San Agustín, número cuatro. A las on
lieron de la casa del marqués los señores Bocanegr
tiguo prefecto político, y Andrade, ex oficial de p
Juntos fueron á la calle de Santa Teresa, número cua
¡Ajajá! ¿Y qué hablarán el gran político Arroyo y
pático marqués? No han de ser los loores del imper
á propósito, voy á leeros una tremenda letrilla
buen Mora y Villamil le dedica un periódico de J
Fijaos bien, que es cosa de gusto.

Y leyó unos versos de los cuales guardo en
moria algunas estancias.

Era un pobre subteniente
Del cuerpo de artillería;
Temblaba de una sangría
Y daba diente con diente.
Nada de horrendo mostacho,



—No me contáis nada nuevo, mi querido Robles. Por ahora lo único en que se emplea el país...

THE NEW YORK
PUBLIC LIBRARY

ASTOR, LENOX
TILDEN FOUNDATIONS

Nada de sombrero al tres,
Que es un palomo el marqués. .
El marqués de Rivas Cacho.

Quiso hacerse el andaluz
Y le zurró la pavana
Hasta cansarse, Santa Anna,
En Puebla y en Veracruz.
De general el despacho
Recogió al fin á sus pies,
Que es muy flexible el marqués...
El marqués de Rivas Cacho.

Fingióse enfermo en Padierna
Y en cada desaguisado
Ya le acomete un resfriado,
Ya siente mala una pierna.
Hoy lucirá sin empacho
La mano del almirez,
Que es todo un hombre el marqués...
El marqués de Rivas Cacho.

ímos todos, celebrando la gracia del maldito poe- que en otras diez ó doce coplillas tan saladas incorrectas había pintado de cuerpo entero á S. E., imiliano prosiguió:

No me contáis nada nuevo, mi querido Robles. Por lo único en que se emplea el país es en conspirar: erales conspiran contra los franceses y contra mí; nceses contra los liberales y contra mí; los conser- es contra mí y contra los franceses, y los mode- contra mí, contra los franceses, contra los rojos y los cangrejos... Ya veis que hay para darse

gusto... El único que no conspira soy yo, pues l
querer acabar con los franceses, los rojos, los mod
y los clericales, quiero atraérmelos á todos y ve
gobierno en su compañía... Pero esto es natural; r
formaré con que en el décimoquinto aniversario
reinado se me conozca y se me estime un poco
tiempos son de lucha, de ardor, de discusión y no
sible exigir lo mismo que en los de calma... El ar
alienta á Vicario y á Taboada; pero Juárez alienta
rojos: Huerta, Fidencio Villagrán, Leiva y Fragos
en México ó en los alrededores y reclutan gente..
asegura que Ramírez, Cortés Esparza y casi to
ministros me traicionan y me venden... El mar
creer lo que afirman estos papeles, trataría de pr
una catástrofe para alzarse con el santo y la lim
Debe de haber en eso mucha exageración; pero su
dolo absolutamente cierto... ¿qué le hemos de
Si me toca morir en México, moriré con y sin
raciones, con y sin conjuras, con y sin el aux
amigos... ¡A la mano del destino... y que seamos d
si nos toca! Mas si es permitido augurar lo venide
niéndose á los datos que proporciona lo actual, t
en el activo del imperio lo siguiente, que no me
despreciable:

Cuarenta y cinco mil hombres entre francese
triacos y belgas, cuyos cuadros están ya formado

ijero y prontos á desembarcar de un día á otro.
son gentes disciplinadas y aguerridas, y aunque la desventaja de maniobrar en terreno desconocido, se acostumbrarán á él.

inticinco mil mexicanos, desorganizados, sin cohe- in orden y sin jefes, pero valientes y arrojados: de ellos ha de salir el nuevo ejército, y ya el Mariscal rabajando en el plan de organización de ese núcleo leramente necesario el día remoto, pero posible, uestros ilustres aliados tengan que emigrar del rio de nuestra patria.

a buena cantidad de buques de guerra en los dos

clero, que por más que se encuentre resentido en nomentos por causa de las medidas que nos hemos obligados á dictar, pronto ha de comprender que le nos algo que en realidad es mucho mejor que lo disfrutado.

pobres cangrejos, que han de ser nuestros aunque erio sea más liberal que lo que es ahora, pues n decirnos á cada vez que dictamos alguna ley que sagrada: «nosotros os trajimos, somos vuestros y no podemos dejar de amaros.»

tesoro francés.

tesoro mexicano.

ricos, que sienten halagada su vanidad al ver que

se les toma en cuenta y se les llama al desemp
cargos que les vedaba la república.

La idea monárquica, que estaba enraizada pro
mente en el sentimiento popular, y que por consec
es un motivo más de duración de este régimen.

Por último, la persona del príncipe que ha de
trabajador, un organizador, un fundador de imper
es indiferente, sino principalísima, y yo me esfu
ponerme de acuerdo con el gran papel que m
reservada la historia.

En cambio, en el campo republicano, ¿qué vem

Zaragoza, el jefe con que contaban los con
muerto providencialmente cuando su influencia po
más nociva á nuestra causa.

Los elementos del ejército juarista destruí
Puebla.

Juárez, Lerdo é Iglesias, corriendo á salto d
por los desiertos.

Unas cuantas partidas de guerrilleros-ba
asaltantes de rancherías y poblachos y teniendo p
armamento unos cuantos mosquetes viejos, desech
guerras civiles.

Para batir á los cañones rayados que han
Francia la victoria en todas partes, unos cuantos
lanzas.

Para hacer frente á la intendencia francesa,

con mecanismo de relojería, las *razzias* periódicas á
ciones agotadas.

ra procurarse pólvora, el salitre de los cementerios;
obtener hierro y bronce, las rejas de los conventos y
ampanas de las iglesias; para obtener dinero, los
mos forzosos á gentes que no lo tienen ó lo
len. .

rfirio Díaz, preso.

xaca, la segunda Puebla, en poder de Bazaine.

cente Riva Palacio, un muchacho testarudo y sin
tancia, recorriendo Michoacán con un cajón de
sellado por todo arsenal.

s jefes de importancia, como Vélez, recluídos en casa.

s viejos republicanos, como Uraga y Vidaurri,
s al imperio.

os cuantos jefecillos obscuros, como un tal Mariano
edo, otro tan insignificante como él, llamado
n Corona, y otros también de última laya que se
n Angel Martínez, Luis Figueroa, Félix Díaz y José
Arteaga, que no me infunden ningún cuidado.

eedme, señores, no hay temor ninguno por la suerte
iperio; todo está en regla, todo marcha bien y está
nino de consolidarse... Voy á mostraros lo hecho en
ltepec: ya veréis cuán sencillamente quedó re-
el parque, cuán bellos los jardines y cuán cómoda
npa... Le he añadido los terrenos de *La Hormiga*,

que adquirí de Martínez del Río nada más que en
cinco mil pesos, y los terrenos colindantes con es
compré en cincuenta mil pesos, y pienso comp
hermoso parque añadiéndole otras muchas propie
Ya veréis el castillo dentro de diez años... Me h
Tangassi dos tazas de alabastro, pero no me placen
tirarán del servicio aunque se pierdan los dos m
que costaron; tampoco me agrada mi busto en
afortunadamente se contrató sólo en cinco mil pes
pensado quitar la vitrina (dirigiéndose á la Emp
que se había puesto en el cuarto que destinamos á l
cesa Iturbide... Cegaremos la escalera que va de
habitación al fondo de la colina... Hay que ab
puerta entre mi despacho y el del jefe del gabinete
convido mañana para que vengáis á ver el teatro
lacio y para el cual ya tengo director: Zorrilla, e
Zorrilla... Señor Robles, en muestra de la simpatía
tengo, os regalo mi retrato.

Y le dió un medallón riquísimo, ornado de pi
diamantes.

Dió las gracias el fraile, me despedí atentament
á aguardar á la Emperatriz para el almuerzo.

Esa tarde, acompañado solamente por un pica
Maximiliano á pasearse á caballo por el rumbo d
ledad de Santa Cruz, y recibió en su camino la
más espontánea de todo su reinado.

TERCERA PARTE

CAPÍTULO PRIMERO

Los compadres

…, pues, el caso, que obtenida la licencia, otorgado el poder en favor de Aquiles, listas las cartas de recomendación, armada del mayor esfuerzo que logré procurarme y resuelta á sufrir todos los …ados posibles, salí de México con dirección al tur… …imo departamento de Michoacán, lleno de gavi… …adrones, si habíamos de creer á los periódicos …s, y de partidas de patriotas, si habíamos de dar á los ojalateros republicanos, que diariamente …público alarde de su inconformidad con el régimen …ido.

…die le hace gracia levantarse á las tantas de la

madrugada; pero menos le gusta á quien, como
dormía diariamente entre dos y tres de la mañ
aunque el día que antecedió al de mi salida me
muy temprano, no concilié
ño sino cerca del amanecer
do el criado llamó á mi
gritándome á voz en cuello



— Ya es hora; van á so
cuatro.

Con la premura posibl
mis ropas, que estaban ya á
abrí la puerta; ordené al m
cogiera mi maleta, y tom
mino de la casa de diligenc
era tiempo; la diligencia es
el patio cargada hasta lo
iluminada por dos ganapa
sostenían sendas y resinos
embreadas que daban ta
como humo y que regaban
lo con gotas negras y calien
no tardaban en congelars
frío de la mañana. Me sen
lugar que me estaba destinado, y aunque pensé qu
sabría mi nombre ni mi calidad, no tardé en cono
mi incógnito no quedaría tan oculto como el del a

tas de Junius. Un alemán de buen porte, viejo y or hasta por los codos, se quedó mirándome cuando hupín de muy mal humor me alumbró la cara con terna, y aunque guardó silencio al arrancar los ca- apenas el carruaje salió á terreno plano, me dijo rado tudesco, de quien no distinguía más que las cortadas á tijera:

¿Quién nos hubiera dicho, señora, que después de comido juntos anteayer, nos habíamos de encontrar en este carruaje?

nprendiendo que á mí se dirigía, le dije:

La verdad es que no recuerdo... no sé cuándo haya- mido juntos.

En la mesa de S. M. el Emperador, replicó triun- l alemán: soy Feist, Federico Carlos Feist, servidor d...

No recordaba...

Comí cerca de la señora Arrigunaga, que por cierto bella; usted estaba en frente, al lado del general ı.

Es verdad.

bendito Feist logró con aquellas sus indiscreciones tar la atención y la curiosidad de los demás pasaje- as después supe que no era tanta su perspicacia, bueno del montañés, que tenía que despachar la cia, estuvo renegando por no poder maniobrar á su

gusto, porque había recibido orden de no salir hasta que se presentara una señora del palacio; y como Feist y todos los viajeros se fijaron en que el coche partía tan pronto como llegaba yo, no necesitaron ser linces para figurarse que yo era la persona que se había de aguardar.

Por Santa Fe nos sorprendió la mañana, fría y metida en bruma, pero alegre y simpática: dicen que los grandes acontecimientos se anuncian hasta en el cariz de la atmósfera y en el color del cielo; aquella atmósfera y aquel cielo no anunciaban sino paz y bienandanza.

Luego que se disiparon el sueño de la mañana y la timidez y el encogimiento de las primeras horas, se estableció en la diligencia aquella cordial comunicación que era peculiar de los coches mexicanos destinados al camino. ¡Cuántas amistades firmemente establecidas se anudaron en una diligencia! ¡cuántos negocios problemáticos y hasta desechados volvieron á considerarse y á resolverse favorablemente en un viaje en diligencia, y cuántos matrimonios, noviazgos, riñas, paseos, excursiones, pleitos, duelos y quebrantos en una diligencia y sólo en una diligencia tuvieron origen!

Ibamos, además del alemán y yo, una muchacha de buena cara que parecía mujer de un sujeto medio eclesiástico, medio seglar que bostezaba á cada rato; una moza de esas que llaman del partido; dos muchachas muy guapas que iban acompañadas de dos mozallones tan barbu-

ue se habría visto apurado quien quisiera colocar en a un pelo más. Total, nueve personas.

Aquí es, dijo uno de los muchachos, el famoso Salto, roban... Á mi padre le quitaron hace siete años, el encapillado: llegó á Toluca menos que en cueros, asta un pedazo del de la cabeza le habían quitado y ba sangre que era un horror: dos meses tardó en rse.

Eso era antes, observó el prusiano, no ahora que, s á las batidas que dan las tropas francesas por nte de las Cruces, no se ve un ladrón ni para re-

¡Ah, que don Federico! exclamó riendo el muchacho, a gracioso y bien entendido. ¡Si los hay, á puños y os colores! Pregúnteles usted á los Acostas de Tex- á los Avalos de Tlaxcala, á ver cómo les fué hace ías en este camino.

Y á don Antonio López, de Cuajimalpa, que por ha- istencia le dieron un tiro en semejante parte (Dios rde), añadió el de cara afeitada, que luego supimos tario de un pueblo cercano.

Hay ladrones de á bola.

Bueno, bueno, advirtió don Federico, batiéndose en la; no digo que no se den algunos casos; no era po- cabar en un día con una plaga secular; pero ustedes negarán que la cosa es distinta de lo que era hace

cuatro años, en que me robaron catorce veces de México á Pachuca.

— Pues poco más ó menos, dijo el barbudo.

— No tanto.

— Yo no veo gran diferencia.

— Yo sí.

— La culpa la tienen los hombres, hizo observar Feist: si en vez de dejarse pelar de modo que no les dejen ni pellejo, se hicieran una y recibieran á los ladrones con confites de plomo, no se vería nada de esto.

— Pero para eso se necesitaría que el Gobierno auxiliara á los particulares.

— O sin auxiliarlos: supongamos que aquí nos cayeran unos cuantos ladrones... Venimos cuatro hombres válidos. más de la tercera parte de los que ocupamos el coche... Con el cochero y el sota, no hay que contar, pues en su interés está no resistir... Nos asaltan, les recibimos á tiro limpio, y colocándonos tras de la diligencia, le disponemos al cochero que le pegue al ganado, y nosotros vamos batiéndonos en retirada... ¿Qué les parece?

— No sería malo, dijeron los mozos barbudos que parecían hermanos entre sí y hermanos de las payitas de caras lindas. El sujeto medio eclesiástico, medio seglar nada dijo ni respondió nada.

— Yo hablo así, declaró con franqueza el germano, porque traigo conmigo un baulito de joyas que constituye

tuna y unas cuantas onzas que son el dinero con
iento para salir del país. Voy á Morelia á arrendar
acienda de caña que tengo por el rumbo de Tacám-
y á recoger á mi familia, que está necesitando de mi
para salir de la finca: en seguida me marcho para
a. Yo creo seguro el camino, pero si no lo está peor
os ladrones: traigo aquí una carabina Minié, que
cualquier cosa; traigo una buena puntería y traigo,
todo, el deseo de salvar lo mío... ¡Qué diablo! ¡No he-
e morir de parto ni de cornada de burro!... Si uste-
acompañan, me batiré en su compañía; si no, me
solo, que al fin traen algo que vale más que mi di-
y es el honor y las personas de estas bellas señoras,
e figuro serán esposas ó hermanas de ustedes.

discurso del extranjero sirvió para lo que deseaba,
os zagalones exclamaron al unísono:

Estamos á sus órdenes, don Federico.

Estoy á sus órdenes, murmuró con devota fruición
ario.

Bien: aquí vamos atravesando (y señaló el camino,
a una bellísima cañada formada por el reborde de
ontañas) el famoso puerto de San Juan, que es de
universal: preparémonos, que es menester que de-
emos bríos.

nque había viajado poco en diligencia, sabía bien
escasea el tipo del pasajero (generalmente militar)

fanfarrón y necio, que asegura se comerá crudos á los ladrones y cuya primer diligencia es poner en sus manos desde los anillos hasta los escapularios: no dí, pues, mucha importancia á las cosas de don Federico y me limité á guardar silencio.

La diligencia avanzaba pesadamente en la garganta llena de obstáculos: crujían el garrote y los ejes; caían de la montaña piedrecillas que sonaban en la azotea del coche; todos guardábamos silencio, cuando oímos un golpecito en el vidrio que comunicaba el coche con el asiento del conductor, y vimos la cara de éste diciéndonos claramente y como anunciándonos un número con que ya contaba:

—¡Los *compadres!*

Don Federico fué el primero en saltar á tierra derribando unas jaulas de sinsontes que empezaban á cantar al sentirse en aquella repuesta espesura y que se callaron al recibir la patada del gringo; por un lado y otro bajaron los muchachos, y después de todos el curial, que se llevó enredada una maleta de las que iban entre los pies de los pasajeros.

—¡Por Dios, Pancho!

—¡No, Manuel!

—¡Ay, Casimiro!

—¡Dense, por Dios!

—¡Más vale perderlo todo!

¿Cuántos son?

s hombres no escucharon palabra: uno de los mu-
os se trepó al pescante en que el cochero estaba



endo la maniobra, y señalándole el manojo de
entas correas que empuñaba, le dijo:

Si las sueltas, te vuelo la tapa de los sesos.

s mujeres nos replegamos al interior del carruaje

dando diente con diente; la moza del partido invocaba á todos los santos; las muchachas se apretaban las manos y decían frases incoherentes; la mujer del notario lloraba á grito abierto; sólo yo permanecía relativamente serena, figurándome que no podría acontecer nada funesto, pues ó los hombres cesarían en su insensata defensa, ó los ladrones quedarían vencidos: todo sería negocio de unos cuantos tiros y de unos cuantos desmayos.

Don Federico, que era el verdadero autor de aquella hazaña, distribuyó á la gente, y teniendo de un lado al curial y del otro al muchacho que habían llamado Manuel, esperó á pie firme la agresión de los ladrones. No tardaron en bajar éstos en un pelotón de cinco ó seis: se oyó que hablaban, que respondían los arrojados pasajeros, y se escuchó en seguida una descarga que ahuyentó á los asaltantes. La diligencia caminaba poco á poco, oyéndose el roce de las llantas en los peñascos: se calmó el lloriqueo en el interior del coche y parecieron alejarse los *compadres,* pero los denodados sujetos que habían salido á batirse con ellos, caminaban todavía á la zaga de la diligencia. De repente el garrote gimió, chasquearon los pernos de las ruedas, el cochero azotó el ganado y el carruaje se derrumbó por una cuesta, tan violentamente, que no parecía sino que iba á hacerse y á hacernos añicos en menos que canta un gallo.

Según parece, los pasajeros vieron entonces nuevas

s sospechosas, porque le gritaron al conductor con rgencia:

Pícales á los caballos; no te detengas... ó te mueres!

aba seco el arroyo que seguía á la cuesta, pero el o se internaba luego en una subida apretada de s, que con sus penachos obscuros que movía el vien-sadamente, parecían decir á los valientes escoltado- carruaje que no debían meterse en aquella lobre- mas como no era posible quedarse en la hondonada oir disparos y más disparos de las alturas sin poder erse en ningún lugar, la diligencia emprendió el o penosamente, como si quisiera retardar el mal que se le esperaba.

varíamos vencida la mitad de la cuesta cuando salir claramente el cañón de un mosquete de entre do ramaje de un pino y oímos un

¡Párense ay, *jijos* de...! que nos heló la sangre.

mismo tiempo salió de la espesura una verdadera de balas tan bien dirigidas, que el coche quedó sado en muchas partes. Los cuatro atrevidos caba-respondieron con otra serie de tiros dirigida al bos-ero deben de haber hecho poco daño, porque la descarga que nos asestaron fué todavía más nutrida primera.

¡Dios mío, si son muchos! gritaba la del curial.

¡Qué horror! ¡Nos matan á todos!

—¡Ríndanse! decía la de la enagua roja y los chinos en la frente, sacando la cabeza por la portezuela del coche.

—¡Muchachos, por Dios! gritaban las niñas bonitas.

Yo daba diente con diente sin atreverme á gritar ni á decir nada, y resuelta á aceptar cuanto viniera antes que á perder la vida.

No tardamos en ver que venía al suelo el muchacho encaramado en lo alto de la diligencia; llevaba una bala metida en la sesera y de seguro no se levantaría más. Las hermanas le gritaban, le llamaban con nombres cariñosos, pedían que se parara el vehículo; pero ni acertaban á abrir las portezuelas, ni echaban de ver que el coche estaba detenido en firme, pues el cochero y el sota habían saltado de sus asientos, y como se encontraban heridos los caballos de silla, era inútil que halaran los de tiro para mover el armatoste y las bestias.

Oímos por un buen rato los disparos de los nuestros, comprendimos que la resistencia no tardaría en cesar, y vimos aparecer á poco á una media docena de jinetes conducidos por un facineroso de cara morena que gritaba:

—¡Ríndanse, que ya no tienen remedio!

—¡Tengan su ríndanse! rugió la voz del notario, que había conseguido encaramarse á la azotea del coche y que en ese instante disparó un tiro que hirió de muerte á uno de los bandidos.

Ah, canalla, malajo! gritaron á un tiempo los asal-
¡bájese ó lo bajamos á tiros!
'o bajo, gritó el otro, alzando un poco la cabeza.
lispararon una rociada de balas, pero ninguna le

[ay que salir, porque sino á nosotras nos matan,
coscolina abriendo la portezuela.
violentamente arrastrando á una de las mu-
que, presa de una convulsión, se daba de cabe-
ontra los innúmeros saquillos y petacas que tapi-
l carruaje, y apenas tuvimos tiempo de evitar el
e dirigió á su mujer el tozudo escribiente de
ia, que manejaba el fusil con una destreza nunca
pobre muchacha cayó bañada en su sangre y sin
r palabra.
e lo había prometido, Antoñita, gritó el muy sal-
sde su posición; antes te mataba que cayeras en
le estos bandidos.
ardó el desgraciado escribiente en sucumbir ante
ro: cayó desde lo alto cuan largo era, herido por
a que le atravesó de lado á lado y dejando por el
mosquete que le había servido para batirse. Los
se precipitaron sobre el cuerpo, y con las cu-
los fusiles, las puntas de los sables, las suelas de
tos y las pezuñas de los caballos, golpearon, hi-
pincharon, molieron é infamaron á aquel cuerpo

insensible, que no tardó en demostrar que se le había apartado el alma que le sostenía, con un gran estremecimiento de todos los miembros y un horrible remover de los ojos, que al fin quedaron fijos y vueltos en blanco: la pobre Antoñita, que sólo estaba mal herida, lanzaba quejidos capaces de enternecer á los árboles del camino.

Sin curarse de nuestras voces, ni del desconsuelo de las hermanas del mozo herido, los ladrones nos obligaron á *azorrillarnos,* y como no quedaba más hombre válido que el pobre muchacho de las barbas recias y apretadas, contra él se ensañaron los feroces asaltantes.

—Andele, tal por cual. Qué, ¿se figuraban que se habían de escapar? A ver si como roncan duermen... ¡*Azorríllese,* desgraciado, ó ve para qué nació!

Y al mismo tiempo que esto decían, menudeaban planazos sobre las espaldas del indefenso muchacho, que se limitaba á soportar cuanto venía, revestido de un estoicismo que se asemejaba mucho á la estupidez. Quedó atado á un tronco de árbol, y á nosotras, por merced especial, se limitaron á *azorrillarnos* haciéndonos quedar con la cara vuelta en dirección contraria á la en que estaba la diligencia.

Las hermanas del muchacho herido lloraban á lágrima viva invocando á todos los santos del cielo y doliéndose de su mala suerte. Una de ellas tenía en el regazo al sin ventura, mientras su hermana recorría el



¡Ay, Dios mío! gritaba la que tenía sobre las piernas al pobre Pancho...

THE NEW YORK
PUBLIC LIBRARY

ASTOR, LENOX
TILDEN FOUNDATIONS

campo de una parte á otra buscando agua con que refrescar las fauces ardientes del moribundo.

—¡Ay, Dios mío! gritaba la que tenía sobre las piernas al pobre Pancho; ¡hijito de mi alma, vida mía! ¿qué dirá nuestra madre cuando sepa que te hemos dejado aquí, muerto y sin auxilios?... Mírame, hermanito, mírame, Pancho, para saber que todavía estás vivo, que no te ha pasado nada, que no te duele mucho esa herida espantosa... ¡Ay, Dios mío! ¿qué haremos sin tí, tan hombre, tan trabajador, tan vivo?

El herido sólo respondía con un estertor que parecía el hervir de una olla puesta á la lumbre.

—Se muere, se muere... ¡Ay, Dios mío, qué hombres tan ingratos, tan infames; qué infames son!... Pancho, Panchito, mírame; soy yo, tu hermanita, tu consentida, tu Refugito... Andale, Asunción, ándale con el agua porque se muere...

Debe de haber acudido la otra, porque durante un rato no se oyeron más que sollozos comprimidos; mas al fin ambas rompieron á gritar con más fuerza que antes.

—Ya, ya está acabado... ¡Pobrecito! morir sin sus auxilios y en medio del campo... ¡Qué suerte, Dios mío!... ¡Bendito sea Dios!... ¡Jesús, Jesús, Jesús... Jesús te ayude, Jesús te ayude, Jesús te acompañe!... Ya acabó... ¡Ah, hombres infames, no pagarán ni con cien mil muertes!...

Besaban y abrazaban al cadáver, le llenaban de ternuras, le mostraban al hermano que estaba atado, maldecían de su suerte, invocaban á Nuestra Señora de Guadalupe y apostrofaban á los ladrones. Estos estaban entretenidos en arrojar bultos desde lo alto de la azotea, del interior de la diligencia, de la vaca, de la cajuela y de todas partes; el espacio se llenó á poco de baúles, sombrereras, petacas, maletas y *quimiles*. Como estorbaban las muchachas y el cadáver, un facineroso de aquellos se acercó con el fusil amartillado.

—¡A ver si se callan, viejas escandalosas; si no, les doy un tiro!... ¡Quítense de ay con su dijunto, que están estorbando!... ¿Qué culpa tenemos de que nos resistan?... ¡Quítense, les digo, ó les va mal!... Tiznado... Como si uno les mandara que echaran balazos... ¡Pa lo que se sacan!... Seis nos mataron; pero ellos no salieron bien... ¿Onde está la cajita de las alhajas?... Encuera al gringo y sácale las llaves, que dicen que ha traído todo en un baúl amarillo... ¡A ver si se callan, que entoavía no es tiempo de que lloren!

Deben las muchachas de haber sacado fuerzas de flaqueza y retirado al muerto, pues durante mucho rato no se oyó sino el golpear de martillos, escoplos y cinceles contra las cerraduras rebeldes.

—Búscale con cuidado, gritaba uno, que no puede haberse perdido.

— ¡Qué ca...ñones! ¿Conque perderse? Ya les calentaré las orejas... Pregunten al cochero...

No tardó en acudir el cochero, que del mismo modo que el sota parecía tener una vieja y no interrumpida confraternidad con los *mañosos*.

— Yo no me acuerdo de ninguna cajita; pero buscando...

— Pos busca, que tú me respondes... No habría hecho resistencia el muy arrastrado si no hubiera traído el baulito... En la cajuela, en los cojines, en el suelo del coche... Rómpanlo si es preciso.

No tardaron en hallar lo buscado: estaba en el cielo del carruaje, perfectamente disimulado y aun cosida la abertura practicada.

Se formaron diferentes acervos con las joyas, ropas, alhajas y objetos de valor que se hallaron y el resto se arrojó al bosque por inútil. Luego despojaron á los cadáveres y al fin nos tocó el turno á las mujeres.

— Pélense las jergas, dijo uno de los mandones.

La del partido, en un instante se puso en el traje de Eva; las adoloridas muchachas se echaron á llorar y declararon que no se desnudarían.

— ¿Cómo que no se desvisten?... ¡Pues no faltaba más!... ¿Qué? ¿Estamos jugando ó qué? ¿Qué sucede, vamos á ver? ¡Quítense esos trapos ó ven pa que nacieron!

Y sin esperar á más, cogiendo del cuello del corpi
las desoladas criaturas y apoyándoles las rodillas e
vientre, saltaron corchetes, rompieron ojales, inu
zaron cordones, hicieron crujir telas y dejaron en
lota á las cuitadas.

— Usté, mialma, que es la de mejor genio, váyase
cuerando, me dijo uno de aquellos desalmados.

Sin chistar palabra me quité el túnico y me quedé
los brazos al aire y el pecho descubierto.

— También las faldillas... También la camisa... C
su señora madre la echó al mundo.

Obedecí á toda prisa quitándome sin replicar las
timas enaguas y la camisa, y envolviéndome en una
bana que encontré por allí, aguardé mi suerte compl
mente estupefacta y sin movimiento.

La tarea se había terminado; estaban hechas las
ciones, los cadáveres de don Federico, del escribien
del muchacho estaban colgados en sendos árboles; A
ñita yacía muerta ó aletargada; los caballos que hal
quedado útiles en la diligencia, cargaban los bultos
se habían adjudicado á los respectivos jefes de gav
(pues es de saberse que varias habían concurrido á a
hecho memorable). Sólo faltaba disponer qué se habí
hacer con nosotras.

Uno de los ladrones cargó con la habitadora de
llana y venta común; dos echaron en las sillas á las

nudas y tristes Asunción y Refugio, que partieron dando gritos y mesándose los cabellos. Yo, que aguardaba mi destino, sentada con aspecto de idiota entre tantas cosas rotas, destrozadas y revueltas, había permanecido mirando los cuerpos agujereados de balas, el coche desmantelado, los árboles que formaban un bosque apretadísimo, el pesar y la desolación que reinaban. En el sitio ya no había más que tres embozados que con el mosquete á la bandolera y el sombrero en los ojos acababan de montar en los pencos que tenían del diestro el infiel cochero y su segundo el *sota*.



Todavía se oían los gritos de las pobres muchachas, cuando apareció un bandido de zarape verde, sombrero con toquillas de oro, chaqueta de cuero con cenefa blanca

y calzonera abierta con tres órdenes de botones, y d
giéndoseme, me dijo con voz zalamera:

— Usté se viene conmigo, chatita.

Me quedé mirándole, y como él creyera que trat
de resistir, me tomó de las manos y del primer imp
me subió en la silla. Como pude, recogí la sábana que
había cubierto, y sentándome en el incomodísimo f
me apresté á caminar.

Partió la comitiva, y á la luz del sol escasísimo qu
filtraba entre los árboles, vimos al pobre muchacho
nos miraba partir sin derramar una lágrima, sin ge
sin removerse: parecía un San Sebastián barbudo, in
vil en el tronco á que le habían atado y con el cuerpo
de sangre y apretado de heridas.





CAPITULO II

La captura

TAN pronto como salimos del bosque, sentí la vergüenza que según el Génesis, sintieron Adán y Eva al verse desnudos: reía en la pradera un sol muriente que parecía despedirse del mundo entre los oriflamas que decoraban el cielo azul y la tierna verdura del campo, apenas interrumpida por una que otra florecilla blanca... Tal cual golondrina retardada pasaba como una saeta que fuera directa al nido lejano... Tramontamos una montañita pelada y de forma cónica, dejamos á un lado una laguna que parecía de fuego porque cabalmente se bañaban en ella los últimos rayos del sol; nos metimos en un montecillo que tenía el suelo lleno de hojas mojadas que apagaban las pisadas de los caballos, y ya era de noche cuando empezamos á subir una inmensa

montaña que parecía cerrar el horizonte con un m
negro y triste.

No quisiera recordar aquel ascenso porque me pa
cería que tornaba á sufrir todas las cosas que pasé ent
ces. Hambre, de esa hambre rabiosa que impulsa á co
lagartos y ratones; sed, de esa sed que hace pare
deseable el agua de los pantanos más infectos; sue
de ese sueño que nos consentiría dormir en la punta
una lanza, me hostigaban, me devoraban, me hac
daño; pero no como el ir sentada en aquel fuste que pa
cía un peñasco lleno de picos y erizado de eminenc
construído expresamente para tormento mío.

A veces se me figuraba que los árboles del camino e
centinelas apostados de trecho en trecho: á veces se
como una bendición del cielo el aire cargado de hume
que soplaba encaminando á las nubes negrísimas que
brían el cielo; á veces me caía de la silla y se necesit
todo el esfuerzo del que me conducía para detenerme
mi lugar.

—¿Qué, va dormida? A ver si se está en paz, que
me deja manejar la rienda...

No sé cuánto tiempo caminamos; al llegar á lo alto
no veía ni pizca, y como tuvimos que detenernos al
tiempo para que se dieran y recibieran todas las seña
contraseñas de chiflidos, voces, gritos y demás que les
gería la precaución á los compadres, mi hambre, mi

re todo, mi molimiento de huesos, se aumentaron en
ado espantoso.

fin, cuando estábamos en la cima, los caballos pa-
ı unas losas, se abrió una puerta de mano, y luego,
oco andar, nos encontramos en el patio de una vieja
le hacienda. Me bajaron del caballo sin que me acor-
á tal hora del pudor ni del triste que lo había inven-
y casi á rastras me condujeron hasta un agujero que
una fortísima puerta de palo de mezquite. A poco
entró el mismo que me había traído á caballo, y
índome un zarape me dijo groseramente:

Pa que se tape las carnes.

ıso luego un plato de barro en el suelo y me ordenó:

Cómase eso, que buena hambre ha de tener.

cerró de nuevo la puerta.

e arrojé sobre la pitanza con furia de bestia, y juro
s que ni los gallipavos de las Tullerías, ni los primo-
Chapultepec, ni nada de lo que había comido me
ron nunca como aquel plato de frijoles tapado con
ortillas frías, que devoré á tientas y con ansia de
Luego me arrebujé en el zarape, y echándome en el
dormí no sé cuántas horas sin parar.

las nueve ó diez de la mañana se abrió la puerta y
smo bandido del zarape verde, que andaba ya sin
rero y cubierta la cabeza con un horrible pañuelo
me dejó más frijoles y me gritó:

—No tarda en venir el jefe; aprevéngase que ti
ganas de conocerla.

En efecto, á poco entró en el horrible antro aq
un mocetón alto, de tez blanca, de hermosos ojos y
una mosquita negra hacia el labio superior. Vestía
charro, pero el buen gusto y la elegancia de la pers
daban al gallardo vestido campestre un aire de dignid
nobleza y gracia que encantaban. Me obligó el jefe á a
carme á la luz, pero era tan menguada la que entraba
la puerta, que no pudo verme á pesar de los esfuerzos
hizo: me alegré, porque mi pergenio no era digno ni
una cueva de ladrones.

—¿Esta es la dama de la Emperatriz? Ha de ser al
na vieja de noventa años, de las que tiene consigo d
Carlota... De lo que le servirán las cartas que lleva p
del Moral... El Emperador tiene la culpa, pues con su a
de ayudar á los chinacos, nos obliga á no verle com
que es... ¿Qué tiene puesto encima? ¿Un zarape? ¡Ma
tas gentes que nunca han de cumplir lo que se les ma
tal como se les ordena!... Les digo que no me cojan tra
pero no que les quiten los suyos á las gentes que pien
traerme... Porque la gente del Chato gane tres ó cua
reales vendiendo los tiliches de esta pobre vieja, m
cogen desnuda y expuesta á morirse... para que as
pierdan los cuatro ó cinco mil pesos que se pueden sa
por ella, á no ser que mamá Carlota tenga la idea de

mas no valen nada... Que busquen un vestido de porque esta señora no puede durar así... Vamos, ıe sea pronto, que sino se me va á morir de frío... ó uno de los bandoleros y regresó á poco avisando había más que vestidos de hombre: el único traje to era el de un oficial belga muerto hacía poco en ué encuentro.

'ues peor es nada, que de andar desnudo á andar de hombre, creo que le convendrá más vestirse de belga que estar en esa facha.

uena mujer (hablándome), ¿se pondría un vestido, fuera de hombre y de soldado...? ¿Qué dice? ¿Que á temblando como si supiera que nos la vamos á ruda... Bueno, denle el traje y me la mandan en , yo la aleccionaré y tendremos una conversa- ¡Bruja infeliz! no sabía lo que la esperaba ponién- camino en estos tiempos... A ver si su ama se con- e ella... Nosotros tenemos que cuidarla, pues de do perderemos el rescate: denle lo mejorcito que me la traen para hacerla saber cómo puede mar-

que es la condición humana! No me dolía tanto el n que estaba, ni los trabajos que había pasado, ni os que me aguardaban; me afligía que el bandido ne calificara de vieja, de bruja, de buena mujer y sas así de denigrantes. Me puse, pues, á toda pri-

sa los trapos que me habían decretado, que por c
nada tenían de feos ni de ridículos: pantalón corto y
lliza de paño azul, polainas blancas que llegaban has
extremo del pantalón y sombrero de anchas alas, de fi
negro, adornado con una cimera de plumas de gallo.
me venía admirablemente, pues ya llevo dicho que s
era) de estatura más que mediana.

El bandido no daba crédito á sus ojos: al verme e
adelantó la cabeza, me miró de arriba abajo y conc
por decirme acortado y como involuntariamente:

—Siéntese... ¿Es usted la señora... apreher
ayer?

—Sí, señor, yo soy la señora aprehendida ayer.

—Me habían dicho... digo, en las cartas... en las
tas que se le tomaron, aparece... que es usted... cre
no me equivoco... dama de la Emperatriz.

—En efecto, respondí con modestia, tengo la hon
desempeñar ese puesto cerca de Su Majestad.

—Creía que las damas eran... vamos... señoras.
de edad... vamos... viejas.

—Tengo ya, dije mintiendo lastimosamente, nada
nos que veinticinco años, señor...

—Capitán Lanuza.

—Señor capitán Lanuza.

—Dos menos que yo, dijo como para sí... Bien, bi
Usted sabrá que la suerte la... ha hecho caer en man

ıas que... vamos... necesitan dinero, murmuró como
ıdiendo suavizar lo que me iba á decir.

Me lo figuro; he caído en manos de gentes que exi-
n rescate por mi libertad.

Eso es.

Pues si lo que se pide no es muy alto, quizá yo
pagarlo.

Sí podrá usted, contando con los tesoros del im-

No cuento ni quiero contar con nada que no sea
ropios recursos... Si ellos no bastan, me sujetaré á
rte.

Su Majestad quizás...

Su Majestad no tiene para qué saber lo que me acon-
bastantes cuidados tiene para necesitar de uno más.

Sin embargo, yo quisiera... que se contara esto en
o.

De usted depende que se sepa... pero yo no sé qué
ganando con que la gendarmería francesa y las tro-
exicanas le persigan.

No; quisiera que se contara allá para que la auxi-
ese cuñado de usted que es tan riquísimo y que
cartas de crédito para casas de Morelia: á ver si
aba lo que pidiéramos sin necesidad de maltratarla
d.

No tiene usted por qué maltratarme. Si algo que us-

ted me pida no se lo puedo dar, me mata usted y allí c
cluyó todo, exclamé con la voz temblorosa.

— No, no hemos de llegar allá.

Se levantó, dió una vuelta por la habitación, que
amplia, abovedada, húmeda y triste, silbó arrimándos
una vidriera em
mada que daba á
patio cercano, y a
reció el temible b
dido del zarape v
de, que me miró ll
de extrañeza y
ordenó le siguie
me dió una gran t
de chocolate rode
de bollos, me sir
un poco de vino y
retiró dejándome
un cuarto muy cap
bien soleado, que



nía en un extremo un catre de lona, y en el otro una m
con una jarra llena de agua y una jofaina de loza or
naria.

El bribón que tan mal me había tratado, salió llev
dose la llave y me dejó entregada á las reflexiones q
pude hacer en el cortísimo rato que permanecí despier

s no tardé en tumbarme en la cama y en dormir como irón.

Dos días más transcurrieron, y el bandido de marras ía sirviéndome desayuno, comida y cena con una re-ridad que habría asombrado á la más correcta y bon-osa dueña de casa. Al cabo de una semana apareció pitán, el buen mozo Lanuza, y me dijo que podía sa-los corredores y al patio, pues como me había alla-á cuanto me había pedido, estaba seguro de que no etería la locura de quererme escapar; al mismo tiem-ne pidió firmara una orden disponiendo se entregara na casa de Morelia, para la cual traía carta abierta, cantidad de cinco mil duros que fijaba por mi libera-.

Taturalmente que firmé cuanto me pidió Lanuza; pero ejé de observar al mismo tiempo que aquella aspereza s formas, aquella acedía de las palabras, aquel horri-lasfemar y decir injurias habían cesado en mi presen-De la mañana á la noche me paseaba en la casona os bandidos tenían para su servicio, y la verdad es ni una vez sola fuí víctima de los insultos y los malos mientos que el día de mi aprehensión.

o quisiera que algún lector exigente se figurara que bandidos ideales al estilo de los de Mérimée ó de e Sand, pero tampoco quisiera faltar en un ápice á la titud; y sea como fuere, ya se figure real ó ficticio

lo que refiero, he de contar todo tal como lo vi, pue
una vez para todas diré que la realidad es tan novele
que no me he encontrado todavía ficción alguna, por
cabellada que se la suponga, que se parezca en lo int
cada y lo preñada de sorpresas á la vida diaria, que c
muchos tan árida y tan escueta.

Pues bien, es de saberse, que paseando un día y
por patios y corredores, asomándome á los respirad
de puertas condenadas, trepando á las azoteas y escurr
dome por pasadizos tenebrosos y que causaban pavor
de mirarlos, me llegué á convencer de que la gente se
jaba en ciertos días y de que yo me quedaba en la
sola y sin más custodia que la de un viejo de cabello
po blanquísimo y nariz de tablilla.

— Van al trabajo, niña, me decía; van al traba
volverán hasta mañana ó pasado.

Excusado me parece decir que en esos días sentí
mensos deseos de escaparme del caserón y tentar la a
tura de la libertad, aunque fuera perdiéndome en aqu
barrancas abruptas, en aquellos cerros inmensos y
aquellos bosques cuyos árboles parecían los dedos de
serie de manos que pidieran misericordia, ó mejor, los
bellos alborotados de muchas cabezas que espiaran d
la altura hacia un valle desconocido que mis pobres
no podían mirar. Pero ¿á dónde iría que no corriera
go de que me cogieran apenas hubiera andado unos c

asos? ¿Cómo podrían mis pies, más acostumbrados á
r las alfombras de los salones que los guijarros del
no, andar por montañas, vadear precipicios, escalar
s y hurtar el paso de los ladrones, que de seguro me
ırían por todas partes y acabarían conmigo?

[e resolví, pues, á aguardar un momento propicio
bien que á manifestar impaciencia ó desasosiego,
guí la vida que siempre había llevado en la casona,
que por cierto no tenía nada de vejatoria ni de tre-
la.

na tarde (me acordaría aunque viviera mil años) me
la sangre un lamento que salía del fondo de una esca-
que quedaba al bajar á la huerta. Apliqué el oído y
cuché nada; seguí caminando y oí claro y distinto un
aay Dioooos!» que me pareció el lamento de un con-
do; busqué puerta, ventana, respiradero, cualquier
ura por donde pudiera haberse introducido á aquel
e y no encontré nada ni vi nada. Comprendí que si
ıntaba á *ñor* Faustino, como se llamaba el viejo de
ıechas crespas, corría riesgo de que me delatara; pero
sucesivo mi existencia plácida, tranquila, netamen-
imal, se amargó y se entristeció con aquel horrible
presivo «¡Aaaay Diooos!» que me perseguía despierta
rmida, comiendo y descansando, al grado de impedir-
ensar en mi propio mal. ¿Quién sería, pensaba yo,
l infeliz que así lloraba todo el día? ¿Sería hombre ó

mujer, sería joven ó viejo? Quizá sería un niño, quiz
sacerdote, quizá una dama encerrada por celos;
nada era posible averiguar en aquel horrible *in pac*
que vivíamos.

Una noche regresaron los bandidos muy menguad
número y con varios heridos que no vi, pero que no t
en saber habían muerto.

—¡Probe Matías! (así se llamaba el horrible ban
que me había llevado al encierro); ¡probe Matías!
ñana le sepultan... Encomiéndele á Dios... Del ba
que le dieron le clarearon y apenas alcanzó los sa
óleos.

Así pasaron muchos días; ignoraba el éxito de las
tiones que se habían hecho para cobrar mi rescate, y
día abrigaba menos esperanzas de salir libre ó esca
me. Pero lo que me preocupaba más era el horrible,
pantoso grito, que en mil formas, tonos y acentos d
lor, de locura, de pena, de resignación, se reproducí
diferentes lugares de aquella maldita casa.

Un día no pude resistir más, y aprovechando la
sencia de los ladrones, que habían salido de avent
interrogué al viejo Faustino.

—¡Por Dios, por el Señor del Buen Despacho,
mi Señor de Chalma, por mi Madre Santísima de
dalupe y por lo que más quiera, niña de mi a
que no me pregunte esas cosas!... Ni le puedo

le conviene saberlo; ¡quién sabe si le pare en per-
!

No me importa; quiero conocer el misterio de esta

¿Y para qué, niña? No juera á ser que después de
le caído en gracia á don Lanuza, se enojara con usté
iandara á hacerles compañía á esos probes.

De manera... que hay muchos... *plagiados*.

Ni le digo que sí, ni le digo que no; no más le ruego
› se meta en averiguarlo, que nada bueno le ha de
ır.

›esar de la recomendación de Faustino, seguí hur-
, investigando, buscando, decidida á todo, pues me
ban aquellas voces lamentosas, aquella obscuridad
l misterio. No había hora ni momento que no los
tanteando aberturas, buscando en las paredes, aso-
ıme á los pozos, creyendo ver en las ramas que ta-
ı un rincón, en las losas flojas ó mal colocadas que
paso, en los troncos de los árboles, en todo, en fin,
rta que abría paso á la cueva en que gemían los des-
dos víctimas del odio ó de la codicia de mis aprehen-

día me sorprendió el capitán echando chinitas al
le una barranca que rodeaba la casa.

Vaya, me dijo, que tenían razón los compañeros en
erme que hacía mal en dejarla á usted gozar de

esta libertad; pero yo me tengo la culpa por ser comp
sivo alguna vez. De hoy en adelante, me acompaña ust
á todas partes.

Y en efecto, desde aquel día tuve que acompañar
ladrón y que hacer vida ladronesca, como Gil Blas
como Periquillo. ¡A cuántos encuentros concurrí, cuánt
asaltos presencié, cuántas veces estuve á punto de q
me cogieran ó de que me mataran los desesperados q
se defendían ó nos atacaban! No me exijáis que os rela
cuanto sufrí entre los ladrones: me corre prisa de acab
la parte de mis Memorias que ambiciosamente podría l
mar política; más tarde (os lo prometo con toda form
lidad) veréis de estampa las cosas que miré y noté
aquella época excepcional de mi excepcionalísima exist
cia; pues desde que cogí la pluma en la mano siento
comezón de escribir, que podéis creer que como no
falte el público, no ha de haber suceso un poco digno
saberse que no os refiera con todo cuidado aunque
ningún primor.

Es, pues, el caso que una noche en mi cuarto
mientras fingía sacar agua del enorme aljibe que c
caba el patio, el viejo de los cabellos ralos y crespos
me acercó con pasitos tácitos y me dijo al oído con
casi imperceptible:

—Niña, malas noticias; vinieron ya las gentes q
llevaron la carta á Morelia y de allá dijeron que no



...ron á mi cuarto el jefe y otro de los más espantosos bandidos...

THE NEW YORK
PUBLIC LIBRARY

ASTOR, LENOX
TILDEN FOUNDATIONS

ban más que á su mercé en propia mano... El jefe enojao y dice que la ha de poner en la noria á ver si ablandan sus amigos... Se lo aviso pa que vea como be á esos señores ricachones; no sea que le den aquí amolada... ¡Pero por Dios y por la madrecita que la que no se sepa que yo le dije la cosa! los dos nos nos á *frir jongos*.

ualquiera puede figurarse el sobresalto con que pasa-a noche; apenas comenzaba á conciliar el sueño do entraron á mi cuarto el jefe y otro de los más es-osos bandidos:

-Levántese, doña, que tenemos que salir de par-.. Usted no quiere creer que el pan empacha y el emborracha, gritó el capitanejo, que había perdido u cortesanía y sus buenos modos: de Morelia dicen tienen orden de darle el dinero á usted misma; así pero eso no me lo cuentan á mí... Hoy la vamos á r cerca de Morelia; saldrá hasta Santa María un eado de la casa para quien son las cartas, llevando nero. Así la dejaremos libre: si no, la traeremos para al fin en el subterráneo no hace daño... Levántese), que no tarda en salir la luz, y bien puede ser que sta la última vez que la mire.

ormía vestida de pies á cabeza, así es que no tuve hacer muchos preparativos para levantarme y com-er al ladrón. Ya los caballos estaban ensillados, y en

uno de color bayo, viejo y cansado, me subieron dos drones, pues yo no podía subir por tener las ma atadas á la espalda, suceso nuevo y que indicaba el g que tomaban las cosas de la caverna en lo que se refe á mi persona.

La mañana era nebulosa y fría, de esas en que el norama parece estar cubierto con rayadura de coco; arroyos estaban helados; los chaparros del camino lados; los pinos que se contemplaban á grandes dist cias, tenían ese característico conito blanco que les h parecer una fila de inmensos sorbetes. Nos detuvimos poco porque Faustino se empeñó en colgarme en los ho bros el capote militar que formaba parte de mi unifor de voluntario belga y constituía mi única prenda abrigo.

—Vamos, que no se ha de derretir con el sol ni se de congelar con el frío... adelante, rugió de mal hun el jefe de los ladrones.

Pero el capote estaba ya en mis hombros y pu arrebujándome con él, rehacerme un poco.

El camino se componía de quiebras y barrancos; se subía hasta las nubes, ora se descendía hasta los al mos, y yo, que aunque era gran andarina á caballo estaba acostumbrada á que me le llevaran del diestro menos á caminar con las manos atadas á la espalda cada rato estaba á punto de caerme. Felizmente, en u

antos tumbos sentí que se relajaban mis ligaduras, el viejo Faustino había hecho flojas de propósito ó contar con la pequeñez de mis manos. Poco era, mas ificaba si no la posibilidad de evadirme, sí la de po- arrojarme á cualquier precipicio de los que veíamos aso; pero no me decidí, porque desgraciadamente s las barrancas me parecían lóbregas, todos los laderos hondos y sentía inmenso horror al pensar mi cuerpo se quedaría enredado entre las zarzas, aría contra las piedras, se haría pedazos en el fondo lgún torrente y quedaría con los ojos saltados, los os rotos y las entrañas de fuera...

'o sé cuánto llevaríamos de camino cuando oímos un que salió de entre los árboles. Se agruparon los la- es que venían descuidados y distantes entre sí, y do se dieron cuenta de que se trataba de un ataque que la bala había hecho blanco hiriendo á uno de bandidos, se aprestaron á defenderse y á vender sus centísimas vidas lo más caro posible.

-¡Entrenle, negros; éntrenle, templaos!... ¡Salgan á e les veamos, que les tenemos ganas!

como si hubiera sido un mandato, vimos salir de la espesura á muchísimos jinetes de pantalón blan- lusa roja, sombrero ancho y lanza con bandera tri- . Nadie reparó en que el facineroso que traía la rienda i *cuaco,* la había echado al cuello del animal, ni me-

nos llegó á notar nadie que yo, sacando las manos d liga y disimulándolas con el capote, enderezaba el pe á un claro del bosque. Empezaron los tiros, primero biles y distantes, después más claros y más cercanos. daba diente con diente al pensar que pudiera toca



uno de aquellos confitazos, y rogaba á todos los santos cielo que me sacaran con bien de aquella desventur aventura.

Repentinamente noté que se dirigían los ladro hacia el claro del monte en que yo me encontraba.

-¡No corran, que son pocos! gritaban para alen-
.

-Aquí hay pirata, compadres...

-Que se venga ese famoso jefe...

-¡Que venga ese Nicolás, que aquí hay quién le
e!...

-¡A los árboles!...

-¡Detrás de las peñas!...

-¡Pie á tierra!...

uien dictaba estas disposiciones era el capitanejo, no tuvo tiempo de dictar otras, pues una bala vinó rompió el cráneo, tirándole desde lo alto de su ca-. En ese instante se introdujo el desorden entre mis ileros y comenzó á aflojar visiblemente la defensa. como si hubiera sentido que se deshacía el hechizo me tenía sujeta á aquellos bandidos, consideré que sitaba huir á toda prisa, y prendiéndole espuelas bayo le solté la rienda para que siguiera el ca- que le indicara su albedrío. Uno de los ma- quiso cogerme, pero el caballejo, sacando fuerzas aqueza, echó á correr con más bríos que los que ha- augurado su desmedrada catadura. Momento terrible ; oía silbar balas y más balas, sentía que la muerte odeaba por todas partes, como un vestido que se me ra al cuerpo, y llena de terror cerré los ojos y me fié uerte. Habrían pasado no sé cuántos minutos, horas

ó días cuando oí que me recibían aclamaciones y vivas al salir del desmayo en que caí.

—¡Es un extranjero! decía alguien.

—¡Es de los belgas!

—¡Pobre muchacho!

—¡Viva el *Cachondo*!

—¡Volvió á su pesebre!

Me dieron una copa de cognac, y más bien que por reponerme por meditar lo que había de decir, guardé silencio un rato esperando que me hablaran los que me rodeaban.

—Amigo, de buena escapó usted, me dijo un charro.

—No sacar ni un rasguño entre esa granizada de balas, es suerte aparte.

—Lo salvó el caballito, que como era del jefe, se vino á la querencia.

—Pero, mírale, si está como espantado el muchacho.

—Razón le sobra.

No tardaron los charros en alejarse á toda prisa, pues el grueso de la tropa venía bajando una colina que se divisaba desde allí. Al frente apareció un sujeto moreno, bajito, sin pelo en la cara, tocado con un sombrerillo de fieltro y con el aspecto más insignificante que pueda tener alma nacida.

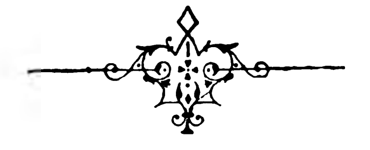
—¿Belga? dijo el tal que tenía cara de sacristán... ¿Pero dónde le agarrarían estos indecentes?... Ni uno ha

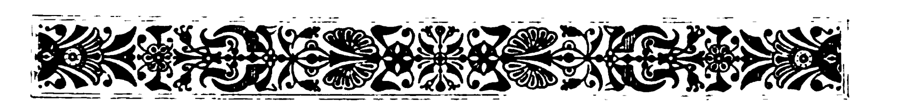
quedado para contarlo; los que no murieron desbarrancados cayeron al filo del machete... Creían que podían ponerse frente á la chinaca y se pegaron chasco... Y tú, amigo, me preguntó tocándome con el remate de su lanza, ¿quién eres? ¿de dónde vienes? ¿quién te trajo?

— Me llamo Michel Van Haens, dije fingiendo adrede el acento y recordando los papeles que traía en los bolsillos del traje que llevaba; soy de Audenarde, en Bélgica, de la cuarta compañía del Regimiento de la Emperatriz... Me aprehendieron en el asalto de una diligencia en un lugar que no sé cómo se llama, y tengo un mes de preso.

— Pues bien, Miguel, dijo el jefe, has caído en poder de la guerrilla del coronel Nicolás Romero... No tengas miedo, que aquí á nadie se maltrata... Ya verás lo que es la chinaca brava... No sé qué hacer contigo, pero por de pronto, que te den de comer...

— Gracias, mi coronel, dije con lágrimas en los ojos.





CAPÍTULO III

Nicolás Romero

Andale, gabachito; arrímate al buen tostado, me dijo un chinaco de gran sombrero y de barbas aborrascadas. Arrímate, que en el campamento de Nicolás Romero no hay hambre, y me señaló un cordero al pastor que exhalaba un vaho capaz de provocar el apetito del más desganado.

— Andale, hombre, haz tu taco; no te acuites, agarra gorda, exclamó otro que había empalmado media docena de *nejas,* y les había puesto por vía de sainete un trozo del suculento corderillo.

— La fortuna de éste es haber caído en manos de Nicolás.

— Nicolás le ha de tratar bien.

— Y le ha de dejar libre.

— Si no hay como el jefe, digan lo que quieran.

— ¡Tan parejo!

— ¡Tan hombre!

— ¡Tan noblote!

— Valiente como él solo.

— Ya lo creo que es valiente.

— Y para travesear á caballo...



— No tiene cuate el hombre, válgame María S

sima...

— Yo no he visto á nadie *menear* el penco como Nic

— Ni *arrancarlo*.

— Ni *sentarlo*.

— Hace al *cuaco* como si juera melcocha: en él, b

cercas, salva zanjas, trepa montes, escala peñas; p

que trae el diablo en ancas.

— Yo no sé quién haga una *machincuepa* como él.

— Ni quién sepa montarse á escape en la bestia.

— Las zurras que les tiene dadas á los franceses.

— Lo de Angangueo...

— Lo de Venta del Aire...

— Lo del Tulillo...

— ¿Y quién es Romero? pregunté tímidamente en mi español afrancesado.

— ¿Qué dice?

— ¿No conoce á Romero?

— ¿No ha oído hablar de Nicolás?

— ¿Pero quién es este franchute?

— ¡Qué atrasados andan en Francia!

— ¿A que tampoco conoce á Luis Malo?

— Ni á Vicente Martínez.

— Ni al mismo Aureliano.

— ¡Y así se la vienen echando de *improsultos!*

— Venido á ver su huerto...

— Ni chicalote...

— La civilizada Francia...

— No soy francés, soy belga, repuse tímidamente.

— Es lo mismo.

— Es igual.

— Francia y Bélgica son como Morelia y Guadalajara.

— Como Zitácuaro y Tacámbaro.

— Ninguna de ellas tiene ni un sitio de ganado mayor.

— Por eso están muriéndose de hambre: como no alcanzan ni para zacate, necesitan venir acá.

— Piden de amor caridá.

— ¡Pero no conocer á Nicolás!...

— ¡No saber que en todo Michoacán nadie raya un caballo como el coronel!

— ¡No saber que los franceses le tienen más miedo que al *chamuco!*

— Bueno, hombre, bueno; pero ya que no lo conoce, dale algunos apuntitos del jefe, observó el que había hecho el taco con seis tortillas.

— ¿Qué le contaré?... ¿qué le contaré?...

— Lo de Metepec...

— Lo de Ayala...

—¿Y Romero salió de vuestra escuela de cadetes? pregunté con la intención preconcebida de que me chunguearan.

— ¡Ah, qué gabacho!

— ¡Qué cadetes ni qué ca....ñones! exclamó uno.

— Si apenas sabe leer decorado porque le enseñó el cura de San Angel.

— ¿Quién fué entonces su maestro de táctica? dije haciéndome de pencas.

— No sabe siquiera si la táctica se come con cuchara ó con tenedor.

— Si se come ó si se almuerza.

— Nicolás táctico... ¡qué chistoso!

— ¿Acaso no es... vamos, de la nobleza del país? pregunté haciéndome el sueco.

— ¡Qué nobleza ni qué tu abuela, franchute desgraciado!

— Yo conocí á su padre.

— Era trabajador en la fábrica de Contreras.

— Y también lo fué Nicolás.

— Muchas piezas de manta tejió antes de venir al monte.

— Muchas canillas hiló cuando era muchacho peruétano.

— Yo le conocí cuando empezó con Aureliano, allá por la guerra de tres años.

— Él fué de los primeros en entrar á México en la Nochebuena del sesenta.

— Por señas que ese día sepultaron á su padre.

— Yo andaba con él cuando me le echaron de los alrededores de México.

— En Montealto, cerquita de la capital, estuvimos juntos.

— De allí me le dió una correteada don Tomás Mejía...

— Y desde entonces anda por estos rumbos.

— ¡Pero cuántas veces se la ha pasado por las narices al don Tomás!

— Cuando lo de Ayala...

— ¿Tú estabas allí?

— No, pero estaba Tirado, que me lo contó.

— Y Pragedis García.

— Y Demetrio Romo.

— Y los dos Ortices.

— Los dos no, sólo estaba Matías.

— Y Juan Portugal.

— Y Epitacio González.

— Pos señor, que llegaron á Ayala más ispiados que un caballo sin herraduras después de andar veinte leguas... Nicolás tenía treinta hombres.

— Cuarenta y cinco, compadre.

— Tienes razón, compadre, cuarenta y cinco: ese día se le había juntado José López con quince de los de Robredo... Tenía, pues, cuarenta y cinco valientes, porque eso sí, valientes, lo eran... Los muchachos preguntaron al coronel qué precauciones habían de tomar... «La ninguna, respondió Nicolás; aquí no llega ni Dios... Y luego, que tengo un sueño que vale un Perú...» Los muchachos, por sí ó por no, atrancaron las puertas, dejaron los caballos ensillados y se echaron á dormir como unas marmotas. Como Ayala es de la propiedad de los señores Pliegos, que son cacas grandes de la casa del Emperador, luego que supo el capellán de la hacienda que estaban allí los chinacos, creyó dar un buen navajazo á sus amos

avisando por extraordinario á Toluca que habían llegado allí los de Romero y que dándoles palomazo les caerían á la segura... Dicho y hecho; el padrecito, que era un gachupín más peludo que un vaquerillo del Bajío, mandó un correo dando el santo y seña de los bandidos, como nos llaman á los que no doblamos el espinazo ante don Marsimiliano... A la madrugada, y después de tragar más leguas de las que le cabían en el cuerpo, llegó á la casa de la hacienda don Santiago Cuevas, que de veras es templado y de veras vale... La mandó rodear por todas partes, tomó las avenidas con mucho cuidado, abocó en la puerta de la casa un cañoncito de montaña y á la hora que se figuró que no tenía escapatoria Nicolás... tan, tan, tan... llamó con tres golpes á la puerta... Nicolás ni se las espantaba; dispertó azorado, restregándose los ojos y sin saber qué demonios era aquello... Con los calzones en la mano llegó hasta la ventana, vió por una rendija, comprendió en un vuelo lo que pasaba y fué á hablarles á los muchachos, que ya estaban recuerdos y preguntándose si le habían de hablar á su mandón... «Tú, Romo, tú, Pragedis, tú, Portugal, usted, don Pitacio, y usted, compadre, súbanse á las alturas», dispuso el hombre más sereno que si estuviera diciendo á quién le tocaba un *platillo* de mole... Cada uno llevaba prevenida su carabina, de esas Minié que les quitamos á los franchutes... Sin que nadie les viera, treparon por la escalera de caracol que va

á la torre de la capilla... y pum, pum, pum, en un momento me tumbaron como quince mochitangos...

— Traidores dirás, observó uno que llevaba por barboquejo una enorme cicatriz.

— Traidores, tienes razón, rectificó tranquilamente el narrador, que á la cuenta tenía buen genio y estaba de excelente humor; traidores, porque gracias á Dios, no todos los mochitos se han metido en estas cosas .. Pos, señor, los traidores, que vieron caer á tantos hombres y que no tenían las manos amarradas ni eran zurdos ni mancos, empezaron á responder por los mismos consonantes; pero los cinco *pecherones* que estaban en la torre, que eran malditos como ellos solos, siguieron mata y mata gentes de las que tenían delante, que bien han de haber pasado de cuatrocientas ó quinientas almas... Por no hacerles el cuento largo, tienen que mientras los chinacos de la torre seguían echa y echa bala, Nicolás formó á sus cuarenta hombres, fué bajando uno por uno á los de la altura, y cuando ya estaban todos listos... mandó abrir la puerta y salió gritando: «¡Ay, poder de Dios! ¡viva México!...» Tras él salieron los cuarenta y cinco corriendo á todo trote, y echando lanzazos á derecha é izquierda, se abrieron paso por entre los de Cuevas... Ya ustedes se figuran la balacera, los gritos, las maldiciones que echarían aquellos sinvergüenzas... Les siguieron un buen trecho, pero como ya estaban más amolados que la

reata del pozo dejaron escaparse á Nicolás... Un maldito de aquellos no sé ni cómo, lazó el cañoncito de montaña y se lo llevó ayudado por media docena de los nuestros...



Cargaron con el chisme como tres cuartos de legua, pero tuvieron que dejarlo á poco porque no hallaron qué hacer con él... ¿Y sabe, compadre, cuántos muertos y cuántos heridos tuvo don Nicolás?

— Sería la mitad de la gente; una cosa de esas no se hace sin que muchos saquen la zalea.

— ¡Qué mi compadre! Qué, ¿no le ha oído decir? Ni un rasguñado, ni un rozado de bala.

— Esos son tompeates, compadre.

— Eso es bueno y pulque á las once.

— Bien haiga lo bien parido.

— Ora cuéntenos lo de las Tahonas.

— ¡Ah! del día que le dió á Márquez tres zurras.

— Y también del día que ganó tres acciones en doce horas.

— Lo de Márquez, yo lo vi; lo demás me lo contaron.

— Pos dígalo como lo sepa, que quiero que el gabachito vea que donde hay bueno hay mejor.

— Sí, y que no más su chile pica, sino que el nuestro es piquín.

— Ponga cuidado, gabachito.

— Fíjate, franchute.

— Empiece, hombre, empiece.

— Pues, hombre, que una mañanita que estaba aleando la grulla de un modo que daba grima, Nicolás nos obligó á salir muy temprano de un ranchito que se llama la Primicia. Al llegar nos mandó á cuarenta chinacates emboscarnos en un montecito que domina el lugar de las Tahonas, que por más señas se llama así por unas enormes piedras en figura de tahonas que abundan por allí:

todos llevábamos esas carabinas que les dicen Minié, que les hemos quitado á los franceses y que nos han servido más que un Cristo romano á un moribundo. Tienen ustedes no más que apenas estábamos allí hacía un rato, con la mano en el gatillo del arma y temblando de frío, cuando vemos en un instantito, tan cerquita como verle yo á usté, á la vanguardia de Márquez que venía descuidada y caminando al paso pensativo de los caballos: en ese momento, cuando teníamos á los traidores casi á tiro de piedra, disparamos todas nuestras armas y ni les cuente lo que pasó: cayeron á montones, por pares, por docenas, los simpáticos amigos de Márquez; y es que como nuestros fusiles alcanzaban más de un cuarto de legua, no sólo desorganizamos á la extrema vanguardia, sino que también hicimos destrozos en la vanguardia y en el centro de la columna.

—¿Y Nicolás?

—Nicolás iba más que de prisa escondiéndose en el camino y volviéndoseles relajo á los imperialistas... Don Leonardo mandó que nos siguieran, arregló su columna y se puso otra vez en marcha. Nosotros íbamos haciéndole el juego cuco al coronel: corríamos, nos dividíamos, nos juntábamos, íbamos y veníamos, y cuando más entretenidos andaban con nosotros... purrúm, pum, pum, señores de mi alma. ¿Qué creen que era? Nicolás que le salió al encuentro al Leopardo, y aquí te cojo allá te suelto, á este

lanceo, al de más allá fusilo y al otro le pego de machetazos, en un momento hizo trizas á todos cuantos iban delante: setenta muertos, doce heridos y catorce dispersos le costó el fandango al renegado; así me lo aseguró Pilar García, el hijo de don Lencho, el almenistrante de la Florida, que aunque anda con los otros es amigo y dice las puras verdades.

Los chinacos estaban que se salían de la silla oyendo aquellas proezas; interrumpían al orador, le pedían detalles, le hacían observaciones. A todo contestaba el narrador, que era gracioso y bien entendido, y que luego que pudo desembarazarse de la nube de importúnos, continuó así:

— Ya reunidos llegamos á Zitácuaro, espueleados por Márquez, que iba pisándonos los talones... Nosotros como una vida y salú, cocoreando á los traidores, gritándoles de madre y haciéndoles mil chistes: hay entre nosotros gentes muy alegres y tracistas y que son muy capaces de hacerle una memela á la muerte cuando sea menester... Pos, señor, que llegamos á Zitácuaro, y aquellas muchachas, que son de oro, nos salieron á recibir con ramos de flores y con músicas y con vivas: á Nicolás se le comían de ojo; pero él, que ya estaba apalabrado con la chaparrita con quien al fin se casó, no hacía caso de todas aquellas niñas que eran de lo más chinaco que se ha visto... Pues, negritos de mi alma, no se lo quisiera decir; en



... llegamos á Zitácuaro y aquellas muchachas, que son de oro...

THE NEW YORK
PUBLIC LIBRARY

ASTOR, LENOX
TILDEN FOUNDATIONS

medio de los cohetazos y de los repiques y de los gritos de gusto, que nos dicen que Márquez llega y que llega furioso y decidido á no dejar un colorado para hacer el relato... Nosotros, como dice el dicho, estábamos con un ojo al plato y otro al garabato: mientras recibíamos los abrazos y los besos y los parabienes, teníamos los caballos del diestro desenfrenados y con los cinchos sueltos, pero en menos que se los digo echamos las bridas, pegamos el brinco y á darle... Como traíamos copitas en la panza, llegamos con unos bríos que ni les diga: ciento cincuenta de los del Leopardo se quedaron en el suelo después del agarrón, y la tropa de los mochos que era de lo que había mejor, se retiró en orden, pero tan adolorida como escarmentada: cuando llegamos á Zitácuaro estaban todavía intactas las copas que nos habían servido y pudimos acabar los abrazos que habíamos empezado...

Aplaudieron los chinacos como si hubieran oído referir las proezas de los Nueve de la Fama, y uno me preguntó con sorna:

—¿Cómo te quedó ese ojo, gabacho?

—¿Qué dices de eso, güero?

—¿Será capaz tu mariscal Bazaine de hacer eso?

—¿Qué te parece?

— Que es maravilloso.

— Y lo bueno que Nicolás no es lo único.

— Hay quimiles como él.

— De á pilas.

— De á montones.

— Como maíz.

— Ahí está Luis Malo.

— Y Vicente Martínez.

— Y Aureliano.

— Y tantos...

— Ese Vicente es planchao.

— Como naiden.

— Es el rey del Pedregal: una vez que estaba muerto de cansancio, le pidió á un frailecito del convento del Carmen que le diera un rinconcito para retirarse á gusto. El fraile le dijo que sí, que con mucho gusto, que esto y que lo otro, que fué y que vino... ¿Qué hace el maldito? Ir á dar pitazo á San Angel y pedir albricias por la ganga que tenía asegurada. Entra un sargento francés á la celda de Vicente, le coge por la chaqueta, le zarandea insultándole, y cuando cree tenerle más seguro, el maldito guerrillero deja la chaqueta en manos del gabacho, se escabulla, brinca por la ventana, cae en su amado Pedregal y ni el polvo le ven. Luego vinieron los tiros, el ensillar caballos, el emprender una batida y volver desconsolados: Vicente se había vuelto peña, porque ni sombra de él...

Rieron todos de la astucia del chinaco, y el que hablaba, que de seguro podía alardear de mayores recursos ora-

torios que los demás, siguió contando con asombro de todo el mundo:

—Ustedes conocen al Ajusco, ¿verdá? Antes de subir á lo más alto del cerro ¿no hay algo así como una arruga, como un gesto del volcán? Parece como si hubieran rebanado un pedazo con un cuchillo muy filoso; como si se hubiera hecho en la peña esa culebrillita con que los maestros de escuela pintan la raíz cuadrada ó no sé qué chisme de enseñanza... Allí, en esa abertura, tenía su campamento Martínez, y así se llama todavía aquello el campamento de Martínez. Pues, señor, que una vez, hartos los mochos de que les pegaran del duro, dispusieron una batida en forma: Lamadrid había de ir de Cuernavaca, de Toluca Feliciano Rodríguez y de México no sé qué jefe francés: por todo dos mil quinientos hombres de buena tropa... Vicente, que tenía doscientos cincuenta lanceros, se rió de la noticia: salió á toda carrera, y, aprovechándose de su posición, de aquellas barrancas, de aquellas peñas, de aquellos arroyos que conoce como nadie, les dió una correteada horrible á los del francés, que volvieron á México diciendo: ¡miren qué caso!... Lo mismo volvieron á Cuernavaca Feliciano y Paulino...

—¿Y dónde está Vicente?

—Ya anda otra vez en sus bebederos, en su amado valle de México.

—Pos ¿por qué se había retirado?

—¡Friolera! porque le cogieron con las armas en la mano y la famosa corte marcial le sentenció á ir á Yucatán... Desde allá se ha venido...

—¿Desde Yucatán?

—Desde Mérida, puntualmente acaba de llegar á Tlálpam.

—¡Qué barbaridad!

—Sí, ¡qué barbaridad, andar tantos cientos de leguas, pasar tantos ríos crecidos, tener que esconderse de tantos enemigos, tener que batallar hasta con el idioma!

—¿Con el idioma?

—¿Pero no es Yucatán parte de México?

—Claro que sí, pero los indios hablan maya.

—Vamos, sí, el tarasco de allá.

—*Áixcale...*

Siguieron refiriéndose proezas de guerrilleros; mas yo, que tenía más ganas de dormir que de oir hazañas, me eché en el suelo y descabecé un sueñecito reparador, uno de los pocos que echaba desde que tuve la mala idea de meterme á diablo predicador.

Romero me había cogido ley y no desperdiciaba coyuntura de demostrarme su buena voluntad.

—No tiene la culpa, decía; ha venido engañado. ¡Pobre muchacho! ¿Qué sabía él de México, ni de imperio, ni de nada? Y luego, ¡quién sabe si tenga padres!...

Naturalmente, yo tampoco dejaba pasar ocasión de

hacerme digna de la compasión del jefe, y siempre que venía á cuento le lanzaba unas bolas tremendas acerca de mi historia anterior.

—Estoy de malas, exclamaba con aire preocupado; pues ¿no me mandan á batir al general Salazar? Como si no hubiera bastantes franceses y traidores por aquí, quieren que vaya á acabar con un jefe mexicano... Pues no lo hago y no lo hago, así se enoje San Arteaga.

Uno de los días siguientes al de mi rescate, les causó un francés una terrible derrota á los chinacos, y Nicolás, en compañía de todos los suyos, se fué hasta Papasindan, que es uno de los ranchos más ocultos de los de aquella inmensa serranía. Al llegar allá, el terreno se vuelve más quebrado y más rebelde que en el resto del camino: el lomerío se levanta como si fuera un mar agitado que se hubiera vuelto de piedra en el momento en que con mayor violencia se alzaba hasta el cielo. Una multitud de pedregales que parecen desde lejos trompas, lomos, vientres y patas de animales antediluvianos, se extienden como una de esas teorías de paquidermos que adornan los templos indios. Nicolás iba triste, yo tenía un tremendo dolor de cabeza y el resto de la comitiva no caminaba más á gusto. Al fin, metido en el recuesto de un barranco, como si fuera uno de esos paisajes hechos de raíz de camalote que las muchachas de escuela metían antaño dentro de un cascarón de nuez, apareció Papasindan con sus ca-

sitas blancas, con sus ganados mugidores, con sus rancheros bondadosos y con sus campos verdes y llenos de primor.



A la mañana siguiente había herradero, y Nicolás, que gustaba con delicia de todos los ejercicios de los *campiranos,* depuso el ceño, se *alacranó* el sombrero, *raspó* el ca-

ballo y entró al rancho entre el tropel de charros festivos y locuaces. Todavía no era la hora del alba cuando Nicolás ya estaba en pie; le habían destinado, como autoridad que era, un sitio en el tablado en que estaban el dueño de la finca con su familia, el capellán y algunos convidados de los alrededores, personas graves y que ya no podían por sus años y sus vientres lucir sus arrestos entre aquel ilustre senado. Vino primero el *alabado viejo*, que entonaron todos los rancheros con los sombreros en las manos y con el aire de recogimiento que la gente de campo pone en sus devociones. Siguió el desayuno, rico y apetitoso, compuesto de tamales, porole, atoles de muchos matices y sabores y tragos de mezcal para los que necesitan matar el gusanillo.

Nicolás estaba ya de temple, no sé si por el aguardiente que había bebido ó por el espectáculo de aquella mañana que parecía de porcelana delicadísima, tan vaga y tan esfumada era.

—Andale, gabacho, me decía contento el jefe; métele á los tamalitos, que están de dar gracias á Dios... *Alabado sea Jesús... Alabada sea María,* tarareaba con el vaso en la mano y bebiendo *fajos* del rasposo Tuxcacuesco... No más no comas de los de chile, porque te amuelas; te pasa lo que le sucedió con el mole á S. M. el Emperador... ¿No lo saben? Pues es chistoso: van á ver... ¿Este muchacho? dijo contestando á un sujeto que de seguro le preguntaba por

mí: es un belga que cogimos en la persecución... ¿de quién? ¿de quién? ¡Ah! sí, de Amancio, no, de Lanuza... Es belga, como les dicen á estos pastorcitos que ha traído el austriaco... Es buen muchacho aunque parece algo amujerado. Es necesario que te enseñes á todo, hijo: el hombre debe oler á vino, á pólvora y á tabaco, no á agua de Colonia... ¿O no, compadre? ¡Ah, que mi compadre tan hombre! usté sí que es parejo y no tarugadas... Pero mire, ya van saliendo los becerros... ¡Ah, qué animal tan chulo aquel prieto!... ¡y el granizo es también de lo fino!... Mire no más la ternerita baya, primorosa. Ahora está muy bien el ganado, don Martín... ¡Chula, chula la becerrada; no es ningún baile de arpas!

— Don Nicolás, ¿qué no echa una cola?

— ¡Cómo no, amigo, ser mi cuerda y no tocarla!...

Ya le tenían dispuesto el caballo, un prieto lindísimo. Montó á toda prisa, bebió de un sorbo el vaso de mezcal, se limpió el bigotillo con la manga de la chaqueta y dijo á una señora que le ofrecía agua:

— Que beban agua los bueyes que tienen el cuero duro.

Yo no siento la poesía del campo, así es que apenas se alejó Nicolás me bajé del tablado y entré á la casa.

Cuando regresaron los coleadores después de comer y beber á qué quieres boca, ya estaba buena de mi dolor de cabeza y pude recibirles con el aire alegre de siempre. Apenas obscureció y se encendieron las luces del tejabán

de la hacienda, la gran arpa, el guitarrón y la vihuela convocaron á los bailadores á la tarima que se había puesto en buen lugar á fin de que la maceraran y golpetearan de lo lindo con los enormes zapatones claveteados.

— Vas á echar un palomo, gabacho.

— Andale, Van Haens, me dijo Romero pronunciando detestablemente mi postizo apellido; ándale, que ora te luces en el *jarabazo*...

Rompió la música con un *espinado* y rompió también la alegría de los circunstantes.

— ¡Ay, jay, jay!

— ¡Ujujuy!

— ¡Bien haiga lo bien parido!

— ¡El *agualulco!*...

— ¡Pésame la *trigueña!*

— ¡A ver la *limeta!*

— ¡Por la de usté, don Mateo!...

— ¡A la suya!...

— ¡Me bajó como un coro de ángeles!...

— ¡Jálele, pues!

— ¡Echese otro!...

— Pos con el permiso...

— ¡Endúlcelo!...

— ¡A la suya!...

— ¡Por la señora!...

— ¡Por la familia!...

—¡Raspa el tequilita!...

—¡No es tequila, es puro refino!

—¡Caramba, pos con razón; pero la verdá esta padre!

—¡De reconflais!

—¡Acérquese, viejo!...

—Este no sabe más que de menear la *garrocha*.

—Es como la muerte de Apango.

—Ni chupa, ni bebe, ni va al fandango.

—Y tú, gringo (por mí), ¿por qué no te juntas? Entrale al desorden.

—No sé por qué le veo á éste cara de mujer.

—¡Qué mujer va á ser, si es más hombre que!... ¿O no Vanaes? (sic). Déjenmelo á mí y verán cómo sale.

—Listo como él solo... Vaya... ¿A que dentro de un mes ya está de correr y parar?

—Antes.

—¡Andale, franchute, cúidate que vas á resultar maestro!

—Entrale al *tuxca*.

—Sí, sí, que beba.

Uno de los chinacos limpió la boca de la botella con la manga y me la pasó con empeño. Haciendo de tripas corazón me la acerqué á los labios y la empiné con fuerza: un torrente de lumbre líquida me quemó los labios, el paladar, la garganta, el pecho y me bajó hasta el estómago haciendo horribles destrozos.

— Bueno, bueno; ahora otro.

— Déjenlo; para abrir boca, está bueno.

— Van á ver si dentro de poco no les da cartilla.

— No me le enseñen á borracho, que es hijo de familia, dijo Nicolás apareciendo en aquel instante en el corro.

— Que se acostumbre.

— Que no se escandalice.

— ¡Viva, viva! gritaron en el grupo inmediato.

— Eso es bueno y no de cobre.

— ¡Bien haigan las de Taretán!

— Ojo al Cristo, que es de plata.

— Aquí va lo bueno.

— ¡Viva Macedonia López!

— ¡Vivan Macedonia y la madre que la echó al mundo!

— ¡Que vivan!

Todos esos encarecimientos iban dirigidos á una muchacha morena, bajita de cuerpo, chata, regordeta y peinada con unto de tuétano. Parece que la Macedonia era

la piedra de escándalo en todas aquellas rancherías y que cuando se presentaba en un fandango, boca abajo todo el mundo; nadie respiraba ni decía palabra. Era una celebridad tan fuera de discusión que todas las bailarinas abdicaban ante ella sus más legítimos fueros. Bailó Macedonia y cautivó á todo el mundo; pero cuando se levantó Nicolás y le *pidió una pieza,* aquello fué el delirio, el disloque, la admiración. Nicolás no era guapo, pero tenía en su persona no sé qué atractivo que le volvía irresistible.

— Van á ver lo que es cajeta, decía uno.

— A bailar no hay quién le gane.

— No más pela el tomate, gabacho.

— Y con esa compañera...

— Componte, Macedonia.

— *Palomo...*

— Música.

— Jarabe.

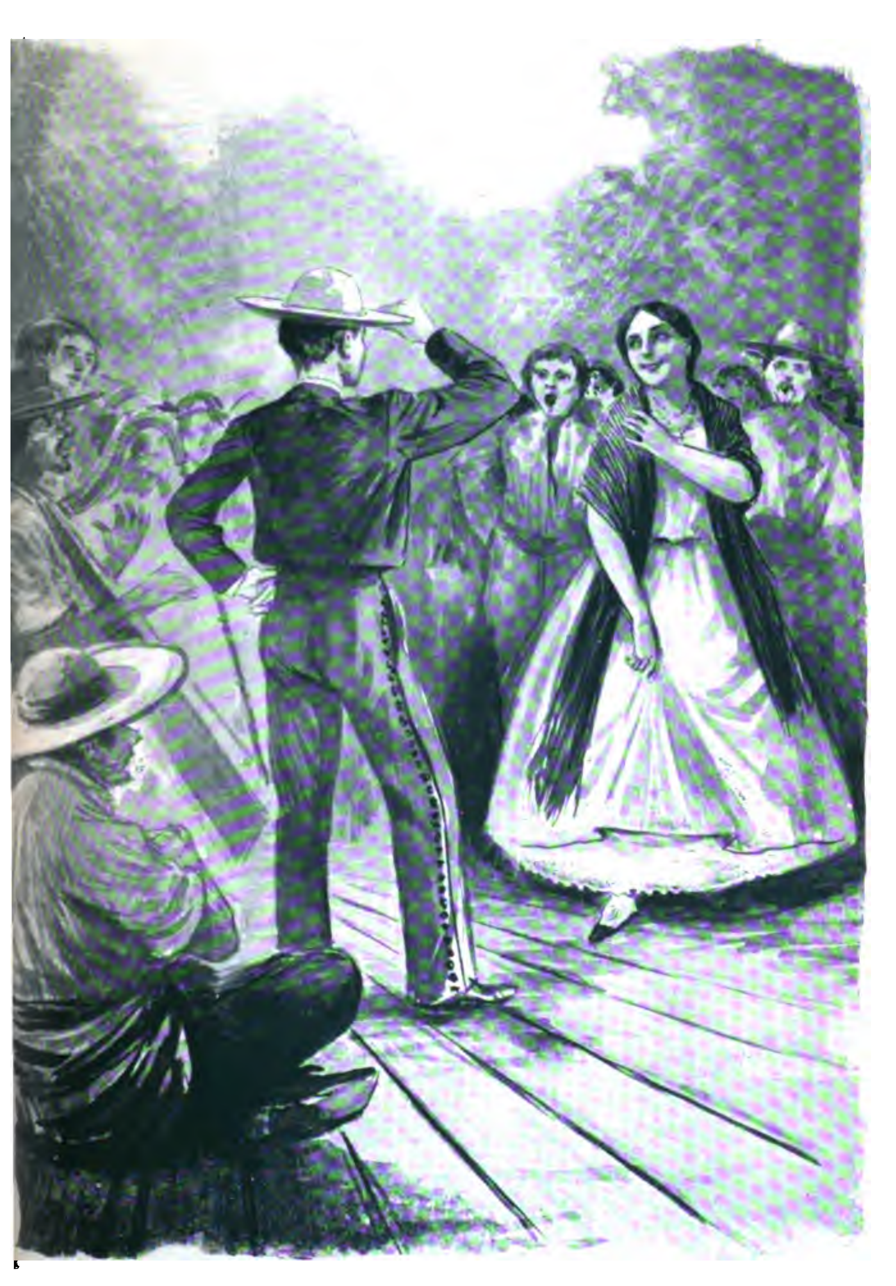
— Que él diga.

— ¿Qué tocan, Nicolás?

— Verso.

El coronel, que tenía en las manos la botella del *tuxca,* hizo seña para que se fijaran en la voz que cantaba una doliente valona:

México lucido
Donde está el Virrey...
Caballos tordillos,
Coches de carey...



Nicolás afirmó la postura, adelantó la pierna derecha...

THE NEW YORK
PUBLIC LIBRARY

ASTOR, LENOX
TILDEN FOUNDATIONS

Y luego un lamento tan hondo, tan hondo, que parecía que estaban desollando al cantor.

—¡No, eso no, eso no! gritaban desaforados muchos charros... *Una mujer angustiada...*

Y la voz del ranchero, después de la *sinfonía* que entonó la música con toda solemnidad, cantó tierna y suavemente:

Una mujer angustiada
Llora por su prisionero:
Que le vuelvan á su hachero.
El de blusa colorada.

—¡Bueno, bueno! gritaron todos aplaudiendo.

—Este Gumersindo, ¡qué voz tiene tan chula!

—¡Bendita la alma que le parió!

Pero la música había cesado por orden de Nicolás, y tras la interrupción preludió un jarabe lleno de alegría. Levantóse el coronel y frente á él colocóse Macedonia, cogiéndose con las manos la falda de linón, sonriéndose con los labios bermejos y carnosos, sudosa la faz, abiertas las ventanas de la nariz y el peinado en desorden. Nicolás afirmó la postura, adelantó la pierna derecha, afianzó la izquierda, se puso al hombro un joronguillo, se caló el sombrero, se apretó el barboquejo y aguardó el momento de la entrada. El entusiasmo ya no tuvo límites.

—¡Viva Tlálpam!

—¡Viva Taretán!

—¡Aquí va lo bueno!

El baile empezó primero pausado, tranquilo, casi cortesano; á poco se enardecieron los ánimos y Nicolás empezó á acercarse á Macedonia. La ninfa huía, se alejaba sonriente, alegre, voluptuosa, pero dispuesta á dejarse coger como la Galatea clásica. Un buen rato hombre y mujer parecían olvidarse el uno del otro; él zapateaba de lo lindo en el entarimado; ella describía mil rúbricas con sus piececitos enanos, calzados con media de la patente y zapato de raso verde. De repente recordaba ella que tenía un rival á quien vencer y á quien humillar: se le acercaba, rozaba con los salientes de su cuerpo el cuerpo del bailador, le llamaba, le acariciaba, le hacía una *mudanza licenciosa;* mas cuando él acudía sediento de amor, ella se alejaba meneando los pies con gran prisa, bajando los ojos, dejando caer las manos y deteniendo el aliento; y cuando él se alejaba como desesperado y triste, ella sin falta acudía á provocarle. La concurrencia, sentada *more turquesco* al lado de la tabla, entendía por modo maravilloso lo que significaban aquellas evoluciones y las aplaudía con entusiasmo; pero cuando rugía de deseo, de hambre carnal, de pasión de bestia lasciva, era cuando las puntas del *fondo* de la Macedonia azotaban la cara de los que estaban en cuclillas, llevándoles á la nariz aquel *odore di femina* que les volvía locos.

—¡Eso es bueno!

—¡Más arriba... está el paso!

— ¡Toda l'agua, regadores!

— ¡*Cócono!...*

— ¡*Palomo!...*

— ¡No, cócono!...

La música varió de son, siguió el baile, la muchacha se puso en la cabeza el sombrero que había echado Nicolás á sus pies y se acurrucó en el suelo como gallina que espera la visita del macho. Aquello fué el disloque, el acabóse, el no hay más allá. Tres ó cuatro chinacos virtieron á los pies de la bailarina sendas botellas de aguardiente saturando el aire, ya bastante cargado, con átomos de polvo y de sudor, con el aroma del alcohol.

— ¡Ujujú!...

— No le eches en el zagalejo.

— Al cabo no es mancha.

Nicolás no escuchaba cosa; seguía bailando, y al acercarse á Macedonia naturalmente alzó la pierna derecha mientras que marcaba el paso con la otra: Macedonia se acurrucó tímidamente y quedó en el suelo como postrada.

— ¡Quiquiriquí!...

— ¡Cristo nació!...

— ¡En Belén!...

— ¡Gordo, gordo, gordo!...

El coronel repitió la maniobra tres ó cuatro veces; pero en una de ellas, queriendo marcar el paso desvió el pie, no pudo valerse con el otro y cayó al suelo.

— ¡Arriba, arriba! gritaron los entusiastas.

— ¡Se le subió el *tuxca!*

— ¡Se le bajó!...

No era nada de eso; Nicolás no se levantaba, y cuando acudieron á moverle lanzó un lamento prolongado que le salió del alma.

— Se torció el pie.

— ¡Ah, qué tarugada!

— Échenle un zarape.

— No le dé aire.

Le cubrieron la cara con un poncho tricolor, le llevaron á una troje cercana, y á poco volvieron desconsolados á dar el parte facultativo al numeroso público que aguardaba.

— Está malo el coronel.

— No es nada.

— Tiene salido el cochezuelo.

— No es el *cochezuelo;* es este huesito de la garganta del pie...

— ¡Ah, sí, el *calcañar!*...

— No es cosa grave.

— Pero no podrá montar á caballo en muchos días.

— ¡Qué tanteada!

Y todo el mundo se alejó cabizbajo. Los *maistritos* de la música, que habían estado bebiendo sus copas mientras el punto se decidía, se marcharon llevándose á cues-

tas el arpa grande, que en el campo obscuro parecía un cadáver conducido en un ataúd improvisado.

Nicolás no pegó los ojos en toda la noche; á ratos se excitaba, á ratos se reía; unas veces creía que iban á cogerle así, inerme y triste, otras que ya podría montar á caballo al día siguiente. Como á las cuatro de la madrugada llegó el *componedor* más afamado de los contornos, intentó reducir la luxación, pero no consiguió nada.

—Está todavía fresca; hay que esperar que se *orie*...

Pero mientras se oreaba llegó á inflamarse extraordinariamente el miembro, y el enfermo no tenía reposo. El algebrista de nuevo tentó el arreglo por la tarde, pero todo fué inútil; al día siguiente aseguró que los huesos estaban en su sitio; pero probablemente no era cierto, pues la inflamación y los dolores no cesaban un punto.

—No te me apartes, gabachito; me gusta verte cuando me dan esas *juzgoneadas*... Cúrame tú, porque cuando otros me jalan la pata me duele hasta el alma: tú pareces mujer, ó por lo menos tienes manitas de dama; como no has hecho oficios de hombre...

Yo mudaba los paños con aguardiente alcanforado, sostenía los pasos vacilantes del coronel y le acompañaba en sus horas de murria y de aislamiento.

Uno de aquellos días le referí con muchos detalles todo lo que había visto en la cueva de Lanuza. Nicolás me oyó con suma atención y comentó la noticia diciéndome:

— Pues mira, que no eres el primero que me habla de eso; pero la verdad es que yo no lo creía, porque nadie me aseguraba haberlo visto... Ahora que tú me das santo y seña, ya no me cabe duda. Luego que me quiten la *bilma* que tengo en la pierna nos plantamos allá, y aunque sea necesario registrar cielo y tierra, hemos de sacar á esos desgraciados y nos les hemos de traer acá. Ya verás cómo logramos todo y cómo tú nos sirves de guía. ¿Qué te parece?

El grueso de la gente se había estacionado á tres leguas de Papasindan y sólo cuarenta ó cincuenta estábamos con Nicolás. Una mañana, cuando nos creíamos á salvo de cualquier sorpresa, el coronel salió resuelto á montar á caballo. Cogió el bastón, anduvo un poco, pero pronto tuvo que declararse vencido.

— No puedo, muchacho, no puedo; parece que me tronchan con hacha la garganta del pie. ¡Qué tanteada; ni quién se figurara esto!... Pero yo hago la tienta á ver si subo... No, imposible... ¡Quién sabe para cuántos días tenga!...

Y se sentó de golpe en la silla, con la cara morena perlada de sudor y el aspecto de desaliento en toda su persona. De repente se escuchó un ruido de caballos y Nicolás se puso en pie, luego sonó un tiro y después un clarín que tocaba el ataque.

— ¡Nos fregaron! gritó pálido de ira... ¡Tárame mi caballo, que á mí no me cogen!

Pero el caballo, ni oído ni visto; había desaparecido lo mismo que el soldado que lo llevaba del diestro. Cuando volví, ya no estaba Romero donde le había dejado y en cambio estaban más de quinientos jinetes franceses y mexicanos que herían y destrozaban á cuantos querían defenderse. Varios de los de la escolta se parapetaron en un cuarto, otros consiguieron huir, dos ó tres hicieron frente, machete en mano, á los que se acercaban; pero á todos los arrolló la furia de los malditos jinetes. No duraría diez minutos la escaramuza; á poco se veía el suelo cubierto de muertos y de heridos, de caballos azorados corriendo con el freno y las monturas por el suelo y de armas rotas y diseminadas. Pero dominaba el rumor de la contienda, el eco de los tiros, las voces de los vencedores y los lamentos de los heridos una pregunta que se condensaba en otras mil:

—¿Y Romero?

—¿Dónde está Romero?

—¿Quién ha visto á Nicolás?

—De nada sirve esto si no cogemos al jefe.

—Búsquenlo, que no ha de ser ojo de hormiga.

—Se escapó.

—No puede haberse escapado: estaba herido.

—No estaba herido, sólo tenía una pierna dislocada.

—Pues hay que hallarle muerto ó vivo.

No tardó en sosegarse el estrépito; salieron y vol-

vieron los que buscaban á Nicolás, cesaron las investigaciones en los alrededores y cada quien se dispuso á descansar echado tranquilamente á la vera de los muros del rancho: los prisioneros estaban bien seguros.

Nadie había reparado en mí; pero cuando cesó la confusión, un zuavo se me dirigió resueltamente:

— ¿Y tú quién eres?

— Michel Van Haens.

— ¿Belga?

— De Audenarde.

— Ven conmigo.

Me llevó á la presencia de un oficial de cuarenta años, alto, serio, de ojos impasibles y de piocha napoleónica.

— ¿Sabes dónde esté Romero?

— No, mi coronel.

— ¿Le conoces?

— Poco, mi coronel.

— ¿No eras prisionero suyo?

— Sí, mi coronel; pero apenas le vi una ó dos veces.

— Ten cuidado, que ya sé que tus paisanos, al desertarse, forman parte de las gavillas de chinacos.

— Yo no, mi coronel.

— Retírate.

Salí á reunirme con los zuavos que ya empezaban á preparar su comida. Hay que decir, en abono de la inteligencia y de la adaptabilidad de los zuavos, que no había

cuadrúpedo, bípedo, pescado, marisco ó cualesquiera otra clase de animalías, lo mismo que producto industrial ó de la tierra, que no aceptaran como la mejor de las viandas. Creían tal vez que el toque del guiso estaba en el condimento, y no se curaban de la materia prima si había agua limpia, buen fuego y marmita capaz. Por eso no despreciaban cerdos, guajolotes, gallinas, maíz, manteca y hasta perros y gatos.

Cantaban los zuavos mientras se cocía la sopa, cuando vieron pasar un gallo *búlique,* cresta rosa, espolones crecidos y ademán provocador. Se detuvo ante los franceses, echó una mirada en derredor, sacudió las alas y lanzó un canto que parecía un reto. Un zuavo se levantó queriendo coger al animal, pero el cresta rosa emprendió la carrera tratando de evitar su destino manifiesto, que consistía en ser guisado en salsa y comido en buena compañía.

— ¡Bravo, Morín!

— No lo coge.

— ¡Maldito animal, qué bien corre!

— Síguelo, Morín.

— Ya se le fué.

Vimos aparecer y desaparecer al perseguidor y al perseguido; oímos un cacareo y un grito de gozo; nos deslumbró un instante el calzón colorado de Morín, y al fin escuchamos una voz:

— ¡Vengan, vengan!... ¡Aquí hay un hombre!

No sé cómo pensé que el descubierto era Nicolás, á quien me figuraba muy lejos de allí hasta hacía un rato.



— ¿Quién es? ¿quién es? decían los zuavos andando á toda prisa.

— Un chinaco, un mexicano.

— Pues intímale que baje.

— Baje usted en seguida.

— Dispárale.

— Baje en seguida, ó disparo.

Cuando atravesé un pedregalillo vi á Nicolás al pie de un chaparro muy espeso. Estaba con su vestido negro de tricot, su sombrero *de cartera,* el pie enfermo levantado en alto y la fisonomía serena y sin mudanza: sólo se le notaba la agitación que debe de haberle poseído, por una ligera palidez que permitía ver claramente una cicatriz que el preso tenía en el carrillo izquierdo.

— ¿Quién es usted? gritaban los franceses.

— Es un *zarragoza.*

— Es un chinaco.

— ¡Muerte á él!

— ¡A la zahurda, con los otros prisioneros!

— ¡Hay que llevarle al coronel!

— ¿Qué gana el coronel con echarse al rostro esta linda figura?

— ¿Quién es usted?

— Responda ó le pego, dijo uno alzando la mano.

— El belga le ha de conocer.

— Di quién sea éste.

— Sí, dínoslo, ó creeremos que no eras prisionero de los chinacos, sino aliado suyo.

— ¿Es un jefe?

— ¿Es jefe de importancia?

— ¿Es Régules?

—¿Es Riva Palacio?

—¿Es Salazar?

Yo estaba callada y no hacía más que ver sucesivamente á Romero y á los aprehensores, sin atreverme á afirmar ni á negar.

—Di lo que se te pregunta, gritó un sargentón de malos modos, poniéndome una mano en el rostro.

—Le conoce.

—Se ve que le conoce.

—¡Ah, infame! ¡estás de acuerdo con estos bribones!

—Y tan de acuerdo; se han hecho una seña de inteligencia.

—¿Quién es, eh?

—Ha de ser algún chinaco insignificante.

Nicolás, que ya estaba molesto más por lo que á mí se refería que por lo que le tocaba á él, hizo una seña de impaciencia y gritó con voz de trueno:

—Basta, hombre, no molesten más al pobre muchacho: soy Nicolás Romero.

—¡Nicolás Romero!

—¡El león de las montañas!

—¡El león cojo y sin garras!

—¡Viva Francia!

—Buena presa.

—Buena captura.

— A presentárselo al coronel.

— Llevémosle con De Portier.

— ¿No eras invencible, bellaco? gritó ebrio de satisfacción el sargento barbudo que había tratado de pegarme en el rostro.

— Ya aprenderás á burlarte de los nuestros.

— Ya sabrás lo que es meterse con franceses.

Nicolás oía sereno toda aquella andanada; echó á andar en dirección á la casa del rancho, y aunque trataba de aligerar y hacer gallardo el paso, se le conocía la cojera más que nunca. Me le acerqué, y apoyado en mi hombro anduvo el trecho que le separaba de De Potier.

No hay palabras con que pintar el gozo del coronel. Se rió con risa de chacal, se acarició las barbas y cuando le hablé para suplicarle me consintiera venir á México para influir en favor de Nicolás, que me había tratado con cariño y bondad nunca vistos, me miró al rostro y me escupió estas palabras:

— Ya sé que, por lo menos en este maldito país, belga y traidor son sinónimos y palabras inseparables. No me pidas permiso para defender á este bandido, porque ni habías de conseguir nada ni te dejaría hacerlo. Conténtate con que no te envíe á un consejo de guerra, sino que te lleve á Morelia para que te incorpores con los tuyos... Vigílame á éste, le ordenó al zuavo de mal genio; ya diré qué se ha de hacer con él.



CAPÍTULO IV

Tacámbaro

Es, pues, el caso que los belgas llegaban con el ánimo de lucirse y realizar proezas guerreras capaces de anular las de los doce de la Mesa redonda, las del español Cortés y las del mismo Alejandro Magno. Nacidos en un país que por nuevo, por pequeño y por pacífico estaba fuera de las ambiciones que sugieren la conquista y la lucha armada, los belgas no descansaban, deseando igualar por su valor á los franceses, por su serenidad á los españoles, por su disciplina á los ingleses y por su apostura marcial á los prusianos ó á los rusos. No les satisfacían la gran población de su país, su incalculable riqueza, su decoroso y bien ganado bienestar; no se conformaban con tener vida independiente, plena y constantemente garantizada; no les bastaba con estar gobernados por el viejo rey Leopoldo, ár-

bitro y maestro de los monarcas de Europa; nada de eso era suficiente á llenar su sed de gloria militar, la más costosa, la más tentadora y la más inútil de todas las que se pueden obtener.

Bazaine, que conocía estas cosas mejor que nadie, sabía bien que quedarían más que satisfechos los pobrecitos belgas si se ponía bajo su mando algo como el famoso puerto Lápice, en que pudieran meter la mano hasta el codo en eso de aventuras. Así, pues, luego que se capturó á Romero, aprovechando el horrible y enervador pánico que infundió la muerte del guerrillero, el mariscal llamó á Van der Smissen, jefe de los recién llegados belgas, y le ofreció como prueba de confianza y ocasión de lucimiento acabar la pacificación del departamento de Michoacán, en que apenas merodeaban unas cuantas partidas de bandoleros que no reconocían jefe, ni tenían cohesión entre sí, ni era posible que siguieran viviendo, por más que fuera conveniente apresurar su fin y término.

A poco le supo el bocado á Van der Smissen; se figuró no que el hueso estuviera todavía duro de roer, como era la verdad, sino que se le daba aquella porción pacificada ya y pronta á ofrecerse á la orden de Sus Majestades, porque no se confiaba en sus arrestos y en sus bríos guerreros; pero apencó con el desaire para que no se creyera que desechaba lo primero que se le ofrecía. Ya se verá por la obra cómo Bazaine dió muestras de conocer

mejor que nadie el carácter belga y la naturaleza humana.

Los belgas formaban la reunión más desigual que fuera dable imaginarse. Había muchos condes, vizcondes, barones y no sé si príncipes de la sangre real; había muchísimos burgueses más ó menos acomodados; había muchos oficiales cumplidos que habían terminado su tiempo de servicio entre el bock de rubia cerveza y el suave colchón de pluma, sin haber tenido ocasión de disparar un tiro, y había, por último, innumerables obreros sin trabajo, que huyendo del *chomage* hallaban cómodo pasar el charco, matar unas cuantas docenas de disidentes y tornar á su casa llenos de gloria y de dinero. Para todos la aventura se parecía á la del burgués que se cala el casco, se abotona el uniforme y requiere el truculento chafarote porque le parecen estrecho su almacén, innoble la venta de géneros ultramarinos y sofocante el gorro de algodón que ciñe por la noche la frente en que hierven tantos altos hechos y tantas hazañas grandes y excelsas.

A mí me recibieron con cariño y cordialidad que no esperaba. Nadie sabía palabra del pobre Van Haens que había venido á tomar lenguas sobre personas y cosas del país mucho antes de que llegara el resto del contingente: así, pues, cuando se averiguó que el chico acababa de aparecer y que iba dispuesto á batirse con los chinacos, hubo un día de grandísimo jolgorio. Mil veces me he pregunta-

do por qué no me ocurrió presentarme en Morelia con el prefecto del Moral, exponerle mi situación y pedirle me ayudara á salir de ella en cualquier forma decorosa. Pero ¿iba á llegar ante el prefecto vestida de hombre, con el cabello cortado casi á rape y después de haberme andado entre bandoleros, chinacos y franceses? ¿No me tomaría por loca ó impostora y me mandaría á México bajo partida de registro? Y luego, lo que yo deseaba era investigar el paradero de mi hija y arrancarle, por convencimiento ó por amenazas, las firmas que había menester; y más fácil era dar con ella, andando yo disfrazada en aquellas trazas, que vestida con mi traje de costumbre y manifestando mi carácter, que me podía traer nuevas y más imprevistas dificultades. Y además, ¿por qué no decirlo? mi condición aventurera y trashumante se había excitado y despertado, y me sentía más dispuesta que nunca á correr mundo y á gastar lo que de vida me quedara en darle al cuerpo lo que pedía con tanta razón.

A Tacámbaro nos mandaron los jefes y á Tacámbaro fuí con mucho gusto. Allí debía de haber huellas de Génie, pues estaba segura de que era verdad lo que en Morelia me había contado el licenciado Adaiturriaga, á quien fuí á ver preguntándole por el viejo Olivos. Me recibió el licenciado en su casa, vieja construcción colonial con puerta de iglesia, espacioso zaguán con su pasadera para coches hecha con huesos de pata de puerco, su sala enor-



—Me recibió el licenciado en su casa, vieja construcción colonial...

THE NEW YORK
PUBLIC LIBRARY

ASTOR, LENOX
TILDEN FOUNDATIONS

me y pintada al temple, con columnas, artesones y cortinajes llenos de majestad, y su *estudio* atestado de pergaminos en que descifraba mi ignorancia: *Card Cajeta; Justinian Inst. Lib. V; De usura, libri II,* y así otras cosas que no sé ni qué son ni para qué sirven.

Adaiturriaga era pálido, trigueño, amojamado, con una nariz que parecía jabón de sastre y unas manos flacas y huesosas que recordaban los haces de sarmientos secos ó las disciplinas de los penitentes llenos de culpas.

— No se moleste, mi señor, en averiguar el fin de ese viejo loco; es lo más extravagante y lo más necio, y no merece que se hable de él más que para execrarle... Fuimos condiscípulos desde mínimos, y cuando le vi en estas cosas le dije: «Mira, Germán, no te metas en los pies de los caballos; ya estamos viejos y no es cosa de que vayamos á querer arreglar lo desarreglado... ¡La patria! ¿Y qué te da á ti esa señora, ni cómo te sirve? ¿Te has comprado con tu patriotismo siquiera un par de zapatos ó una levita menos indecorosa que esa que portas lo mismo en invierno que en verano? ¿Serás más rico ó más conocido porque manden el indio Juárez ó el güero Maximiliano? Tienes hijos y por ellos debes hacer cualquier sacrificio, y no llevarles por ese camino en donde les esperan la miseria, la ruina y tal vez el cadalso...» ¿Y qué cree usted que me contestó? Lo de siempre; que él quería mejor vivir en la miseria dignamente, que nadar en la abundancia al

lado del opresor de la patria; que si sus hijos caían en la desgracia y llegaban hasta el patíbulo, lo tendría muy á bien, pues es siempre muy honroso morir por la patria. *Dulce et decorum est pro patria mori...* ¿Qué le parece á usted? Conque no se moleste el señor capitán en averiguar nada de ese chiflado... ¡Ah! ¿no es capitán su merced? ¿Subteniente nada más?... Pues que sea por muchos años... digo, por poco tiempo; que lueguito venga el merecido ascenso... Sí, sí, conocí á la muchacha, á la nuera; linda como una rosa de Castilla, pero caprichuda como el viejo: *tateó* completamente... Vaya, vaya con Dios, señor oficial; ha tomado posesión de su casa, y cuando quiera echar su manita de brisca ó su burrito castigado, no deje de venir acá, que casi siempre llegan el señor canónigo Romero, el padre Gómez y otros amigos...

— Pero, ¡qué cabeza la mía! Le prometí á usted datos del pobre Olivos y ninguno le doy. Pues sí, señor; en Tacámbaro le vió mi compadre Mónico Martínez, que por cierto me aseguró que estaba el viejo más furioso y mal criado que antes... ¿Qué le parece? Está de secretario de Régules ó de Jiménez... ¡qué sé yo! Allá él. Es difícil que le aguarde, pero si para tratar le conviene mejor la nuera que el suegro, de fijo que halla á la niña; no creo que la exponga al camino cuando sabe bien que la pobre criatura no puede andar, pues está en meses mayores, *esperándose* para Mayo, según Mónico me aseguró...

Requirió Adaiturriaga su gorro de terciopelo bordado á varias tintas, se abotonó la chaqueta de dril blanco y me dejó en la puerta, haciéndome doscientas mil cortesías.

El primer día hicimos la jornada hasta Acuitzío, mitad del camino entre Acámbaro y Morelia. Acampamos en el cementerio de la población, y como hacía un frío que llegaba hasta los huesos, encendimos... las cruces de madera que indicaban el tránsito final de muchos acuitcenses.



Tres días duramos en Acuitzío, no mal vistos de los hombres, queridos de las damas, satisfechos de los alimentos y deseando llegar á donde se pudiera destruir á los disidentes y tornar á la patria como un cruzado que volviera de Palestina. Una noche, cuando llegaban los soldados de las tiendas en que habían bebido con placer

el aguardiente de la tierra y comido alguno de los más detestables potajes mexicanos, supimos se había recibido orden de levantar el campo y seguir la ruta desde luego. Las ocho de la noche serían cuando ensillé mi caballo y me puse al frente de la sección que me tocaba mandar. Cuando una lomita nos interrumpió las luces menguadas y temblonas del pueblo, y nos internamos en el camino real, llamado así de seguro por antífrasis, nos encontramos en la obscuridad más horrible que pueda haberse visto. Las tinieblas palpables del Génesis y las que rodean á los condenados en el infierno pueden apenas dar idea de aquella lobreguez en que se había perdido la noción del espacio y la del tiempo. Apenas si las peñas, unas peñas tan altas como torres, y los árboles, unos árboles que se recortaban como sombras negras en un paisaje hecho con tinta de China, sugerían una negrura mayor, más intensa y más aterradora. Recuerdo haber visto en París, en un telescopio á que me asomé por casualidad, unos espacios interestelares que llaman *sacos de carbón* y que dan idea del caos; así era aquel camino medroso y solitario en que no veíamos color en los rostros, ni en los uniformes, ni en las armas, y en que todos parecíamos sombras chinescas bailando en una pantalla negrísima.

Ibamos dispersos, al azar, sin cohesión y sin enlace: uno se desnucaba en una piedra, y mientras juraba como un carretero se detenía á oir el lamento del que al dar

contra un tronco veía iluminarse la noche profundísima; otro perdía el quepi, ó el arma, ó el correaje y se volvía loco sin encontrarlos, mientras un tercero se detenía al borde de un barranco en que las jaras y los lentiscos le destrozaban el cuerpo, pero le salvaban de caer al fondo. Súbitamente sonó un tiro... El clarín belga ordenó la carga.

—¡Enemigo al frente!

—¡Los chinacos!

—¡Preparen el cañón!

—¿Dónde está el cañón?

—¿Dónde están los cañones?

—¡Aquí los artilleros!

—¡Viva Bélgica!

—¡Viva el Emperador!

—¡Viva la Emperatriz, nuestra princesa!

—¡Están escondidos en el vallado!

—¡Hay que buscarlos!

—¡Nos van á fusilar impunemente!

—¡Nadie se mueva!

—¡Nadie dispare las armas!

—Esos tiros son de los republicanos.

—Por allí van unas sombras que se ocultan...

—Sí, están agazapadas á la derecha.

—Es á la izquierda.

—¡A ellos!

—¡Nadie dispare!

—¡Agruparse!...

—¡Agruparse, ó nos fusilamos unos á otros!

Al fin se hizo oir la voz del mayor Tydgat; aguardamos un rato, no escuchamos nada y vinimos á comprender que no había tal enemigo y que la alarma provenía del primer disparo, que de seguro se había escapado del fusil de algún belga inexperto. Hubo que sacar el cañoncito que había caído con mulas y todo al fondo de una zanja; hubo que ponernos en orden y que apretar la formación dándonos mutuamente la mano para no caer; emprendimos la marcha nuevamente, y al peso de media noche, cuando todo el mundo descansaba en la chinaca ciudad de Tacámbaro, llegamos á ella silenciosamente, sin sonar clarines ni tambores. Nos echamos á dormir en el portalillo que circunda la plaza, y al día siguiente empezamos á darnos cuenta del paisaje que nos rodeaba.

Tacámbaro es todo menos un punto militar defendible. ¿Acaso nos mandaron allí, como aseguraban algunos, para ponernos en ridículo y darnos un disgusto? No sabría decirlo; pero sí aseguro que no hay nada más á propósito para creerlo que el fracaso que tuvimos de allí á poco. Tacámbaro está dominado por dos montañas; la Mesa, se llama la una, y la Loma, la otra, ambas famosas por las zalagardas que en ellas han ocurrido.

Siete eran entonces las manzanas que componían Tacámbaro; pocas las casas que presentaban alguna comodidad, y la iglesia, que era de fábrica netamente española, con soberbios contrafuertes y una torrecilla á medio acabar, servía unas veces de asilo á los pronunciados y otras al Dios de las misericordias; de fortaleza ó de cuartel, de templo ó de punto de reunión. Un arroyo que pasa por la orilla del lugar tiene algunos árboles á su vera, y la situación del caserío es irregular por demás, debido á que sigue la dirección del arroyo. Al llegar nos acomodamos ó nos acomodaron donde fué posible; había que molestar á los rojos y, por consecuencia, entre ellos de toda preferencia se repartió el gentío.

Llegó el domingo y llegaron con él los *resgatones* y los naturales, éstos ofreciendo los pollos gordos, el queso, la panela, el jocoqui y la fruta; aquéllos acaparándolo todo para revenderlo con ventaja. Nos introdujimos entre los compradores, y no sólo adquirimos más barato lo que habíamos menester, sino que á los que lo cataban les ofrecieron los indios buenas cantidades del aguardiente de la tierra, que no les parecía tan malo como era en realidad. A cambio de aquella granjería, los soldados enseñaron sus fusiles, el alcance que tenían y el mecanismo con que se manejaban, á todos los que quisieron ver una ú otra cosa.

Por la tarde me llamó el mayor Tydgat y me presentó

al doctor Lejeune (barbudo, viejo, buena cara y aspecto triste). Me tuvo parada un buen rato y luego dijo al doctor:

—¿Conque insiste usted, por fin?

—Sin duda ninguna que insisto.

—¿Y la opinión pública?

—¿Cree usted acaso en la opinión pública de Tacámbaro?

—En la de Europa.

—¡Ojalá que tan fácilmente pudieran llegar las noticias á Europa... siquiera fueran las malas!

—¿No se dirá que nos aprovechamos de la debilidad de mujeres y niños?

—Nuestra seguridad es antes que todo.

—Es verdad... nuestra seguridad; pero resulta duro.

—Obre usted como quiera; mas extraño que sensiblerías sin ningún fundamento influyan tanto en el ánimo de un soldado de hierro.

Había dado en el clavo: ¡soldado de hierro! Sí, eso era el mayor Tydgat, soldado de hierro, y por cierto no de hierro dulce, sino del más tirante y duro de los hierros que hubiera.

—Bien, dijo, tiene usted razón; que vayan á buscarla... Van Haens, acompañe al doctor Lejeune, que va á desempeñar una comisión, y préstele la ayuda que necesite.

Salimos Lejeune y yo y llegamos á una casa que reci-

bía á los visitantes en la forma más grata y lisonjera, esto es, con descubierta y batidores de perfumes y de trinos que salían del gran jardín que la precedía; dos niños jugaban á la puerta, y una matrona de aspecto noble y fisonomía llena de pureza y corrección nos recibió con toda cordialidad.

— Dígale usted que venimos á catear su casa porque sabemos que aquí se ocultan armas y equipos de los disidentes, nos ordenó Lejeune.

— Pasen ustedes, dijo sin inmutarse la señora; pasen y serán bien recibidos: nada hay de lo que buscan.

— Aguárdeme usted aquí, me dispuso Lejeune; vuelvo en seguida.

— Y penetró al interior.

— ¡Ay, señor! ¿qué me irán á poner presa? me insinuó la dueña de la casa. Créame que lo siento por mis hijitos.

— ¿Tiene usted hijos?

— Tres tengo y son como unas orientales perlas; la más chiquita está aquí conmigo.

— Y separando el rebocillo me mostró una criatura sonrosada y llena de vida que dormía en el regazo materno con una gota de leche y una dulce sonrisa en los labios.

Oíamos bulla y estrépito en la parte dentro de la casa, pero no le dábamos, ó por lo menos no le daba yo, importancia ninguna, pues me figuraba que era nada más que el hurgar de los belgas en los muebles y objetos que tenían

necesidad de registrar. A poco volvió Lejeune con cara de triunfo.

—¡Ah, hipócrita, condenada! ¿conque estaba usted de acuerdo con los bandidos y lo negaba con tantísima audacia?

—No sé á quién llama usted los bandidos, caballero, contestó dignamente la señora poniéndose en pie, ni por qué me insulta en mi propia casa.... Si así se trata á las damas en la tierra de usted, prefiero ser mujer entre los bandidos á serlo entre los civilizadísimos belgas.

—Nos hemos encontrado con cartas del bandido Régules, agregó Lejeune un poco cortado.

—No se conoce aquí á semejante persona, ni puede usted haber encontrado cartas ni nada suyo. Aquí se conoce, y es el dueño de este pobre hogar, al señor general don Nicolás de Régules, que defiende con todas sus fuerzas de una invasión injusta y villana á la patria que eligió voluntariamente, á la patria de su esposa, á la patria de sus hijos.

—¡Palabras, palabras! interrumpió Lejeune riéndose con risa sarcástica. ¿Cómo no ha de ser bandido quien se opone á que se establezca la paz en México, contando con un príncipe tan bueno como el emperador Maximiliano?

—No todos piensan como usted, señor, contestó briosamente la señora.

—Y esta silla de montar, estas dos yogas, esta terce-

rola y este horrible machete, ¿qué estaban haciendo aquí? ¿Acaso iba usted á defenderse con ellos?

— Bien pudiera ser, que á veces se tropieza con hombres para quienes ser mujer no es título bastante á la consideración y al respeto... No extrañe usted encontrar esas armas en la casa de un general, como no sería cosa asombrosa hallar libros en la casa de un licenciado, aunque estuviera ausente desde mucho tiempo antes.



— ¡Tonterías, tonterías! gritó con displicencia Lejeune. Usted se viene presa con nosotros.

— ¿Y mis hijos?

— Déjeles donde pueda.

— Conmigo irán.

— Que vengan, pero que sea pronto.

— En seguida.

Recogió la señora alguna ropa, dispuso que fuera tras ella una criada, me dió el brazo, cogió de la mano á la niña que podía andar, me entregó al niño mayor y empezamos á caminar seguidos de la curiosidad del pueblo entero, que se detenía á vernos pasar comprendiendo que había en aquello una horrible vejación que interesaba impedir.

Pero nadie impidió nada y la comitiva entró á la casa que servía de alojamiento á los oficiales belgas sin ver más que las caras espantadas que acompañaban á la señora en su camino.

Amaneció el día siguiente, y mi olfato mujeril, una vaga y secreta intuición, ó algo que existía en la atmósfera y se cernía en ella á modo de fantasma, de presentimiento, de tristeza indefinible y de inmensa soledad, me oprimía y me abrumaba, trayéndome inquietud y recelo. Me sentía quebrantada del cuerpo, sentía flojedad y melancolía y conocía que algo adverso nos iba á suceder. Comuniqué mis temores al viejo sargento Gheude, mi amigo, y él se burló de ellos considerándolos del todo inmotivados.

— Tontería, me dijo; ¿crees tú tan necios á los chinacos para venir á medirse con los belgas, con el regi-

miento de la Emperatriz Carlota? Tú no lo sabes porque eres un infeliz, una criatura; pero yo, que he tomado lenguas y me he informado con muchísima cautela, sí estoy enterado de que apenas supieron que veníamos por acá, determinaron desbandarse yéndose cada uno por su lado... Figúrate si pensarán en hacernos frente sabiendo que somos, como quien dice nada, flamencos; y flamenco, según he leído en alguna parte, viene de flama, de llama, de lo que quema, de lo que incendia, y nosotros, por más que te asombres, somos eso, gente ardida y ardiente, incapaz de rendirse, ni de pedir paces, ni de concederlas: somos los primeros soldados del mundo, mal que les pese á estos francesillos insolentes y fanfarrones que quieren ponernos el pie encima y darnos la ley!... Lo que tú tienes es murria, es tristeza, es eso que le llaman nostalgia y que consiste en el afán de volver á la tierra natal. Habrás dejado por allá á la novia, á la querida... quizás á la madre ó al padre viejecillos y sin poder valerse... Tienes mucha razón en echarles de menos... También yo, cuando les recuerdo, lloro... lloro como en este momento estoy llorando; pero ¡qué diablo!... un soldado no llora... y luego, que me he encontrado un bálsamo para las penas y es el aguardiente que venden estos indios. Créemelo, es bueno, sirve contra la mortificación y la nostalgia, aprovecha á quien lo bebe, no es caro, y... hasta suelen regalarlo los indios... Raspa al principio, raspa un poco,

pero á las tres copas no te acuerdas de eso... Conque, toma mi consejo.

Bello tipo este de Gheude; era alto, alto como un pino, gordo hasta parecer monstruoso, con grande é hirsuta barba, voz estentórea y un continente de fiereza, de decisión, de furia, que no parecía sino que iba á comerse á los niños crudos. Era nativo de Bruselas, pero con su voz y su gesto le hacían parecer originario de las orillas del Danubio; con un gorro de pieles en la cabeza habría parecido un cosaco del Don dispuesto á destrozar á los enemigos del Czar.

Bien sabía yo que no era murria de la tierra nativa lo que me tenía triste y suspensa; pero tomando á buena parte las predicciones de Gheude, supuse que quizás el encontrarme en aquellos trotes de la vida militar, el disgusto de haber visto conducir presa á una mujer bella y buena y el hecho de no saber palabra de mi hija ni del cariz del negocio que allá me había conducido, me tenían así de melancólica y cariacontecida. Me acosté, pues, dormí como una bienaventurada, y cuando ya había luz me despertó un ruido extraño que me hizo parar la atención en lo que acontecía. No había pasado medio minuto cuando otro golpe igual, que derribó un buen trozo de la torta del jaharrado de la pared, me hizo comprender que eran cañonazos los que se disparaban y que probablemente nos atacaban los republicanos.

A nadie le deseo el momento aquel; estar segura de que era necesario batirse, demostrar ánimo, herir, matar y recibir balazos ó la muerte misma como lo más natural del mundo, era cosa que no podía comprender ni sabía cómo había de hacerse. Temblando, me aseguré la ropa, me embocé en mi capote, cogí mis armas y salí al patio, donde estaban mis compañeros más aterrorizados y llenos de espanto que yo.

—¡Son los chinacos!

—¡Están en la Mesa!

—¡No, están en la Loma!

—¡Traen artillería rayada!

—No importa, somos belgas.

—¡Salgamos de aquí!

—¡Reconcentrémonos á la iglesia!

—¡Sí, á la iglesia; allí están nuestros compañeros!

—¡Allí están nuestros oficiales!

—¡Se van á ir escarmentados los señores chinacos!

—¡Cantemos la *Brabançonne!*

—¡No, la Marsellesa!

—¡No, el *Chant de départ!*

Salimos afuera, pero todo estaba obscuro; una débil claridad que subía de la tierra más bien que bajar de la altura, permitía caminar sin obstáculos en la calle desempedrada y llena de baches. Violentamente trepamos á la torre, que por cierto quedaba dominada por cualquiera

de las eminencias cercanas, y de pronto no nos dimos cuenta de la situación ni comprendimos de dónde venía el ataque: enfrente, un tupido monte de chaparros que visto desde la altura parecía un conjunto de gentes que espiara cauteloso, dejando asomar las cabelleras crespas, y entreverados con ellas haces de varillas brillantes que se destacaban entre la bruma como las estalactitas de una gruta obscurísima: nada más se veía.

El cañoneo había cesado; los belgas empezaban á coronar las alturas de sus alojamientos, acababan de apoderarse de un borde de tierra situado en el atrio de la iglesia (borde que, en caso ofrecido, podía servir de parapeto), aspilleraban cuantas puertas hallaban á la mano y se preparaban á resistir hasta lo último. Hubo un instante de espera, como si ambas partes quisieran tantear sus fuerzas y las del contrario; de repente, una llamarada de fuego incendió el cielo, se oyó el canto de un gallo, y como si hubiera sido señal convenida con anterioridad, tronó de nuevo el cañón, se movieron los haces de varillas brillantes, que se destacaban como estalactitas de una gruta y se oyó un clamoreo estridente, inarticulado, inmenso, más imponente porque no se distinguían en él voces claras ni se podía saber á quién se aclamaba ó á quién se deturpaba; pero impregnado de odio, de mala voluntad y de encono: así deben de haber gritado el ¡*Crucifícale*! los judíos que querían la muerte de Jesús.

Tras ese cañonazo vinieron otros muchos y no tardamos en ver bajar un tropel de chinacos organizados en tiradores y que venían á buscarnos llenos de furia.

— ¡Bien, bien, son nuestros! gritó el mayor Tydgat. Nos atacan á pecho descubierto y nosotros somos dueños de la altura. Hay que castigarles.

Y luego, dirigiéndose al jefe de la segunda compañía, le ordenó con gesto soberano:

— Capitán de Lannoy, me figuro que con vuestra gente bastará para escarmentar á esa canalla ¿Qué creéis?

— Claro que bastará, señor mayor.

Y volviéndose á sus subordinados, les gritó Lannoy:

— Vamos, amigos míos, mostrémonos á la altura de la misión con que se nos honra... ¡A la bayoneta; á ellos!...

Muchos que no pertenecían á la compañía de Lannoy salieron con la tropa de éste, así es que el contingente era casi doble de aquel con que se podía contar. Los chinacos esperaban á pie firme en una callecilla transversal, al abrigo de los fuegos de la parroquia y repechados contra las paredes. Los belgas aparecieron entonces; un corneta marchaba al lado del jefe tocando la carga incesantemente, rojo como un pavo y contoneándose con la marcialidad mayor que le era dable; un rayo de sol que había dorado el campanario había arrancado también al instrumento una nota de oro que parecía sonar al conjuro del astro como la estatua egipcia. Se oyó una des-

carga, y el mocetón que tocaba la trompeta cayó al suelo bañado en su sangre. El valiente Lannoy no hizo caso de la muerte del pobre muchacho.

— ¡A ellos!... seguía gritando con la espada en la mano: ¡á ellos, hijos míos; á ellos mis amigos!.. ¡A la bayoneta!.. ¡Viva Bélgica!

Un grupo se acercó al otro con el afán de destrucción, de muerte, de acabamiento.

— ¡Andenle, pelones!

— ¡Viva el Emperador!

— Viva México!

— ¡[illegible]a Maximiliano!

— ¡Adentro, muchachos!

— ¡Viva Bélgica!

— ¡Adentro, adentro! ¡no hay que cejar!... ¡Adentro!

Las dos facciones se mezclaron, se revolvieron, se confundieron; uniformes blancos y uniformes negros: quepis y sombreros con plumas de gallo; ligerísimos fusiles Minié y pesados mosquetes; rostros atezados y rostros rubicundos; cabelleras rubias y cabelleras negras todo se barajaba, se sobreponía, se empalmaba, y á manera de caleidoscopio unas veces la corriente india predominaba sobre la extranjera, otras la extranjera dominaba á la del país. Sin embargo, en aquel momento la ventaja iba siendo de los belgas; á cada golpe mataban ó herían á un enemigo; pero los enemigos eran tantos que esa misma



Las dos facciones se mezclaron, se revolvieron, se confundieron...

THE NEW YORK
PUBLIC LIBRARY

ASTOR, LENOX
TILDEN FOUNDATIONS

facilidad que había para matarlos demostraba claramente la dificultad de acabar con todos ellos.

Los belgas acezaban, fatigados de aquella labor de carniceros, y daban casi á ciegas los golpes; el vigor que primero habían desplegado y que les bastaba para destrozar cráneos, romper huesos y partir miembros, apenas les alcanzaba ya para causar heridas insignificantes: la partida se iba haciendo desigual; pronto comprendimos que no podía prolongarse. Ya bajaban de la altura tantas blusas rojas, tantas lanzas con banderas, tantos jinetes y tantos infantes, que acabamos por vaticinar la próxima destrucción de la animosa compañía de Lannoy. Esta volteó su frente, unos cuantos soldados continuaron su resistencia contra los chinacos que se habían metido en el callejón; el grueso de la tropa siguió peleando contra los enemigos que, formados en la gran plaza, apoderados de todas las bocacalles y encaramados en lo alto de los edificios, formaban un abanico de fuego que lo cubría todo. Los de Lannoy disparaban sin cesar, hacían blanco de sus tiros á los oficiales republicanos, pero no podían resistir más. Vino al suelo el jefe, vinieron al suelo varios suboficiales y sargentos, no quedó más que el teniente Walton para mandar aquel contingente diezmado y hecho trizas: ya no era posible triunfar, ni siquiera podían los hombres seguir defendiéndose con fruto. Walton ordenó la retirada, pero ésta no era cosa sencilla: el

grueso de los chinacos ocupaba casi toda la plaza, había que caminar para atrás, que usar del fusil como maza, que despejar el camino que embarazaban los que caían muertos...

Durante algunos minutos el fuego cesó casi del todo; los chinacos no se atrevían á atacar de frente y buscaban lugar por donde introducirse aunque fuera de flanco. Entonces deliberamos sobre lo que convendría hacer y sobre cómo habíamos de morir lo menos tristemente posible. Gheude, que no me había abandonado un punto, hallaba manera de indicarme cómo me había de colocar para que no me hiriera una bala republicana.

— Ten cuidado, muchacho; abrígate bien... aquí, en esta claraboya, nada te harán... Trépate en mí, trépate en mi hombro y dispara desde lo alto de la esquila; ¿lo ves? Ese confitazo era para ti y apenas tocó la campana. ¿Oiste cómo sonó?... Ahora voy yo... ¡A la una!... Le metí una bala al jinete del zarape rojo y del caballo alazán... ¿Quién será?... ¡Qué tontería! Ya se levanta el maldito; el caballo no más quedó en el suelo... á ver si ahora... ¡á la una!...

Y seguíamos disparando, yo á horcajadas del gigante ó buscando una aspillera propicia, él protegiéndome y haciendo el negocio por su propia cuenta.

Por espacio de algunas horas el fuego no cesó un punto; aquel malaventurado cañoncillo que tanto trabajo nos

había dado á la llegada, estaba callado ya, así como el artillero que le manejaba, un tal Nava, mexicano, que á los primeros disparos había caído muerto. Jacobs, subteniente belga, que en sus principios había sido sargento de artillería, se hizo cargo de la pieza y en pocos instantes *¡pum, pum, pum!* causó un horrible destrozo entre los enemigos. Pero ¿de qué servían los ardides y hasta las heroicidades ante el número y la valentía de los chinacos?

Un clarincillo indio, de quince años de edad, salió á la plaza, disparó su fusil, mató é hirió á algunos enemigos, pero no volvió de su temeraria excursión.

Un soldado belga vió caer una granada al pie de la trinchera de adobes que se hallaba fuera de la iglesia, saltó la barda, se echó el fusil á la cara sin hacer caso del maldito ingenio, que seguía murmujeando cosas siniestras y echando chispas azules, verdes y rojas hasta que se extinguió sin hacer explosión. Un sargento, que ya había visto que el disparar tiros iba á ser tarea que durara mucho tiempo, cada vez que necesitaba salir á la plaza para detener la furia de los chinacos pedía un traguito á la cantinera, su mujer: *Trientje, gsef me nog een borrel vooz aleer ik in't vuuz gá...* (Trini, échame otra copita para irme al fuego).

Cuando estábamos ya agotados, perdidos, sin esperanza y sin aliento, se enarboló en la iglesia una bandera blanca, una camisa pendiente de la bayoneta de un fusil;

los chinacos enviaron un parlamentario, sus bandas aceptaron la suspensión de las hostilidades; muchos oficiales enemigos se acercaron, alzáronse los soldados que estaban pecho á tierra y parecía todo terminado. En este momento



el doctor Lejeune alzó la voz y ordenó á los que ocupábamos la torre:

— ¡Fuego; fuego ahora contra esa canalla!

Salieron los tiros. Más de treinta mexicanos quedaron muertos en el punto; los demás se pusieron furiosos ante aquel acto de salvajismo que implicaba una horrible traición. Entonces comprendimos que la suerte estaba echada

y que no había que pensar en obtener concesiones. El ataque se redobló en todos los puntos; por todas partes se oyeron gritos de rabia, y el furor de los republicanos, perfectamente justificado en aquel momento, llegó hasta lo indecible.

De repente, entre el humo caliginoso que llenaba el aire, á través de aquella atmósfera densísima que apenas atravesaban como relámpagos los fogonazos de los tiros, vi algo que me causó positivo horror: una mujer y unos niños, la esposa y los hijos de Régules, fueron puestos en la trinchera para recibir las balas de los mismos que acaudillaba su marido y padre. Vi á la pobre señora cubrir á sus hijitos, ponerse de escudo para que no sufrieran daño y exponerse ella misma á los tiros cruzados de una y otra parte para lograr defenderles...

Los que estaban en el parapeto de abajo dicen que creyeron cesarían los fuegos enemigos; pero con gran sorpresa suya escucharon una voz que gritó con marcado acento castellano:

— ¡Moño; nada importa!... No por la mujer y los churumbeles presos había de detenerse esto. ¡Adentro!

Los historiadores novelistas han puesto en boca de Régules no sé qué sublimidades dignas de Corneille; no habló sino lo que dejo transcrito... que quiere decir lo mismo que le atribuyen, aunque sin tanta retórica.

¿Quién fué el aconsejador de aquella atrocidad que es-

pantaría hasta á los mismos caníbales? Todos dicen que el doctor Lejeune; pero yo no me atrevo á recargar la memoria del desgraciado físico con tan espantosa imputación.

Pero espantoso ó no el suceso, no tuvimos tiempo de comentarle; un compañero anunció que se incendiaba un costado de la parroquia y á poco vimos salir lenguas de fuego, no de uno, sino de los cuatro lados del templo.

—¡Nos quemamos!

—¡Está ardiendo todo!

—¡Abajo va un chinaco con una tea!

—¡Ya cayó!

—¡No ha caído; ninguna bala le tocó!

—¡Se meten por la puerta!

—¡Abajo!

—¡A rendirnos!

—¡No hay que rendirnos!

—¡Hay que vender caras nuestras vidas!

—¡Hay que luchar hasta la último!

—¡Aquí no podemos luchar!

—¡Podemos luchar, pero no convertirnos en chuletas!

—¡Abajo!

Y emprendimos el descenso desatinada, loca, ciegamente; todo era tropezarnos, rodar escalones, bajar de prisa y asombrarnos cuando nos asomábamos por las ventilas del caracol.

Al fin nos encontramos en el cuerpo de la iglesia; pero

¡qué espectáculo tan tremendo aquél! El cañón nuestro vomitaba metralla desde el altar; el cañón mexicano nos batía desde la puerta causándonos destrozos; el aire era pesado, irrespirable, impregnado de no sé qué cosas que le volvían un tormento más que un alivio; abajo veíamos caer á nuestros compañeros y escuchábamos los lamentos de los heridos que nos pedían agua; arriba veíamos el incendio lamer el techo mal seguro, los colaterales dorados, los retablos negruzcos y amenazar toda la vieja construcción... No una mujer, una pobre mujer que por primera vez presenciaba espectáculos de muerte, el hombre mejor templado habría enloquecido de horror ante aquel conjurarse de todas las cosas, ante aquel luchar sin esperanza, ante aquella muerte segura que iba poco á poco encerrándonos á todos entre sus brazos, acercándonos á sus fauces y apretándose á devorarnos...

Ya no podíamos estar dentro de la iglesia; los tiros de los contrarios nos hacían pedazos, las paredes se derrumbaban, los altares se venían abajo, hacía un calor que equivalía á encontrarse dentro de un horno. Nos refugiamos en la sacristía; pero allí estábamos poco menos que como sardinas en lata: apenas quedaba espacio para que alguno saliera, disparara el arma ó esgrimiera la bayoneta y volviera á su puesto si volvía. Mas esas eran luchas estériles, manifestaciones postreras de impotencia y de agonía. ¿Qué podíamos hacer que no fuera perecer allí

aplastados, quemados, traspasados á punta de sable ó bayoneta? Rendición, no había que proponerla; nuestra acogida al parlamentario era razón suficiente para que nos trataran de igual manera; había, pues, que resignarse á morir en justa represalia, sin poder elegir siquiera entre aquellas muertes espantosas. Nadie hablaba, nadie disparaba, nadie hacía comentarios; los heridos eran los únicos que pedían agua, agua que les refrescara las fauces, agua que les curara las heridas, agua sin cesar...

De repente apareció en la puerta de la sacristía un hombre rojo por el fulgor de las llamas, envuelto en un zarape rojo, montado en un caballo colorado, con las barbas hirsutas, el cabello al aire, la cara congestionada, el sombrero en la mano, la voz potente y tremenda que parecía el silbar de una bala.

—¡Escuchen ustedes!... gritó. ¡Ya todos somos amigos!... ¡Viva la libertad!

Era Régules, el jefe de los republicanos, que venía á ofrecernos, en recompensa de nuestra felonía, del maltrato á su familia y del riesgo en que la habíamos puesto, la vida, la dulcísima vida, lo que en aquellos instantes preferíamos á todos los bienes.

Ignoro cómo Régules no murió atravesado por diez bayonetazos; ignoro cómo se atrevió á penetrar en aquel horrible recinto; lo que sé es que el subteniente Walton,



D. Nicolás Régules.

THE NEW YORK
PUBLIC LIBRARY

ASTOR, LENOX
TILDEN FOUNDATIONS

que estaba cerca de la puerta, alzó la pistola y la disparó gritando furiosamente:

— ¡Cuidado, no hay que rendirse; es un ardid de guerra!

Afortunadamente el capitán Miñón desvió el arma y preguntó á Régules en español:

— ¿Cuáles son las condiciones?

— Capitulación honrosa, contestó el jefe chinaco.

Ya era algo; ya era mucho; era lo que pedía el rey caballero: la vida y la honra.

Fuimos saliendo poco á poco, con el arma al brazo, heridos, sin fuerzas y sin bríos, pero gozosos por haber cumplido con nuestro deber. Un batallón de republicanos nos cogió entre filas y así salimos de la plaza de Tacámbaro. En el momento en que dejábamos la sacristía nos sorprendió un ruido inaudito; peñascos desprendidos de la altura, chispas, polvo y estrépito horrible nos hicieron saber que se acababan de derrumbar la iglesia y la sacristía en que habíamos estado refugiados.

En mi larga vida he visto cosas tristísimas, cosas que todavía ahora me causan espanto; pero no recuerdo haber presenciado nunca cuadro semejante al de Tacámbaro en aquella histórica mañana. Los habitantes habían huído ó estaban ocultos; las casas estaban abiertas; el incendio y la destrucción se habían enseñoreado de todo; había cadáveres regados en toda la plaza, en los rincones de las calles, en los vanos de las puertas; cadáveres que habían

dirigido al cielo su postrera mirada, ahora vidriosa y petrificada; cadáveres que estaban como durmiendo un sueño dulce y plácido; cadáveres acostados en las posiciones más raras é inverosímiles, empuñando aún el arma con mano crispada, en ademán de disparar ó de hurtar un golpe... Una soldadesca ebria y brutal, con los fusiles preparados, la blasfemia en la boca y la amenaza contra todo el que se opusiera á lo que ella deseaba; unas harpías que nos amenazaban con el puño y nos denostaban rabiosamente, blandiendo cuchillos y piedras, y por todas partes confusión, gritos y escándalo. Apenas nos vieron aquellos furiosos, empezaron á vociferar con todas sus fuerzas:

—¡Mueran los belgas!

—¡Que les fusilen!

—¡Que les diezmen!

—¡Que maten á los jefes!

—¡A todos!

—¡Que maten á los que pusieron en la trinchera á la mujer del general!

—¡Y á sus hijitos!

—¡Bandidos! ¡Ellos sí que son bandidos! gritaba una vieja con voz de pito de calabaza.

—¡Al palo!

Ya se nos acercaban, ya sentíamos las manos sucias y callosas cerca de nuestros rostros; ya mirábamos levantarse muchos garrotes, muchas lanzas, muchos mosquetes

contra nosotros, cuando vimos aparecer á la entrada de la plaza á la señora Régules, á la pobre madre que tan serio peligro había corrido por nuestra culpa. Paseó sobre nosotros su mirada llena de paz y de perdón, nos miró víctimas de la inquina de aquel pueblo brutal, y dijo con dulzura á su marido:

—Te pido que nada les hagan á los belgas.



Como si hubiera sido aquella frase de cristiana y de madre la señal que se esperaba, la multitud aulladora prorrumpió en aplausos.

—¡Viva la señora!

—¡Perdón!

—¡Perdón para los belgas!

—¡Presos!

—¡Que vayan presos!

—¡Viva doña Cholita!

La bendita matrona que había salvado tantas vidas, pasó blanca, limpia y serena, acompañada de sus hijos, y nosotros nos consideramos á salvo una vez más.

No corrió tan buena suerte el inspirador de aquellas

hazañas, el miedosísimo doctor Lejeune. Iba por la plaza cuando se encontró de manos á boca con el jinete que había sido recibido á tiros cuando iba á parlamentar. El chinaco estaba ebrio y sabía la participación de Lejeune en aquellas cosas.

—Doctor, le dijo deteniendo el caballo, ¿qué manera consideraría usted más expedita de matar á un hombre?

—Un tiro de revólver, respondió Lejeune, temblando de terror.

No había acabado de decirlo, cuando sonó un disparo que hizo caer muerto al desgraciado físico.



CAPITULO V

Prisionera

Los vencedores tuvieron buen cuidado de quitarnos las armas y de colocarnos en fila; pero se olvidaron de algo que nos interesaba un poco más que todas aquellas operaciones; de darnos de comer y de beber. Y no era que desearan matarnos por inanición, sino que para hacer aquellas buenas obras tropezaban con una dificultad insoluble por el momento: la dificultad de contar las raciones. Dos coroneles barbudos, de chaparreras de chivo, guangos á la cintura, sombreros aplastados y grandes puros en las sendas bocas, recorrieron las filas tratando de hacer una cuenta de nuestras personas; pero ¡ay! la operación elementalísima de la adición no era tan familiar para aquellos guerreros como la de herir y violar que practicaban á diario, y todo fué bulla y confusión durante un buen rato.

— Aquí van doce pares, *Cantaritos.*

— ¡Ah, qué Madaleno tan bruto. No se cuenta por pares, se cuenta por manos, es decir, de cuatro en cuatro.

— Voy á empezar por docenas... uno, dos, tres...

— A mí me salen cuarenta y cinco.

— A mí, hasta este pelón de la cabeza descalabrada, me salen cuatro trillones, cuatrocientos millones cincuenta mil ciento unidades.

— Volvamos á empezar.

— Sí, á empezar.

— ¿Cuántos sacas?

— Seiscientos ochenta.

— Yo setenta y seis.

— No puede ser.

— Sí puede ser.

— Dile al maistro que te devuelva lo que le pagaron porque te enseñara la arismética.

— Pos me parece que el tuyo no era mejor.

— Lo que es mejor es mi machete.

— ¿Qué de veras, Miramón?

— Como te lo digo, Concha.

— Bueno, vamos haciendo juntos la cuenta.

— Eso es...

— Vamos... Uno, dos...

Hasta cuatro veces hicieron el recuento, y en la última, después de gastar más materia gris que la que le

costó á Leverrier averiguar la existencia de Neptuno, decidieron que éramos ciento ochenta entre belgas y mexicanos; es decir, que habían caído en la acción setenta de los míos y más de cien aliados. Entre los belgas estaban el pobre capitán Chazal, hijo del ministro de la Guerra en Bélgica, que aunque duró vivo algunas horas no llegó á recobrar el conocimiento ni á hablar palabra hasta la noche, en que acabó; el capitán Lannoy, el subteniente Vandenbussche, los sargentos Autrebaud y Delplace y dos ó tres oficiales cuyos nombres no recuerdo. Heridos quedaron el mayor Tydgat, el capitán Shcrimayers, el teniente Charlot y muchos sargentos, cabos y soldados.

Ya estábamos contados, ya se sabía á ciencia cierta quiénes y cuántos éramos; pero surgía aún una duda formidable: ¿nos numeraban para diezmarnos ó para darnos de comer? ¿nos habían perdonado á todos ó á todos nos iban á fusilar? Impotente para decidir me eché de bruces en el suelo del portal donde nos aglomeraron, y me dormí con ansia animal de descansar un buen rato, sintiendo un gran bienestar con el reposo. A poco me despertó la suela de un zapato que vagaba entre mi espalda y mis riñones, é inmediatamente me puse en pie deseosa de no recibir otra caricia igual.

—¡Andenle, cobardes, ándenle, *sinvergüenzas!*... ¡A la plaza de toros!

Y á la plaza de toros fuimos á dar no sin grandísimo temor de mis compañeros, que lloraban de dolor al pensar que se les iba á sacrificar sin remisión en honra de algún dios local á quien quisieran propiciar los chinacos.

—¡Dios mío! gritaban, ¿nos irán á destrozar para sacarnos el corazón y ponerlo á los pies de cualquiera de sus absurdas divinidades?

—¡No! exclamaban los demás; se trata de hacernos combatir unos con otros para quitarse la mancha que caería sobre ellos después de un fusilamiento en masa.

—¡Lo que á ellos les importan todas las manchas del mundo! Van á divertirse con nosotros haciéndonos torear toros bravos, y perdonarán de seguro al que mejor se porte en la lidia.

—¡Yo sé sacar vueltas! decía un ranchero mexicano.

—¡Yo no he visto nunca frente á mí más que vacas de ordeña! gemía un europeo.

—¡Lo mismo que yo!

—¡Y que yo!

—¡Maldita suerte!...

La plaza de toros no tenía forma de tal. Era un gran corral bardeado en que se representaban comedias, si había alguna compañía dramática trashumante que, ha-

biendo agotado los pastos de cualquier pueblo inmediato, quisiera probar fortuna en Tacámbaro; era local destinado á la maroma, cuando llegaba una cuadrilla de volatines con modestas pretensiones; era plaza de toros, palenque de gallos, lugar de exhibiciones de títeres, y hasta salón de baile, si venía á la mano.

Cuando el jefe del punto echó la llave dejándonos en poder de unos cuantos soldados puestos para cuidarnos, empecé á sentir algo como asco, como horror; después se me acentuó en el estómago un hueco, un vacío que parecía comunicarse con el de la boca y producirme grandes bostezos, y al fin conocí que tenía hambre, hambre cruel, canina, terrible, y que había imposibilidad absoluta de saciarla, á no ser con tierra y piedras, que era lo único que abundaba por allí. Registré mis bolsillos, pedí á mis compañeros, busqué cuidadosamente por el suelo, pero nada vi ni hallé nada. A poco empecé á mirar nublado, sentí náuseas y perdí el sentido...

Me despertó algo fresco que me aplicaban á los labios y que me hizo abrir los ojos con placer.

—¡Muerto! ¡Qué muerto va á estar!

—¡Muerto está! replicaba una voz con acento extranjero.

—¡Vas á ver cómo se alivia!... ¿Ves cómo abre los ojos?

—Dale más aguardiente... Ea, está salvado. ¿Me co-

noces, Van Haens?... Sí y yo, tu amigo, tu compañero, Gheude, el sargento Gheude.

Oía bien, ya lo creo que oía; pero nada, nada veía y eso me hizo horrorizarme.

—¡Dios mío! grité en español, sin acordarme del disfraz ni de Cristo que lo fundó; ¡estoy ciega!

—¡Qué ciego vas á estar, hombre! exclamó entre risas la voz femenina; ten en cuenta que ya es de noche: mira esta candela y verás cómo nada tienes de ciego... ¿Puedes ya abrir la boca? Tendrás las quijadas como palos... ¡Mire usted que á estos extranjeros les llega el hambre... No se parecen á nosotros los indios, que semos capaces de durar días sin comer... Alevántate...

Me incorporé un poco y empecé á mascar unos pedacitos de tortilla remojada en caldo de frijoles.

—¿Ya puedes? Claro que sí; si comer y rascar el trabajo es empezar...

Me levanté con algún trabajo y ya por mi propia mano pude comer lo que contenía el plato de barro que me daba la mujer.

— Así me gusta; esos son los sombrereros... Adelante... Ora un traguito de tequila... Es bueno, no es macuchi... Hasta verte, Jesús mío...

—¡Refugio! gritó una voz enojada; basta ya de chiqueos á esos gabachos. Ven aquí, que todo está frío como hielo.



—Hombre, no seas injusto; mira á este mancebito que se estaba muriendo de hambre...

THE NEW YORK
PUBLIC LIBRARY

ASTOR, LENOX
TILDEN FOUNDATIONS

—¡Oh, vaya, déjame! Soy muy dueña de hacer lo que se me antoje... Como si por ser gabachos no jueran cristianos... ¡Ah! ¡qué hombres, carambas!...

—¡Refugio!

—¡Que me dejes!

—¡Refugio!

—¡Que me dejes en paz, te digo!

—¡Voy por ti!

—Ven cuando quieras, que no me asustas.

—¿No te asusto? Vas á ver.

Llegó á poco, con el fusil en la mano y en la cara el gesto furioso, un indio que á la cuenta era el hombre de la caritativa Refugio.

—¡Te he dicho que te vengas, grandísima!...

—Hombre, no seas injusto; mira á este mancebito que se estaba muriendo de hambre... Vele la cara y le encontrarás parecido con Nuestra Señora de Zitácuaro... ¡Probecito! apenitas impieza á conocer á la gente.

—¡Probe! ¡pero si es una criatura! dijo el soldado en voz triste. ¿Y qué le has dao, vieja maldita? A poco, frijoles.

—Frijoles y un traguito de vino.

—¡Ah, qué tú tan diatiro!... Andale, amigo (por mí), cómete este pedazo de carne, que aunque saladita, está para alabar á Dios.

—¿Y tú le das tu *troncha*?

—¿Pos cuál otra había de darle?

Me rehusé á aceptar la carne, que en verdad me mareaba con su olorcillo apetitoso, pero el soldado me comprometió á cogerla.

—¿Y por qué no la coges, tarugo? ¿Porque no es cosa rica? Pos que te traigan mistenques de la mesa de don Marsimiliano.

—¡Es que hace falta para usted!

—¡Si yo tengo de sobra, caramba!

—¿De veras?

—De veritas.

Sin hacerme de rogar devoré la cecina tostada y sabrosísima, y cuando acabé ya me sentí capaz de batirme otras cuatro ó cinco horas. Una habría pasado cuando se abrió la puerta del corral y vimos entrar mucha claridad, tras la claridad muchos indios, y tras los indios á dos sujetos á quien hacían honores los numerosos coroneles y tenientes coroneles del ejército liberal. A uno de aquellos jefes alto, moreno, enjuto de rostro, barbudo, amarillento, de edad como de cuarenta y cinco años, ya le conocía: era Régules, el jefe chinaco á quien le debíamos la vida; el otro, gordo, gordo hasta parecer monstruoso, caminando con dificultad, con el aspecto risueño y la cara bonachona de quien se siente satisfecho de la parte que le ha tocado en la vida, era Arteaga, jefe de todo lo que se llamaba con cierta exageración ejército del Centro.

— ¿Cuántos son? preguntó Arteaga.

— Ciento ochenta, mi general, contestó Régules.

— Bueno sería contarles otra vez, ordenó el gordo.

Y empezó de nuevo la operación, difícil, cansada, repetida sin cesar; pero al fin perfecta tras las numerosas rectificaciones.

— Ciento ochenta, murmuró Arteaga... Bueno, quíntelos y fusílelos: el llanto sobre el difunto.

— ¡Mi general!... exclamó Régules espantado.

— Sí, hombre, ¿no ha oído usted? Fusilarles y nada más.

— Es que se han rendido con garantía de la vida.

— ¿Y quién le va á pedir á usted cuentas?

— ¡Mi conciencia, mi honor, mi gobierno! murmuró Régules, casi hermoso á causa de la indignación y del horror.

— No sea usted niño.

— ¡Señor general!...

Y se alejaron cogidos del brazo, hablando con suma agitación. Nosotros no veíamos más que el zarape rojo de Régules, iluminado por la antorcha de brea y la panza de Arteaga moviéndose á compás, como si estuviera asintiendo ó denegando á lo que el otro le proponía. A poco volvieron.

— Bueno, bueno, bien está; pero usted me responde.

— Claro que sí, señor.

— Bueno, bueno, pues usted entiéndase con eso.

— ¿Le parece, mi general, que les dé un peso por plaza?

— ¿Y su tropa?

— Mi tropa se aguarda.

— Haga lo que quiera.

Aquel peso significaba para nosotros tantas cosas agradables y necesarias y le creíamos dotado de tamaña longevidad, que nos figuramos que contando con él estábamos listos para soportar cuantas adversidades nos vinieran. A media noche nos levantaron tan pulida y donosamente como la primera vez: había que ponerse en camino y comenzar la serie de aventuras que debía recordarme por todo lo que me restara de vida mi permanencia en tierra michoacana. Un regimiento de caballería delante, otro á retaguardia, y en medio los tristes y asendereados belgas, formaban aquel cortejo singular, que desfiló por las calles de Tacámbaro entre los lamentos de las buenas señoras de la población. ¿A media noche? me diréis. ¿Acaso se encontraban despiertas á aquella hora? ¿Sabían las damas tacambarenses que ibais á ser llevados fuera del lugar?

Sí que lo sabían, pero aunque no hubieran tenido noticia especial de nuestro alejamiento, de todas maneras habrían visto lo ocurrido: se encontraban á aquella hora

ejerciendo el oficio más noble, más bello, más femenino que pueda existir: curando las heridas de los que las habían sufrido, velando á los muertos, preparando las mortajas de los que habían de ser enterrados al día siguiente. En una ventana, de donde salía esa fúnebre luz de los cirios (que conocen entre otras mil luces las gentes que han sufrido pesares, y que no confundirían con ninguna de las que anuncian el festín placentero, el hogar tranquilo ó el trabajo remunerador), en una de aquellas ventanas se detuvo el cortejo por indicación de unas señoras



que hablaron al conductor de la cuerda. A través de la reja se veía el cadáver de Lejeune, vendado, con las manos enclavijadas, el rostro tranquilo y el aspecto de quien poco ó nada sufrió al recibir la muerte.

— Trinidad, dijo al jefe de la escolta una señora que

encabezaba á un grupo de cuatro ó cinco, ¿nos va usted á permitir que les demos á estos pobrecitos belgas algo que les sirva de itacate?

— Yo nada le puedo negar á usted, Petrita; ¡es usted tan buena chinaca! contestó deferente el conductor. Aquí vienen también Antoñita Padilla y Nacha Muñiz y todas estas muchachas tan planchadas, agregó el coronel Villagómez, como se llamaba nuestro Hudson Lowe.

Las señoras aquellas nos fueron repartiendo á unos tortas de pan, á otros gallinas, pollos, trozos de carne ó lo que mejor y más exquisito hallaron. Yo fuí objeto de la predilección de todas, pues no se querían convencer de que fuera soldado quien tenía aquella cara angelical.

— Mírale, tú, mírale qué criatura, decían las señoras.

— ¡Pobrecito, pobrecito!... Déjenosle aquí, coronel.

— No puedo, no puedo; eso con Régules.

— ¿Y va á caminar este muchacho quién sabe cuántas leguas?

— Eso no es justo.

— Allá con Régules, indicó Villagómez, ordenando la marcha y despidiéndose de las señoras.

Confieso que al ver á Lejeune pálido y tranquilo, sentí envidia de su suerte y deseé encontrarme al paso á algún Chucho Gómez que acabara conmigo, aunque por el trabajo que tuviera que tomarse se llevara mis pobres prendas de ropa, como se había llevado las alhajas de Lejeune;

pero al mirar aquella solicitud, aquella bondad, aquel ángel con que las señoras de Tacámbaro realizaban las obras del cristiano, me sentí reconciliada con la vida y pedí para esas gentes sencillas, candorosas, honradas, exentas de ambición y no contaminadas con la podredumbre del mundo, todas las bendiciones del cielo y todas las prosperidades de la tierra. Todavía al recordarlas siento llenos de lágrimas los ojos y me duele de que la adversidad no me haya traído los dones mayores que existen en el mundo: la limpieza de corazón, la pureza de intenciones y la sencillez de deseos y de miras.

Echamos á andar por una vereda tortuosa, solitaria y tan obscura como la que habíamos recorrido al salir de Acuitzío. Figuraos qué sufriría en aquella noche horrible, yo que nunca había andado á pie y sin cansarme más de una vuelta del Bosque; yo á quien espantaban las rutas macadamizadas, limpias, planas y rectas de Europa; yo que tenía los pies finos y delicados como las manos.

Tropezando, cayendo, levantándome, ayudada por los compañeros, llorando (sí, llorando como un chiquillo) y pidiendo á Dios acabara con mis tristes días, anduve un trecho largo, largo como de la tierra al cielo, como de la desgracia á la dicha. De cuantas veces estuve á punto de revelar mi sexo, otras tantas me contuve, pues me imaginaba que decir tal cosa equivalía á sujetarme á las vejaciones y á los horrores más grandes. Sentía destrozados

los pies, rota la espina dorsal, doloridos los riñones y el ánimo tan abatido, tan aplanado, tan falto de fuerza, que miré como una bendición la llegada á una gran hacienda en donde nos dejaron descansar un rato: un poco de atole de maíz y un par de tortillas duras repararon nuestras fuerzas y nos consintieron seguir aquella marcha espantosa. El resto de la jornada no fué tan pesado: un paisaje lleno de belleza en que pudimos ver toda la opulencia y todo el primor de la tierra caliente; árboles gigantes poblados de toda suerte de pájaros; torrentes de agua brotando recatados de entre las peñas; cerros inmensos que parecían tocar el cielo con su frente; cielo azul y sereno que nos cubría con una capa protectora, y lejos, lejos, una alfombra de verdura que nos parecía conducir á un país encantado en que ni los dolores del cautiverio, ni las penas de la pobreza bastaran á opacar la esplendidez del panorama. Para mayor alegría nuestra el comandante Villagómez mandó un mensajero que hiciera preparar un buen golpe de tortillas y una res que nos habíamos de comer al caer de la tarde, cuando rindiéramos la jornada en San Antonio de las Huertas.

La del alba sería cuando sonó el toque de levante; el destroncamiento era mayor que el de los días anteriores, la inseguridad de llegar al término de nuestra peregrinación se hacía cada vez más grande. Llevábamos apenas unos minutos de caminar cuando empezamos á sentir un

bochorno que nos invadía impidiéndonos todo movimiento: no tardó en aparecer el sol, rubicundo, ceñudo como el ojo de un cíclope irritado que nos contemplara desde la altura resuelto á avizorar nuestros pasos.

El paisaje difería de todo en todo del que habíamos visto el día anterior; en vez de las claras fuentes, de los ríos caudalosos, de los árboles enormes y de la alfombra de verdura que se extendía como señalando el camino de un país encantado, se veía ahora, hasta donde los ojos alcanzaban á darse cuenta del terreno, una inmensa llanura árida, triste, arenosa, sin límites, en la cual el sol concentraba sus rayos como en un reflector gigantesco.

A las nueve no era posible caminar. Teníamos al frente el inmenso llano gris rojizo, cuajado de pedacitos de arena deslumbradora que cegaban como el fulgor de cien mil diamantes tallados en rosa; detrás de nosotros soplaba un viento abrasador que parecía un latigazo que nos aplicaran en las espaldas; delante, al romper las capas de aquel aire que parecía estar confinado desde muchos siglos, sentíamos como si fuéramos penetrando en la región del fuego; arriba estaba como esfera azul é invariable que semejaba un inmenso y luminoso sudario destinado á envolvernos, y en lo más alto, como un globo perdido en el espacio, el ojo incandescente del sol asestándonos sus rayos certeros, implacables, vengadores, como espiando

nuestro fin por el sacrilegio de habernos atrevido á hollar sus dominios.

Los ojos se cerraban para no mirar más la llanura monótona y desnuda, pero se sentía que el fulgor del sol no estaba fuera, sino que danzaba en el cerebro apretado de visiones horribles, de minúsculos haces de luz, de pedacitos de cuarzo brillante que parecían haberse incrustado en lo más hondo de la cabeza para perturbarla y hacerla daño.

Los pies seguían caminando, pero al sumergirse en aquella arena que parecía destinada á engañarles, porque les hacía dar dos pasos para atrás por cada uno que daban hacia adelante, acababan por sentirse entumecidos, hinchados, hechos trizas; y por más que el espíritu soliera estar pronto, la carne no obedecía y teníamos que caer fatigados y faltos de fuerzas.

Mas todo eso era nada en comparación del tormento de la sed: sentía la boca seca, la lengua como de oropel, una inmensa necesidad en la garganta y en el ánimo algo que excitaba á la lucha, á la disputa, á la riña vulgar: parecía que estaba mascando paño, y entonces me venían á la memoria las bebidas heladas, las frutas jugosas, el hielo que se deshace en la boca, las fuentes murmuradoras, los ríos que corren bajo las frondas de sabinos copudos, los baños reparadores, el vino suave que se introduce á la boca despertando todas las celdillas con que se aprecian la dulzura y el frescor...

De repente abrí los ojos: iba á la zaga de todos los prisioneros y detrás sólo marchaban tres soldados que parecían dormitar sobre sus pencos: el sol centuplicaba en las arenas, en los arneses, hasta en el rostro atezado de los indios sus rayos abrasadores...

De repente oí un grito, un grito como de niño atacado de muerte, como de animal herido, como de mueble que cruje y se destroza: era un belga que iba cerca de mí, que primero alzó los brazos y echó para atrás el pobre hatillo que llevaba al hombro, luego clavó la cabeza en el suelo y dejó los pies en el aire y al fin se fué corriendo un gran espacio haciendo corvetas, echando maromas, revolcándose en la arena, metiéndose entre los caballos, abriendo unos ojos que parecían huevos cocidos y cayendo por último presa de horribles convulsiones que le hacían saltar un buen trecho del suelo...

— ¡Tápenle, que está insolao!

— ¡Echenle aguardiente en la cara!

— ¡Dénsele á beber!

— ¡Pónganle en una sombrita!

— ¡No hay gota de sombra!

No tardó en levantarse el pobre muchacho con los ojos extraviados, hablando cosas incoherentes y sin sosegar pie ni mano: subiéronle en ancas de un caballo y parecía cuerpo muerto cuando caminaba con los pies al aire, la cabeza caída sobre los hombros, el unifor-

me hecho pedazos y el aspecto de abatimiento más espantoso.

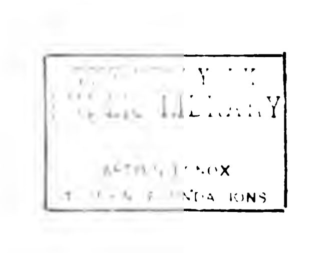
Anduvimos otro poco, pero el ruido de los pies y el de los cascos de las bestias al pisar la arena llegó á serme tan insoportable como la refracción del sol, como el calor que me agotaba y como la sed que me destruía. Empecé á mirar rojo, rojo en todas partes, rojo el arenal, rojo el sol, rojo el cielo, y á ver que se alejaban como siluetas confusas, entre vapores irisados, las cabalgaduras, los prisioneros, el horizonte polvoso que aparecía cada vez más distante... Luego perdí el conocimiento y caí al suelo sin poderme levantar. Conocí que mi fin se acercaba porque no regía bien de ninguna de las funciones: ya no veía nada, oía un rumor como de cien mil cigarras, las manos no me obedecían, y cuando trataba de tomar algo los dedos quedaban como agarrotados. .

. . . .

—¡Probecito! exclamó una voz femenina; bien dije que no podría aguantar... Chupa esto, muchacho, que es muy bueno pal cansancio... ¿A que estás mejor? Síganla y déjenmelo á mí, que yo sabré llevármele á cuestas... Cógete de mi pescuezo; daca las manos; así, eso es... A la una... ¡Upale!... ¿Cómo te sientes? Pos pícale, que vamos bien... Yo no me canso... No me hagas cariños, que nada me debes... Tienes la sangre tan liviana, que ninguna gracia hago en cargarte... ¿No te duele nada? Pos ya verás; pa



—Pero, ¿qué vas haciendo allí, Miguelín? Vaya que es curioso...



las cuatro leguas que faltan hasta el sesteo, te llevo bien como quera...

Y empezó á andar conduciéndome á horcajadas como dicen que llevó el piadoso Eneas á su padre Anquises. Un poco más tranquila, logré darme cuenta de la situación y ver á dos prisioneros, un belga y un mexicano, que cayeron de la misma manera que el primer asoleado.

—¡Demonio! advirtió Gheude tan luego como le alcanzamos; con este solecito no haya miedo de que le queden á uno sesos con vida... Pero ¿qué vas haciendo allí, Miguelín? ¡Vaya que es curioso! encaramado en la espalda de esta buena mujer... Pero ya se ha de haber cansado; déjemele un rato...

—Pero, ¿qué se está figurando, gabacho indecente, que soy de las de la media almendra? Aquí hay puños, no sólo pa llevar á este cristianito, sino pa cargar con usté con todo y barbas.

—¡Pues no tiene corta la lengua la maldita galleta!

—Galleta, pero honrada, mal que le pese.

No sé cuánto tiempo habría durado aquella polémica si yo no hubiera intervenido manifestando deseos de aliviar de mi peso á la excelente Refugio.

—A ver, niño, quién te lleve más aprisa, exclamó la soldadera limpiándose el sudor con el envés de la manga. Al cabo estos gigantes son puros furris...

Cargó conmigo el buen Gheude, y á pesar de lo apu-

rado de la situación no dejaron de reirse los asendereados compañeros:

—¡Parece San Cristóbal cargando á Jesús!

—¡Es Gulliver en el país de los gigantes!

—¡Es Pablo en busca de Virginia!

—¡Son el ogro y Pulgarcito!

—¡Adiós, la pareja!

Sólo el buen Gheude no opinaba así:

—¡Caramba, si pesas!... ¡Quién te ve tan delgadito!... ¡Y qué carne tan apretada gastas, compadre!... Cualquiera diría que eras mujer.

En eso apareció el comandante Villagómez, que se sonrió al ver el grupo:

—¿Se cansó el muchacho? ¡Pero no lo lleve cargando, hombre; no sea bárbaro!... ¡Cómo le va á alcanzar! *Horquétenle* por ahí en el caballo de algún soldado... A ver tú, Bermejo, trepa ese muchacho en tu caballo y vete al pasito... Mira, muchacho, cógete bien y no te sueltes... Aquí me queda un cachito de gallina, de la que me dieron en Tacámbaro; cómetelo, que me parece no te vendrá muy mal que digamos... Y no te acuites, que este oficio del soldado tiene sus quiebras... Vamos andando...

Serían las cinco cuando empezó á soplar un vientecillo fresco que nos levantó un poco el ánimo: el sol se sumergía en una pira inmensa que con sus resplandores matizaba todo el firmamento; la arena del sendero despedía un

vaho caliente que al mezclarse con el cefirillo que venía del norte llegaba al rostro como una caricia; el ojo tremendo é implacable que nos había estado contemplando desde la altura se tornaba benigno y compasivo; mil insectos metidos entre la arena y los hierbajos lanzaban sus chillidos acompasados y monótonos. A la luz del crepúsculo muriente divisamos una eminencia y sobre la eminencia unas tapias; y cuando comprendimos que aquel era



el término de nuestras fatigas del día, apresuraron el paso los hombres, las bestias alzaron la cabeza y todo el mundo echó á andar para subir pronto hasta aquel corral en pleno campo.

—¿Y habrá agua? preguntó el soldado que me conducía.

—¿Y habrá agua? preguntaban todos.

—Claro que sí; es un aguaje pa las bestias y un punto de parada pa los caminantes.

— Pues, pícale pa llegar de los primeros.

Y en efecto, llegamos con tal oportunidad que apenas dos ó tres de los mandones habían tomano posesión del jagüey: allí se olvidaron las diferencias de raza, las diferencias de nacionalidad, las diferencias de grado y hasta las diferencias de especie: hombres, caballos, belgas, indios, mestizos, chinacos é imperialistas bebíamos con tal priesa que no parecía sino que íbamos á agotar aquel manantial de agua tibia y nauseabunda. Más de un cuarto de hora duramos bebiendo sin interrupción y el chapotear de labios humanos y de belfos de animal se oye todavía en mi alma cuando recuerdo alguna situación grave y apretada.

— Van Haens, me dijo el viejo Gheude, que á la cuenta era católico observante, nos han dado unos cerdos para comer...

— Pues, comámosles.

— ¿Y el día?...

— ¿Cómo el día? Dirás la noche.

— Bien, la noche... ¿No lo recuerdas?

— No recuerdo nada.

— Es Viernes Santo.

— ¿Y sientes escrúpulo de devorar el animal inmundo?

— Claro está.

— ¿Y prefieres que el hambre te devore á ti?

— Es lo que dudo.

— Yo no tengo nada que temer: me comí un buen trozo de la gallina con que me obsequió el comandante de la escolta, y ahora tengo en reserva otro pedazo que me servirá para la cena.

— ¡Gallina! Menos mal, pero cerdo...

Se retiró Gheude, y á poco, cuando volvió á beber agua, me le encontré (horror me causa decirlo) con los labios todavía negros por el polvo é hinchados por el sol, en parte rojos, destilando sangre, y llenos de coágulos sangrientos los enormes bigotes y la terrible y descuidada barba.

— Gheude, le dije asustada; tú has matado á alguien y te le has comido vivo.

— Yo no le maté ni me le comí vivo, pero sí crudo.

— ¿Crudo?

— Crudo y sin sal. Figúrate que dieron tres puercos gordos para toda la tropa y para los prisioneros; pero como no hay lumbre y el hambre apretaba... hemos tenido que coger nuestros cachos de pitanza cruda, y que retirarnos á comerla como los perros, en el primer rincón que nos hallamos á la mano.

— ¿Y el día, Gheude?

Quedóse reflexionando el gigante, y al fin advirtió:

— Tienes razón... el día... pero, no creas, ofrecí al Señor este sacrificio...

Dormimos tranquilamente por la noche, y cuando

sonó el toque que nos mandaba levantarnos, cogimos las maletas en que habíamos echado nuestros pobres trapos. Villagómez no se olvidó de mí.

— Muchacho, ¿comiste tus chicharrones fríos?

— No, mi comandante, repuse cuadrándome: guardaba todavía un buen pedazo de la gallina que usted me regaló.

— Busca á tu compañero, que ya tienen orden de dejarte subir en las ancas de cualquier caballo.

— Gracias, mi comandante.

El camino parecía el reverso del que habíamos visto el día anterior: todo era árboles copudos, fuentes murmuradoras, sombra y tranquilidad. Al día siguiente llegamos á Huetamo, que era el término de nuestro viaje, y la primera providencia de la escolta chinaca fué pasearnos dos veces por la plaza principal entre la admiración y la pena de los honorables huetamenses; admiración por mirar gentes como nosotros, rubias y blancas, pena porque sabían que á la hora menos pensada, sin pedirnos parecer, podían fusilarnos uno tras otro ó á todos en masa, como si hubiéramos sido los cerdos que la previsora caridad de los notables destinó para nuestra cena del día anterior.

Una vez realizadas las operaciones preliminares de la vuelta por la plaza y la presentación al pueblo, apareció un nuevo matemático indio. Era un viejo flaco, huesoso,

trigueño, de mirada mansa y que solía ver hacia el suelo más de lo que hubiera querido por ser encorvado y mal hecho á más no poder. Como todos sus paisanos, vestía calzones anchísimos de manta de algodón y camisa con las faldas vueltas hacia fuera; en la cabeza se calaba un gran sombrero de palma con toquillas, y al cinto, desnudo y afilado, llevaba un machete suriano más difícil de levantarse que la espada de Roldán. El tal viejo se llamaba Leonardo Valdés, y era nada menos que coronel de los pintos: los belgas no le llamaban nunca más que *don Valdés*.

No os entretendré relatándoos la escena del recuento; baste deciros que don Valdés era matemático todavía peor que los que habíamos topado antes. Al fin, desesperando de conocer la cifra exacta de las gentes que se le habían confiado, se limitó á mirarnos bien, procurando guardar nuestras fisonomías en su memoria y á amenazarnos con fusilar sin remisión á los que trataran de escaparse; cosa que de seguro habría hecho con un poco más de primor que la famosa cuenta.

Nos dieron para habitación un lado entero de la plaza; había allí el consabido portal hispano-morisco que no falta en ningún lugarejo mexicano, y después que cada uno descansó á su gusto y comió cuanto tuvo á bien, empezamos nuestra existencia de prisioneros de guerra en Huetamo.

Nos daban como sueldo un real diario, que nos servía para comprar cuanto deseábamos con las *chimoleras* que vendían sus mercancías en la plaza, para hacernos con cuanta carne habíamos menester y hasta para formar pequeños fondos de reserva que nos permitían pensar en una liberación próxima. Yo no recuerdo haber visto ni los dineros que tuve ni los que esperaba tener, con placer mayor que el que miré subir la cuartilla con que había empezado mis ahorros hasta un peso ó nueve reales, que guardaba celosa y llena de cuidado en una costura de mi viejo uniforme. Por lo demás, nuestras distracciones en Huetamo se reducían á poca cosa: darle cincuenta vueltas á la plaza partiendo del último arco del portal hacia la derecha; esperar las doce para acudir con nuestra chimolera preferida y comer lo más exquisito que tuviera; dormir la siesta; recorrer otras cincuenta veces la plaza partiendo del arco de la extrema izquierda; dormir y levantarnos tarde al día siguiente. Eran grandes acontecimientos la adquisición de una olla para hacer el café, la posesión de un cuchillo con que degollar un pollo ó los convites á las casas de los notables. No debo ocultar que los convites menudeaban para mí más que para los otros, y que casi no pasaba día ni semana sin que me sentaran á su mesa (Dios las bendiga) las familias más pudientes y me obsequiaran con dulces, ropa y dinero. Merced á eso pude mudar camisa con una frecuencia que asombraba á mis com-

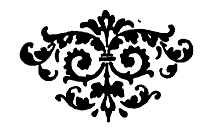
pañeros, remendar mi traje de manera de dejarle presentable y hasta ponerme guapa y rolliza como pocas veces lo había estado; nadie habría creído que hubiese sufrido tamañas penas quien ostentaba tan buenos colores y tenía una tez tan fina y reluciente.

Nada más dos distracciones teníamos en nuestro destierro: la amistad del excelente doctor Leonides Gaona, que nos mimaba y nos atendía como si hubiéramos sido sus hijos, y las borracheras del administrador de rentas, don Rafael Cosío. El día que ingurgitaba el de las verdes matas, Cosío nos amenazaba con fusilarnos á todos, con comernos vivos, con no darnos de comer en no sé cuánto tiempo. Era menester la influencia del simpático doctor para que aquella fiera nos entregara el real que solía debernos; cuando se le pasaba la *turca* nos pedía perdón y nos daba de palmaditas en los hombros.

Pero ¿qué hacían ni qué podían hacer gentes que no tenían más ocupación que recorrer de derecha á izquierda y de izquierda á derecha la plaza de Huetamo? Conspirar, conspirar para evadirse y salir á terreno libre. Y bien sabe Dios que nosotros conspirábamos sin interrupción y con afán de convencidos, aunque sin propósitos sanguinarios y truculentos como alguien habría podido creer. Don Valdés y su ojo gacho, Cosío y su tripa harta de aguardiente, nuestros guardianes tozudos y sin gra-

cia quedaban perdonados sin excepción — *Perdono á tutti*...

Mas he aquí que cuando todo estaba en sazón y había entre los proyectos pendientes y su realización sólo el espacio que separa la potencia del acto, un Judas odioso, un sargento francés que estaba á nuestro lado, denunció nuestros proyectos á don Valdés y motivó las medidas que verá quien siga leyendo.





CAPITULO VI

La evasión

—

Es, pues, el caso que don Valdés se indignó contra lo que llamaba nuestra ingratitud.

—*Sinvergüenzas,* mantenidos, nos dijo frunciendo aquellas cejas, que no por ser menos pobladas que las de Júpiter Olímpico eran menos respetables que las del padre de los dioses. ¿Pos qué querían, golleteros? Ora se friegan... ¡Van á ver qué mal les va, jijos de la mala vida!... Mañana mesmo salen pa Zirándaro y á ver si allá hacen de las suyas... A ver si pasan tan fácilmente el río de las Balsas...

Mis amigos los belgas estaban encantados con la noticia: ver un río, un verdadero río que les recordara su tierra pantanosa, sus viejos *polders,* sus ciudades gentiles hechas en complicidad con el agua, era algo que no aguardaban tan pronto. Desde la salida de Huetamo sen-

timos que nos recibía una brisa cargada de humedad que se introducía en nuestros pulmones fatigados como un aliento de vida. Luego vino la vegetación costeña, la vegetación exuberante y admirable: los bosques tupidos que no dejaban penetrar un rayo de sol; los bejucales que ora estrangulaban los troncos, ora trepaban por las ramas, ora se tendían por el suelo como serpientes insidiosas; los insectos de colores que se ofrecían á nuestros pies; los pájaros de joyante plumaje y dulcísimo canto ó de discorde y agrio chirriar que pasaban sobre nuestras cabezas; el colchón mullido de hojas secas que apagaba el rumor de nuestros pasos y parecía quejarse suavemente cuando le hollábamos; y sobre todo, el misterio, el misterio hondo y grave de aquel lugar tan bello nos sugería pensamientos de abandono, de libertad, de emancipación, de algo que nos hacía olvidar nuestra vida precaria y triste...

En un claro de la selva, cuando evocaba en lo más recatado de mi alma la memoria del Emperador, y me figuraba el placer que tendría en encontrarse allí, me sorprendió un ruido que no se asemejaba á nada conocido porque era tan potente, tan nuevo y tan majestuoso que no podía asimilarse á cosa humana. Al mismo tiempo vi subir, cubriendo de un velo de bruma los rojizos cantiles distantes, un vapor quc parecía un halo de gloria inmensa: era el río, el río enorme saludado por guacamayas y

zorzales, interceptado por barrancas y desfiladeros y recibiendo al paso la ofrenda de flores y aromas que le mandaban los árboles de las orillas al mirarse en su linfa cristalina...



Pasamos el río en las canoas que nos habían dispuesto y os juro que me vi tentada de seguir á tres ó cuatro compañeros que se lanzaron á la corriente y que ganaron la orilla en medio de todos nuestros aplausos; pero la necesidad de desnudarme para maniobrar á mis anchas me impidió probar si se habrían embotado ó no mis facul-

tades de nadadora avezada á las luchas con el agua en balnearios y estanques.

Zirándaro era punto menos que Huetamo: la vida era más amplia, más salvaje que en el pueblo de don Valdés. Casi todo el mundo andaba desnudo de medio cuerpo arriba, y apenas si las familias decentes guardaban las formas que son comunes á gentes civilizadas; pero los zirandarenses, rudos y todo, tenían más desarrollado el sentido de la belleza y el amor á la carne blanca y fina que muchos que presumen de cultos. Imposible relataros todas las muestras de compasión, de afecto, de cariñoso interés con que todo el mundo me asediaba.

—¡Pobrecito!... ¡Y tan criatura!... ¡Si no tiene pelo de barba!... ¿Cuál es tu edá, hijo?

—Yo me le llevo á mi casa.

—Y yo.

—Y yo.

Y para no desairar á nadie, tuve que ir de una casa en otra, gustosa de servir de diversión, pues aparte de obligarme á relatar todo lo que sabía acerca de los primores del antiguo continente, tenía que sufrir que las excelentes damas pintas me trajeran, me llevaran, me dieran la mano, me besaran y me hicieran toda suerte de caricias, sobre todo al asombrarse de que hablara «como nosotros», es decir, en el español-costeño que por allá se gastaba.

Pero quien se excedió en sus obsequios fué la familia de los Peinados, que me acogió con cariño inmenso. Don Tirso, el padre, era un viejo franco y leal, que gustaba grandemente de hablar de asuntos políticos, porque á su manera servía á su tierra mejor que muchos doctos y entendidos.

— Ya estoy viejo, decía, para meterme á la refolufia, y como no cuento con hijos varones, tengo que aguantarme sin entrarle á los quites y á los mates; pero ya le mandé á mi general Arteaga unos mil pesitos que le servirán más que el que yo ande por allí meneando la *garrocha*...

La señora, doña Manuelita, era una santa y bondadosa mujer que no sabía más que de sus devociones, del cuidado de su casa y de la administración de su corta hacienda.

La niña, que se llamaba Antonia, Toña ó Antoñita, era un soberbio ejemplar de la raza mestiza costeña. De estatura mediana, bien distribuída de miembros, cabello y ojos negrísimos, color moreno, manos y pies delicados y finos; no tenía en su cuerpo señal de ninguna de las tres ó cuatro clases de *jericuas* que distinguen los especialistas y que parecen un sello de aquella raza torva y tremenda.

Toña se sintió atraída por mí desde el día que llegamos los prisioneros á Zirándaro, y no desperdició opor-

tunidad de mostrarme su predilección, que yo juzgaba puramente amistosa, pero que, como se verá por la obra, revestía quilates un poco más elevados aunque igualmente limpios que los de la amistad.

—Van Haens, me decía, ¿por qué no te quedas con nosotros? Mi padre te daría tierritas para tu siembra y vivirías más contento que nunca has estado... Mira, tus amigos ya están haciendo periódicos, han aprendido á pescar y á salar los pescados, saben hacer reatas y tejer sombreros de palma: tú nada de eso has hecho ni nada necesitas... ¿Para qué has de ir á cazar iguanas en las cercas? ¿Para qué has de pasar hambres por si dan ó no dan socorro á los prisioneros y si les distribuyen ó no les distribuyen carne? Aquí te queremos, Van Haens; tú puedes quedarte con cuanto es nuestro con sólo abrir la boca. ¿Qué dices, hombre?

Pero ó mi olfato mujeril me engañaba, ó la muchacha estaba chiflándose por mí á gran prisa.

—Si la suerte, pensaba, hubiera querido hacerme no lo que en realidad soy, sino lo que parezco, ¡qué bien empleado me estaría dejarme querer, casarme con esta linda costeña, recoger lo que al fin de sus días dejen sus padres y envejecer en este rincón de paraíso, que por oculto y por hermoso debía enamorar á cualquiera que no estuviese tocado de la manía de las grandezas como yo lo estoy!... Pero no tengo más remedio que seguir mi destino, que

para hacerme ver mejor su saña inaudita suele presentarme espejismos engañadores que me cautivan un momento para dejarme á poco en poder de la realidad más espantosa...

Una noche, mientras dormía, sentí besos ardientes y palabras tiernas que correspondí, también en sueños, figurándome que procedían de mi adorado Aquiles.

— Miguel, Miguelillo, decía la voz, ¿por qué no me quieres cuando yo te quiero de amor? Soy tuya, aquí estoy para que dispongas de mí á tu antojo... ¡Quiéreme, quiéreme ó me matas, ingrato!... ¡Qué! ¿no te parezco bien? ¿Mi piel tostada no te gusta ó sientes repugnancia de quedarte en este pueblo? Vámonos de aquí; llévame á Europa, que donde quiera he de ser tuya... Quiéreme, Van Haens...

Había despertado ya y comprendí que era menester no desengañar bruscamente á la muchacha, sino darle el golpe poco á poco: mi seguridad me exigía no revelar un secreto que podía comprometerme grandemente, y aun quizá entrara en las leyes de humanidad no dar un golpe brusco á la enamorada doncella.

— Yo también te quiero, Antoñita; pero me impide casarme contigo un obstáculo... vamos, un obstáculo muy fuerte; no soy católico y quizá... tu familia, tú misma no me aceptaran...

— Te bautizas, hijo, te bautizas; y si no podemos ca-

sarnos por mi religión nos casaremos por la tuya... Me haré *protestanta* y viviré á tu lado tan dichosa como vivo ahora.

La conversación siguió en el mismo tono; yo aglomerando obstáculos, ella deshaciéndolos con el imperio de su amor, primitivo, sincero y hondísimo...

Eso fueron nuestras conversaciones en lo sucesivo: luchas desiguales en que no era posible nunca igualar las armas: yo manejaba el florete escurridizo y sutil que me proporcionaba mi mundología y mi conocimiento de la situación; ella esgrimía el hacha afilada y truculenta de su amor sin límites, de su amor á prueba de desaires y mortificaciones.

—¡Y dices que me quieres, Van Haens! exclamaba: ¿cómo me quieres y me desprecias así? Bien sabes que mis padres te estiman, que eres las niñas de sus ojos, y que basta que ellos le digan á Arteaga media palabra para que quedes libre... ¿Por qué no te resuelves?

—Me parece, objetaba, una deslealtad abandonar á mis compañeros... ¿Qué dirían si, en vez de seguir su suerte, me escapara de ella quedándome aquí casado con mujer bonita?

—Pero si tú eres dueño de tu persona... esos escrúpulos nos pierden, Miguel... ¡Piensa que me matas con tus cosas!

Me acorralaba de tal manera la criatura, que me deci-



—Soy casado, le dije una noche; no quería confesártelo...

Y'R K
LIBRARY
A ... L NOX
T ... UNDA ... NS

dí á emplear mi tiempo nada más que en buscar objeciones para no hacer su gusto.

—Soy casado, le dije una noche; no quería confesártelo, pero tengo por allá, en Bélgica, mujer é hijos.

Conocí que con esa objeción sí la había herido de muerte, porque se echó á llorar desconsolada.

—No eres casado ni cosa que lo valga, sino que me engañas para que no te moleste diciéndote que te quiero... Te voy á dejar; no te volveré á decir una palabra, ni te volveré á molestar... Adiós.

Pero á la noche siguiente ya llevaba la solución de la dificultad.

—No hay tal casamiento, pero si lo hubiera no se valdría entre nosotros los cristianos.

Procuré demostrarle que tan cristianos eran los católicos como los protestantes, cuando me respondió como inspirada:

—¿Tienes mujer? ¿Tienes hijos? Lo creo porque me lo dices tú, que por farsante que seas no puedes dejar de ser lo que has sido siempre: la persona que habla más verdad en el mundo; pero no me importa; quiero ser tuya de cualquier modo, he de serlo aunque sea tu querida, la criada de tu mujer y de tus hijos... ¿Ni así me quieres?

Me tenía suspensa la abnegación de la muchacha y respondí lo que pude á su pregunta; mas conocí que la situación no podía prolongarse ni un día, ni un momento

más. La pobre niña andaba triste y descolorida; su quebranto era tan grande que cualquiera que no hubiera sido miope se lo hubiera conocido, y sus padres, que tenían juntamente con la penetración natural en las gentes que quieren, la gramática parda de los costeños, estaban ya sobre aviso y como quien dice, con la barba sobre el hombro.

Una noche en que Toña ocurrió á mi aposento tratando de fundir con sus lágrimas y con sus besos el que ella creía hielo de mi esquivez, oímos un ruido extraño y vimos aparecer al viejo don Tirso. Llevaba en una mano un enorme chafarote de pura manufactura india, y en la otra una vela de sebo que chorreaba á más no poder; tenía cubierta la cabeza con un paliacate y los ojos le reverberaban con una luz extraña y misteriosa.

—¡Vete á tu cuarto, bribona!... Cuando uno te cree durmiendo como una marmota, estás con los hombres diciéndoles cositas de miel... ¡Largo, indecente!

Salió escurrida la muchacha; don Tirso dejó en la mesa el velón, se acomodó las calzoneras de tapa-balazo, se colocó entre las piernas el chafarote y empezó así:

—¡Qué bien te portas, Van Haens; eres un canalla de lo que no hay!... Te admiten en una casa y lo primero que haces es deshonrarla...

Permanecí callada y el viejo continuó:

—¡Quién había de creer que con tu carilla bonita y

con tu aspecto de doime á Dios fueras á hacer tamaña picardía!... Pareces de almendra y nuez, y eres de aserrín y cola, caracho...

Seguí en silencio, y el viejo ya se fué al bulto:

— Y ora ¿qué piensas hacer? Me figuro que no tomarás á mi hija por una relinga... Te casarás con ella...

— No puedo, articulé de un modo apenas perceptible.

— ¿Que no puedes? ¿Y quién eres tú pa deshonrarte si te casas con mi hija? ¿No sabes que no la hay mejor ni más honrada en todo el mundo? ¿Qué defecto le pones? ¿Qué tienes que decir de ella?... Mira, aunque me pareces un buen muchaho, es bueno que te pongas en la razón y no me piques la cresta... Sábete que en queriendo, soy terrible... ¿Ves este *guango?* (y me señaló el machete que tenía en la mano). Pos debe, debe sus muertecitas... ¿Qué trabajo me costaría darte un buen trancazo y echarte luego al río? Los caimanes darían cuenta de ti en menos que te lo digo... Conque, resuélvete, porque mañana mismo, amaneciendo Dios, te casas con la muchacha ó ves pa qué naciste... Beberemos el *charape* de la boda.

Las amenazas del viejo me asustaban grandemente, pero todavía tuve fuerzas para oponerle mis objeciones: que era casado, que era hereje, que no quería abandonar á mis compañeros...

— Yo no sé nada; tú te casas y después miras lo que haces; te darás tus mañas pa descasarte, pero estando

cubierto el honor de la muchacha quedas en libertá de largarte al siguiente día.

— No es posible, don Tirso... Cuando le digo que no es posible...

— ¿Qué es eso de no es posible? Tú me estás haciendo de chivo los tamales y te pegas chasco... ¡Pos no más esa faltaba; que un muchacho como tú se burlara de mí en mis propias barbas!... Te casas y te retecasas.

— No me caso, señor don Tirso, dije armada de resolución.

Y como si yo estaba armada de resolución, él estaba armado de machete, cerré los ojos esperando recibir un golpe que me rebanara la cabeza. En vez de eso oí la voz del viejo suavizada y llena de calma.

— No seas tonto, Van Haens, me dijo; mira que no te quiero hacer daño ni maltratarte un pelo de la cabeza... Si has de ser mi hijo, ¿podría hacerte daño? Mira que Toña es la muchacha más guapa de la jurisdicción; mira que es dueña de cuarenta ó cincuenta mil pesitos, que te puedo entregar á la hora de tu matrimonio... ¿No te gusta el pueblo? Te vas á onde queras y no te vuelves á acordar de la vieja y de mí... ¿Por qué nos quieres hacer desgraciados? ¿Tan mal te hemos tratado para que así nos deshonres?... ¿Qué dices?

— Que no es posible.

— ¡No es posible! Lo que no es posible es que nos dejes

en esta triste situación, sin hija y sin honra... ¡Nos matas, Van Haens; nos matas á la mala!...

Y la voz del viejo temblaba empapada en lágrimas.

— No puedo.

— ¿Y por qué no puedes, vamos á ver?



— Porque... no puedo.

— ¿Y pudiste burlarte de la honra de mi hija?

— Toña es perfectamente honrada.

— ¡Honrada! ¿Y me vas á sostener que es honrada una mujer que pasa las noches en el cuarto de un hombre?

— Yo no soy hombre, don Tirso, gemí con voz ahoga-

da, resuelta á revelar mi secreto más bien que dejar á aquellas buenas gentes en una incertidumbre ó en una vergüenza tan espantosa.

—¿Qué dices? gritó el viejo lleno de admiración, pero desconfiado en el fondo.

—Que soy mujer...

—¿Mujer?

—Como Antonia...

—Me has dejado frío... Pero no, esas son alilayas tuyas por escaparte de mis manos. Eso es como lo de que eres hereje ó eres casado... Te casas y te recasas.

Conté brevemente mi historia al viejo, que se santiguó dos ó tres veces durante mi discurso, y luego, tras de reflexionar un rato, me dijo:

—No sé ni qué pensar de ti, malajo... ¿Conque no eres hombre, ni belga, ni hereje, ni casado, ni subteniente, ni nada? ¿Conque eres mexicana y mujer y dama de la Emperatriz y no sé qué más? ¡Vas á acabar por volverme loco, muchacho ó muchacha ó lo que demonios seas!... Si mientes, eres el farsante mayor que he conocido; si dices verdad, eres la calamidá más grande de este siglo... ¿Y qué piensas hacer? A ver, dime.

—Marcharme de la casa de usted.

—Y también del pueblo y del distrito y del Estado.

—No puedo.

—¿Por qué no puedes, cordones?

— Porque estoy preso.

— Yo consigo manera de que te marches.

— Siendo así...

— Alista tus cosas y te vas mañana.

— Necesito un compañero.

— Búscale; ya ves que no hay gran vigilancia con los prisioneros, y que como no hay manera de darles socorro, los mandones se hacen de la vista gorda y les dejan escapar... Mañana les esperará un mozo á la orilla del río; tendrá dos caballos prevenidos y les dejará ir libres... ¿Te conviene?

— Pierda usted cuidado.

— Por lo pronto te vas de esta casa; no quiero, si eres hombre, que suceda lo que no ha sucedido; y si eres mujer, que te veas obligada á decir la verdá... Toca fagina... Esto, ya lo sabes, queda entre tú y yo... Pico de cera.

— Claro está.

Apenas amaneció fuí á ver á Gheude, que descansaba en el portal en que dormían los demás prisioneros. ¡Pobre Gheude! El uniforme se le caía á pedazos, la barba le había crecido bravía y desordenadamente; estaba flaco, triste, sin bríos y sin fuerzas. Como el resto de los compañeros, se había dedicado á la poco productiva tarea de mendigar el pan de puerta en puerta y de ranchería en ranchería; mas ya se notaba que la miseria y

la tristeza empezaban á labrar en su ánimo más de la cuenta.

—¿Escaparnos? Claro que sí; lo deseo. ¿Pero cómo?

—Yo sé mi cuento.

—¿Y don Nicanor?

Nicanor Gómez se llamaba el mandón de Zirándaro.

—No te aflijas por él.

—En fin, dijo reflexionando; ¿qué nos puede suceder peor que lo que estamos pasando aquí? A ti no te va tan mal; estás lindo como un sol; pero los que no somos guapos ni podemos atraernos la buena voluntad de las beldades pintas, estamos más arruinados que nadie... Me voy contigo.

—Entonces, ¿trato hecho?

—Trato hecho.

A las ocho en punto nos aguardaban ya un mozo y dos caballos que aquél tenía cogidos del diestro. Montamos Gheude y yo, y á poco estábamos listos para marcharnos.

—En las cantinas hay *totopo* y bastimento, nos dijo el pinto que conducía las bestias. Aquí están dos pistolas.

Y me entregó dos monumentales de las llamadas de arzón y que probablemente habían sido olvidadas por Morelos en alguno de sus viajes.

Subimos en las bestias, nos metimos en el río, que á esa hora estaba luminoso y lleno de misterio por el reflejo

de las estrellas y por la fosforescencia de los millares de luciérnagas que le poblaban. Soltamos la rienda á los caballos, y al salir del vado y saltar á tierra, me sentí presa de extraña opresión.

—Me marcho de esta tierra en que tanto he sufrido; pero en que me he encontrado tantas gentes buenas y honradas... No sé quién ha dicho que el alma se vuelve más grande en la adversidad, como la pupila se agranda en lo obscuro: así ha sido la mía: el ejemplo de virtudes sencillamente practicadas, el perfume de las flores silvestres que brotan en lo más repuesto del bosque humano, me alegra y me deleita y me sirve de enseñanza... Quizás al volver á la lucha mundana, no olvide que se puede ser dichoso y grande y sabio siendo obscuro y viviendo tristemente.

Al internarme en la selva salvaje que abría el camino, estaba segura de encaminarme á la libertad, á la vida y á la grandeza, que habían sido siempre el imán de mi alma. A través de los árboles seguí mirando las lucecillas del menguado pueblo costeño; me las ocultó una depresión del terreno y á poco reaparecieron en el término distante como estrellitas de décima magnitud, que se confundían con las innumerables que matizaban la inmensa tela azul del cielo tropical...

Imposible referiros nuestras aventuras durante los días que precedieron á la liberación: hubo de todo; una

caída de Gheude que me puso en gran cuidado, dos ó tres hambres caninas, varias pérdidas en los bosques, muchas persecuciones por tropas que ignoro si eran chinacas ó imperialistas y una apoteosis en un pueblo indio en que nos tomaron por descendientes de Dios en persona; pero lo que no faltaba en ninguna parte era la admiración que provocaba mi presencia: nunca se había visto en aquellos lugares un ejemplar humano tan escogido como el de la pobre y asendereada Josefina Ubiarco, víctima entonces de los azares de la fortuna. En todas partes nos acogían con cariño, en todas partes me cortejaban y se dolían de que caminara en compañía de un caballero tan sañudo y respetable como Gheude, y en todas partes me hacían ofertas para plantar mi tienda y quedarme de asiento á gozar de las delicias de la tierra.

En un lugar cuyo nombre no recuerdo, nos aposentó un viejo zapatero que tenía mujer joven y bonita, la que á poco me dió á entender la gana que la llenaba de emprender conversación á solas conmigo. Esquivé como pude sus obsequios, mas á media noche oí tocar lenta y suavemente la puerta.

— Es mi enamorada, pensé.

Cesaron los golpes, y creyendo que se había retirado la mal ferida, empecé á conciliar el sueño. A poco se oyó una serie de toques furiosos y no tardó en despertar el mismo Gheude, que gastaba el sueño más pesado

y los ronquidos más sonoros que yo había visto y oído.

—¡Levántense, ándenle, levántense!... ¡Ahí vienen los colorados!... ¡Levántense oritita!...

No había acabado de decirlo cuando los dos estábamos en pie. De un salto nos pusimos en el corral y ensillamos los caballos; pero en aquella ocasión sí que pudo decirse que no contaba con la huéspeda: la mujer se metió al machero en que estaban las bestias, y echándome los brazos al cuello me dijo con el aliento jadeante y los ojos ardiendo:

—Tú te quedas conmigo; que se vaya el barbonzote...

—Ya lo creo que me quedaré; pero déjame primero montar á caballo para esconderme en el monte: volveré luego que se vayan los chinacos.

—Yo te escondo

—No puedo quedarme.

—Sí puedes, porque ya no tienes caballo.

—¿Dónde está?

—A saber; él no está aquí: le solté, le dí media docena de cuartazos y cogió pal monte.

—Pues ocúltame.

—Ven conmigo.

Y me conducía para la recámara matrimonial, cuando se oyeron tropel de caballos, sonar de sables, gritos y juramentos.

—¿Onde están?

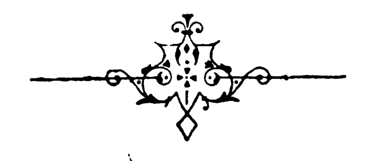
— ¡Ríndanse, jijos de la tiznada!

— Yo mantuve un pirulito.

— Con toa l'agua en el pie.

Era una cuadrilla de chinacos que pertenecía á la gente mandada por León Ugalde. Nos golpearon, nos dijeron injurias, nos amenazaron con matarnos y acabaron por subirnos en los más tristes y destrozados jamelgos que hallaron á mano.

Media hora después estábamos en Uruapan y quedábamos á disposición del general Arteaga.





CAPITULO VII

Uruapan

LUEGO que Gheude tuvo licencia para partirse, se despidió de mí con lágrimas en los ojos. Confieso que yo también las vertí al dejar la compañía de aquel gigante bueno como el buen pan y cariñoso más que un perro de lanas...

Pero no adelantemos las cosas y refiramos todo como mandan las reglas, despacio y por sus puntos.

Es, pues, el caso, que al llegar á Uruapan nos pusieron en el vetusto y destartalado edificio de la Prefectura, anunciándonos que no tardaría en llegar el personaje que determinaría lo tocante á nuestra suerte final. El sargento no hablaba palabra: eran ya demasiadas emociones para tan poco tiempo; los carceleros nos miraban ceñudos; la luz que penetraba por la claraboya del cuarto nos infundía terror.

—¿Qué dices, Van Haens?

— Que vamos á estacar la zalea; nos hemos metido en la cueva del ogro.

Palideció Gheude, y reclinándose en la mugrosa banca de madera trató de conciliar el sueño; yo permanecí despierta, y tan sobresaltada, que casi no tenía fuerzas para moverme.

A las ocho en punto oí una voz melosa que decía:

— No tiene su mercé más novedad que la aprehensión de dos desertores belgas.

— ¿Belgas? preguntó una voz que me pareció conocer, pero que no recordaba á quien pertenecía.

— Sí, señor, desertores belgas.

— ¿De su campo?

— ¡Ah! no, señor; prófugos de Zirándaro.

— Vamos á ver.

Yo me había tapado la cabeza con mi capote, pero Gheude ostentaba la enorme y peluda testa, y sólo estaba cubierto de medio cuerpo abajo, con un zarape rojo, que parecía una ola de sangre.

— Este es un mancebito, dijo señalándome la voz melosa del alcaide.

— Y este es Holofernes, dijo riendo el personaje á quien daban cuenta del caso.

— Destápate la cabeza, tú, me ordenó el alcaide.

Me descubrí violentamente... ¿Y qué vieron mis ojos? Al propio don Germán Caballero de los Olivos, un poco

más gordo, un poco más viejo, un poco más descuidado de traje, pero en la misma figura que gastaba en México cuando hablaba pestes de los nobles y de la nobleza.

—Pasen, ordenó don Germán, abriendo con llave una puertecita que seguramente comunicaba con su despacho. Entra primero tú, muchacho, me ordenó. —Y haciendo una seña al carcelero le dijo precavido: —Es menester interrogarles separadamente para que no se pongan de acuerdo.



Entramos al cuarto, don Germán encendió un fósforo, sacó un puro de quijada, lo tanteó, lo olió, lo acercó á la lumbre, y haciendo subir y bajar la flama de la cerilla, sacando, limpiando y poniéndose los anteojos, desdoblando un pañuelo de olancillo, y sonándose con él, empezó á interrogarme así:

—¿Hablas español?

—Sí, señor don Germán.

—¿De dónde eres? me preguntó asombrado de que supiera su nombre.

— De la ciudad de México.

— ¿De México?

— Sí, señor.

— ¿Pues no eres belga?

— Paso por tal, pero no lo soy.

— Traidor, entonces... Muy bien; ¿conque tú has sido de los bribones que...

— No, señor.

— ¿Cómo no?

— No, yo no soy de esos que usted dice.

— Hola, ¿conque lo niegas? Tan mal te fué entre ellos?

— Muy mal, señor.

— Me alegro que lo confieses.

— Tan mal que echo de menos el tiempo en que conocí á usted, cuando creí que era *el rigor de las desdichas.*

— ¿Tú me conoces? dijo don Germán abriendo los ojos de par en par.

— Mucho, señor.

— ¿Y en dónde me has visto?

— En México, en el siete de Vergara.

— En efecto, allí viví muchos años, refunfuñó el viejo mirándome con positiva extrañeza.

— Aun somos algo parientes.

— ¿Parientes?

— Un poco... parientes por afinidad.

— Vamos, ya caigo; tú serás de esa familia de ricachones que se apellida también Caballero de los Olivos.

— Algo pariente soy de usted, pero no es de por ese lado por donde nos viene el parentesco.

— ¿Pues por dónde?

— Una hija mía... está casada... con un hijo de usted.

— ¿Qué dices? ¡Tú te estás burlando de mí!... ¡Mi nuera no tiene padre!

— Pero tiene madre, señor don Germán... y esa madre es Josefina Fernández de Ubiarco y Alvarez de Bracamonte, viuda de Jecker... Y esa Josefina soy yo...

— ¡Dios mío! ¿peró tratas tú de burlarte de mí, ó yo estoy loco?... Ponte... Sírvase usted, señora, colocarse en dirección de esta ventana... La veré despacio, pero ni así creeré en lo que me cuenta... Es para perder el juicio... ¡Usted en Michoacán, usted disfrazada de hombre, usted prisionera de los republicanos, usted sujeta á mi jurisdicción!... Esto parece comedia de Lope ó de Tirso y no cosa que acontezca en pleno año de 1865... ¡Bendito sea Dios y benditos sean sus altos designios!... Y no cabe duda; si usted no es Josefina, es el diablo en su figura... Portentosa anagnórisis, que diría el arcediano Moreno y Jove.

— ¿Y Génie?

— Tan buena y tan guapa... Ahora me explico que hayan llegado tantas cartas dirigidas á usted.

— ¿Cartas de dónde? pregunté sobresaltada.

— De México, de Europa, ¡qué sé yo!

— Quiero verlas.

— Antes verá usted á su hija.

— Claro que la veré... pero... necesito esas cartas.

— Voy á avisarle á la muchacha.

— Sí, hágalo usted luego.

— Voy de un vuelo.

— Y no se le olvide decirle que traiga á los niños... y las cartas.

— ¿Niños? No hay más que uno... Pero haré una cosa: le mando á usted á la niña y me marcho á hacerle saber á Arteaga lo que pasa... ¡Es tan extraño su caso!...

— Haga usted lo que quiera.

Salió don Germán, y no tardaron en llegar Génie y doña Lorenza. Intentaría en vano pintar aquella entrevista inolvidable, en que ni mi hija ni yo sabíamos decir palabra, y en que todo lo suplieron las lágrimas, los sollozos y los besos. La niña estaba tan impresionada que fué necesario darla á oler no sé qué perfume; yo me sentía revivir, viendo que aquel encuentro aseguraba el término de mis daños, y la buena doña Lorenza, que tenía desarrollado en altísima tensión el don de lágrimas, las derramaba con tal profusión, que no parecía sino que habían abierto la compuerta de una esclusa que guardara las aguas de tres años de lluvias. Me olvidaba decir que Miguelín, el chiquillo de Eugenia, llenaba también la es-

tancia con sus gritos, pues se figuraba al ver llorar á tantas gentes que él no podía estar en silencio sin faltar al decoro. Durante un buen rato fué todo:

— ¡Mamacita de mi alma!

— ¡Hija de mi corazón!



— ¿Me perdonas?

— ¡Todo te lo había perdonado!

— ¡Cuánto habrás sufrido!

— ¡Mucho, vida mía! ¡Y todo por venir á buscarte!

— ¿A mí?...

— ¡A ti!...

— ¡Pero no será para llevarme lejos de aquí!...

— ¿Y esas cartas?...

— Están en casa.

— Pues manda traerlas.

— Más tarde será, mamacita; lo que importa es que te vistas como corresponde.

— ¡Ah! sí, tienes razón.

— Aquí tienes trajes míos; no sé cuál te vendrá ni si te parecerán propios para ti que estás acostumbrada...

— ¡Génie, por Dios!

— Este vestidillo negro...

— Está espléndido.

— Este tápalo...

— Muy bien está.

— Mi mantilla.

— No la he menester.

— Estos zapatos están sin estrenar... Pero soy tan *patona* y tú tienes unos pies tan lindos...

— Deja, tonta... Linda toda, tú.

Entonces paré la atención en Génie. Era mi retrato, pero mejorado en tercio y quinto. Más alta, mejor formada, con el pelo más rubio que el mío, y con un aspecto de bondad, de candidez, de inocencia, de ignorancia del mal, que yo no tuve ni en mis años infantiles, seducía é inspiraba respeto. Parecía una imagen de santa vencedora y pura, que atravesara la palestra del mundo sin sa-

ber que existían el mal ni los malvados. Y como no sabía ó no quería saber que fuera hermosa, la gracia le desbordaba amplia y gentil por los ojos azules llenos de candor, por la frente pura y nítida, por el cuello robusto y blanquísimo, por la boca formada sólo para decir palabras de sinceridad, de unción y de paz, y por todo el cuerpo recto, grácil y odorífico como una vara de nardos.

— Estás encantadora, la dije.

— Cuantos te conocen dicen que no soy ni tu sombra, que no tengo tu gracia, tu estilo, tu atractivo... y yo estoy muy contenta de eso.

— Los que tal dicen no saben lo que se pescan.

— Nada has cambiado; no pasa día por ti.

— ¡Aduladora!... ¿Y tu marido?

— Anda ahora por Oaxaca, por Sinaloa, ¡qué sé yo!...

— ¡Y lo dices tan tranquila!

— ¡Qué quieres que haga! Es su obligación.

— ¿Cuándo vino de Europa?

— ¡Hace más de un año que está aquí!

En un periquete me vestí; pero mi hija no cesaba de admirarme con mi disfraz de ópera cómica.

— ¡Qué ganas de que hubiera aquí quien te retratara!

— Prefiero que no haya para lograr olvidarme de este período tremendo de mi vida.

— Ya me contarás todo.

— Tan despacio como quieras.

Cuando Gheude me vió salir del cuarto vestida de negro, metamorfoseada de soldado en señora, abrió tamaños ojos y no sabía cómo asombrarse. Su única palabra fué:

— ¡Que no lo hubiera sabido!...

Y luego, reflexionando, añadió:

— ¡Con razón decíamos todos que tenía cara y maneras de mujer, y con razón tenía tal miedo de disparar la carabina!... ¡Lo que permite Dios!

Por más que se pretendió tenerlo callado, no tardó el vecindario de Uruapan (¿cómo podía permanecer oculta cosa de tanta importancia en un pueblo de tan corto vecindario?) en enterarse de pe á pa de toda mi lamentable historia, y casi no hubo señora ó familia que en algo se respetaran, que no acudieran solícitas á preguntarme qué había sentido el once de Abril, si me habían tratado bien los pintos, la hora en que solía levantarse Napoleón III, si eran largas ó cortas las narices de la Emperatriz y si el Emperador era tan gentil y bien plantado como referían los díceres. Yo respondía á todo, no sin mezclar, cuando la inquisición se profundizaba demasiado, grandes bolas que desorientaran á las y á los curiosos.

Tantos eran éstos, que con gran mortificación de

Eugenia me vi obligada á cerrarles las puertas, pues las nuevas de México eran dignas de llamar toda mi atención. Había recibido cartas de Juan Bautista noticiándome las faces del arreglo que había pactado con el gobierno del Emperador; pero el vizconde Lapierre no me escribía ni tenía noticias suyas que me confirmaran lo que mi cuñado me aseguraba.

La última carta del banquero era breve y terminante: Decía así:

«Mi siempre querida hermana Josefina: Aunque no nos has escrito desde hace tanto tiempo, me figuro que estarás buena y que tu silencio no obedecerá á enfermedad ó disgusto, sino á las dificultades que para comunicarse con el departamento de Michoacán existen desde hace tanto tiempo. Como no respondías á mis cartas, determiné averiguar el paradero del Lic. Olivos, y á él me dirijo para avisarte las nuevas, que no podían ser mejores, de nuestro negocio.

»Has de saber, pues, en primer lugar, que conseguimos se prescindiera, como requisito indispensable, de tu firma y de la de Eugenia: como tú no habías entrado ostensiblemente á formar parte de la compañía, el juez estimó que era obligación moral mía la de devolverte el dinero y sus réditos; pero que no había para qué constaran esos particulares en el contrato.

»Como tú comprendes, el negocio se simplifica me-

diante este arreglo, pues no necesitándose tu firma ni la de Génie, mucho menos se ha menester la de su marido. No te molestes, pues, en intentar pedírsela.

»Yendo á lo que más te debe interesar, te participo que ayer, 25 de Agosto de 1865, ante el notario Pérez de Lara, se otorgó escritura en que el Gobierno reduce los veintiséis millones de francos, que había reconocido primeramente, á 22.660,000, pues me vi obligado á dispensar 3.500,000.

»La suma total quedará recibida hasta el quince de Febrero del año entrante; por ahora recibí letras sobre París, y á tu representante el señor Lapierre le entregué en libranzas sobre dicha plaza 660,000 francos, que él probablemente descontará aquí, pues me dicen que las ofreció por cien mil pesos en diferentes casas. Como el plazo se cumple antes de dos meses, hay dinero para pagar los libramientos y no sé que tengas urgencia inmediata de fondos; me pareció extraña la diligencia del señor Lapierre; pero me abstuve de hacerle cualquiera observación figurándome que obedecía á instrucciones tuyas.

»Ya se entiende que esta suma que recibes es á cuenta de lo que te toca, hecha la liquidación de lo que introdujiste, de lo que tu capital aumentó por el arreglo (desgraciadamente no tan beneficioso como teníamos derecho á esperar) y de lo que hay que deducir por comisiones, regalos y gastos. Ya te lo explicaré todo, y mejor te lo ex-

plicará tu apoderado, á quien pasé una cuenta minuciosa y correcta de cuanto te concernía. Sólo te digo, por ahora, que hubo que hacer grandes inversiones y que poco nos quedará: el último á quien hubo que untar la mano fué el ministro de Hacienda Francisco César, que se llevó más de un millón en el arreglo.

»Como es claro, yo no estoy tan satisfecho como debiera, dado que lo que recibimos es notoriamente menos de lo que legítimamente nos debían; pero es preciso hacer á mal tiempo buena cara, ya que los franceses se portaron tan mal como los mexicanos después de la muerte de nuestro gran amigo Morny.

»Adiós, Josefina. Mucho las quiere á ti y á Génie,

JUAN BAUTISTA.»

«P.ᵉS. Acaban de decirme que el señor Lapierre descontó por fin tus letras y que saldrá en el próximo paquete. Siento no ser compañero de persona tan agradable, pues mis ocupaciones me retienen aquí y probablemente no lograré marcharme hasta el mes de Septiembre.

JECKER.»

Me quedé suspensa y afligida. ¿Qué significaba aquella puñalada de pícaro? ¿Por qué no me habían aguardado para ver de intentar cualquier arreglo? ¿Me habrían engañado Eloin, Jecker y el mismo Maximiliano? ¿Y por qué

había descontado Aquiles las letras que había recibido? ¿Y qué iba á hacer á Europa?

Tras mucho pensarlo, me decidí á creer que para desorientar á los ladrones, á los pedigüeños y á los sablistas, Aquiles había propalado lo del viaje á Europa, pero que muy pronto vendría á reunirse conmigo. Sin embargo, ¿por qué había obtenido el dinero con pérdida? ¿por qué no me escribía? ¿por qué no averiguaba nada de mi paradero?

La carta de Jecker era de los fines de Agosto y estábamos á primeros de Octubre: tiempo era ya de tener noticia de Aquiles y de saber cuanto le concernía. Si pensaba tomar el paquete del treinta, apenas le alcanzaba el tiempo para ir á Veracruz y era lógico creer que, caso de marcharse para ultramar, me dejara papel ó mensajero que me explicaran un enigma que yo no podía resolver con los exiguos datos que me suministraba la carta de Juan Bautista.

Sin embargo, tras mucho cavilar, me dí á creer que habiendo salido mi novio para Michoacán, le habían cogido los ladrones en el camino, ó que él no se había resuelto á meterse en la boca del lobo sin tomar las precauciones del caso. Probablemente el día menos pensado aparecería acompañado de una escolta competente, dispuesto á rescatarme y á llevarme consigo para que disfrutáramos de nuestro dinero casados en paz y en gracia de Dios...

— Así, así debe de ser, me decía; Aquiles no puede haberse conformado como Juan Bautista, con que yo desapareciera como si hubiera sido una aguja en un pajar. Seguramente que cuando no tuvo noticias mías empezó por investigar cuidadosamente lo que hubiera pasado con la diligencia que me condujo; luego debe de haber procurado saber si del Moral había recibido las cartas que le estaban destinadas; después ha de haber tomado lenguas con los oficiales franceses, y rastreando, rastreando, conseguiría saber dónde y cómo vivía.

Claro que semejante inquisición no era cosa fácil; el hecho de que me hubieran llevado consigo los bandidos de Lanuza, el de haber emprendido aquella larga campaña en traje de hombre y el de haber quedado arrumbada en el último y más insignificante de los pueblos de tierra caliente, eran motivos más que sobrados para que ni el sabueso más diestro diera conmigo. Lógico era, pues, el pensar que habiendo emprendido Aquiles sus investigaciones con toda calma, las continuara sin descanso; y que estando resuelto á buscarme por cielo y tierra hubiera esparcido la falsa nueva de su viaje á Europa, á fin de encontrar pretexto para desaparecer sin que nadie le preguntara el motivo y de poder reducir á dinero las libranzas que Jecker le había entregado.

Luego aquello que á mi cuñado se le figuraba extraño y anormal podía tener explicación sencillísima, si acaso

Lapierre había averiguado (y averiguarlo era para él cosa de coser y cantar) que no hubiera tal seguridad de obtener los pagos y que conviniera descontar las libranzas aunque fuera perdiendo veinte ó treinta mil pesos en la operación. Pero como quiera que fuera, Aquiles no intentaría sino lo mejor y no tardaría en verle llegar á Uruapan lleno de amor, de dinero y de ansia de casarse.

También yo la tenía, y contando con la seguridad absoluta de que mi novio iba á llegar, dije á Génie algo que podía servir como prólogo indispensable del notición que le había de comunicar después. Mi hija no lo recibió tan mal como me imaginaba, y apenas se limitó á preguntarme generalidades, como si ya lo había pensado bastante, si había consultado la elección y algunas otras cosas que parecen de cajón. La satisfice completamente acerca de ese y otros particulares, y después de escribir á Aquiles (no á otras personas que necesitaban explicaciones mayores de mi conducta y de mis andanzas), hice los arreglos para marcharme á México.

Pero entretanto no me faltaban motivos de distracción en Uruapan. Allí me encontré á mi guardián en el camino de Tacámbaro á Huetamo, al simpático Trinidad Villagómez, tan bondadoso, tan amable y tan comunicativo como siempre.

—Por Dios que la admiro á usted, señora, me dijo: ¿cómo había de figurarme que era una mujer quien de-

mostraba tamaños arrestos, poniéndose á combatir con los chinacos, caminando á pie y exponiéndose á ser víctima de mil vejaciones tan pronto como se descubriera su sexo?

Cuando le referí cómo me había escapado del pueblo, el amor de Toña Peinado y todo cuanto el lector discreto conoce por menudo, Villagómez se rió á más no poder.

— Conozco á la muchacha, me contó suspirando; es guapa y siento que no se hubiera mostrado conmigo, que la cortejé por la buena fin, tan amable como con usted, que nada hizo para conquistarla. Tengo ese defectillo, señora; me gusta el otro sexo, aunque como dice el director del Teatro Imperial de México hablando de Alfonso VIII:

Suprimo el tercer defecto
De que la historia le acusa;
Y es que le gustan las hembras,
Lo que para mí no es culpa.

Me sorprendí grandemente de que un chinaco conociera y citara á Zorrilla en pleno Michoacán, y le manifesté esa extrañeza que envolvía un elogio.

— ¡Oh, señora! me respondió; soy un estudiante destripado; cursé mis humanidades en el colegio de San Nicolás Hidalgo, y el año cincuenta y nueve, en que me metí á la chinaca, ya había concluído facultad menor y estudiaba segundo año de leyes.

Villagómez era bajito, grueso, doblado, de rostro algo bermejo, de ojos, pies y manos chicos. Solía tener ingenio

para referir chistes y era entre aquellos chinacates una excepción por su cortesanía y su talento, y sobre todo, porque empleaba agua y jabón en el cuidado de su persona.

Convidé á Villagómez para que comiera en mi compañía, y él con muy buena sombra me dijo:



D. José Vicente Villada

—Si lo hace usted para pagarme aquella media gallina con que la obsequié en el camino de Huetamo, no acepto el convite. Si lo hace por tenerme á su lado un rato, no necesito de que me llame á comer: aquí me estaré cuanto usted quiera y un poco más.

Le respondí de manera que quedara satisfecho, y cuando me pidió licencia para presentarme un amigo suyo llamado Vicente Villada, lo autoricé para que le convidara también á la mesa de don Germán.

Villada era un excelente muchacho; bajito, delgado, nervioso, sencillo é inteligente, me cautivó desde el pri-

mer momento por su sinceridad y por la honradez que se transparentaba en toda su persona. De sobremesa, mientras saboreábamos el exquisito café de la tierra, don Germán insinuó:

—Parece que mañana tendremos revista y que veremos formado y listo el Ejército del Centro.

—¡El Ejército del Centro! murmuró amargamente Villada; ¡qué andaluzada la nuestra de llamar ejército á esta reunión de gentes sin armas, sin disciplina, sin jefes, sin cohesión, sin fe, sin nada!...

—¿Qué dice usted, coronel? preguntó alarmado el viejo Olivos. ¿Sin fe? ¿Luego no tiene usted fe en el triunfo de nuestra causa?

—En el triunfo de nuestra causa, sí; creo en él como en mi propio ser; de otro modo no viviría... En lo que no tengo fe es en la utilidad de nuestros esfuerzos...

—Pues entonces ¿por qué pelea? ¿por qué sigue luchando? ¿por qué no se somete al imperio?

—Porque no creo bueno ese régimen, porque me repugna, porque no hay nada que lo legitime á mis ojos... Pero no por eso puedo creer en que sean útiles á la patria nuestros esfuerzos.

—Juárez...

—¿Qué sabemos de Juárez? Lo que nos dicen los papeles imperialistas: que se fué á los Estados Unidos; que

renunció la presidencia; que está luchando con Ortega; que ha abandonado la causa republicana...

—Pero eso no es cierto.

—No debe de serlo; pero ¿cómo probamos que no lo sea?

—Luchando hasta lo último.

—Lucharemos; ¿y después?

—Después... Luchar más.

—No; mi plan es seguro; ya hemos hablado de eso Villagómez y yo: cuando no haya esperanza, cuando el imperio sea dueño de todo, cuando hayan matado á los mejores de los nuestros, entonces nos remontaremos á lo alto de la más alta serranía y allí viviremos sueltos, salvajes, sin tener más auxilios que el producto de nuestras manos: allí moriremos cuando nos llegue nuestra ocasión; pero no nos inclinaremos ante el enemigo, ni le pediremos nada.

—Pero debe de haber otros luchadores en la República.

—¿Y quiénes son, dónde están, cómo se llaman, qué hacen, qué han hecho? No lo sabemos, no sabemos nada aquí donde se nos persigue como á perros rabiosos.

—Sin embargo...

—No, dijo Villagómez interviniendo; no tiene usted razón, don Germán: usted es un excelente patriota y su buen deseo le hace ver visiones... La situación no tiene

remedio... Para luchar ahora se necesita más que patriotismo, más que abnegación... Luchar por luchar, no es premio para los que, como nosotros, van á cumplir un deber... Quédese el incursionar por las haciendas, el robar el ganado, el *echar la pela* en todas sus formas para los Cantaritos, los Ugaldes, los Magdalenos, los Pablos Flores y otros cien; nosotros, que somos hombres honrados y que conocemos nuestro deber, no podemos hacer eso... ¡Luchar! Claro está que se debe luchar y que nosotros lucharemos siempre; pero ¡cuán duro es luchar sin tener más ideal que una bandera distante, que á veces se columbra en lontananza y á veces se pierde del todo en el horizonte!...

—Sin embargo...

—¿Con quién contamos? Nuestro gobierno no nos suministra siquiera el auxilio espiritual de su aprobación: más de seis meses hace que no sabemos nada de Juárez ni de los suyos; ignoramos si en otros lugares del país se combate también al imperio; ignoramos si toda la República estará á los pies de Maximiliano é ignoramos todo... El pueblo por quien combatimos se nos muestra indiferente y hasta hostil... No sabe usted lo que se siente cuando viene pisándole los talones un piquete de caballería francesa bien montada, bien comida, bien pagada y llega la pobre tropita republicana á la hacienda que se ve á lo lejos, donde piensa comer, reponerse de las fatigas y hasta

resistir al enemigo. Al saber de su llegada, si el dueño es amigo, sale y le entrega á usted un caballejo flaco, la carne de una ternera desbarrancada, veinte pesos, algo en fin que no mejora en un ápice su situación y le dice: «Retírense, que ahí vienen los imperialistas... si no se van corro riesgo de que me quemen el rancho ó de que me fusilen...» Y emprende otra vez el camino aquella retahila de destroncados, de desvelados, de hambrientos, de desnudos, de tristes y de desarrapados, en medio de la obscuridad, de la lluvia, del hielo y de todas las inclemencias del tiempo, para llegar á otra hacienda donde le reciben á tiros, porque allí saben obsequiar las disposiciones imperiales... Claro que yo prefiero esta vida á comer los gallipavos que se sirven á la mesa de Maximiliano... pero ¿cuántos hay y ha habido que nos dejan no por falta de fe en la causa, sino por falta de fe en los medios de hacerla triunfar?

Callamos un buen rato, cuando nos vino á sacar de nuestro silencio el sonar de clarines y tambores.

—La revista que se prepara, exclamó Olivos.

—Vamos á dejar lista á nuestra gente, dijo Villada.

—Nos veremos mañana en la comida, insinuó Villagómez.

—Claro que nos veremos.

—Lleve usted á la señora, don Germán.

—Sí, la llevo.



... al día siguiente á las diez, fué la revista en el llano de las Magdalenas...

THE NEW YORK
PUBLIC LIBRARY

ASTOR, LENOX
TILDEN FOUNDATIONS

— ¿Irá usted?

— Si me convidan...

— ¡No se había de convidar á la familia del señor prefecto!

— Ni á la dama de honor de mamá Carlota.

— Allá nos veremos.

— Sí, allá nos veremos.

— Adiós, Licenciado.

— A los pies de usted, señora.

Marcháronse los coroneles, y al día siguiente á las diez, fué la revista en el llano de las Magdalenas, á orillas de Uruapan.

Tenía razón Villada: el espectáculo de aquellos mil quinientos hombres llamados ejército, con los que apenas habría podido formarse un mediano batallón y que se denominaban pomposamente divisiones, brigadas, regimientos y cuanto se quería, ese espectáculo, digo, era para infundir compasión.

Los jefes abatidos, tristes, mal ajuarados, sin mantenimientos; los soldados caminando á la fuerza y retenidos no por la convicción ni por la disciplina, sino por el temor del castigo... Sólo la chinaca brava lucía hermosos caballos, ricas monturas, aspecto decidido y animación en las fisonomías.

Entregó Arteaga la bandera que en lo adelante había de llevar uno de los regimientos, y la reunión se disolvió

conforme, satisfecha y alegre, pues se tenía seguridad de causar al imperio muchos disgustos al formar este núcleo que podía alcanzar extensión mayor de la que entonces contaba. A medio día nos trasladamos á una de las más lindas huertas de Uruapan, donde se sirvió un rico almuerzo formado con platos al estilo del país. Si los tiempos hubieran sido otros, de seguro que no habría probado gota de aquellos manjares; pero en ocho meses de no comer más que totopo, arroz y chile verde, mi estómago y mi paladar habíanse acostumbrado á los más tremendos potajes de la cocina india.

Tocóme estar cerca de un teniente coronel que vive todavía, y que me entretuvo largo rato contándome *res et gesta* de todas las gentes congregadas en la reunión.

—¿Ve usted, me dijo á ese calvo, de gafas, fisonomía abierta y franca? Es Vicente Riva Palacio, general nuestro y hombre más de leyes que de muelles... Le muerden y murmuran los de la chinaca llamándole con mil motes desagradables; pero él no hace caso de lo que cuenten ó dejen de contar de su persona, y aunque tiene, como todos los hombres de pluma, el afán de las proezas militares y suele echársela de la gloriosa, no cabe duda que es hombre de buena fe, de mejores servicios y que ha dado muestras de valor cuando ha sido menester... No hace mucho que llegó á una reunión que tenía lo más crudo de la chinaca, acompañado apenas de un escribientillo que

le sirve de secretario, y de su ordenanza *Tantalancha*... Se le había desconocido, se le había injuriado, se había resuelto no someterse á él jamás, y cuando llegó en su caballejo flaco, con su pistolita Lefaucheux y su escribiente



D. Vicente Riva Palacio

tartamudo, pidiendo permiso para penetrar á aquel conciliábulo en que rugían los odios más tremendos, todo el mundo creyó amedrentarle con sus broncas y con sus bravatas... Nada de eso; Vicente se metió entre el gentío, le arengó, le demostró la inconveniencia de su conducta,

le pidió que se sometiera á lo que había dispuesto quien mandaba como superior, y acabó por ser aplaudido y festejado... Dígame usted si no se necesitan pantalones para hacer eso...

Cuando empezaba apenas la comida se levantó un hombre alto, de tez rojiza, bien compuesto de miembros, de barba corrida, bigote y cejas finos, ojos vivos, pecho saliente y actitud alegre y comunicativa. Empezó á hablar y no dijo cosa que valiera la pena: lo que tantas veces había oído y lo que era presumible que dijera: patria, libertad, odio á los traidores, lucha hasta la muerte... La sintaxis andaba mal, cojeaba el lenguaje y la acentuación no era siempre correcta; pero en cambio, ¡qué brío en la entonación! ¡qué manera de decir tan conmovedora! ¡qué acción tan sobria, y sobre todo, qué voz tan bella!... A veces parecía un clarín de batalla; á veces semejaba un arrullo de paloma; á veces la risa mofadora de un sátiro escondido en el fondo de un bosque... Yo estaba impresionada y furiosa conmigo misma por mi emoción, pues conocía que cuanto hablaba el simpático muchacho no valía tres pitoches; sin embargo, seguía oyéndole con placer tan grande como el que sentiría escuchando al más florido orador.

Mi acompañante, limpiándose una lágrima que se le había escapado, satisfecho, me refirió:

—Es Salazar, el general Carlos Salazar, el más va-

liente y el más bragao de nuestros jefes... Este sí lo entiende; eso que acaba de decir lo sabe sostener, y lo que sabe hacer lo sabe contar después... Tiene todo el talento del mundo... ¡Lástima que sea tan díscolo!... Ahora está en la luna de miel con Arteaga; pero se han dado unas agarradas!... Tenía Salazar como secretario á un tinterillo pelado y mala sangre, llamado Blas José Gutiérrez Flores Alatorre. Don Blas engatusó á Salazar y le hizo desconocer á Arteaga; Salazar, á su vez, hablando á todos los jefes, consiguió que se rebelaran contra el general y le reconocieran á él... Con el fin de no tener que combatir contra hermanos, Salazar determinó marcharse á Jalisco, donde sabía que los franceses mandaban como amos y señores. Tras una marcha penosísima á través de sierras intrincadas y espantosas, llegó con sus fuerzas á Teocuitatlán, donde esperaba poder incorporarse con algún jefe que contara con elementos... Desde allí envió un mensajero á Guadarrama avisándole su llegada y pidiéndole le auxiliara en sus primeros pasos... No había ni que pensar en ello; Echegaray acababa de ser derrotado en Zapotlán y había disuelto su tropa dando á los soldados sus licencias absolutas: de camino nos topamos á innumerables *juanes* llevando sus permisos para retirarse, escritos en papelillos del tamaño de una canal de cigarro... Guadarrama, á su vez, acababa de reconocer al imperio y sus famosas caballerías llegaban dispuestas á hacernos peda-

zos... Emprendimos otra vez la retirada por la intrincadísima sierra del Favor, perdiendo gente por deserción, por cansancio y por enfermedad; atravesando tierras hostiles, sitios en que podíamos ser deshechos por una patrulla, desfiladeros á pico, montes en que nos perdíamos diez ó doce veces diariamente... Cuando llegábamos al pueblo de los Reyes, la gente estaba tan sucia, tan maltratada, tan sin alientos, que el general dispuso fuera á bañarse y á lavar sus ropas en el río que pasa por la orilla de la población. Fueron, en efecto, los soldados, y cuando más contentos estaban gozando del frescor del agua, oyeron la campana de la iglesia que tocaba repetidas veces; creyeron que era el toque de las doce; los que tenían puesto el sombrero se lo quitaron y los que no lo tenían se santiguaron devotamente... A poco se oyó el toque de generala, que no tardó en repetirse con apresuramiento... Los soldados dejaron el baño á toda prisa y corrieron al centro de la plaza tal como estaban, unos con la camisa ó el chaquetín mojados, otros con el chacó por todo indumento, los más completamente desnudos y seguidos por las viejas que conducían en los brazos el montón de las ropas... Apenas hubo tiempo de formarse rápidamente á la entrada de la calle del Olmo, colocando en suerte un cañoncito que formaba toda la artillería de nuestro ejército... Los soldados estaban atentos, con el arma al brazo, sin escrúpulo de mostrar al aire las

carnes morenas; el teniente Pineda, que estaba encargado de la piececita, tenía lista la piola para jalarla cuando fuera menester; los jefes reconocían sus tropas; nadie hablaba. Salazar le ordenó á Pineda:

—No tire hasta que yo se lo ordene... Tengan cuidado...

De repente aparecieron en el otro extremo de la calle los zuavos resueltos, triunfadores, con los bigotes encerados, las *calottes* arriba de la frente, el ademán de desprecio, los fusiles en guardia y el paso marcial y bien señalado... ¿Qué pensaron al ver á aquel hato de hombres en cueros, con los ojos fuera de las órbitas, temblorosos en parte por la sorpresa y en parte por el frío del agua y que oprimían con las manos crispadas unos cuantos mosquetes viejos? No es fácil saberlo, pero sí es fácil figurarse lo que opinarían los nuestros si se sabe que un tal Domínguez, coronel de no malos servicios, al comparar los que venían con los que aguardaban, le dijo á Villada:

—Villadita, son franceses... Yo no le entro.

Y dió media vuelta.

Pero en aquel momento se oyó la voz de Salazar, esa voz que usted acaba de oir, aumentada en simpatía, en brío, en vigor por la impresión y por el peligro:

—¡Sí, son franceses, pero no hay que correr!... ¡Adentro!... ¡A ellos!... ¡Adentro, hijos; valientes hijos de Michoacán, adentro!...

Todo el mundo se precipitó contra los que llegaban; los zuavos creyeron el triunfo fácil y se acercaron mucho; los nuestros dispararon, dispararon los franceses... En medio de aquel estrépito se oyó la voz de Salazar, pero extraña, adelgazada, metamorfoseada y prolongada:

—¡Fuego, señó!...

Y salió el tiro del cañoncito llevándose una buena cantidad de franceses. Una nueva embestida y otra vez el grito de Salazar:

—¡Fuegooo... señó!...

A la tercera vez no hubo quién obedeciera á Salazar, y su «¡Fuegooo... señó!...» quedó sin cumplimiento. Entonces el jefe se apoderó del estopín y descargó un tiro que abrió una inmensa brecha entre los enemigos. Al propio tiempo Villada, Méndez Olivares, Ocampo y Vargas acuchillaban tanto á los franceses como á los traidores. Cuando concluyó la acción recogimos muchos muertos, muchas condecoraciones de Magenta, Solferino y Montebello y provisiones, armas y dinero que buena falta nos hacían... Salazar, arrepentido de su conducta, dispuso someterse de nuevo á Arteaga, y le envió como primicias de su fidelidad el parte de aquella acción en que todo el mundo luchó con un brío y un ardor de que no había ejemplo, y que por sus resultados es quizás la más importante después de la del once de Abril.

Tocaba una orquesta de guitarras de Paracho, y

cuando menos lo esperábamos rompió con una melodía dulce, tristísima, dolorida como la puesta del sol en medio del bosque, tierna como el alma de la raza india, pausada y cadenciosa como la vida de los sojuzgados tarascos.

Al principio nadie paró atención en aquello. Luego, los que conocían el idioma de los *purépecha,* empezaron á fijarse en la letra de la canción, y al fin todo el mundo se sintió atraído por aquella música singular no menos que por las palabras que le servían á manera de médula. Era una elegía llorosa é impregnada de honda tristeza, á la pérdida de Puebla, la ciudad heroica que había quedado convertida en escombros. Allí se hablaba de Auza, de Díaz, de González Ortega, y sobre todo, de los michoacanos que gemían en el destierro, lejos de su hogar, solo y enlutado...

Los rostros adquirieron de súbito una formalidad que antes no habían tenido, las conversaciones cesaron, el vino quedó dentro de las copas... Los parachos repitieron dos y tres veces su dolorosa canción. Los guerrilleros más empedernidos lloraban de enternecimiento; nadie hacía caso de la comida; empezaban á contarse por lo bajo episodios del sitio de Puebla... En ese momento el gordo Arteaga, transfigurado el semblante, lleno de brío y de vigor, con la mirada alta, fija quizás en limbos superiores, se levantó de su asiento, dominó al concurso con

su mole y exclamó con voz ronca, dura y pausada:

—¡Amigos, por la gloria del cadalso!...

Nadie aplaudió, nadie aprobó, nadie se atrevió á hacer comentarios: todos tenían conciencia de que acababa de pasar por allí un soplo de las alas misteriosas del destino... Entonces las gemidoras guitarras de Paracho acentuaron, glosaron, subrayaron aquella frase profética: hablaban de la ruina del fuerte de Ingenieros, de los soldados muertos en Pitiminí, de los héroes caídos en Santa Inés, de la noche horrible de la rendición... «¡Ellos murieron, decían, y quedamos nosotros para morir tras ellos!...» Y de aquella voz, de aquel brindis, de aquella actitud de los chinacos, salía el grito no de venganza, sino de inmolación que lanzaban las víctimas de las cortes marciales: los mexicanos muertos con el *inri* infamante de bandidos: los pueblos quemados, las mujeres violadas, los niños sin padres por culpa de aquella intervención francesa que yo había contribuído á traer y á sostener...

Todavía duraba la impresión que aquello había producido, cuando mi compañero siguió diciéndome:

—Buen sujeto este Arteaga, pero... tiene tantos peros!... Su carácter es de fiera; no reconoce amigos ni admite observaciones, ni consiente que le objeten nada cuando ha dado una orden... Es honrado, es patriota, es valiente, tiene á veces buenos rasgos; pero, en cambio, señora, ¡qué prontos gasta, qué mal humor el suyo!... Y luego, que

tiene tres enemigos formidables: el primero es las heridas que recibió en Acultzingo, que todavía le supuran como si se las hubieran dado hace una semana, impidiéndole moverse aunque sea media vara sin gritar y renegar un gran rato... Veces ha habido que se nos pierda sin que logremos hablarle y que á las dos ó tres horas demos con él metido en el fondo de un bosque, donde está acompañado de un asistente que le pone hilas y ungüentos por mayor... El segundo enemigo es la epilepsia, que le hace caer en esos ratos de furia que nos traen tantos disgustos... El tercer enemigo es su gordura, que no le consiente subir en caballo ni mula que no estén bien probados de soportar cargas formidables: trae siempre consigo una mula que le llaman Superior y en la cual hace á duras penas jornadas cortísimas. Un hombre así ¿puede emprender grandes marchas, perseguir á un enemigo, huir, moverse rápidamente?... Ya le hemos dicho que renuncie el puesto, que se cure, que procure disminuir de peso; mas él sigue erre que erre en que aquí le han puesto y que aquí tiene que estarse... Es tal el inconveniente de la gordura, que la noche del ataque de Jiquilpan, cuando había caído muerto Ornelas, y gravemente herido Rioseco, las tropas se desbandaban y los zuavos prisioneros volteaban nuestras piezas, Arteaga apenas conseguía que le izaran como si fuera una masa inerte en la consabida mula, que varias veces estuvo á punto de caer con el peso...

La reunión estaba próxima á disolverse; la tarde avanzaba á más andar; reinaba un silencio tristísimo en medio de aquella asamblea de bulliciosos y de truhanes acostumbrados á recibir los azares de la suerte con la sonrisa en los labios... A mitad del camino nos cogió la noche y regresamos á Uruapan, cayendo y levantando; vimos pasar á todo vuelo á una golondrina retardada que pare-



cía el gavilán de un estoque que fuera á clavar su hoja fina y punzante en el cuerpo de una víctima lejana; oímos un lamento de Arteaga y la risa franca y sana de Salazar, que al parecer celebraba algún cuentecillo verde:

—¿Y qué hizo el cura?... ¡Pues se lució el maldito ensotanado!

Al llegar á nuestra casa, don Germán estaba de mal humor y no auguraba cosa buena de la reunión:

—¡Pero qué maldito capricho de ir á entristecer los

festejos con esas tonterías!... Para llorar, el cementerio... Y luego, los tales indios que parece que les pagan... ¡Ir á soltar aquella salmodia, ó responso, ó vigilia cuando apenas empezaba la alegría! Se necesita mucha oportunidad para eso.

A los cuatro días el temido ejército se deshizo como la sal en el agua: llegaron nuevas de la aproximación de Méndez, y el general en jefe dispuso el fraccionamiento de las tropas, pues Uruapan no prestaba seguridades ningunas para resistir. Sería las tres de la tarde cuando las columnas que estaban destinadas á distraer la atención de los imperialistas, salieron de Uruapan más bien con aspecto de derrota que con visos de triunfo. Don Germán iba con la que tomó el camino de Tancítaro, la cual marchaba á las inmediatas órdenes del general en jefe. Llovía á cántaros y el camino debía de estar hecho un solo y único lodazal. El viejo Olivos se envolvió en sus mangas de hule, se despidió de doña Lorenza con el mimo apasionado de un tortolito que está en la luna de miel, abrazó á Eugenia, á Miguelín se lo comió á besos y á mí me estrechó la mano: á todos nos hizo la mar de recomendaciones sobre lo que debíamos hacer y lo que debíamos evitar; qué actitud tenía que ser la nuestra en presencia de los mochos, y cómo importaba que yo utilizara mi calidad de dama de honor de la Emperatriz para evitarme vejaciones y volver á México.

—No sé por qué, me insinuó suavemente, pero malicio que las cosas de usted no andan bien por la corte de nuestros gentiles monarcas... Eso de que el apoderado se haya dado maña para convertir en reales las librancitas que le entregó Jecker; eso de que ninguno de los dos, el cuñado y el... representante, se preocupen de saber si llegó usted ó no llegó á su destino ni qué zopilotes se la comieron y en el fondo de qué barranca, me da muy mala espina, muy mala espina... no tengo por qué ocultárselo.

—¡Don Germán siempre tan escéptico!

—Don Germán siempre tan precavido, dirá usted. ¡Ah, Josefina! cuando usted haya visto las picardías que yo he visto, de seguro que no será tan confiada como ahora... Los viejos somos siempre desconfiados.

—Ya verá usted cómo se engaña.

—Y ya verá usted cómo me alegraré de ello... Pero, adiós, adiós.

Y se alejó á galope tendido, haciendo vibrar las herraduras de su caballo melado en las guijas de la calle.

No había transcurrido media hora cuando oímos nuevo tropel de caballos; tan cerca estaba de la salida de don Germán, que nos figuramos que volvía el licenciado en busca de algo que le hiciera falta. No había tal; era una descubierta de jinetes conservadores que pasaba á galope tendido rumbo á Tancítaro.

La inquietud de mi hija y de su suegra no tuvo ya lí-



Se pusieron á rezar magníficas, rosarios y deprecaciones...

THE NEW YORK
PUBLIC LIBRARY

ASTOR, LENOX
TILDEN FOUNDATIONS

mite alguno. Se pusieron á rezar magníficas, rosarios y deprecaciones á todos los santos, mientras yo me entretenía en jugar con el chiquillo, que era lo más gracioso y lo más tunante del mundo.

Aquí debo dejar sentadas dos cosas, á riesgo de que las señoras de juicio y arraigo que me lean se horroricen y me pongan de desnaturalizada, masona y chinaca, que no haya por donde cogerme: la primera es que me dolió ver á la pobre Génie vuelta una reproducción cabal de doña Lorenza, con todas las preocupaciones de devoción ñoña, de pudibundez insignificante, de apego á los tenamastes del hogar que caracterizan á la mujer de don Germán y á todas las mujeres mexicanas. Será eso tener mucha bondad de espíritu, ser una excelente ama de casa; pero la verdad es que á mí no me peta. Una muchacha tan linda, tan bien educada, teniendo por todo horizonte el pueblo de Uruapan, era cosa que no me cabía en el juicio. No había duda; Génie era Olivos, Olivos clavadita, porque de Ubiarco no tenía ni pizca.

Lo otro que deseaba confesar era que mi nieto (pues la llegada del que me había anunciado el licenciado narigudo de Morelia era falsa, por fortuna) que mi nieto, digo, no me llegó á inspirar ese entusiasmo, esa chochez que los hijos de sus hijas les producen á las abuelas de romance. El chiquillo me pareció gracioso, entendido y de buena índole; sentía placer en hacerle mimos y carantoñas, pero

nada más. Por cierto que para demostrarle mi buena voluntad le envié tan pronto como llegué á México un primoroso autómata que adquirí por cincuenta pesos en casa de Rigal y Masson. No sé si el bulto llegó, porque en aquella época eso de poner un bulto en la diligencia y esperar que se entregara religiosamente en manos del consignatario era lo mismo que contar con que llegaba al purgatorio y servía para sacar de allí una ó dos ánimas el tlaco que se echaba en el cepillo de las benditas consabidas.

Al día siguiente de la marcha de don Germán recibí la respuesta que mi cuñado daba á la carta que escribí desde Uruapan.

«Ignoro, decía, la suerte del señor Lapierre; quizás haya salido en la época que te indiqué, quizás lo haya dejado para el mes de Septiembre, quizás no salga todavía ó haya hecho el viaje que me anunció emprendería á Guadalajara en busca de algunos documentos que te conciernen.

»Quedé enterado de lo que me refieres acerca de todas tus aventuras y del término dichoso que han tenido. Celebro tanto éste como siento aquéllas, y puedes creer que aquí se han alabado mucho tu valor y tu decisión.

»No abrigo esperanza de que nos veamos pronto por aquí, pues quizás cuando tú vuelvas yo haya salido de México. Si estuviera aquí y quisieras hacer el viaje en

mi compañía, conforme me anuncias, sería gran placer para mí.

»Aquí nos hemos divertido un poco. La noche del dos tuvimos un gran baile que resultó muy lucido y que todo el mundo considera como el mejor logrado de la época imperial. Parece que ya se empieza á abandonar los prejuicios que había en Palacio contra mi pobre persona, pues á este baile se me invitó con toda instancia y mi presencia no causó ascos ni escrúpulos á nadie. Sus Majestades estuvieron amabilísimos conmigo, y la Emperatriz me convidó para comer en Chapultepec el jueves próximo: se dignó informarse de tu persona y manifestó mucho interés por conocer la carta en que relatas tus desgracias; yo quedé de enviarle el documento, y cumpliendo mi promesa se lo mandé anteayer. Estoy seguro le ha de agradar y que celebrará tu habilidad y chiste para escribir, al mismo tiempo que tu feliz liberación.

»S. M. estaba encantadora la noche de la *soirée*. Llevaba un vestido de punto de seda blanco, pendiendo del corpiño unos como faldones de surah adornados con flecos de azahares. Llevaba prendida al hombro derecho la banda de San Carlos, sujeta con riquísimo broche de brillantes, y al lado izquierdo tenía la placa de la orden, hecha también con lindísimas piedras. Un nuevo aderezo de rubíes, esmeraldas y brillantes que acaba de estrenar, varias pulseras muy ricas y una diadema de diamantes y

amatistas bellísimos completaban su atavío. Bailó las cuadrillas de honor con el Mariscal, y el Emperador hizo *vis á vis* á Madame Bazaine.

»Me preguntarás tal vez la causa de haberse organizado esa fiesta: la causa fué la expedición de un decreto que creemos todos salvará al país. Sabiéndose que Juárez (cuya decisión y singular entereza alaba el Emperador en el preámbulo del decreto) acaba de abandonar el país y que no queda ni aun el pretexto de defender una causa justa á los que se han levantado en armas, ha dispuesto proceder con mano fuerte contra los que pertenezcan á bandas ó reuniones armadas, disponiendo sean fusilados sin remisión los que formen tales gavillas y los que se les agreguen, sean ó no aprehendidos con las armas en la mano.

»También se considera bandidos á los que auxilien á los guerrilleros con dinero, avisos, noticias, consejos, armas, caballos, pertrechos, víveres ó útiles de guerra; á los que mantengan relaciones con ellos ó les den asilo en sus fincas; á los que virtieren especies alarmantes de palabra ó por escrito y á los propietarios ó administradores de fincas rústicas que no avisaren á la autoridad más inmediata del tránsito de una gavilla por los terrenos que les pertenecen. También se castiga á las autoridades remisas en la persecución de los bandoleros, á los propietarios ó administradores de fincas rústicas que no

se defiendan con toda eficacia y hasta á los pueblos que se manifiesten partidarios de los guerrilleros.

»Ya conocerás que había motivo para bailar de placer mirando al Emperador dejar su política de vacilaciones y componendas y entrar en el camino de la energía y del rigor... Solamente así se fundan imperios, solamente así se da la paz á pueblos tan desorganizados como éste.

»Para concluir este asunto, te diré que ayer fuí á ver al Mariscal y me expuso su fórmula política: *No admitir que se hagan prisioneros. Todo individuo á quien se sorprenda con las armas en la mano será fusilado. No habrá en lo de adelante canje de prisioneros. Es una lucha á muerte, una guerra declarada entre la barbarie y la civilización. Es preciso matar ó hacerse matar.*

»Por supuesto, que al mariscal no le satisfizo mucho el preámbulo del decreto en que el Emperador reconoce el valor y la decisión de Juárez, y aun los periódicos empiezan ya á hacer chacota por semejante concesión. *La Orquesta* publica el retrato de Juárez con gorro frigio, y al águila de dos cabezas prendiéndole al pecho la medalla del valor y la constancia. Bazaine ha querido perseguir á esos periodiqueros atrabiliarios, pero como siempre, la clemencia del Emperador se ha interpuesto.

»Me he extendido tanto hablándote de este asunto, porque me figuro te producirá la misma impresión que á

mí: la seguridad de que nuestras cosas marcharán cada día mejor, la seguridad de que, afianzado el edificio imperial, nuestros valores caminen al alza.

»Muy cordialmente te saluda tu hermano

J. B. JECKER.»

Acababa de leer esta carta cuando sucedió algo que parecía enteramente previsto. Doña Lorenza y Génie entraron á verme bañadas en lágrimas y próximas á sufrir sendos supiripandos; una mujer que había pasado por la calle les había anunciado que Arteaga, Salazar, Villagómez, Díaz Paracho, Villada, muchos tenientes coroneles, comandantes y oficiales inferiores habían caído en poder de los imperialistas en Santa Ana Amatlán.

—De seguro que también Germán está preso.

—Y les fusilan; de seguro que les fusilan.

—Claro; ¡cuándo les había de perdonar el mojino de Méndez, ese *Capulín* indecente!

—¿Qué haremos, Dios mío?

—Nada, esto no tiene remedio.

Yo trataba de consolarlas, aunque sin tener mucha fe en mis consuelos, pues en el bolsillo tenía la respuesta en contrario.

—¡Pero, que sean ustedes tan vulgares que se fíen de lo que dice una mujer que pasa por la calle!... ¿Qué fundamento puede tener la santísima vieja para contar seme-

jantes cosas? ¿Ha de saber más que las autoridades, que todavía no reciben noticia ninguna? Y luego, ¿quién les asegura á ustedes que van á fusilar á todo el mundo? Sería la muerte del imperio; no duraría un año si cometiera una atrocidad así.



—¿Y qué ganaríamos con que el imperio cayera mañana, si ya no teníamos nosotras apoyo, ni protección, ni nada?

Cogieron las cuitadas sus mantones y salieron á la calle á tomar lenguas. No cabía duda; habían sido aprehendidos los desgraciados jefes, y era más que probable que hubieran sido muertos ya. Las noticias eran tan contradictorias como abundantes, y no parecía posible formarse por ellas idea del caso.

— Les entregó Solano.

— No les entregó, sino que se descuidó.

— Hubieran resistido aquí, otro gallo les cantara...

— ¿Cómo habían de resistir si no tenían elementos?

— ¿Y los de la revista?

— El aprehensor se llama Rangel.

— Les cogió descuidados.

— Ya lo creo, como que hubo traición.

— Desde que Méndez vió la polvareda, dijo: «Muchachos, aquí va la *fuella;* el que me entregue á Arteaga y á Salazar, tiene un saco de pesos.

— Villada resistió un buen rato.

— El que resistió fué Salazar, que se encerró en una casa con un ayudante, y sólo se rindió cuando Arteaga se lo dispuso.

— La culpa fué de Arteaga, que no pudo brincar la puerta de un corralito.

— Sus heridas...

— Su gordura...

— Salazar no resistió encerrado en casa ninguna, sino á campo raso, montado en su caballo tordillo.

— ¿Y á dónde les llevan?

— Ya son *dijuntos;* ayer les sepultaron.

— No son *dijuntos;* les llevan pa más adentro de la tierra caliente.

— Les traen acá.

— Entonces ya han de estar cerquititas; no hay más que dos días á Santa Ana.

— Les llevan á Morelia.

— No, les mandan á México.

— ¡Pobrecitos!

— Yo siento á Villagómez.

— Y yo á Salazar.

— Pues yo á Villada.

— Y yo al Prefeuto.

— Ya les pueden rezar sudarios.

— Y aplicarles misas.

— Les truenan porque les truenan.

— ¡Quién lo hubiera dicho hace dos semanas!

— ¡Quién sabe cuándo llegarán!

— Aquí ya no llegan más que á pedir oraciones.

— Qué, ¿ya serán ánimas?

— Júrelo...

Y las noticias seguían así, difiriendo en los detalles, pero conformes en todo en cuantó al fondo. Tras mucho inquirir, Génie y doña Lorenza averiguaron que los prisioneros venían vivos; pero días y más días pasaban y no se sabía que llegaran por Uruapan.

— Les tronaron en el camino, decía la señora llena de convicción.

— Sólo esa faltaba. ¿Y qué hicieron con los cadáveres? ¿Se los comieron?

— Yo no sé, pero así pasó.

Y no había pasado, pues el veinte, á eso de las doce del día, arribó la tropa conduciendo á los prisioneros: venían á pie, sin fuerzas, llenos de polvo, abatidos y casi moribundos. Desfilaron por la plaza, y don Germán, que venía uno de los primeros, nos vió al pasar con una sonrisa llena de tristeza y de resignación. Las señoras de Uruapan, que habían tenido noticia de la llegada de Méndez y que se figuraron que yo podía servirles de ayuda para solicitar gracia ante el jefe imperialista, fueron á verme para que me pusiera de su parte. Naturalmente, me propuse ayudarles en todo.

Fueron primero las damas de Uruapan, que por caritativas y llenas de buena voluntad no les cedían en nada á las numerosas señoras michoacanas que por aquel tiempo se consagraron á hacer menos duros los trances de la muerte y menos ingrata la suerte de las víctimas de uno y otro bando. Méndez las recibió de mal talante, diciéndoles que cuando acabara de acuartelar su tropa y decidiera qué suerte correrían los prisioneros, sería tiempo de molestarle pidiéndole su vida, de la cual ni él mismo sabía qué suerte habría de correr. Pero una de aquellas señoras tuvo la ocurrencia de referir que vivía en Uruapan una de las damas de la Emperatriz y que deseaba conferir con él no sé qué asuntos, y esto bastó para que al coronel

le entrara comezón por conocerme y ponerse al habla conmigo.

Era don Ramón Méndez hombre de treinta y tantos años, moreno cetrino, de ojos negros y chiquitos, nariz chata y respingada, bigote escaso y cabello negro. La estatura no llegaba á mediana y la voz era agradable y de



D. Ramón Méndez

buen timbre. Méndez era hijo de un velero de Ario y de mozo siguió el oficio de su padre; más tarde ejerció de sastre y luego fué lo que eran muchos en este país antes de que se inaugurara la nueva era industrial y laboriosa: escribiente de notaría.

Pero Méndez sentía más afición por el libro de las cua-

renta hojas que por el cartulario; gustaba más de las reyertas de los gallos y de la alegría de las copas que de las guarentigias y los gambitos judiciales, y un día que amaneció de buen humor, dejó por la paz todo lo que olía á huizache y sentó plaza de soldado. Como en el regimiento siguiera la vida de parranda y alegría que era de su gusto, un día que le vió ebrio un teniente mandó sujetarle, le puso atado en el pie de gallo y mandó aplicarle un horrible banco de palos. Irritado Méndez se escapó del cuartel, mas á poco, pensándolo mejor, se enganchó de nuevo y se propuso ser un soldado modelo. Dicho y hecho; su talento natural, su valor y su voluntad de bronce no tardaron en ayudarle á conseguir ese resultado. Conservador á macha y martillo, conservador en buenas y en malas, conservador cuando los conservadores estaban en la cumbre y cuando los conservadores bajaban al abismo, al comenzar la guerra de Michoacán, Méndez contaba ya con la aureola que era menester para que le invistieran con aquel mando.

Sin aguardar á que le hablara, él me dirigió la palabra y me dijo con respeto:

—¿Es cierto, señora, que usted es dama de honor cerca de S. M. la Emperatriz?

— Tengo esa satisfacción desde hace algún tiempo, señor coronel.

—¿Y qué hace usted por aquí, si no es indiscreto preguntarlo?

Le referí la causa de mi llegada á Michoacán, y él no pudo menos de admirarse grandemente de saberlo.

—¿De manera, declaró, que usted es una víctima de los chinacos? Ya les daremos su merecido.

— Precisamente, señor coronel, venía yo...

En eso entró un criado conduciendo unos papeles, y Méndez me pidió permiso para leerlos. Cuando concluyó me dijo con aspecto de quien acaba de salir de una terrible indecisión:

— En estos papeles viene señalada la suerte de los prisioneros chinacos.

— ¿Acaso es, pregunté, la ley de 3 de Octubre?

Me miró asombrado y me preguntó á poco:

— ¿La conocía usted ya?

— Sí que la conocía; ordena que se aplique pena de muerte á todo el mundo, lo mismo al chinaco que al amigo del chinaco, que al que conoce, saluda ú oye mentar al chinaco.

— No podré decir tanto porque apenas la he leído. Acabo de recibirla, usted lo ve...

— En efecto.

Permanecimos los dos callados por un buen espacio, y entonces resueltamente le dije:

— Yo vengo, señor coronel, en demanda del perdón de los reos.

— ¿El perdón? Imposible. Si se lo cuento á otras gen-

tes creerán que es pretexto del sanguinario Méndez, que no desperdicia oportunidad de ejercer venganzas contra los defensores de su patria. Usted, que debe de ser tan amiga de los buenos principios y que conoce la ley, no puede pensar que haya ensañamiento ni mala voluntad de mi parte.

—Sin embargo, coronel, remitiendo á México á los reos...

—No puedo, no puedo... Me está prohibido hasta dar curso á las solicitudes de indulto.

—¡Pero será una tremenda mortandad!... Más de cincuenta cadalsos.

—Yo no los levantaría, señora; la ley sería quien los alzara, y yo no hice la ley. Pero no se fusilará á todos los jefes aprehendidos; sólo serán muertos dos generales, dos coroneles y un teniente coronel.

—¡Es mucho! exclamé.

Quedó callado Méndez, y yo añadí:

—Creo conocer bastante al Emperador para dudar de que encontrará de su gusto la remisión de Arteaga á México.

—¡Eso nunca! me contestó, alzando la cabeza y dejándome ver en sus ojos una llamarada de odio tenaz y comprimido. ¡Eso nunca! ¿sabe usted por qué se le había sentenciado al tal Arteaga? Porque tiene que pagar la sangre de mi compadre Lemus, de Paz y de Gutiérrez...

Empezó á recorrer á grandes pasos la habitación, con las manos en las faltriqueras, moviendo sin cesar la cabeza, gesticulando furiosamente y parándose á ratos.

— Usted quizás no conozca el caso, pero vale la pena de que sepa que este sujeto firmó su sentencia de muerte desde hace mucho tiempo... No hace todavía cinco meses que los liberales asaltaron este pueblo... Arteaga nada hizo, no tuvo ni la decisión de ponerse al frente de sus tropas; todo se lo encomendó á Régules y á otros jefes... Treinta horas se defendió la ciudad, y cuando consiguieron los republicanos tomarla con mucho trabajo, ¿sabe usted qué hizo Arteaga? Fusilar á Lemus, el heroico jefe de la plaza, y á Paz y á Gutiérrez, jefes con quien este bellaco tenía antiguas rencillas que vengar... Ahora él pagará la sangre de esos jefes...

— ¡Pero es horrible!...

— Horrible es en efecto, pero, ¿cree usted que si el aprehendido hubiera sido yo, me habría tocado mejor suerte? Esta es la infame guerra, la guerra cruel y tremenda en que estamos metidos... Hoy por ti, mañana por mí... y al otro día por todos... Yo aguardo lo que venga... y que venga en buen hora.

Y se reflejó en el rostro moreno del coronel una impresión de tristeza y de conformidad que parecía la resignación anticipada con una suerte incierta y lejana.

—Los demás tampoco tienen remedio; ya dí el parte: dos generales, dos coroneles y un teniente coronel.

—Villagómez...

—Es un hombre peligroso.

—Villada...

—Es el único que me hace vacilar... Mis oficiales, no en cuerpo, porque las representaciones en cuerpo están prohibidas, pero sí aisladamente, han venido á pedirme que perdone á Villada...

—Concédales usted lo que solicitan.

—De buena gana lo haría; pero en México se conocen ya hasta los nombres de los que serán fusilados... Me inclino á la clemencia porque la buena causa, la causa de la humanidad, le debe á Villada un gran servicio: el día que tomaron los chinacos á Uruapan, dispuso Arteaga que fueran fusilados todos los oficiales, de teniente arriba; dió la orden á Vicente; eran treinta y cinco; treinta y cinco valientes que estaban ya dispuestos al sacrificio; pero el comandante Villada comprendió lo horrible del caso y le dijo á Arteaga con entereza:— «Sé á lo que me expongo, que es á que usted me mande fusilar por mi desobediencia; pero yo no hago eso que usted me ordena porque no soy carnicero.» — «Cumpla usted la orden, señor comandante.» — «Le ruego á usted me diga dónde me presente arrestado para que se me forme consejo de guerra.»

Arteaga, ya con el aura epiléptica en los ojos, babeando de rabia y de enfermedad, se limitó á decir al atrevido muchacho: — «Retírese usted.» — Ya iba lejos el bizarro chinaco, cuando Arteaga le llamó de nuevo, diciéndole: — «Fusile nada más al prefecto, á Paz y á Lemus.» —Y volviéndose á los presos, que ya aguardaban la rociada de balas que había de acabar con ellos, les gritó á voz en cuello: «Ustedes, grandísimos indecentes, quedan perdonados; pero no por mi gusto, sino por el influjo del señor comandante Villada, á quien nada puedo negar este día.»

— Pues vale la pena de que usted le perdone ahora.

— ¿Y qué hago para comprobar el fusilamiento del quinto chinaco?

— Hay tanto bribón entre estas gentes, con cuya muerte en vez de perder ganaría el imperio...

— Tiene usted razón... me acaba de dar la gran idea... Sí, sí, en efecto, cualquiera de estos *gavilleros* puede tomar el sitio de Villada...: Y cabalmente hay uno que está ni mandado hacer para el caso, un tal Juan González que fué sacerdote mercedario, dieguino ó no sé qué, y que ahora anda robando y asesinando en compañía de estas gentes...

— ¿Y el prefecto, señor? dije dejando para lo último á quien más me interesaba.

— ¡Oh, el prefecto!... Ese es un viejo que tiene más de loco que de perjudicial... Yo le mando á México y con eso

cumplo... De allá que le envíen á Yucatán, á la Martinica ó adonde quieran.

— No merece tanto, señor.

— ¿Se interesa usted de veras por él? Le mando preso á Morelia por unos días y luego que haya pasado la novedad le pongo libre. ¿Qué dice?

Dije que sí por temor de no obtener otra cosa, y seguí abogando largamente en favor de Villagómez.

— No y no, señora. Y por Dios que no se empeñe mucho porque entonces no me decido por Villada: su protegido de usted me sirve de pretexto para decir que hubo confusión... Villagómez, Villada... Casan, ¿verdad?

Viendo la irremediable me retiré compungida, y al salir á la puerta me topé con Villada, que salía de la capilla mientras entraba un guerrillero que á la cuenta debe de haber sido el fraile renegado.

Desde aquel momento Méndez se encerró en su tienda como Aquiles (el griego, no el mío) y se rehusó á recibir enviados y diputaciones que le fueran á poner en más torturas y dificultades.

Doña Lorenza y Génie me llenaron de glorias al saber lo que había obtenido para don Germán; pero temerosas de que Méndez no cumpliera su palabra, quisieron ver el fusilamiento para cerciorarse de que no había engaño y de que don Germán iría sano y salvo hasta Morelia. Como no pude hacerles desistir de su empeño, tuve la idea de

acompañarlas para despedirme de mi excelente guardián Villagómez.

La mañana estaba fresca y hermosa, como que finalizaba el mes de Octubre, y la estación de lluvias se había prolongado más de lo que solía. El aire estaba lleno de aromas y de cantos de pájaros; el suelo lleno de verdura desde el cercano Cerro Colorado hasta el distante y enorme de Tancítaro. Nada se movía en el pueblo. No había ventana abierta, ni paseantes distraídos, ni curiosos atisbadores; sólo la tropa, numerosa tropa de infantería y caballería, llenaba la plaza y las calles adyacentes: los militares estaban vestidos de gala, llenos de cordones y de cruces y montando briosos caballos; un par de cañones brillaba escasamente con la luz de la mañana...

Dos escoltas salieron á un tiempo; una fijó, casi frente por frente de nosotros, un gran papel que comenzaba diciendo:

«Mexicanos:

»La causa que con tanto valor y constancia sostuvo don Benito Juárez, sucumbió ya no sólo ante la voluntad nacional, sino ante la misma ley que este caudillo invocaba en apoyo de sus títulos. Hoy hasta la bandería en que degeneró dicha causa ha quedado abandonada por la salida de su jefe del territorio patrio...»

Y luego el decreto:

«Maximiliano, Emperador de México.

»Oído nuestro Consejo de Ministros y nuestro Consejo de Estado,

»Decretamos:

»Artículo 1.° Todos los individuos que pertenecieren á bandas ó reuniones armadas, que no estén legalmente autorizadas, proclamen ó no algún principio político... serán condenados á la pena capital...»



Mientras leíamos, la otra escolta llegó con los presos, que había sacado de una casa vecina. Arteaga iba sereno, aunque pálido, erguida la frente, cuidado y limpio el viejo traje negro, reanimado el semblante, que no parecía tan hosco ni tan dolorido como de ordinario. Caminaba torpemente por causa de su cojera y se apoyaba en el brazo de Salazar, que iba no sólo sereno, sino retador, as-

pirando los efluvios de aquella mañana dulce y grata, con la mirada brillante, el paso marcial y un dejo de conmiseración, de burla y de desdén en los labios. Vestía chaqueta de color claro que dejaba asomar un pañuelo rojo por uno de los bolsillos, pantalón negro muy usado y zapatos de vaqueta amarilla.

Villagómez me miró con gratitud, como si fuera el último semblante amigo que había de contemplar. Me estrechó la mano con la suya; y avanzó seguido de don Jesús Díaz, que iba recitando no sé qué oraciones y cogido del brazo del sacerdote, pues llegaba al trance completamente cohibido. Fray González iba tranquilo, casi indiferente; fumaba un gran cigarro de hoja de maíz, y veía para todos los extremos de la plaza no como quien quiere aspirar los últimos efluvios de la vida que se le escapa, sino con la extrañeza de quien por primera vez contempla un panorama.

Se formó á todos contra una pared, y antes de que el oficial que mandaba el pelotón alzara la espada, Salazar rompió á hablar. Dijo que no se les fusilaba por bandidos, sino por defender á su patria; que la sangre que derramaran los soldados caería sobre sus cabezas y sobre las de sus hijos; que no importaba que les mataran, porque no faltaría quién siguiera la causa que ellos abandonaban sin querer.

Cuando decía: «La semilla de los buenos es fecunda»,

el oficial que mandaba el cuadro hizo una seña y músicas y bandas rompieron á tocar. Aguardó el orador un momento, y calculando que el ruido no permitiría escuchar, y viendo que el oficial ordenaba el fuego, gritó con voz estentórea abriéndose la chaqueta y señalando el pecho:

—¡Aquí, traidores...!

En el mismo instante sonó la descarga y cayeron los cinco sentenciados. Luego la tropa desfiló ante los cadáveres y á poco ocurrimos en unión de muchas señoras de Uruapan á levantar, lavar, velar y enterrar á los muertos. El sol inundaba ya la plaza; los bandos de pájaros empezaban á gorjear de nuevo, y una paloma parda. de esas que lloran tan tristemente porque, según refiere el pueblo, llegaron tarde para alegrar la agonía de Cristo, zureaba en la enramada con voz doliente, acariciadora, suave y mística...





CUARTA PARTE

CAPÍTULO PRIMERO

Don Gil de las Calzas Verdes

El cuatro de Noviembre llegué á la corte, y aunque no pude ir por la mañana á presentar mis homenajes á Su Majestad la Emperatriz, que celebraba el santo de su nombre, quise presenciar la inauguración del Teatro Imperial que aquella noche se estrenaba. Por cierto que íbamos á ver representar el *Don Juan Tenorio* de Zorrilla. Mi puesto era tras de las damas de palacio, y como la corte estaba en pleno y asistían casi todas las dignidades, venía á quedar bastante lejos del escenario, y por consecuencia, de la vista de los Emperadores. Quería volverme pequeñita para felicitar á S. M. antes de que ella tuviera noticia de mi llegada, y obtener sus órdenes para empezar mi servicio al día siguiente.

Pero vano intento; apenas me senté, quizás apenas entré al salón y comenzaron á asaetearme las flechas de los ojos dirigidos á mí, como si mi persona y no el espectáculo que se representaba en el escenario hubiera sido lo que atraía la atención del selecto concurso. Ni las fanfarronadas de Merced Morales, que hizo y por cierto muy bien, al Burlador de Sevilla; ni las disputas entre Merced y Juan de Mata Ibarzábal, que representó al triste Mejía; ni las lamentaciones de doña Inés, dichas con dulce voz por Rita Cejudo; ni las gracias de Ciutti, caracterizado, como ahora dicen, por Concha Méndez; bastaron para distraer al auditorio, que hallaba más de su gusto el drama real, vivo y palpitante, pero en desmazalada prosa, que yo les ofrecía, que el muerto, enterrado y probablemente falso que Zorrilla había escrito en lindos versos.

En el primer entreacto hubo risillas, murmuraciones, guiños y ojeadas maliciosas. Una vieja dama, coja y mal educada por más señas, se me dirigió resueltamente preguntándome por mi vida y andanzas.

—Hija, por Dios, nosotras cayéndonos muertas de la pena. ¿Es cierto que la secuestraron á usted los *plagiarios*? Cuente usted cómo fué eso.

—No fueron *plagiarios*, observó otra, sino belgas.

—¿Belgas? No lo crea usted, hija. Si los belgas son unos Juanes de buen alma. ¿Cree usted que puedan secuestrar á nadie gentes que usan esos sombreritos de pas-

tor sensible? Ladrones y no más ladrones fueron los que retuvieron á nuestra bella amiga sin permitirle volver por acá.

— Ha de haber sufrido multitud de molestias.

— Y de injurias.

— Y de atentados á su honra.

— No hubo tal, expliqué categóricamente: iba vestida de hombre.

— ¿De hombre?

— ¿De hombre?

— ¡Jesús, María y José!

— ¡Señor del Buen Despacho!

— ¿Pero es cierto?

— Ni tan cierto...

— ¡Conque vestida de hombre!... dijo la maldita coja mirándome al rostro: *Don Gil de las Calzas Verdes*.

Y el mote de *Don Gil de las Calzas Verdes* siguió siendo el mío, pues la vieja tuvo cuidado de explicar el origen del nombre á cuantos quisieron saberle, y aun prestó la comedia de Tirso en que se relatan las aventuras de la andariega doncella que recorre el mundo vestida de hombre para obtener la satisfacción debida por deudas de honra, á todos los que fueron más curiosos y quisieron saber punto por punto el caso memorable.

Cuando tocaban la *Fanfare,* pieza que Rossini había dedicado á S. M. el Emperador, se me acercaron el Gran

Chambelán de la Emperatriz y la Dama mayor, y tras de cumplimentarme me hicieron saber que la Emperatriz me recibiría al concluir la fiesta.

Siguieron los arrestos de Tenorio embelesando á la concurrencia, y cuando concluyó la primera parte del drama, Zorrilla se levantó de su asiento, situado debajo del de los monarcas, y recitó una poesía que se llamaba *Corona de pensamientos que el arte mexicano dedica á S. M. la Emperatriz*, una Kássida árabe, una serenata cristiana y no sé qué otros versos tan melodiosos y tan lindos como todos los del vallisoletano, y tan fina y exquisitamente leídos como todos los que recitaba el gran poeta. Luego que Zorrilla concluyó (aún no se había inventado la palabreja cursi, pero para aquel caso debió haberse sacado de la nada), luego que concluyó Zorrilla se acercaron á él todos los actores y actrices, que habían tenido en la mano sendos ramilletes de pensamientos y se los colocaron en la cabeza formándose así una corona que se detuvo por no sé qué artificios sobre los cabellos del cantor de *Granada* y que éste se quitó luego poniéndola en manos de la Emperatriz, á nombre del arte dramático mexicano. La señora se dignó aceptar la ofrenda, y á las once, en medio de los acordes del himno nacional, salieron los Emperadores para ir á dormir á Chapultepec.

Mucho celebré que la fiesta concluyera en tan buena sazón, pues á cada momento aumentaba la curiosidad en

rededor mío y había concluído por irritarme el continuo secreteo, el saludarme misteriosamente, el reirse de ocultis y el hacer rostro triste al mirarme en mi sitio.

—¡Ya dejarán de molestarme, fastidiosos! rugía en mi



interior. Cuando vean que la Emperatriz me llama y me agasaja y se informa de lo que me concierne con el interés de siempre, vendrán las adulaciones y las protestas de amistad y el deseo de quedar bien conmigo. Poco tiempo, San Fernando...

Salí, en efecto, en compañía de la Emperatriz; pero cuando subió en su coche, al pie de la escalera, me dijo con cortesía, pero de mal talante:

— Me proponía que habláramos esta noche; pero como estoy muerta de cansancio, lo dejaremos para mañana.

— Pensaba que Vuestra Majestad quería que la atendiera.

— No hay para qué; aquí está la nueva dama de honor que substituye á usted desde hace algún tiempo... Pase usted, Pepita, dijo á una muchacha de hermoso tipo indígena que se encontraba en la sombra, y en quien no había reparado á pesar de haberme sentado cerca de ella durante toda la representación.

Me retiré á mi cuarto corrida y humillada, creyendo segura mi desgracia, y más seguro todavía el que enemigos míos hubieran influído cerca de Sus Majestades para impulsarles á que me corrieran un desaire semejante.

La noche que pasé no tiene comparación con nada de lo más horrible: pensé que me iba á estallar la cabeza y á revocar la salpicadura de mis sesos los muros de la habitación palaciega, antes tan bella y tan risueña, ahora tan vacía de encantos y tan poblada de fantasmas tremendos y dolorosos.

—¿Por qué, me decía, la Emperatriz prescinde de mis servicios y pone gentes que me substituyan, cuando su compromiso era aguardarme hasta mi vuelta? Verdad es

que tardé más de la cuenta; pero ¿acaso fué por mi culpa? ¿Acaso no me restituí á México tan pronto como me fué posible y acaso no hice esfuerzos sobrehumanos por conseguirlo? Dicen que la ingratitud de los grandes está en relación con su grandeza; pero si bien comprendería la ingratitud para todos, no alcanzo cómo se puede ser ingrato conmigo que he servido con todas mis fuerzas, que tengo en Europa aldabas que me pueden servir mucho y que poseo secretos capaces de comprometer á Sus Majestades. Pero yo, continuaba, tengo la culpa de haber pasado este mal rato; hubiera llamado á Aquiles, le hubiera hecho saber mis intenciones y él me habría dado cuenta y razón de los sucesos, poniéndome al tanto de la horrible trama (segura estaba de que había de por medio una espantosa conjura contra mí) y de los nombres de los que la hubieran urdido...

»¿Y por qué no estaría Aquiles en su puesto de teniente de los guardias? Allí estaban Günner, Bombelles y los demás de la Palatina; Esnaurrízar, Pradillo, Uraga y todos los oficiales de órdenes... ¡Tonta de mí! ¿no me había anticipado Jecker que Aquiles había salido para Europa, y no había deducido yo, muy rectamente, que mi amado se encontraba camino de Michoacán? Por allá andaba, pues, corriendo la ceca y la meca, y no tardaría en averiguar el huevo y quién lo puso cerca de mi paradero.

»Pero cuando llegara, con él me bastaría. ¡Me amaba

tan tiernamente, era tan generoso, tan noble, tan bueno, que su sola palabra bastaría á calmar todas mis penas! ¡Con qué discreción arreglaría todo lo relativo á nuestras bodas! ¡qué gusto pondría en alhajar nuestra casa! ¡qué amor tan rendido y tan firme el que me demostraría durante toda nuestra vida!... Naturalmente, que mi primer providencia sería impulsarle á que dejara la carrera militar, tan erizada de riesgos y tan ocasionada á dificultades... Compraríamos una casita de campo en Francia ó una hacienda en Michoacán y allí pasaríamos nuestra vida ni envidiados ni envidiosos, ni pobres ni ricos, ni alejados del mundo, ni metidos de hoz y coz en él...

Arrullada por estos pensamientos tan dulces como verosímiles y fáciles de realizarse, me dormí á eso de las seis de la mañana, y un rato después oí que tocaban con golpes furiosos á mi puerta... Cabalmente soñaba que Jecker ponía en mis manos muchos rollos de billetes azules del Banco de Francia, mientras Aquiles y yo recorríamos una linda posesión campestre cuya situación no podía explicarme, pues estaba sobre un río y sombreada por una montaña no muy alta, tras de la cual el sol se metía, un sol amarillo que tenía esculpido en el centro un enorme retrato de Napoleón III.

— Abra usted, señora Jecker.

— Abra usted á la justicia.

— Soy yo, el conde del Valle.

— Soy yo, el licenciado Castillo.

— Soy yo, el Gran Chambelán de S. M. la Emperatriz.

— Soy yo, el Juez tercero de instrucción del ramo criminal.

Juzgándome víctima de una pesadilla espantosa, salté del lecho, no sé bien si despierta ó dormida; me eché encima una bata, me puse unas chinelas y empecé á recapacitar si habría oído ó pensado que oía todo aquel estruendo. Pero no me cabía duda; seguramente pensaban los que armaban la bulla que podría filtrarme por las paredes, como el Comendador de la noche pasada, y ponían todo empeño en llamar para que no me escapara.

— ¿Pero este es su cuarto? decía una voz gangosa que debía de ser la del curial.

— Estoy enteramente seguro de ello; las otras habitaciones están abiertas, y además...

— Pues llame usted.

— Sí llamaré, que me sobran facultades para ello, y en caso necesario para mandar derribar la puerta.

— ¿No tratará de escaparse?

— Todo lo temo; es mujer de muchos arrestos.

— Pues mandemos traer unas palancas.

— Sí, que vayan por ellas.

— Torcida... ¿Dónde está Torcida?

— Aquí estoy, señor Juez.

— Llamen á Mirafuentes y á Navarro... Que traigan á un cerrajero.

— Más expedito es abrir la puerta con su llave, dije apareciendo en el umbral... Pasen ustedes.

— Pase usted, señor conde.

— Primero usted, señor Juez.

— No, señor, de ninguna manera.

— Usted primero...

— Yo necesito traer algunos papeles.

— Entonces, con el permiso.

Y entraron las enormes narices de Suárez Peredo, dejando á poco penetrar á su ruin y desmedrado cuerpecillo. Al fin se presentó el Juez.

— Con permiso de usted voy á cerrar la puerta.

— Ciérrela usted, que ya andan por ahí algunos marmitones, galopines, pinches y ayudantes de cocina husmeando lo que se guisa aquí...

— Pues, señora, dijo el conde; usted ha de perdonar que tan temprano invadamos su casa; pero hace algunos días se denunció á S. M. la comisión de varios delitos haciéndome saber con las reservas debidas que una de las damas de la Emperatriz, usted, estaba complicada en esos actos prohibidos. Su Majestad, que está resuelto á eliminar de su gobierno á todo elemento perjudicial, abriga ese deseo con mayor justicia tratándose de su casa, y me ha autorizado para que diga á usted que desde ahora queda

destituída del cargo de dama de la Emperatriz y de los privilegios y emolumentos que con tal carácter tenía.

—¡Pero esto es una equivocación, una horrible equivocación! gemí llena de susto. ¡Yo metida en asuntos criminales, yo responsable de no sé qué horribles delitos, yo sujeta á proceso é interrogada por un juez!... Señor don Antonio, ó usted se chancea, ó es víctima de cualquier odiosa burla.

—No, señora, no me chanceo ni había para qué. Usted tiene que contestar á lo que el señor Juez le pregunte, pues lejos de que haya en esto equivocación ó engaño, existen datos precisos que usted sabrá quizás desvanecer, pero que por el momento resultan formidables. El hecho de haber sufrido un robo un pariente mío, don Juan Manuel Suárez Peredo, puso á la autoridad sobre la pista y bastó para aclarar toda la verdad...

—¿De manera que anda en el ajo don Juan Manuel?

—Ha sido el instrumento que eligió Su Divina Majestad para el logro de sus designios.

—¡Pues bonito instrumento!...

—Por de pronto, conteste usted á lo que le pregunte el señor Juez.

—Con permiso de usted, voy á hacer entrar á mi secretario.

Y asomándose á la puerta gritó:

—Torcida, tráigase el expedientito.

Entró un covachuelista chamagoso y mal trajeado, y empezó el interrogatorio. Concluídas las sandeces de ritual, Castillo le ordenó al secretario que me mostrara las cosas que yo debía reconocer. El secretario sacó de sus bolsillos llenos de billetes atrasados de lotería, de trozos de tabaco y de *moruzas* de pan, una serie de estuches que yo conocía muy bien.

— ¿Reconoce usted estas cosas? me dijo el Juez, abriendo una por una las cajas y poniendo ante mi vista la condecoración de Guadalupe que me había regalado Aquiles, y los aderezos y relojes que me había dado á guardar.

— Sí, señor, los reconozco; la condecoración es de mi propiedad; las otras alhajas las tenía en depósito.

— Escriba usted, Torcida... «Interrogada que fué acerca de si reconocía los objetos recogidos (los de que se dió fe á fojas 64 frente y vuelta), dijo que en efecto los reconocía, siendo de su exclusiva propiedad el señalado con el número diez y seis, que la señora doña Josefa Cardeña de Salas asegura le fué robado... dos puntos... en cuanto á los señalados... déjeme ver los números, Torcida... en cuanto á los señalados con los números veinticuatro, veinticinco, treinta, y cuarenta á cuarenta y nueve inclusive, también los reconoce por haberlos tenido en calidad de depósito, pues le fueron confiados... ¿Por quién le fueron confiados á usted?

— Por el vizconde Aquiles de Lapierre.

— «Le fueron confiados por el otro procesado, Aquiles de Lapierre...» ¿Cómo adquirió usted la condecoración?

— Me la regaló el señor Lapierre, dije llena de espanto.

— Dos puntos... «En cuanto á la condecoración de que se ha hecho mérito, la obsequió con ella el citado Lapierre...» ¿Recuerda usted la fecha?

— El seis de Julio del año pasado.

— «El día seis de Julio del año pasado...» ¿Sabía usted (dirigiéndose á mí) el valor de la pieza con que la obsequiaron?

— Me figuro será tres ó cuatro mil pesos.

— «Que cree que el valor de la alhaja que le regaló Lapierre será de tres á cuatro mil pesos...» Difiere un poco la tasación de usted de la de los peritos; ellos estimaron esa joya en cuarenta y nueve mil quinientos pesos... ¿Y sabe usted cuánto valen las otras prendas?

— No sé cuánto valgan.

— «Que en cuanto á las otras prendas recogidas (se le mostraron) de que se dió fe, y que en conjunto valuaron los expertos en ciento ochenta mil cuatrocientos veinte pesos seis reales, ignora el valor y condiciones...» ¿Con qué carácter regaló á usted Lapierre esos objetos?

— Era... mi amigo.

— La denuncia presentada al juzgado habla de Lapierre como amante de usted. ¿Lo era en efecto?

— Sí, señor.

—Bien, Torcida, escriba usted... «Que el citado Lapierre era amante de la deponente y con tal carácter le regaló y entregó en depósito las joyas descritas...» Cuando usted supo que esas joyas eran robadas, ¿no sintió deseos de devolverlas á sus dueños?

—Señor, juez...

—Por lo menos las que le habían sido entregadas en depósito...

—Yo no podía saber que tales cosas hubieran sido robadas. . ni lo creo todavía, pues Aquiles es un hombre honrado.

—Dos puntos... «Que como ignoraba que las cosas que guardó y le fueron regaladas procedieran de un delito, no pensó en devolverlas á sus dueños ni sabe quiénes sean éstos...»

Después de preguntarme doscientas mil sandeces tan ociosas como las que van apuntadas, el juez le ordenó á Torcida:

—En el mismo proceso «Contra Aquiles Lapierre y Josefina Ubiarco por robo y falsificación», escriba usted: «Preguntada en seguida para que explique el origen y circunstancias del documento que se le muestra y para que diga si reconoce que dicho documento está falsificado, y caso de estarlo si ella lo contrahizo ó sabe quién lo haya contrahecho...» Enséñele el papel.

Torcida sacó un papelón amarillento, de barbas, con



— Bien, Torcida, escriba usted... Que el citado Lapierre era amante de la deponente...

THE NEW YORK
PUBLIC LIBRARY

ASTOR, LENOX
TILDEN FOUNDATIONS

sellos y rúbricas de no sé qué año y letra engarabitada y difícil aun para los paleógrafos. Malamente dije que no reconocía semejante mamarracho.

—Es el caso, zumbó la voz del juez, que Lapierre lo ha presentado entre los títulos justificativos de la demanda intentada en nombre de usted para recobrar los bienes que pertenecieron á la familia de Miravalles.

—Sin embargo, ese papel no obraba entre los que yo le dí... Pero sírvase usted decirme qué cosa es...

—Es un poder para testar otorgado por don Bartolomé Fernández de Ubiarco en favor del presbítero don José Díez y otorgado por ante el notario Froilán Castillo.

—¡Pero eso no es legítimo!

—La falsificación es tan clara, que aparte de inverosimilitudes como la de suponer reinando á don Carlos III en 1704... Vea usted lo que dice el sello... Valga por los años de 1704 y 1705... *Carolus III Hisp. et Ind. rex*... Pues como digo, aparte de suponer reinante en 1704 á don Carlos III, el papel delata la burda falsificación. Véalo usted al trasluz... «Estado Libre y Soberano de Jalisco—Fábrica de Atemajac...» Ya ve usted que en 1704 no existían ni el Estado de Jalisco ni la fábrica de papel de Atemajac...

Me quedé atónita, pero en ese instante recordé que sí le había dado el papel á Aquiles y que aquél había venido á mis manos por la indicación de Moncalián, que lo había traído de Guadalajara. Lo dije y el juez se incomodó.

—Si lo que pretende usted es despistar á la justicia se equivoca del todo. Vale más que diga usted la verdad lisa y llana... ¿Trata usted de que nos soltemos enviando exhortos á los cuatro vientos, para que no den resultado ninguno y que tengamos que ponerla en libertad sin haber agotado la averiguación?

—Señor juez, Moncalián existe y no es un ente de razón... Es primo mío y vecino del Puerto de Santa María en España...

—¡Ah, primo de usted!... Entre el amante y la amante, entre el primo y la prima, han aderezado un pastel que ya...

—¡Señor juez!...

—¡Señora Ubiarco!

—Creo que esta situación mía...

—Esta situación suya le impone la obligación de ser respetuosa con la justicia y de decir toda la verdad y nada más que la verdad.

—La he dicho, señor.

—Bueno, haga usted lo que quiera; hasta puede mentir; pero no olvide que esas reticencias agravan su estado. Julio Claro dice que... pero en fin, no ha de entender usted lo que dice Julio Claro, que lo dijo en latín... Torcida, escriba usted... «Que ese papel, lo mismo que los otros que obran en el juzgado, en el expediente de la reclamación intentada para la reivindicación de los bienes que forma-

ron los vínculos de Ubiarco y Miravalles, le fueron entregados por su primo Miguel Moncalián, residente ahora en Puerto de Santa María, España, y que antes vivía en Cádiz y Granada...» Punto y aparte... «Esto expuso en fe del juramento... digo, de la promesa que tiene hecha de decir verdad; leído que le fué lo ratificó y firmó, etcétera...»

Firmé la declaración y entonces tomó la palabra don Antonio.

—Ya ve usted el resultado de su conducta... Si S. M. no hubiera tenido noticia de los sucesos debido á la denuncia de un buen vasallo, quién sabe hasta dónde y cuánto más hubiera usted seguido arrastrando su nombre por el lodo...

—¡Ese vasallo es un canalla!

—Cállese usted.

—¡Y usted otro canalla!

—¡Que se calle, le digo!... Ahora me toca exponerle lo que va á suceder. S. M., que á pesar de los punibles extravíos de usted, recuerda que ha sentido estimación y cariño por su persona, ha dispuesto, en prueba de su especial benevolencia, que no pase usted presa á la cárcel, sino que continúe encerrada en este cuarto hasta que concluya la tramitación del proceso, pues no entra en su ánimo, de ningún modo, reprimir ni estorbar el curso de la justicia... En tal virtud, aquí permanecerá encerrada hasta que el juez declare que es usted inocente, en cuyo caso saldrá á

la calle, ó que es culpable, en cuyo caso irá á dar á la cárcel de Belén con la debida custodia.

Dijo, y su fenomenal nariz se fué esfumando en lontananza hasta que desapareció de mi vista. Torcida cerró la puerta, y los pasos del *personal del juzgado*, como decía Castillo en su jerga, se alejaron poco á poco por aquellos inmensos corredores.



Imposible describir mis sensaciones de aquel momento espantoso. Ni cuando estuve á punto de muerte en compañía de los belgas, ni cuando me aprisionaron los bandidos, ni cuando me cogieron prisionera los chinacos y los franceses, sentí nada que se pareciera á esta horrible situación en que la deshonra se cernía sobre mi cabeza y en que sentía que el odio, la envidia y todas las malas pasiones se empleaban en soplar la odre del infame expediente del licenciado Castillo.

Bien me lo había vaticinado don Juan Manuel. Tenía que caer en sus garras, que sufrir el tormento de su persona, ó había de resolverme á soportar consecuencias tan terribles como las que estaba soportando. Pero la verdad es que el descrédito, la ruina, la prisión, la muerte misma, me parecían suaves y llevaderos comparados con el tormento de aguantar al horrible y asqueroso viejo.

Todo el día lo pasé con mis pensamientos, más desesperada que con mi desgracia, con la incertidumbre, con la ignorancia absoluta que me rodeaba. ¿Sería Aquiles un tunante? ¿Me habría abandonado? ¿Qué enredo era aquel de las alhajas, y por qué habían resultado en mi poder cosas de doña Pepa Salas, de don Isidoro de la Torre y hasta del mismo don Juan Manuel Suárez Peredo?

Me pasaba los días forjando y deshaciendo cartas para los Emperadores, para Almonte, para Bazaine, para el mundo entero; mas nadie se presentaba, ni me enviaba respuesta, ni daba señales de vida. Vivía más olvidada y más oculta que en el calabozo más oculto y olvidado, y sentía que las paredes de la habitación me separaban del mundo más que me habrían separado los fosos, los contrafuertes, puentes y muros de la prisión más rigurosa.

Una noche, cuando descansaba ya de la brega mental del día, sentí abrir la puerta de mi cuarto. Dudé si sería juguete de alguna ilusión (pues todo podía esperarlo de mi estado de nerviosidad), pero no tardé en convencerme de

que la puerta cedía y de que una persona aseguraba de nuevo la cerradura por dentro...

Entonces me eché á temblar como una azogada pensando que quizás mis enemigos querían vengarse de mí y quitarme la vida ocultamente, tan ocultamente que nada llegara á saberse para que todo pudiera atribuirse á un suicidio...

Me eché vestida en la cama y me arrebujé con las ropas no queriendo ver ni oir al verdugo destinado á matarme. Pero no pasó mucho rato sin que oyera una voz dulce y grata, amiga y conocida, que me decía con inflexión de piedad:

—Levántese, señora Ubiarco... Levántese, que deseo hablarle... Soy yo, el Emperador.

En efecto, era el Emperador, que llegaba solo, vestido con el traje gris que acostumbraba y con el mismo aspecto de bondad, de conmiseración y de tristeza que le había visto siempre en México. Sentóse en un sillón de la estancia y me invitó á sentarme en el otro.

—Ha escrito usted, comenzó diciéndome (y entonces observé que había abolido el tratamiento de vos que le había sido familiar), ha escrito usted repetidas veces á S. M. la Emperatriz pidiéndole la reciba pública ó secretamente para referirle algunas cosas que le interesa hacerle saber... S. M. no puede recibir á usted... No está aquí...

—Pensaba que pudiera estar mala, y vivía llena de cuidado por ello.

—S. M. acaba de marchar á Yucatán, á donde la habían invitado repetidas ocasiones los buenos hijos de aquella península, que creen en el imperio y que nos aman sobre toda ponderación. ¡Dios les pague los buenos ratos que su lealtad nos proporciona!... Decía usted en la carta que le dirigió á S. M. que estaba dispuesta á decirle muchas cosas acerca del asunto de su prisión y á hacerle confesión general de sus culpas... ¿Quiere usted hacerme esas revelaciones? ¿Quiere confesarse conmigo tan ampliamente como lo haría con la Emperatriz?

—Sire, respondí, puede creerme Vuestra Majestad que sólo eso ambiciono y que de mi situación no me ha afligido ni lo riguroso, ni lo tirante, ni lo ocasionada á recibir el inmerecido castigo, como el temor de perder la estimación de Vuestra Majestad y de la Emperatriz. Dispuesta estoy á confesarme, y si Vuestra Majestad es tan bondadoso que me escuche, puede estar seguro de que no le diré nada que no sea la verdad.

—Cuente usted, cuente usted, dijo Maximiliano, quizás minado por secreta y femenina curiosidad.

Le relaté entonces toda mi vida, mi vida llena de tentativas estériles, de deseos locos, de impulsos altos, de grandes caídas y de más grandes errores. Duré como tres horas haciéndole aquello que él llamaba mi confesión ge-

neral, interrumpida apenas por alguna que otra observación de parte del príncipe. Cuando concluí, me habló Maximiliano con su bondad de siempre:

— Señora, me dijo, ha pecado usted mucho, pero se le perdonará porque ha amado mucho y ha sufrido más... Pero este último paso de usted quizás sea lo imperdonable, lo irremediable, lo que no tenga arreglo posible... Se enamoró usted de un hombre ruin y perverso, que no se limitó á hacerle traición, sino que también pretendió inodarla en los turbios y detestables asuntos en que estaba metido... Lapierre quizás tuvo la idea, seguramente que la tuvo, de obtener la impunidad ó el perdón mezclando en sus hazañas, en sus crímenes, el nombre de una dama de S. M... Y por Dios que se engañó, pues contra cualquiera que hubiera resultado culpable habría caído la cuchilla de la ley... Pero ¿qué mucho que hubiera engañado á usted, mujer débil y enamorada, si me engañó á mí, el Emperador, haciéndome creer en su caballerosidad y en su hidalguía? ¿Sabe usted quién era Lapierre? Lapierre era el jefe de mi contrapolicía y el jefe de la policía reservada del Mariscal; acompañado de un tal Zanetti, sacerdote italiano ó cosa así, espiaba cuanto acontecía en las residencias imperiales y lo comunicaba en seguida á Bazaine...

— Sire, servíos ser más explícito.

— Una carta que yo enviaba á Napoleón III quejándo-

me de los procedimientos del Mariscal, fué interceptada, copiada y descifrada... Los malvados no vacilaron en embriagar al general Woll, mi ayudante de campo, para obtener esa pieza que acaso hubiera modificado la situación del imperio si no hubiese sido refutada á tiempo por el Mariscal, que se valió de artimañas y mentiras, que á pesar de serlo le dieron el resultado que apetecía.

— Sire...

— Hable usted.

— Esa carta... yo contribuí á que se interceptara...

— ¡Usted!...

— Sí, yo fuí quien dió á Lapierre noticia exacta de ella, lo mismo que de la cifra que correspondía al Mariscal en la clave de Vuestra Majestad...

— Y esa cifra fué la que sirvió á Bazaine para toda la carta...

— También me comunicaba cuanto hacía Vuestra Majestad y me exigía le dijera qué hacía la Emperatriz y que le avisara cuanto se decía en Palacio.

— Todos esos informes los transmitía en seguida al Mariscal en partes diarios, mientras me comunicaba á mí falsedades ó insignificancias.

— Sire, ¡qué mal tan espantoso he hecho sin quererlo! exclamé llorando. No por encubridora ni por ladrona; por imbécil me deben castigar.

— Aún hay más...

—¿Todavía, Sire?

—Lapierre, que parece pertenecía á una gran cuadrilla de bandidos, robó en diferentes épocas á los señores Escandones é Icazas, á don Isidoro de la Torre, á la señora Salas, á don Juan Manuel Suárez-Peredo y á otras gentes alhajas que se han encontrado en poder de usted en mínima parte, y que consiguió sacar del país en su inmensa mayoría...

—Sire...

—Además, coludido con un tal Galloni d'Istria, corso que vino á mandar la policía mexicana, expedía licencias para casas de juego, siendo él mismo el empresario, explotaba toda clase de inmoralidades y tenía protegido el robo en grande escala.

—¡Sire, por Dios!...

—Al recibir el dinero de Jecker, se fugó del país con su mujer, una tal Nieves, hija de un viejo del Bajío llamado don Alonso, que según parece vivía en una casa de la calle de Vergara, que se le había señalado por alojamiento...

—¡Oh, Dios mío! exclamé como enajenada.

—... Pero no le salió bien ese cálculo; don Alonso había testado al morir dejando su dinero á la viuda, que se casó... con el asistente de Lapierre... De manera que á la fecha es capitalista el antiguo cabo de escuadra, y el vizconde no posee sino lo que se ha robado. Se presume que

en el equipaje de la mujer haya salido la mayor parte de lo que afanó el bribón de Lapierre.

—¡Pero ese hombre era un monstruo... y esa mujer otro monstruo que con su cara bonita me engañó del modo más cruel!...

—Eso fué lo principal; pero al saberse que había tenido amistad íntima con usted no faltó quién sugiriera



registrar los muebles que usted había dejado en su cuarto; se abrieron por mano del cerrajero y...

No sé lo que pasó por mí tras la serie de escopetazos que me disparó la suave y bondadosa mano del Emperador; pero atropellando las conveniencias, faltándole al respeto, sin temor de nada, le dije:

—Sire, no quiero posición en la corte, ni dinero, ni honra... Quiero vengarme de ese bribón, quiero amargar-

le la vida, quiero, en fin, hacerle padecer lo que él me ha hecho padecer á mí!... ¡Os lo ruego de rodillas, Sire; concededme la libertad para consagrarla á esa obra de reparación, de justicia, de bien y de verdad!...

Maximiliano me miró triste y fijamente, y acercándose á la mesa escribió una carta que decía:

«Muy distinguida señora Jecker: Como Nos habéis pedido que os hagamos saber NUESTRA impresión acerca de vuestra persona y de los sucesos que con ella se relacionan, Nos apresuramos á deciros que la expedición que emprendisteis á Michoacán por orden NUESTRA resultó muy fructuosa y favorable para NUESTROS intereses y los de NUESTRA patria, y que durante todo el tiempo que habéis permanecido al servicio de la Emperatriz habéis dado muestras de exquisita y sincera adhesión á SU persona y á todo cuanto se relaciona con el Imperio, siendo por tales motivos muy grande y merecida la estimación que os consagramos,

Vuestro afectísimo,

MAXIMILIANO.»





CAPITULO II

Esto se va

No se limitó la bondad del Emperador á dejarme la carta, sino que al día siguiente me envió convite para comer en la mesa del palacio, me hizo sentar entre el arzobispo y el ministro inglés y me dirigió la palabra con tal cariño y tanta bondad que mis émulos y envidiosos deben de haber quedado sin ganas de hacer más catálogos tocante á mi persona. Allí repitió muchas ocasiones que en viniendo la Emperatriz no sólo tomaría posesión de mi cargo de dama de honor, sino que sería agraciada con la nueva orden de San Carlos, recién establecida bajo el patrocinio y dirección de la soberana.

La tarde de ese día recibí la visita de mi amigo el padre fray Tomás Gómez, que iba á pedirme licencia para partirse.

—¡Dios mío! exclamó al verme; pero ¿quién había de

creer que regresaría usted de esa expedición de Satanás todavía más lozana, guapa y llena de salud que cuando se marchó? ¡Pero si parece mentira!... El sol, el aire, la lluvia, el mal dormir y el peor comer han hecho engrosar á esta pecadora y le han dado un barniz que... vamos, parece otra.

— La edad, padre...

— ¡Qué edad ni qué niño muerto! ¡Si usted se burla de los años como de las personas! Yo no sé cuántos calendarios tenga encima, mas juraría que no son más de veinticinco... Pero, en fin, dejemos eso: me alegro que esté tan hermosota y celebraré que siga siéndolo si ha de ser para bien de su alma... ¿Sabe que me voy?

— ¿Y á dónde bueno, fray Tomás? ¿Anda acaso de político y piensa marcharse á arreglar las dificultades pendientes?

— ¡Político! Pero ¿por quién me ha tomado usted? Yo no soy político, ni sé nada de política, ni quiero nada con esa señora... Me marcho á mi convento, á mi celda, á mi soledad de siempre... Como dijo el otro,

... las ambiciones cortesanas
Prisiones son do el ambicioso muere,
Y donde al más astuto nacen canas.

Y yo, que al venir de ultramar, traje algunas (canas, no ambiciones), he quedado aquí como si me hubieran metido en harina... ¡Ay, señora mía, lo que aquí se ve!...

Quien quiera saber hasta dónde llega la picardía humana, que venga á esta corte.

—¿Qué me cuenta usted, padre, si yo acabo de ser víctima de esas cosas?...

—¿Qué habla usted allí, mujer? A usted le habrán hecho doscientas mil trastadas, pero no como á mí...

—Tales han sido, que me propongo no volver á la corte.

—No haga usted eso, que le pesaría. Usted, que es aficionada á mirar y á notar lo que pasa en el mundo, no debe dejar este observatorio privilegiado en que se encuentra... Y luego, que estoy segurísimo de que nadie ha de volver á acordarse de usted, aunque lo que haya hecho sea de lo más tremendo...

—¿De veras, padre?

—¿Luego no lo sabe? Esto se va, esto se acaba, esto se derrumba. No sé; pero Sus Majestades se han vuelto locos, ó representaron en Miramar una comedia indecente... ¿Qué cree que me dijo el otro día el Emperador? «Yo me paso sin Roma; fundaré una iglesia nacional y yo seré el papa.»

—Quizás sea una chanza.

—Quizás lo sea; pero es una chanza impía. ¿Sabe usted lo que dicen de los señores obispos? Que dejarían sus sedes más bien que los productos que les proporcionan; que tienen como aspiración suprema vivir en Europa con

el dinero que sacan de sus obispados: que la religión les importa un comino; que son, en suma, logreros y no apóstoles... ¿Qué le parece á usted? Y luego, haber expulsado á un francés, el abate Alleau, porque estaba diciendo las del barquero... Eso no tiene perdón... Y *ainda mais,* haber declarado vigentes, legítimas, vivas, llenas de sabiduría, esas leyes abominables que Juárez llamó de reforma, y que no son más que espantosas impiedades... Lo dicho, ó estas gentes han perdido el juicio ó fueron unos grandísimos é indignos comediantes... Les hubiera visto usted en Europa llenos de fervor, de unción, de respeto y de entusiasmo por todo lo santo... ¡Qué días aquellos! Me imaginaba que no tardaríamos en ver sobre el trono á un verdadero y legítimo Austria, á un Felipe II, á un Felipe III. á un Rodolfo de Hapsburgo. ¿Y qué hemos visto? Un Barbarroja, un Enrique IV, un Federico II. ¡Dios le tenga de su mano y mil veces disponga quitarle antes la vida! pero yo veo al Emperador entregado á la impiedad y á la apostasía, los crímenes mayores de que puede hacerse reo un hombre... El se hinca de rodillas cuando pasa el Viático: él saluda con respeto á los sacerdotes; pero ¡ay, amiga! ¡qué farsas tan indignas! en su interior se está burlando de todo con la saña del más impío de los volterianos...

—No me cuenta nada nuevo, padre; pero ¿por qué me dice que esto se va? Me parece que á su paternidad le acontece lo que al zapatero del cuento, que exclamaba al

salir de la corte de las Españas: «Adiós, Madrid, que te quedas sin gente», figurándose que ya no habría quién habitara en la coronada villa desde que él se ausentaba.

— Usted es tonta, ó está empeñada en parecerlo: qué, ¿no sabe que Bazaine y Su Majestad están á matar? Sí, señora, á matar. Por esto y por lo otro y por lo de más allá, se dan cada agarrada que tiembla el misterio. Y es claro, donde no hay harina todo es mohina: como Bazaine tiene dinero y no quiere soltárselo al Emperador, el Emperador se enfullina y grita alarma y apellida traidor al otro, y el otro llama del inepto y del tonto y del ingrato á Maximiliano... En fin, que esto es el campo de Agramante, y quién reclama el yelmo, quién pelea por la espada, quién disputa la lanza, quién tira de la armadura... Sí, amiga, estamos locos, locos de remate, locos sin remedio: ¡Dios nos tenga de su bendita mano!...

— Pero con quitar á Bazaine...

— Bueno, pues se iría Bazaine y vendría Douay, ó Neigre, ó el Moro Muza. La persona no importa nada; lo importante es el fondo del negocio: Napoleón no quiere que sus tropas duren aquí más tiempo, y naturalmente, la intervención todos los días va á menos, va á menos el poder del Emperador y el imperio se va achicando hasta que no quede ni un pedacito para remedio.

— Pero, ¿es serio?

— Y tan serio. Bonaparte tiene ordenado ya cuándo

han de salir las primeras tropas, y naturalmente, el pobrecito Maximiliano está con la barba sobre el hombro.

—¡Qué horrible traición!

—¿De quién?

—De Napoleón, de Bonaparte. Su compromiso de mantener sus tropas en México, no terminaba hasta 1868.

—Bien puede ser; pero ¿no ha oído usted decir aquello de pica adelante que atrás vienen picando?... Pues eso cabalmente pasa aquí. A Napoleón le molestan las complicaciones de Alemania, de Austria y de Italia; le atosigan los muchos que le quieren mal en su tierra y que le arman en las Cortes cada marimorena que da la hora; y sobre todo, tiene un feroz Pedro Recio, la República de los Estados Unidos, que le tiene puesto el dogal al cuello amenazándole con no sé cuántas cosas. ¡Qué sabiamente dicen aquí, que cada perro tiene su tramojo! y Napoleón, que es un mastín, tiene nada menos que tres ó cuatro tramojos que no le dejan morder en paz.

—Pues mire usted que... Yo me figuraba que eso de los Estados Unidos era cosa de clavo pasado. Hace más de un año me refirió Luis de Arroyo que de un día á otro reconocerían al imperio los tales Estados.

—Pero ¿usted se cree de panolis como Arroyo? Es un pobre hombre. Bien puede ser que los tales americanos hayan estado embaucando al Emperador con la comedia de «si te reconozco», «no te reconozco», pero en el fondo no

han hecho más que lo que aquel marido que excitaba cariñosamente á su mujer á comer pollos, y que de ocultis y armado de un gran palo le gritaba: «¡cuidado si los catas!»

— O aquel que consentía en que su mujer fuera á un baile, diciéndole: «si quieres ir, anda». Que se descomponía así: «si quieres ziranda», que es una vara muy correosa y flexible de Michoacán.

— Eso es.

— ¡Pues estamos aviados!

— Aviados, sí, señora.

— Mas según parece, han recibido admirablemente y traen en palmitas á S. M. la Emperatriz en Yucatán.

— Fíese en la Virgen y no corra.

— Pues decididamente tiene usted razón: esto se va.

— Sí, se va, dijo Gómez; pero quien se va antes que la situación soy yo.

— ¿Usted? ¿Y por qué se va usted, padre de mi alma?

— ¡Friolera! porque no puedo aguantar á estos bellacos que han tomado la dirección de la casa imperial. Mire usted que un sacerdote católico y español, puesto bajo la tutela y vigilancia de luteranos...

— ¿De luteranos?

— Sí, señora, de luteranos como ese Rodolfo, que trata de mandarnos á todos y que cree poseer la llave del albedrío de Su Majestad. ¿Y sabe cómo me llaman? Me llaman Torquemada, y creen que estoy de acuerdo con los seño-

res obispos para trastornar á Maximiliano. ¿Me da perversos? Claro que yo no veo con gusto que se ultraje á Sus Señorías, pues como me decía uno de ellos, la situación es ahora más tirante que en tiempo de Juárez, que al fin el indio siquiera es del país y conoce las cosas y las personas, y á pesar de sus exageraciones puede hacer algo de justicia; pero con estos bellacos, presumidos, ignorantes y vanidosos, que se figuran que por haber nacido en Austria ó en Bélgica ya son de otra madera que el resto de los mortales, ¿qué va á hacerse ni qué se puede emprender? Decididamente esto anda mal, muy mal, y yo me retiro á mi convento á ver qué me depara Dios en él... Bien dice el Ilmo. Covarrubias, que es de lo más salado para conversar: Juárez indito, Juárez güerito, todo igualito.

Quedóse callado un buen rato el padre Gómez, y dando una gran voz prosiguió:

—Vivir para ver, señora Ubiarco; vivir para ver... ¿Se acuerda usted de Miramar? Todo era invocar á María de Guadalupe, y solicitar el amparo de Dios, y ofrecer construir capillas y hospitales, y proteger el culto y quitar á los impíos esa riqueza que se han cogido. ¿Y qué ha resultado? Lo que nadie se imaginaba: que los que venían á restaurar el santuario y á poner las cosas en su lugar han venido á ser más malos que los otros, más perversos que los otros y peor intencionados que los otros... Será designio de Dios, pero la verdad es que no lo entiendo. El



— Vivir para ver, señora Ubiarco; vivir para ver...

THE NEW YORK
PUBLIC LIBRARY

ASTOR, LENOX
TILDEN FOUNDATIONS

mundo está chocho, no le quepa á usted duda ninguna: esto de que los pueblos se levanten contra sus reyes y contra sus pastores, es cosa que no estaba prevista; mas esto de que los reyes se unan á los pueblos y se tornen más demagogos que ellos y se calen el gorro frigio y guíen á las turbas en la tarea impía de alzar cadalsos para los demás reyes y derriben altares á qué quieres boca, es cosa que no me cabe en el magín, vamos, que no me cabe...

— Todo esto es cosa de Eloín...

—¿Eloín?... Pero ¿en qué país vive usted? Eloín ya no significa nada, ni tiene influencia alguna. Si no se va pronto á su tierra, me lo arrumban como á mueble inútil. Así es Su Majestad: uno, dos, seis meses, «cedacito nuevo, ¿dónde te pondré?»; pasado ese tiempo el puntapié y el esquinazo... ¡Pobre Maximiliano!

— De manera que ahora... no hay favorito.

— ¿Cómo no ha de haber? Y más peligroso que nunca: es un sacerdote.

— ¡Padre Gómez!...

— ¡Señora Ubiarco!... No me retracto: un sacerdote peligrosísimo, que muy pronto se marcha ó se ha marchado ya para Roma á arreglar el concordato.

— ¿Y llama usted peligroso á un hombre que tiene tan buenos fines?

— Lo malo no es los fines; lo vitando y lo perverso son los medios. Se trata de un clerigón alemán que le ha he-

cho tragar á Su Majestad la bola de que desciende (morganáticamente por supuesto) de los reyes de Wurtemberg. Por el cuarenta y cinco llegó á México como pasante de notario; pero picaba más alto y no tardó en dejar Tamaulipas ó Coahuila, donde había vivido, y en ir á California á buscar oro en tiempo de la bonanza... Malas lenguas aseguran que tenía sus placeres en alguna parte que no era los yacimientos que explotaban los gambucinos... Hizo tres ó cuatro años la vidurria que llevaban aquellos pecadores, que á condición de echar en sus bolsillos algunas pepitas de metal amarillo no vacilaban en herir, en matar y en robar al pinto de la paloma, si por acaso se presentaba de modo. A pesar de toda su industria, Fischer no pudo enriquecerse; se volvió á México y se dedicó á explotar en Guanaceví unas minillas que no le daban ni para comer. Seguía de protestante, pero aquello no le ayudaba á sus planes y dispuso bautizarse con todo el ceremonial de rigor. Pero como si la blanca veste de los catecúmenos le hubiera infundido un fervor de que siempre había carecido, pronto se ordenó de sacerdote y empezó á catequizar á una paisana suya que yacía sumida en el abismo espantoso de la secta de Lutero. Mas con aquel intempestivo celo que le embargaba, no se limitó ¡qué había de limitarse! á arrancar del error á la señora, sino que también la arrancó del lado de su marido y tuvo con ella dos hijos...

¿Creerá usted que tras de la aventurilla me le metieron en el clerical, y que cargado de hierros y cadenas y comiendo hierbas cocidas sin sal se pasó algunos años expiando su falta? No, señora. Entró como secretario del Ilustrísimo señor obispo de Durango y la pasó tan ricamente, gozando de los diezmos y primicias y engordando á ojos vistas. Pero cátate que Su Señoría Ilustrísima tenía una criada, guapa ella, gordita ella, modosita ella... Aunque la muchacha no estaba contaminada de ningún error teológico, no dejaba de claudicar un tanto en materia de fe, y queriendo enseñársela con el primor que sabe, Fischer le propuso un día salir al monte á recibir las explicaciones... Todavía estarían allá el nuevo apóstol de las gentes... con enaguas y su protegida, si no hubiera querido Dios poner á Fischer cerca de don Carlos Sánchez Navarro, el riquísimo propietario de Durango; don Carlos trajo acá al padrecito, y lo demás se comprende: su mundología, su habilidad, su garabato y su chiste, fueron alicientes para que Maximiliano se le entregara atado de pies y manos... Por supuesto que los clericales mexicanos han encontrado que el hombre está que ni mandado hacer para sus fines: la brillante hoja de servicios de Fischer le consagra clérigo mexicano de los pies á la cabeza, y á Fischer se han encomendado de todo corazón. Por eso anda ahora arreglando la componenda con Roma; pero yo no sé por qué creo que el Padre Santo no ha de concluir nada

aunque se lo propongan padres descalzos... En fin, yo me voy y que Dios les ayude; sean Sus Majestades tan dichosos y tan grandes como merecen y gocen de todo el bien que el Señor les depare. Yo les veré y les bendeciré desde mi convento, que á pesar de los pesares soy pan agradecido y desearía que todo lo resolvieran pacífica y armoniosamente.

— A pesar de todo eso, padre, yo creo que no debo volver á la corte, repuse con vehemencia.

— ¡Válame Dios y qué machacona es! ¿Qué es lo que usted tiene entre manos, comparado con lo que hicieron esas niñas que se arañaron y se insultaron en plena Alameda?

— ¿Sí?

— ¡Fué tremendo! Por si las veía ó si no las veía un señorito guapo, gran caballista, decidor y rumboso á quien le llaman el príncipe Kevenhuller, se dieron una mano de rasguños y golpes que quedaron hechas unas nazarenas... Nada digamos de esa otra á quien hallaron besándose y diciéndose chicoleos con el novio francés en la iglesia de la Profesa... Tiene razón ese periodiquín de muñecos que llaman «*La Orquesta*»: *Anda el diablito por la Alameda...* Sobre todo, usted no se dé por entendida: tómele el pulso á la situación, entérese del ánimo de las gentes y preséntese como lo que es en realidad, víctima de un error, de una equivocación, de una calumnia (según dice qué lo es) y

no como culpada... Por lo demás, esta es buena oportunidad de que abra los ojos y se entere. Usted padece del mal de la confianza en la amistad humana, y ya lo había dicho el venerable Kempis: «No confíes ni estribes en la caña vacía; porque toda carne es heno y toda gloria caerá como la flor del heno... Si mirares solamente la apariencia de la fuerza de los hombres, presto serás engañado...» Y no la atormente la humildad de su condición ni la enormidad de sus pecados; yo no sé si serán éstos muchos ó pocos; pero ¿no se levantó María Magdalena luego del lugar donde lloró cuando le dijo Marta: «El Maestro está aquí y te llama?»

Tras aquella rociada mística me propuse no entrar en religión sino volver á la corte y buscar allí mi viejo empleo, que al fin todo tenía que ser por mejor si seguía el consejo que de observar y notar me daba el padre Gómez.

A pocos días se anunció la vuelta de la Emperatriz de su excursión á Yucatán. Salimos á recibirla hasta San Martín Texmelucan, pasamos en Chalco el día primero del nuevo año de 1866, visitamos las grutas de Cacahuamilpa y nos preparábamos para tomar la vuelta á México cuando supimos en Cuernavaca la muerte del rey Leopoldo I de Bélgica, padre de la Emperatriz: ese día, que me parece fué el tres de Enero, llegaron Scarlett, el ministro inglés, y Dano, el francés. Dano iba acompañado de un personaje serio y reservado que se sentó á la mesa junto

al Emperador durante los pocos días que abandonó el cuarto de la Emperatriz.

Carlota no demostró sentir á su padre como habría sido de esperarse en quien amaba tan tiernamente al viejo monarca. Permanecía horas enteras mirando al campo, sumida en una atonía, en una indiferencia, en un olvido de cuanto le concernía que nos daban verdadero cuidado. Pero se miraba bien que la marmita que no hacía ruido, vaporizaba y trabajaba por dentro á altísima presión. Recibía las visitas, las despedía con arreglo á la etiqueta, hablaba unas cuantas palabras y volvía á aquel triste é incesante meditar que llevaba trazas de no concluir nunca. De cuando en cuando se la oía exclamar:

—¡Que no viva para que no llegue á enterarse de lo que ha de venir!

—¡Qué bien ha de haber sabido la muerte de mi padre al arzobispo Labastida y á los demás cangrejos!

Nosotras respetábamos su dolor, tanto más intenso cuanto que no era compartido por nadie. El Emperador, en cambio, estaba más alegre y más charlatán que nunca. Un día que comí en el cuarto de la Emperatriz acompañando á Sus Majestades, á los dos ministros y al personaje anónimo, serio y reservado, oí una conversación que me hizo creer que el padre Gómez había visto visiones.

—No creáis, señor barón, todo marchará bien: claro

que haremos aprestos para quedarnos solos, claro que organizaremos el ejército mexicano; pero esto no es puñalada de pícaro. Contra todas las fórmulas diplomáticas, contra la tirantez de relaciones, contra todo, tengo la palabra de vuestro Emperador: «Perded cuidado, me ha dicho poniendo en mi mano su mano honrada y leal: me comprometo á sosteneros por cinco años enviándoos tropas y dinero...» No necesito otra prenda de fidelidad; no apetezco garantía mejor ni más sólida: me basta con la palabra del grande hombre... Comprendo que os haya enviado ahora y que siga haciendo todo lo posible por persuadir al mundo de que va separándose de los negocios mexicanos; pero más que dejar satisfechos á los Estados Unidos y á la oposición en las Cámaras francesas, le importa cumplir su palabra y la cumplirá: me sostendrá cinco años... Y en último caso, en el caso inverosímil de que vuestro Emperador no pudiera ó no quisiera cumplir su promesa... nos quedaríamos solos y quizás nuestra situación fuera mejor.

—¿Mejor, Sire? articuló el desconocido.

—¿Mejor? preguntó Dano.

—¿Por qué no? murmuró Scarlett. Los mexicanos son celosísimos de su independencia, aman más que nada el poder darse un gobierno propio, aborrecen á los franceses (claro que sin razón ninguna) y cuando el Emperador se quedara solo tendría á su disposición todas las riquezas

del clero, todos los hombres que quisiera. Quizás el mismo Juárez...

—El mismo Juárez se pondría de mi parte, exclamó Maximiliano: sé por buen conducto que no aguarda más que la ausencia de los franceses para rendirme pleito homenaje y declararse mi vasallo...

—Sire, lo que acaba de decir el señor Scarlett... insinuó el extraño personaje lleno de miedo.

—No puede tener razón ninguna en ello, concluyó Dano. ¡Aborrecer los mexicanos á los franceses, que han derramado aquí su oro y su sangre!...

—Y que han hecho á la nación...

—Y que han luchado desinteresadamente...

—¡No tendría nombre!

—No dé Vuestra Majestad oído á cuanto le digan.

—No, M. Dano, dijo triunfante el Emperador. ¿Acaso me creéis tan niño que me deje llevar de nuevas? Treinta y cuatro años tengo, y en mi edad todavía no me engaña nadie. Quizá se abuse alguna vez de mi buen corazón, nunca se abusará de mi credulidad... Lo que me dice M. Scarlett puede tener mucho de justo y vale la pena de reflexionarse.

—Sire...

Guardamos silencio un buen rato, y Carlota lo rompió diciendo lenta y gravemente, como quien refiere algo que tenía guardado dentro y se ve obligado á vomitarlo porque le indigesta:

— Es verdad... es verdad... tiene razón... Y cuando todo turbio corra... nos volveremos á Europa... Allá nos reserva una corona mejor el sufragio universal... Allá viviremos sin zozobras... Tiene razón.

Como si aquella hubiera sido la señal para ponernos en pie, el Emperador se alzó violentamente y dió el brazo



á la Emperatriz. A poco se marchó con los hombres al fumadero, y desde nuestro cuarto le veíamos accionar con violencia cogido del brazo del inglés. Los franceses formaron rancho aparte y estuvieron conversando cerca de la ventana que cae al gran estanque... Todavía estábamos en Cuernavaca cuando llegó Hidalgo el grande, seguido de un inmenso equipaje en que constaban, según él decía, las últimas creaciones de la moda contemporánea. Habló

varias veces con Su Majestad, nos acompañó cuando volvimos á México, y á la hora menos pensada desapareció. Uno ó dos días antes de su partida me pescó á solas en la *serre* de Chapultepec. La hora, que era la de la siesta; el discreto silencio que reinaba; la *store* baja y que contribuía á tamizar la luz chillona que se colaba por los vidrios; los asientitos colocados frente á frente, todo predisponía á las confidencias. Pepe portaba un levitón claro, un altísimo sombrero, unos guantes color rojo, un bastón gordo y extravagante y unos estrepitosísimos pantalones á rayas, que según me explicó, eran *le dernier cri de la mode...*

—Ese París, comenzó Pepe, ese encantador París de mis pecados... A él me vuelvo aunque tuviera que fugarme... ¿Que si no acepto el cargo de Consejero de Estado? ¡Qué voy á aceptar!... Su Majestad... ¡Pobre!... le engañan... Y cuando viene un hombre decidido á referir la verdad me le tratan como traidor, como espía, como vendido á Napoleón... Pero yo se lo he dicho á S. M.: «Sire, ya lo sabe Vuestra Majestad, soy de la casa, soy íntimo de las Tullerías, nadie puede jactarse de tener más metimiento que yo en el palacio, y por eso le digo á V. M. que la retirada de los franceses no tiene remedio, que está resuelto el abandono de esta empresa, que si V. M. no cuenta con el apoyo del ejército mexicano que haya criado, es punto menos que imposible que pueda continuar... Hoy, hoy

hace cabalmente dos meses que estuve en Fontainebleau con Sus Majestades, y mientras Paulina (así llamamos en la intimidad á la de Metternich) cantaba divinamente aquello de «*Ah! ah! c'est moi, me voilà... pauvre delaissée...*» el grande hombre me decía que no tiene apelación su propósito... ¡Oh, si viera usted, señora, á la admirable Paulina cantando esas deliciosísimas coplas picarescas que ha inventado el genio de Offenbach! No hay como ella para darle intención al famoso *hem, hem*... ¡Tiene mucho chiste!.. Días antes de la muerte del pobre duque... ¿Que cuál duque? El único, el auténtico, el verdadero duque de Morny... ¡Jesús, qué mal gusto de alfombra! ¿Quién le vendería esta fealdad á Kuhahewich?... Pues sí, se nos murió, se nos quedó en la mano, como quien dice... ¡Pobrecillo!... ¿Cómo no había de tener, cómo no había de pulsar Jecker grandísimas dificultades para hacerse con sus dineros? Ya verá usted... Parece que había un principio de tisis pulmonar, una lesión cardíaca, el hígado, los riñones... la muerte, en fin... ¡Pobre duque!... Aguarde usted, aguarde usted... ¿Dónde vi á Juan Bautista? ¡Ah, ya caigo! boulevard Saint Michel, en casa de Fould; iba yo á dar cuenta de las picardías de esos agentes de policía malditos de cocer que se comieron el mandado... ¿Y sabe usted quién me dió saludos para usted? Lapierre, el gran Lapierre... Se llevó de aquí una payita; pero mire usted que ya la ha adiestrado al trato de la capital, y como es guapa y le ha

comprado unas *toilettes* que ya... Pero, ¿en qué íbamos? ¡Ah, sí, en los *couplets* de la princesa!... No, era en lo de las tropas francesas... Pues, amiga, ni duda cabe; en la casa no se habla de nada más; y luego, con esto de la guerra entre Austria y Prusia... En fin, son cosas, cosas de diplomacia que usted no sabe ni puede saber...

Se puso en pie y con las manos en las sisas del chaleco, empezó á cantar:

Quand Jupiter régnait aux cieux...

Luego se sentó de golpe en el sillón, se alzó los pantalones para evitar que se le formasen rodilleras, y me dijo distraídamente:

—¡Pobre Emperador! ¡Me causa lástima, me causa tristeza!... Y no tiene razón contra el Mariscal; el Mariscal demasiado hace para ocultar ciertas cosas... En fin, ya usted lo sabe, yo soy francés, francés hasta la médula... La otra noche en casa de la de Pourtalis... verá usted... alguien habló mal de Bazaine: que si roba, que si explota al soldado, que si gasta dinerales, que si tiene agentes secretos... en fin, horrores... ¿Y sabe usted quién se levantó á defenderle? La Emperatriz. Está en una gran privanza el buen Mariscal... Yo, ya lo sabrá usted, me cerré á la banda: nada de quedarme en México, nada de aceptar carguitos que me comprometerían... Me vuelvo á mi amado París, á mi simpático París, á mi París de siempre...

Dió una vuelta por el saloncito, meneó la pesada caña de Indias, me hizo una reverencia y con el sombrero calado con cierta *crânerie* salió cantando:

C'est moi, Paris, ce Paris que l'on rêve...



Días después me encontré al currutaco en casa de la mariscala: fué de parte de la Emperatriz á felicitarla por el nacimiento de su segundo hijo, y al través de la nube de crespones, sedas, encajes y holandas, vi á Pepillo á gatas sobre un bulto amoratado, informe, que chillaba como un becerro y se acercaba á la carilla, roja y congestionada, los puños contraídos.

— ¡Está primoroso! exclamó el cortesano; se parece al Mariscal; pero también tiene, tiene muchísimo de usted: esa nariz es la del señor don Matías, el padre de usted;

los ojos son los de Julianita; la voz es la de don Manuel Gómez Pedraza... Oiga usted qué pulmones: se luce el caballero; orador ó general, eso será... No se rían ustedes: tiene ó que arengar á las turbas alborotadas ó que mandar batallones y escuadrones... Va á heredar la voz de su padre: le oí hace años en Chalons ordenar las evoluciones de un cuerpo entero de ejército, y me encantó... ¡Qué marcialidad, qué gravedad, qué seriedad! ¡es el hombre del porvenir!

Pasados unos cuantos minutos me despedí, y Pepe, haciendo á un lado al coronel que me ofrecía el brazo, se apresuró á acompañarme.

— Pero esta Pepita, cómo se ha afinado ¿verdad? Es una parisiense, es una mariscala de Francia, es una gran dama... ¡Preciosa, preciosísima!...

Abrió la portezuela del carruaje y me dijo zalamero:

— A los pies de usted, Josefina.

Y el coche partió al trote de sus cuatro caballos enjaezados á la Grand Daumont.

. . . .

Imposible recordar todo lo que vino después: volvimos á México, volvimos nuevamente á Cuernavaca, anduvimos muchos días por la tierra caliente; pero la Emperatriz no podía recobrarse. Aquellos sus hábitos de trabajo, aquel vivir metódico y ordenado, aquel interesarse por la suerte del imperio habían desaparecido del todo ó esta-

ban tan amenguados que apenas daban señales de vida.

Una mañana apareció muerto en su despacho el enviado por Napoleón para arreglar la inextricable hacienda mexicana.

—¡Pobre Mr. Langlais! exclamó la triste; ¡pobre monsieur Langlais! Morirse cuando ya empezaba á enterarse lo que guarda este horrible caos de la hacienda mexicana... Era hombre superior, superior sin duda alguna, y mucho habría hecho.... Mas ¿qué importa? Lo que no hizo un hombre, lo puede hacer una mujer... ¡Pobre Langlais! Yo veré de arreglarlo todo; yo veré cómo se compone la situación de forma que no sufra nada el imperio con la muerte de este genio... Yo arbitraré recursos, yo haré la hacienda de México, yo lograré que todo crezca y prospere, yo...

Y como estaba segura de que la Emperatriz era capaz de hacerlo como lo decía, no me extrañó que diera una muestra de confianza en sus aptitudes, que tan de acuerdo estaba con ellas.

Pero lo que sí le produjo mucho daño fué un suceso con que no podía haberse contado jamás: el nuevo rey Leopoldo de Bélgica había enviado á México una brillante misión especial encargada de dar cuenta de su exaltación al trono á sus hermanos los Emperadores. Componían la embajada seis belgas distinguidos, que permanecieron en México obra de un mes; se partieron al fin con todas las

ceremonias del caso, y á poco ya se sabía que habían sido asaltados en el camino de Río Frío y que habían caído gravemente heridos cuatro de los que formaban la misión, quedando muerto el barón d'Huart. El Emperador montó á caballo para perseguir á los bandidos y amortajar el cuerpo del difunto, al que hizo grandes y costosos funerales, pero nada de eso calmó la pena de la Emperatriz.

—¡Dios mío! exclamaba, ¿qué van á decir de nosotros en Europa, qué va á decir mi hermano?...

Y aquella horrible pena vino á reavivarle la que había sufrido por la muerte de su padre y á producirle una especie de atonía que nos daba mucho cuidado. Permanecía en Chapultepec horas enteras sentada al lado del ventanón que da al campo, con un periódico entre las manos, fija la vista en el lomerío distante, en la ciudad que elevaba su coro de gritos, de cantos, de silbos, de rumores mil, distintos á veces, á veces apagados y tenues; en la espesura del bosque medroso y obscuro, ó en las habitaciones regias, en que los criados empezaban á encender luces y á charlotear preparando la mesa de las damas. Allí permanecía Carlota hasta que íbamos á advertirla que le hacía daño aquella atmósfera fría y cargada de miasmas, y sonriendo se dejaba conducir á donde queríamos llevarla.

Por ese tiempo empezó á susurrarse que los Emperadores irían á Europa. La dama Pacheco, mi colega, que te-

nía despachaderas con las que era capaz de pedir las perlas de la Virgen, solicitó con insistencia marcharse al lado de la Emperatriz. Otro tanto hicieron muchas señoras que querían figurar y darse pisto; pero el Emperador permaneció impenetrable, y hasta última hora anunció que quien iría al lado de la Emperatriz sería yo como dama de honor y como dama de palacio la señora Gutiérrez.

—¡Oh! (este oh, tan frecuente en Maximiliano, tenía gran parentesco con el uh), no irá nadie más que quien S. M. elija; yo designo á la señora Jecker, que tiene importantísimos negocios en Europa: ella irá.

Y yo fuí, en efecto, pues desde que Pepe me refirió su encuentro con Lapierre, sólo meditaba en la delicia que gozaría al ver en Mazas, encadenado y sin movimiento, al bribón de mi antiguo amante, ladrón de dinero y ladrón de amor.

El seis de Julio Su Majestad asistió por última vez á la catedral: como el sesenta y cuatro, vistió aquel bellísimo manto imperial que la envolvía tan gallarda y noblemente; se colocó en el cabello negro y abundoso aquella corona de rubíes, diamantes y esmeraldas que tan cara le estaba resultando; y acompañada de los cuerpos del Estado se encaminó á la catedral á oir la misa y el *Te Deum*. Mas ¡qué diferencia con el espectáculo que dos años antes nos había deslumbrado! La guarnición francesa ocurría en

número escaso y de mala gana; los funcionarios y empleados faltaban porque se habían suprimido sus plazas por razón de economía; los trajes de la servidumbre estaban raídos y con aspecto miserable... Vamos, hasta los ornamentos que vestían los clérigos eran menos lujosos y se había humillado mucho el estilo en lo de luces, ciriales, blandones, palios, frontales y orquesta.

También en mi alma ¡qué cambio! Dos años antes reía mi corazón como el día húmedo y claro que nos alegraba con su sol; ahora estaba triste y llena de dolor como el cielo encapotado y nebuloso que goteaba lágrimas de pena al mirar tantos y tamaños infortunios, tantas desilusiones, tanto luto en perspectiva...





CAPÍTULO III

¡Loca!

Ya la historia ha contado con todos sus perfiles la despedida de la Emperatriz; no hay para qué repetir esas cosas que yo no presencié, porque cabalmente al concluir la fiesta tuve que ir á Chapultepec á hacer mis maletas.

El nueve de Julio partimos para Europa; oímos misa en la Villa de Guadalupe á eso de las cuatro de la madrugada; el Emperador nos acompañó hasta Río Frío y allí se despidió de nosotros con cortesía y encareciéndonos mucho el cuidado de la señora; de ésta con muchos extremos de amor y suplicándole le hiciera saber nuevas de su persona tan pronto como llegara al viejo mundo.

Cuando vimos desaparecer entre los pinares la polvareda dorada que levantaba el séquito del Emperador, cuando nuestros coches se internaron en aquel añejo y fa-

tigoso camino que yo podía haber recorrido con los ojos cerrados, la Emperatriz empezó á mirar el panorama por la ventanilla y me ordenó llamar al coronel Billot, jefe de la escolta.

— Quiero, le dijo, conocer el lugar en que fueron asaltados mis pobres compatriotas.



El coronel tomó informes con sus oficiales, éstos hicieron inquisiciones con sus soldados, y al fin resultó que un zuavo conocía el punto en que había acontecido el trance. Lo refirió con sus pelos y señales, y la Emperatriz se mostró complacida con el narrador y con el relato.

— ¿De modo que se defendieron valientemente?

— ¡Oh, Majestad, con gran valor!

—¿Y cuántos eran los asaltantes?

—Diez, Majestad.

—¡Y que diez bribones parapetados en estos riscos pongan en conmoción á dos imperios! ¡Cómo desearía que se les cogiera, que se les ajusticiara, que se les atormentara!...

—Ya se les persigue, señora, observó Billot.

—Se les persigue, se les persigue... Pero ¿por qué no se les coge? Sólo á los franceses les pasan estas cosas: que se les escape media docena de bellacos que no tienen más amparo que la complicidad de los rancheros... Ya no son los zuavos los viejos pantalones rojos que formaban el más bello recuerdo de mi infancia; ya no son estas banderas flamantes con que os ha dotado Napoleón, las viejas banderas agujereadas que mis tíos guiaron en Africa y que el primer Napoleón paseó por toda Europa... Ya no sois franceses...

Roland estaba como anonadado y se limitaba á contestar «Señora», «Señora» y más «Señora» á cada una de aquellas durísimas imprecaciones.

La Emperatriz permaneció un rato más como abstraída, como meditabunda; luego subió al carruaje y seguimos nuestro camino. A Puebla llegamos á las siete de la noche. Se sabía ya todo lo tocante á nuestro viaje; pero aparte de las demostraciones oficiales y del enfadoso y ridículo besamanos, que es de rigor, la Emperatriz no tuvo ninguna

de las ruidosas manifestaciones á que nos tenía acostumbrada aquella ciudad clerical é imperialista.

— ¡Qué diferencia, declaró Carlota con amargura, entre esta recepción oficial, tiesa y ceremoniosa, y la recepción fastuosa, rica y entusiasta de otros tiempos! ¡Qué Corpus aquel! ¡Qué derroche de lujo y de alegría y de cariño! ¡Qué coleaderos, qué fiestas de toros, qué días de campo! Parecían locos los poblanos, ¡locos de adhesión por sus reyes, por sus señores naturales, por los que venían á redimirles de la anarquía! ¿Se acuerda usted, señora Gutiérrez, de aquellos lazos de Feliciano Rodríguez, de aquel sostener el toro con las manos de Paulino Lamadrid, de aquella gallardía con que Miguel Cervantes montaba á caballo? ¿Qué se hizo de todo eso?... Se volvió ingratitud y olvido y mala voluntad... ¡Qué lección para los redentores de pueblos! ¡qué reproche para los que á la entrada nos tendieron palmas y mantos, y ahora gritan como los judíos: «Crucifícale, crucifícale!...»

Nunca habíamos visto tan parlanchina á la Emperatriz. Ella que guardaba tan bien las formas, que nunca se abajaba á discutir, ni á espontanearse, ni á comentar las cosas, estaba como si le hubieran abierto la espita que cerrara el paso al líquido hirviente que bullía en su interior. Y como si el líquido represo hubiera fermentado con la larga permanencia en el receptáculo, brotaba violento, á borbotones, corrompido y lleno de acedía. La señora



Estaban solitarias las calles de Puebla. Uno que otro trasnochador y uno que otro sereno...

THE NEW YORK
PUBLIC LIBRARY

ASTOR, LENOX
TILDEN FOUNDATIONS

Gutiérrez, no sé si por exaltación ó por inocencia y desconocimiento de su papel, se atrevió á contradecir á la soberana.

—¡Ah, señora, es verdad! exclamó; pero también eran otras las circunstancias... ¿Qué culpa tienen los poblanos de que Vuestras Majestades hayan determinado separarse de sus amigos y buscar á sus enemigos?

—¿Qué dice usted? ¿Buscar á nuestros enemigos? ¡Si sólo enemigos tenemos aquí; si los traidores nos rodean, nos asedian, nos oprimen y nos sofocan!... No somos nada ante esta avalancha que se nos desploma, que nos destroza y que nos mata... ¡Buenos están nuestros amigos! Los cangrejos, los pelucas viejas, los mochos nos odian con todas sus fuerzas... ¡Malditos sean!

Temprano nos recogimos, pues tenía que ser larga la jornada del día siguiente. Apenas habrían sonado las doce cuando oímos que tocaba á nuestras puertas Ignacio, uno de los criados que había llevado Su Majestad. Nos levantamos violentamente y encontramos á la Emperatriz ya vestida.

—Hola, hola, nos dijo, ¿conque ya se levantaron ustedes? Hay que ir á ver al prefecto... Le debo visita y... (atándose las bridas del sombrero) es necesario... (poniéndose el abrigo) pagársela... Vamos allá.

Estaban solitarias las calles de Puebla. Uno que otro trasnochador y uno que otro sereno eran los únicos que

veían pasar con asombro á aquel cortejo de militares y de señoras, que marchaba á pie apresuradamente y como queriendo llegar á una cita urgente. Todo el mundo dormía en casa del prefecto; los primeros golpes que dió con el pesado aldabón de hierro el conde del Valle, mi señor, apenas fueron contestados por el chorrito monótono y tristón de una fuentecilla que desgarraba su canción tenaz y uniforme á toda hora. A poco se oyó la voz de un adormilado jayán que lanzaba entre sueños el «¿Quién es?» de rigor.

Cuando supieron que quien tocaba era la Emperatriz, hubo gran rumor de trastos, trotar de gentes en el empedrado, bajar y subir de escaleras, y al fin se abrió la puerta apareciendo el guapo señor Esteva con la sorpresa pintada en el semblante; detrás de él venían su mujer y sus cuñadas, y más lejos los criados formaban una fila compacta armados de sendos y gordos cirios de muchas libras.

La Emperatriz y el señor Esteva entraron á un cuarto que á cuenta sería el despacho del magistrado; la señora de la casa y nosotros nos entretuvimos picoteando sobre diversos asuntos hasta que, ya cerca la madrugada, salimos de allí para subir á los coches que nos habían traído de México y que tenían que llevarnos á Veracruz.

El día once llegamos á Orizaba y el doce salimos para Córdoba y Paso del Macho. ¡Qué horrible jornada! Llo-

vía á cántaros; las nubes parecían desgajarse y que su contenido iba á subir cincuenta codos sobre los montes más altos; los coches se paraban en el camino enfangado; las mulas se rehusaban á dar un paso, temerosas de vadear los enormes arroyos que se les interponían; no se veía gota, y los coches de la comitiva vinieron á quedar separados de manera que si en ese momento se hubieran presentado los chinacos, habrían hecho destrozos entre nosotros con la mayor facilidad...

Rolland no se separaba de nosotras, de la portezuela de nuestro carruaje; pero era sólo para darnos malas noticias:

— Se ha volcado el coche en que viene el señor conde del Valle.

— Ha quedado lastimado el doctor.

— Dos mulas más quedaron inútiles.

Ante aquellas noticias se sintió más excitada la Emperatriz.

— Yo monto á caballo, coronel; subís á las grupas de los caballos de vuestros soldados á las gentes de mi comitiva, y en paz.

— Señora... se atrevió á replicar el coronel.

— Nada; lo dicho dicho.

— No hay que tomar todavía esa resolución, señora; tiempo nos queda para ello si el camino se pone peor.

— No puede ser peor.

— Afortunadamente no ha sufrido nada el carruaje de Vuestra Majestad.

— Pero puede volcarse á la hora menos pensada.

— Entonces subiremos á caballo.

— Como queráis.

Viernes trece de Julio, á las dos de la tarde, llegamos á Veracruz; inmediatamente dispuso Su Majestad que nos embarcáramos. Las mismas autoridades que nos habían recibido á la llegada; los mismos fraques chafados y marchitos; los mismos curiosos burlones y la misma plebe guasona y de excelente humor nos despidieron como nos recibieron. La Emperatriz estaba de muy buen talante; todo le parecía bien, lo mismo las bajas adulaciones de Carrau, Bureau y demás *aus*, que la vista de la rada, que los trajes de las damas, que los encorvamientos de espina de los jefes franceses.

— Bonito traje, dijo á una señora que se mostró *destanteada* por lo extemporáneo del cumplido. Bonito traje, ¿y á cómo le costó la vara de esta tela?

— No le hemos olvidado, señor Bureau, y el Emperador le prepara una recompensa debida á los méritos de usted.

El prefecto se inclinó, y la Emperatriz le dijo cuando don Domingo balbuceaba un cumplido:

— ¿Y qué me dice usted de su gran amigo Santa-Anna? ¿Es cierto que está en tratos con él para entregarle el puerto?

Preparábase el cuitado Bureau á decir que no conocía ni había oído mentar jamás al señor de Santa-Anna, cuando don Tomás Marín se presentó avisando que estaba listo el bote que conduciría á Su Majestad al vapor en que había de embarcarse.

— Vamos, señores, dijo la soberana. ¿Está listo, señor conde? Doctor, don Joaquín, Ignacio... Ustedes conmigo, señora Ubiarco y señora Gutiérrez... Que llamen al señor del Barrio...

Relucía el mar con la reverberación del sol que le daba de lleno; los barcos distantes parecían haberse incrustado en los arrecifes y en el cielo azul, sin mancha de nubes; no soplaba ni la más leve ráfaga de viento; hacía un calor sofocante. La Emperatriz, roja como unas granas, se abanicaba sin descanso, cuando notó que venía hacia nosotros un gallardo botecillo que ostentaba el pabellón francés. Ya distinguíamos el rojo chillón, el azul provocativo y el blanco con el águila coronada, cuando la Emperatriz exclamó:

— ¿*Eso* es para mí?

— Sí, señora.

— Yo no entro allí.

— Señora... Vuestra Majestad...

— Marín; ¿cree usted que pueda subir en un barco con bandera francesa?

— Yo, señora... salvo el respeto que debo á Vuestra

Majestad... creo que no hay inconveniente... digo, obstáculo perentorio... en que Vuestra Majestad ocupe ese bote. La bandera francesa es... me parece... creo que no falto al respeto... es la de nuestros aliados... de nuestros gloriosos aliados.

La Emperatriz le miró de arriba abajo, y volviéndole la espalda, exclamó desdeñosamente:

—Es usted un tonto... Déjenle, déjenle (dirigiéndose á nosotros) que vaya á buscar á nuestros gloriosos aliados (recalcando la frase); nosotros aguardamos en la caseta del vigía, y caso que no quiten ese pabellón artero y maldito... nos volveremos á México...

Y se entró de golpe en la caseta de madera, no queriendo oir más razones. Dentro apenas cabíamos la Emperatriz, la señora Barrio, doña Vázquez de Bureau y yo, que sudábamos la gota gorda. Fuera estaban los chambelanes, las autoridades, los notables del lugar, los criados, la muchedumbre y demás comparsa. Carlota no hablaba, no se movía, no daba señales de impaciencia ni de disgusto. Dos horas habían pasado cuando llegó Marín en compañía del almirante Clouet, que dirigiéndose á la Emperatriz le dijo:

—Señora, por una equivocación se habían puesto los colores franceses en el bote que había de ocupar Vuestra Majestad, en vez de los mexicanos que le correspondían. Sírvase Vuestra Majestad pasar á bordo...

Dió el Almirante el brazo á la Señora, entramos al bote y luego nos embarcamos en el *Emperatriz Eugenia,* que ya nos aguardaba con sus calderas encendidas. La Señora subió la escala con aire preocupado; oyó sin aten-



derlos los votos de los que le deseaban buen viaje, los hurras de la marinería y los cañonazos que indicaban la salida del barco; se volvió apenas para dar las gracias al almirante Clouet, y á las seis y media de la tarde, cuando el vapor se movía torpe é indolentemente, queriendo sortear los arrecifes de la costa, la Emperatriz se encerró en

su cámara con el mismo aire preocupado y torvo que le habíamos visto. A las ocho, cuando me recreaba tomando un poco de aire, me llamó por conducto del médico.

—¿Sabe usted, señora Ubiarco, que estoy recordando algo que me tiene muy preocupada?... Al salir, ya al montar en el coche, una mujer desconocida me entregó una carta que pensé sería un memorial; la abrí en el camino y me encontré que era la denuncia de un complot para asesinar al Emperador... ¿Cómo avisarle este caso horrible? ¿Cómo ponerle al tanto de esa espantosa conjura? Aquí, en medio del mar, no tenemos comunicación, no tenemos manera de promover nada... ¡Qué cruel, qué tremenda situación!... ¡Asesinado... asesinado el Emperador!... ¡por mi culpa, por mi silencio!

—Pero, dije discurriendo lo que cualquiera hubiera podido discurrir, ¿por qué Vuestra Majestad no dió el aviso tan pronto como se enteró de la carta?

—¿No le digo á usted que me entregaron el papel al salir de Veracruz?

—Creía...

—Al salir de Veracruz, al salir de Veracruz, me dieron el maldito papel... el maldito papel... ¡Oh, qué horror!... ¡Muerto Su Majestad... y á manos de asesinos!

—¿Y guarda Vuestra Majestad esa carta?

—No sé, no sé cómo la he perdido... ¡Pobre de mí! ¡Desgraciado del Emperador!... ¡Desgraciada de mí!...

Siguió lamentándose largo rato, y al fin me dijo quería echarse á descansar un poco. Pero la noche fué peor aún que el día. Perdí la cuenta de las ocasiones que durante la velada me llamó por medio de la camarista.

—No puedo conciliar el sueño; este ruido, este ruido insoportable de la hélice me taladra el cerebro, me rompe la cabeza, me hostiga, me mata... ¡Ay, qué ruido tan tremendo! ¡no sé cómo logran dormir ustedes!...

La consolaba, le aseguraba que se calmaría tratando de conciliar el sueño; la acompañaba á refrescarse á la toldilla, y á poco, no habían transcurrido diez minutos desde que la había dejado, me llamaba nuevamente!

—¡Qué ruido tan espantoso, señora Ubiarco! ¡me va á volver loca!... ¡Pobre de mí!... Me tapo los oídos, me cubro la cabeza con la ropa, cuento números altos, rezo, pienso en muchas cosas sin parar en ninguna, y el maldito *teff-teff* me sigue persiguiendo: resuena á través de las plegarias, de los cálculos, de los pensamientos extravagantes, como si rompiera todo aquello y se incrustara en mi cerebro: *teff-teff... teff-teff... teff-teff...* Tóqueme usted la frente... tengo calentura, ¿verdad?

A la madrugada rindió la fatiga á la Emperatriz, y yo también descansé un poco. El día siguiente lo empleamos en tabicar con telas y colchones el camarote de la Señora; pero ni durmió ni dejó de escuchar el ruido de todo el día.

—Se me ha metido en la cabeza taladrándomela, pero

con mucho, con muchísimo dolor... Y luego, no saber una palabra de la suerte de Su Majestad...

Permanecía un rato callada, y al levantar la cabeza nos hacía señas.

—Aquí, aquí lo siento, decía tocándose las sienes: como un clavo, como un punzón... ¡Dios mío, qué espantoso!...

Bajamos á tierra en la Habana, y la Emperatriz pareció aliviarse un poco. La cumplimentaron el capitán general, el cabildo, el obispo, la justicia y el regimiento de la ciudad, y la señora se mostró encantada de la buena acogida de aquellas gentes.

Durante todo el viaje, exceptuando los malos días y peores noches que pasaba con el ruido de la máquina, su humor fué siempre igual, su entendimiento estuvo libre de preocupaciones y su palabra fué tan fácil y bondadosa como siempre lo había sido. Llegamos á Saint-Nazaire y ya nos aguardaban allí Almonte y su familia; la Emperatriz se conmovió grandemente al ver á aquel á quien habían apellidado Monck mexicano la adulación y la torpeza en triste consorcio.

—¡Oh, general, le dijo, no sabe usted la satisfacción que tengo de ver un rostro leal aparte de los de las gentes de mi comitiva!... ¡Bendito Dios, general, que le mandó aquí para quitarme del espionaje indigno de los que me rodean en el buque!... Esa canalla estaba puesta para



... su humor fué siempre igual, su entendimiento estuvo libre de preocupaciones..

THE NEW YORK
PUBLIC LIBRARY

ASTOR, LENOX
TILDEN FOUNDATIONS

espiarme... ¡Bribones!... ¡Infames!... ¿Y el Emperador?

—Está en Vichy, señora, y dicen que se halla bastante enfermo.

—Pretextos... Ya verá usted.

Cogió el brazo de Almonte y se fué hablando con él por largo rato: yo sólo percibí voces aisladas:

—¡Canalla!... Conmigo no habrá esas cosas: el ceremonial no reza conmigo... Cincuenta millones de francos... ¡Ya verá usted qué dineral!... Lo de mi madre...

Tomamos el ferrocarril y vi que se había calmado la excitación de la Emperatriz; pero su rostro estaba más congestionado que nunca.

—Todo lo hemos de arreglar... Todo lo hemos de arreglar... Todo lo hemos de arreglar, repetía con insistencia de necio.

Al llegar á París, su disgusto fué enorme. Aguardaba ver los carruajes de las Tullerías, las lujosas libreas, los lacayos atentos, los empleados de la casa imperial sumisos y respetuosos. No había nada de esto; se ignoraba ó se trataba de echar en olvido que llegaba la soberana de México, y no había ni una sola de las muestras de acatamiento que se le habían prodigado en otro tiempo.

—Se conoce, exclamó amargamente la Emperatriz, que han pasado tres años desde que Max y yo llegamos aquí llenos de esperanzas... ¡Cómo ha de ser!...

Nada le respondimos y ella demostró su conformidad

hablando de cosas insignificantes, sin dar, al parecer, importancia ninguna al suceso. Ese día lo pasamos escogiendo el traje, hermosa falda negra y corpiño blanco con golpes negros, y el sombrero, un gran sombrero blanco con enormes plumas de avestruz. Con esas prendas debía ir ataviada la Emperatriz á la primera entrevista, que había de efectuarse en Saint-Cloud. Iba la Señora alegre y satisfecha, deseosa de encontrarse frente á un adversario á quien todos temían y segura de vencerle. Se arregló con cuidado que no era común en ella, mandó prevenir los coches y nos ordenó estar listos para las nueve de la mañana.

A esa hora salimos del Grand Hotel, sino con el aparato que correspondía á una soberana, sí con el decoro que tocaba á una persona acomodada y que desea no ser tenida en poco.

Los Emperadores franceses recibieron á mi Emperatriz con bondad y con dulzura, la introdujeron á un cuarto cercano, y nosotros nos quedamos aguardando á que las reales personas salieran y á que nuestra ama nos llamara para retirarse. Pasó una, pasaron dos, pasaron tres horas y la entrevista no concluía. Manuelita Gutiérrez daba vueltas sin cesar, contestaba distraídamente á las preguntas que le hacían y hasta se acercaba á la mampara que dividía los cuartos por si podía escuchar alguna cosa. Poco después de medio día la buena señora no pudo

aguantar más y dijo á una de las damas de la Emperatriz Eugenia, que Carlota bebía todos los días, á las doce, un vaso de naranjada, que le ayudaba á refrescarse y purgar la bilis, y que en los días que llevaba de tomar el remedio (cosa cierta), había mejorado mucho de la excitación nerviosa que la había poseído.

— Hay que llevársela, concluyó la de Barrio.

— Yo no me atrevo, dijo una de las damas presentes.

— Ni yo, declararon las otras señoras.

— Pues de fijo se incomodará la Emperatriz si le falta su remedio favorito, insinuó la Gutiérrez.

— Yo lo llevaré en ese caso, dijo otra de las damas.

—Y yo la acompaño, completó Manolita.

Entraron las dos llevando el vaso de naranjada, y se oyó, mientras la mampara estuvo abierta, la voz de Carlota ora enojada, ora afligida, y la de Napoleón ora conciliadora, ora persuasiva.

— Se desagradó la Emperatriz, dijo la dama francesa arrojando el vaso sobre la mesa.

— Y también la nuestra, murmuró humildemente Manolita.

— Están muy excitados.

— Y maldito lo que se acordaron de la naranjada.

— Habría sido mejor no llevarla.

— Mucho mejor.

Como á la media hora salió Carlota más roja que

nunca y más furiosa que la habíamos visto en el buque.

—¡Qué horrible batalla!... ¡Sáquenme fuera de aquí, porque me ahogo!



—Vuestra Majestad quedó satisfecha de la entrevista, eso se ve en el aspecto de triunfo que trae en el semblante, exclamó cortesano el de Alcázar.

—¿Y quién dispuso que me llevaran la bebida? No me supo á naranja, sino á rejalgar. Todavía tengo aquí el sabor de esa inmundicia...

—Señora, yo...

—¿Y usted vió prepararla?

—Sí, señora; sólo tenía dos naranjas mandarinas y un poco de crémor tártaro; lo que dispuso el médico.

—En el crémor estuvo el mal; en vez de crémor pueden haber puesto cualesquiera otros polvillos blancos... No sería el primer caso en la corte de Francia.

—Vuestra Majestad cree...

—Yo no creo ni dejo de creer: lo que importa es tomar algo que me haga arrojar esto... Es una sensación horrible de amargura, de escozor, de no sé qué...

—La bilis, señora.

—¡Qué bilis ni qué niño muerto! contestó Carlota displicente.

Los que se la echan de agudos aseguran que habían notado las chifladuras de la Emperatriz desde la salida de México; yo confieso que no eché de ver tal cosa sino hasta el día que pasó lo que vengo relatando; y no porque las frases de Carlota fueran tan extraordinarias que llamaran la atención, sino porque le vi danzar en los ojos una lucecilla verdosa, amarillenta, saltarina é indecisa que comunicaba al semblante de la Señora una expresión singular. Mas esto lo recuerdo teniendo en cuenta lo que

aconteció después, que si no hubiera pasado, de seguro se habría confundido con las innumerables impresiones de aquellos días.



Pasó Carlota más de una semana visitando y recibiendo visitas de ministros, oyendo proposiciones de banqueros y haciendo á su vez propuestas más ó menos aceptables, agasajando y recibiendo agasajos de los diputados más famosos y que más podían influir en la suerte de México: en fin, tratando de sacar á flote con maña femenil el encallado bajel mexicano que los esfuerzos de tanto político de allende y de aquende sólo conseguían hundir y embarrancar cada vez más.

Cuando estaba en casa, la Emperatriz escribía sin cesar cartas y telegramas, hacía cuentas, consultaba papeles y meditaba largamente sin sentirse al parecer debilitada ni desfallecida. Un día nos avisó que todos debíamos

estar á punto de las cuatro de la tarde, pues el Emperador honraría con su visita el Grand Hotel. El inmenso edificio estuvo en expectación desde muy temprano, y al llegar Napoleón fué recibido por la concurrencia que llenaba desde las habitaciones baratas en que se hospeda Juan Particular, hasta los lujosísimos cuartos en que sólo se alojan soberanos que van de incógnito ó que por circunstancias especiales quieren tener un apeadero en la capital. Los Emperadores se encerraron en la habitación de Carlota, y ya serían dadas las ocho, cuando Napoleón salió en medio de muchas ceremonias nuestras y de muchas sombreradas de la servidumbre.

No habría acabado Su Majestad francesa de bajar la escalera, cuando en la pieza de la Emperatriz sonó el timbre tan furiosa y prolongadamente que á todos nos puso en alarma. Penetré la primera en el aposento y me encontré á la Emperatriz sofocada, nerviosa, llena de agitación y sobresalto: la lucecilla, la cárdena y fatal lucecilla, seguía danzando en los ojos de la Señora; pero lejos de imprimirle el aspecto cínico, desvergonzado y duro que la había visto la primera vez, la volvía tierna, dulce y amable como nadie la miró en México.

—Señora Jecker, me dijo de pie en medio del cuarto, deme usted agua, tila, cognac, cualquier cosa que me alivie de esta horrible opresión... ¡Jesús, qué rato tan espantoso!...

Bebió á grandes sorbos un poco de cognac, se echó en un sillón y exclamó con furia:

—¡Qué viacrucis tan cruento, qué serie de villanías y de infamias tan grande!... ¡Canalla! ¡Cómo olvidaba que era este el mismo hipócrita que no perdona que mi abuelo le haya tenido preso en Ham!... Yo pago no la entereza (ojalá que el rey Luis Felipe la hubiera tenido) sino la buena suerte á que él debió ocupar por algunos años el trono que este bellaco considera como cosa propia... ¡Me engaña, me engaña con su labia y con su falsedad, y con su política y con su mentida razón de Estado!... Que nada puede hacer, que han concluído sus compromisos; que debe á las Cámaras y á su país cuenta estrecha de sus actos; que no quiere estar desapercibido á la hora de una guerra que prevé... Y no recuerda el tratado de Miramar; y se atreve á calificar de inhábil al Emperador y habla de abdicación... ¡Bellaco! ¡Cree que mi marido está modelado á su imagen y semejanza; se figura que puede un Hapsburgo abandonar su puesto á la hora del peligro; piensa que nada influye en un hidalgo el temor de que le tilden de cobarde, de infame, de traidor!... Pero no; el Emperador no volverá la espalda al peligro; no abandonará jamás el puesto que le toca por derecho de nacimiento y por derecho de sufragio; no desertará nunca; morirá, y morirá en su puesto, y con él moriré yo, y moriremos todos los leales, todos los buenos, todos los honrados!...

— ¡Señora! interrumpí, cálmese Vuestra Majestad...

— ¡Ah! ¡Emperador infame, Emperador cruel, Emperador que destilas traición y lodo!... ¡Tú has hecho en contra nuestra más que todos nuestros enemigos reunidos; más que Labastida, más que Munguía, más que Juárez!... ¡Encarnación de la maldad, genio del crimen, personificación del engaño y de la perfidia, te maldigo por mis prerrogativas de soberana, te maldigo con mis amores de esposa, te maldigo con mi derecho de hija de la casa de Orleans, injustamente lanzada por ti al destierro y á la muerte!...

Luego, cogiéndome las manos, me las empezó á besar bañándomelas de lágrimas al mismo tiempo.

— ¡Sire! me decía, figurándose quizás que tenía al Emperador ante sus ojos... Perdonadme mi exaltación; vos sois bueno y se dice que nadie ha acudido á vos en demanda de una cosa justa, que no saliera favorablemente despachado... ¡Sire, Sire, tened piedad de un condenado á muerte, tened piedad de una pobre mujer que se siente enloquecida ante vuestra inflexibilidad!... ¿Que no está condenado á muerte mi marido? Sabed que Juárez habla siempre y como cosa segura del espectáculo de sangre que se dará tan pronto como los franceses se retiren; sabed que los partidos americanos son rencorosos y no perdonan; sabed, en fin, que he visto la linda cabeza de mi Max segada por la cuchilla, congestionada por la cuerda,

agujereada por las balas... ¡Piedad, señor, piedad para nosotros, piedad para quienes os han servido como leales y que no son sino obra vuestra!... ¡Un año más y la monarquía se consolidará; un año más y podremos salir sin mengua de un país á que hemos sido llamados con voces de auxilio y con gestos de desesperación!... ¡Un año más, Sire!

Lloraba yo mirando la angustia de la pobre mujer, y conociendo que su razón pasaba por un eclipse tremendo, evitaba responderle temerosa de confirmarla en su locura ó de causarle algún mal mayor que el que sufría.

—¡Sire! seguía balbuceando mientras bañaba de lágrimas mis manos; ¡Sire! ¡compadecedme, compadecednos!...

Siguió llorando así, puesta de rodillas junto á mí; y creyendo que la crisis iba pasando y que podía avanzar algún consuelo, le dije cariñosamente:

—¡Señora! cálmese Vuestra Majestad... ¡Por Dios que se calme, que el mal tiene remedio!...

Entonces se levantó como impulsada por un resorte; su elevada estatura se había crecido al erguirse; el cabello sedoso y profuso que se había esparcido por la garganta y los hombros, parecía un manto de duelo; el negro traje, en que brillaba apenas una joya con el retrato del Emperador, la hacía aparecer más esbelta y más aérea; los ojos giraban de una parte á otra dilatados, fuera de las órbi-

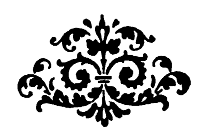
tas, tocados de locura y desesperación. Rechazó mis manos y exclamó en voz descompuesta, pero trágica y sublime:

—¿Qué hablo de compasión? ¡Si nunca la habéis tenido; si nos tomasteis como maniquíes, como instrumentos de vuestra ambición de filibustero de tronos!... ¡Miserable! ¡Tenedlo entendido de una vez: pereceremos, pero vos nos seguiréis de cerca en el camino de la vergüenza y del desastre!... Ya veo vuestro imperio despedazado, vuestras ciudades entregadas á las llamas, vuestros campos talados, el trono que habéis usurpado, roto y por el suelo... ¡Y yo me regocijaré de ello, porque veré que hay en el mundo justicia, un destello de la justicia divina, de la que destruye, de la que aplasta, de la que mata!... Sabedlo, sí; vuestro hijo no reinará, porque si reinara no existiría Dios, y vos pagaréis con las setenas vuestro crimen de haber mandado á la desesperación y á la muerte á dos infelices que no han tenido más culpa que creer en vos! ..

La Emperatriz cayó entonces en un paroxismo, quedando un buen espacio sin habla ni movimiento. Cuando acudieron las demás gentes de la comitiva y el doctor le aplicó antiespasmódicos, empezó á discurrir con algún concierto; mas predominando en sus frases la principal, la sola preocupación que la dominaba: «¡Ni un franco ni un hombre... ni un franco ni un hombre!... ¡Morirá Max y yo moriré con él!»

La Emperatriz permaneció en cama por tres días más, y el cuarto, á pesar de las representaciones del médico, se levantó y anunció su propósito de marchar á Roma.

— Es mi deber; no me perdonaría nunca una falta á lo que le he prometido á mi esposo; y si el Padre Santo no me recibe, ó me recibe con frialdad, ó no consiente en el arreglo de la cuestión mexicana, culpa suya será si nosotros tomamos cualquier providencia que le disguste... Lo prometí al Emperador y he de apurar el cáliz hasta las heces.





eria arrojarse del mulo; hablaba de morir en aquellos desfiladeros...

THE NEW YORK
PUBLIC LIBRARY

ASTOR, LENOX
TILDEN FOUNDATIONS



CAPITULO IV

En el Vaticano

En el camino de Italia la Emperatriz se mostró razonable y discreta como nunca la habíamos visto: nos asombraba con sus observaciones picantes sobre gentes y cosas de México; con su conocimiento de la historia, la situación y las condiciones climatéricas de los puntos que atravesábamos. Pero una mañana, al salir de Chamounix, la Señora se mostró violenta y excitada como no lo había estado en los quince días anteriores.

Quería arrojarse del mulo; hablaba de morir en aquellos desfiladeros, en aquella nieve, destrozada por aquellos peñascos. Como á las doce llegamos á la Agua Negra, horrible torrente en que vierte sus aguas el río de la Barberine: la violencia de la corriente ha abierto en el granito un camino por donde se precipita espumante é

impetuoso el enorme caudal de agua que llega al fondo como flechado y haciendo un estrépito inmenso que asorda toda la comarca. Desde un balcón de madera veíamos todo el panorama; tocábamos cuando lo queríamos la recia corriente de agua y nos maravillábamos de la audacia de quien había construído aquel osado mirador, cuando oímos que la Emperatriz nos decía en voz baja:

— Aquí me mareo, aquí pierdo la cabeza.

En efecto, estaba pálida y descompuesta. Al bajar, cuando tomábamos un refrigerio en el *Hotel de los Ingleses,* se conmovió grandemente escuchando *La Marsellesa*, que tocaba un organillo debajo de nuestras habitaciones.

— ¡Francia, Francia, exclamó anegada en lágrimas, qué mal nos has traído!... ¡Bellaco! Y no cesa un instante... Voy á decirle que se calle.

— No se incomode Vuestra Majestad, dijo del Barrio: yo iré.

Pero la Emperatriz nada quiso oir. Se levantó de su asiento, y arrojando unas monedas al organillero le dispuso que se callara. Mas el maldito de seguro no oyó la recomendación ó tomó lo de las monedas como muestra de agrado, pues siguió dando vueltas á la cigüeña con *amore* de artista. Carlota pareció no notar que el ruido continuaba; llamándonos, nos enseñó al organillero, que era un mocetón barbudo y arriscado.

— Miren, miren á Paulino Lamadrid.

Nos reímos pensando que Su Majestad había encontrado la semejanza entre el del órgano y el charro mexicano, y alguien, adulador y necio, dijo á la soberana melosamente:

— En efecto, Señora, se parece un poco...

— Es su vivo retrato, añadió otro.

— Es él, gritó Carlota en tono agrio; es él y viene... á matarme, á impedir que lleve á cabo mi propósito... Le mandan Labastida, Munguía y Covarrubias—Minos, Eaco y Radamanto,—como yo les llamo... ¡Ah, cangrejos, cangrejos! Mucho podéis y más hacéis; pero más sé y más puedo yo!

— Pero si no es Paulino, Señora, advirtió alguien.

— ¿Que no es? ¿Si estaréis vosotros vendidos también á las pelucas viejas... ó á Juárez... ó á Bazaine, que es el peor de todos?

El bueno del Barrio inventó no sé qué arbitrio para retirar al organillero, y pudimos así continuar nuestro camino, pero haciendo los peores presagios acerca del fin de nuestra misión. Mas la Emperatriz nos la daba á todos. Tras cada uno de estos accesos se ponía tan razonable, tan dócil, tan expansiva, que no nos atrevíamos á creer que pudiera repetirse aquellá perturbación sin ejemplo en quien había tenido siempre cerebro tan sólido y tan bien disciplinado.

El veinticinco de Septiembre llegamos á Ancona y

tomamos el tren especial que había de conducirnos á Roma. Allí nos aguardaba el escueto, narigudo y desconsolado Velázquez de León. Al verle dijo la Emperatriz señalando al no menos nasón conde del Valle:

—¡Qué excelente tronco harían los dos; *empelan* admirablemente! como dicen en México.

La noche del veinticinco llegamos á la Ciudad Eterna; descansamos el veintiséis, y el veintisiete, con el mismo ceremonial de marras, la Emperatriz fué al Vaticano acompañada de dos damas, de Velázquez y de Barrio. No duró mucho la entrevista; conversábamos apenas con los *camerieri* que habían puesto para atendernos, cuando la Emperatriz salió de golpe y zumbido: difícilmente podía alcanzarla el cardenal Antonelli que le servía de cortejo.

Al salir del Vaticano creyó notar que el cochero tenía mal puesta la escarapela y le riñó agriamente.

—Sois un necio que no sabe ni la manera de vestirse... Se lo diré al señor Gutiérrez.

Y á nosotros en tono calmado:

—No extrañen ustedes mi disgusto; la violación de las leyes de la etiqueta me molesta como pocas cosas del mundo.

En el Hotel Marescotti regañó á toda alma viviente contra lo que tenía por costumbre. A la hora de la comida se quedó meditabunda y consternada, y á los

postres se rehusó á tomar helado hasta que todos se hubieron servido. Luego se empeñó en sostener que la cafetera estaba rota, y Velázquez, para no disgustarla, se vió obligado á cambiar la pieza.

Al anochecer se calmó la excitación de la Emperatriz, durmió bien y amaneció de excelente humor.

—Descansé de un tirón, estoy contenta, fueron sus primeras palabras al despertar.

Manifestó deseos de levantarse y recordó gentes y sucesos de México.

—¿Sabe usted que he recibido cartas de don Leonardo Márquez? ¡Buen pillo es el tal!... ¿Qué cree usted que me contaba ayer Gutiérrez? Que no pierde la esperanza de ver de nuevo unidos el trono y el altar... Es un hombre de buena fe, un excelente cangrejo... ¡Pobre Gutiérrez!... ¿Qué hará ahora el Emperador? ¿Le cuidarán, le atenderán como cuando yo estaba en México? No van mal nuestras negociaciones; no desespero de convencer á Pío IX, y pronto sabremos en qué situación se ha de encontrar el imperio mexicano...

Al correr las cortinas conforme á su orden, se regocijó viendo el día claro y apacible que reinaba.

—¡Qué día tan hermoso!... Vea, señora Jecker, qué delgada estoy... Me hace falta mi México, mi Chapultepec y hasta mis penas y mis cuidados de allá... ¿Qué hará el Emperador?

Se desayunó con buen apetito y luego me ordenó:

—Haga usted llamar á Velázquez; tengo que darle órdenes sobre muchas cosas que me importa sepa pun-



tualmente, y también debo oir noticias suyas acerca de estos enredadísimos asuntos eclesiásticos... Voy á convencer á Su Santidad con datos y cifras, y á probarle que Vázquez y Portugal, y naturalmente Labastida y Munguía, sólo han engañado á la Silla Apostólica y abu-

sado torpemente de su bondad... Que espero luego al ministro.

Dí las órdenes, pero no llegó á presentarse Velázquez.

—El señor Velázquez de León, dije á Carlota, ruega á Vuestra Majestad le dispense de presentarse en este momento; está algo enfermo y temería ponerse peor si saliera á la calle.

—Bien, bien, dijo la Señora; yo me las arreglaré sola.

Se encerró en su cuarto, pero á poco tocó la campanilla con energía.

—¿A qué llaman congrua?—me preguntó.

—No sé, Señora.

—Que le dispongan á Velázquez que venga en seguida.

Envié nuevo recado al ministro, pero no tardó el criado en volver con otra excusa de don Joaquín: estaba imposibilitado de salir y creía no poder moverse en todo el día. Congrua es la renta que debe tener, con arreglo á las sinodales de cada diócesis, el que se ha de ordenar *in sacris*.

La Emperatriz se metió en su cuarto más contrariada que nunca. No habían pasado dos minutos cuando sonó nuevamente la campanilla.

—¿Qué iglesias fueron esas vendidas á vil precio? ¿Qué precio fué ese tan irrisorio?

— Lo ignoro, Señora,

— Que venga Velázquez.

Nuevo recado y nueva excusa de don Joaquín.

— ¡Que venga luego! ordenó la Emperatriz.

— Está en cama, Señora.

— No importa.

A poco vino la comedida respuesta de Velázquez: no estaba de muerte; pero temía contraer una enfermedad grave si se vestía para presentarse ante la Señora.

— ¿Pero qué tiene Velázquez?

— No sé, Señora.

— ¡Que le traigan en camilla: quiero verle!

— Tiene una calentura altísima.

— ¡Que le traigan!

— Está desvariando.

— ¡Que le traigan!

— Corre peligro su vida.

— ¡Que le traigan, ordeno! Soy la Emperatriz y puedo mandar sobre mis súbditos... Pero ¡ah! tiene usted razón—y vi brillar en sus ojos la lucecilla fugaz y misteriosa—¿de qué le vino la enfermedad á don Joaquín?

— No sé, Señora; el conde del Valle asegura que ayer se acostó don Joaquín sin novedad, que no cenó y que por todo alimento bebió un vaso de agua fría: temen que haya contraído las terribles calenturas pontinas, que tan mortíferas son en estas regiones.

—Conque el conde del Valle asegura... dijo con retintín. Ya me daba á mí en cara el tal condesito... Sí, él tenía que ser... ¡Miserable! está vendido á los austriacos... Ya me lo figuraba; entre él y la buena de Manolita Gutiérrez han envenenado al pobre don Joaquín para privarme del auxilio de sus luces... ¡Buen par de traidores; buen par de villanos!...

—Señora, yo creo...

—Usted no cree más que tonterías. ¿Conque la malaria, eh? Yo sabré poner las cosas en su puesto. ¡Bellacos, indecentes, traidores!... Mire usted qué casualidad; vive don Joaquín en Roma por meses y años y nada le pasa, y el día que abraza á su querido amigo el conde del Valle, me le tiene usted postrado en cama... Ya verá el conde cómo no tropieza con una lerda; ya verá cómo sé castigarle. Aunque tenga que ejercer jurisdicción en reino extraño, como Cristina de Suecia, he de mandar al palo á este súbdito que comete crímenes tan espantosos frente á frente de su soberana...

En eso asomaron por la puerta las narices del bueno de don Francisco Diego de la Luz Suárez Peredo, conde del Valle de Orizaba, y temí que la Emperatriz lanzara al apéndice olfativo del prócer las cosas que de él había estado diciendo; pero lejos de eso se mantuvo callada y recelosa, como temiendo el mal que le había de venir si excitaba el furor de venganza del Borgia mexicano.

—¿La señora tiene pensado visitar mañana á Su Santidad?

— No, conde, respondió trémula la princesa.

— Tenía entendido que la audiencia era para el veintinueve.

— No, conde; es para el día primero.

— Con permiso de su Majestad.

— Bien, conde... Este bandido anda camelándome; pero yo sabré evitar sus acometidas... Con no comer ni beber nada que haya pasado por sus puercas manos... Búsquese usted un vaso ó taza limpios y sin tapadera y tráigamelos en seguida.

Salí á cumplir lo que Su Majestad me ordenaba y á poco mandé enganchar para un paseo por el Pincio. Al pasar por una plaza la Emperatriz hizo detener el coche.

— Me muero de sed, dijo.

Y sacando de lo interior de su manteleta de abrigo la taza que le había llevado, bebió del agua fresca y sabrosa que salía á chorros por las bocas de los tritones que formaban el surtidor. Así fué deteniéndose en cada una de las fuentes que hallamos al paso, siempre impaciente, siempre mirando hacia todas partes, siempre azorada y temerosa.

Cerca de una de aquellas fuentes y cuando ya ponía el pie en el estribo del coche para subir de nuevo, vi una pareja que me llamó la atención por lo amartelada: él

era bajito, de barbilla rubia, guapo y bien vestido; ella, alta de pechos y de ademán brioso, ostentaba con orgullo el signo de la maternidad próxima. Primero no les conocí; luego me llegó á la memoria un vago destello que hizo vibrar, antes que cuerda ninguna, la del odio y la del despecho; al fin me dí cuenta de que eran nada menos que Aquiles y la famosa Nieves, su mujer. Los felices amantes iban paso á paso, como regodeándose en aquel solecillo puro y grato y haciendo ostentación de su dicha.

Bajé violentamente, dije á la Emperatriz no sé qué y salí disparada en pos de la pareja. Mas ésta, que ni siquiera maliciaba mi presencia, inconscientemente extravió el camino y se metió á no sé qué edificio de los inmediatos. Entré á una iglesia y alarmé al sacristán, me metí á un palacio y el portero no supo decirme palabra de las gentes que buscaba; huroneé por los jardines y nada vi. Desesperada, me metí de nuevo al coche y encontré á la Emperatriz dando diente con diente.

—¿Qué vió usted, señora Ubiarco? me dijo llena de espanto.

—A un criminal, á un infame, á un...

—Al envenenador, ¿verdad?

—Sí, al envenenador, al que me ha envenenado el alma... Lapierre.

—¡Ah, sí, el espía de Bazaine!

—Sí, el espía del mismo demonio, el infame más grande que ha parido madre!

—Hay que denunciarle á la policía.

—Sí, á la policía.

—Y echarle fuera de Roma.

—No, atarle corto.

Fuimos, en efecto, á la policía, pero no había allá quién nos entendiera, ni quién quisiera prestarnos el auxilio que pedíamos: nos vieron como lo que éramos, como un par de locas, la una permanente y la otra accidental.

El día primero de Octubre á las ocho de la mañana, salió sola la Emperatriz y resuelta, según dijo, á agotar en aquella conferencia todo lo tocante á los asuntos eclesiásticos mexicanos. Estaba de muy buen talante y discurría con asombrosa lucidez acerca de cosas que sabíamos acababa de estudiar apenas el día anterior. Yo pasé la mañana en las termas de Caracalla, y á las doce en punto volví á la posada, pues aguardaba la visita de cierto *principone* á quien me había recomendado el caballero Hidalgo: este retoño de los Colonnas, los Sforzas y los Borgias se había comprometido (amistosamente por supuesto) á averiguar el huevo y quién lo puso en lo relativo á la estancia en Roma de Aquiles y su coima. El buen señor no había inquirido nada entre dos platos: que habían llegado, que habían salido, que no se les podía

echar garra y que no se podía saber en dónde estuvieran á aquella hora.

Consternada y pensativa además, me reuní con los compañeros que estaban en alegre charla.

— Esto de la Emperatriz pasó; pasó ya para no volver, decía el del Valle... La pobre Señora ha sufrido tantos ahogos, tantas penas, tantos dolores, que se explica, caramba si se explica, esa situación anormal!

— ¡Pobre Señora! La Virgen de Guadalupe ha de querer que esto no vaya á más, insinuó la Gutiérrez.

— Sí, Nuestra Señora lo ha de querer, declaró lentamente don José María Gutiérrez Estrada; mas ¡quién sabe si sea una prueba del amor de la Virgen Santísima el privar de la razón á nuestra soberana en esta hora tremenda!

— ¡Hombre, hombre!...

— ¡Don Pepe, por Dios!...

— ¡Qué pesimista anda el tiempo! ¿Cómo se entiende? Usted, el optimista á macho y martillo, el que defendió en las peores coyunturas la viabilidad del imperio mexicano, mira ahora cerrado el horizonte y no distingue señales de salvación?

— Sí, amigos míos, contestó el patriarca; hay tiempos de acometer y tiempos de retirar: yo sigo en mis trece; pero ¿por qué no decirlo? hemos equivocado el camino...

Y lo cierto era que si el imperio andaba mal, su inventor y representante no estaba muy católico: la cabeza como de nieve, las mejillas amojamadas, el color del rostro como de cuero de Córdoba, las piernas temblonas y la voz quejumbrosa y dolorida, eran nada en comparación de algo que no se podía decir en qué consistía, pero que de fijo era muy grave é irreparable: el decaimiento, la falta de bríos, la ruina, en una palabra. Poco había de tirar don José, y milagro grande sería que durara más que su creación.

Reflexionaban todos en la frase de Gutiérrez, «hemos equivocado el camino», cuando el de Alcaraz sacó la muestra y dijo alarmado:

— ¡Caramba! Las tres de la tarde y Su Majestad no viene.

— Así habrá sido la conferencia.

— Hoy pensaba concluir.

— Almorzaremos, señores, señores, dijo Velázquez con obsequiosidad.

— La esperaremos un rato más.

— De fijo almorzaría allá.

— Esto me da mala espina, exclamé.

— Y á mí.

— Y á mí.

—Almorcemos, señores, que tiempo habrá de discurrir. Dios ha de querer que no tengamos nada que lamentar.

Nos sentamos á la mesa, y cuando ya estábamos próximos á concluir, llegó un *abbattino* joven que habló en reserva con Velázquez. Nadie le dió importancia á la cosa, pero á la media hora el pobre ministro volvió tembloroso y lleno de zozobra.



—¡Señores, exclamó, una gran desgracia, una desgracia inmensa! ¡Su Majestad está loca!

A los que habíamos visto lo anterior no nos pareció cosa de asombro lo que don Joaquín decía; pero pedimos detalles ansiosamente, seguros de que la catástrofe era

mayor de lo que hacían presentir las palabras del viejo ministro.

— Se rehusa á salir del Vaticano, continuó el apesarado magnate, porque dice que la han envenenado...

— Pero ¿quién?

— Me da pena decirlo, pero ya ustedes saben que no hay que ofenderse con las palabras de quien ha perdido el juicio... A tres personas atribuye su envenenamiento: al conde del Valle...

— ¿A mí? preguntó ansiosamente el pobre Narizotas.

— Al doctor...

— Por fortuna no está presente.

— Y á la distinguida señora Gutiérrez Estrada de Barrio.

— ¡Dios mío! ¡qué horror! exclamó Manolita llevándose las manos á la cabeza.

— Y lo peor es, continuó el buen don Joaquín, que exige que se retiren todas las personas que le han causado el daño.

— Hay que darle gusto.

— ¡Pero esto es horrible!

— ¡Es una inmensa desgracia!

— ¡Quién lo hubiera dicho!

— El imperio se hundió, dijo don José María.

— Quiere verles á usted, señora Jecker, y al amigo Castillo, que asegura conocen á los malvados.

— Vamos en seguida.

Al llegar al Vaticano supimos que la Señora estaba comiendo con Su Santidad.

— Es contra la etiqueta, nos explicó un *monsignor*, pero era menester no contrariar á la desgraciada Señora. ¡Pobrecilla, pobrecilla!...

Y en efecto, la Emperatriz comía al lado de Pío IX, según nos refirió Velázquez, y su estado y la agitación que la poseía se le echaban de ver sólo en el recelo con que tomaba viandas y caldos.

Nosotros, Castillo y yo, aguardábamos en la linda biblioteca en que se sirvió el desayuno con que Pío IX obsequió á Maximiliano y Carlota á su salida para México. Consideraba la diferencia que mediaba entre aquellos ensueños y estas realidades, entre la gloria aquella y este desencanto, cuando la Emperatriz llegó acompañada del monseñor que nos condujo á visitar las galerías del Vaticano. La señora nos reconoció en seguida y dijo con una agitación inmensa:

— ¡Hola! aquí están ustedes; mejor; así evitarán que les envenene ese tenebroso conde del Valle, que se ha propuesto acabar con todo mi séquito... A mí me dió un bebedizo; pero neutralicé sus efectos tomando café, mucho café... De aquí no he de salir; que aquí me perjudique el tunante: Su Santidad me protege y con Su Santidad no se atreverá... Señora Jecker, escriba usted hoy mismo dando

cuenta á mi esposo de los atentados contra mi persona...

Velázquez, que la había traído desde la antecámara papal, trató de llevársela asegurándole que había en el hotel comunicaciones de su esposo que era menester conociera.

— Ya lo dije y no vuelvo atrás: si el doctor barbudo y el conde narigón y la dama bonita no se marchan, no volveré á mi alojamiento.

— No sólo se han marchado, Señora; sino que les han mandado poner presos con centinelas de vista y con muchos hierros en los pies y en las manos.

— Bien hecho, bien hecho... Sí, para que no hagan daño.

Se cubrió con la rica mantilla de blondas, ya destrozada en gran parte, se arregló el cabello con la mano, tomó el brazo de Velázquez y salió del palacio con ademán decidido. De un vuelo nos pusimos en la casa; pero al llegar notó la Emperatriz que se habían quitado las llaves de las cerraduras por disposición del doctor.

— ¿Qué significa esto?... Aquí hay una cábala de mis enemigos... Así pueden entrar cuando lo deseen, y echar en mi comida cuantas drogas quieran... Estoy envenenada... ¡Ah, sí siento que me han envenenado! El tósigo me lo dieron en Cuernavaca: fué el toloache que enerva, que enloquece, que vuelve imbécil... Yo no me quedo aquí un instante más: vuelvo al Vaticano.

Todos llorábamos; mas la Emperatriz, imponente como una creación de la tragedia griega, parecía que estaba en lo cierto y que no había de transigir nunca.

—¡Dios mío! exclamó, ¡qué tristeza sentirse rodeado de espías, de enemigos, de traidores, cuando se creía contar con amigos!... Que no desenganchen; vuelvo en seguida.

A grandes pasos y mirando para todas partes, salió del cuarto, seguida sólo por Castillo y por mí, que nos resolvimos á afrontar sus sospechas. En el carruaje se mostró más razonable, si razón puede caber en los desvaríos de un loco.

—Sí, es claro, envenenada estoy; pero ¿quién me dió el veneno? En México no fué, porque lo habría sentido: el veneno me le dieron aquí, digo, en Francia, en aquel vaso de agua que con tanta obsequiosidad me llevaron al cuarto de Napoleón... Y la buena de Manolita que no echó de ver que los polvos esos podían ser de algo que no fuera crémor... Eso pasa de raya y se llama connivencia... ¡Ah, señora Ubiarco! Yo creo que usted también debe consultar á un médico; está mala, mala, muy mala... ¡Pobrecilla! ese ladrón desuellacaras de Lapierre le ha de haber dado algún bebedizo... Cúrese y verá cómo abandona esas ideas de venganza y ese afán que la domina de acabar con los malos... ¡Quién sabe si entre los compañeros esté quien le da diariamente su ración de tósigo!...

Cúidese... Yo me aplicaré un contraveneno, despediré á todo mi séquito dejando sólo á ustedes dos, y sin que lo sepa el malvado Napoleón, me volveré á México.

Imposible describir la alarma que causó en el Vaticano la presencia de la Emperatriz, y más imposible todavía decir cómo fué acogida la pretensión de la pobre princesa: dormir en el aposento del Santo Padre. No sé qué arreglos intentaría el buen Castillo; lo cierto es que, ya bien avanzada la noche, volvimos á nuestra posada desolados y sin esperanza, y más desolados y más faltos de esperanza encontramos á nuestros compañeros.

La Emperatriz pasó la noche, según dijeron los camareros, sentada y sin desnudarse, vigilando las puertas y las ventanas, atenta al menor ruido, hablando á veces, pero casi constantemente taciturna y sin movimiento. El buen Pío IX descabezó un sueñecito en un sillón que se encontraba en el cuarto cercano.

Al día siguiente fué Castillo al Vaticano y pudo darnos noticias frescas.

—Señores, exclamó llorando el barbudo y leal ministro; no hay esperanza; todo está perdido! Su Majestad está atacada del horrible delirio de persecución y no es fácil recobre la salud en mucho tiempo. ¡Dios salve á la Emperatriz!

Hombres y mujeres nos echamos á llorar conociendo la trascendencia del infortunio de nuestra pobre ama.



Imposible describir la alarma que causó en el Vaticano la presencia de la Emperatriz..

THE NEW YORK
PUBLIC LIBRARY

ASTOR, LENOX
TILDEN FOUNDATIONS



QUINTA PARTE

CAPÍTULO PRIMERO

¿Abdicación?

No quiero relataros, ya que el hacerlo me destroza el alma, más aún de lo que me la ha hecho pedazos esta tristísima historia; no quiero relataros, digo, la llegada del conde de Flandes; la negativa de la Emperatriz á tomar alimentos de manos de nadie que no fuera Bombelles; el miedo que llegó á tener á los mexicanos; el decreto que expidió destituyéndonos á todos de los puestos que servíamos (decreto que, por de contado, Castillo se rehusó á refrendar); su traslación á Miramar; su afán de comer castañas por único alimento y su incomunicación con el resto del mundo.

Tampoco os referiré que anduve de la ceca á la meca, recorriendo muchas ciudades de Europa en busca del aborrecido Lapierre, que tal vez se dió cuenta de mi persecu-

ción y supo sacarme las vueltas con gran destreza; pero no dejaré de contar que en París me encontré con Juan Bautista, mi cuñado, que estaba mohino y afligido además, por saber que nuestros negocios iban de mal en peor y que no había esperanzas de que la comisión mexicana en Europa llegara á pagar las letras que el pobre suizo juzgaba dinero contante. A tira y tirón y después de mil carantoñas, logré sacarle cincuenta mil duros, que me han acompañado sin mengua notable durante el resto de mi vida, sirviéndome ahora sus productos para pasarla, muy distante por cierto de los esplendores que imaginaba, pero más distante aún de la negrísima y horripilante miseria que en cualquier otro caso habría sido mi inseparable compañera.

No tardé en restituirme á México portadora de aquellas malísimas nuevas. El día que subí á la capital salió una de las fúnebres y aterradoras procesiones de rogativa que por la salud de la Emperatriz organizó el Arzobispo, y que era por cierto uno de los espectáculos más imponentes que cualquiera podía imaginarse.

Mi primera providencia, luego que hube llegado á México, fué solicitar del soberano una audiencia á fin de referirle cuanto había visto. Su Majestad estaba encerrado en Chapultepec y era imposible violar la consigna que tenía un prusiano *chaparro,* doblado, de barbas alazanas, antojudo y rezongón.

—El Emperador está enfermo; no se le puede hablar, contestaba con su voz tartajosa á todo el que solicitaba permiso para ver al soberano.

Y era lo peor que cuando se le pedía explicaciones al cerbero, ladraba no sé qué horrores que el demonio entendiera: hablaba alemán, y para el caso había aprendido solamente las palabras que formaban la frase con que debía defender la puerta de entrada. Cuando me afanaba tratando de hacerme comprender por medio de señas y con el auxilio de los idiomas que conocía, llegó una señora delgadita, bajita, narigudita, orgullosota, altanerota y groserota.



—Deseo hablar al Emperador.

—El Emperador está enfermo; no se le puede hablar, contestó el guardián.

—Soy la prima de Su Majestad, gritó con la mostacilla en las narices.

—El Emperador está enfermo; no se le puede hablar.

—Soy la princesa Iturbide, gendarme estúpido.

—El Emperador está enfermo; no se le puede hablar.

Se retiró la princesa esgrimiendo, con gesto de amenaza, una sombrilla llena de crespones; yo me quedé para ver de introducir en la cabeza del doctor Basch, que así se llamaba el tudesco, la noción de que venía de Europa y que á Su Majestad le importaba verme y hablarme. De mala gana se decidió á meter mi tarjeta y volvió á poco diciéndome algo que me figuré era que podía entrar.

Me encontré á Maximiliano en un estado tal de agotamiento, de tristeza y de dolor que causaba lástima. Vestía una gran bata de dibujo persa que dejaba ver los pantalones grises, flácidos y desgobernados; el rostro lo tenía enflaquecido y con el color amarillento; los ojos estaban rodeados de una aureola cárdena que les hacía aparecer aún más grandes y más tristes; la barba y el cabello, que estaban descuidados y ajenos al primor de tiempos no distantes, ostentaban numerosos hilos de plata. Era un dolor verle.

Parece que se entretenía mirando una planta del jardín y dando órdenes á un criado que le escuchaba atento. Al verme, se dirigió á recibirme, y sin ser poderoso á do-

minarse, me echó los brazos al cuello y derramó lágrimas por un largo rato.

—Cuéntemelo usted todo, todo, sin omitir nada, por doloroso y tremendo que sea. ¡Qué desgracia, qué gran desgracia, qué inmensa desgracia!

Y se echó á llorar de nuevo, apretándome la mano convulsivamente: era una explosión de dolor como yo no la había visto nunca.

—¿No hay esperanza, verdad? Confiéselo usted; ¡todo está perdido!...

—¡Sire! gemí ganada por la emoción de Maximiliano; Sire, no tenéis razón de desesperaros... El caso no es mortal.

—¡Ojalá lo fuera! exclamó él corrigiendo mi tontería.

—Sire...

—No puedo, no puedo imaginarme á la Emperatriz sin juicio y sin entendimiento: no será la Emperatriz, no será mi adorada mujer... Ella, que tenía la inteligencia más lúcida y más firme, convertida en idiota, en necia... ¡No se puede comprender semejante cosa!...

Lloró un rato más, y luego me pidió datos circunstanciados acerca de todas las manifestaciones de locura de la Emperatriz. Así que me hubo oído pacientemente, lanzó un ¡ay! que le salió de lo más hondo del pecho y me dijo con los ojos rasos de lágrimas:

— Créamelo, señora Ubiarco; si no fuera casado me metería fraile trapense...

Después, tras de pedir nuevos informes, aclaraciones y rectificaciones, me dijo espontáneamente:

— Nadie puede exigirme más de lo que he hecho; nadie puede tacharme de cobarde si abandono un puesto que no se puede sostener un día más: cuando se quema la casa, hay que salir antes que los techos nos aplasten... Todos me dejan, todos me traicionan; mi mujer está loca; me marcho en su busca y no habrá quién no apruebe mi resolución... ¡Qué aventura, qué aventura!

— ¿Los franceses se marchan, Sire?

— Sí, se marchan; que vayan benditos de Dios... y la del humo.

— Los conservadores...

— ¡Pobres *pelucas viejas,* pobres reaccionarios! Hacen poderíos porque el imperio se prolongue, pero poco van á lograr... Les huele el pescuezo á cáñamo y por eso desean que yo me quede... Pero ¿cree usted que se pueda constituir un partido de gobierno con estos farfantones que no quieren más que su propio bien? ¿Qué puede esperarse de gentes como Labastida, que al volver á su patria no tuvo memoria para recordar á las víctimas de la guerra, á los niños sin madre, á los pueblos quemados, á la agricultura, á la industria y á los giros arruinados, y que no supo preguntar más que si estaban vigorosos y dando

frutos los olivos del palacio arzobispal de Tacubaya? No, yo me embarco, yo dejo esto, yo me marcho á mi país á vivir mi vida antigua... Y todo el mundo lo conoce: Santa Anna conspira por apoderarse del gobierno; Juárez sostiene su derecho á la presidencia; Ortega compite con Juárez; los franceses quieren que Bazaine reciba el poder; los americanos solicitan intervenir en la formación de la nueva república; los moderados hablan de un triunvirato compuesto de Linares, Méndez y Lacunza... En fin, se cree que ya está abierta mi sucesión, y los cuervos empiezan á rodearme para dar principio al festín. Hay, pues, que dejar esto, hay que dar gusto á las gentes, hay que marcharse de *motu proprio* antes de que nos arrojen... Mañana salgo para Orizaba. Viajan conmigo Fischer, el ayudante Feliciano Rodríguez, Bilimeck y Basch. Usted se viene con nosotros, pues tengo que agotar la conversación acerca de las cosas que usted sabe. Quizás cuando conozca todo mi mal podré mirarle de frente... ¿Qué dice usted?

— Que estoy á la orden de Vuestra Majestad.

El feroz Basch entró en ese instante llevando un pliego que el Emperador leyó atentamente.

— ¡Ajajá! Mis buenos amigos, los *pelucones*, están alarmados y dicen que si insisto en el viaje renuncia todo el ministerio. ¡Cómo ha de ser! Yo sólo tengo que preocuparme de la suerte de los austriacos y de los belgas, y de

no aparecer como un tramposo venido de fuera á dilapidar los bienes de este país... En cuanto á lo mío, lo distribuyo como me conviene: á Feliciano Rodríguez la casa de Olindo, á Uraga, Pradillo y Ormaechea todo lo que sea de caballeriza...

Media noche era por filo cuando dejamos Chapultepec. Tres carruajes escoltados por tres escuadrones de húsares y por la guardia de húngaros rodaron conduciendo al César y á su fortuna. La caminata era lenta: el Emperador iba á vueltas con sus imaginaciones y sin salir del coche — un viejo *coupé* color de castaña, con su antepecho formado de una correa de cuero que le permitía al ocupante poner los brazos en alto y descansar cómodamente.

Sesteamos en Ayotla, que era y no sé si sigue siendo el pueblo más feo de la República. Caía el sol á plomo sobre el viejo mesón, sobre las tapias de adobe derruídas y mohosas y sobre la tierra, matizada aquí y allá por las manchas verduzcas de los magueyes. Unas nubes que pasaban como ejército en fuga de gigantes montados sobre hipógrifos, enturbiaba el azul purísimo del cielo: en un charco cenagoso cantaba la rana su canción monótona y tenaz... De repente vimos una nube de polvo que enviaba sus enormes volutas en dirección del poblacho; luego oímos estrépito de caballos, tintineo de armas y cascabeles de collares; al fin aparecieron paños rojos, cimeras flotantes, negros chacós, caballos llenos de es-

puma, sables, rifles en bandolera y una diligencia roja desde las ruedas hasta la vaca en que á la cuenta venía un personaje de muchísimas campanillas. Paró el coche á la puerta de la casa en que Su Majestad descansaba y no tardó en bajar de él un hombrón hasta de cincuenta años, bien compuesto de miembros, de facciones correctas y con la barba rubia cortada en punta. Estiró los brazos, se sacudió el polvo, ordenó algo á un oficial y quedó esperando un buen rato que el enviado tardó en salir. Habló algo éste al señorón de la barba en punta, contestó el otro de mal talante, volvió á subir al carruaje, y la comitiva se puso en marcha con el mismo aparato que había traído.

Casi en el mismo instante quedaron listos nuestros coches, y en el que yo ocupaba con el ministro Arroyo y con Bilimeck se acomodó un nuevo personaje, que después supe era el capitán de navío Schaffer, á quien acababa de recibir Su Majestad.

—El Emperador se ha mostrado enérgico, dijo el profesor limpiando los espejuelos. ¡Ojalá hubiera tenido siempre igual entereza!

—Ha hecho bien, confirmó Arroyo. A estos bandidos, garrotazo y tente tieso.

—¿Bandido ese señor? pregunté extrañada.

—Como si lo fuera, respondió Arroyo. El que á bandidos sirve, bandido es también.

—¿Y éste se encuentra á las órdenes de Magdaleno, de *Pata de Palo* ó de alguno de esos facinerosos?

—De uno peor: de Napoleón III, el mayor pillo del mundo...

Pensaba en la diferencia que había entre el Napoleón redentor de pueblos, autor de la regeneración de México, político y pensador insigne que había oído pintar hacía cuatro años, y el Napoleón émulo de Cartouche y de Mandrín que estaba en México á la orden del día. Arroyo continuó:

—Es el general de brigada Castelnau, ayudante de campo del Emperador de los franceses. Trae, á lo que asegura, plenos poderes de su amo para ver de arreglar los negocios de México, y el mismo Bazaine tendrá que obedecerle... Donde á este buen señor se le ocurra atar corto ó destituir al pícaro mariscal... Ya veremos... Sabiendo que Su Majestad se encontraba aquí, le pidió una audiencia, y Maximiliano, disculpándose con su estado de salud, se rehusó á recibirle.

—Lo cual, interrumpió Schaffer, no le impidió hablar conmigo.

—Cabalmente, eso iba á explicar. El Emperador sufre mucho de esas calenturillas que no le dejan y tenía el acceso en el momento en que le pasaron el recado del representante del perro judío de Napoleón; pero no estaba imposibilitado de hablar ni de tratar negocios. La neta

es que no quiere saber ni una palabra de la gentualla francesa y hace muy santamente. Muerto el perro, se acaba la rabia... Ya era mucha la mano que tenían en nuestras cosas estos bandidos, que no han hecho más que desacreditarnos dándoles la razón á los republicanos... Ya verá el Emperador, cuando los bribones estos se marchen, lo que son la adhesión mexicana, el cariño mexicano, el valor mexicano... Ya verá cómo salen los caudales ocultos, ya verá cómo se le incorporan todos los indecisos, todos los rehacios, todos los más rabiosos juaristas...

Entretanto los coches habían entrado á un terreno algo más culto que el que habíamos hollado antes; muchos perros nos ladraron al paso; distinguimos una hilera de chozas de peones (la cuadrilla) y en el fondo vimos una casona de hacienda donde debíamos hacer noche.

— Zoquiapan, dijo el cochero señalando con el látigo la construcción cercana.

Luego que me quité algo del polvo que traía en la cara y en las ropas, salí al corredor de la hacienda á desentumir un poco los miembros después de la larga caminata del día. Ya se paseaba allí el Emperador acompañado de un jefe austriaco bigotudo y de porte marcial. Cuando noté que hablaban de algo reservado tomé la vuelta tratando de meterme por la puerta que encontré más cercana; pero el Archiduque, que llegó á verme, me habló á toda prisa:

—Señora Ubiarco, señora Ubiarco.

—Sire...

—¿No es verdad que usted tiene la cuenta de lo que Bazaine gana diariamente como producto de sus concusiones?



—Sire, no tengo semejante cosa.

—Debe de ser entonces la dama Pacheco.

—Quizás, Sire...

Siguieron los dos austriacos hablando en su jerga endiablada y yo pedí permiso para retirarme. No tardó en anochecer ni en servirse el refrigerio que nuestros estómagos apetecían. Nos sentamos á la mesa los de la comitiva, y el Emperador cenó solo en su cuarto. Luego que se hubo recogido, salió Tüdos, el criado dálmata que le servía, y dió un papel á Kodolitsch, que después de leer cuidadosamente, dijo en francés:

—Insiste, insiste en abdicar.

— Pero eso no es posible, exclamó pálido Fischer.

— No lo es, y sin embargo, tiene ya escrita el acta.

— ¿Y va á abdicar en Orizaba? preguntó Pradillo.

— ¡Qué Orizaba, ni qué Orizaba! en Zoquiapan.

— ¿En Zoquiapan?

— En Zoquiapan.

— ¡Si es un acto político importantísimo!

— ¡Si es lo más trascendental que podía acontecer!

— Pues insiste.

— ¿Pero qué razón da?

— Una sola, respondió Basch, que honra al hombre, pero que no coloca en el mismo punto al soberano: que no quiere que se derrame más sangre por su causa.

— Pues es la manera de reavivar la guerra civil.

— Y las represalias.

— Y el derramamiento de sangre.

— Y las venganzas.

— Que, naturalmente, se atribuirían al Emperador.

— Es claro.

— El Emperador debe abdicar á bordo de un navío de guerra y en alta mar.

— Debe abdicar á la salida de los franceses.

— Cuando esté libre de toda presión.

— No debe abdicar.

— Sí debe abdicar.

— Es el caso, señores, dijo Kodolitsch, que tengo orden

de Su Majestad para comunicar esta misma noche la abdicación á la escolta austriaca: Su Majestad quiere continuar su viaje como simple particular.

Todos guardamos silencio, y entonces Fischer, con su gesto habitual de alzar los ojos al cielo, poniendo una mano regordeta en el mantel lleno de relieves de la mesa, cogiendo con la otra mano la taza del café y con actitud de quien va á rezar el *benedícete,* empezó así:

—Si se permitiera á un pobre sacerdote exponer su opinión, yo me atrevería á decir lo que pienso, aunque embargado por el natural temor que me causa la presencia de tantas personas capaces de resolver mejor que yo estos puntos tan arduos...

De seguro aguardaba el padre una frase de aliento; mas como nadie movió la boca en espera de lo que iba á exponer el alemán, éste continuó:

—Si no he notado mal, los pareceres se hallan divididos en esta reunión, de manera que los señores austriacos, compatriotas de Su Majestad, están por la abdicación en plazo más ó menos distante, mientras que los mexicanos opinan porque Su Majestad no abdique y continúe en el país. ¿Quién tiene razón? Los dos partidos. Los unos procuran la conservación de la vida de Su Majestad; los otros tratan de guardar incólume su honor... Los que quieren que el hermano de su Emperador no corra peligros mayores de los que ha corrido ya, tienen mucha razón; los que

quieren dejar limpia como un cristal la honra de un príncipe caballeresco, tienen también grandísimas y muy atendibles razones...

Todos estábamos suspensos, aguardando la resolución definitiva que propondría el astuto capellán; pero Fischer no se daba por entendido y continuaba exponiendo su tesis con toda calma, sin hacer más movimiento que llevar la mano derecha del pecho á la mesa, de modo que parecía un autómata.

—Pero esta misma división de opiniones, los móviles tan respetables que por una y otra parte se pueden aducir, lo trascendental del acto y la conveniencia de discutirle con amplitud, ¿no están indicando suficientemente que Su Majestad no debe atenerse á su propio dictamen, ni al dictamen de los leales, pero contados amigos, que hoy están á su lado? Yo, si mi pobre parecer debiera tomarse en cuenta, opinaría porque el Emperador consultara con sus Consejos, porque oyera las opiniones de las gentes que conocen mejor que nosotros las circunstancias y la manera de ser del país. Tiene entre sus ministros varones doctos y prudentes que pueden ilustrarle, que pueden señalarle nuevos caminos, que pueden conciliar, en fin, lo que austriacos y mexicanos, militares y civiles, sacerdotes y seglares, queremos conciliar sin lograrlo: el mantenimiento del crédito y la honra de Su Majestad y la salvación de su vida...

Comenzamos á mirarnos todos, comunicándonos sin hablar que nos satisfacía aquel temperamento medio propuesto por el buen Fischer.

— A Su Majestad le preocupa, siguió el padre (y eso honra no sólo á su condición de hombre bueno, como decía el doctor, sino también á su excelente corazón de soberano), le preocupa, digo, el que se derrame sangre por su causa y en verdad que tiene mucha razón; pero para impedir que la sangre se derrame no necesita abdicar: quizás abdicando, ya sin autoridad, esté más que nunca atado de manos para impedir los crímenes que sobrevengan.

— Tiene razón.

— Bien dicho.

— Lo que yo decía.

— Está claro.

— Pues bien, para el caso bastará con que el Emperador mande derogar la ley de tres de Octubre, que ha dado margen á tantos abusos, y que, respecto de la abdicación, convoque á sus consejeros, para que ellos le indiquen no sólo lo más honroso (que eso Su Majestad lo conoce mejor que nadie), sino también lo más político y lo más conveniente...

— Bien, dijo el coronel austriaco, todo eso es maravilloso; pero como yo tengo orden del soberano para comunicar á la escolta, á las doce de la noche en punto, su determinación de abdicar, y como van á ser las doce, en

este momento mando tocar asamblea y salgo á avisar lo que me ordenaron.

— Eso sería empeorar las cosas.

— Ya no tendría remedio.

— La abdicación sería un hecho.

— Y el Emperador no podría volver atrás.

— Ni aun queriendo.

— Es mi deber, señores, observó el militar levantándose del asiento.

— Tiene mucha razón el señor coronel, concluyó el taimado Fischer, poniendo los dedos de la mano derecha en actitud de dar la comunión; el militar debe ser esclavo de la disciplina, que es la base del buen gobierno y hasta de la subsistencia de los ejércitos; pero hay un medio de que ni él desobedezca las órdenes de nuestro ilustre Emperador, ni menos se realice un acto que no me atrevo á calificar de desacertado, pero sí de precipitado: que todos nosotros, considerando el bien que puede traer la deliberación madura y firme de este negocio, nos resolvamos á tomar sobre nuestros hombros la responsabilidad que podría venirle á tan digno militar, y que llegado el caso le expliquemos al Emperador, con la lealtad y el amor de súbditos fieles, que somos los únicos culpables de este paso y que recibiremos el castigo que quiera imponernos por haber violado sus reales órdenes. Si mañana, al levantarse, insiste Su Majestad en la abdi-

cación, se comunicará á quien deba comunicarse y *pax Christi.*

— Excelente, dijo Arroyo.

— Bien dicho.

— Muy bien pensado.

— Pues si ustedes se hacen responsables...

— No solamente los hombres, sino aun la señora se obliga á responder por usted ante Su Majestad.

Así quedó destruída la determinación que habría salvado la vida de Maximiliano, debido á la labia de Fischer y á la debilidad del que tenía que cumplir las órdenes que habrían dado fin á aquella situación absurda.

Al día siguiente Maximiliano salió alegre y bien dispuesto á tomar su desayuno en el comedor de la hacienda.

— Salud, señora Ubiarco; dormí bien á pesar de que la calentura me dió á la media noche... Hay novedades, grandes novedades y ya se las comunicaré... No crea usted que sin maquiavelismo me la he traído por acá: nos embarcamos para Europa, que al fin tengo á mi disposición la fragata *Dandolo*, y pronto estaremos en aptitud de atender á la Emperatriz. Usted será no su enfermera, sino su amiga, y nos acompañará cuando ella esté sana... Ya verá usted qué días pasamos en Miramar; ya verá qué inviernos en Viena; ya verá qué temporadas en todas las ciudades europeas, lejos de negocios y de ahogos...

Me parecía, oyendo al Emperador desenvolver aquel tema, ver á don Quijote empeñado en dejar el ejercicio de las armas y meterse á pastor en compañía de Dulcinea, Sancho, el cura y el barbero... Mas poco duró la buena impresión del príncipe; no tardaron en salir Kodolitsch, Fischer, Bilimeck, Basch y Schaffer, que empezaron á hablarle en alemán. Aunque yo no entendía una palabra de la conversación, mirando los rostros y las actitudes me daba cuenta de todo lo que se decía mejor que si estuviera oyéndolo en el más claro y lindo español. Fischer estaba más uncioso y recogido que nunca: la acción de unir el pulgar y el índice con ademán de tomar la hostia ó de coger un polvillo muy sutil, daba idea de lo demostrativo que andaba el tiempo. Kodolitsch estaba como humillado y se defendía con tibieza; Basch, Bilimeck y Schaffer argumentaban con calor.

Maximiliano mostró primero sorpresa, luego expectación y al fin conformidad, dejando caer las manos en actitud de quien no tiene para defenderse ni voluntad ni carácter.

—¡Ah, pastor Quijotis, pensé, qué equivocado estabas y cuán lejos de la realidad! No contabas con el pastor Curiambro, y hacías calendarios que no te habían de resultar. Nada de darnos buena vida, amo mío. Nada de churumbelas ni de gaitas zamoranas, ni de tamboriles, ni de

sonajas... No te llegarás á quejar de ausencia, ni yo de firme enamorada y de ferida de punta de celos, ni llegaré á hacer polidas endechas, ni migas, ni natas, ni guirnaldas, ni zarandajas pastoriles... Sería tiempo aún si pudieras reaccionar contra el enemigo exterior, la astucia, y contra el interior la debilidad; pero no has de conseguirlo aunque lo pretendas...

A poco, luego que los carruajes estuvieron listos, continuamos nuestro camino. El Emperador, cubierto con un sobretodo claro y con un ligero sombrerillo blanco, quiso andar á pie y nos invitó á Bilimeck y á mí para acompañarle.

— Por supuesto, me dijo, que mi propósito es siempre el mismo: me marcho á Europa después de abdicar ó para abdicar allá: todo está arreglado y no me vuelvo atrás de mis determinaciones. Soy muy enérgico; ustedes y todo el mundo conocen lo inflexible de mi férreo carácter; pero también tengo que atender razones y que proceder de acuerdo con el interés público: es mi deber de soberano... Pero, descuide usted, nos iremos á Europa... Quisiera, caro Bilimeck, encontrarme con esos infatuados naturalistas ultramarinos que hablan de las cosas de acá sin haberlas saludado siquiera. Sin alejarnos del maguey, que tenemos á la vista, podemos hallarle á esta planta más de treinta aplicaciones distintas, ignoradas de los botánicos de allende el Océano... La sábila y el



... nos invitó á Bilimeck y á mí para acompañarle.

THE NEW YORK
PUBLIC LIBRARY

ASTOR, LENOX
TILDEN FOUNDATIONS

áloe pueden confundirse; la misma configuración, la misma disposición de las hojas, el tallo y las flores, y sin embargo, la sábila produce acíbar y el maguey da un jugo con que se fabrica azúcar...

Tomó unas hojas de tepozán y dijo al profesor:

— ¿No creéis, profesor, que el tepozán deba colocarse en la familia de las salvias? Las hojas son parecidas, el olor es idéntico, el tallo tiene igual estructura... Con nuestra salvia nos libraremos de morir, pues, como dice el adagio médico: *¿Por qué ha de morir el hombre en cuyo huerto crece la salvia?*... Es también equivocación insigne la de llamar *Arbutus, madroño* á lo que se designa en botánica con ese nombre, pues lo que en España y Portugal llaman madroño es el *Arbutus Unedo*... También se han asimilado sin razón el *Citrus trifoliata* y el *Limonia trifoliata,* que son especies muy distintas... El *Prunus avicum*...

No empezaba el Emperador su docto discurso acerca del *prunus avicum,* cuando vimos aparecer en un recodo del camino una inmensa polvareda y tras ella muchos jinetes que venían á escape.

— ¡Los chinacos!

— ¡A las armas!

— ¡Los juaristas!

— Suba Vuestra Majestad á su coche.

— Yo á caballo.

—Se expone vuestra Majestad á un tiro perdido y á una muerte sin gloria.

—¡A ellos!

Ya los húngaros llenos de cordones se habían adelantado al encuentro de los que llegaban; ya habían echado mano á los sables; ya estaban prontos á vender caras sus vidas, cuando notamos que los que marchaban delante se abrazaban y hasta reían celebrando el chasco: era la contraguerrilla francesa que venía á auxiliar á la escolta del Emperador. Todo fué entonces salutaciones, plácemes y chanzonetas; en cuanto á Su Majestad bajó del caballo tan sereno, tan firme y tan impasible como si no hubiera dejado de explicar las ignorancias de los botánicos europeos.



El día veinticuatro, domingo por cierto, dormimos en Acatzingo, en la casa del ventrudo y excelente señor

cura. Su Majestad se levantó á buena hora, oyó misa, gratificó con un maximiliano de oro al vicario que la dijo, se desayunó con toda calma, y á las seis ordenó la marcha. Ya habían sonado las siete cuando llegó azorado el cochero que conducía el carruaje del príncipe.

— Sacarreal Majestá... perdóneme su Sacarreal Majestá...

— Sí, Elías, sí, te perdono; pero vámonos en seguida, que tengo prisa, dijo bondadoso el monarca.

— Pos no podemos irnos.

— ¿Qué dice este hombre?

— Que no podemos irnos, señor.

— ¿Y por qué? ¿quién lo impide?

— Se han llevado *los compadres* las ocho mulitas blancas del coche de Su·Majestá.

— ¿Mis mulas? ¿Es posible?

— Y poderoso, señor.

Se metió Maximiliano á su aposento de mal humor y deseando que fueran habidos los animalitos para no proporcionar á los franceses este nuevo motivo de fisga y de chanza. Pero, ojo relojo; las mulas se perdieron y no fué posible dar con ellas, por lo cual hubo que requisicionar á toda prisa las primeras que se encontraron, blancas, negras, barrosas, *mojinas* ó como vinieron á mano.

Ese día, cuando trepábamos el eterno camino de

Acultzingo, Maximiliano bajó de su carruaje y se puso á escribir ó cosa así.

— Está meditando, decían unos.

— Está escribiendo su abdicación.

— Es la respuesta á las comunicaciones de Castelnau.

— Es alguna invectiva contra Napoleón.

Hizo seña á Tüdos y le ordenó que me llamara.

— Ved, me dijo, qué croquis he sacado de este lugar... Quizás no lo vuelva á mirar nunca y quiero tener memoria de él.

Y lo guardó en la cartera, mientras la escolta continuaba su camino segura de que á Su Majestad se le había ocurrido la solución del problema pendiente y que por eso había detenido á la gente á mitad de las cumbres de Acultzingo.

A eso de las cuatro de la tarde, cuando caminábamos más meditabundos y tristones, cuando el peso de la siesta nos había cerrado la boca á los más picoteadores, se avistó un destacamento francés y luego llegó ataviado con todas sus armas, cordones, medallas y cruces ¿quién diréis? mi antiguo aprehensor, el aprehensor de Nicolás Romero, el coronel de Pottier.

Saludó urbano á la imperial persona, mandó colocar la gente en el lugar que le correspondía y seguimos andando poco á poco. Como se detuvieron frente á nuestro

coche — el que ocupábamos Fischer, Schaffer y yo — pudimos oir lo que decía Maximiliano.

— Cuarenta y ocho horas, lo preciso para reparar las cosas, y bajo en seguida á Veracruz...

Y en otra ocasión:

— No tenga usted cuidado; mañana mismo dele á Arroyo la lista de los oficiales que desee sean condecorados, y obtendrá las cruces que quiera. Será el último de mis actos de soberano.

Caminaban los caballos lentamente, soportando apenas el peso de aquella atmósfera de plomo, cuando otros caballos mejor dispuestos, enjaezados ricamente y montados por gentes del país, llegaron á toda carrera como descubierta y batidores de una gran cabalgata que se miraba á lo lejos. Bañada por aquel sol que caía sobre el cuadro como un inmenso manto de oro; encuadrada por aquel panorama tan bello como pocos habrá en el mundo; precedida por relinchos, gritos de alegría, vítores y frases de bienvenida, apareció la reunión, compuesta como de quinientos charros bien montados y mejor vestidos. Ya se distinguían los galones coruscantes de los sombreros; ya herían los ojos los colores de las tilmas; ya se miraban las labores de las armas de agua; ya se veía caracolear á los potros negros, bayos, colorados, ruanos y cebrunos; ya brillaban las vainas de los sables que traían los jinetes... ya llegaban.

—¡Viva el Emperador!

—¡Viva Maximiliano I!

—¡Viva México independiente!

—¡Viva México salvado por su Emperador!

Estos fueron los gritos que saludaron á la comitiva.

Debe Maximiliano de haber venido contando sus penas á un orizabeño que venía á su vera, pues se le veía accionar, llevar una mano al pecho, señalar con ella al cielo y bajarla y bajar la cabeza con desconsuelo grandísimo. El notable del lugar asentía á lo que el príncipe contaba y se mostraba tan apesarado como él.

Al ver el grupo alegre en que se entretejían y se barajaban cabalgaduras, mantas, rostros atezados, barboquejos y sombreros de anchas alas, Maximiliano se irguió, se aseguró en los estribos, buscó un ademán apropiado y gritó de modo que todos le oyéramos:

—¡Los franceses!... ¡Los franceses que se queden atrás, que no entren conmigo á Orizaba!... ¡No quiero, no quiero que se confunda con las manifestaciones de mi pueblo la presencia de los franceses!... ¡Atrás!...

Y de Pottier, que venía distante, cerca de la retaguardia, se marchó á la deshilada é hizo entrar á su tropa por un lugar que ignoré siempre.

Entretanto, el resto de la brillante cabalgata se acercaba á nosotros; los más cercanos prorrumpían en vivas y en aclamaciones haciendo caracolear á sus caballos; los

más distantes agitaban los sombreros; todos gritaban hasta desgañitarse; pero de aquel raspar de pezuñas, de aquellos gritos, de aquel vocerío, de aquellos ademanes, de aquel entusiasmo, sólo se deducía esto: «Hemos vuelto á los primeros días del imperio; á aquel Abril del 64, á aquellas entradas en las poblaciones, á aquel delirio, á aquel frenesí, á aquella locura sin precedentes...»

Era casi de noche cuando entramos á Orizaba; tanto habían tardado los primeros abrazos y las primeras felicitaciones. Al echar pie á tierra en la casa de Bringas, destinada á alojar á Su Majestad, llegaron las autoridades y los vecinos y empezaron los discursos. Los arengadores, que eran unos tíos muy largos, probablemente instruídos de antemano, no hablaron una palabra de lo que hacía al caso:

«Su Majestad hacía bien en llegar á su leal pueblo de Orizaba; allí encontraría la paz y el reposo que ambicionaba; y ahora, ya que estaba libre del fatal apoyo extranjero, que le hacía tanto daño, ya podía estar seguro de que ni un solo mexicano dejaría de arrimarse á su bandera, que simbolizaba el honor y la independencia de la patria.»

«Su Majestad, decía otro, haría bien en llevar la Emperatriz á curarse de sus males en Orizaba; no debía echar en olvido que eran allí *cómodo el sitio y leal el pueblo.*»

«Maximiliano, advertía un tercero, era la esperanza viva de que no nos comería el sajón; sólo él podía detener á los ejércitos de Grant y de Lee.»

Su Majestad contestó á todos aquellos entusiasmos ofreciendo sacrificarse por la patria, ayudar á la patria, servir siempre á la patria.

«Recordad, terminó, lo que os dije el último 16 de Septiembre; no está tan distante ese día que mis palabras os parezcan extrañas: «un Hapsburgo no retrocede nunca á la hora del peligro...»

Los vítores que acogieron la peroración del jefe repercutieron en la calle, de allí pasaron á la plaza y por todas partes no se oían sino aclamaciones á Maximiliano, á México y al imperio...

Cuando la casa y la ciudad quedaron en paz y nos congregamos á la hora de comer, Basch dijo satisfecho:

— No le dió hoy la terciana á Su Majestad.

Y Fischer, alzando los ojos al cielo, juntando y separando sucesivamente las manos, como si fuera á decir *Dominus vobiscum,* y con una unción que la hubiera envidiado el predicador panegirista de algún santo taumaturgo, exclamó encantado:

— ¡Pero qué bien, qué bien estuvo Su Majestad! Es un gran príncipe...

Y empezó á sorber con gran ruido y con más priesa las cucharadas de sopa caliente.



CAPITULO II

Orizaba

El profesor Bilimeck era un buen hombre, serio, circunspecto, servicial y enamorado mío de lo más fino. Segura estoy de que si hubiera hecho el menor impulso, á la hora de ésta viviría yo en alguna melancólica ciudad austriaca, con sus techos acanalados, su iglesia gótica y su cervecería culotada con el humo de las pipas, y que en vez de contemplar los espectáculos que me ha dado mi patria, la vería al través de las amarillentas hojas de un herbario. Pero á mí no me placía aquella triste y científica existencia, y preferí ahorcar los hábitos matrimoniales quedándome viuda para siempre.

No referiría aquí palabra de las exaltaciones del tristón y wertheriano profesor si no fuera porque me sirvieron en aquellos días para tomar el pulso á los sucesos y ente-

rarme punto por punto de cuanto hacía y decía el Emperador nuestro señor. Maximiliano no veía más que á Bilimeck, á Fischer y á Basch, y según me decía el apasionado botánico, sólo pensaba en arreglar las cosas para volverse á Europa.



—No hay esperanza de que se quede, decía el lánguido profesor; se marcha sin duda ninguna y yo me alegro grandemente de ello. ¡Bendito sea Dios!...

Y así era, en efecto; Maximiliano se iba, á pesar de las promesas que de sacrificarse por la patria había hecho en la memorable noche de nuestra llegada.

—Le dan las fiebres con asombrosa regularidad: á las nueve de la mañana le entra la calentura y está postrado hasta la media noche.

—Si el Emperador no sale de México, aquí se muere antes de que los republicanos le degüellen: está herido de muerte, tiene enfermo el hígado.

Un día se anunció que el príncipe, un poco mejorado ya, iba á dar un paseo en coche por los alrededores de Orizaba. Y en efecto, á las nueve de la mañana, metido en un gabán de pieles que hacía aparecer más escuálida la figura del pobre enfermo, salió éste en el carruaje del hacendado Vallejo á dar una vuelta por el campo.

Una de aquellas mañanas en que el sol calentaba dulce y suavemente como una seductora promesa de una primavera próxima, Bilimeck entró gozoso á mi cuarto.

Y vaya si era curiosa la traza de Bilimeck. Llevaba un gran capote hecho de una tela que parecía cuero de búfalo, unos colosales zapatos con suelas de varios centímetros de espesor, unos anteojos con vidrios más gruesos que las suelas de los zapatos y un sombrero ancho, de copa cónica y constelado de agujas y alfileres que sujetaban alacranes, arañas, mestizos, mariposas y todos los animales buenos y malos, venenosos é inocentes, que el buen profesor topaba en sus excursiones. El capote tenía disimulados muchos bolsillos que guardaban infinidad de frasquetes llenos de insectos sumergidos en el líquido grato á Saligny.

—Son los animalitos, los animalitos de Dios, decía el profesor; mi sombrero es la imagen del imperio de Su Majestad; los feos y los guapos, los venenosos y los inocuos, cuidados y regidos por el gobierno paternal, por el gobierno de Maximiliano.

— Y atravesados por un alfiler de á tlaco, le decía yo.

— Señora, continuó, el Emperador la invita á salir en su compañía; quiere hablar con usted de las cosas tocantes á su próximo viaje, á nuestro próximo viaje—porque yo también voy con ustedes—advirtió el pudoroso botánico, colorado hasta en lo blanco de los ojos y seguro de haber dicho una enormidad.

Me arreglé en un periquete, salí á toda prisa y me encontré al príncipe vestido con su sobretodo claro, su pantalón gris y su sombrero blanco. Bilimeck subió al coche con todos los cuidados del mundo un paquete como de un palmo de espesor y le metió en una de las cajas que quedaban cerca del asiento del cochero. Maximiliano iba de excelente humor, tranquilo y satisfecho, como si hubiera hallado la clave de un temeroso problema que le preocupara tiempo hacía.

— ¿Qué se figura usted, señora Ubiarco, que llevo en ese paquete?

— Sire, quizás algún libro que consultar, quizás alguna arma para defenderse de los ladrones que debe de haber por aquí...

— ¿Libro? No leo ya ninguno; he perdido el gusto de ellos á causa de mis penas. ¿Arma? ¿Para qué la quiero? Estoy seguro de que nadie me acometerá, de que si me acomete, nada conseguirá contra mí, y de que si consigue... ese sería mi síno: nadie puede sustraerse á su

suerte... Esa arma, porque arma es en efecto, no es mía, sino de este maldito Bilimeck, que ha dado en acabar impíamente con cuantas mariposas halle por aquí. Ha encontrado ya quince ó veinte variedades nuevas, y engolosinado con su fortuna, se propone registrar los alrededores de Orizaba y descubrir otras variedades aunque sea escarbando la tierra. ¡Trabajo les mando á los pobrecitos lepidópteros si quieren escaparse!

Empezó á andar el carruaje, y al llegar á campo raso el Emperador echó pie á tierra.

— ¡Aquí sí se respira la gracia de Dios!... ¡Qué hermoso campo, qué vientecillo tan suave, qué vista tan primorosa!... Prepárese usted; señora, que no hemos de tardar en liar el petate para marcharnos.

— Pero, pregunté, ¿Vuestra Majestad se decide á abandonar el trono?

— ¿Que si me decido? Decidido estoy desde hace tiempo, y créame usted que no es sin trabajo y sin dolor. Acariciar tantos años un ensueño, convertirlo en nuestra *passion maîtresse* y hallar que al tocarlo se deshace como sombra, como cosa vana y frágil, es lo más triste y lo más doloroso que podía acontecernos... Dios dirá... Pero usted comprende que yo no puedo permanecer aquí después de todo lo que ha acaecido: la Emperatriz desolada y falta de razón me llama á gritos desde Europa... Prepare usted la maleta, que pronto recibirá la orden de marcha...

Bilimeck, que se había alejado un poco, volvió triunfante y satisfecho.

— Sire, ved qué hermosas flores: rojas, rojas como sangre y salpicadas de negro cual si fueran una piel de tigre.

— Así se llama esta planta, profesor carísimo: *tigridia pavonia,* apellidada por los naturales jahnique ó cacomite... Pruebe usted el tubérculo, quitándole antes esos cascos que se parecen á los de la cebolla, y hallará un fruto dulzón, acastañado y no desagradable....

— Esto está acabando para mí, continuó cuando el botánico se hubo alejado; no me queda en el mundo familia, ni esposa, ni reino... ¡Es una horrible desolación! Debería entrar á un convento; debería hacerme trapense...

—Ved, Sire, exclamó Bilimeck presentándose de nuevo, ¡qué hermosa variedad de café!

— Es la planta clásica, el *Coffea arabica,* familia de las rubiáceas y de la pentandria monoginia de Linneo... ¡Bendiga Dios y déle su santo reino á aquel glorioso don José Antonio Gómez, que introdujo el cultivo del café en estas comarcas y les proporcionó una riqueza que nada puede amenguar, dándoles también la golosina más agradable que pueda saborear hombre nacido!...

Y así como discurría sobre estas plantas, hablaba acerca de las acacias, yucas y ricinos y de las innumerables florecillas que matizaban aquellas fertilísimas prade-



— Ved, Sire, exclamó Bilimeck presentándose de nuevo, qué hermosa variedad de café.

THE NEW YORK
PUBLIC LIBRARY

ASTOR, LENOX
TILDEN FOUNDATIONS

ras. ¡Ironías de la suerte! Aquel hombre que habría sido un admirable *privat docent*, y que sentado en una cátedra de botánica habría embelesado á los alumnos que se hubieran puesto bajo su férula, trataba de domeñar á nueve millones de revoltosos por herencia, por inclinación y por necesidad.

Un día llegó una triste noticia: era tanta la escasez de dinero en México, que el redactor de *El Diario del Imperio* había tenido que comprometer su crédito particular para sufragar los gastos del papel y de la impresión de *El Diario del Imperio*.

—¡Oh! exclamó Maximiliano; ¡y que esto pase en el país del oro y de la plata, en el riquísimo México! Parece cosa inventada de propósito para poner de relieve lo que de esta situación debe esperarse... Yo que aguardaba deleitar mi vista con el azul acerado de la plata negra, con el plomoso de la sulfurada, con el fuliginoso de la *polvorilla*, con el gris, azul y verde de la muriatada, con el rojo encendido del rosicler, con el brillo del *tescabete*, con el amarillo del *estoraque*, con el dorado del bronce chino, con el azul y el verde del antimonio sulfurado, me encuentro con que faltan los metales preciosos en el país de los metales, con que no hay una peseta en el país que ha inundado de plata al mundo entero...

Y rompió en una disertación colorista-económico-política, bordando una tela aérea y rica sobre ese tema deli-

cioso. Renglones arriba comparé al Emperador con don Quijote; hice mal, pues la fuerza de fantasía del pobre Archiduque era más grande que la del caballero manchego: éste necesitaba de un puñado de bellotas para discurrir acerca de la edad de oro; á Maximiliano le bastaba con la ausencia de un metal para hacer consideraciones acerca del brillo, color, consistencia y poder de adquisición de todos los metales conocidos y por conocer.

Por estos días recibió el Emperador las visitas de muchos prefectos y comisarios del imperio, encabezados por un tipo alto, barrigón, bien agestado, con ese aire de holgura y comodidad que comunican la ropa bien cortada, los anteojos con varillas de oro, un camafeo puesto en un anillo y el hablar arrogante con todos y condescendiente con los inferiores. Y vaya si tenía razón de parecer personaje el caballero recién llegado: era nada menos que don Carlos Sánchez Navarro, riquísimo propietario del Norte del país. Tenía gran mano en las cosas del palacio. y aparte de disfrutar de la confianza del Emperador, podía alegar un mérito indisputable: había inventado al padre Fischer. Y luego, que el dueño de tantos miles de hectáreas de terreno como suman España y Francia unidas, no podía menos de ser siempre considerado y respetable.

Llegó don Carlos cantando un aria *di bravura* que daba la hora. Había que prepararse á la lucha, á la lucha entre la civilización y la barbarie (naturalmente

que la barbarie era el juarismo), entre la sociedad culta y la anarquía, entre los que deseaban que siguieran subsistiendo las instituciones próceres — la religión, la familia, el gobierno — contra los que querían arrasar todo sustiyéndolo con la más desenfrenada disolución y el más descarado bandidaje. Me parece, aunque no estoy bien segura de ello, que citaba, en latín y con toda la solemnidad del caso, el *pro aris et focis certare* virgiliano. Era mucho don Carlos aquel.

Según contaba el buen señor, Maximiliano había oído con indiferencia la trompeta bélica que aquél empuñaba. No, no había que hacerse ilusiones; el imperio estaba muerto y quererle resucitar equivalía á querer resucitar un cadáver. Pero don Carlos no se daba por vencido, y seguía martillando sobre el mismo tema.

En seguida (parece que les veo) llegaron muchos sujetos de levitas negras y anticuadas que se *hacían bolas* á la puerta de los aposentos imperiales. A la legua se conocía el origen archiprovinciano de aquellos figurones que olían un poco á cirio y otro poco á boñiga, como para indicar su parentesco con el establo y con la sacristía. Llegaban haciéndose de pencas, ignorando si los franceses se iban ó se quedaban, si había ó dejaba de haber juaristas en el mundo, si faltaba ó sobraba dinero para las exigencias de la situación. Ellos no sabían sino que Maximiliano era adorado, aclamado, bienquisto en todo México y que no

había por qué se marchara. El Emperador no hizo caso de aquellos primores, tanto más cuanto que le habían vuelto las tercianas y que le faltaba ánimo para todo. Un día, al tornar de los llanos de Escamela, vimos á un inglés de esos guapos, con quevedos, con traje blanco, con parasol y con pantalones remangados. Se inclinó ante el príncipe con toda la gracia del mundo y en su compañía penetró á las habitaciones.

—Es Scarlett, el ministro inglés, me dijo Bilimeck. Fischer ó el diablo le trajeron aquí, no le quepa á usted duda. Va de camino para Europa ó ha inventado el viajecito para tener pretexto de llegar hasta acá. El tal Scarlett es de esa raza de diplomáticos que tiene por oficio hacer la contrapartida de Francia en cualquier lugar del mundo en que pueda jugársele una mala pasada. Puede usted contar con que disuadirá al Emperador de la abdicación, sólo porque sabe que á los franceses les conviene ese paso.

Dos ó tres días permaneció allí Scarlett, y naturalmente, nadie pudo transparentar lo que habló con Maximiliano; pero el buen Bilimeck estaba que podían asársele chiles.

—¡Maldito Fischer, maldito canalla; por la broma de su famoso concordato causa más daños que usted se imagina! ¡Y no hay que ponérsele enfrente, porque eso cuesta caro! A Hersfeld, que urgía demasiado pidiendo la

abdicación, me le mandaron para Europa anunciando la próxima llegada de Su Majestad, y como yo no puedo alardear del influjo de Hersfeld, menos puedo dar muestras de impaciencia. Me aguanto, pues, tascando el freno, y bien sabe Dios que á veces se me hace muy duro.

—Bien, pero ¿qué recomienda entonces el Padre?

—¿El Padre? Bien sabemos qué recomienda; pero el maldito se hace el tonto, y cuando le preguntan, se limita á ver el cielo y á pedir que no le hablen de esas cosas á un pobre sacerdote consagrado enteramente á su ministerio evangélico. Ayer nada menos le cogí aparte y le dí un solo estrechándole que se espontaneara. ¡A buena parte iba! Cuando le pregunté si creía que fuera á abdicar ó á quedarse el Emperador, se encogió de hombros diciéndome con todo el aplomo del mundo: «Tal vez abdique, pero tal vez se quede; hay grandes razones para que Su Majestad resigne la corona; pero también las hay para que la conserve. Será lo que Dios quiera.» «Bien, bien, eso ya se sabe, será lo que Dios quiera; pero usted ¿qué quiere, qué piensa, por qué se decide?» «Por lo que Su Majestad resuelva.» «Ya se deja ver», le repliqué enojado. «Mi querido profesor, exclamó poniendo los dedos en ademán de sorber un polvo, á un sacerdote no se le pueden preguntar ciertas cosas, ni tampoco él puede responderlas... ¿No sabe usted lo que ha dicho el asceta?

Deja la curiosidad... Si te apartas de conversaciones superfluas y de andar ocioso y de oir novedades y murmuraciones, hallarás tiempo suficiente y á propósito para entregarte á santas meditaciones... Los mayores santos evitaban cuanto podían las compañías de los hombres y elegían el vivir para Dios en su retiro... Dijo uno: Cuantas veces estuve entre los hombres volví menos hombre. Lo cual experimentamos cada día cuando hablamos mucho... Más fácil cosa es callar siempre, que hablar sin cesar... Más fácil es encerrarse en su casa que guardarse del todo fuera de ella...» ¿Qué le parece á usted? ¿No merece este tuno una buena soba para que se quite de su hablar sibilino?

El quince de Noviembre, lo recuerdo con toda precisión, el día amaneció frío, triste y nebuloso; salimos un poco más tarde de lo acostumbrado, y el Emperador iba un si es no es displicente y meditabundo. Bilimeck se alejó un poco y volvió trayendo unas hojas que presentó al príncipe.

— Para mi castillo... *Liquidambar stigraciflua*... Solían los mexicanos mezclar la goma de este árbol con el tabaco... Quisiera saber cómo caminan las cosas en mi casa para dar indicaciones acerca de la colocación de los cacteos que he mandado... Pero pronto estaré allá y entonces todo marchará en orden.

Acabaría Maximiliano de decir esto cuando llegó un

criado trayendo unas cartas que puso en manos del príncipe.

—Lo de siempre, dijo fastidiado mirando los sobrescritos. Castelnau, Bazaine, Lares, Lacunza, Pierron... Hay que leerlo todo en casa.

Y entregó las cartas á Bilimeck para que las pusiera en una bolsa de su enorme capote.

—Pero aguarde usted, profesor, aquí viene una carta de Europa... ¿De quién será la letra? preguntó dándole vueltas al pliego.

Lo abrió y empezó á leer con indiferencia, luego leyó con interés, al fin con ahinco.

—¡Ese excelente Eloin!... ¡Qué fiel y qué honrado es! Me escribe una carta conmovedora... ¡Y qué al tanto está de la política y de las circunstancias de los gabinetes europeos!... Aquí no le comprendieron, no se figuraron la importancia que tenía y cometieron con él muchas injusticias...

Dió orden el Emperador para que el carruaje anduviera más de prisa, y cuando el pobre Bilimeck, creyendo poner una pica en Flandes, habló no sé qué de abdicación, el archiduque le echó una mirada de odio y le dijo violento y disgustado:

—¿Y quién ha dicho que yo vaya á abdicar? A nadie le he manifestado la idea de hacer semejante barrabasada; pero si pensara en ella no sería ahora, bajo la in-

fluencia de los traidores franceses... No he de darle á Napoleón el placer de evitarse las consecuencias fatales que le traerán sus picardías... Abandonar la empresa antes de que partan las tropas francesas, sería un acto de debilidad, y yo no cometo debilidades nunca!... Tengo el poder por un acto libre del pueblo mexicano, y al pueblo mexicano tengo que entregarle el depósito que me ha confiado ó que solicitar de él el apoyo material y financiero que necesito para sostenerme... ¡Qué más quisiera Badinguet sino que yo volviera á Europa obscuro y desacreditado! Pero no lo ha de ver: llegaré con el prestigio que me acompañaba á la salida y desempeñaré el importante papel que me toca: Austria está conmovida; Italia pasa por una crisis; hay que ir á recoger lo que no tardará en darme la fortuna con mano pródiga; pero hay que esperar á que se marchen los franceses; hay que demostrar que el exclusivo ascendiente del príncipe Maximiliano consigue más que las bayonetas de Bazaine, y una vez que esto se haya alcanzado, entonces abdicaré honrosamente, noblemente, discretamente... Desearía Napoleón verme llegar á Austria para encerrarme en un convento como el emperador poeta Carlos V... Yo no haré lo que mi ilustre abuelo; yo conquistaré la gloria y la posición que me corresponden.

Se limpió el sudor de la frente y continuó con ademán épico:

— El hombre del dos de Diciembre se figura que estoy muerto y enterrado. Quizás lo esté, pero mi entierro se parece al de Cristo: se está elaborando en el fondo del sepulcro la transformación que me ha de permitir levantarme al tercero día radiante de gloria y de majestad...



EL PADRE FISCHER

No había remedio, el hombre estaba perdido; el buen juicio se había escapado al impulso de no sé qué racha repentina y era imposible atrapar de nuevo á aquella avecilla que tan pasajeras estancias solía hacer en el cerebro de Su Majestad.

Llegamos á la casa y encontró en la puerta á Fischer sentado cerca de una mesa y saboreando una copa de Málaga con el mismo gesto con que habría alzado el cáliz á la hora de la consagración.

— Padre, le dijo abrazándole, tenemos que hablar,

mucho que hablar. Ya verá usted qué concordato preparo...

— Vuestra Majestad... balbuceó el otro.

— Pase usted y hablaremos.

Y entraron á los aposentos como dos buenos camaradas.

En los días sucesivos ya no era Bilimeck quien salía á la caza de mariposas. Se quedaba dentro del carruaje y Maximiliano cogía la trampa deseoso, contaba, de hacer ejercicio y mover los miembros. El pobre botánico estaba enamorado de mí tan por lo sublime, que no se atrevía siquiera á tocar mis manos. Decía que mis miradas le volvían loco, que poseían un magnetismo extraño, que yo era su diosa, su ángel, su bello ideal;—esto del bello ideal, que ahora no lo usan más que los cursis más desaforados, era entonces lo más chic que se conocía.

Aunque parezca falta de pudor, debo confesar que no me desagradaban aquellas inocentadas, que en mi cerebro estragado hacían el efecto que debe de hacer una taza de tila en el estómago de un borracho acostumbrado á los aguardientes más *rasposos* y tremendos; pero no dejaba de darme risa el ver hecho un chiquillo de escuela á un señor con anteojos y levita, profesor de la Universidad de Stutgart y caballero de segunda clase de la Aguila Negra.

A poco empezó á acompañarnos Fischer; pero ya no era el curita diplomático que se sacaba el lazo cuando se

trataba de discurrir sobre los sucesos citando versículos de la *Imitación de Cristo;* se había vuelto más osado, más indiscreto y más parlanchín que le habíamos visto nunca.

Una de aquellas mañanas el Emperador se tardó en la excursión más de la cuenta y al fin volvió con las redes vacías. Llegó enjugándose el sudor del rostro, y con tal brío y animación en la mirada, que no parecía sino que le habían infiltrado nueva vida.

— ¡Qué buena caza! exclamó.

— ¿Quedó contento Vuestra Majestad de su excursión? preguntó el Padre.

— ¡Oh, sí, contentísimo!

— ¿Cazó Vuestra Majestad algún ejemplar notable?

— Claro que sí, pero no mariposa, sino león.

— ¿León?

— ¿León en Orizaba?

— Sí, contestó con agudeza; un león que andaba ruando y que hoy tuvo la condescendencia de dejarse coger por mí.

— Pero, observó Fischer con los ojos brillantes y frotándose las manos de satisfacción, la fiera no parece tan indomable, pues se la vió paseando por estos llanos en compañía de Vuestra Majestad.

— Sí, me acompañó á mis paseos; por señas que es una insigne cazadora de mariposas.

Aquello, que podía tener un sentido oculto ó ser una

pura simpleza, dejó de interesarme por el momento, y mientras no podía conocer su esoterismo. Bilimeck estaba tan en babia como yo. Pero cuando más entretenidos se hallaban los autores de la alegoría regocijándose con su agudeza, se acercó al coche ¿quién diréis? el mismísimo Miguel Miramón, vistiendo un sencillo traje de cazador y cubierto con un gabán de entretiempo.

— Señor general.

— ¡Hola, Miguel!

— Pase usted.

— Aquí, á mi lado.

— ¿Incomodo á Vuestra Majestad?

— No incomoda usted nunca.

— ¿Desde cuándo por Orizaba?

— No sabíamos que estuviera usted en el país.

— Señores, nos interrumpió Maximiliano, tengo el gusto de presentarles al señor general don Miguel Miramón, mi amigo de siempre, mi ayudante de campo, general de ahora y el futuro jefe de los ejércitos imperiales...

— Mucho gusto.

— Que sea por muchos años.

— ¡Pero qué caza, qué caza hizo Vuestra Majestad! exclamaba Fischer riendo á voz en cuello. Esta pieza vale más que cuanto podía haber conseguido en muchos años.

— Eso, á usted lo debo.

— Se debe á Vuestra Majestad.



— Que sea para bien de la Iglesia.

THE NEW YORK
PUBLIC LIBRARY

ASTOR, LENOX
TILDEN FOUNDATIONS

— ¡Que sea para bien de la nación!

— ¡Que sea para bien del imperio!

— ¡Que sea para bien de la Iglesia!

A mediados del mes el Emperador me recomendó tuviera cuenta que se hallara todo á punto en una serie de aposentos que se destinaba á varios huéspedes próximos á llegar.

— Son los Consejos, el de ministros y el de Estado, que han sido convocados por el Emperador para consultarles acerca de su abdicación, me dijo Bilimeck con una sombra de esperanza.

— Pero ¿todavía se habla de eso?

— ¡Ya lo creo que se habla, pues no se sabe aún con qué recursos cuente Su Majestad para sostener la situación en el evento de que se decida á quedarse en México!

— ¿Evento? ¿Pero no era ya cosa arreglada?

— Sí, es claro, pero habrá tantos detalles que tenga que disponer...

Y en efecto, fueron llegando en las diligencias del jueves, del viernes y del sábado muchas levitas grises, muchos sombreros Maximilianos, muchas calvas hasta el colodrillo, muchas notabilidades de la situación y muchas excelsas nulidades. Ya no había punto de la casa en que no se sorprendieran diálogos, en que no se viera manotear, en que no se miraran personas que se hacían mutuamente señas de guardar silencio.

Estaba yo presente cuando llegaron en un cochezote del modelo más viejo los dos hombres cuyo dictamen se aguardaba con mayor impaciencia: Lares y Lacunza. Los que ahora me lean no necesitan para figurarse á estas dos personalidades más que recordar un cromo de á peseta que corre por estanquillos y carnicerías: el que vendió al crédito y el que vendió al contado.

Lares era viejo, seco, avellanado, con la piel del rostro pegada á los huesos, con una naricilla ruin y sin carácter y con una calva y unos anteojos que le hacían aparecer mayordomo de monjas ó presidente nato de alguna archicofradía. Su entusiasmo era tan grande á la llegada, que al ver á Su Majestad que esperaba en el patio de la casa, le dió uno de esos abrazos apretados, de ranchero satisfecho, que el soberano no quiso evitar.

Lares había sido liberal, de esos Marats para el uso de las familias de buena posición que inventó aquí el finado Otero. Mas de liberal moderado pasó á mocho rabioso, comprendiendo tal vez que en esos tiempos había que ser descamisado ó sacristán, y como representante de los clericales estaba en Orizaba. Maximiliano le apreciaba mucho y le tenía por lo que era, por un jurista muy hábil y no distante de las ideas modernas.

Lacunza era gordo, chaparrón, bien dado, con panza y papada á estilo de persona satisfecha de la vida y de la situación. Liberal moderado, hombre instruidísimo, ora-

dor no exento de gallardía, administrador honrado y fiel, en aquellos días representaba al partido llamado por antonomasia *maximilianista,* es decir, al que sin arrimarse resueltamente á los conservadores ni á los chinacos, miraba la persona del príncipe como bandera que simbolizaba la patria, el Gobierno y todo lo más elevado y grande; sistema cómodo y nada ocasionado á equivocaciones que ha sido imitado después con fruto muy grande por gentes más avisadas que los pobres maximilianistas.

La llegada y el saludo de Lacunza no fueron tan cordiales y efusivos como los de su amigo y colega; pero el Emperador sí le recibió con particular afecto y con muestras grandísimas de distinción.

También llegaron Cortés Esparza, que era visto como el representante de Juárez en el ministerio y que según la opinión de los prudentes traicionaba al príncipe del modo más claro; Siliceo, otro que iba para ministro juarista y que por equivocación cayó en el ministerio de Maximiliano; Linares, á quien tenían por legista muy habilidoso, y Méndez, que lo era y lo sigue siendo hasta ahora.

Los diez y ocho consejeros y los cuatro ministros deliberaron desde el sábado veinticuatro hasta el lunes veintiséis, sin más espacio que el preciso para salir á comer los primores de mesa que se les tenía preparados y para descabezar un sueñecito como de prisa y corriendo.

Naturalmente, cuanto refiero aquí es obra de las noticias que me comunicaron los que salían de las juntas: yo nada vi, porque todo era secreto mientras se trataba, aunque público desde que se salía de la reunión. Los partidos y las tendencias eran casi tantos cómo las personas. El Emperador, asediado por sus eternas dudas y sus vacilaciones eternas, tenía formado su propósito de quedarse en México por la sugestión que en su ánimo ejercía á distancia el famoso Eloin; pero necesitaba que le forzaran la mano, pedía que le obligaran á quedarse, quería que le ayudaran á querer. Su intención oculta era decirnos el día menos pensado «ahí queda eso», como el cura de Gavia; su mira principal consistía en ser Emperador de Austria, pero era menester que le hicieran ver que el patriotismo y el altruísmo y el deber y todo le exigían seguir empuñando el cetro, y que se creyera que se había sacrificado líricamente, poéticamente, noblemente...

Los conservadores se veían como los gallegos del cuento, *sulitus;* si contaban con un jefe, con un conductor, con un principal, estaban salvados, pues el feroz Juárez, por más que viniera armado de toda la mala intención del mundo, no se atrevería á poner la mano sobre gentes que estaban á las órdenes nada menos que de un archiduque de Austria, al cual á lo más se le podría coger, embarcarle en un buque de buen andar y que no cabeceara mucho y decirle con todo el respeto debido: «Sírvase

Vuestra Alteza volverse á su tierra y no se le ocurra llegarse más por aquí, porque á la otra le impondremos unos días de arresto.» Pero solos, solos, sin auxilio, ¿qué sería de ellos? ¡Horror causaba pensarlo! Había, pues, que convencer al príncipe y que comprometerle á que no dejara las cosas antes de tiempo.

Los liberales sabían bien que era segura la caída del imperio, mas aconsejando el embarco del Emperador quedaban en la verde: el Archiduque no podía quejarse de que no cuidaran su persona, y Juárez no podía estar descontento de quienes apartaban un obstáculo de su camino. Eran los hábiles de siempre.

El proto-maximilianista Lacunza, hizo boca poniendo el paño al púlpito. Tomó como texto las palabras de Maximiliano el 16 de Septiembre anterior: «*Un verdadero Hapsburgo no retrocede á la hora del peligro*», y dicen que labró grandemente en el ánimo del príncipe aquella exhortación, en que salían á danzar los cartagineses, Atilio Régulo, Cola di Rienzi, Arístides, Bonaparte y San Pablo: era la reproducción de sus lecciones de historia en Letrán. «Sire, concluyó el fogoso Lacunza, exclamad como el gran soldado francés de la guerra de Crimea cuando le exhortaban á dejar el punto que había defendido con su sangre y con su honor: «*J'y suis, j'y reste...*»

Las juntas tuvieron dos objetos: resolver si debía continuar el imperio y si eran suficientes para que siguiera

subsistiendo los pocos recursos con que se contaba. El lunes veintiséis de Noviembre la junta estuvo abierta casi sin interrupción, y á la salida se supo el resultado; el imperio continuaba y se buscarían recursos para que subsistiera.

— Ocho votos por la abdicación, diez por la subsistencia del imperio, exclamaba Lares frotándose las manos; en cuanto á los recursos, nueve y nueve, es decir, empate: decidí yo con mi calidad de presidente de la junta...

Y en efecto, así era: Maximiliano se quedaba, los conservadores seguían encargados de conducirle y explotarle, como si fuera un santo milagroso que hubiera que traer de pueblo en pueblo, y las limosnas que reunieran las aplicarían al objeto que mejor les pareciera.

— Todo listo, nos explicó Fischer en una conferencia que nos dió acerca del caso; todo listo: Márquez y Miramón forman dos ejércitos, uno para cada uno; Márquez toma á México como núcleo, trata de alejar á los revoltosos del Valle y corta la comunicación de Porfirio Díaz con el centro del país, al mismo tiempo que procura envolver á este caudillejo disidente. Miramón sale de México, armado de su ímpetu y de su audacia tan conocidos, vence á Escobedo: ayudado de Mejía envuelve á Corona, deshace á Régules y regresa á México para seguir hasta Oaxaca, envolver á Porfirio Díaz y destrozarle.

— Como la pastelería, pensé; cortar y envolver.

—Ya Márquez y Miramón están listos, explicó Lares embozándose en la pañosa; sólo faltan los ejércitos, pero eso es cosa fácil: ochenta mil hombres como quiera se sacan, y cinco ó seis millones de pesos son cosa de coser y cantar.



—¿Y se puede saber, don Teodosio, de dónde sacará usted esos dinerales y ese gentío? preguntó la acartonada figura de Cortés Esparza desde lo más distante del grupo.

—¿El dinero? ¿Los hombres? Ese es el secreto del ministerio, mi querido don José María.

Y puso término á la conferencia sonándose con un estrépito que mal año para las trompetas de Jericó.

Cabalmente en esos días llegó un pequeño libramiento á mi favor, y el Emperador quiso entregármelo en propia mano. Acababan de salir los últimos politicastros y

los hombres que habían desempacado algunas cosas de las que Maximiliano mandaba á Europa.

—Ya sabrá usted la noticia: me quedo, me quedo á seguir la suerte de los simpáticos mandarines que me tienen secuestrado... Ya lo he dicho: un verdadero Hapsburgo no retrocede á la hora del peligro, y como ahora lo hay, no me he de ir atrás. Venga lo que Dios quiera... ¡Venga lo que Dios quiera, lo mismo el concordato del tunante padre Fischer que la inquisición del pelucón Lares! Dios dirá... Usted guarde bien esos dineritos, que no sabemos los tiempos que vengan... Por supuesto, que no desisto de mi idea de que vaya usted á acompañar á la Emperatriz: irá usted, iremos juntos, luego que pasen estas dificultades y que hayamos consolidado la situación aquí... Mire usted, me dijo señalándome los cuadros y estatuas que acababan de desempacar, lo que he hecho volver desde Paso del Macho: si se fuera todo, me parecería que se iba el último nexo de mi persona con el mundo bello y grato, con el mundo del arte, que después del de la política es mi mundo predilecto... ¡Vea usted qué retrato de Bonnat, qué *Argelina* de Fromentin, qué *Virgen* de Antollini, qué *Mártir* de Gerôme! Y luego, ¡vea usted qué estatuítas de Tanagra y qué ídolo azteca tan delicado!...

—¿Delicado, Sire? ¡Es un horror!...

—Calle usted y no diga eso. ¿Si fuera el verdadero Dios?

Oímos en eso un ruido inmenso que hacía retemblar el techo del cuarto en que estábamos: era una tempestad de gritos, vivas, estallidos, voces ahogadas, disparos y rugidos.

— Son los mochos, son los cangrejos, que tratan de demostrarme con esa manifestación organizada por ellos, que el pueblo está encantado por mi resolución. ¡Qué puerilidad! Más valiera que se dedicaran á juntar ese dinero y esos hombres que necesitamos para triunfar. Me deben más de doscientos mil pesos de mi lista civil y puede usted estar segura de que no me los pagarán... El dinero lo gastan en cohetes y en salvas.

Pero el Emperador se engañaba; así como las madres de familia suelen dar un peso y un dulce al niño que se bebe la purga ó se deja poner la ayuda, así los conservadores se aplicaron á recompensar la buena conducta de Su Majestad dándole diez ó doce mil pesos, poniéndole un tiro de ocho mulas al carruaje que usaba y haciéndole otras concesiones así de liberales.

Al fin se anunció la salida para México; pero no quisieron los cangrejos dejar la ciudad sin hacer alguna que fuera sonada: prepararon un banquete en que abundaron las trufas y el champagne, pues teniendo dispuesto sacar cinco ó seis millones para la guerra, no parecía excesivo destinar cinco ó seis miles á la bucólica.

A mí me tocó sentarme á la derecha del Padre Eterno, digo del padre Fischer, que estuvo por demás galante alabando mi tez, mis ojos, mi cintura, mis manos, y sobre todo mi ingenio, hasta que por fin se arrancó con una declaración más ó menos embozada. No puedo ocultar que recibí de muy mal talante aquella acometida, pues enamorarme de un cura me haría el mismo efecto que enamorarme de un hipógrifo ó de un toro alado.

— Usted no se decide, señora, porque ama todavía á un sujeto que se burló de su buena fe.

— No, padre.

— ¡Qué padre, ni qué niño muerto! llámeme usted Agustín.

— No es que le ame, es que tengo que vengarme de él.

— Edmundo Dantés ó el conde de Montecristo, novela por entregas.

— ¡Padre!

— Llámeme usted Agustín; se lo ordeno, me decía con la cara congestionada y los ojos brillantes.

—Tan firme es mi propósito de venganza, que he emprendido viaje á Europa sólo por realizarlo.

— ¿A Europa?

— Sí, á Europa.

— ¡Pero usted no está en sus cabales! me replicó hablándome con la lengua estropajosa y crecida de volumen.

—¿Qué dice usted?

—Que no está usted en su juicio: Lapierre no ha salido de México.

—Usted es quien no rige bien de las entendederas: Lapierre ha estado en Europa; paseando con la Emperatriz por el Pincio le vi en compañía de esa mala pécora de su mujer.

—¿Iba usted con la Emperatriz? Eso es lo que dice el refrán: un loco hace ciento: preocupada usted con la idea de que Lapierre estaba allá, y preocupada ella con todas las suyas, se ayudaron mutuamente á crear ese disparate...

Fischer seguía bebiendo con más prisa que nunca, y acabó por decirme tonterías y por olvidarse con quién estaba tratando.

—Sí, en México, en México se pueden sacar los cinco millones... ¿Ve usted ese balcón? Allí se rompió la triple alianza. Cuando los músicos españoles estaban tocando á la luz de grandes cirios, Prim salió y dijo colérico: «¡Moño, marchaos con la música á otra parte!...» ¡Sí, sí, de Prim!... ¡de Prim era ayudante!... ¡Y en México está!... ¿Quieres que le busquemos? Te ofrezco entregártele atado de pies y manos... ¿Quieres, amor mío?

Luego se volvió á la señora de al lado y á poco más beber lanzó con furia de bomba impelente el vinazo que le llenaba la tripa.

Al día siguiente salimos de Orizaba; pero cuando llegábamos apenas á Acultzingo recibió Miramón un recado diciéndole que Fischer no podía caminar. Alarmóse el general, se espantaron los pelucas viejas, que no quisieron emprender la vuelta sin el auxilio de una buena escolta y la noticia de la indisposición de Fischer llegó á oídos del mismo Maximiliano.

—¿Pero qué es lo que tiene el casto Fischer? preguntó con sorna.

Todos los presentes se vieron entre sí sin atreverse á decir nada. Sólo Lacunza tomó la palabra y dijo con risa que le movió la sotabarba y le iluminó los anteojos:

—Sire, está *crudo*.

—¡Adelante, adelante! ordenó Maximiliano muerto de la risa y conociendo la trascendencia del término como conocía la de casi todos los mexicanismos.

Y el Padre se quedó en Acultzingo, dándonos alcance en Puebla.

Cuando paramos en la posta inmediata, salió de su coche Cortés Esparza, vestido de levita y sombrero negros; y con locuacidad que no le había visto, me dijo lleno de una rabietilla concentrada que se le conocía á legua:

—¿Le extraña verme estas trazas, sin el sombrero y la levita á lo Maximiliano? Pues no se maraville; es que ya se acabó el imperio, es que el Emperador pasa de jefe

de la nación á jefe de rebeldes; es que en Orizaba destruyeron los mochos el pensamiento que tan mal supieron concebir y que lograron plantear todavía peor. De aquí en adelante, otro cantar... otro cantar, no cabe duda.

Y subió malhumorado al coche de sopandas en que le aguardaban Lares y Lacunza.

FIN DE «LA CORTE DE MAXIMILIANO» Y DEL TOMO SEGUNDO.

ÍNDICE DEL TOMO II

LA CORTE DE MAXIMILIANO

Nuevas confesiones de una afrancesada. — (1863-1867)

PRIMERA PARTE

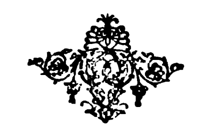
SEGUNDA PARTE

Tercera parte

Cuarta parte

Quinta Parte





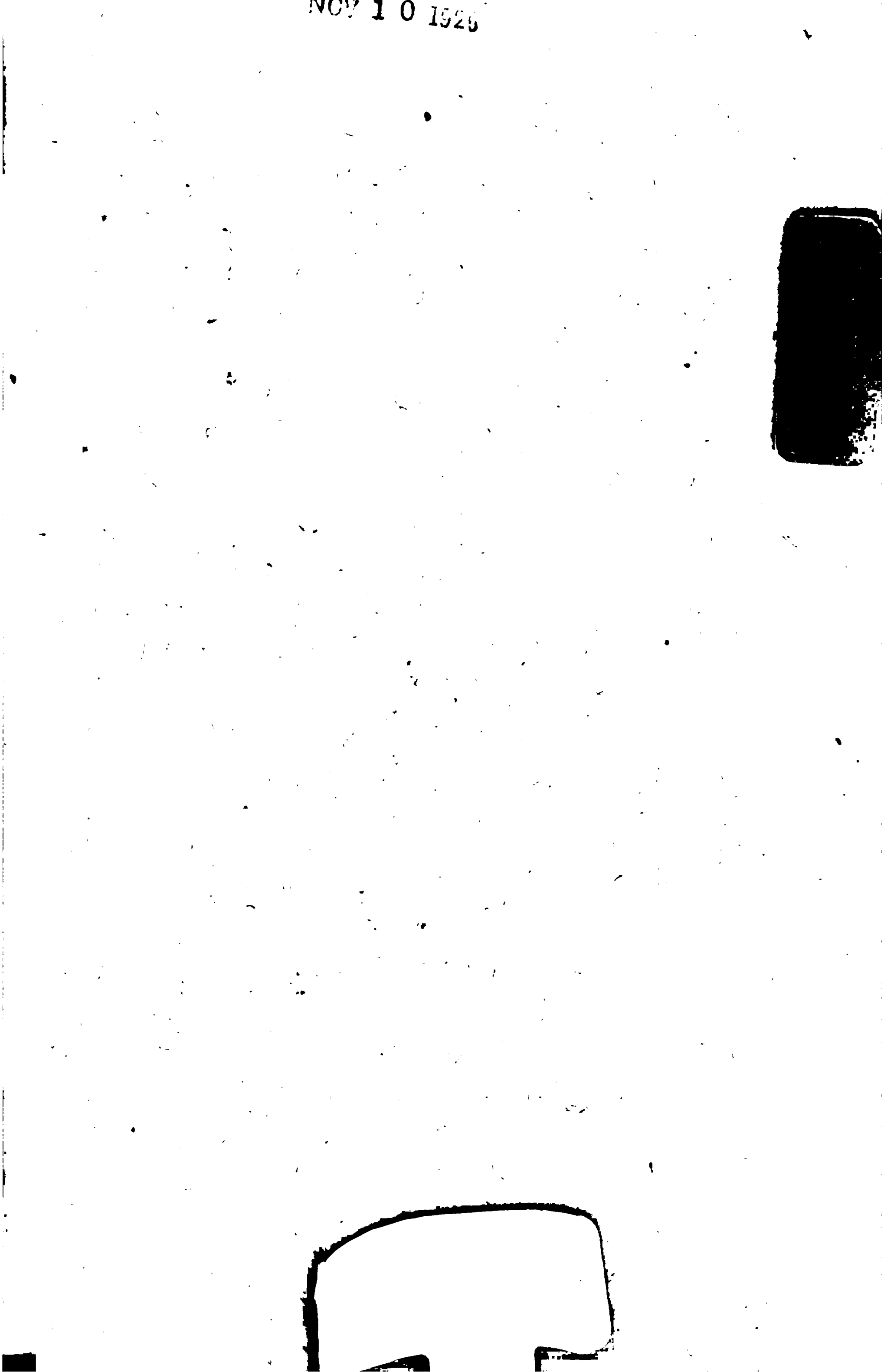
PAUTA DE LAS LÁMINAS DEL TOMO II

Páginas

THE NEW YORK PUBLIC LIBRARY
REFERENCE DEPARTMENT

This book is under no circumstances to be taken from the Building

form 410


NOV 10 1926

